A. DUMAS



# ANGEL PITOU

NOVELA

Biblioteca Mundial Sopena




# ÁNGEL PITOU

**Alejandro Dumas**

## I

## DONDE EL LECTOR TRABARÁ CONOCIMIENTO CON EL HÉROE DE ESTA HISTORIA Y CON EL PAÍS QUE LE VIO NACER

En la frontera de Picardía y del Soissons, en esa porción del territorio nacional, que bajo el nombre de Isla de Francia constituía una parte del antiguo patrimonio de nuestros reyes; en medio de la inmensa media luna que forma, prolongándose al norte y al mediodía, un bosque de cincuenta mil fanegadas, se eleva, perdida en la sombra de un grandioso parque plantado por Francisco I y Enrique II, la pequeña ciudad de Villers-Cotterets, célebre por haber dado nacimiento a Carlos Alberto Demoustier, el cual, en la época en que comienza esta historia, escribía sus *Cartas a Emilio sobre la Mitología*, con gran satisfacción de las lindas mujeres de la época, que se las disputaban a medida que veían la luz pública.

Añadamos, para completar la reputación poética de esa pequeña ciudad, a la que sus detractores se obstinan en dar el nombre de burgo, a pesar de su castillo real y de sus dos mil cuatrocientos habitantes, añadamos que está situada a dos leguas

de Laferté-Milon, donde nació Racine, y a ocho de Cháteau-Thierry, donde nació La Fontaine.
Consignemos, además, que la madre del autor de *Británico* y de *Atalia* era de Villers-Cotterets.
Volvamos a su castillo real y a sus dos mil cuatrocientos habitantes.
Este castillo real, comenzado por Francisco I, cuyas salamandras conserva, y concluido por Enrique II, cuya cifra tiene aún entrelazada con la de Catalina de Médicis y circuida de las tres medias lunas de Diana de Poitiers, este castillo, repetimos, después de ocultar los amores del rey caballero con madame d'Etampes, y los de Luis Felipe de Orleans con la hermosa madame de Montesson, estaba casi deshabitado desde la muerte de este último príncipe, pues su hijo Felipe de Orleans, llamado después *Igualdad*, le hizo descender desde la categoría de residencia real a la de simple punto de reunión para los cazadores.
Sabido es que el castillo y el bosque de Villers-Cotterets formaban parte de los dominios otorgados por Luis XIV a su hermano, Monsieur, cuando el hijo segundo de Ana de Austria casó con la hermana del rey Carlos II, Enriqueta de Inglaterra.
En cuanto a los dos mil cuatrocientos habitantes, de los que hemos prometido decir algo a nuestros lectores, eran, como en todas las localidades donde viven dos mil cuatrocientos individuos, una reunión compuesta de:
1 Algunos nobles que pasaban el verano en los castillos de las inmediaciones y el invierno en París, y que para imitar al príncipe no tenían más que un palmo de terreno en la ciudad.
2.° De bastantes menestrales a quienes se veía salir de su casa, fuere cual fuese el tiempo, con un paraguas en la mano, para ir a dar después de comer su paseo diario, limitado regularmente a un ancho foso que separaba el parque del bosque, situado a un cuarto de legua de la ciudad, y que se llamaba el *Aháh*, sin duda a causa de la exclamación que su vista arrancaba de los pechos asmáticos, satisfechos de haber recorrido tan larga distancia sin sofocarse mucho.
3.° De una mayoría de artesanos que trabajaban toda la semana y tan sólo se permitían los domingos el paseo de que disfrutaban todos los días sus compatriotas más favorecidos que ellos por la fortuna.
4.° Y, por último, de algunos míseros proletarios, para los cuales la semana no tenía ni siquiera domingo, y que después de trabajar seis días a jornal, bien fuera para los nobles, o bien para los menestrales, o ya, en fin, para los artesanos, se diseminaban el séptimo en el bosque, a fin de recoger la madera muerta o tronchada que el huracán, ese gran segador de los bosques, para el que las encinas son espigas, esparcía por el suelo oscuro y húmedo de las grandes arboledas, magnífico patrimonio del príncipe.
Si Villers-Cotterets *(Villerii ad Cotiam-Retioe)* hubiese tenido la desgracia de ser una ciudad de bastante importancia en la historia para que los arqueólogos se ocupasen de ella y siguieran sus pasos sucesivos desde el pueblo al burgo y desde éste a la ciudad, último título que se le disputa, como ya hemos dicho, seguramente habrían consignado el hecho de que este pueblo comenzó por ser una doble línea de casas construidas en ambos lados del camino de París a Soissons. Después habrían añadido que, poco a poco, habiendo aumentado,

merced a su posición en el lindero de un hermoso bosque, el número de habitantes, se unieron otras calles con la primera, divergentes como los rayos de una estrella en dirección a los otros reducidos pueblos, con los que importaba conservar comunicaciones, y convergentes hacia un punto que llegó a ser naturalmente el centro, es decir, lo que se llama en provincia la plaza. Alrededor de ésta se edificaron las más hermosas casas del pueblo, convertido en burgo, y en su centro se elevó una fuente, decorada hoy con un cuádruple cuadrante. En fin, los arqueólogos hubieran determinado la fecha precisa en que, cerca de la modesta iglesia, primera necesidad de los pueblos, se asentaron los primeros cimientos de aquel vasto castillo, último capricho de un rey, castillo que después de ser sucesivamente, como hemos dicho ya, residencia real y residencia de príncipe, llegó a convertirse en nuestros días en un triste y hediondo depósito de mendicidad, dependiente de la prefectura del Sena.

Pero en la época en que comienza esta historia, las cosas reales, aunque ya muy vacilantes, no habían decaído aún hasta el punto en que se hallan hoy. Cierto que el castillo no estaba habitado ya por un príncipe; pero tampoco vivían en él mendigos; estaba sencillamente desocupado, sin más inquilinos que los indispensables para su conservación, entre los cuales figuraba el conserje, el dueño del juego de pelota y el capellán. Por eso todas las ventanas del inmenso edificio, que daban, unas al parque y las otras a la segunda plaza, llamada aristocráticamente plaza del Castillo, estaban cerradas, lo cual contribuía más a la tristeza y a la soledad de aquel sitio, en uno de cuyos extremos se elevaba una casita, acerca de la cual el lector nos permitirá que le digamos algunas palabras.

Era una casita de la que no se veía, por decirlo así, más que la espalda; pero, lo mismo que en ciertas personas, esta espalda tenía el privilegio de ser la mejor parte de su individualidad. En efecto, la fachada que tenía salida a la calle de Soissons, una de las principales de la ciudad, por una puerta toscamente arqueada, tan sólo abierta seis horas de cada veinticuatro, presentaba un aspecto triste y melancólico; mientras que la opuesta era alegre y risueña, sin duda porque aquí había un jardín, sobre cuyas paredes asomaban las copas de los cerezos, de los manzanos y de los cúnelos. Además, a cada lado de una puertecita que daba salida a la plaza y entrada al jardín, elevábanse dos acacias seculares, que en la primavera parecían prolongar sus ramas sobre el muro para sembrar el suelo con sus perfumadas flores en toda la circunferencia de su follaje.

Aquella casita era la del capellán del castillo, que, a la vez que servía la iglesia señorial, donde, a pesar de la ausencia del amo, se decía misa todos los domingos, tenía una pequeña escuela, a la cual se habían aplicado, por un favor muy especial, dos becas: una para el colegio de Piessis y la otra para el seminario de Soissons. Inútil es añadir que la familia de Orleans era la que las había fundado, debiéndose al hijo del regente la del seminario, y la del colegio al padre del príncipe. Estas dos becas eran objeto de la ambición de los padres y desesperaban a los alumnos, pues para aspirar a ellas debían hacer composiciones extraordinarias todos los jueves.

Ahora bien: cierto jueves del mes de julio de 1789, día bastante triste, oscurecido por una tempestad que se corría de oeste a este, y bajo cuyo viento las dos magníficas acacias de que hemos hablado, perdiendo ya la virginidad de su

follaje primaveral, dejaban escapar algunas hojitas amarillentas por efecto de los primeros calores del verano; cierto jueves, decimos, después de un silencio bastante prolongado, interrumpido tan sólo por el roce de las hojas que se entrechocaban, arremolinándose en el suelo batido de la plaza, y por el canto de un gorrión que perseguía a las moscas, rasando la tierra, el reloj del puntiagudo campanario de la ciudad dio las once.

En aquel momento se oyó un *¡hurra!* semejante al que pudiera proferir todo un regimiento de hulanos, acompañado de un rumor parecido al que la avalancha produce cuando salta de roca en roca. La puerta situada entre las dos acacias se abrió, o más bien se hundió, dando paso a un torrente de niños que se diseminaron por la plaza, donde casi enseguida formáronse cinco o seis grupos alegres y ruidosos, los unos alrededor de un círculo destinado a retener los trompos prisioneros, los otros delante de un juego de tres en raya, trazado con yeso, y algunos, en fin, enfrente de varios agujeros practicados con regularidad, en los cuales la pelota, deteniéndose o pasando de ellos, hacia ganar o perder al que la echaba.

Al mismo tiempo que los escolares jugadores, a quienes los vecinos cuyas raras ventanas daban a la plaza solían llamar pilletes, y que llevaban, por lo regular, pantalones agujereados en las rodillas y chaquetas perforadas en los codos, se detenían para jugar, veíase a los que se calificaba de juiciosos, a los que, al decir de las comadres, debían ser la alegría y el orgullo de sus padres, separarse de la mayoría, y por diversos caminos, con un paso cuya lentitud revelaba que no se iban por su gusto, dirigirse con su cestita en la mano a la casa paterna, donde les darían la rebanada de pan, con manteca o confitura, para resarcirles de los juegos a que acababan de renunciar. Estos escolares vestían por lo regular, chaquetas en bastante buen estado y pantalones muy decentes, lo cual, agregado a su fama de juiciosos, les hacía objeto de la burla y hasta del odio de sus compañeros menos bien vestidos y, sobre todo, menos disciplinados.

Además de estas dos clases que hemos indicado bajo los nombres de escolares jugadores y escolares juiciosos, había una tercera, que designaremos con el nombre de escolares perezosos, la cual no salía casi nunca con las otras, ni para jugar en la plaza del castillo, ni para volver a la casa paterna, puesto que esta desgraciada clase debía quedarse, por lo regular, en la escuela. Esto quiere decir que, mientras sus compañeros, después de hacer sus versiones y sus temas, iban a jugar o a comer sus rebanadas de pan, ellos permanecían en sus bancos o delante de sus pupitres para hacer durante las horas de recreo los ejercicios que no hicieron en la clase; y esto cuando la gravedad de su falta no exigía, además del encierro, el castigo supremo con las disciplinas o la férula.

Tanto es así que, si se hubiera seguido, para volver a entrar en la clase, el camino que los escolares acababan de tomar en sentido inverso para salir, se habría oído, después de franquear una callejuela que costeaba la huerta, conduciendo a un gran patio destinado a los recreos interiores, se habría oído, repetimos, al entrar en él, una voz fuerte, muy robusta, que resonaba en lo alto de la escalera; mientras que un escolar, que nuestra imparcialidad de historiadores nos obliga a comprender en la tercera clase, o sea la de los perezosos, bajaba precipitadamente, haciendo con los hombros el movimiento de que los asnos se

sirven para derribar a sus jinetes, así como también los escolares a quienes se acaba de castigar con las disciplinas y tratan de sacudirse el dolor.
—¡Ah, bribón! ¡Pequeño excomulgado! —gritaba la voz. ¡Ah, reptil! ¡Retírate! ¡Vete! *Vade, vade!* ¡Acuérdate que he tenido paciencia contigo tres años, y que hay pícaros que apurarían la del mismo Padre Eterno! Hoy hemos concluido ¡y para siempre! ¡Recoge tus ardillas, tus ranas, tus lagartos, tus gusanos de seda y tus abejorros, y vete a casa de tu tía, o de tu tío, si tienes alguno, o al diablo, o a donde quieras, en fin, con tal que no vuelva a verte más! *Vade, vade!*
—¡Oh mi buen señor Fortier! Perdonadme —contestaba siempre en la escalera otra voz suplicante—. ¿Vale la pena incomodarse tanto por un ligero barbarismo y algunos solecismos, según llamáis a eso?
—¡Tres barbarismos y siete solecismos en un tema de veinticinco líneas! —contestó la voz enojada, mas vigorosa aún.
—Asi ha sido hoy, señor abate, convengo en ello, pues todos los jueves son desgraciados para mí; pero si mañana mi tema estuviese bien, ¿no me perdonaríais mi torpeza de hoy, señor abate?
—¡Tres años hace ya que todos los días de composición me repites la misma cosa, holgazán! Los exámenes se efectuarán en 1° de noviembre, y yo, que a ruegos de tu tía Angélica he tenido la debilidad de apuntarte como candidato a la beca, vacante ahora en el seminario de Soissons, yo tendré la vergüenza de ver que rechazan mi discípulo, y de oír por todas partes estas palabras: «Ángel Pitou es un asno. *Ángelus Pitovius asinus est.*»
Apresurémonos a decir, en fin, para que el benévolo lector se interese desde luego por él, que Ángel Pitou, cuyo nombre acababa de latinizar el abate Fortier tan pintorescamente, es el héroe de esta historia.
—¡Oh mi buen señor Fortier! ¡Oh mi querido maestro! —contestaba el escolar, desesperado.
—¡Yo tu maestro! —gritó el abate, a quien este título humillaba—. A dios gracias, ya no soy tu maestro, ni tú mi discípulo; reniego de ti; ya no te conozco, y quisiera no haberte visto nunca; te prohíbo pronunciar mi nombre, y hasta saludarme. ¡*Retro,* desgraciado, *retro*!
—Señor abate —insistió el desgraciado Pitou, que parecía tener grave interés en no indisponerse con su maestro—; señor abate, yo le suplico que no me retire su protección por un pobre tema mutilado.
—¡Ah! —gritó el abate, fuera de sí por este último ruego y bajando los cuatro primeros escalones, mientras que por un movimiento igual Ángel Pitou franqueaba los cuatro últimos, viéndosele ya en el patio— ¡Ah! ¡Te sirves de la lógica, cuando no puedes hacer un tema; calculas los grados de mi paciencia, cuando no sabes distinguir el nominativo del régimen!
—Señor abate, habéis sido tan bueno para mí —repuso el muchacho—, que bastará que digáis una palabra a monseñor el obispo que nos examina.
—¡Yo, desgraciado! ¡Mentir a mi conciencia!
—Si es para una buena acción, señor abate, Dios le perdonará.
—¡Jamás, jamás!
—Y, por otra parte, ¿quién sabe? Los examinadores no serán tal vez conmigo más severos de lo que fueron en favor de Sebastián Gilberto, mi hermano de

leche, cuando el año pasado aspiró a la beca de París. Y, sin embargo, ¡no cometía él pocos barbarismos, Dios mío! Aunque es verdad que no contaba más que trece años, mientras que yo tengo diecisiete.
—¡Ah! He aquí una estupidez —dijo el abate, franqueando el resto de la escalera, con sus disciplinas en la mano, en tanto que Pitou mantenía prudentemente entre él y su profesor la primera distancia—. Sí —añadió cruzándose de brazos y mirando indignado a su discípulo—; he dicho estupidez y lo repito. ¡He aquí la recompensa de mis lecciones de dialéctica! ¡Triple animal! ¿Es así como te acuerdas de aquel axioma: *Noti minora, toqui majora votens?* Pues precisamente porque Gilberto era más joven que tú se ha tenido más indulgencia con un niño de catorce años que la que se tendrá con un imbécil de dieciocho.
—Sí, y también porque es hijo del señor Honorato Gilberto, que tiene dieciocho mil libras de rentas en buenas tierras, solamente en la llanura de Pilleleux —contestó con voz lastimera el muchacho lógico.
El abate Fornier miró a Pitou, prolongando los labios y frunciendo el ceño.
—Esto no es tan estúpido —murmuró después de una pausa—. Sin embargo, peca de especioso, y no es fundado. *Species, non autem corpus.*
—¡Oh! ¡Si yo fuera hijo de un hombre que tuviese diez mil libras de rentas!... —repitió Ángel Pitou, que había creído notar que su respuesta había producido alguna impresión en su profesor.
—Sí, pero no lo eres; y, en cambio, no tienes más que ignorancia, como el necio de quien habla *Juvenal;* cita profana —añadió el abate—, haciendo la señal de la cruz, pero no menos justa. *Arcadius juvenis.* Apuesto a que ni siquiera sabes lo que quiere decir *Arcadius...*
—¡Diantre! Significa Arcadio —contestó Ángel Pitou,. irguiéndose con la majestad del orgullo.
—¿Y qué más?
—¿Cómo qué más?
—La Arcadia era el país de los caballos de dos cuerpos, y así, entre los antiguos como entre nosotros, *asinus* era el sinónimo de *stuttus.*
—No he querido comprender la cosa así —dijo Pitou, atendido que estaba lejos de mi pensamiento que el ánimo austero de mi digno profesor pudiera humillarse hasta la sátira.
El abate Fortier miró a Pitou por segunda vez con más atención aún que la primera.
—A fe mía —murmuró, un poco dulcificado por la réplica de su discípulo—, que hay momentos en que juraría que este tunante es menos estúpido de lo que realmente parece.
—Vamos, señor abate —dijo Pitou, que si no había oído las palabras del profesor pudo sorprender en su fisonomía una expresión compasiva—, perdonadme y ya veréis qué buen tema hago mañana.
—Pues bien, consiento —dijo el abate colocándose las disciplinas en la cintura en señal de tregua y acercándose a Pitou, que gracias a esta demostración pacífica permaneció inmóvil.
—¡Oh! ¡Gracias, gracias! —exclamó el escolar.

—Espera: no me las des tan pronto. Te perdonaré; sí, te perdono, pero con una condición.
Pitou inclinó la cabeza; y como estaba a discreción del abate, esperó resignadamente.
—Es que —añadió el maestro—, me has de contestar sin error a la pregunta que te haré.
—¿En latín? —preguntó Pitou con inquietud.
—*Latine* —contestó el abate.
Pitou exhaló un suspiro.
Siguióse una pausa, durante la cual, los gritos alegres de los escolares que jugaban en la plaza llegaron a oídos de Ángel Pitou, que suspiró por segunda vez, más profundamente que la primera.
—*Quid virtus? Quid religio?* —preguntó el abate.
Estas palabras, pronunciadas con el aplomo del pedagogo, resonaron en los oídos del pobre Pitou como la trompeta del Ángel en el juicio final; una nube pasó por sus ojos, y esforzó tanto su pensamiento, que comprendió un instante la posibilidad de volverse loco.
Sin embargo, en virtud de aquel trabajo cerebral, que por violento que fuese no producía ningún resultado, la contestación pedida se hacía esperar indefinidamente; y entonces se oyó el rumor prolongado de una toma de rapé, que el terrible profesor absorbía lentamente.
Pitou comprendió bien que era preciso acabar.
—*Nescio* —contestó, esperando que se le perdonaría su ignorancia si la confesaba en latín.
—¡No sabes lo que es la virtud! —exclamó el abate, sofocado de cólera—. ¡No sabes lo que es la religión!
—Lo sé perfectamente en francés —contestó Pitou—; pero no en latín.
—¡Pues, entonces, vete a la Arcadia, *juvenis!* ¡Todo ha concluido entre nosotros!
Pitou estaba tan agobiado que no hizo un movimiento para huir, aunque el abate Fortier hubiese empuñado otra vez sus disciplinas con tanta dignidad como en el momento del combate un general desenvaina su espada.
—Pero ¿qué será de mí? —preguntó el pobre muchacho, dejando caer sus brazos inertes—. ¿Qué será de mí, si pierdo la esperanza de entrar en el seminario?
—¡Sea lo que quiera, pardiez! ¡A mí me importa poco!
El buen abate estaba tan enojado, que casi juraba.
—Pero ¿no sabéis que mi tía me cree ya abate?
—Pues bien: sabrá que no sirves ni para sacristán.
—Pero, señor Fortier...
—¡Te digo que te marches, *limina linguce!*
—¡Vamos! —dijo Pitou, como hombre que toma una resolución dolorosa, pero que al fin la toma—. ¿Me permitís recoger mi pupitre? —preguntó Pitou, esperando que en aquel momento de reposo que le concedían se ablandaría el corazón del abate Fortier.
—¡Ya lo creo! —contestó el profesor—. Puedes llevártelo con todo cuanto contiene.

Pitou volvió a subir tristemente la escalera, pues la clase se hallaba en el primer piso; entró en la habitación, donde reunidos alrededor de una gran mesa aparentaban trabajar unos cuarenta escolares, levantó la cubierta de su pupitre para ver si estaban allí todos los huéspedes que guardaba, y, levantándole con un cuidado que demostraba su solicitud para aquéllos, tomó con paso lento y mesurado el camino del corredor.

A su paso se hallaba el abate Fortier, extendió el brazo y mostrando la escalera.

Era preciso pasar por las horcas caudinas, y Ángel Pitou se achicó cuanto era posible, lo cual no impidió que recibiese al paso el último zurriagazo del instrumento a que el abate Fortier debía sus mejores discípulos, y cuyo empleo, aunque más frecuente y prolongado en Ángel Pitou que en ningún otro alumno, había tenido, como vemos, tan mediano resultado.

Mientras que Ángel Pitou, enjugando la última lágrima, se encamina con su pupitre sobra la cabeza en dirección a Pleux, barrio de la ciudad donde su tía habita, digamos algunas palabras sobre su físico y sus antecedentes.

## II

## EN EL QUE SE PRUEBA QUE UNA TÍA NO ES SIEMPRE UNA MADRE

Luis Ángel Pitou, como él mismo había dicho en su dialogo con el abate Fortier, tenía diecisiete años y medio en la época en que comienza esta historia. Era un joven alto y delgado, con los cabellos amarillentos, las mejillas coloradas y los ojos de color azul claro; la flor de la juventud, fresca e inocente, se revelaba en su ancha boca, cuyos gruesos labios dejaban ver, al entreabrirse con exceso, dos líneas completas de dientes formidables para las personas que con él debían compartir el alimento. De las extremidades de sus largos brazos huesosos pendían las manos, anchas como paletas; tenía las piernas regularmente arqueadas, rodillas voluminosas como cabezas de niño, que reventaban casi su estrecho calzón negro, y sus pies enormes parecían estar holgados en zapatos de cuero enrojecidos por el uso. Si añadimos que llevaba una especie de casacón de sarga de color castaño, que guardaba un término medio entre la chaqueta y la blusa, se tendrán las señas exactas del ex discípulo del abate Fortier.

Réstanos bosquejar la moral.

Ángel Pitou había quedado huérfano a la edad de doce años, época en que tuvo la desgracia de perder a su madre siendo hijo único. Esto quiere decir que desde la muerte de su padre, ocurrida antes de que el chico llegase a la edad del conocimiento, Ángel Pitou, adorado de la pobre mujer, había hecho, poco más o menos, cuanto se le antojaba, lo cual desarrolló mucho su educación física, pero retrasando en demasía su educación moral. Nacido en un pueblo encantador, llamado Haramont, a una legua de la ciudad, en medio de los bosques, sus primeras correrías fueron para explorar el que estaba más próximo a su casa, y la primera aplicación de su inteligencia consistió en hacer la guerra a los animales que le habitaban. De esta aplicación, dirigida hacia un solo objeto, resultó que a los diez años Ángel Pitou era un cazador furtivo muy notable, y un pajarero de primer orden, y esto sin trabajo casi, y sobre todo sin lecciones, por la única fuerza de ese instinto que la naturaleza concede al hombre nacido en medio de los bosques, y que parece una parte de aquel que dio a los animales. Por eso no le era desconocido ningún paso de liebres o de conejos; en tres leguas a la redonda no había escapado de su investigación el más pequeño pantano donde las aves van a beber; y por todas partes se encontraban las señales de su podadera en los árboles propios para explorar. De estos diferentes ejercicios, repetidos de continuo, resultó que Pitou llegó a distinguirse en algunos de ellos de una manera extraordinaria.

Gracias a sus largos brazos y gruesas rodillas, que le permitían abrazar los troncos más respetables, subía a los árboles para coger los nidos más altos, con una ligereza y seguridad que llenaban de admiración a sus compañeros. Bajo una latitud más próxima al Ecuador, le hubiera valido el aprecio de los monos en esta clase de caza, de tanto atractivo hasta para las personas distinguidas y en la que el cazador atrae a las avecillas a un árbol impregnado de liga, imitando el grito

del grajo o del mochuelo, individuos que son objeto del odio general de la especie de pluma, tanto, que, así el pinzón, como el paro y el jilguero, acuden con la esperanza de arrancar una pluma a su enemigo, y casi siempre dejan las suyas. Los compañeros de Pitou se servían de un verdadero mochuelo o de un grajo natural, o de una hierba particular que les permitía imitar más o menos bien el grito de uno de esos animales; pero Pitou despreciaba todos estos preparativos y subterfugios. Con sus propios medios, con los medios naturales, tendía el lazo; y con su boca solamente, en fin, modulaba los sonidos chillones y odiados que llamaban, no tan sólo a las demás aves, sino también a las de la misma especie, que se dejaban engañar, no diremos por el canto, sino por el grito, a causa de lo perfecto de la imitación. En cuanto a la caza en los pequeños pantanos, o en las charcas, tenía poca importancia para Pitou, y seguramente la hubiera despreciado como cuestión de arte si hubiese sido menos productiva. Esto no impedía, a pesar del desprecio que le inspiraba una caza tan fácil, que ninguno de los más prácticos supiera tan bien como Pitou cubrir de helechos un pantano demasiado grande para poner los lazos en todas partes; ninguno sabía como él dar la inclinación conveniente a sus trampas, de manera que las aves más astutas no pudiesen beber ni por encima ni por debajo; y, en fin, nadie tenía esa seguridad de mano y esa precisión en el golpe de vista que debe presidir en la mezcla, en porciones desiguales y bien entendidas de la pez-resina, del aceite y de la liga, para que esta última no resulte demasiado líquida ni quebradiza con exceso.

Ahora bien: como el aprecio que se hace de las cualidades de los hombres cambia según el teatro donde manifiestan aquéllas, y según los espectadores ante los cuales las dan a conocer, Pitou, en su pueblo de Haramont, en medio de los campesinos, es decir, de hombres acostumbrados a pedir a la naturaleza, por lo menos, la mitad de sus recursos, y odiando por instinto la civilización, Pitou, repetimos, gozaba de consideraciones que no permitían a su pobre madre suponer que siguiese por mal camino, ni que la educación de su hijo, privilegiado por tal concepto, se daba gratis a sí propio, no fuese la más perfecta que pudiera recibir cualquier hombre a costa de grandes gastos.

Pero cuando la buena mujer cayó enferma, adivinando que la muerte se acercaba, cuando comprendió que iba a dejar a su hijo solo y aislado en el mundo, comenzó a dudar, y buscó un apoyo para el futuro huérfano. Entonces recordó que diez años antes un joven había llegado a llamar a su puerta en medio de la noche, llevándole un niño recién nacido, por el cual le había dejado, no solamente una suma bastante redonda, sino otra más considerable aún depositada en casa de un notario de Villers-Cotterets. De aquel joven misterioso tan sólo supo, por lo pronto, que se llamaba Gilberto; pero hacía tres años, poco más o menos, que había vuelto a verle: era entonces un joven de veintisiete años, de formas un poco rígidas, de palabra dogmática y de aspecto algo frío. Pero esta primera capa de hielo se había derretido al ver a su hijo; y como le pareció hermoso, robusto, muy risueño y criado como lo pidiera él mismo a la naturaleza, estrechó la mano de la buena mujer, diciéndole estas únicas palabras: —En caso de necesidad, contad conmigo.

Después tomó el niño en brazos, preguntó por el camino de Ermenonville, hizo con su hijo una peregrinación a la tumba de Rousseau y regresó a Villers-

Cotterets. Aquí, seducido, sin duda, por el aire sano que se respiraba, por lo bien que el notario le habló de la pensión del abate Fortier, dejó al pequeño Gilberto en casa del digno hombre, cuyo aspecto filosófico apareció a primera vista, pues en aquella época la filosofía era tan poderosa que se había deslizado hasta en casa de los hombres de iglesia.

Después de esto, volvió a marchar a París, dejando sus señas al abate Fortier.

La madre de Pitou conocía todos estos detalles, y en el momento de morir recordó estas palabras: «En caso de necesidad, contad conmigo». Esto la iluminó. Sin duda, la Providencia lo había dirigido todo para que el pobre Pitou encontrase tal vez más de lo que perdía. Envió a buscar al cura, porque no sabía escribir; el cura escribió, y en el mismo día envióse la carta al abate Fortier, que se apresuró a poner las señas y a echarla en el correo.

Ya era tiempo, porque dos días después la mujer murió.

Pitou era demasiado joven para reconocer toda la extensión de la pérdida que acababa de sufrir; pero lloró a su madre, no porque comprendiese la separación eterna de la tumba, sino porque vio a la pobre mujer fría, pálida y desfigurada; y, además, el pobre niño adivinó instintivamente que el Ángel guardián del lugar acababa de remontarse al cielo, y que la casa, viuda de su madre, quedaba desierta y deshabitada. Ya no se daba cuenta de su existencia futura, ni tampoco de su vida del día siguiente; y por eso, cuando hubo conducido a su madre al cementerio, cuando la tierra quedó redondeada sobre su ataúd, formando una nueva eminencia, sentóse sobre la fosa; y a todas las invitaciones que le hicieron para salir del cementerio contestó moviendo la cabeza y diciendo que, no habiéndose separado nunca de su madre Magdalena, quería permanecer donde ella estaba.

Durante todo el resto del día y toda la noche no se movió de la fosa.

Allí fue donde el digno doctor (no recuerdo si hemos dicho que el futuro protector de Pitou era médico), allí fue, repetimos, donde el doctor le encontró cuando, comprendiendo toda la extensión del deber que se había impuesto por la promesa hecha, acudió él mismo para cumplirla, cuarenta y ocho horas, o poco menos, después de salir la carta.

Ángel era muy joven cuando vio al doctor marchar por primera vez; pero ya sabemos que la juventud conserva profundas impresiones, que dejan reminiscencias eternas; y además, el paso del misterioso joven había estampado su huella en la casa, en la cual dejó el niño que hemos dicho, y con él su bienestar. Todas las veces que Ángel oía a su madre pronunciar el nombre de Gilberto, experimentaba un sentimiento análogo a la adoración; y después, en fin, cuando le vio reaparecer en la casa, hombre ya y con su nuevo título de doctor, cuando agregó a los beneficios del pasado la promesa del porvenir, Pitou juzgó, por el agradecimiento de su madre, que él también debía agradecer al pobre muchacho, sin saber bien lo que decía, había balbuceado las palabras «recuerdo eterno» y «sinceras gracias», que oyó pronunciar a su madre.

Así, pues, apenas vio al doctor a través de la puerta del cementerio, apenas le vio adelantarse en medio de las tumbas rodeadas de césped, con los brazos cruzados, le reconoció, levantóse y salióle al encuentro, comprendiendo que no podía contestar negativamente, como a los otros, a quien acudía al llamamiento de su

madre. No hizo, pues, más resistencia que volver la cabeza hacia atrás, cuando Gilberto le cogió de la mano y le sacó llorando del recinto mortuorio. Un elegante cabriolé esperaba a la puerta, hizo subir al pobre niño, y dejando momentáneamente la casa bajo la salvaguardia de la buena fe pública y del interés que la desgracia inspira, condujo a su pequeño protegido a la ciudad y apeóse con él delante de la mejor posada, que en aquella época era la del *Delfín.*
Apenas instalado, envió a buscar un sastre, que, prevenido anticipadamente, se presentó con ropas hechas; eligió con prudencia para Pitou un traje dos o tres pulgadas más largo de lo necesario, superfluidad que, atendido el rápido crecimiento de nuestro héroe, prometía no ser de larga duración; y después encaminóse con su protegido hacia ese barrio de la ciudad que hemos indicado antes y que se llamaba el Pleux.

A medida que avanzaba hacia él, Pitou acortaba el paso, porque era evidente que le conducían a casa de su tía Angélica, y, a pesar de las pocas veces que el pobre huérfano había visto a su madrina —pues la tía Angélica era la que había dado a Pitou su poético nombre de pila—, conservaba de aquella respetable parienta un recuerdo poco grato.

En efecto, la tía Angélica no tenía mucho atractivo para un niño acostumbrado como Pitou a todas las atenciones de la solicitud maternal: la tía Angélica era en aquella época una solterona de cincuenta y cinco a cincuenta y ocho años, embrutecida por el abuso de las más minuciosas prácticas de la religión, y en la que una piedad mal entendida había estrechado en sentido contrario todos los sentimientos benignos, misericordiosos y humanos, para cultivar, en cambio, una dosis natural de inteligencia ávida que no hacía más que aumentar cada día por el asiduo trato con las beatas de la ciudad. No vivía precisamente de limosnas; pero, además de la venta del lino que hilaba en la rueca, y del alquiler de las sillas de la iglesia, que le había concedido el capítulo, recibía de vez en cuando de algunas almas caritativas que se dejaban embaucar con sus hipocresías religiosas, pequeñas sumas que, simples sueldos en un principio, convertíanse después en moneda blanca, y al fin en luises de oro, los cuales desaparecían, sin que nadie lo viese ni sospechara su existencia, para ir a ocultarse, uno por uno, en el cojinete del sillón donde la solterona trabajaba. Una vez en su escondite, iban a reunirse después, secretamente, con cierto número de sus compañeros, recogidos del mismo modo, y que en adelante debían quedar secuestrados de la circulación hasta el día desconocido en que la muerte de la solterona las pusiera en manos de su heredero.

Hacia la morada de esta venerable parienta se encaminaba el doctor Gilberto, llevando de la mano al gran Pitou.

Decimos el *gran Pitou* porque, a partir del primer trimestre después de su nacimiento, el niño había sido siempre demasiado grande para su edad.

En el momento de abrirse la puerta para dar paso a su sobrino y al doctor, la señora Rosa Angélica Pitou hallábase entregada a un acceso de alegría. Mientras que se cantaba la misa de difuntos sobre el cadáver de su cuñada en la iglesia de Haramont, había habido bodas y bautismos en la de Villers-Cotterets; y el ingreso por alquiler de las sillas había ascendido a seis libras en un solo día; de modo que la señora Angélica pudo convertir sus sueldos en un gran escudo de

plata, el cual, agregado a otros tres puestos de reserva en épocas diferentes, dio un luis de oro. Esta última moneda acababa de ir a reunirse con otras del mismo valor; y el día en que se efectuaba semejante reunión era naturalmente una fiesta para la señora Angélica.
El doctor y Pitou se presentaron precisamente en el momento en que, después de haber abierto su puerta, cerrada durante la operación, la tía Angélica acababa de dar la última vuelta en su sillón para asegurarse de que ninguna señal indicaba por fuera la existencia del tesoro oculto en el interior.
La escena hubiera podido ser conmovedora; mas, a los ojos de un hombre tan buen observador como el doctor Gilberto, no fue más que grotesca. Al ver a su sobrino, la vieja beata dijo algunas palabras sobre su pobre hermana querida, a la que tanto amaba, y aparentó enjugar una lágrima. Por su parte, el doctor, que deseaba leer hasta en lo más profundo del corazón de la solterona antes de tomar un partido respecto a ella, afectó cierto aire de gravedad para dirigir a la señora Angélica un sermón sobre los deberes de las tías respecto a los sobrinos; pero a medida que el discurso se desarrollaba y que las palabras de bondad salían de los labios del doctor, los ojos enjutos de la solterona absorbían la imperceptible lágrima que los había humedecido, y sus facciones recobraron la sequedad del pergamino que parecía cubrirlas. Levantó la mano izquierda a la altura de su barba puntiaguda, y con la derecha comenzó a calcular sobre sus dedos huesosos el número aproximativo de sueldos que el alquiler de las sillas le reportaban anualmente; de modo que, como la casualidad quiso que el cálculo terminara al mismo tiempo que el discurso, pudo contestar en el instante mismo que, si bien había amado mucho a su pobre hermana y la interesaba en alto grado su querido sobrino, la escasez de sus recursos no la permitía, a pesar de su doble título de tía y de madrina, ningún aumento de gastos.
Por lo demás, el doctor esperaba esta negativa; de modo que no le sorprendió: era gran partidario de las nuevas ideas; y como acababa de publicarse el primer tomo de la obra de Lavater, había hecho ya la aplicación de la doctrina fisiognomónica del filósofo de Zurich en el enjuto y amarillento rostro de la señora Angélica.
El examen le dio por resultado que los ojillos brillantes de la solterona, su nariz larga y sus labios delgados presentaban la reunión en una sola persona de la codicia, del egoísmo y de la hipocresía.
La contestación, como hemos dicho, no le produjo el menor asombro; pero quería ver, en su calidad de observador, hasta qué punto llegaba en la devota el desarrollo de estos tres feos defectos.
—Pero, señora —dijo—; Ángel Pitou es un pobre huérfano, hijo de vuestra hermana.
—¡Diantre! Escuchad, señor Gilberto —replicó la señora Angélica—; esto sería un aumento de seis sueldos diarios, por lo menos, contando el más bajo precio, porque ese muchacho debe comer al menos una libra de pan cada día.
Pitou hizo una mueca, pues generalmente comía libra y media sólo para almorzar.
—Sin contar el jabón para el lavabo de la ropa —añadió la señora Angélica—, y yo recuerdo que este chico ensucia mucho.

En efecto, Pitou ensucia bastante ropa, y se comprenderá muy bien si se recuerda su género de vida; pero debe añadirse, en justicia, que desgarraba más aún que ensuciaba.
—¡Ah! —exclamó el doctor—. No hable usted así, señora Angélica. ¡La que practica tan bien la caridad cristiana hacer semejantes cálculos tratándose de un sobrino y ahijado!
—Sin contar el cosido de la ropa —exclamó arrebatadamente la señora Angélica, que recordaba haber visto a su hermana Magdalena remendar no pocas chaquetas y rodilleras en los calzones de su sobrino.
—De modo que —dijo el doctor—, ¿rehusáis admitir a vuestro sobrino en casa, y consentís en que el huérfano rechazado por su tía vaya a pedir limosna a las puertas de casas extrañas?
La solterona, por avara que fuese, comprendió que naturalmente recaería sobre ella todo lo odioso de semejante conducta si, por su negativa de recibir a su sobrino, éste último se viera obligado a semejante extremo.
—No —dijo—; me encargaré del muchacho.
—¡Ah! —exclamó el doctor, complacido de encontrar un buen sentimiento en aquel corazón que él creía del todo seco.
—Sí —continuó la solterona—; yo le recomendaré a los Agustinos de Bourg-Fontaine, y entrará en su establecimiento como hermano criado.
Ya hemos dicho que el doctor era filósofo, y bien se sabe cuál era el valor de la palabra filosofía en aquella época.
Resolvió, pues, arrancar un neófito a los Agustinos, y esto con tanto celo como el que hubieran demostrado aquéllos para arrancar un adepto a los filósofos.
—Pues bien —replicó, introduciendo la mano en su profundo bolsillo—, puesto que estáis en tan precaria situación, apreciable señora Angélica, viéndoos obligada, por falta de recursos personales, a recomendar a vuestro sobrino a la caridad de otros, buscaré persona que pueda aplicar más eficazmente que vos la suma que destinaba al pobre huérfano para su manutención y demás necesidades. Debo regresar a América, y antes de mi marcha dejaré a vuestro sobrino Pitou como aprendiz en casa de algún carpintero o carretero, pudiendo él mismo elegir, según su vocación. Durante mi ausencia crecerá, y a mi vuelta será ya bastante inteligente en el oficio, en cuyo caso veré qué se puede hacer por él; ¡Vamos, pobre muchacho! —continuó, haciendo entre ella y él la señal de una separación eterna.
Aun no había concluido de hablar el doctor, cuando ya Pitou se precipitaba hacia la venerable solterona con sus dos brazos extendidos: le urgía, en efecto, abrazar a la señora Angélica; pero a condición de que este abrazo fuera entre ella y él la señal de una separación eterna.
Pero al oír la palabra *suma*, al notar el ademán del doctor, que introducía la mano en el bolsillo, y al percibir el sonido argentino que aquella mano produjo incontinenti entre los escudos de plata, cuyo número se podía calcular por la tensión del bolsillo del traje, la solterona sintió subir hasta su corazón el calor de la codicia.
—¡Ah! —exclamó—. Apreciable señor Gilberto, bien sabe usted una cosa.
—¿Cuál? —preguntó el doctor.

—¡Oh Dios mío! Es que nadie en el mundo amará tanto como yo a ese pobre muchacho.
Y, entrelazando sus flacos brazos con los de Pitou, ya extendidos, depositó en sus dos mejillas un beso seco, que hizo estremecer al muchacho desde la punta de los pies a la raíz de los cabellos.
—¡Oh! Ciertamente —contestó el doctor—, lo sé muy bien; y dudaba tan poco de la amistad que le profesáis, que yo traía al chico directamente a su apoyo natural; pero lo que acabáis de manifestarme, apreciable señora, me ha convencido a la vez de vuestra buena voluntad y de vuestra impotencia, y bien veo que sois demasiado pobre para ayudar a quien lo es más aún.
—¡Oh señor Gilberto! —repuso la vieja devota—. ¿No está Dios en el cielo y no atiende desde allí a todas sus criaturas?
—Es verdad —dijo Gilberto—; pero, si proporciona alimento a los pajarillos, no pone en aprendizaje a los huérfanos. Ahora bien: he aquí lo que se debe hacer por Ángel Pitou y lo que, atendidos vuestros escasos medios, os costaría demasiado caro, sin duda.
—Sin embargo, si dais esa suma, señor doctor...
—¿Qué suma?
—La de que habéis hablado, la que lleváis en el bolsillo —añadió la devota, señalando con su dedo ganchudo la faltriquera del hábil filósofo.
—La daré seguramente, apreciable señora Angélica —dijo el doctor—; mas os prevengo que será con una condición.
—¿Cuál?
—Que el muchacho aprenderá un oficio.
—Le tendrá: yo os lo prometo a fe de Angélica Pitou, señor doctor —repuso la devota con los ojos fijos en la faltriquera, cuyo volumen llamaba su atención.
—¿Me lo prometéis?
—Os lo prometo.
—Seriamente, ¿no es verdad?
—Tan cierto como hay Dios, apreciable señor Gilberto: os lo juro.
Y la señora Angélica extendió horizontalmente su descarnada mano.
—¡Pues bien, sea! —exclamó el doctor, sacando de su faltriquera una bolsa muy redondeada—. Estoy conforme con daros el dinero, como veis. ¿Estáis dispuesta igualmente a responderme del niño?
—¡Por la verdadera cruz, señor Gilberto!
—No juréis tanto, buena señora; y firmemos un documento.
—¡Firmaré, señor Gilberto, firmaré!.
—¿Ante notario?
—Ante notario.
—Pues vamos a casa del papá Niguet. El papá Niguet, a quien el doctor daba este título amistoso, gracias a un largo conocimiento, era, como ya saben aquellos de nuestros lectores que han leído mi novela *José Bálsamo,* el notario más reputado de la localidad.
La señora Angélica, de la que también era notario el papá Niguet, nada tuvo que decir contra la elección del doctor; de modo que le siguió a su casa sin vacilar. Allí, el tabelión registró la promesa hecha por la señora Rosa Angélica Pitou, de

tomar a su cargo y dedicar a una profesión honrosa a Luis Ángel Pitou, su sobrino, para lo cual recibiría anualmente la suma de doscientas libras. El convenio se hacía por cinco años y el doctor depositó ochocientas libras en casa del notario, debiendo pagarse doscientas por adelantado.
Al día siguiente el doctor salió de Villers-Cotterets, después de haber arreglado algunas cuentas con uno de sus arrendadores, del cual hablaremos en otro lugar; y la señora Pitou, precipitándose como un buitre sobre las citadas doscientas libras, pagadas por adelantado, escondía en su sillón ocho hermosos luises de oro.
En cuanto a las ocho libras restantes, depositadas en un platillo de porcelana, que desde hacía treinta o cuarenta años había visto pasar centenares de monedas de todas especies, esperando a que la cosecha de dos o tres domingos completase la suma de veinticuatro libras, cifra que, como hemos explicado ya, sufría en este punto la metamorfosis dorada, pasando del platillo al sillón.

## III

## ÁNGEL PITOU EN CASA DE SU TÍA

Ya hemos visto qué poco simpática era para Ángel Pitou la perspectiva de una permanencia demasiado prolongada en casa de su buena tía Angélica: el pobre niño, dotado de un instinto igual, y hasta quizá superior al de los animales a que solía hacer la guerra, había adivinado de antemano todo lo que aquella permanencia le reservaba, no por las decepciones —ya hemos dicho que no se había hecho un solo instante ilusión sobre este punto—, sino por los pesares, los disgustos y los enojos.

Por lo pronto, una vez fuera el doctor Gilberto, y justo es añadir que no era esto lo que había enojado a Pitou contra la solterona, no se trató ni un solo instante de poner al muchacho en aprendizaje. El buen notario había dicho, sin embargo, alguna palabra sobre este convenio formal; pero la señora Angélica contestó que su sobrino era muy joven y que tenía, sobre todo, una salud demasiado delicada para someterle a trabajos, tal vez superiores a sus fuerzas. El notario, al oír esta observación, admiró los buenos sentimientos de la señora Pitou, dejando el aprendizaje para el año próximo. Aun no se había perdido tiempo, pues el chico acababa de cumplir los doce años.

Una vez en casa de su tía, y mientras que ésta meditaba sobre el mejor partido que podría sacar de su sobrino, Pitou, que volvía a encontrarse en el bosque, o poco menos, tenía ya tomadas todas sus disposiciones topográficas, para observar en Villers-Cotterets el mismo género de vida que en Haramont.

En efecto: una visita de inspección le había permitido averiguar que los mejores charcos y pequeños pantanos eran los del camino de Dampleux, hacia Compiégne, y los del camino de Vivieres, y que el cantón más abundante en caza era el de la Bruyére-aux-Loups. Practicado este reconocimiento, Pitou había adoptado sus disposiciones en consecuencia.

La cosa más fácil de obtener, porque no exigía fondos, era la liga y las varetas: la corteza de acebo triturada con un mortero de piedra y bien lavada después, daba la liga; y en cuanto a las varetas, las encontraba a miles en los abedules de los alrededores. Pitou se proporcionó, pues, sin decir nada a nadie, un millar de varetas y una olla de liga de primera calidad; y cierta mañana, después de tomar en la panadería, por cuenta de la solterona, un pan de cuatro libras, se marchó al amanecer, estuvo todo el día fuera, y volvió al cerrar la noche.

Pitou no había tomado semejante resolución sin calcular los resultados, previendo una tempestad, pues, aunque no tuviese la sabiduría de Sócrates, érale bien conocido el carácter de su tía Angélica, tan bien como el ilustre maestro de Alcibíades conocía el de su mujer Jantipa.

Pitou no se había engañado en su previsión, y confiaba en hacer frente a la tormenta, presentando a la vieja devota el producto de su caza; pero no le era posible adivinar en qué punto descargaría el chubasco.

El rayo le tocó al entrar.

La señora Angélica se había escondido detrás de la puerta para que su sobrino no se le escapara al paso; de modo que, en el momento en que se atrevía a poner el pie en la casa, recibió hacia el occipucio un cachete en el que reconoció muy bien, sin haber visto nada, la mano seca de la vieja devota.
Por fortuna, Pitou tenía la cabeza dura, y, aunque el golpe no le hubiese hecho vacilar, aparentó, para enternecer a su tía, cuya cólera iba en aumento por el daño que acababa de hacerse en los dedos al descargar el golpe, aparentó, repetimos, que se caía por la fuerza del mismo, tropezando en el extremo de la habitación. Después, al ver que su tía se iba sobre él con la rueca en la mano, apresuróse a sacar de la faltriquera el talismán con el cual confiaba obtener perdón por su fuga.
Eran dos docenas de pajarillos, entre los cuales contábase una de petirrojos y media de alondras.
La señora Angélica abrió los ojos con asombro, y siguió riñendo, aunque sólo por la forma; pero, entretanto, su mano se apoderó de la caza de su sobrino, y, dando tres pasos hacia la lámpara, preguntóle: —¿Qué es esto?
—Bien lo veis, mi buena tía Angélica —dijo Pitou—, son pájaros.
—¿Buenos para comer? —preguntó vivamente la tía, que como devota era naturalmente glotona.
—¡Buenos para comer! —repitió Pitou—. ¡Petirrojos y alondras, ya lo creo!
—Y ¿dónde has robado estas avecillas, desgraciado?
—No las he robado: las he cogido.
—¿Cómo?
—En la balsa.
—¿Qué significa eso?
Pitou miró a su tía con aire de asombro: no podía comprender que hubiese en el mundo una persona de educación bastante descuidada para ignorar lo que era una balsa.
—¡Pardiez! —contestó—. ¡La balsa es la balsa!
—Sí; pero yo, tunante, no sé lo que significa. Como Pitou compadecía mucho todas las ignorancias, contestó:
—La balsa es una charca, o un pequeño pantano, y en el bosque hay lo menos treinta; se ponen alrededor cañas con liga, y cuando los pájaros van a beber, como no conocen eso, los muy tontos quedan cogidos.
—¿En qué?
—Pues en la liga.


—¡Ah, ah! —exclamó la tía Angélica—. Ya comprendo; pero ¿quién te ha dado el dinero?
—¡Dinero! —exclamó Pitou, asombrado de que se pudiese creer que él había poseído jamás un cuarto—. ¿Dinero dices, tía Angélica?
—Sí.
—Nadie.
—Pues ¿con qué has comprado la liga?
—Yo mismo la hice.

—¿Y las cañas?
—También las preparé.
—¿Y no te cuestan nada?
—El trabajo de bajarme para cogerlas.
—Y ¿se puede ir con frecuencia a la balsa?
—Se puede ir todos los días.
—¡Bueno!
—Sólo que no se debe...
—No se debe... ¿qué?
—Ir todos los días.
—¿Por qué razón?
—¡Toma, porque sería ruinoso:
—¿Para quién?
—Para la charca. Ya comprenderéis, tía Angélica, que los pájaros que se han cogido...
—¿Y bien?
—Ya no vuelven.
—Es verdad— dijo la tía.

Por primera vez, desde que el muchacho se encontraba en su casa, la tía Angélica le daba la razón, y esto era tan inesperado, que Ángel Pitou quedó sumamente complacido.

—Pero los días en que no se va a la charca —continuó—, se puede ir a otra parte; los días en que no se cogen pajarillos, se caza otra cosa.
—Y ¿qué se caza?
—¡Toma! ¡Conejos!
—¿Conejos?
—Sí; se come la carne y se vende la piel, que vale dos sueldos.

La tía Angélica miraba a su sobrino completamente maravillada: jamás había visto en él tan distinguido economista. Pitou acababa de revelarse.

—Pero ¿yo podría vender las pieles de conejo?
—Sin duda —contestó Pitou—; como lo hacía la mamá Magdalena.

Jamás le había ocurrido al muchacho que del producto de su caza pudiera reclamar cosa alguna que no fuera su parte de consumo.

—Y ¿cuándo irás a coger conejos? —preguntó la señora Angélica.
—¡Diantre! Cuando tenga lazos o trampas —contestó Pitou.
—¡Pues bien! Hazlo tú.

Pitou movió la cabeza.

—Bien has hecho la liga y las cañas.
—¡Ah! Esto sí, es cierto; pero no sé fabricar alambre de latón: esto se compra ya hecho.
—Y ¿cuánto cuesta?
—¡Oh! Con cuatro sueldos —contestó Pitou—, calculando por los dedos, bien haré dos docenas.
—Y con dos docenas ¿cuántos conejos puedes coger?
—Según la suerte... cuatro, cinco, o tal vez seis; y además, los lazos sirven varias veces, cuando el guarda no los encuentra.

—Pues toma: ahí tienes cuatro sueldos —dijo la tía Angélica—. Ve a comprar alambre de latón a casa del señor Dambrun, y mañana irás a cazar conejos.
—Mañana iré a poner los lazos —dijo Pitou—; pero hasta pasado no sabré si hay algo cogido.
El alambre de latón era más barato en la ciudad que en el campo, atendido que los traficantes de Haramont se abastecían en Villers-Cotterets; de modo que Pitou obtuvo veinticuatro lazos por tres sueldos, de los cuales devolvió uno a su tía.
Esta probidad, inesperada en su sobrino, conmovió casi a la solterona, y durante un momento tuvo la idea, la intención de gratificarle con aquel sueldo que no se había gastado; pero, desgraciadamente para Pitou, era una moneda ensanchada a martillazos y que a la luz del crepúsculo podía pasar como una de dos sueldos; y1a señora Angélica, pensando que no debía desprenderse de una pieza que podía dar el ciento por ciento, la guardó en su faltriquera.
Pitou observó el movimiento, pero sin analizarle: jamás le hubiera ocurrido la idea de que su tía pudiese dar un sueldo.
Acto continuo comenzó a confeccionar sus lazos, y al día siguiente pidió un saco a la señora Angélica.
—¿Para qué? —preguntó la solterona.
—Porque lo necesito —contestó Pitou, que siempre era misterioso.
La señora Angélica le dio el saco, poniendo en el fondo la provisión de pan y queso que debía servir de almuerzo y de comida a su sobrino, y éste marchó muy pronto a Bruyére-aux-Loups.
Por su parte, la tía Angélica comenzó a desplumar los doce petirrojos, que destinaba para su almuerzo y su comida; llevó dos alondras al abate Fortier, y fue a vender las otras cuatro al posadero de la *Bola de Oro*, que se las pagó a razón de tres sueldos cada una, prometiendo tomar al mismo precio todas cuantas le llevase.
La tía Angélica entró en su casa radiante de alegría: la bendición del Cielo había entrado con Pitou en su casa.
—¡Ah! —exclamó, mientras comía sus petirrojos, que estaban gorditos como tordos, con la carne tan fina como la de los becafigos—. Razón tienen al decir que un beneficio no se pierde jamás.
Ángel volvió por la noche; llevaba su saco perfectamente redondeado, y esta vez la tía Angélica no le esperó detrás de la puerta, sino en el umbral, y, en vez de recibir a su sobrino con un cachete, le acogió con una mueca que casi parecía una sonrisa.
—¡Ya estoy aquí! —dijo Pitou, entrando en la habitación con ese aplomo que indica la satisfacción de haber empleado bien el día.
—Tú y tu saco —repuso la tía Angélica.
—Sí, yo y mi saco —repuso Pitou.
—Y ¿qué traes dentro? —preguntó la solterona, alargando la mano con curiosidad.
—Hay bejuco[1] —dijo Pitou.

---

[1] Para mejor inteligencia de nuestros lectores que no estén familiarizados con las especies forestales diremos que él es el fruto del haya, con el cual se fabrica aceite bastante bueno, siendo para los pobres una especie de maná que durante dos meses del año les cae del cielo.

—¡Bejuco!
—Sin duda. Ya comprenderéis, tía Angélica, que si el padre La Jeunesse, el guarda de la Bruyére-aux-Loups, me hubiera visto rondando por su cantón sin mi saco, me hubiera dicho: «¿Qué haces tú por aquí, pequeño vagabundo?» Sin contar que habría sospechado alguna cosa; mientras que con mi saco, si me preguntaba qué hacía le hubiera contestado que iba a buscar bejuco, puesto que no creía que estuviese prohibido. Al contestarme él que no, yo habría observado que, siendo así, nada tenía que decir. En efecto: si dijese algo el padre La Jeunesse, no tendría razón.
—¡Conque has pasado todo el día cogiendo bejuco en vez de tender tus lazos, perezoso! —exclamó la tía Angélica, que en medio de todas estas finezas de su sobrino creía ver que se le escapaban los conejos.
—Al contrario, he tendido mis lazos mientras recogía el bejuco; de modo que el guarda me ha visto ocupado en esto último.
—Y ¿no te ha dicho nada?
—Sí, me ha dicho: «Darás expresiones a la tía Pitou». ¡Oh! Es un buen hombre el padre La Jeunesse.
—Pero ¿y los conejos? —replicó la tía Angélica, a la que nada podía hacer olvidar su principal idea.
—¿Los conejos? La luna sale a media noche, y yo iré a la una para ver si hay alguno cogido.
—¿Adonde?
—Al bosque.
—¿Cómo? ¿A la una de la madrugada irás al bosque?
—Es claro.
—¿Sin tener miedo?
—¿Miedo de qué?
La tía Angélica quedó tan maravillada del valor de Pitou como lo estuvo antes por sus especulaciones. El hecho es que Pitou, sencillo como un hijo de la naturaleza, no conocía ninguno de esos peligros ficticios que espantan a las criaturas de las ciudades.
Así, pues, a media noche se marchó, costeando el muro del cementerio, sin apartarse de él: el niño inocente que, jamás había ofendido, por lo menos en sus ideas de independencia, ni a Dios ni a los hombres, no tenía más miedo de los muertos que de los vivos.
No temía más que a una persona, al padre La Jeunesse, y por eso tuvo la precaución de hacer un rodeo para pasar cerca de su casa. Como puertas y postigos estaban cerrados, y no había ninguna luz en el interior, Pitou, a fin de asegurarse de que el guarda se hallaba en su casa y no vigilando, comenzó a imitar el ladrido del perro, con tal perfección, que *Ronflot,* el podenco del padre La Jeunesse, se engañó en la provocación, y contestó al punto a cuello tendido, apresurándose a husmear por debajo de la puerta.
Desde aquel momento, Pitou quedó tranquilo: si *Ronflot* estaba en la casa, el padre La Jeunesse debía hallarse también, porque hombre y perro eran inseparables, y cuando se veía al uno se podía tener la seguridad de que pronto se presentaría el otro.

Pitou, completamente tranquilizado, se encaminó, pues, a la Bruyére-aux-Loups. Los lazos habían hecho su obra: dos conejos estaban cogidos y estrangulados.
Pitou los guardó en los anchos bolsillos de aquel traje demasiado largo, que al cabo de un año debía ser corto, y volvió a casa de su tía.
La solterona estaba echada; pero la codicia no la permitió dormir; había calculado lo que producirían cuatro pieles de conejo por semana, y esta cuenta la condujo tan lejos que no le fue posible cerrar los ojos. Por eso experimentó como un temblor nervioso al preguntar al muchacho qué traía.
—Un par —contestó Pitou—. Ah, tía Angélica! No es culpa mía si no traigo más. Parece que los conejos del padre La Jeunesse tienen mucha astucia.
Las esperanzas de la tía Angélica quedaban colmadas con creces. Cogió, estremeciéndose de alegría, los dos pobres animales, examinó su piel, que se mantenía intacta, y fue a encerrarlos en la despensa, que jamás había visto provisiones semejantes a las que contenía, desde que a Pitou le ocurrió abastecerla.
Después, con voz bastante dulce, la tía invitó a su sobrino a ir a dormir, lo que hizo al punto porque estaba muy cansado, sin pedir de cenar, lo cual acabó de complacer a la solterona.
A los dos días, Pitou renovó su tentativa, y esta vez fue más feliz aún, pues cogió tres conejos.
Dos de ellos tomaron el camino de la posada la *Bola de Oro*, y el tercero fue para el presbítero. La tía Angélica tenía muchas atenciones con el abate Fortier, que, por su parte, la recomendaba a las buenas almas de su parroquia.
Las cosas siguieron así durante tres o cuatro meses; la tía Angélica estaba encantada de su sobrino, y a Pitou le parecía la situación soportable. En efecto: excepto el amor de su madre, que se cernía sobre su existencia, Pitou observaba en Villers-Cotterets poco más o menos la misma vida que en Haramont; pero una circunstancia imprevista, la cual se debía esperar, sin embargo, vino a romper el cántaro de leche de la tía, interrumpiendo las expediciones del sobrino.
Se había recibido una carta del doctor Gilberto fechada en Nueva York. Al sentar el pie en tierra de América, el filósofo viajero no había olvidado a su pequeño protegido, y lo primero que hizo fue escribir al papá Niguet para saber si sus instrucciones se habían cumplido, y reclamar, en caso contrario, la ejecución del contrato o bien la anulación si no se quería llenar las condiciones concertadas.
El caso era grave; la responsabilidad del tabelión estaba en juego; se presentó en casa de la tía Pitou, y con la carta del doctor en la mano le intimó el cumplimiento de su promesa.
No se podía retroceder, y toda excusa sobre la mala salud del sobrino quedaba desmentida por el físico de Pitou. El muchacho era alto y flaco; pero también lo eran los vástagos del bosque, y nadie impedía conservarse muy bien.
La señora Angélica pidió ocho días para meditar sobre la profesión que sería mejor dar a su sobrino.
Pitou estaba tan triste como su tía, pues su oficio actual parecíale excelente, y no deseaba otro.
Durante aquellos ocho días, no fue cuestión de coger pajarillos ni de caza furtiva, sin contar que era invierno, estación en que las aves beben en todas partes.

Además, acababa de nevar, y Pitou no se atrevía a dejar sus huellas impresas en el suelo para ir a tender sus lazos. La nieve conserva la impresión de las suelas de los zapatos, y Pitou tenía un par de pies que hubieran permitido al padre La Jeunesse averiguar en veinticuatro horas quién era el diestro ladrón que robaba la caza.
Durante estos ocho días, los pesares de la solterona renacieron, y Pitou volvió a ver en la beata la tía Angélica de otro tiempo, la que le inspiraba tanto miedo y a quien el interés, ese poderoso móvil de toda su vida, debía faltarle de pronto.
A medida que se acercaba el plazo, el mal humor de la solterona era cada vez más insoportable, hasta el punto de que, hacia el quinto día, Pitou deseó que la señora Angélica se decidiese pronto por una cosa u otra. Poco le importaba la profesión a que le dedicaran, con tal que no sufriera más junto a la solterona.
De repente, una idea sublime iluminó el cerebro de la beata, tan cruelmente agitado, y esta idea le devolvió la calma que había perdido hacía una semana.
Reducíase a rogar al abate Fortier que admitiera en su escuela, sin retribución alguna, al pobre Pitou, a fin de que pudiese aspirar a la beca fundada en el seminario por Su Alteza el duque de Orleans.
Se trataba de un aprendizaje que no costaría un cuarto a la tía Angélica; y el abate Fortier, sin contar las alondras, los mirlos y los conejos que la vieja devota le regalaba hacía seis meses, debía bien alguna cosa, más que a otro cualquiera, al sobrino de la que alquilaba las sillas en su iglesia.
En efecto: Ángel fue recibido en casa del abate Fortier sin retribución alguna. El abate era un buen hombre, nada interesado, que daba su ciencia a los pobres de espíritu y su dinero a los pobres de cuerpo; pero era intratable en un solo punto: los solecismos le ponían fuera de sí, y los barbarismos le enfurecían. En esto no reconocía amigos ni enemigos, ni pobres ni ricos, ni discípulos de pago ni escolares gratuitos. Pegaba a los culpables con la mayor imparcialidad, con un estoicismo espartano; y como tenía el brazo fuerte, pegaba de firme. Los padres no lo ignoraban, y de ellos dependía llevar o no llevar sus hijos a casa del abate Fortier; pero en el primer caso, debían abandonarlos completamente a merced del maestro, pues a todas las reclamaciones maternas, el abate contestaba que había hecho grabar en la paleta de su férula y en el mango de sus disciplinas estas palabras: «Quien bien ama, bien castiga».
Por recomendaciones de su tía, Ángel Pitou fue admitido, pues, entre los alumnos del abate Fortier. La vieja devota, muy enorgullecida por aquella recepción, mucho menos agradable para Pitou, cuya vida nómada interrumpía, privándole de su libertad, se presentó en casa del señor Niguet para anunciarle que, no solamente acababa de conformarse con los deseos del doctor Gilberto, sino que había hecho más de lo prometido. En efecto: el doctor quería para Ángel Pitou un oficio honroso, y ella le daba mucho más, una educación distinguida. Y ¿dónde le daba esta educación? En aquella misma escuela donde Sebastián Gilberto, por el cual pagaban cincuenta libras, recibió la suya.
A decir verdad, Ángel se educaba gratis; mas no era necesario hacer esta confidencia al doctor Gilberto; y en esto se conocía la imparcialidad y el desinterés del abate Fortier, que, así como el sublime maestro, abría los brazos diciendo: «Dejad venir a los niños hasta mí». Pero las dos manos que terminaban

sus brazos paternales estaban armadas, la una de una férula, y la otra de unas disciplinas; de modo que la mayor parte de su tiempo, muy al contrario de Jesús, que recibía a los niños llorosos y los enviaba consolados, el abate Fortier veía venir a sí a las pobres criaturas espantadas y las devolvía llorando.
El nuevo escolar hizo su entrada en la clase con un pequeño cofre viejo debajo del brazo, un tintero de cuerno en la mano, y dos o tres troncos de plumas colocados sobre la oreja; el pequeño cofre estaba destinado a servir, bien o mal, de pupitre; el tintero era regalo del longista; y la señora Angélica había obtenido los troncos de plumas, visitando la víspera a maese Niguet.
Ángel Pitou fue acogido con esa dulce fraternidad que nace en los niños y se perpetúa en los hombres, es decir, con silbidos. Toda la clase comenzó a burlarse de su persona: dos escolares fueron encerrados por reírse de sus cabellos amarillos, y otros dos por mofarse de sus extrañas rodillas, de las que ya hemos indicado algo. Estos últimos habían dicho que las piernas de Pitou parecían cuerdas de pozo en las que se hubiera hecho un nudo; la frase fue aplaudida, y, circulando por la mesa, excitó la hilaridad general, así como también el resentimiento del abate Fortier.
De este modo, pues, al salir al mediodía, es decir, después de cuatro horas de clase, Pitou, sin haber dirigido una palabra a nadie, sin haber hecho más que bostezar detrás de su cofre, tenía ya seis enemigos en la clase, tanto más encarnizados cuanto que no se les había ofendido en nada. Por eso, con las manos extendidas sobre el calorífero, que en la clase representaba el altar de la patria, prestaron el juramento solemne, los unos de arrancar a Pitou sus cabellos amarillos, los otros de desfigurarle sus feos ojos, y los últimos de ponerle derechas sus rodillas arqueadas.
Pitou ignoraba completamente estas disposiciones hostiles, y al salir preguntó a uno de sus vecinos por qué seis de sus compañeros se quedaban en la escuela, mientras que ellos salían.
El vecino miró a Pitou de reojo, le llamó perverso, hablador, y alejóse sin querer trabar conversación con él.
Pitou se preguntó cómo sería que, no habiendo dicho una sola palabra durante toda la clase, podía ser un perverso hablador; pero en aquel tiempo había oído decir a los discípulos y al abate Fortier tantas cosas que no entendía, que comprendió la acusación del vecino en el número de las que eran demasiado elevadas para su inteligencia.
Al ver que Pitou regresaba al mediodía, la señora Angélica, ansiosa por una educación que suponía grandes sacrificios por su parte, preguntó al muchacho qué había aprendido.
Pitou contestó que había aprendido a callarse: la respuesta era digna de un pitagórico, sólo que un pitagórico la hubiera dado por señas.
El nuevo escolar volvió a la clase de la tarde sin demasiada repugnancia: la clase de la mañana se había empleado por los escolares para examinar el físico de Pitou; la de la tarde se dedicó por el profesor para estudiar su moral. Hecho esto, el abate Fortier quedó convencido de que Pitou tenía las mejores disposiciones para llegar a ser un Robinson Crusoe, pero muy pocas probabilidades para ser algún día un Fontenelle o un Bossuet.

Mientras duró aquella clase, más fatigosa que la de la mañana para el futuro seminarista, los escolares castigados por causa de él le enseñaron los puños varias veces: en todos los países, civilizados o no, esta demostración se considera como una señal de amenaza, y Pitou se mantuvo alerta.
Nuestro héroe no se había engañado: al salir, o más bien cuando todos hubieron salido de las dependencias de la casa colegial, los seis escolares castigados indicaron a Pitou que debería pagarles sus dos horas de encierro, con gastos, intereses y capital.
Pitou comprendió que se trataba de un duelo al pugilato, y, aunque estuviese lejos de haber estudiado el sexto libro de la Eneida, donde Darés y el viejo Entela se entregan a este ejercicio, con grandes aplausos de los troyanos fugitivos, conocía aquel género de recreo, que no era del todo extraño a los campesinos de su pueblo. Declaró, pues, que estaba dispuesto a entrar en liza contra aquel de sus adversarios que quiera comenzar, haciendo frente después a sus seis enemigos. Esta declaración comenzó a merecer ciertas consideraciones de parte del último llegado. Se fijaron las condiciones tal como las propuso Pitou; formóse un círculo alrededor de la liza, y los adversarios, después de haberse despojado, el uno de su casaca y el otro de su chaqueta, avanzaron uno contra otro.
Ya hemos hablado de las manos de Pitou: estas manos, que no eran agradables de ver, lo eran menos aún de sentir: el muchacho hacía girar en la extermidad de cada brazo un puño voluminoso como la cabeza de un niño, y, aunque el *box* no se hubiese introducido aún en Francia, no teniendo Pitou, de consiguiente, ningún principio elemental de este arte, pudo aplicar sobre el ojo de su primer adversario un puñetazo tan perfectamente ajustado que el órgano visual quedó rodeado al punto de un círculo azulado, tan geométrico como si el más hábil matemático hubiese tomado la medida con su compás.
El segundo contrincante se presentó después: si Pitou tenía en contra suya la fatiga del primer combate, su adversario, en cambio, era visiblemente menos robusto que el primer antagonista; de modo que la lucha fue menos prolongada. El puño formidable cayó sobre la nariz, y las dos fosas nasales revelaron desde luego la validez del golpe, dejando escapar un doble chorro de sangre.
El tercer competidor salió del paso con un diente roto; era el menos deteriorado, los otros se dieron por satisfechos.
Pitou salió del círculo, que se entreabrió con el respeto debido al vencedor, y retiróse sano y salvo a su hogar, o más bien al de su tía.
Al día siguiente, cuando los tres escolares llegaron a la clase, el uno con el ojo amoratado, el otro con la nariz maltratada, y el tercero con los labios hinchados, el abate Fortier quiso abrir una información; pero los colegiales tienen también su pundonor, y ni uno solo de los lesionados fue indiscreto; de modo que solamente por vía indirecta, es decir, por un testigo de la lucha, completamente extraño al colegio, el abate Fortier supo al día siguiente que Pitou era quien había hecho en el rostro de sus discípulos los desperfectos que la víspera excitaron su solicitud.
En efecto: el abate Fortier respondía a los padres, no tan sólo de la moral, sino también del físico de sus alumnos. Había recibido la triple queja de las tres

familias; era necesaria una reparación, y se castigó a Pitou con tres días de encierro, uno por el ojo, otro por la nariz, y el tercero por el diente.
Aquellos tres días de encierro surgieron a la señora Angélica una ingeniosa idea, cual fue la de suprimir a Pitou su comida siempre que el abate Fortier le encerrara. Esta medida debía redundar necesariamente en beneficio de la educación de Pitou, puesto que se miraría dos veces antes de cometer faltas que exigieran un doble castigo.
Pero Pitou no comprendió nunca bien porqué le habían llamado hablador, sin decir nada, y por qué le castigaron por haber pegado a los que trataban de hacer lo mismo con él. Sin embargo, si se comprendiese todo en el mundo, esto sería perder uno de los principales encantos de la vida, el del misterio y de lo imprevisto.
Pitou sufrió su encierro de tres días, y durante ellos debió contentarse con almorzar y cenar.
Que se *contentó* no es la palabra, porque Pitou no estaba nada contento; pero nuestra lengua es tan pobre y la Academia tan severa, que es preciso *contentarse* con lo que tenemos.
Sin embargo, aquel castigo sufrido por Pitou, sin denunciar la agresión a que no había hecho más que contestar, le valió la consideración de todos; aunque es verdad que los tres majestuosos puñetazos que le habían visto aplicar entraban por alguna cosa, tal vez, en dicha consideración.
A partir de aquel día, la vida de Pitou fue, poco más o menos, la de sus compañeros, sólo que estos últimos pasaban por las consecuencias variables de sus adelantos o atrasos; mientras que Pitou permanecía siempre en el mismo lugar, sufriendo doble número de castigos que los de sus condiscípulos.
Pero se ha de añadir una cosa que estaba en la naturaleza de Pitou, como resultado de la educación primera que recibió, o más bien de la que no había recibido; una cosa a que se debían atribuir, por lo menos, una tercera parte de los encierros que sufría: era su inclinación natural a los animales.
El famoso cofre a que su tía Angélica había dado el nombre de pupitre había llegado a ser, gracias a su anchura y a los numerosos compartimientos con que Pitou había adornado su interior, una especie de arca de Noé, conteniendo un par de diversas especies de animales trepadores, rampantes o volantes: había lagartos, culebras, hormigas-leones, escarabajos y ranas, animales tantos más caros para Pitou cuanto que por ellos sufría castigos más o menos severos.
En sus paseos de la semana, Pitou recogía especies para su colección zoológica: había deseado salamandras, muy populares en Villers-Cotterets, por ser las armas de Francisco I, que las hizo esculpir en todas las chimeneas, y no tardó en hallarlas; solamente le preocupaba mucho una cosa, y acabó por comprenderla en el número de aquellas a que no alcanzaba su inteligencia: era que había encontrado siempre en el agua estos reptiles, que, según pretenden los poetas, viven en el fuego. Esta circunstancia fue causa de que Pitou, amante de lo exacto, mirara con profundo desprecio a los poetas.
Pitou, dueño de dos salamandras, comenzó a buscar un camaleón; pero esta vez, todas las exploraciones del muchacho fueron inútiles y ningún resultado coronó sus esfuerzos; de modo que Pitou acabó por deducir de sus infructuosas

tentativas que el camaleón no existía, o que, por lo menos, habitaba bajo otra latitud.

Determinado este punto, Pitou no se ocupó más en buscar el camaleón.

Las dos terceras partes de los encierros que Pitou sufría debíanse a los condenados solecismos y a los barbarismos malditos, que aumentaban en los temas del nuevo escolar como la cizaña en los campos de trigo.

En cuanto a los jueves y domingos, días de vacación, Pitou seguía empleándolos en la charca y en la caza; pero como Pitou crecía siempre y tenía ya cinco pies cuatro pulgadas a los dieciséis años de edad, sobrevino una circunstancia que distrajo un poco a Pitou de sus ocupaciones favoritas.

En el camino de la Bruyére-aux-Loups se halla situado el pueblo de Pisseleu, el mismo tal vez que ha dado su nombre a la hermosa Ana de Heilly, querida de Francisco I.

En ese pueblo estaba la granja del padre Billot, y en el umbral de su puerta hallábase por casualidad, casi todas las veces que Pitou pasaba y repasaba, una linda joven de diecisiete a dieciocho años, fresca, vivaracha y jovial, que se llamaba Catalina, pero más a menudo conocida por la Billota, del nombre de su padre.

Pitou comenzó por saludar a la Billota, y luego, poco a poco, atrevióse a mirarla sonriendo, hasta que, al fin, cierto día, después de saludarla y de sonreír, detúvose, ruborizándose, y aventuró esta frase, que él consideraba como un gran atrevimiento:

—Buenos días, señorita Catalina.

La joven, que era una buena muchacha, acogió a Pitou como antiguo conocido; y éralo, en efecto, pues hacía dos o tres años que le veía pasar y repasar por delante de la granja al menos una vez a la semana; pero Catalina veía a Pitou, y éste no se fijaba en ella: era porque cuando Pitou pasaba, Catalina tenía dieciséis años, y el muchacho solamente catorce: ya hemos visto lo que sucedió cuando Pitou tuvo dos años más.

Poco a poco Catalina tuvo ocasión de apreciar los talentos y habilidades de Pitou, porque éste le ofrecía sus mejores pájaros y los conejos más gordos, de lo cual resultó que Catalina hizo muchos complidos a Pitou, mostrándose éste tanto más sensible a ellos cuanto que no estaba acostumbrado a recibirlos. Así es cómo el muchacho se dejó llevar de los encantos de la novedad, y, en vez de continuar como antes su marcha hasta la Bruyére-aux-Loups, deteníase a medio camino; y, en lugar de ocuparse durante el día en recoger bejucos y tender lazos, perdía el tiempo rondando por la granja del padre Billot, con la esperanza de ver un momento a Catalina.

De esto resultó una disminución muy sensible en el producto de las pieles de conejo, y una escasez casi completa de petirrojos y de alondras.

La tía Angélica se quejaba, y Pitou contestó que los conejos comenzaban a ser muy desconfiados, y que los pájaros, habiendo reconocido el lazo, bebían ahora en los huecos de los árboles y de las hojas.

Una cosa consolaba a la tía Angélica de esta inteligencia de los conejos y de esta previsión de los pájaros, que ella achacaba a los progresos de la filosofía; y era que su sobrino obtendría el premio, ingresaría en el seminario, y al cabo de tres

años saldría de él convertido en abate. Ahora bien: ser ama de gobierno de un abate era la eterna ambición de la señora Angélica.
Esta ambición no podía menos de quedar satisfecha, pues Ángel Pitou, una vez abate, estaba obligado en cierto modo a tomar a su tía por ama de gobierno, sobre todo después de haber hecho su tía tanto por él.
La única cosa que perturbaba los sueños dorados de la pobre solterona era que, cuando hablaba de tal esperanza al abate Fortier, éste contestaba, encogiéndose de hombros:
—Apreciable señora Pitou, para ser abate, vuestro sobrino debería dedicarse menos a la historia natural y mucho más al *De viris illustribus* o al *Selectce é profanis scriptoribus.*
—¿Lo cual quiere decir...? —preguntaba la señora Angélica.
—Que comete muchos barbarismos, e infinitamente demasiados solecismos, contestaba el abate Fortier.
Contestación que dejaba a la señora Angélica en la vaguedad más aflictiva.

## IV

## DE LA INFLUENCIA QUE PUEDE TENER EN LA VIDA DE UN HOMBRE UN BARBARISMO Y SIETE SOLECISMOS

Estos detalles eran indispensables al lector, cualquiera que fuere su grado de inteligencia, para que pudiese comprender bien todo el horror de la posición en que Pitou se encontró, una vez fuera de la escuela.

Con uno de sus brazos pendiente, y el otro manteniendo en equilibrio su cofre sobre la cabeza; mientras que aun vibraban en su oído las interjecciones furiosas del abate Fortier, encaminábase hacia Pleux con un recogimiento que no era otra cosa sino el estupor en el más alto grado.

Por fin, una idea cruzó por su mente, y sus labios pronunciaron tres palabras que encerraban todo su pensamiento:

—¡Jesús, mí tía!

En efecto, ¿qué diría la señora Angélica Pitou al saber que era preciso renunciar a todas sus esperanzas?

Sin embargo, Ángel no conocía los proyectos de la solterona sino como los perros fieles e inteligentes conocen los de sus amos, es decir, por la inspección de la fisonomía. El instinto es un guía precioso, porque jamás engaña; mientras que el razonamiento, por el contrario, se puede falsear por la imaginación.

Lo que resultaba claro de las reflexiones de Ángel Pitou, y lo que había hecho salir de sus labios la dolorosa exclamación que hemos citado, era que el escolar adivinaba cuánto sería el descontento de la solterona al saber la fatal noticia. Ahora bien: ya conocía por experiencia el resultado del descontento de la señora Angélica; pero esta vez la causa se levantaba al más alto grado, y las consecuencias debían alcanzar una cifra incalculable.

He aquí bajo qué impresión de temor Pitou entró en el Pleux. Había empleado cerca de un cuarto de hora en recorrer el camino que conducía desde la gran puerta del abate Fortier a la calle en que la solterona vivía, y sin embargo, el trayecto no era más que de trescientos pasos.

En aquel momento, el reloj de la iglesia dio la una.

Entonces echó de ver que su conversación suprema con el abate, y la lentitud con que recorrió la distancia, le habían retardado sesenta minutos; de modo que hacía treinta que había terminado el plazo de rigor, pasado el cual no se comía en casa de la tía Angélica.

Ya hemos dicho cuál era el freno saludable que la solterona había aplicado a la vez a los tristes encierros y a los ardimientos locuaces de su sobrino; y así era como, un año con otro, economizaba unas sesenta comidas a costa del pobre Pitou.

Pero esta vez lo que inquietaba al escolar retrasado no era la parca comida de la tía, no menos mezquina que el almuerzo: Pitou tenía el corazón demasiado triste para echar de ver que su estómago estaba vacío.

Hay un espantoso suplicio, bien conocido del escolar, por mísero que fuere, y es la permanencia indebida en algún retirado lugar, después de una expulsión colegial; es la vocación definitiva y forzosa de que se debe aprovechar; mientras que sus condiscípulos pasan con los libros debajo del brazo para ir al estudio cotidiano. El colegio, tan aborrecido, tiene en tales días una forma agradable; el escolar se ocupa seriamente en el gran asunto de los temas y de las versiones y hay muchas relaciones entre el discípulo despedido por su profesor, y aquel que ha sido excomulgado a causa de su impiedad, que no tiene ya derecho para entrar en la iglesia y que arde en deseos de oír misa.

He aquí por qué, a medida que se acercaba a casa de su tía, la permanencia en aquélla parecía espantosa al pobre Pitou; y por la primera vez de su vida figurábase que la escuela era un Paraíso terrenal, del que el abate Fortier, ángel exterminador, acababa de expulsarle con sus disciplinas, a guisa de espada flamígera.

Sin embargo, por despacio que anduviese, y aunque a cada diez pasos hiciera una estación, prolongando más cada una de ellas a medida que se acercaba, no pudo menos de llegar a la puerta de aquella casa tan temida. Pitou tocó aquel umbral arrastrando los pies, mientras que frotaba su mano contra el pantalón.

—¡Ah! Estoy muy enfermo, tía Angélica —dijo, para evitar una burla o una reprensión, y acaso también para que le compadecieran.

—Bueno —contestó la solterona—, conozco tu enfermedad, y se curará fácilmente adelantando la aguja del reloj hora y media.

—¡Oh! ¡No, no! —exclamó amargamente Pitou—. Pues no tengo hambre.

La tía Angélica quedó sorprendida y casi alarmada: una enfermedad inquieta igualmente a las buenas madres y a las madrastras; las primeras por el peligro que aquélla supone, y las segundas por el perjuicio que ocasiona a su bolsa.

—¡Pues bien; veamos qué hay, habla! —dijo la tía Angélica.

Al oír estas palabras, aunque pronunciadas sin marcada simpatía, Ángel Pitou comenzó a llorar, y confesaremos que la mueca que hizo, al pasar de la queja a las lágrimas, fue una de las más feas y desagradables que pudieran verse.

—¡Oh, mi buena tía! —exclamó—. Me ha sucedido una gran desgracia.

—¿Cuál?

—¡El señor abate me ha despedido! —exclamó Ángel
Pitou, desahogándose con ruidosos y prolongados sollozos.

—¡Despedido! —repitió la señora Angélica, como si no comprendiera.

—Sí, tía mía.

—Y ¿de dónde te han despedido?

—De la escuela.

Y los sollozos de Pitou redoblaron.

—¿De la escuela?

—Sí, tía mía.

—¿Para siempre?

—Sí, tía.

—Y ¿ya no habrá exámenes, ni concurso, ni beca, ni seminario?

Los sollozos de Pitou se convirtieron en alaridos: la señora Angélica le miró, como si quisiera leer en el fondo de su corazón las causas de la despedida.

—Apostemos —dijo—, que has hecho novillos; apostemos a que has ido a rondar otra vez por la granja del padre Billot. ¡Qué lástima, un futuro abate!
Ángel movió la cabeza.
—¡Mientes! —gritó la solterona, cuya cólera iba en aumento a medida que adquiría la certidumbre de que la situación era grave—. ¡Mientes! —repitió—, pues aun el domingo te vieron en la avenida de los Suspiros con la Billota.
La señora Angélica era la que mentía; pero en todo tiempo los devotos se creen autorizados para ello, en virtud de este axioma jesuítico: «Está permitido abogar por lo falso para saber lo verdadero».
—No me han visto por la avenida de los Suspiros —dijo Ángel—; esto es imposible, pues nos paseábamos por el lado del Naranjal.
—¡Ah, desgraciado! ¡Bien ves que estabas con ella!
—Pero, tía mía —repuso Ángel sonrojándose—, aquí no se trata de la señorita Billota.
—¡Sí, llámala señorita para ocultar tus ideas impuras! Pero ya hablaré yo sobre esto al confesor: de esa remilgada.
—Pero, tía, os juro que la señorita Billota no es una remilgada.
—¡Ah! ¡Conque la defiendes, siendo tú quien necesita excusarse! ¡Bien, ya veo que os entendéis! ¡Dios mío, adonde vamos a llegar!... ¡Unos niños de dieciséis años!
—Tía mía, muy al contrario de entendernos, Catalina es la que me obliga siempre a marcharme.
—¡Ah! Ya ves como tú mismo te vendes, llamando a esa joven Catalina a secas. Sí, ella es la que te echa, hipócrita... cuando alguien la mira.
—¡Toma! —exclamó Pitou, súbitamente iluminado—. Pues es verdad; no había pensado en ello.
—¡Ah! Ya lo ves —dijo la solterona, aprovechando la ingenua exclamación de su sobrino para demostrarle su convivencia con la Billota—; pero déjame hacer, que yo arreglaré todo eso. El señor Fortier es su confesor, y yo le rogaré que te encierre quince días, teniéndote a pan y agua durante este tiempo. En cuanto a la señorita Catalina Billota, si necesita el convento para moderar la pasión que le inspiras, lo tendrá. La enviaremos a Saint-Remy.
La solterona pronunció estas últimas palabras con un tono de autoridad y una convicción de su poder, que Pitou se estremeció.
—Mi buena tía —repuso, uniendo las manos—, juro que os engañáis si creéis que la señorita Catalina entra por algo en mi desgracia.
—La impureza es madre de todos los vicios —interrumpió la señora Angélica con tono sentencioso.
—Pero, tía, os repito que el señor abate no me ha despedido porque yo sea impuro: solamente fue porque cometía demasiados barbarismos, mezclados con solecismos, que se me escapaban también de vez en cuando, haciéndome perder así toda probabilidad de ganar la beca del seminario.
—¿Toda probabilidad, dices? ¡Pues entonces no alcanzarás esa beca, ni serás abate, ni yo tampoco tu ama de gobierno!
—¡Dios mío, no, querida tía!
—Y ¿qué será de ti entonces? —preguntó la solterona, fuera de sí.

—No lo sé —contestó Pitou, levantando los ojos al cielo con expresión dolorosa—; seré lo que la Providencia disponga.
—¿La Providencia? ;Ah! ya veo lo que es —exclamó la señora Angélica—, le habrán trastornado la cabeza, habiéndole de las ideas nuevas, y le habrán inculcado principios de filosofía.
—No puede ser eso, tía, puesto que no es posible cursar filosofía hasta después de haber aprendido retórica, y atendido que jamás me fue posible pasar del tercer año.
—¡Chancéate, chancéate; pero no es ésa la filosofía de que yo hablo: me refiero a la filosofía de los filósofos, desgraciado! Hablo de la del señor Arouet, de la de Juan Jacobo Rousseau, y de la de Diderot, que ha escrito la Religiosa.
La señora Angélica hizo la señal de la cruz.
—¿La *Religiosa?* —preguntó Pitou—. ¿Qué es eso, tía mía?
—¿La has leído, desgraciado?
—Os juro que no, tía.
—Y he aquí por qué no te gusta la Iglesia.
—Os engañáis, tía: la Iglesia es la que no me quiere a mí.
—¡Pero este muchacho es una serpiente, y creo que me replica! —exclamó la señora Angélica.
—No, tía: no hago más que contestar.
—¡Oh! —continuó la solterona, con todas las señales del más profundo abatimiento, y dejándose caer sobre su sillón—. ¡Este muchacho se ha perdido!
Esto era lo mismo que decir: «¡Estoy perdida!»
El peligro era inminente, y la tía Angélica tomó una resolución suprema: levantóse, como si un resorte hubiera movido sus piernas, y corrió a casa del abate Fortier para pedirle explicaciones, y sobre todo para intentar el último esfuerzo.
Pitou siguió con los ojos a su tía hasta el umbral de la puerta; después, cuando hubo desaparecido, acercóse a ésta y vio a la solterona encaminarse, con una celeridad de que él no tenía idea, hacia la calle de Soissons. Desdé aquel momento ya no tuvo duda de las intenciones de la señora Angélica, y quedó convencido de que iba a casa de su profesor.
De este modo, Pitou tendría, por lo menos, un cuarto de hora de tranquilidad, y pensó en utilizar aquel breve tiempo que la Providencia le concedía. Recogió los restos de comida para alimentar a sus lagartos; cogió dos o tres moscas para sus hormigas y sus ranas, y luego, abriendo sucesivamente la alacena y el armario, ocupóse en alimentarse a sí propio, pues con la soledad le había vuelto el apetito.
Adoptadas todas estas disposiciones, volvió para espiar a la puerta, a fin de no ser sorprendido por el regreso de su segunda madre.
Este era el título que se daba a la señora Angélica.
Mientras que Pitou acechaba, una joven pasó por delante de la casa, siguiendo la callejuela que conducía desde la extremidad de la calle de Soissons a la de la calle de Lormet. Iba montada en la grupa de un caballo cargado con dos cestos, uno lleno de pollos y el otro de palomas: era Catalina, que al ver a Pitou en el umbral de la puerta se detuvo.

Pitou se sonrojó, según su costumbre, y después quedóse con la boca abierta y mirando, o, mejor dicho, admirando, pues la señorita Catalina era para él la última expresión de la belleza humana.
La joven paseó una mirada por la calle, saludó a Pitou con un ligero movimiento de cabeza y continuó su marcha.
Pitou contestó, estremeciéndose de placer.
Esta breve escena tuvo precisamente la duración necesaria para que el escolar, entregado del todo a su contemplación, y mirando siempre el sitio donde había estado la señorita Catalina, no echase de ver a su tía que regresaba de la casa del abate Fortier, y que de improviso le cogió la mano, palideciendo de cólera.
Ángel, despertando sobresaltado en medio de su dulce sueño, por la conmoción eléctrica que le causaba siempre el contacto de la solterona, se volvió, mirando sucesivamente el rostro de su tía, que expresaba el enojo, y su propia mano, en la que vio con terror que conservaba la enorme mitad de una torta, en la cual se habían aplicado generosamente dos capas, sobrepuestas, de manteca fresca y de queso blanco.
La señora Angélica profirió un grito de furor, y Pitou una exclamación de espanto; la tía levantó su mano ganchuda, y el sobrino inclinó la cabeza; la solterona empuñó el mango de una escoba que se hallaba a su alcance. Pitou dejó caer su torta, y echó a correr sin más explicación.
Aquellos dos corazones acababan de entenderse: habían comprendido que no podía existir ya nada entre ellos.
La señora Angélica entró en su casa y cerró la puerta, dando dos vueltas a la llave, mientras que Pitou, a quien el crujido de la cerradura espantaba como una consecuencia de la tempestad, redobló su ligereza.
De esta escena resultó un efecto que la señora Angélica estaba muy lejos de prever y que seguramente Pitou no esperaba tampoco.

## V

## UN LABRADOR FILÓSOFO

Pitou corría como si todos los diablos del infierno le persiguieran, y en un momento estuvo fuera de la ciudad.

Al doblar la esquina del cementerio, estuvo a punto de dar de narices contra la grupa de un caballo.

—¡Eh! —exclamó una dulce voz bien conocida de Pitou—. ¿Dónde vais corriendo así, señor Ángel? Poco ha faltado para que *Cadet* se desboque por el miedo que le habéis causado.

—¡Ah, señorita Catalina! —exclamó Pitou, contestando a su propio pensamiento más bien que a la pregunta de la joven—. ¡Ah!, señorita Catalina! ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!

—¡Jesús, me espantáis! —dijo la joven, deteniendo su caballo en medio del camino—. ¿Qué ocurre, señor Ángel?

—Ocurre —contestó Pitou, como si fuese a revelar un misterio de iniquidades—, que ya no seré abate, señorita Catalina.

—Pero, en vez de gesticular en el sentido que Pitou esperaba, la Billota dejó escapar una ruidosa carcajada.

—¿Qué no seréis abate? —preguntó.

—No —repuso Pitou con aire consternado—, parece que es imposible.

—¡Pues bien! Entonces seréis militar —dijo la joven.

—¿Soldado?

—Sin duda. No hay que desesperarse por tan poca cosa, Dios mío. Yo creí al pronto que veníais para anunciarme la repentina muerte de vuestra tía.

—¡Ah! —exclamó Pitou con sentimiento—. Para mí es exactamente lo mismo que si hubiese muerto, puesto que me ha echado de su casa.

—Dispensad —repuso Catalina, sonriendo—, si os digo que ahora os faltará la satisfacción de poder llorarla.

Y Catalina comenzó a reír a más y mejor, lo cual escandalizó de nuevo a Pitou.

—Pero ¿no habéis oído que acaba de despedirme? —replicó el escolar, desesperado.

—¡Pues tanto mejor! —dijo la joven.

—Es una dicha poder reírse así, señorita Billot, y esto prueba que tenéis un carácter muy agradable, puesto que las penas de los demás no os causan mucha impresión.

—Y ¿quién os dice que si os ocurriera una verdadera desgracia no os compadecería, señor Ángel?

—¿Que me compadeceríais si me ocurriese una verdadera desgracia? ¡Pues no sabéis que no tengo ya recursos!

—¡Tanto mejor! —volvió a decir Catalina.

Pitou no sabía ya qué pensar.

—Y comer —exclamó de pronto—, sobre todo yo, que tengo siempre hambre!

—Pues ¿no queréis trabajar, señor Pitou?

—¡Trabajar! ¿Y en qué? El señor Fortier y mi tía Angélica me han repetido más de cien veces que yo no era bueno para nada. ¡Ah! Si me hubiesen puesto de aprendiz con un carpintero o un carretero, en vez de hacerme estudiar para ser abate. Decididamente —añadió Pitou, con un ademán desesperado—, decididamente pesa sobre mí una terrible maldición.
—¡Ay de mí! —exclamó la joven con tono compasivo, pues conocía, como todo el mundo, la historia lamentable de Pitou—. Hay algo de verdad en lo que decís, apreciable señor Ángel; pero... ¿por qué no hacéis una cosa?
—¿Cuál? —preguntó Pitou, cogiéndose a la futura proposición de Catalina, como quien se coge a una rama de sauce cuando se ahoga—. Decid pronto.
—Me parece que teníais un protector.
—Sí, el doctor Gilberto.
—Erais el compañero de clase de su hijo, puesto que fue educado, como vos, en casa del abate Fortier.
—Ya lo creo, y hasta impedí más de una vez que le zurraran.
—¡Pues bien! ¿Por qué no os dirigís a su padre? Seguramente no os abandonará.
—¡Diantre! Seguramente lo haría, si supiera lo que ha sido de él; pero tal vez vuestro padre lo sepa, señorita Catalina, puesto que el doctor Gilberto es su propietario.
—Yo sé que le enviaba una parte del importe de los alquileres a América, depositando la otra en casa de un notario de París.
—¡Ah! —exclamó Pitou suspirando—. América está muy lejos.
—¿Iríais a América? —preguntó la joven, casi espantada de la resolución de Pitou.
—¿Yo, señorita Catalina? ¡Jamás, jamás! Si yo supiera dónde y cómo comer, estaría en Francia muy bien.
—¡Muy bien! —repitió Catalina.
Pitou bajó los ojos, y la joven guardó silencio bastante rato; el escolar estaba sumido en meditaciones que hubieran extrañado al abate Fortier como hombre lógico.
Estas meditaciones, partiendo de un punto oscuro, se aclararon; después fueron confusas, aunque brillantes como relámpagos cuyo origen está oculto.
Sin embargo, *Cadet* había continuado su marcha al paso, y Pitou iba junto a él, con la mano apoyada en uno de los cestos. En cuanto a la señorita Catalina, meditabunda por su parte, como Pitou por la suya, dejaba flotar las riendas sin temer que su caballo se desbocase. Por lo demás, no había ningún monstruo en el camino, y *Cadet* era de una raza que no tenía ninguna relación con los caballos de Hipólito.
Pitou se detuvo maquinalmente cuando el caballo dejó de andar. Habían llegado a la granja.
—¡Toma! ¡Eres tú, Pitou! —exclamó un hombre de poderosa corpulencia, plantado con mucho aplomo delante de una balsa, donde hacía beber a su caballo.
—¡Ah! Sí, señor Billot, soy yo mismo.

—Otra desgracia que ha sufrido el pobre Pitou —dijo la joven apeándose, sin mirar que su falda, levantándose un poco, dejara ver el color de las ligas—, su tía le ha despedido.
— Y ¿qué le ha hecho a esa vieja marrullera? —preguntó él labrador.
—Parece que no sé mucho de griego —dijo Pitou.
¡El muy tonto se vanagloriaba! De latín debió haber dicho.
—¿Que no sabes bastante griego? —repitió el labrador—. Y ¿para qué necesitas saberlo?
—Para explicar a Teócrito y leer la *Ilíada*.
—Y para qué te serviría explicar Teócrito y leer la *Ilíada?*
—Para ser abate.
—¡Bah! —dijo el padre Billot—. ¿Sé yo acaso el griego, ni tampoco el latín? ¿Sé yo siquiera el francés, ni tampoco escribir ni leer? Esto no me impide sembrar, recoger y almacenar.
—Sí, pero vos, señor Billot, no sois abate, sino cultivador, *agrícola,* como dice Virgilio: *O fortunatus nimium...*
—Y bien; ¿crees tú, mal niño de coro, que un cultivador no valga tanto como un clérigo, sobre todo cuando tiene sesenta fanegadas de tierra al sol y un millar de luises a la sombra?
—Siempre me han dicho que ser abate era lo mejor del mundo, aunque es cierto —añadió Pitou, con su sonrisa más agradable—, que no siempre escuché lo que me decían.
—Hiciste bien, muchacho, pues ya ves que yo compongo versos como cualquier otro cuando me empeño en ello. Me parece que eres de bastante buena madera para hacer de ti algo mejor que un abate, y que es una dicha que no te dediques a tal carrera, sobre todo en este momento. En mi calidad de labrador, conozco la época en que vivimos, y le advierto que el tiempo es malo para los abates.
—¡Bah! —exclamó Pitou.
—Sí —dijo el labrador—, te aseguro que habrá tempestad, y, por lo tanto, créeme. Tú eres honrado, tú eres sabio...
Pitou saludó, muy satisfecho de que le llamaran sabio por primera vez en su vida.
—Por lo tanto —continuó el labrador—, puedes ganarte la vida sin eso.
La señorita Catalina, descargando los pollos y las palomas, escuchaba con interés el diálogo entre Pitou y su padre.
—Ganarme la vida —replicó Pitou—, esto es cosa que me parece muy difícil.
—¿Qué sabes hacer?
—¡Diantre! Sé tender lazos y poner cañas con liga; también imito muy regularmente el canto de las aves. ¿No es verdad, señorita Catalina?
—¡Oh! En cuanto a eso es muy verdad: canta como un pinzón.
—Sí; pero todo eso no es un oficio —replicó el padre Billot.
—¡Eso es lo que yo me digo, pardiez!
—Veo que juras: esto es bueno.
—¿Yo he jurado? —preguntó Pitou—. Os pido mil perdones, señor Billot.
—¡Oh! No hay por qué —repuso el labrador—, pues yo lo hago también algunas veces. ¡Trueno de Dios! —exclamó de pronto, volviéndose hacia su caballo—. ¿Te estarás quieto? Estos diablos de percherones —añadió—, quieren estar

siempre retozando o agitándose. Veamos —continuó, volviéndose otra vez hacia Pitou—, ¿eres perezoso?
—No lo sé; solamente me ocupaba del latín y del griego, y...
—¿Y qué?
—Y debo decir que no me entraba mucho.
—Tanto mejor —dijo Billot—, esto prueba que no eres tan animal como yo creía.
Pitou abrió los ojos desmesuradamente; era la primera vez que oía expresar semejante orden de ideas, subversivo de todas las teorías que le habían enseñado hasta entonces.
—Pregunto —dijo Billot—, si eres duro a la fatiga.
—¡Oh! A la fatiga —dijo Pitou—. Esto es otra cosa. No, no: andaría diez leguas sin cansarme.
—Bueno, ya es algo —repuso Billot. Haciéndote enflaquecer en algunas libras, llegarás a correr.
—¡Enflaquecer! —exclamó Pitou, mirando su delgado cuerpo, sus largos brazos huesosos y sus largas piernas arqueadas—. A mí me parecía, señor Billot, que estaba bastante flaco así.
—En verdad, amigo mío —repuso el labrador, soltando la carcajada—, eres un tesoro.
También era ésta la primera vez que Pitou se veía estimado en tan alto precio, y así es que iba de sorpresa en sorpresa.
—Escúchame —dijo el padre Billot—; yo pregunto si eres perezoso en el trabajo.
—¿Qué trabajo?
—El trabajo en general.
—No lo sé, porque jamás he trabajado.
La joven comenzó a reírse; pero esta vez el labrador tomó la cosa por lo serio.
—¡Esos pícaros de curas! —dijo, amenazando con su robusto puño la ciudad—. He aquí como educan a la juventud en la holgazanería y la inutilidad. ¿De qué puede servir, pregunto yo, semejante mocetón para ayudar a sus hermanos?
—¡Oh! No para gran cosa —dijo Pitou—, bien lo sé; mas, por fortuna, no tengo hermanos.
—Por hermanos —repuso Billot—, entiendo todos los hombres en general. ¿Quieres decir, por ventura, que éstos no son hermanos tuyos?
—¡Oh! Sí tal: eso dice el Evangelio. —Y tus iguales también —continuó el labrador. —¡Ah! Esto es otra cosa —repuso Pitou—. Si yo hubiera sido el igual del abate Fortier, no me hubiera sacudido tan a menudo con las disciplinas y la férula; y si yo hubiera sido el igual de mi tía, no me habría despedido.
—Te digo que todos los hombres son iguales —replicó el labrador—, y muy pronto se lo probaremos a los tiranos.
—*Tyrannis!* —replicó Pitou.
—Y la prueba es —continuó Billot—, que te admito en mi casa.
—¡Que me admite en su casa, querido señor Billot! ¿No os burláis de mí al decir semejante cosa?
—No. Veamos lo que necesitas para vivir.
—¡Diantre! Tres libras de pan diarias, poco más o menos.

—¿Y con el pan?
—Un poco de manteca o de queso.
—¡Vamos, vamos —dijo el labrador—; ya veo que no será difícil alimentarte! Pues bien: te daremos de comer.
—Señor Pitou —dijo Catalina—, ¿no tenéis ninguna otra cosa que decir a mi padre?
—¡Yo, señorita! ¡Oh! ¡No, no!
—Pues ¿para qué habéis venido aquí, entonces?
—Porque veníais también.
—¡Ah! Esto es una galantería; mas no acepto el cumplido sino por lo que vale. Habéis venido, señor Pitou, para pedir a mi padre noticias de vuestro protector.
—¡Ah! Es cierto —exclamó Pitou—. Extraño es que se me haya olvidado.
—¿Quieres hablar del digno señor Gilberto? —preguntó el labrador con un tono que indicaba la profunda consideración que le merecía su propietario.
—Precisamente —contestó Pitou—; pero ya no lo necesito, y, puesto que el señor Billot me admite en su casa, puedo esperar tranquilamente su regreso de América.
—En tal caso, amigo mío, no habrás de aguardar largo tiempo, porque ya está de vuelta.
—Y ¿cuándo ha regresado?
—No lo sé a punto fijo; mas no ignoro que estaba en el Havre ocho días hace, pues tengo ahí un paquete que me envió al llegar, y que me entregaron esta mañana en Villers-Cotterets. He aquí la prueba.
—Y ¿quién no ha dicho que era de él, padre mío? —preguntó la joven.
—¡Pardiez! ¿No había una carta en el paquete? —Dispensad, padre —repuso Catalina sonriendo—; pero yo creí que usted no sabía leer; le digo esto porque se alaba siempre de no saber.
—¡Oh! Ya lo creo que me vanaglorio de ello! Quiero que se pueda decir que el padre Billot no debe nada a nadie, ni siquiera a un maestro de escuela, y que ha hecho su fortuna por sí solo. Esto es lo que yo quiero que se pueda decir. Y ahora añadiré que no soy yo quien ha leído la carta, sino el sargento de la gendarmería, al que encontré casualmente.
—Y ¿qué os dice esa carta, padre mío? —preguntó Catalina—. Está siempre contento de nosotros, ¿no es verdad?
—Juzga por ti misma.
Y el labrador sacó de su cartera de cuero una carta y se la presentó a su hija.
Catalina leyó:

«Apreciable señor Billot:
«Llego de América, donde he visto un pueblo más rico, más grande y más feliz que el nuestro, lo cual se debe al hecho de ser libre mientras que nosotros no lo somos. Pero también avanzamos hacia una nueva era, y es preciso que cada cual trabaje para apresurar la llegada del día en que la luz brillará por fin. Conozco los principios que profesáis, apreciable señor Billot; y sé cuánta influencia tenéis sobre los labradores, vuestros cofrades, y sobre toda esa valerosa población de obreros y de campesinos sobre la cual mandáis, no como rey, sino como padre.

Inculcadles los principios de abnegación y fraternidad que he reconocido en vos. La filosofía es universal, y todos los hombres deben leer sus derechos y sus deberes a la luz de su antorcha. Os envío un folleto en el cual se consignan todos esos derechos y deberes. Este folleto es mío, aunque no lleve impreso mi nombre, y espero que propagaréis los principios expuestos, que son los de la igualdad universal, leyéndolo en alta voz durante las largas veladas del invierno. La lectura es el pasto de la inteligencia, como el pan es el alimento del cuerpo.

«Uno de estos días os haré una visita para proponeros un nuevo sistema de labranza muy usado en América. Consiste en repartir la cosecha entre el arrendador y el propietario, lo cual me parece más conforme con las leyes de la sociedad primitiva, y sobre todo con la de Dios. «Salud y fraternidad.

«HONORATO GILBERTO,

«Ciudadano de Filadelfia».

—¡Oh, oh! —exclamó Pitou—, he aquí una carta bien redactada.

—¿No es verdad que sí? —preguntó Billot.

—Sí, querido padre —dijo Catalina—; pero dudo que el sargento de la gendarmería sea del mismo parecer.

—Y ¿por qué?

—Porque me parece que esta carta puede comprometer, no tan sólo al doctor Gilberto, sino a vos mismo.

—¡Bah! —repuso Billot—, siempre tienes miedo. Pero esto no impide que tengamos aquí el libro, y también una ocupación para Pitou. Por la noche leerás, muchacho.

—¿Y de día?

—De día guardarás los carneros y las vacas, y ahora he aquí el folleto.

Y el labrador sacó de sus pistoleras uno de esos folletos de cubierta roja, como los que se publicaban en gran número en aquella época, con o sin permiso de la autoridad.

Sólo que, en este último caso, el autor se exponía a ser enviado a presidio.

—Dime ahora, Pitou, cuál es el título, para darle a conocer antes de hablar de la obra. Ya me leerás el texto más tarde.

Pitou leyó en la primera página estas palabras, que el uso ha hecho bien vagas e insignificantes después; pero que en aquella época tenían profunda resonancia en todos los corazones:

—*De la Independencia del Hombre y de la Libertad de las Naciones.*

—¿Qué dices a eso, Pitou? —preguntó el labrador.

—Digo, señor Billot, que, en mi concepto, independencia y libertad son la misma cosa, y que mi protector sería expulsado de la clase del señor Fortier por causa de pleonasmo.

—Pleonasmo o no, éste es el libro de un hombre digno —replicó Billot.

—No importa, padre mío —dijo Catalina, guiada por ese admirable instinto de las mujeres, ocultadle, os lo suplico, porque, de lo contrario, os dará algún disgusto. Yo tiemblo sólo al verle.

—Y ¿por qué me ha de perjudicar a mí, puesto que no le ha ocurrido nada al autor?

—¿Y qué sabéis, padre mío? Ocho días hace que se escribió esa carta, y el paquete no debe haber tardado tanto tiempo en llegar desde el Havre aquí. Yo también he recibido una carta esta mañana.
—¿De quién?
—De Sebastián Gilberto, que nos ha escrito también; hasta me encarga que diga muchas cosas a su hermano de leche Pitou; pero se me había olvidado la comisión.
—¿Y bien?
—Dice que hace tres días se espera en París a su padre, el cual no ha llegado y debía estar allí ya.
—La señorita tiene razón —dijo Pitou—; me parece que esta tardanza debe inquietar.
—¡Cállate, miedoso, y lee el folleto del doctor —dijo el padre Billot—; así llegarás a ser, no solamente sabio, sino hombre.
Se hablaba así entonces porque se estaba en el prefacio de aquella gran historia griega y romana que la nación francesa copió durante diez años en todas sus fases: abnegaciones, destierros, victorias y esclavitud.
Pitou colocó el libro debajo de su brazo con tan solemne ademán, que acabó de ganarse el corazón del labrador.
—Y ahora —dijo Billot—, sepamos si has comido.
—No, señor —contestó Pitou, conservando la actitud semirreligiosa y semiheroica que había tomado desde que recibió el libro.
—Precisamente iba a comer cuando le despidieron —dijo Catalina.
—¡Pues bien! —continuó el labrador—, ve a pedir a la madre Billot tu parte de lo que se come en la granja, y mañana entrarás en funciones.
Pitou dio las gracias a Billot con una elocuente mirada, y conducido por la joven entró en la cocina, dependencia que estaba bajo la dirección absoluta de la señora Billot.

## VI

## BUCÓLICAS

La señora Billot era una mamá obesa, de treinta y cinco a treinta y seis años, redonda como una bola, frescachona y de carácter muy cordial; trotando siempre desde el palomar al corral, desde el establo de los carneros al de las vacas; inspeccionando las ollas, los hornillos y el asado, como un general experto sus acantonamientos; juzgando de un solo golpe de vista si todo estaba en su sitio; asegurándose tan sólo por el olor si el tomillo y el laurel estaban distribuidos en las cacerolas en suficientes cantidades; y murmurando por costumbre, pero sin la menor intención de que esto fuese desagradable, la señora Billot honraba a su esposo, considerándole como el mayor potentado. Amaba a su hija sin duda más que madame de Seyigné a madame de Griñán, y trataba muy bien a los jornaleros, dándoles mejor alimento que el de ninguna otra labradora, en diez leguas a la redonda. Por eso había competencia para entrar en casa del señor Billot, mas, por desgracia, lo mismo aquí que en el cielo, llamábase a muchos y se elegían pocos, comparativamente a los que se presentaban.

Ya hemos visto que Pitou, sin ser llamado, fue elegido: era una dicha que él apreció en su justo valor, sobre todo al ver el mollete dorado que ponían a su izquierda, el jarro de sidra colocado a su derecha, y el pedazo de carne de cerdo que tenía ante sí. Desde la época en que perdió su pobre madre, y hacía ya de esto cinco años, Pitou no había disfrutado de semejante ración, ni aun en los días de gran fiesta.

Por eso el joven, poseído de agradecimiento, a medida que devoraba el pan, humedeciendo con sidra las tajadas, sentía aumentar la admiración que le infundía el padre Billot, el respeto que ya profesaba a su mujer, y el amor que le inspiraba su hija. Tan sólo una cosa le molestaba, y era la humillante ocupación a que debía entregarse el día en que hubiera de guardar los carneros y las vacas, función tan poco en armonía con la que le estaba reservada para la noche, la cual tenía por objeto instruir a la humanidad en los más elevados principios de la sociabilidad y de la filosofía.

En esto pensó Pitou después de comer; pero aun en esta meditación, la influencia de la buena comida se dejó sentir, y Pitou comenzó a considerar las cosas bajo un punto de vista muy diferente del que se representaba mientras estuvo en ayunas. Aquellas funciones de guardián de carneros y de conductor de vacas, que él consideraba tan humillante para su persona, le hacían pensar en los dioses y semidioses.

Apolo, en una situación casi semejante a la suya, es decir, arrojado del Olimpo por Júpiter, como él, Pitou, había sido expulsado de Pleux por la tía Angélica; Apolo, decimos, se hizo pastor y cuidó de los rebaños de Admeto, aunque también es verdad que este último era un rey pastor, mientras que Apolo fue un dios.

Hércules había sido guardián de vacas, o poco menos, puesto que, según dice la mitología, había tirado de la cola a las vacas de Gerion, y atendido que, conducir

esos animales por la cola o por la cabeza, no es más que una diferencia en las costumbres del que las dirige; esto no puede impedir que, bien mirado, sea un conductor de vacas, es decir, un vaquero.
Aun hay más: aquel Titiro echado al pie de un haya, del que Virgilio nos habla y que se felicita en tan hermosos versos del reposo que Augusto le ha concedido, era un pastor también; y, por último, pastor era asimismo aquel Melibeo que se queja tan poéticamente al abandonar sus hogares.
A decir verdad, todos aquellos personajes hablaban bastante bien el latín para ser abates, y, sin embargo, preferían ver a sus cabras pacer el cítiso[2], más bien que decir misa y cantar vísperas; de modo que era preciso que el oficio de pastor tuviese también sus encantos. Por otra parte, ¿quién impedía a Pitou comunicarle la dignidad y la poesía que había perdido, quién le impedía proponer certámenes de canto a los Menalcos y los Palemones de los pueblos de las cercanías? Seguramente que nadie. Pitou había cantado más de una vez al facistol, y, a no habérsele sorprendido en cierta ocasión, bebiéndose el vino de las vinagreras del abate Fortier, que con su ordinaria energía le destituyó de su dignidad de niño de coro en el mismo instante, aquel talento podía haberle conducido lejos. No sabía tocar el caramillo, es verdad, pero sí el piporro en todos los tonos, que debía parecerse bastante. No se cortaba él mismo su flauta con tubos de dimensiones desiguales, como lo hacía el amante de Syrinx; pero con madera de tilo y de castaño construía silbatos, cuya perfección le valieron, más de una vez, los aplausos de sus compañeros. Pitou podía, pues, ser pastor sin rebajarse mucho; no descendía a tal estado, que tan poco se aprecia en las épocas modernas, sino que lo elevaba hasta él.
Por lo demás, los apriscos estaban bajo la dirección de la señorita Billot, y no podía considerar como órdenes las que pronunciaran los labios de Catalina.
Pero, a su vez, la joven veló por la dignidad de Pitou.
Aquella misma noche, cuando Ángel se acercó a Catalina para preguntarle a qué hora debía marchar a reunirse con los pastores, la hija del labrador le contestó sonriendo:
—No marcharéis.
—Y ¿cómo es eso? —preguntó Pitou, admirado.
—He podido hacer entender a mi padre que la educación que habéis recibido era demasiado superior para las funciones a que os destinaba, y, por lo tanto, os quedaréis aquí.
—¡Ah! Tanto mejor —exclamó Pitou—. De este modo no me separaré de vuestro lado.
Al ingenuo mancebo se le había escapado la exclamación; más apenas la hubo pronunciado se sonrojó hasta las orejas; mientras que Catalina, por su parte, inclinaba la cabeza y sonreía.
—¡Ah! Dispénseme, señorita —añadió—, pues he dicho esas palabras bien a pesar mío, y no debéis enojaros por eso.
—No me enojo, señor Pitou —contestó Catalina—, y no es culpa vuestra si os complace permanecer a mi lado.

---

[2] Mata de la familia de las Papilionáceas, de uno a dos metros de altura, ramosa, con hojas compuestas de tres hojuelas, flores amarillas y en las vainas del fruto semillas arriñonadas.

Siguióse una pausa, lo cual no tenía nada de extraño. ¡Se habían dicho los pobres muchachos tantas cosas en tan pocas palabras!
—Pero —observó Pitou—, no puedo permanecer en la granja sin hacer nada. ¿En qué me ocuparé aquí?
—Haréis lo que yo hacía; encargaros de las escrituras, llevar las cuentas de los jornaleros y nota de los gastos e ingresos. Sabéis calcular, ¿no es así?
—Sé las cuatro reglas —contestó orgullosamente Pitou.
—Una más que yo —dijo Catalina—, pues nunca pude pasar de la tercera. Bien veis que mi padre ganará teniéndoos por contador, como yo ganaré por mi parte, y vos por la vuestra: todos quedarán beneficiados.
—Y ¿en qué ganaréis, señorita? —preguntó Pitou.
—Ganaré tiempo, y así podré hacerme sombreros para estar más linda.
—¡Ah! —exclamó Pitou—. Me parece que ya lo sois bastante sin sombrero ninguno.
—Puede ser; pero ésta es vuestra opinión particular, —repuso la joven sonriendo—, sin contar que no puedo ir a bailar el domingo a Villers-Cotterets sin llevar en la cabeza sombrero o cosa que se le parezca. Solamente las grandes damas son las que tienen derecho para empolvarse e ir con la cabeza descubierta.
—Pues a mí me parecen vuestros cabellos más hermosos que si estuvieran empolvados —dijo Pitou.
—¡Vamos, vamos! Ya veo que estáis en disposición de hacerme cumplidos.
—No, señorita, no sé hacerlos, porque en casa del abate Fortier no se enseñaba esto.
—Y ¿se aprendía a bailar?
—¡A bailar! —preguntó Pitou con asombro.
—Sí, a bailar.
—¡A bailar en casa del abate Fortier! ¡Jesús, señorita!... ¡Ah, sí, no era mal baile!
—¿Es decir que no sabéis bailar? —repuso Catalina.
—No —contestó Pitou.
—Pues bien: me acompañaréis el domingo al baile y veréis bailar al señor de Charny, que es quien más se distingue entre todos los jóvenes de los alrededores.
—Y ¿quién es ese señor de Charny? —preguntó Pitou.
—Es el propietario del castillo de Boursonne.
—Y ¿bailará el domingo?
—Sin duda.
—Y ¿con quién?
—Conmigo.
El corazón de Pitou se oprimió sin que supiera por qué.
—Entonces —repuso—, ¿para bailar con él queréis engalanaros?
—Para bailar con él, con los demás y con todo el mundo.
—¿Menos conmigo?
—Y ¿por qué no con vos?
—Como yo no sé.
—Pues ya aprenderéis.
—¡Ah! Si quisierais enseñarme, señorita Catalina, aprendería mucho mejor que viendo bailar al señor de Charny: yo os lo aseguro.

—Ya veremos eso —dijo Catalina—. Entretanto, ya es hora de acostarnos. Buenas noches, Pitou.
—Muy buenas, señorita Catalina.
Había bueno y malo en lo que la joven había dicho a Pitou: lo bueno era que se había elevado, desde las funciones de pastor y de vaquero, a las de tenedor de libros; lo malo, que no sabía bailar; mientras que el señor de Charny, al decir de Catalina, bailaba mejor que todos los demás.
Pitou soñó toda la noche que veía al señor de Charny bailando y que lo hacía muy mal.
Al día siguiente, el joven comenzó a trabajar bajo la dirección de Catalina: entonces le llamó la atención una cosa, y es que con ciertos maestros el estudio era muy agradable. Al cabo de dos horas estuvo del todo al corriente de su trabajo.
—¡Ah, señorita! —dijo—. Si me hubierais enseñado el latín, en vez de ser mi maestro el abate Fortier, creo que no hubiera cometido barbarismos.
—Y ¿hubierais sido abate?
—Sí, sí, señorita, abate.
—De modo que ¿os habríais encerrado en un seminario, donde jamás hubiera podido entrar una mujer...?
—¡Toma! —exclamó Pitou—. Nunca había pensado en esto, señorita Catalina... pues prefiero no ser abate...
A las nueve entró en casa el padre Billot, quien había salido antes de que Pitou se levantase. Todos los días, a las tres de la madrugada, el labrador estaba presente a la salida de sus caballos y de sus carreteros; después recorría los campos hasta las nueve, para ver si toda la gente estaba en su puesto y si cada cual se ocupaba en su trabajo; luego iba a su casa para almorzar, y salía de nuevo a las diez; a la una servíase la comida, y, terminada ésta, las horas de la tarde, así como las de la mañana, se pasaban en inspección. De este modo, los asuntos del padre Billot marchaban a las mil maravillas, y, según había dicho, poseía unas sesenta fanegadas de tierra al sol, y un millar de luises a la sombra; y hasta es probable que, si se hubiera contado bien, y que si Pitou hubiese hecho el cálculo, en vez de distraerse demasiado por la presencia o recuerdo de la señorita Catalina, se habrían encontrado algunos luises y fanegadas de tierra más de los que había contado el bueno de Billot.
Durante el almuerzo, el labrador anunció a Pitou que la primera lectura de la obra del doctor Gilberto se verificaría dos días después en la granja, a las diez de la mañana.
Pitou observó entonces tímidamente que esta hora era la de la misa; pero Billot contestó que precisamente había señalado las diez de la mañana para probar a sus obreros.
Ya hemos dicho que el padre Billot era filósofo.
Aborrecía a los curas, considerándolos como apóstoles de la tiranía; y teniendo ahora ocasión de elevar altar contra altar, aprovechábala apresuradamente.
La señora Billot y Catalina aventuraron también algunas observaciones; pero el labrador contestó que las mujeres irían a oír misa si lo deseaban así, atendido que

la religión se había hecho para ellas; pero que los hombres oirían la lectura de la obra del doctor o saldrían de su casa.
El filósofo Billot era muy déspota en su casa; solamente Catalina tenía privilegio para levantar la voz contra sus decisiones; pero si estas últimas eran cosa resuelta en el ánimo del labrador para que contestase a Catalina frunciendo el ceño, la joven se callaba como los demás.
Pero Catalina pensó sacar partido de las circunstancias, en provecho de Pitou. Al levantarse de la mesa, hizo presente a su padre que, para decir todas las buenas cosas que iba a leer, el joven estaba muy pobremente vestido; que hacía las veces de maestro, puesto que él era quien instruía, y que el maestro no debía tener motivo para sonrojarse delante de sus discípulos.
Billot autorizó a su hija para entenderse con el señor Dulauroy, sastre en Villers-Cotterets.
Catalina tenía razón, pues un nuevo traje no era cosa de lujo para el pobre Pitou: el pantalón que llevaba era siempre aquel que le mandó hacer, cinco años antes, el doctor Gilberto, pantalón que, siendo demasiado largo, era ahora excesivamente corto; pero que —forzoso es decirlo—, se había prolongado en dos pulgadas por año, gracias a la solicitud de la señora Angélica. En cuanto al chaquetón y reemplazado por el capotón de sarga con que nuestro héroe fue presentado a los ojos de mis lectores desde las primeras páginas de esta historia.
Pitou no había pensado nunca en el tocador; el espejo era cosa desconocida en casa de la señora Angélica; y no teniendo, como el bello Narciso, las primeras disposiciones para enamorarse de sí propio, a Pitou no se le ocurrió nunca mirarse en las fuentes donde colocaba sus lazos.
Pero desde el instante en que la señorita Catalina le habló de acompañarla al baile, desde el momento en que fue cuestión del señor de Charny, aquel elegante joven; desde la hora en que se trató de los sombreros con que Catalina pensaba aumentar sus encantos, Pitou se miró en un espejo, y, contristado del deterioro de su pantalón, preguntóse de qué manera podría él también agregar alguna cosa a sus cualidades físicas naturales.
Por desgracia, Pitou no había podido contestarse sobre este punto, pues el deterioro era general en su ropa; para tener un traje nuevo se necesitaba dinero, y Pitou no había poseído en su vida un cuarto.
Bien había visto Ángel que, para disputar el premio de la flauta o de la poesía, los pastores se coronaban de rosas; pero Pitou pensaba con razón que esta corona, por bien que sentase a la expresión de su rostro, no haría más que realzar la pobreza de su traje.
Pitou, pues, quedó sorprendido de una manera muy agradable, cuando el domingo, a las ocho de la mañana en el momento en que meditaba sobre los medios de engalanar su persona, el sastre, entrando de pronto, dejó sobre una silla una levita, un calzón azul celeste y un gran chaleco blanco con listas de color de rosa.
Al mismo tiempo, la lencera entró también para dejar sobre una silla, frente a la primera, una camisa y una corbata; si la primera sentaba bien, tenía orden de confeccionar media docena.

Era la hora de las sorpresas: detrás de la lencera apareció el sombrerero, el cual llevaba un pequeño tricornio de última moda, muy bien hecho y elegante, de lo mejor que se confeccionaba en casa del señor Cornú, primer sombrerero de Villers-Cotterets.
Llevaba también un encargo del zapatero, que era dejar a los pies de Pitou un par de zapatos con hebillas de plata, hechos expresamente para él.
Pitou no volvía en sí de su asombro, ni podía creer que todas aquellas riquezas fuesen para él. En sus sueños más exagerados, no se hubiera atrevido a desear semejante equipo: lágrimas de agradecimiento humedecieron sus párpados, y tan sólo pudo murmurar estas palabras: ¡Oh señorita Catalina, señorita Catalina! ¡Jamás olvidaré lo que hacéis por mí!
Todo aquellos iba a las mil maravillas, como si el sastre hubiese tomado la medida a Pitou, y solamente los zapatos resultaron una mitad más pequeños de lo que debían, porque el señor Laudereau, el zapatero, se había guiado por el pie de su hijo, el cual contaba cuatro años más que Pitou. Esta superioridad del joven, sobre el hijo del zapatero, enorgulleció un instante a nuestro héroe; pero este sentimiento de orgullo se modificó muy pronto por la idea de que le sería preciso ir al baile sin zapatos, o con los viejos, que no cuadrarían con su traje. Sin embargo, esta inquietud fue de corta duración, pues un par de zapatos que se enviaba al mismo tiempo al padre Billot remedió la falta: por fortuna, el labrador y Pitou tenían el mismo pie, de lo cual no se dijo nada a Billot por temor de humillarle.
Mientras que Pitou se disponía a vestir aquel suntuoso traje, el peluquero entró. Lo primero que hizo fue separar los cabellos amarillos de Pitou en tres partes: una de ellas, la más abundante, debía caer sobre la espalda en forma de cola; y las otras dos tenían por misión acompañar a las sienes bajo el nombre de orejas de perro: es poco poético; pero ¿qué le hemos de hacer, si así se llamaban?
Ahora, confesemos una cosa, y es que cuando Pitou, peinado, rizado, con su levita, su calzón azul, su chaleco blanco, su camisa con chorrera, su cola y sus orejas de perro, se miró en el espejo, le costó mucho reconocerse a sí propio, y se volvió para mirar si Adonis en persona no habría bajado un momento a la tierra.
Estaba solo; sonrió con gracia, y alta la cabeza, y con las manos en los bolsillos, se irguió de puntillas, diciendo:
—¡Ahora veremos a ese señor de Charny!...
Cierto que Ángel Pitou, con su nuevo traje, se asemejaba, como dos gotas de agua entre sí, no a un pastor de Virgilio, sino a un pastor de Vatteau.
Así es que, el primer paso que Pitou dio al entrar en la cocina de la granja, fue un triunfo.
—¡Oh! ¡Vea usted, mamá, qué bien está Pitou así!... —exclamó Catalina.
—La verdad es que no se le reconoce —dijo la señora Billot.
Por desgracia, para el conjunto que había llamado la atención de Catalina, esta última pasó a los detalles, y Pitou parecía en ellos menos bien que en el conjunto.
—¡Oh! —exclamó Catalina—. ¡Qué grandes tenéis las manos! Es cosa muy particular.
—Sí —contestó Pitou—, tengo grandes manos, ¿no es verdad?
—Y voluminosas rodillas.

—Esto prueba que debo crecer.
—Pues me parece que ya sois bastante alto, señor Pitou.
—No importa, aun lo seré más, pues tan sólo tengo diecisiete años y medio.
—Y os faltan pantorrillas.
—¡Ah! Esto es verdad; no tengo, pero también crecerán.
—Es de esperar así —repuso Catalina—. En fin, estáis muy bien así.
Pitou saludó.
—¡Oh, oh! —exclamó el padre Billot al entrar, mirando a Pitou a su vez—. ¡Qué guapo estás así, muchacho! Quisiera que tu tía Angélica te viese en este momento.
—Yo también —dijo Pitou.
—Presumo lo que diría —repuso el labrador.
—No diría nada, sino que rabiaría.
—Pero, papá —observó Catalina con cierta inquietud—, ¿no tendría derecho para reclamarle?
—No, puesto que le ha despedido.
—Y además —dijo Pitou—, los cinco años han pasado ya.
—¿Qué cinco años? —preguntó Catalina.
—Los que pagó el doctor Gilberto, dejando mil francos.
—Conque ¿había dejado mil francos a tu tía?
—Sí, sí, para que hiciera mi aprendizaje.
—¡Ese sí que es un hombre! —exclamó el labrador—. ¡Cuando pienso que todos los días oigo contar cosas semejantes! Debes estarle agradecido toda tu vida —añadió, haciendo un ademán con la mano.
—Quería que yo aprendiese un oficio —dijo Pitou.
—Y tenía razón; pero he aquí cómo las buenas intenciones se desnaturalizan. Dejan mil francos para que el muchacho aprenda un oficio, y, en vez de enseñárselo, le llevan a casa de un clérigo que quiere convertirle en seminarista. Y ¿cuánto le pagaba al abate Fortier?
—¿Quién?
—Tu tía.
—Pues nada.
—Entonces, se embolsaría las doscientas libras de ese buen señor Gilberto.
—Probablemente.
—Escucha, Pitou: voy a darte un consejo, y es que, cuando la vieja beata reviente, registres bien todos los rincones de la casa, los armarios, los jergones y hasta los tiestos.
—¿Por qué? —preguntó Pitou.
—Porque encontrarás algún tesoro, antiguas monedas de oro en alguna media de lana; no lo dudo, pues no habrá encontrado una bolsa bastante grande para guardar sus ahorros.
—¿Lo creéis así?
—Seguro estoy de ello; pero ya hablaremos del asunto en su tiempo y lugar. Hoy es cuestión de dar una vueltecita. ¿Tienes el folleto del doctor Gilberto?
—Le guardo en el bolsillo.
—Padre mío —dijo Catalina—, ¿habéis reflexionado bien?

—No es necesario reflexionar para hacer cosas buenas, hija mía —dijo el padre Billot—. El doctor me encarga que haga leer su libro y que propague los principios que contiene: el libro se leerá, y los principios se propagarán.
—Y ¿podremos ir a misa mi madre y yo? —preguntó Catalina con timidez.
—Id a misa —dijo Billot—, puesto que sois mujeres. Para nosotros, los hombres, ya es otra cosa. Ven conmigo. Pitou.
El joven saludó a la señora Billot y a Catalina y siguió al labrador, muy enorgullecido de que le llamaran hombre.

## VII

## EN EL QUE SE DEMUESTRA QUE SI LAS PIERNAS LARGAS SON ALGO FEAS PARA BAILAR, SON MUY ÚTILES PARA CORRER

Se había reunido numeroso auditorio en la granja, porque Billot, como hemos dicho, era muy considerado de su gente, pues si la reprendía con frecuencia, la alimentaba y la pagaba bien.

Por eso se apresuraron todos a corresponder a su invitación. Por lo demás, en aquella época propagábase en el pueblo esa fiebre extraña que sobrecoge a las naciones, cuando éstas van a emprender alguna obra. Palabras extrañas, nuevas, y casi desconocidas, salían de bocas que no las habían pronunciado jamás; eran palabras de libertad, de independencia, de emancipación; y, cosa extraña, no se oían pronunciar tan sólo entre el pueblo: la nobleza había pronunciado primeramente aquellas palabras, y la voz que contestaba no era más que un eco.

Del Occidente había llegado aquella luz que debía iluminar hasta que abrasase; en América era donde había salido aquel sol, que recorriendo su curso debía encender en Francia un vasto incendio, a cuyo resplandor las naciones, aterradas, iban a leer la palabra república escrita en letras de sangre.

Por eso aquellas reuniones en que se hablaba de asuntos políticos eran menos raras de lo que se pudiera creer. Hombres salidos, no se sabía de dónde, apóstoles de un dios invisible, y casi desconocidos, recorrían las ciudades y los campos, sembrados por doquiera palabras de libertad y el Gobierno, ciego hasta entonces, comenzaba a abrir los ojos. Los que estaban a la cabeza de esa gran máquina que se llama la cosa pública sentían que ciertos rodajes se paralizaban, sin que pudiesen comprender de qué procedía el obstáculo. La oposición estaba en todos los ánimos, si no se hallaba aún en los brazos y en las manos; invisible, pero presente y marcada, y a veces amenazadora, semejante a los espectros, no era posible sorprenderla; pero adivinábase sin poder sofocarla.

Veinte o veinticinco colonos, todos dependientes de Billot, se habían reunido en la granja.

El labrador entró seguido de Pitou, y todas las cabezas se descubrieron, agitándose los sombreros en las manos: comprendíase que todos aquellos hombres estaban dispuestos a dejarse matar a una señal del amo.

Billot explicó a los campesinos que el folleto que Pitou iba a leerles era obra del doctor Gilberto. Este último era muy conocido en todo el cantón, donde tenía varias propiedades, siendo la principal la granja de Billot.

Se había preparado un tonel para el lector; Pitou subió a la tribuna improvisada y dio principio a la lectura.

Es de notar que la gente del pueblo, y hasta casi me atrevería a decir los hombres en general, escuchan con tanta mayor atención cuanto menos comprenden. Era evidente que el sentido esencial del folleto no se comprendía por los más ilustrados de la rústica asamblea, incluso el mismo Billot; mas en medio de aquella fraseología oscura pasaban, como relámpagos en un cielo sombrío cargado de electricidad, las palabras luminosas de independencia, libertad e

igualdad. No se necesitó más: oyéronse nutridos aplausos, y resonaron los gritos de ¡viva el doctor Gilberto! Se había leído la tercera parte del folleto, poco más o menos, y se acordó terminar la lectura en tres domingos.
Los oyentes fueron invitados a reunirse el primar domingo, y cada cual prometió asistir.
Pitou había leído muy bien: nada entusiasma tanto como el buen éxito; el lector había recibido su parte de los aplausos dirigidos a la obra, y, bajo la influencia de aquella ciencia relativa, el mismo Billot sintió nacer en sí cierta consideración al discípulo del abate Fortier. Pitou, más grande ya de lo que era regular, por su físico, había crecido moralmente diez palmos.
Solamente le faltaba una cosa: que la señorita Catalina hubiese presenciado su triunfo.
Pero el padre Billot, encantado por el efecto que había producido el folleto del doctor, se apresuró a dar cuenta del éxito a su mujer y a su hija. La señora Billot no contestó nada, porque era una mujer de cortos alcances; pero Catalina sonrió tristemente.
—Y bien; ¿qué tienes ahora? —preguntó el labrador.
—¡Padre mío, padre mío! —dijo Catalina—, temo que os comprometáis.
—¡Vamos, no vengas a ser ahora el ave de mal agüero! Te prevengo que prefiero la alondra al búho.
—Padre mío, me han dicho ya que os avise que se tenía la vista fija en vuestra conducta. —Y ¿quién te ha dicho eso?
—Un amigo.
—¿Un amigo? Tu consejo merece gracias; pero vas a decirme ahora mismo el nombre de ese amigo. ¿Quién es? Veamos.
—Un hombre que debe estar bien informado.
—Pero dime quién es.
—El señor Isidoro de Charny.
—Y ¿por qué se mezcla en esto ese lechuguino, y se atreve a darme consejos sobre mi manera de pensar? ¿Se los doy yo acaso acerca de su modo de vestir? Me parece que tanto habría que decir del uno como del otro.
—Padre mío, yo no le digo eso para enojarle. El consejo se ha dado con la mejor intención.
—Pues bien: yo le daré otro, y puedes trasmitírselo de mi parte.
—¿Cuál?
—Advertirle a él y a sus cofrades que deben cuidarse de sí propios, porque en la Asamblea Nacional sacuden de lo lindo a los señores nobles, y más de una vez se ha tratado de los favoritos y de las favoritas. Aviso a su hermano el señor Oliverio de Charny, que está allá abajo, y que, según dicen, no se halla en mal lugar con la austriaca. —Padre mío —dijo Catalina—, tenéis más experiencia que nosotros: haced lo que os plazca.
—En efecto —murmuró Pitou, a quien su buen éxito llenaba de confianza—, ¿por qué se mezcla en esto el señor Isidoro de Charny?
Catalina no oyó, o aparentó no oír, y la conversación quedó en esto.
La comida se sirvió como de costumbre, pero ninguna le había parecido a Pitou tan larga. Le urgía dejarse ver con su nuevo esplendor, llevando a Catalina del

brazo. El próximo domingo iba a ser para él un gran día, y prometíase conservar la fecha del 12 de julio en su memoria.
Se emprendió la marcha, al fin, a eso de las tres. Catalina estaba encantadora; era una linda rubia de ojos negros, esbelta y flexible como los sauces que sombreaban la pequeña fuente de donde se sacaba el agua para la granja, e iba vestida con esa coquetería natural que realza todos los encantos de la mujer: su sombrerito arreglado por ella misma, como había dicho a Pitou, le sentaba a las mil maravillas.
El baile no comenzaba por lo regular hasta las seis: cuatro ministriles, colocados sobre un estrado de tablas, hacían los honores de aquella sala de baile al aire libre, mediante la retribución de seis blancas[3] por contradanza. Hasta que dieran las seis, era costumbre pasearse en aquella famosa avenida de los Suspiros, de que la tía Angélica había hablado, y donde se miraba a los jóvenes señores de la ciudad o de las cercanías jugar a la pelota, bajo la dirección de maese Farolet, primer pelotero de Su Alteza monseñor el duque de Orleans. Maese Farolet era considerado como un oráculo, y sus decisiones en el juego eran atendidas con toda la veneración que se debía a su edad o a su mérito.
Pitou, sin saber por qué, hubiera preferido con mucho permanecer en la avenida de los Suspiros; pero Catalina no se había engalanado tanto en su tocador, con gran admiración de Pitou, para ir a pasear a la sombra de aquella doble hilera de árboles.
Las mujeres son como las flores que la casualidad ha hecho nacer en lugares sombríos; tienden de continuo a la luz, y, de una manera u otra, preciso es que su corola fresca y embalsamada se abra por fin al sol, que las marchita y las agosta.
Solamente la violeta, al decir de los poetas, es la que tiene la modestia de permanecer oculta; pero también lleva el luto de su inútil belleza.
Catalina, pues, tiró tanto y tan bien del brazo de Pitou, que se tomó el camino del juego de pelota.
Apresurémonos a decir que Ángel no se mostró reacio, pues le urgía también mostrar su traje azul celeste y su gracioso tricornio, así como Catalina deseaba que se viese su sombrero a la Galatea y su corsé de cuello de pichón.
Una cosa halagaba, sobre todo, a nuestro héroe y le daba una ventaja momentánea sobre Catalina. Como nadie le reconocía, pues jamás se había visto a Pitou con tan rico traje, tomábanle por un joven extranjero llegado de la ciudad, por algún sobrino o primo de la familia Billot, o tal vez un pretendiente de la misma Catalina; pero Pitou tenía demasiado empeño en probar su identidad para que el error pudiese durar más tiempo. Hizo tantas señas a sus amigos, y se quitó el sombrero tantas veces para saludar a las personas conocidas, que al fin se supo que el vistoso aldeano era el indigno discípulo del abate Fortier, lo cual produjo una especie de clamoreo.
—¡Es Pitou! ¿Habéis visto a Ángel Pitou?
Estas palabras llegaron hasta la señora Angélica; pero como el rumor le decía que aquel a quien se proclamaba por su sobrino era un guapo mozo, que andaba con los pies hacia afuera y redondeando los brazos, la solterona, que había visto

[3] Moneda antigua de Francia y de Castilla.

siempre a Pitou con los pies hacia dentro y los codos tocando el cuerpo, movió la cabeza con expresión incrédula, limitándose a decir:
—Os engañáis: no es ése mi pícaro sobrino.
Los dos jóvenes llegaron al juego de pelota: precisamente aquel día era el señalado para un desafío entre los jugadores de Soissons y los de Villers-Cotterets: de modo que la partida era de las más animadas. Catalina y Pitou se colocaron a la altura de la cuerda, al pie del declive, siendo la joven quien había elegido aquel sitio como el mejor.
Al cabo de un momento se oyó la voz de maese Farolet que gritaba:
—¡Partido a dos! Pasemos.
Los jóvenes pasaron, en efecto; es decir, que cada cual fue a defender su terreno y atacar el de sus adversarios. Uno de los jugadores saludó al paso a Catalina con una sonrisa, y la joven contestó con una reverencia ruborizándose. Al mismo tiempo, Pitou sintió correr por el brazo de Catalina, apoyado en el suyo, un ligero temblor nervioso.
Una especie de angustia desconocida oprimió el corazón de Pitou.
—¿Es ése el señor de Charny? —preguntó, mirando a su compañera.
—Sí —contestó Catalina—. ¿Le conocíais acaso?
—No le conozco —contestó Pitou—, pero le he adivinado.
En efecto: Ángel había podido adivinar al señor de Charny en aquel joven, según lo que Catalina le había dicho la víspera.
El que había saludado a la joven era un elegante caballero, de veintitrés a veinticuatro años, guapo, airoso, de elegantes formas y con mucha gracia en los movimientos; según se observa en aquellos que recibieron una educación aristocrática desde la cuna. Todos los ejercicios corporales, que no se ejecutan bien sin la condición de haberlos estudiado desde la infancia, el señor Isidoro de Charny los practicaba con notable perfección; y, además, era de aquellos cuyo traje se armoniza siempre maravillosamente con el ejercicio a que se destina; los que usaba para la caza eran citados por su delicado gusto; y los que vestía en la sala de armas hubieran podido servir de modelos al mismo Saint-Georges. En fin, sus trajes para montar tenían, o más bien parecían tener, gracias a su manera de llevarlos, un corte particular.
Aquel día, el señor de Charny, hermano menor de nuestro antiguo conocido el conde de Charny, luciendo un elegante traje de mañana, llevaba una especie de pantalón ceñido, de color claro, que realzaba la forma de sus piernas, a la vez finas y musculosas; unas graciosas zapatillas, propias para el juego de pelota, sujetas con correas, reemplazaban momentáneamente el zapato de tacón rojo o la bota de pieles; una chaqueta de piqué blanco estrechaba su talle como un corsé; y, por último, en el declive, su criado tenía al brazo una levita verde con galones de oro. La animación le comunicaba en aquel momento todo el encanto y la frescura de la juventud que, a pesar de sus veintitrés años, las vigilias prolongadas, las orgías nocturnas y las partidas de juego que el sol ilumina al salir, le habían hecho perder ya.
Ninguna de las ventajosas cualidades que Catalina había reconocido ya sin duda, pasó desapercibida para Pitou. Al ver las manos y los pies del señor de Charny comenzó a estar menos orgulloso de aquella prodigalidad de la naturaleza que le

había dado la victoria sobre el hijo del zapatero, y pensó que aquella misma naturaleza hubiera podido repartir de una manera más hábil en todas las partes de su cuerpo los elementos de que se componía.
En efecto, con lo que sobraba en los pies, en las manos y en las rodillas de Pitou, la naturaleza hubiera tenido con que hacerle una pierna muy agraciada; mas ahora las cosas no estaban en su sitio: donde faltaba finura había pesadez de forma, y donde esta última debía ser redondeada hallábase el vacío.
Pitou miró sus piernas con la expresión con que el ciervo de la fábula debió mirar las suyas.
—¿Qué tenéis, señor Pitou? —preguntó Catalina. El joven no contestó, y contentóse con suspirar. La partida había terminado, y el vizconde de Charny se aprovechó del intervalo que debía seguir antes de comenzar la otra, para ir a saludar a Catalina. A medida que se acercaba, Pitou veía colorearse el rostro de la joven, y sintió que su brazo estaba más tembloroso.
El vizconde saludó con un movimiento de cabeza a Pitou, y después, con esa cortesía familiar que tan bien usaban los nobles de aquella época cuando trataban con las menestralas y las modistas, preguntó a Catalina por su salud, solicitando su mano para la primera contradanza, lo cual aceptó aquélla. El joven noble dio las gracias con una sonrisa; la partida iba a comenzar de nuevo, y como le llamaran, saludó a Catalina y alejóse con la misma desenvoltura con que llegó.
Pitou comprendió al punto toda la superioridad que sobre él tenía un hombre que hablaba, sonreía, se acercaba y se iba de aquella manera.
Un mes empleado para esforzarse en imitar el sencillo movimiento del señor de Charny no hubiera conducido a Pitou más que a una parodia, cuya ridículez comprendía él mismo.
Si el corazón del joven hubiese conocido el odio, desde aquel momento habría detestado al vizconde de Charny.
Catalina continuó mirando jugar a la pelota hasta el momento en que los jugadores llamaron a sus criados para que les vistiesen; y después se dirigió hacia el baile, con gran desesperación de Pitou, que aquel día parecía estar destinado a ir contra su voluntad a todas partes.
El señor de Charny no se hizo esperar: un ligero cambio en su traje había convertido al jugador de pelota en un elegante bailarín. Los violines dieron la señal, y el joven noble presentó su mano a Catalina, recordándole la promesa hecha.
Lo que Pitou experimentó al sentir que el brazo de Catalina se desasía del suyo, y cuando vio que la joven, muy ruborizada se dirigía al círculo con su caballero, fue tal vez una de las sensaciones más desagradables que había sentido en su vida. Un sudor frío inundó su frente, por sus ojos pasó una nube; extendió la mano, y apoyóse en la balaustrada, porque sus rodillas, por sólidas que fueran, comenzaban a flaquear.
En cuanto a Catalina, parecía no tener, y probablemente no tenía la menor idea de lo que pasaba en el corazón de Pitou; era feliz, y estaba orgullosa a la vez, porque bailaba con el más apuesto caballero de las cercanías.
Si Pitou había debido admirar forzosamente al señor de Charny, como jugador de pelota, no pudo menos de hacerle también justicia como bailarín. En aquella

época no había llegado aún la moda de andar en vez de bailar; la danza era un arte que se comprendía en la educación, y, sin contar al señor de Lauzun, que había debido su fortuna a la manera de bailar en el primer rigodón del rey, más de un caballero alcanzó el favor de que gozaba en la corte a su modo de mover la cadera y de adelantar la punta del pie. Por este concepto, el vizconde era un modelo de gracia y de perfección, y hubiera podido, como Luis XIV, bailar en un teatro con la probabilidad de que le aplaudieran, aunque no fuese ni rey ni actor.

Por segunda vez, Pitou miró sus piernas, y hubo de confesarse que, a menos de que se efectuara un gran cambio en aquella parte de su individuo, debía renunciar a obtener ningún triunfo del género de los que alcanzaba el señor de Charny en aquel momento.

La contradanza terminó: para Catalina, apenas había durado algunos segundos; pero a Pitou le pareció un siglo. Al volver para tomar el brazo de su acompañante, Catalina echó de ver el cambio que se había efectuado en su fisonomía: estaba pálido; el sudor bañaba su frente, y una lágrima medio devorada por los celos desprendíase de sus ojos húmedos.

—¡Ah, Dios mío! ¿Qué tenéis, Pitou?

—Lo que tengo —contestó el pobre muchacho—, es que jamás me atreveré a bailar con vos, después de haberos visto como pareja del señor de Charny.

—¡Bah! —repuso Catalina—. No debéis trastornaros así; bailaréis como podáis, y no tendré menos gusto en ser vuestra pareja.

—¡Ah! —replicó Pitou—. Decís eso para consolarme, señorita; pero yo me hago justicia, y sé que os agradará más bailar con ese noble joven que no conmigo.

Catalina no contestó, porque no quería mentir; pero como tenía muy buen corazón y comenzaba a echar de ver que pasaba alguna cosa extraña en el del pobre muchacho, díjole palabras muy lisonjeras, aunque no fueron suficientes para hacerle recobrar su alegría perdida. El padre Billot había dicho verdad: Pitou comenzaba a ser hombre, puesto que sufría.

Catalina bailó cinco o seis contradanzas más, una de ellas con el señor de Charny. Esta vez, sin sufrir menos, Pitou estaba más sereno, al parecer; seguía con los ojos cada movimiento de Catalina y de su pareja; esforzábase para adivinar por el movimiento de los labios lo que se decían, y cuando en las figuras que ejecutaban sus manos llegaban a tocarse, procuraba adivinar y si se unían solamente o si se estrechaban en aquel momento.

Sin duda era esta segunda contradanza la que Catalina esperaba, pues apenas hubo terminado, la joven habló a Pitou de tomar el camino de la granja. Jamás proposición alguna pudo ser acogida con tanta ansiedad; pero Pitou había recibido ya el golpe, y dando zancadas, que Catalina debía impedir de vez en cuando, guardaba el silencio más absoluto.

—¿Qué tenéis, y por qué no habláis? —preguntó al fin Catalina.

—No os hablo, señorita —contestó Pitou—, porque no sé hablar como el señor de Charny. ¿Qué podría yo deciros ahora después de todas las lindas cosas que os habrá dicho ese caballero mientras bailabais?

—Ved si sois injusto, señor Ángel; hablábamos de vos.

—¿De mí, señorita? Y ¿cómo es eso?

—¡Oh! Sencillamente, señor Pitou, porque si vuestro protector no aparece, preciso será buscaros otro.
—¿No soy acaso bueno ya para llevar las cuentas de la granja? —preguntó Pitou, exhalando un suspiro.
—Al contrario, señor Ángel; es que a mí me parece que merecéis algo mejor que la contabilidad de la granja. Por la educación que habéis recibido podéis llegar a una situación más elevada.
—Ignoro a qué llegaré; pero lo que sé es que no quiero llegar a nada si para ello ha de ser necesaria la protección del vizconde de Charny.
—Y ¿por qué la rehusaríais? Su hermano, el conde de Charny, ocupa, según parece, una admirable posición en la corte, pues se ha casado con una amiga particular de la reina. El vizconde me ha dicho que, si pudiese agradaros, os proporcionaría una plaza en los almacenes de la sal.
—Lo agradezco mucho, señorita; pero ya os he dicho que me encuentro bien donde estoy, y, a menos que vuestro padre me despida, permaneceré con vos en la granja.
—Y ¿por qué diablos te había de despedir? —preguntó una voz robusta, en la que Catalina reconoció al punto, estremeciéndose, la de su padre.
—Apreciable Pitou —dijo en voz baja Catalina—, os ruego que no habléis del señor de Charny.
—¡Vamos, contesta! —dijo el padre Billot.
—Pues... yo no sé —dijo Pitou, muy confuso—, tal vez no os parezca lo bastante instruido para seros útil.
—¡Bastante instruido, tú que cuentas tan bien, y que, lees mejor que nuestro maestro de escuela, el cual cree ser, sin embargo, una notabilidad! No, Pitou: Dios es quien concede a mi casa las personas que entran, y cuando están dentro se quedan todo el tiempo que Dios quiere.
Pitou volvió a la granja con esta seguridad; pero aunque fuese alguna cosa, no era lo bastante. En él se había efectuado un gran cambio desde su salida a su vuelta, porque acababa de perder una cosa que una vez perdida no se recobra ya más: era la confianza en sí mismo. Por eso Pitou, contra su costumbre, durmió muy mal. En sus momentos de insomnio, recordó el libro del doctor Gilberto, libro escrito principalmente contra la nobleza, contra los abusos de la clase privilegiada y contra la cobardía de los que se someten a ellos. Entonces parecióle a Pitou que comenzaba a comprender todas las buenas cosas que había leído por la mañana, y prometióse leer para sí solo y en voz baja, apenas amaneciese, la obra maestra de que dio lectura a todos.
Pero como Pitou había dormido mal, despertó tarde. No por eso dejó de poner en ejecución su proyecto de lectura; eran las siete; el padre Billot no volvería hasta las nueve, y además, aunque volviese, no podría menos de aplaudir una ocupación recomendada por él mismo.
Bajó por una escalerilla recta, y fue a sentarse en un banco, bajo la ventana de Catalina. ¿Era la casualidad la que había conducido a Pitou hasta aquel sitio, o sabía ya dónde se hallaban la ventana y el banco?
El caso es que Pitou, entrando con su traje de diario, pues no se había tenido tiempo aún de reemplazarle, y que se componía de su calzón negro, de su

casacón verde y de sus zapatos enrojecidos, sacó el folleto de la faltriquera y comenzó a leer.

No nos atreveríamos a decir que los principios de esta lectura terminaron sin que los ojos de Pitou se apartasen de vez en cuando del libro, para mirar a la ventana; pero como ésta no presentaba ningún busto de joven en su marco de capuchinas y enredaderas, los ojos de Pitou acabaron por fijarse invariablemente en el libro.

Pero también es verdad que, como su mano se descuidaba en volver las hojas, y que, cuando más profunda era su atención, menos se movía su mano, se podía creer que su pensamiento estaba en otra parte y que meditaba en vez de leer. De improviso, parecióle a Pitou que una sombra se proyectaba sobre las páginas del folleto, iluminadas hasta entonces por el sol matinal; esta sombra, demasiado densa para ser la de una nube, no podía producirse, pues, sino por un cuerpo opaco; y como hay cuerpos opacos encantadores que agrada mucho mirar, Pitou se volvió vivamente para ver cuál era el que le interceptaba el paso de los rayos del sol.

Pitou se había engañado: era, efectivamente, un cuerpo opaco el que le robaba, aquella parte de luz y de calor que Diógenes reclamaba de Alejandro; pero aquel cuerpo opaco, en vez de ser encantador, presentaba, por el contrario, un aspecto bastante desagradable.

Era el de un hombre de cuarenta y cinco años, más alto y más delgado aún que Pitou, vistiendo un traje casi tan raído como el suyo, y que, inclinando la cabeza sobre el hombro del joven, parecía leer con tanta curiosidad, como profunda era la distracción de Pitou.

Ángel quedó muy asombrado: en los labios del hombre negro se deslizó una sonrisa, y dejando ver una boca en la cual no quedaban más que cuatro dientes, dos arriba y dos abajo, que se cruzaban como los colmillos de un jabalí, murmuró con voz gangosa:

—Edición americana, en octavo: *«De la Independencia del hombre* y *de la Libertad de las Naciones»*. — Boston, año 1788.

A medida que el hombre negro hablaba, Pitou abría los ojos con un asombro progresivo; de modo que, cuando aquel hombre dejó de hablar, los ojos de Pitou habían alcanzado el mayor desarrollo posible.

—Boston, mil setecientos ochenta y ocho; eso es, caballero —repitió el joven.

—Es el tratado del doctor Gilberto —dijo el hombre negro.

—Sí, señor —contestó Pitou cortésmente.

Y se levantó, porque había oído decir siempre que era de poca educación hablar sentado a un superior, y en el pensamiento de Pitou, candido aún, todo hombre tenía derecho para reclamar superioridad sobre él.

Pero, al levantarse, Pitou vio alguna cosa sonrosada y movible hacia la ventana: era la señorita Catalina, que le hacía señas singulares, mirándole de una manera extraña.

—Caballero —dijo el hombre negro, que teniendo la espalda vuelta a la ventana no había podido ver lo que sucedía, sin que sea indiscreción ¿se puede saber a quién pertenece este libro?

Y señalaba con el dedo, pero sin tocar, el folleto que Pitou tenía entre las manos.

Pitou iba a contestar que el libro pertenecía al señor Billot, cuando llegaron hasta él estas palabras, pronunciadas por una voz casi suplicante:
—Decid que es vuestro.
El hombre negro, que era todo ojos, no oyó estas palabras.
—Caballero —dijo majestuosamente Pitou—, este libro es mío.
El hombre negro levantó la cabeza, pues comenzaba a notar que, de vez en cuando, las miradas de asombro de Pitou se desviaban de él para fijarse en un punto determinado. Entonces vio la ventana, pero Catalina había adivinado el movimiento del hombre negro, y, rápida como un pájaro, acababa de retirarse.
—¿Qué mirabais allá arriba? —preguntó el hombre negro.
—¡Ah, caballero! —contestó Pitou sonriéndose—, permitidme deciros qué sois bastante curioso, *curiosus,* o más bien *avidus cognoscendi,* como decía el abate Fortier, mi maestro.
—¿Decís, pues —repuso el hombre, sin que le intimidara, al parecer, aquella prueba de sabio que Pitou acababa de darle, sin duda con la intención de que su interlocutor formase de él una idea más elevada de la que debía tener desde un principio—, decís, pues, que este libro os pertenece?
Pitou guiñó el ojo, de manera que la ventana se hallase de nuevo en su rayo visual. La cabeza de Catalina reapareció e hizo una señal afirmativa.
—Sí, señor —contestó Pitou—. ¿Desearíais acaso leerle? *Avidus legendi libri o legendae historiae.*
—Señor mío —dijo el hombre negro—, me parece que sois muy superior a lo que vuestro traje indica: *Non dives vestitu sed ingenio;* y, de consiguiente, quedáis detenido.
—¡Detenido yo! —exclamó Pitou, en el colmo del asombro.
—Sí, señor: os ruego que me sigáis.
Pitou miró, no ya al aire, sino a su alrededor, y pudo ver dos sargentos que esperaban las órdenes del hombre negro: hubiérase dicho que acababan de surgir de la tierra.
—Vamos a extender el proceso verbal, señores —dijo el hombre negro.
El sargento ató las manos de Pitou con una cuerda, y cogió el libro del doctor Gilberto.
Después sujetó al mismo Pitou a una argolla que había debajo de la ventana.
Pitou iba a protestar; pero oyó aquella misma voz que tanta influencia tenía sobre él, y que le murmuraba:
—Dejadles hacer.
El joven obedeció con una docilidad que encantó a los sargentos, y sobre todo al hombre negro; de modo que sin desconfianza alguna entraron en el interior de la granja, los dos primeros para posesionarse de una mesa, y el último... ya sabremos más adelante para qué.
Apenas hubieron penetrado en la casa, la voz se oyó otra vez.
—Levantad las manos —dijo.
Pitou levantó, no solamente las manos, sino también la cabeza, y pudo ver el rostro pálido de Catalina, poseída de espanto; tenía un cuchillo en la mano y murmuró:
—Esperad... esperad.

El joven se enderezó cuanto era posible sobre las puntas de los pies. Catalina se inclinó hacia afuera; la hoja del cuchillo tocó la cuerda, y Ángel recobró la libertad de sus manos.
—Tomad el cuchillo —dijo Catalina—, y cortad vos mismo la cuerda que os sujeta a la argolla.
Pitou no esperó a que le repitiesen la orden; cortó la cuerda y quedó completamente libre.
—Ahora —dijo la joven—, he aquí un doble luis. Tenéis buenas piernas, poneos en salvo, e id a París para avisar al doctor.
No pudo decir más, porque los sargentos llegaban; y el doble luis cayó a los pies de Pitou, que le recogió vivamente.
En efecto: los sargentos estaban ya en el umbral de la puerta, donde permanecieron un instante atónitos, al ver libre al que habían amarrado tan bien hacía un instante. Al divisarlos, Pitou se estremeció, y repitióse confusamente el *incrinibus angues* de los Euménides.
Los sargentos y Pitou permanecieron un instante en la situación de la liebre y del perro de muestra, inmóviles y mirándose; pero así como al primer movimiento del perro, la liebre escapa, al primer movimiento de los agentes, Pitou dio un salto prodigioso y hallóse al otro lado de una cerca.
Los sargentos profirieron un grito que hizo correr al exento, el cual llevaba una cajita debajo del brazo. Sin perder tiempo en preguntar, comenzó a correr detrás de Pitou, y los dos sargentos le imitaron; pero no podían saltar como Pitou sobre una cerca de tres pies y medio de altura, y por lo tanto debieron dar la vuelta.
Pero cuando hubieron llegado al ángulo de la cerca divisaron a Pitou a más de quinientos pasos en la llanura, encaminándose directamente al bosque, que tan sólo distaba un cuarto de legua escaso, por lo cual llegaría al mismo a los pocos minutos.
En aquel momento, Pitou volvió la cabeza, y al ver a los sargentos que comenzaban a perseguirle de nuevo, más bien para tranquilizar su conciencia que con la esperanza de cogerle, redobló su celeridad, y muy pronto viéronle desaparecer en el lindero del bosque.
Pitou corrió un cuarto de hora más así, y hubiera podido hacerlo dos horas más en caso necesario, pues tenía el aliento del ciervo, así como su ligereza.
Pero al cabo de un cuarto de hora, juzgando por instinto que estaba fuera de peligro, detúvose, respiró, escuchó, y, seguro de que estaba bien solo, se dijo:
—Es increíble que hayan podido ocurrir tantos acontecimientos en tres días.
Y, mirando alternativamente su doble luis y su cuchillo, exclamó:
—¡Oh! Hubiera querido tener tiempo para cambiar mi doble luis y dar dos sueldos a la señorita Catalina, porque temo mucho que este cuchillo corte nuestra amistad. No importa —añadió—, puesto que ella me ha dicho que vaya a París hoy, vamos allá.
Y Pitou, después de haberse orientado, reconociendo que se hallaba entre Boursonne e Yvors, tomó por una vereda que debía conducirle directamente a los brazos de Gondreville, que atraviesa el camino de París.

## VIII

## POR QUÉ EL HOMBRE NEGRO HABÍA ENTRADO EN LA GRANJA AL MISMO TIEMPO QUE LOS DOS SARGENTOS

Ahora volvamos a la granja para referir la catástrofe de que el episodio de Pitou no era más que el desenlace.

A eso de las seis de la mañana, un agente de policía de París, acompañado de dos sargentos, llegó a Villers-Cotterets, y, presentándose al comisario de policía, pidió las señas de la morada del labrador Billot.

A quinientos pasos de la granja, el exento había divisado un colono que trabajaba en los campos, y, acercándose a él, le preguntó si encontraría al señor Billot en su casa. El colono dijo que Billot no volvía nunca antes de las nueve, es decir, antes de almorzar; mas en aquel momento mismo, por casualidad, el hombre levantó los ojos, y, mostrando con el dedo un jinete, que se hallaba a un cuarto de legua, poco más o menos, hablando con un pastor, le dijo:

—Precisamente he ahí el que buscáis.

—¿El señor Billot?

—Sí.

—¿Ese jinete?

—El mismo.

—Pues bien, amigo mío —repuso el exento—. ¿Queréis complacer a vuestro amo?

—No deseo otra cosa.

—Pues id a decirle que un señor de París le espera en la granja.

—¡Oh! —exclamó el colono—. ¿Será él doctor Gilberto?

—Vamos, id pronto.

El campesino no se hizo repetir la orden dos veces, y emprendió la carrera a través de los campos, mientras que el agente y los dos sargentos iban a ocultarse detrás de una pared medio ruinosa, situada casi enfrente de la puerta de la granja.

Al cabo de un instante se oyó el galope de un caballo: era Billot que llegaba.

Entró en el patio de la granja, apeóse, entregó la brida a un mozo de cuadra y precipitóse en la cocina, convencido de que la primera cosa que iba a ver sería el doctor Gilberto, de pie, bajo la inmensa campana de la chimenea; pero no encontró más que a la señora Billot, que, sentada en el centro, desplumaba sus ánades con todo el cuidado y la minuciosidad que esta difícil operación exige.

Catalina estaba en su habitación, ocupada en arreglar un sombrero para el domingo siguiente: según se ve, la joven pensaba en sus cosas muy de antemano; pero las mujeres se complacen tanto en estos preparativos como en vestirse y engalanarse.

Billot se detuvo en el umbral de la puerta y miró en torno suyo.

—¿Quién pregunta por mí? —dijo.

—Yo —contestó una voz aflautada detrás de él.

Billot se volvió: el hombre negro y los dos sargentos estaban allí.

—¡Hola! —exclamó, retrocediendo tres pasos—, ¿Qué buscáis aquí?

—¡Oh Dios mío! Casi nada, apreciable señor Billot —contestó el hombre negro—: nada más que practicar un registro en vuestra granja: esto es todo.
—¿Un registro? —repitió Billot.
—Sí, un registro.
El labrador dirigió una mirada a su carabina, colgada sobre la chimenea.
—Desde que tenemos Asamblea Nacional —dijo—, yo creía que los ciudadanos no estaban expuestos a estas vejaciones, propias de otro tiempo y de otro régimen. ¿Qué deseáis de mí, que soy un hombre pacífico y leal? Los agentes de todas las policías del mundo tienen una cosa de común entre sí, y es que no contestan jamás a las preguntas de sus víctimas; pero, mientras que los registran, los detienen y los agarrotan, algunos se muestran compasivos, y éstos son los más peligrosos, porque parecen los mejores.
Aquel que operaba en la granja de Billot era de la escuela de los Tapin y de los Desgrés, hombre de carácter muy dulce, que siempre tenían una lágrima para los infelices a quienes perseguían, pero que, sin embargo, no necesitaban las manos para enjugarse los ojos.
Nuestro hombre negro, dejando escapar un suspiro, hizo una seña a los dos sargentos, que se acercaron a Billot. Este último, dando un salto hacia atrás, alargó la mano para coger su carabina; pero esta mano fue desviada del arma, doblemente peligrosa en aquel momento, porque podía matar a la vez al que la usaba y a la persona contra quien iba dirigida la mano del labrador quedó aprisionada entre dos manos pequeñas y blancas, fuertes por el terror y poderosas por la súplica.
Era Catalina, que acababa de salir para ver qué pasaba, y llegaba a tiempo para librar a su padre del crimen de rebelión a la justicia.
Transcurrido el primer momento, Billot no opuso ya resistencia: el exento ordenó que fuese encerrado en una sala del piso bajo, y Catalina en una habitación del principal. En cuanto a la señora Billot, la juzgaron tan inofensiva que no se cuidaron de ella y dejáronla en su cocina. Después de esto, y dueños ya de la plaza, el exento comenzó a registrar cajones, armarios y cómodas.
Billot, al verse solo, quiso huir; pero, así como la mayor parte de las salas de los pisos bajos de la granja, aquélla tenía rejas. El hombre negro se había fijado en esto al primer golpe de vista mientras que Billot las había olvidado, a pesar de haberlas hecho poner él mismo.
Entonces, a través de la cerradura, vio al exento y a sus dos acólitos que trastornaban toda la casa.
—¿Pero qué diablos hacéis ahí? —preguntó.
—Ya lo veis, apreciable señor Billot —dijo el exento—; buscamos una cosa que no hemos encontrado aún.
—¡Pues sois unos bandidos, pillos y ladrones!
—¡Oh señor Billot! —Contestó el exento a través de la puerta—. Nos injuriáis, pues somos personas tan honradas como vos; pero estamos a sueldo de Su Majestad, y, por lo tanto, debemos obedecer sus órdenes.
—¡Las órdenes de Su Majestad! —exclamó Billot—. ¿Os ha mandado el rey Luis XVI registrar mi pupitre, y trastornarlo todo en mis cómodas y en mis armarios?

—Sí.
—¿Su Majestad? —replicó Billot—. Su Majestad, cuando el año último hubo un hambre tan espantosa que pensamos en comernos nuestros caballos; Su Majestad, cuando la granizada del trece de julio, dos años hace, destrozó nuestras cosechas, Su Majestad no se dignó entonces acordarse de nosotros. ¿Qué quiere hacer hoy con mi granja, que jamás ha visto, y con mi persona, que no le es conocida?
—Me dispensaréis, caballero —dijo el exento, entreabriendo la puerta con precaución, para mostrar su orden firmada por el teniente de policía, pero, según costumbre, precedida de las palabras: ¡En nombre del rey!—. Su Majestad ha oído hablar de vos, y, si no os conoce personalmente, no rehuséis el honor que os dispensa.
Y el exento, después de saludar cortésmente, haciendo un ademán amistoso, volvió a cerrar la puerta, continuando luego el registro.
Billot quedó silencioso; cruzóse de brazos, y comenzó a pasear por aquella sala como un león en su jaula: comprendía que se hallaba en poder de aquellos hombres.
La operación de registro continuó silenciosamente: aquellos agentes parecían caídos del cielo; nadie los había visto más que el jornalero que les indicó la casa; y en los patios, los perros no habían ladrado. Seguramente el jefe de la expedición debía ser un hombre hábil entre sus cofrades, y no sería aquél su primer golpe de mano.
Billot oía los gemidos de su hija, encerrada en la habitación que estaba sobre la suya, y no pudo menos de recordar sus palabras proféticas, pues era indudable que la persecución que le alcanzaba reconocía por causa el folleto del doctor.
Sin embargo, acababan de dar las nueve, y Billot pudo contar por su reja, uno después de otro, los jornaleros que volvían del trabajo. Este espectáculo le hizo comprender que, en caso de conflicto, la fuerza, si no el derecho, estaban de su parte. Esta convicción hacía hervir la sangre en sus venas; no tuvo dominio para contenerse más tiempo, y, cogiendo la puerta por el pomo, dióle tal sacudida, que una o dos más como aquélla hubieran hecho saltar la cerradura.
Los agentes acudieron al punto para abrir, y vieron al labrador junto al umbral, de pie y con expresión amenazadora: todo estaba trastornado en la casa.
—¡Pero, en fin! —exclamó Billot—. ¿Qué buscáis aquí? ¡Decidlo pronto, o, vive Dios, que os obligaré a ello!
La entrada de los jornaleros no podía pasar desapercibida para un hombre tan práctico como el exento; había contado los individuos, y se convenció de que, en caso de conflicto, podría suceder muy bien que él no quedase dueño del campo de batalla. En su consecuencia, se acercó a Billot, con una cortesía más melosa ahora que antes, y, saludando profundamente, le dijo:
—Quiero revelaros, señor Billot, aunque esto sea faltar a nuestras costumbres, que lo que buscamos en su casa es un libro subversivo, un folleto incendiario, señalado por nuestros censores reales.
—¡Un libro en casa de un labrador que no sabe leer!
—¿Qué hay de extraño en esto, si sois amigo del autor y éste os lo ha enviado?
—No soy amigo del doctor Gilberto, sino su muy humilde servidor: ser su amigo fuera demasiado honor para un pobre como yo.

Esta contestación irreflexiva, en la que Billot se descubría confesando que, no solamente conocía al autor, lo cual era muy natural, siendo éste el propietario de la granja, sino también el libro, aseguró la victoria del agente. Este se irguió, tomando la expresión más amable, y tocó el brazo de Billot, con una sonrisa que parecía dividir transversalmente su rostro.
—*Tú eres quien le ha nombrado* —dijo—. ¿Conocéis vos este verso, mi buen señor Billot?
—No entiendo de versos.
—Pues sabed que es de Racine, un gran poeta.
—Y bien; ¿qué significa ese verso? —replicó Billot con impaciencia.
—Significa que acabáis de descubriros.
—¿Yo?
—Vos mismo.
—Y ¿cómo es eso?
—Pronunciando el nombre del señor Gilberto, que nosotros habíamos tenido la discreción de callar.
—Es verdad —murmuró Billot.
—Conque ¿confesáis?
—Haré más.
—¡Oh señor Billot! Nos colmáis de satisfacción. ¿Qué haréis?
—Si es ese libro lo que buscáis, y yo os digo dónde está —repuso el labrador con una inquietud que no podía disimular del todo—, ¿dejaréis de revolverlo todo aquí?
El exento hizo una señal a los dos esbirros.
—Seguramente —contestó—, puesto que ese libro es el objeto de nuestras pesquisas; pero —añadió con una sonrisa que más bien parecía una mueca—, quizá nos entregaréis un ejemplar, teniendo diez.
—No poseo más que uno: os lo juro.
—Esto es lo que estamos obligados a probar, practicando el más escrupuloso registro, señor Billot —dijo el exento—. Tened, pues, un poco de paciencia, cinco minutos más. Nosotros no somos más que unos pobres agentes que han recibido órdenes de la autoridad, y seguramente no os opondréis a que personas honradas, como las hay en todas las condiciones, señor Billot, cumplan con su deber.
El hombre negro había tocado el punto sensible: así era como se debía hablar a Billot.
—Cumplid, pues, con vuestro deber, pero que sea pronto.
Y les volvió la espalda.
El exento cerró con suavidad la puerta, y con más suavidad aún dio una vuelta a la llave.
Billot le dejó hacer, encogiéndose de hombros, seguro de echar abajo la puerta cuando quisiese.
Por su parte, el hombre negro hizo una señal a los sargentos, que continuaron su tarea; y todos tres, redoblando su actividad, tuvieron muy pronto, libros, papeles y ropa, desdoblado y a la vista.

De repente, en el fondo de un armario que había quedado vacío, se vio un cofrecillo de madera de encina, guarnedido de hierro, y el exento cayó sobre él como un buitre sobre su presa. Tan sólo por su aspecto y su peso reconoció, sin duda, lo que buscaba, pues ocultó vivamente el cofrecillo debajo de su capote raído, e hizo seña a los dos sargentos, indicándoles que la misión estaba cumplida.
Billot se impacientaba precisamente en aquel momento, y se detuvo delante de su puerta cerrada.
—¡Cuando os aseguro que no lo encontraréis si no os digo dónde está! —exclamó—. No vale la pena revolver todos mis efectos para nada. ¡No soy un conspirador, qué diablo! Veamos: ¿me oís? ¡Contestad, o vive Dios que marcho a París para quejarme al rey, a la Asamblea y a todo el mundo!
En aquella época se nombraba aún antes al rey que al pueblo.
—Sí, querido señor Billot, ya os oímos, y estamos dispuestos a ceder a vuestras excelentes razones. Veamos: decidnos dónde está ese libro; y como estamos convencidos ahora de que no tenéis más que ese ejemplar, le cogeremos, retirándonos después.
—Pues bien —dijo Billot—, ese libro está en manos de un honrado joven, a quien lo entregué esta mañana para llevárselo a un amigo.
—Y cómo se llama ese honrado joven? —preguntó el hombre negro con expresión picaresca.
—Ángel Pitou; es un pobre huérfano a quien recogí por caridad, y que no sabe ni siquiera de qué asunto trata el libro.
—Gracias, señor Billot —dijo el exento, echando la ropa en el armario, pero no sobre el cofrecillo—. Y ¿dónde está ese amable joven?
—Me parece haberle visto al entrar, cerca del cuadro de las judías de España; id allí y coged el libro, pero no hagáis daño a Pitou.
—¡Daño nosotros! ¡Oh señor Billot, qué poco nos conocéis! No somos capaces de hacer daño a una mosca.
Y se dirigieron hacia el sitio indicado; y cuando estuvieron a la vista de las judías de España, divisaron a Pitou, que, por su elevada estatura, parecía más temible de lo que en realidad era. Pensando entonces que los dos sargentos necesitarían su auxilio para hacerse dueños del joven gigante, el hombre negro se quitó el capote, arrolló con éste el cofrecillo, y ocultó el todo en un oscuro rincón que allí cerca había.
Pero Catalina, que escuchaba, aplicado el oído contra la puerta, había distinguido vagamente las palabras *libro, doctor* y *Pitou;* y, viendo que estaba a punto de estallar la tempestad que había previsto, ocurrióle atenuar sus efectos. Entonces fue cuando hizo entender a Pitou que debía declararse dueño del libro. Ya hemos dicho lo que pasó cuando el joven, atado y sujeto por el hombre negro y sus acólitos, recobró la libertad por Catalina, la cual aprovechó el instante en que los dos sargentos iban a buscar la mesa, y el exento a recoger la capa y el cofrecillo. Ya sabemos también de qué modo Pitou pudo huir saltando por encima de una cerca; pero lo que no hemos dicho es que el hombre negro, como hombre previsor, se aprovechó de aquella fuga.

En efecto: ahora que la doble misión del agente quedaba cumplida, la fuga de Pitou era para el hombre negro y sus dos auxiliares una excelente oportunidad.
El exento, aunque sin esperanza de alcanzar al fugitivo, excitó a sus dos compañeros con la voz y el ejemplo, tanto que, al verlos a los tres pisando los tréboles, los trigos y las alfalfas, se les hubiera tomado por los mayores enemigos del pobre Pitou, aunque bendecían sus largas piernas en el fondo de su corazón.
Mas apenas Pitou hubo desaparecido en el bosque, hallándose aún los otros en el lindero, detuviéronse detrás de un matorral. Durante su carrera se habían reunido con ellos otros dos individuos ocultos en las cercanías de la granja, y que no debían acudir sino en el caso de llamarles su jefe. —A fe mía —dijo el exento—, es una fortuna que ese mozo no tuviera el cofrecillo en vez del libro, pues nos habría sido necesario tomar la posta para alcanzarle. ¡Diablo! No tiene las piernas de hombre, pero sí el tendón del ciervo.
—Sí —dijo uno de los sargentos, no tenía el cofrecillo—, pero está en vuestro poder ahora. ¿No es verdad, señor *Paso de Lobo?*
—Ciertamente, amigo mío, y hele aquí —contestó aquel cuyo nombre, o más bien apodo, acabamos de pronunciar por primera vez, y que le había merecido a causa de la ligereza y de la oblicuidad de su marcha.
—Entonces, tenemos derecho a la recompensa prometida.
—Ahí, va —dijo el exento, sacando de su bolsillo cuatro luises de oro, que distribuyó por igual a sus cuatro ayudantes, así a los que habían trabajado como a los que no hicieron más que esperar.
—¡Viva el señor teniente! —gritaron los sargentos.
—No perjudica gritar ¡viva el teniente! —dijo *Paso de Lobo*—, pero cuando se grita, se ha de hacer con discernimiento. No es el señor teniente quien paga.
—Pues ¿quién?
—Uno de sus amigos, o de sus amigas; pero, sea quien fuere, deseo guardar el incógnito.
—Apuesto que es aquel o aquella a quien se destina el cofrecillo —dijo uno de los sargentos.
—¡Rigoulot, amigo mío —dijo el hombre negro—, siempre aseguré que eras un mozo sumamente perspicaz; pero hasta que esta perspicacia de sus frutos, y después su recompensa, creo que lo mejor es poner pies en polvorosa. Ese condenado labrador tiene, al parecer, mal genio, y cuando vea que le falta el cofrecillo podría ser muy bien que enviara en nuestra persecución a todos los dependientes de su granja, mozos que disparan un tiro y tocan el blanco tan bien como el mejor suizo de la guardia de Su Majestad.
Este parecer fue sin duda el de la mayoría, pues los cinco agentes siguieron el lindero del bosque, que les ocultaba a los ojos de todos, y que a los tres cuartos de legua les conduciría al camino.
La precaución no era inútil, pues apenas Catalina hubo visto al hombre negro y a los dos sargentos desaparecer en persecución de Pitou, cuando, llena de confianza en la agilidad de Ángel, que a menos de un accidente le permitiría llegar muy lejos, llamó a los jornaleros, los cuales sabían bien que pasaba alguna cosa, aunque sin saber el qué, y les mandó abrir la puerta de su habitación. Los

hombres acudieron, y Catalina, una vez fuera, se apresuró a ir a poner en libertad a su padre.
A Billot le parecía soñar: en vez de precipitarse fuera del aposento, andaba con recelo y volvía desde la puerta al centro de la habitación: hubiérase dicho que no osaba permanecer en el mismo sitio, y que al mismo tiempo temía fijar la vista en los muebles revueltos por los agentes.
—En fin —preguntó Billot—, ya le han cogido el libro. ¿No es verdad?
—Así lo creo, padre mío, pero no le han cogido a él.
—¿Quién es él?
—Pitou. Se ha salvado, y, si corren siempre en su seguimiento, deben hallarse ahora en Cayolles o en Vauciennes.
—¡Tanto mejor! ¡Pobre muchacho! ¡Yo soy quien tiene la culpa de ello!
—¡Oh padre mío! No os inquietéis por él, y pensemos ahora en nosotros. Pitou saldrá del apuro: no tengáis cuidado. Pero ¡qué trastorno, Dios mío! ¡Ved eso, madre mía!
—¡Oh! ¡Mi armario de ropa! —exclamó la señora Billot. No han respetado mi ropa blanca esos bribones.
—¿Han registrado ese armario? —preguntó Billot.
Y se precipitó hacia el mueble, que el exento, como ya hemos dicho, había cerrado cuidadosamente, e introdujo ambos brazos a través de los montones de servilletas caídas.
—¡Oh! —exclamó—. Es imposible.
—¿Qué buscáis, padre mío? —preguntó Catalina.
Billot miró a su alrededor con una especie de extravío.
—Mira —dijo—, mira si está en alguna parte; pero no, en esa cómoda no está, ni en el pupitre tampoco. Yo sé que se hallaba ahí, ahí, en el fondo del armario... yo mismo le puse, y aun ayer le vi... ¡No es el libro lo que buscaban esos miserables, sino el cofrecillo!
—¿Qué cofrecillo? —preguntó Catalina.
—¡Oh! Bien lo sabes.
—¿Será el cofrecillo del doctor Gilberto? —se aventuró a preguntar la señora Billot, que en las circunstancias supremas guardaba silencio, dejando obrar y hablar a los demás.
—¡Sí, el cofrecillo del doctor Gilberto! —exclamó Billot, hundiendo las manos en sus abundantes cabellos—. ¡Era el precioso cofrecillo!
—¡Me espantáis, padre! —dijo Catalina.
—¡Desgraciado de mí! —exclamó Billot, rojo de cólera—. ¡Y yo que no he sospechado eso; yo que ni siquiera pensaba en el cofrecillo! ¡Oh! ¿Qué dirá el doctor? ¿Qué pensará? ¡Qué soy un traidor, un cobarde, un miserable!
—Pero, Dios mío, ¿qué encerraba ese cofrecillo, querido padre?
—Lo ignoro; pero lo que sé es que había respondido de él al doctor con mi vida, y que debí dejarme matar para defenderle.
Y Billot hizo un ademán tan desesperado, que su mujer y su hija retrocedieron con terror.
—¡Dios mío, Dios mío, mi padre se vuelve loco! —exclamó Catalina. Y comenzó a sollozar.

—¡Contestadme, padre mío, por amor de Dios! —dijo la joven.
—¡Pedro, amigo mío —añadió la señora Billot—, contesta a tu hija, contesta a tu mujer!
—¡Mi caballo, mi caballo! —gritó el labrador—. ¡Que me traigan mi caballo!
—¿Adonde queréis ir, padre mío?
—A dar aviso al doctor: es preciso que esté prevenido.
—Pero ¿dónde le encontraréis?
—En París. ¿No has leído en la carta que nos escribió que se dirigía a la capital? Ya debe estar allí, y yo voy a París. ¡Mi caballo, mi caballo!
—¿Y nos dejáis así, padre mío, nos abandonáis en semejante momento, dejándonos poseídas de inquietud y de angustia?
—Es preciso, hija mía, es preciso —dijo el labrador, tomando la cabeza de Catalina entre sus manos y acercándola convulsivamente a sus labios—. «Si alguna vez perdieras ese cofrecillo, me dijo el doctor, o más bien, si te lo sustrajeran, en el momento mismo en que eches de ver el robo, ponte en marcha, Billot, corre a decírmelo, donde quiera que me halle, y que nada te detenga, ni aun la vida de un hombre.»
—¡Señor! ¿Qué podría contener ese cofrecillo?
—Lo ignoro. Todo cuanto yo sé es que me le confiaron para guardarle, y que me le he dejado robar. ¡Ah! Ya está aquí mi caballo. Por el hijo, que está en el colegio, bien sabré dónde se halla el padre.
Y abrazando otra vez más a su mujer y a su hija, el labrador saltó a su caballo, al que puso al galope atravesando las tierras en dirección al camino de París.

## IX

## CAMINO DE PARÍS

Volvamos a Pitou.

A Pitou le impulsaban hacia adelante los dos estímulos más grandes de este mundo: el miedo y el amor. El miedo le había dicho directamente: —¡Te pueden detener y apalearte: cuida de ti, Pitou!

Y esto bastaba para que corriese como un gamo. El amor le había dicho por la voz de Catalina: —¡Salvaos pronto, querido Pitou!

Y Pitou lo hizo así.

Los dos estimulantes, como hemos dicho, hicieron que Pitou volase más bien que corriese.

Decididamente, Dios es grande; Dios es infalible.

¡Qué útiles eran ahora en el campo para Pitou sus largas piernas, que le parecían nudosas, y sus enormes rodillas, tan feas en un baile, ahora que tenía el corazón dilatado por el temor y con tres latidos por segundo!

Seguramente el señor de Charny, con sus piececitos, sus finas rodillas y sus muslos simétricos, no hubiera podido correr así.

Pitou recordó aquella graciosa fábula del ciervo que se lamenta de sus delgadas piernas al mirarse en una fuente; y, aunque no tuviese en la cabeza el adorno en que el cuadrúpedo veía una compensación de aquéllas, se arrepintió de haber despreciado sus zancas.

Así llamaba la madre Billot a las piernas de Pitou cuando éste se las miraba delante de un espejo.

Así, pues, Pitou corría siempre por el bosque, dejando a Cayolles a la derecha, y a Yvors a la izquierda, volviéndose a cada momento para ver, o más bien para escuchar, pues hacía ya largo rato que no veía nada, sin duda a causa de haber quedado muy atrás sus perseguidores, gracias a la velocidad de que Pitou acababa de dar tan brillante prueba, interponiendo primero una distancia de mil pasos entre ellos y él, y aumentándola luego a cada instante.

¡Por qué se habría casado Atalante! Si Pitou hubiera concurrido, para triunfar sobre Hipomene no habría necesitado servirse, como él, del subterfugio de las tres manzanas de oro.

Cierto es, como ya hemos dicho, que los agentes del hombre negro, muy contentos de haber obtenido el botín, no se cuidaban ya de Pitou en lo más mínimo; pero éste no lo sabía.

Dejando de verse perseguido por la realidad, seguía estándolo por su sombra.

En cuanto a los hombres del agente, tenían esa confianza que hace a todos perezosos.

—¡Corre, corre —decían, introduciendo las manos en sus bolsillos, para hacer sonar las monedas que acababa de darles *Paso de Lobo*—, corre, buen hombre, que siempre te encontraremos cuando queramos!

Lo cual, dicho sea de paso, lejos de ser una fanfarronada, era la pura verdad.

Y Pitou seguía corriendo, como si hubiera podido oír las palabras de los agentes del hombre negro.
Cuando hubo franqueado considerable distancia, cruzando acertadamente de un lado a otro, como lo hacen las fieras para despistar a la jauría, cuando hubo enredado sus huellas en una red tan revuelta que el mismo Nemrod no hubiese reconocido nada, tomó de repente su partido, que consistía en oblicuar a la derecha a fin de ganar el camino de Villers-Cotterets a París, poco más o menos a la altura de los brezos de Gondreville.
Adoptada esta resolución, se lanzó a través de los tallares, cortó por un ángulo recto, y al cabo de un cuarto de hora vio el camino, con su marco de arenas amarillas y flanqueado de verdes árboles.
Una hora después de su salida de la granja, hallábase en terreno del rey.
Había recorrido cuatro leguas y media, poco más o menos, en el espacio de una hora. Es todo cuanto se puede exigir de un buen caballo lanzado al trote largo.
Dirigió la vista hacia atrás, y no vio nada en el camino.
Después miró hacia delante, y divisó dos mujeres que iban en asnos.
Pitou había cogido una mitología con grabados, perteneciente al pequeño Gilberto, pues en aquella época se ocupaban mucho en la mitología.
La historia de los dioses y de las diosas del Olimpo griego entraba en la educación de los jóvenes; y, a fuerza de mirar los grabados, Pitou había aprendido la mitología: supo que Júpiter se había disfrazado de toro para seducir a Europa, y de cisne para entregarse a obscenidades con la hija de Tíndaro; y había visto, en fin, otros muchos dioses que practicaban transformaciones más o menos pintorescas; pero que un agente de la policía de Su Majestad se convirtiera en asno, jamás. El mismo rey Midas no sufrió cambio más que en las orejas, y era soberano, y hacía oro a su voluntad; de modo que no le faltaba medio para comprar la piel entera de los cuadrúpedos.
Un poco tranquilizado por lo que veía, o más bien por lo que no veía, Pitou se dejó caer sobre la hierba del lindero, enjugó con su manga su gruesa cara colorada y, echado en el trébol fresco, se entregó a la voluptuosidad de dormir tranquilo.
Pero las dulces emanaciones de la alfalfa y de la mejorana no podían hacer olvidar a Pitou el tocino frito de la madre Billot, y la libra y media de pan moreno que Catalina le daba en cada comida, es decir, tres veces al día. Era aquel pan que entonces costaba cuatro sueldos y medio la libra, precio enorme, equivalente, por lo menos, a nueve de nuestra época; aquel pan del que toda Francia comía y que cuando se podía comer considerábase como la famosa torta que la duquesa de Polignac recomendaba a los parisienses para su alimento cuando no tuvieran harina.
Pitou se decía, pues, filosóficamente, que la señorita Catalina era la más generosa princesa del mundo, y la granja del padre Billot el más suntuoso palacio del universo.
Después, así como los Israelitas a orillas del Jordán, dirigía una mirada moribunda hacia el este, es decir, en la dirección de aquella bienaventurada granja, y suspiraba.

Por lo demás, suspirar no es cosa desagradable para el hombre que necesita tomar aliento después de una carrera desordenada.
Pitou respiraba suspirando, y sentía que sus ideas, un instante muy confusas y perturbadas, comenzaban a ser más serenas.
—¿Por qué —se dijo entonces—, me han ocurido tantas cosas extraordinarias en tan breve espacio de tiempo? ¿Por qué más accidentes en tres días que durante toda mi existencia? Será que he soñado un gato que me bufaba —dijo Pitou.
Así pensando, hizo un ademán que indicaba que conocía bien el origen de todas sus desgracias.
—Sí —añadió Pitou, después de un momento de reflexión—, pero ésta no es una lógica como la de mi venerable abate Fortier. Por el hecho de haber soñado un gato furioso no he de suponer que me suceden todas estas aventuras. El sueño no se ha dado al hombre sino como aviso. Por eso —continuó Pitou—, algún autor ha dicho: «¿Has soñado? Vive alerta». *Cave, somniasti. ¿Somniasti?* —se preguntó Pitou con expresión inquieta. ¿Habré cometido un barbarismo? ¡Ah! No, no hago más que una elisión: *somniavisti*, debí decir en lengua gramatical. ¡Es extraño —continuó Pitou, admirándose a sí propio—, cómo sé latín desde que ya no le aprendo!
Y con esta glorificación de sí mismo, Pitou emprendió de nuevo la marcha.
El joven avanzó con paso largo, aunque más tranquilo, paso que le permitía recorrer dos leguas en una hora.
De aquí resultó que, dos horas después de ponerse en
camino, Pitou había pasado de Nanteuil y encaminábase hacia Dammartin.
De repente, su oído ejercitado le permitió percibir el rumor de una herradura de caballo que resonaba en el pavimiento.
—¡Oh, oh! —exclamó Pitou, repitiendo el famoso verso de Virgilio:
*Quadrupe dante pu trem soni tu quatit úngula campum.*
Y miró; pero no vio nada.
¿Serían aquéllos los asnos que había dejado en Levignan y que acababan de emprender el galope? No, pues la uña de hierro, como dice el poeta, resonaba sobre el duro suelo; y ni en Haramont ni en Villers-Cotterets, Pitou no había conocido ningún asno herrado, como no fuera el de la madre Sabot, y aun éste porque la buena mujer prestaba el servicio de posta entre Villers-Cotterets y Crespy.
Olvidó, pues, momentáneamente el rumor que acababa de oír para volver a sus reflexiones.
Y ¿quiénes eran aquellos hombres negros que le habían interrogado sobre el doctor Gilberto, que le ataron las manos y le persiguieron después hasta que los perdió de vista?
¿De dónde venían aquellos hombres completamente desconocidos en todo el cantón? ¿Qué tenían ellos que arreglar con Pitou, siendo así que él no los había visto nunca y que, por lo tanto, no los conocía?
Y ¿cómo era que, a pesar de esto, le conocían a él?
¿Por qué la señorita Catalina le había dicho que marchase a París, y por qué le había dado, para facilitar el viaje, un luis de cuarenta y ocho francos, es decir,

doscientas cuarenta libras de pan, a cuatro sueldos cada una, a fin de que comiera durante ochenta días, o sea cerca de tres meses, economizando un poco?
¿Suponía la señorita Catalina que Pitou pudiera o debiera estar ochenta días ausente de la granja? De repente, Pitou se estremeció. —¡Oh, oh! Otra vez la herradura de caballo.
Y se irguió.
—Esta vez —dijo—: no me engaño, el rumor que oigo es el de un caballo que va al galope. Voy a verle desde la cuesta.
Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando Pitou vio aparecer un caballo en una eminencia que había dejado atrás, es decir, a unos cuatrocientos pasos de distancia.
Pitou, que no había admitido que un agente de policía pudiera transformarse en asno, admitió muy bien que le fuera posible montar a caballo, para perseguir más rápidamente la presa que se le escapaba.
El temor, desechado por un instante, se apoderó otra vez de Pitou, devolviéndole unas piernas más largas e intrépidas que aquellas de que había hecho uso tan maravillosamente dos horas antes.
Por eso, sin reflexionar, sin mirar hacia atrás, sin esforzarse para disimular su fuga, y confiando en la excelencia de sus músculos de acero, Pitou se lanzó de un solo salto hasta el otro lado del foso que flanqueaba el camino, y comenzó a correr a través de los campos en la dirección de Ermenonville, sin conocer este punto. Tan sólo vio en el horizonte las copas de algunos árboles, y se dijo:
—Si alcanzo esos árboles, que sin duda son el lindero de algún bosque, estoy salvado.
Y aceleró la carrera hacia Ermenonville. Esta vez se trataba de vencer a un caballo a la carrera, y ya no eran pies lo que tenía Pitou, sino alas.
Tanto más cuanto que a los cien pasos, poco más o menos, a través de las tierras, Pitou miró hacia atrás y pudo ver que el jinete obligaba a su caballo a dar el inmenso salto que le permitió a él mismo franquear el foso del camino.
A partir de aquel momento, ya no dudó el fugitivo de que el jinete le perseguía a él, y Pitou redobló su celeridad, sin volver ya la cabeza por temor de perder tiempo. Lo que aguijoneaba su carrera ahora no era ya el ruido de la herradura en el suelo, sino el rumor amortiguado en las alfalfas y las hierbas; lo que apresuraba su carrera era como un grito que le perseguía, la última sílaba de su nombre pronunciada por el jinete, un *ou, ou*, que parecía el eco de su cólera y que cruzaba el aire.
Pero, al cabo de diez minutos de aquella carrera desordenada, Pitou sintió que su pecho tenía más pesadez y que la cabeza se desvanecía; sus ojos comenzaron a vacilar en las órbitas; parecióle que sus rodillas se desarrollaban considerablemente y que sus riñones se llenaban de piedrecillas. De vez en cuando tropezaba en los surcos, él, que de ordinario levantaba tanto los pies al correr, que se le veían todos los clavos de las suelas de los zapatos. El caballo, superior al hombre en el arte de correr, alcanzó ventaja sobre el bípedo Pitou, quien oyó al mismo tiempo la voz del jinete, gritando ahora con toda claridad: «¡Pitou, Pitou!»
El joven se creyó perdido.

Sin embargo, trató de continuar su carrera, pero ésta se redujo a una especie de movimiento maquinal, debido a la fuerza repulsiva; de repente, sus rodillas flaquearon, vaciló y dejóse caer boca abajo, exhalando un suspiro.
Pero en el momento de echarse, bien resuelto a no ponerse ya en pie, al menos con su voluntad, recibió un latigazo que le cruzó el cuerpo y oyó una blasfemia que no le era extraña, con una voz bien conocida que le gritó:
—¡Hola, belitre, imbécil! ¿Has jurado reventar a mi *Cadet*?
Este nombre desvaneció las Vacilaciones de Pitou. —¡Ah! —exclamó, dando media vuelta sobre sí mismo, de modo que, en vez de estar boca abajo, quedó echado de espaldas—. ¡Ah! Oigo la voz del señor Billot.
Era, en efecto, el labrador; y cuando Pitou se hubo asegurado de la identidad, se incorporó.
Billot, por su parte, había detenido el caballo, inundado de sudor y cubierto de espuma.
—¡Ah, querido señor Billot! —exclamó Pitou—. ¡Cuánta es vuestra bondad por correr así en mi seguimiento! Os juro que habría vuelto a la granja después de comerme el doble luis de la señorita Catalina; mas, puesto que estáis aquí, tomad vuestro doble luis, pues, al fin y al cabo, os pertenece, y volvamos a la granja.
—¡Mil diablos! —exclamó Billot—. ¡De granja se trata ahora! ¿Dónde están los esbirros?
—¡Los esbirros! —exclamó Pitou, que no comprendía bien la significación de esta palabra, comprendida hace poco tiempo en el vocabulario de la lengua.
—Sí, hombre, los esbirros, los hombres negros, si lo comprendes así mejor —dijo Billot.
—¡Ah! ¡Los hombres negros! Ya comprenderéis, mi querido señor Billot, que no me he entretenido en esperarlos.
—¡Bravo! Entonces quedan atrás.
—Me lisonjeo de ello. Me parece que, después de la carrera que acabo de dar, es lo menos que podía suceder.
—Pues ¿por qué huías así, si estás seguro de ello?
—Porque creía que era su jefe que, para no quedar mal, me perseguía a caballo.
—¡Vamos, vamos, no eres tan torpe como creí; y, puesto que el camino está libre, arriba y a Dammartin!
—¡Cómo arriba!
—Sí, levántate y ven conmigo.
—¿Vamos a Dammartin?
—Sí: tomaré un caballo en casa del compadre Lefranc, dejando allí a *Cadet,* que ya no puede más, y llegaremos esta noche a París.
—¡Sea, señor Billot, sea!
—Pues bien: ¡arriba, arriba!
Pitou hizo un esfuerzo para obedecer.
—Bien quisiera, querido señor Billot; mas no puedo.
—¿No puedes levantarte?
—No.
—Pues bien has dado el salto de la carpa, hace poco.

—¡Oh! No es extraño que lo hiciera antes; pero después he oído vuestra voz, recibiendo al mismo tiempo un latigazo que me ha cruzado la espalda. En cuanto a esos saltos, no salen bien más que una vez; estoy acostumbrado a vuestra voz; y en cuanto al látigo, seguramente no le aplicaréis más que a ese pobre *Cadet,* que tendrá casi tanto calor como yo.
La lógica de Pitou, que, bien mirado, era la del abate Fortier, persuadió y casi conmovió al labrador.
—No tengo tiempo para enternecerme respecto a tu suerte —dijo a Pitou—, pero veamos: haz un esfuerzo y monta en la grupa.
—¡Oh! —repuso Pitou—. Esto reventaría al pobre *Cadet.*
—¡Bah! Dentro de media hora estaremos en casa del padre Lefranc.
—Pero señor Billot —dijo Pitou—, me parece que es de todo punto inútil que yo vaya a casa del padre Lefranc.
—Y ¿por qué?
—Porque, si tenéis algo que hacer en Dammartin, no es preciso que yo vaya.
—Sí, pero yo necesito que vengas a París, pues allí me servirás. Tienes buenos puños, y estoy seguro que no se tardará en distribuir mojicones allí abajo.
—¡Ah, ah! —exclamó Pitou, poco seducido por la perspectiva—. ¿Lo creéis así?
Y trepó a la grupa de *Cadet,* atrayéndole Billot hacia sí, como si fuese un saco de harina.
El buen labrador ganó de nuevo el camino, y manejó tan bien la brida, las rodillas y las espuelas, que en menos de media hora, como había dicho, llegó a Dammartin.
Billot había entrado en la ciudad por una callejuela de él conocida; ganó la granja del padre Lefranc, y, dejando a Pitou y a *Cadet* en medio del patio, corrió a la cocina, donde el dueño, que estaba a punto de ir a dar una vuelta por los campos, se sujetaba las polainas.
—¡Pronto, pronto, compadre! —le dijo, antes de que Lefranc se repusiera de su asombro—. Dame el caballo más resistente que tengas.
—El mejor es *Margot* —dijo Lefranc, y precisamente está ensillado, porque yo iba a montar.
—¡Pues bien, dame *Margot;* pero te advierto que es posible que le reviente!
—¡Bueno! ¡Reventar a *Margot*! Y ¿por qué ha de ser así?
—Porque es preciso que esta misma noche esté en París —contestó Billot con aire sombrío.
Al decir esto, hizo a Lefranc una señal masónica de las más significativas.
—En ese caso, revienta a *Margot* —dijo el padre Lefranc—. En cambio me dejarás a *Cadet.*
—Ya está dicho.
—¿Quieres un vaso de vino?
—Dos.
—Pero me parece que no estás solo...
—No: me acompaña un buen muchacho, que ha de venir conmigo, y el cual se halla tan cansado que no ha tenido fuerza para llegar hasta aquí. Dispón que le den alguna cosa.
—Al momento, al momento —contestó el labrador.

En diez minutos, los dos compadres apuraron cada cual su botella, y Pitou devoró un pan de dos libras, con media de tocino. Mientras que comía, un criado de la granja le frotaba con un puñado de alfalfa fresca, como lo hubiera hecho con un caballo favorito.
Friccionado y repuesto así, Pitou apuró a su vez un vaso de vino, tomado de una tercera botella, la cual se vació con tanta más rapidez cuanto que Pitou, como ya hemos dicho, había tomado su parte. Después de haber montado Billot en *Margot*, Pitou, rígido como un compás, fue colocado en la grupa.
En el mismo instante, el buen cuadrúpedo, hostigado por la espuela, trotó valerosamente bajo su doble peso hasta llegar a París, sin dejar de espantar las moscas con su robusta cola, cuyas espesas crines arrojaba en el polvo sobre la espalda de Pitou, azotando algunas veces sus delgadas piernas, mal cubiertas con las medias.

## X

## LO QUE PASABA EN EL TÉRMINO DEL CAMINO QUE PITOU SEGUÍA, ES DECIR, EN PARÍS

De Dammartin a París se cuentan aún ocho leguas. Las cuatro primeras se recorrieron con bastante facilidad; pero, desde el Bourget, las piernas de *Margot*, aunque hostigadas por las de Pitou, acabaron por perder el moviento. La noche cerraba ya.
Al llegar a la Villette, Billot creyó divisar, por el lado de París, una gran llama, y señaló a Pitou el resplandor rojizo que subía por el horizonte.
—¿No veis —dijo Pitou—, que son tropas que vivaquean y que han encendido hogueras?
—¡Cómo tropas! —exclamó Billot.
—No faltan por aquí —dijo Pitou—. ¿Por qué no había de haber allí abajo?
En efecto: mirando con atención a su derecha, el padre Billot vio la llanura de San Dionisio sembrada de destacamentos negros que avanzaban silenciosos en la sombra, con infantería y caballería.
Sus armas brillaban a veces a la pálida luz de las estrellas.
Pitou, a quien sus carreras nocturnas por el bosque habían acostumbrado a ver en la oscuridad, pudo hasta mostrar a su amo cañones atascados en el cieno hasta el cubo de las ruedas, en medio de los campos húmedos.
—¡Oh, oh! —exclamó Billot—. Algo nuevo ocurre allí abajo.
—Sí, sí: hay fuego allí —dijo Pitou, que acababa de alzarse sobre la grupa de *Margot*—. ¡Mirad, mirad: ahora se ven las chispas!
El caballo se detuvo; Billot saltó al suelo, y, acercándose a un grupo de soldados azules y amarillos que vivaqueaban bajo los árboles del camino, preguntóles:
—Compañeros: ¿podéis decirme qué ocurre de nuevo en París?
Pero los soldados solamente le contestaron con algunos votos pronunciados en lengua alemana.
—¿Qué diablos dicen? —preguntó Billot a Pitou.
—Eso no es latín, querido señor Billot —dijo Pitou, muy tembloroso—, esto es todo lo que puedo aseguraros.
Billot reflexionó, mirando de nuevo.
—¡Qué imbécil soy por dirigirme a los *kaiserliks*! — exclamó.
Y, en su curiosidad, permaneció inmóvil en medio del camino.
Un oficial se acercó a él.
—¡Seguid vuestro camino, y pronto!
—Dispensad, capitán —contestó Billot—, pero yo voy a París.
—¿Qué más?
—Y como os veo en medio del camino, temo que no se pueda pasar por las barreras.
—Pues  se pasa.
Billot volvió a montar, y pasó, en efecto.
Pero fue para caer entre los húsares de Bercheny, que ocupaban La Villette.

Esta vez debía tratar con sus, compatriotas, e interrogó con mejor resultado.
—Caballero —preguntó—, ¿tendríais la bondad de decirme qué ocurre de nuevo en París?
—Pues sencillamente que vuestros condenados parisienses quieren tener su Necker, y que nos disparan tiros como si tuviésemos algo que ver con ello.
—¿Tener su Necker? —exclamó Billot—. ¿Le han perdido, pues?
—Ciertamente, puesto que el rey acaba de destituirle.
—¡El rey ha destituido al señor Necker! —exclamó Billot, con el estupor de un adepto que clama contra el sacrilegio—. ¡El rey ha destituido a ese gran hombre!
—¡Oh Dios mío! Sí —repuso el húsar—, y hasta os diré que ese gran hombre está en camino de Bruselas.
—Pues, en tal caso, vamos a reírnos —gritó Billot con voz terrible, sin cuidarse del peligro que corría al promover así insurrección en medio de mil quinientos sables realistas.
Y montó de nuevo sobre *Margot*, hostigándole cruelmente con los talones hasta la barrera.
A medida que avanzaba, veía el incendio aumentar por momentos; una larga columna de fuego ascendía desde la barrera al cielo.
Era la misma barrera la que ardía.
Una multitud que gritaba furiosa, y en la cual se veían mujeres, que, según costumbre, amenazaban y chillaban más alto que los hombres, ocupábase en atizar la llama con restos de madera y los muebles y efectos de la caseta de consumos.
En el camino, los regimientos húngaros y alemanes miraban con el arma al brazo aquella devastación, sin pestañear siquiera.
Billot no se detuvo ante aquel muro de llamas; lanzó a *Margot* a través del incendio, y el caballo franqueó con valor la barrera incandescente; pero cuando estuvo en el otro lado debió detenerse ante una compacta multitud de pueblo que refluía del centro de la ciudad a los arrabales, los unos cantando y los otros gritando: «¡A las armas!»
Billot parecía ser lo que era, es decir, un buen labrador que llega a París para evacuar sus diligencias. Tal vez gritaba demasiado alto: «¡Paso, paso!» Pero Pitou repetía tan cortésmente después de él: «¡Paso, si lo tenéis a bien!» que el uno parecía corregir al otro. Nadie tenía interés en impedir a Billot que fuera a despachar sus asuntos, y se le dejó el paso libre.
*Margot* recobraba sus fuerzas; el fuego le había tostado la piel, y todos aquellos clamores, tan extraños para el pobre animal, le inquietaban. Billot era ahora quien debía reprimir su último esfuerzo, temeroso de atropellar a los muchos curiosos reunidos delante de las puertas, así como a los que salían por ellas para dirigirse a las barreras.
Billot avanzó, bien o mal, tirando de *Margot* a derecha e izquierda hasta el bulevar; pero aquí debió detenerse por fuerza.
Un cortejo desfilaba delante de la Bastilla hasta el Guarda Mueble, esos dos nudos de piedra que unían en otra época su recinto con los flancos de París.
Aquel cortejo, que llenaba el bulevar, seguía un ataúd que llevaba dos bustos: uno de ellos velado por un crespón negro, y el otro coronado de flores.

El busto velado era el de Necker, ministro que no había caído en desgracia, pero a quien se expulsaba; el otro, el que iba coronado de flores, era el busto del duque de Orleans, que había tomado altamente en la corte el partido del economista de Ginebra.
Billot se informó de lo que era aquella procesión, y le dijeron que era un homenaje popular tributado al señor Necker y a su defensor el duque de Orleans.
Billot había nacido en un país donde el nombre del duque de Orleans era venerado hacía siglo y medio; el joven pertenecía a la secta filosófica, y, por lo tanto, consideraba a Necker, no tan sólo como un gran ministro, sino como un apóstol de la humanidad.
Esto era más de lo que Billot necesitaba para exaltarse; saltó de su caballo sin saber bien lo que hacía, y se mezcló con la multitud, gritando:
—¡Viva el duque de Orleans, viva Necker!
Una vez mezclado con la muchedumbre, la libertad individual desaparece; todos saben que entonces se deja de tener el libre albedrío; se quiere lo que la multitud quiere, y se hace lo que ella pide. Billot, por lo demás, tenía tanta más facilidad para dejarse llevar cuanto que se hallaban más bien a la cabeza que a la cola del movimiento.
El cortejo gritaba a voz en cuello: «¡Viva Necker! ¡Nada de tropas extranjeras; fuera las tropas extranjeras!»
Billot mezcló su poderosa voz con todas las demás.
Una superioridad, cualquiera que sea, se aprecia por el pueblo. El parisiense de los arrabales tiene la voz débil o ronca, alterada por la inanición o gastada por el vino; el parisiense del arrabal admiró la voz llena, fresca y sonora de Billot, y le abrió paso; de modo que sin que le codearan mucho o le estrujasen, el labrador acabó por llegar hasta el ataúd.
Al cabo de diez minutos, uno de los portadores, cuyo entusiasmo excedía a sus fuerzas, le cedió su puesto.
Según vemos, Billot había hecho rápidamente carrera.
La víspera, simple propagador del folleto del doctor Gilberto, y al otro día, uno de los instrumentos del triunfo de Necker y del duque de Orleans.
Mas, apenas llegado a esta altura, una idea cruzó por su mente.
¿Qué habría sido de Pitou y de *Margot?*
Sosteniendo el ataúd, Billot volvió la cabeza, y a la luz de las hachas que iluminaban el cortejo, y de las lamparillas que brillaban en todas las ventanas, divisó en medio de la procesión una especie de eminencia ambulante formada por cinco o seis hombres que gesticulaban y gritaban.
En medió de sus ademanes y de sus gritos era fácil reconocer la voz y los largos brazos de Pitou.
El joven hacía cuanto le era posible para defender a *Margot;* mas, a pesar de sus esfuerzos, el caballo había sido embargado, y ya no conducía a Billot y Pitou, peso muy respetable ya para el pobre cuadrúpedo.
En su lugar, *Margot* llevaba todo cuanto podía sostenerse sobre él, en el lomo, en la grupa y en el cuello.
*Margot* parecía, en la oscuridad de la noche, que agranda caprichosamente todos los objetos, un elefante cargado de cazadores que van a la batida del tigre.

El ancho lomo de *Margot* sostenía cinco o seis energúmenos que se habían acomodado allí, gritando:
—¡Viva Necker! ¡Viva el duque de Orleans! ¡Abajo los extranjeros!
A lo cual contestaba Pitou:
—Vais a reventar a *Margot.*
La embriaguez era general.
Billot tuvo un momento la idea de ir a prestar auxilio a Pitou y a su caballo; pero reflexionó que si renunciaba un momento al honor conquistado de llevar uno de los brazos del ataúd, al fin y al cabo, gracias al convenio hecho con el padre Lefranc, de ceder *Cadet* por *Margot,* este último le pertenecía, y que, aunque sucediese algo al caballo de su amigo, sería cuestión de tres o cuatrocientas libras, las cuales podía sacrificar muy bien Billot por la patria, puesto que era rico.
Entretanto, el cortejo avanzaba siempre; había oblicuado a la izquierda y descendido por la calle de Montmartre, en dirección a la plaza de las Victorias. Llegado al Palais-Royal, un considerable grupo impedía pasar, y muchos hombres que llevaban hojas verdes en los sombreros gritaban:
—¡A las armas!
Era preciso reconocer si aquellos hombres que obstruían la calle Vivienne eran amigos o enemigos. El verde era el color del conde de Artois. ¿Por qué se ponían aquella especie de escarapelas verdes?
Después de un instante de conferencia, todo se explicó. Al saber la despedida de Necker, un joven había salido del café Foy, y, subiéndose a una mesa, había gritado, enseñando una pistola: —¡A las armas!
Al oír este grito, todos los que se paseaban por allí se habían reunido alrededor de él, gritando: —¡A las armas!
Ya hemos dicho que todos los regimientos extranjeros estaban concentrados alrededor de París; de modo que aquello parecía una invasión austriaca: los nombres de estos regimientos eran discordantes para los oídos franceses: titulábanse Reynac, Salis Samade, Diesbach, Esterhazy y Rcemer; y bastaba nombrarlos para que la multitud comprendiera que eran enemigos. El joven citó sus nombres, anunciando que los suizos, acampados en los Campos Elíseos con cuatro cañones, debían entrar aquella misma noche en París, precedidos de los dragones del príncipe de Lambesq. En su consecuencia, propuso una escarapela nueva que no fuese la de ellos, arrancando una hoja de un castaño para ponerla en su sombrero. En el mismo instante, todos los presentes le habían imitado, y, en diez minutos, tres mil personas despojaron de su follaje los árboles del Palais-Royal.
Por la mañana, el nombre del joven era ignorado; por la noche, estaba en todas las bocas.
Aquel joven se llamaba Camilo Desmoulins. Todos se reconocieron, fraternizaron y abrazáronse; después de lo cual, el cortejo continuó su marcha.
Durante aquel momento de parada, la curiosidad de los que nada podían ver, ni aun empinándose, aumentó más la ya pesada carga de *Margot;* pues varios hombres se colgaron de las bridas y de la silla, izándose otros en los estribos; de

modo que, en el momento de continuar la marcha, el pobre cuadrúpedo estaba completamente agobiado bajo el enorme peso.
En la esquina de la calle de RichEliasu, Billot volvió la cabeza para mirar: *Margot* había desaparecido.
Entonces dejó escapar un suspiro, dirigido a la memoria del desgraciado animal; y, reuniendo todas las fuerzas de su voz, llamó tres veces a Pitou, como lo hacían los romanos en los funerales de sus parientes; le pareció oír en el centro de la multitud una voz que le contestaba; pero esta voz se perdía en los confusos clamores que se elevaban al cielo, muchos de ellos amenazadores. El cortejo avanzaba siempre.
Todas las tiendas se habían cerrado; pero todas las ventanas estaban abiertas, y de ellas salían gritos de estímulo que llegaban hasta los paseantes, poseídos de embriaguez. Así se llegó hasta la plaza de Vendóme. Pero aquí, el cortejo debió detenerse por un obstáculo imprevisto.
Semejante a esos troncos de árboles que las hondas de un río desbordado arrastran, y que, encontrándose con el poste de un puente, saltan hacia atrás sobre los restos que les siguen, el ejército popular se halló ante un destacamento del Real Alemán en la plaza de Vendóme.
Aquellos soldados extranjeros eran dragones, que al ver la inundación que ascendía por la calle de San Honorato y que comenzaba a desbordarse en la plaza de Vendóme, dieron rienda suelta a sus caballos, que, impacientes por haber permanecido allí cinco horas, partieron a escape, cargando sobre el pueblo.
Los portadores del ataúd, recibiendo el primer choque, fueron derribados bajo el peso que conducían. Un saboyano, que iba delante de Billot, fue el primero que se puso en pie, levantó la efigie del duque de Orleans, y, sujetándola en la extremidad de un palo, elevóla sobre su cabeza, gritando:
—¡Viva el duque de Orleans! ¡Viva Necker!
El buen hombre no había visto jamás al duque, ni conocía tampoco a Necker.
Billot se disponía a recoger a su vez el busto del ministro; pero alguno se le adelantó: un joven de veinticuatro a veinticinco años, vestido con bastante elegancia para merecer el nombre de currutaco, había seguido el busto con la vista, lo cual le era más fácil que a Billot que le llevaba, y, apenas hubo caído en tierra, precipitóse para cogerle.
El labrador le buscó, por lo tanto, inútilmente; el busto de Necker estaba ya en una especie de una punta de pica, y próximo al del duque de Orleans, atraía a su alrededor una buena parte del cortejo.
De improviso, un resplandor ilumina la plaza; óyese una descarga en el mismo instante; las balas silban; alguna cosa dura toca a Billot en la frente, y cae: al pronto se cree muerto.
Pero como el conocimiento no lo abandona, como, prescindiendo de un dolor agudo en la cabeza no siente ningún mal, el labrador comprende que tan sólo puede estar herido; se aplica la mano a la frente para asegurarse de la gravedad del daño, y ve que tan sólo tiene una contusión en la cabeza, aunque sus manos están manchadas de sangre.
El joven elegante que precedía a Billot, acababa de recibir un balazo en medio del pecho, y él era quien había muerto, siendo su sangre la que tenía las manos de

Billot. El golpe que recibió fue debido al busto de Necker, que, perdiendo el apoyo, le cayó sobre la cabeza.
Billot profiere un grito a la vez de rabia y de terror, y desvíase del joven que se revuelve en las convulsiones de la agonía; los que le rodean se apartan de él, y el grito que acaba de proferir, repetido por la multitud, se propaga como un eco fúnebre hasta los últimos grupos de la calle de San Honorato.
Aquel grito es una nueva rebelión; se oye una segunda descarga, y, en el mismo instante, profundos huecos abiertos en la multitud señalan el paso de los proyectiles.
Recoger el busto cuya cara está manchada de sangre, elevarle sobre su cabeza, y protestar con su voz varonil, a riesgo de que le maten como al elegante joven que se halla tendido a sus pies, son los actos que la indignación inspira a Billot, y los cuales ejecuta en el primer momento de su entusiasmo.
Pero, en el mismo instante, una mano ancha y vigorosa se apoya en uno de los robustos hombros del labrador, con tal fuerza, que le obliga a doblarse bajo el peso; Billot quiere sustraerse de la presión; mas otra mano, tan pesada como la primera, cae sobre el hombro libre. El labrador se vuelve, poseído de cólera, para ver qué especie de antagonista es aquél.
—¡Pitou! —exclama.
—Sí, sí —contesta el joven—, bájaos un poco y ya veréis.
Y, redoblando sus esfuerzos, Pitou consigue echar a su lado al labrador recalcitrante.
Apenas lo ha conseguido, resuena otra descarga; el saboyano que lleva el busto del duque de Orleans vacila a su vez y queda herido de un balazo en el muslo.
Después se oye el crujido del hierro en el suelo; los dragones cargan por segunda vez; un caballo enloquecido y furioso, como el del Apocalipsis, pasa sobre el infeliz saboyano, que siente el frío de una lanza penetrar en su pecho, y cae sobre Billot y Pitou.
El huracán pasa, llevando hasta el fondo de la calle, donde se abisma, el terror y la muerte; solamente los cadáveres quedan en el suelo; toda la gente huye por las calles adyacentes; las ventanas se cierran, y un silencio lúgubre sucede a los gritos de entusiasmo y a los clamores de cólera.
Billot esperó un instante, siempre sujeto por el prudente Pitou; después, comprendiendo que el peligro se alejaba con el ruido, se incorporó en parte; mientras que el joven, como las liebres en sus madrigueras, comenzaba a levantar, no la cabeza, sino las orejas.
—¿Qué tal, señor Billot? —dijo Pitou—, creo que decíais verdad, y que hemos llegado en el momento oportuno.
—Vamos, ayúdame.
—¿A qué? ¿A salvarnos?
—No, no: El joven elegante ha muerto, pero el pobre saboyano, según creo, no está más que desvanecido. Ayúdame a cargar con él, pues no podemos dejarle aquí para que esos condenados alemanes le rematen.
Billot hacía uso de un lenguaje que no podía menos de enternecer a Pitou, el cual, no teniendo qué contestar, se apresuró a obedecer. Recogió el cuerpo del saboyano, desvanecido y ensangrentado, y le cargó, como hubiera hecho con un

saco de harina, sobre los hombros del robusto labrador, que, viendo la calle de San Honorato libre y desierta, al parecer, tomó con Pitou el camino del Palais-Royal.

## XI

## LA NOCHE DEL 12 AL 13 DE JULIO

La calle había parecido al pronto vacía y desierta a Billot y a Pitou, porque los dragones, alejándose en persecución del grueso de los fugitivos, se dirigían al mercado de San Honorato, diseminándose en las calles de Luis el Grande y de Gaillon; pero, a medida que Billot avanzaba hacia el Palais-Royal, murmurando instintivamente a media voz la palabras venganza, varios hombres aparecieron en las esquinas de las calles y en los umbrales de las puertas cocheras. Al pronto, mudos y espantados, miraban a su alrededor, y, seguros de la ausencia de los dragones, formaron el cortejo de aquella marcha fúnebre, repitiendo a media voz, y al fin a gritos, la palabra ¡venganza!

Pitou iba detrás del labrador, con la gorra del herido en la mano.

Así llegaron, cual fúnebre y espantosa procesión, a la plaza del Palais-Royal, donde todo un pueblo, ebrio de cólera, celebraba consejo, solicitando el apoyo de los soldados franceses contra los extranjeros.

—¿Quiénes son estos hombres que visten uniforme? —preguntó Billot, al llegar frente a una compañía que, con el arma al brazo, ocupaba la plaza del Palais-Royal desde la gran puerta del castillo hasta la calle de Chartres.

—¡Son los guardias franceses! —gritaron varias voces.

—¡Ah! —exclamó Billot, acercándose y mostrando a los soldados el cuerpo del saboyano, que ya no era sino un cadáver—. ¡Ah! ¡Sois franceses y permitís que nos asesinen los alemanes!

A pesar suyo, los guardias franceses hicieron un movimiento hacia atrás.

—¡Muerto! —murmuraron algunas voces en las filas.

—¡Sí, muerto y asesinado, así como otros muchos!

—Y ¿por qué?

—Por los dragones del Real Alemán. ¿No habéis oído los gritos, las detonaciones y el galope de los caballos?

—¡Sí tal, sí tal! —gritaron doscientas o trescientas voces. Se asesinaba al pueblo en la plaza de Vendóme.

—¡Y vosotros sois del pueblo, vive Dios! —gritó Billot dirigiéndose a los soldados. En vosotros es, pues, una cobardía consentir que maten a vuestros hermanos.

—¡Una cobardía! —murmuraron algunas voces amenazadoras en las filas.

—¡Sí... una cobardía! Lo he dicho y lo repito. ¡Vamos, continuó Billot, dando tres pasos hacia el punto de donde habían partido las amenazas; no vayáis a matarme a mí para probar que no sois cobardes!

—¡Pues bien! Eso es bueno... muy bueno —dijo uno de los soldados—, habláis como un valiente, amigo mío; pero sois ciudadano y podéis hacer lo que os plazca; mientras que el militar es soldado y tiene su consigna.

—¡De modo —replicó Billot—, que si recibierais la orden de tirar contra nosotros, es decir, contra hombres sin armas, lo haríais así vosotros, los sucesores

de los hombres de Fontenoy, que daban ventajas a los ingleses, diciéndoles que hiciesen fuego los primeros!
—Yo sé muy bien que no haría fuego —dijo una voz en las filas.
—Ni yo, ni yo —repitieron otras ciento.
—Pues, entonces, impedid a los otros que disparen contra el pueblo —dijo Billot—. Permitir que los alemanes nos asesinen es exactamente lo mismo que si nos matarais vosotros.
—¡Los dragones, los dragones! —gritaron varias voces, al mismo tiempo que la multitud rechazada comenzaba a desbordarse en la plaza, huyendo por la calle de RichEliasu.
Y se oía ya, aunque lejano aún, pero acercándose, el galope de una pesada caballería, que resonaba en el suelo.
—¡A las armas, a las armas! —gritaban los fugitivos.
—¡Mil rayos! —exclamó Billot, dejando en tierra el cuerpo del saboyano que aun llevaba encima—. Dadnos vuestras armas, si no queréis serviros de ellas.
—¡Pues bien, mil rayos! Ya nos serviremos —dijo el soldado a quien Billot se había dirigido, arrancando de manos de éste su fusil, que el labrador había empuñado ya—. ¡Vamos, vamos; el cartucho a los dientes, y si los austriacos dicen alguna cosa a esta buena gente, ya veremos!
—Sí, sí; veremos —gritaron los soldados, llevando la mano a sus cartucheras y el cartucho a la boca.
—¡Oh! —exclamó Billot, golpeando el suelo con el pie—. Cuando pienso que no he traído mi carabina de caza; pero, sin duda, caerá alguno de esos bribones de austriacos y me apoderaré de su arma.
—Entretanto —dijo una voz—, tomad esta carabina, que ya está cargada.
Al mismo tiempo, un hombre desconocido deslizó el arma, que era magnífica, en manos de Billot.
Precisamente en aquel momento los dragones desembocaban en la plaza, arrollando y distribuyendo sablazos sobre todo cuanto encontraban al paso.
El oficial que mandaba los guardias franceses, se adelantó.
—¡Hola, señores dragones! ¡Alto aquí, si os place!
Bien fuera porque los dragones no oían, o porque no quisieran oír, o ya, en fin, por no serles posible refrenar los caballos en su violenta carrera, dieron media vuelta por la plaza y arrollaron a una mujer y un anciano, que desaparecieron bajo los cascos de los caballos.
—¡Fuego, pues! —gritó Billot.
El labrador estaba junto al oficial, y se pudo creer que éste era quien daba la orden; los guardias franceses se llevaron el fusil al hombro e hicieron un fuego tan nutrido, que los dragones se detuvieron de pronto.
—¡Eh, señores guardias! —dijo un oficial alemán, avanzando al frente del escuadrón en desorden—. ¿Sabéis que estáis haciendo fuego contra nosotros?
—¡Pardiez! —exclamó Billot—. ¡Ya lo creo que lo sabemos!
Al pronunciar estas palabras hizo fuego sobre el oficial, que cayó.
Entonces los guardias franceses hicieron una segunda descarga, y los alemanes, viendo que esta vez tenían que habérselas, no ya con ciudadanos que huían al primer sablazo, sino con soldados que les aguardaban a pie firme, volvieron

grupas y dirigiéronse a la plaza de Vendóme, en medio de tan formidable explosión de gritos de triunfo, que muchos caballos se desbocaron y fueron a estrellarse contra las ventanas cerradas.
—¡Vivan los guardias franceses! —gritó el pueblo.
—¡Vivan los soldados de la patria! —gritó Billot.
—¡Gracias! —contestaron los otros—. Hemos visto el fuego y ya estamos bautizados.
—Y yo también he visto el fuego —dijo Pitou.
—¿Y qué? —preguntó Billot.
—Pues me parece que no es cosa tan terrible como yo me figuraba.
—Ahora —dijo Billot, que había tenido tiempo de examinar la carabina y de reconocer un arma de gran precio—, sepamos a quién pertenece esto.
—A mi amo —contestó la misma voz que había hablado ya detrás de él—, pero a mi amo le parece que sabéis usarla demasiado bien para no regalárosla.
Billot se volvió y vio un caballerizo con la librea del duque de Orleans.
—¿Dónde está vuestro amo? —preguntó.
El caballerizo señaló una ventana entreabierta, detrás de la cual el príncipe acababa de ver cuanto había pasado.
—¿Está, pues, vuestro amo con nosotros? —preguntó Billot.
—De todo corazón con el pueblo —contestó el caballerizo.
—En tal caso, diré una vez más ¡viva el duque de Orleans! —gritó Billot—. ¡Amigos míos —añadió—, el duque de Orleans está por nosotros! ¡Viva el duque!
Mostró la persiana, detrás de la cual se mantenía el príncipe.
Entonces la persiana se abrió del todo, y el duque de Orleans saludó tres veces.
Después se cerró de nuevo.
Por breve que hubiera sido la aparición, llevó el entusiasmo a su colmo.
—¡Viva el duque de Orleans! —gritaron dos o tres mil voces.
—¡Derribemos las puertas de los armeros! —dijo una voz en la multitud.
—¡Corramos a los Inválidos! —gritaron algunos viejos veteranos—. Sombreuil tiene veinte mil fusiles.
—¡A los Inválidos!
—¡A la Casa Ayuntamiento! —exclamaron algunos—. El preboste de los mercaderes, Flesselles, tiene las llaves del depósito de armas de los guardias, y nos las dará.
—¡A la Casa Ayuntamiento! —repitieron muchos de los asistentes.
Y todo el mundo marchó en las tres direcciones que se habían indicado.
Durante este tiempo, los dragones se habían reunido alrededor del barón de Bezenval y del príncipe de Lambesq en la plaza de Luis XV.
No sabían esto Billot y Pitou, los cuales no habían seguido a ninguno de los tres grupos de hombres, y que se hallaban casi solos en la plaza del Palais-Royal.
—Y bien, querido señor Billot —preguntó Pitou—, ¿adonde vamos?
—¡Diantre! —contestó el labrador—. Bien hubiera querido seguir a esa buena gente, no a casa de los armeros, puesto que tengo una hermosa carabina, sino a la Casa Ayuntamiento o a los Inválidos; pero habiendo venido a París, no para batirme, sino para averiguar las señas del señor Gilberto, me parece que debería

ir al colegio de Luis el Grande, donde se halla su hijo, lo cual no impedirá que después de ver al doctor tome parte otra vez en el movimiento.
Y los ojos de Billot brillaban de entusiasmo.
—Ir desde luego al colegio de Luis el Grande me parece cosa lógica, ya que hemos venido a París para esto —dijo Pitou sentenciosamente.
—Coge un fusil, un sable o un arma cualquiera de uno de esos pobres diablos que están tendidos en tierra allí abajo —dijo Billot señalando uno de los cinco o seis dragones que habían caído—, y vamos al punto al colegio de Luis el Grande.
—Pero esas armas —dijo Pitou vacilando—, no son mías.
—Pues ¿de quién son? —preguntó Billot.
—Pertenecen al rey.
—Son del pueblo —repuso Billot.
Entonces Pitou, tranquilizado por la aprobación del labrador, a quien consideraba como hombre incapaz de perjudicar a su vecino ni en un grano de mijo, se aproximó con toda especie de precauciones al dragón que se hallaba más cerca de él, y, después de asegurarse de que estaba bien muerto, le cogió su sable, su mosquete y su cartuchera.
Pitou tenía buenos deseos de cogerle también su casco; pero no estaba seguro de que lo dicho por Billot respecto a las armas ofensivas se refiriese también a las defensivas.
Y, mientras se armaba, Pitou aplicó el oído por el lado de la plaza de Vendóme.
—¡Oh, oh! Me parece que el Real Alemán vuelve.
En efecto: oíase rumor de caballería que regresaba al paso. Pitou se inclinó hacia el ángulo del café de la Regencia, y pudo ver, en efecto, a la altura del mercado de San Honorato, una patrulla de dragones que avanzaban con la culata del mosquete apoyada en el suelo.
—¡Pronto, pronto! —dijo Pitou—. ¡Ya vuelven!
Billot dirigió una mirada en torno suyo para ver si había medio de oponer resistencia; pero la plaza estaba casi solitaria.
—Vamos al colegio de Luis el Grande —contestó.
Y dirigióse por la calle de Chartres, seguido de Pitou, que, ignorando el uso del portamosquete sujeto a la cintura, arrastraba su gran sable.
—¡Mil rayos! —gritó Billot mirando a Pitou—. Pareces un vendedor de hierro viejo. Engancha esa lata.
—¿Dónde? —preguntó Pitou.
—¡Pardiez, aquí!
Y suspendió el sable de Pitou de su cinturón, lo cual permitió a éste andar con una ligereza que no hubiera podido esperar sin aquel expediente.
El camino se recorrió sin obstáculo hasta la plaza de Luis XV; pero aquí Billot y Pitou encontraron la columna que iba a los Inválidos y que se vio detenida de pronto.
—¿Qué hay? —preguntó Billot—. ¿Qué ocurre?
—Que no se pasa por el puente de Luis XV.
—¿Y por los muelles?
—Tampoco.
—¿Y por los Campos Elíseos?

—Menos.
—Pues, entonces, retrocedamos, a fin de pasar por el puente de las Tullerías.
La proposición era muy sencilla, y la multitud, siguiendo a Billot, demostró que estaba dispuesta a seguir su consejo; pero de pronto se vieron brillar sables a mitad del camino, en dirección a las Tullerías, y el muelle estaba ocupado por un escuadrón de dragones.
—¡Pero esos malditos soldados están en todas partes! —murmuró el labrador.
—Oíd, querido señor Billot —dijo Pitou—: me parece que ahora estamos cogidos.
—¡Bah! —exclamó Billot—. No se cogen cinco o seis mil hombres, y nosotros no componemos menos de este número.
Los dragones del muelle avanzaban con lentitud, es verdad, casi, al paso; pero avanzaban de una manera visible. —Nos queda la calle Real —dijo Billot—.Ven por aquí, Pitou.
El joven siguió al labrador como su sombra. Pero una línea de soldados cerraba la calle a la altura de la Puerta de San Honorato.
—¡Ah, ah! —murmuró Billot—. Podría ser que tuvieras razón, amigo Pitou.
—¡Hum! se limitó a contestar él joven. Pero esta sola palabra expresaba, por la manera de pronunciarla, todo el sentimiento de Pitou por no haberse engañado. La multitud, con sus agitaciones y clamores, demostraba que no era menos sensible que el labrador y su acompañante a la situación en que se encontraba.
En efecto, por una hábil maniobra, el príncipe de Lambesq acababa de cercar a curiosos y rebeldes, en número de cinco o seis mil, y cerrando el puente de Luis XV, los muelles, los Campos Elíseos, la calle Real y los Feuillans, los tenía acorralados por un gran arco de hierro, cuya cuerda se representaba por el muro del jardín de las Tullerías, difícil de escalar, y la verja del Pont-Tournant, casi imposible de forzar.
Billot juzgó la situación, que no tenía nada de buena; pero como era hombre sereno, frío y fecundo en recursos en el peligro, miró a su alrededor y vio un montón de restos de madera a la orilla del río.
—Me ocurre una idea —dijo a Pitou—. Sígueme.
Pitou obedeció, sin preguntar al labrador cuál era su idea.
Billot se adelantó hacia el montón y empuñó una viga, contentándose con decir a Pitou que le ayudase.
El joven, por su parte, se limitó a prestar auxilio al labrador sin preguntarle en qué; pero poco le importaba, pues tenía tal confianza en Billot que hubiera bajado con él a los infiernos sin observar siquiera que la escalera le parecía larga y la cueva profunda.
El padre Billot había cogido la viga por una extremidad, y Pitou la sostuvo por la otra.
Los dos ganaron el muelle, llevando un peso que cinco o seis hombres de fuerza ordinaria apenas hubieran podido levantar.
La fuerza es siempre objeto de admiración para la multitud, y, por mucha prisa que tuviese, se apartó ante Billot y el joven.
Después, como todos comprendiesen que la maniobra que se ejecutaba era de interés general, algunos hombres marcharon delante de Billot, gritando:

—¡Paso, paso!
—Decid, padre Billot —preguntó a poco Pitou-, ¿vamos muy lejos así?
—Hasta la verja de las Tullerías.
—¡Oh, oh! —exclamó la multitud, comprendiendo al fin.
Y  se apartó, con más viveza aun que antes.
Pitou miró y pudo ver que desde el sitio donde se hallaba hasta la verja no habían más de unos treinta pasos.
—¡Iré! —dijo con la brevedad de un pitagórico.
La tarea fue tanto más fácil para Pitou, cuanto que cinco o seis hombres de los más vigorosos ayudaron a llevar el peso, de lo cual resultó una celeridad notable en la marcha.
A los cinco minutos se había llegado a la verja.
—Vamos —dijo Billot—, haya unión.
—Bueno —repuso Pitou—, ya comprendo; acabamos de hacer una máquina de guerra. Los romanos llamaban a esto un ariete.
Y la viga, puesta en movimiento, chocó contra la cerradura de la verja, dando un golpe terrible.
Los soldados que montaban la guardia en el interior de las Tullerías acudieron para oponerse a la invasión; pero al tercer golpe la puerta cedió, girando violentamente sobre sus goznes, y por aquel boquete abierto precipitóse la multitud.
Por el movimiento que se hizo, el príncipe de Lambesq echó de ver que se había dejado una salida a los que él creía sus prisioneros; la cólera se apoderó de él e hizo dar un salto a su caballo hacia adelante, a fin de juzgar mejor de la situación.
Los dragones, que estaban escalonados detrás de su jefe, creyeron que se les daba la orden de cargar y le siguieron; los caballos, enardecidos ya, no pudieron moderar su carrera y los soldados, que deseaban tomar el desquite de su descalabro de la plaza del Palais-Royal, no trataron probablemente de contenerlos.
El príncipe, viendo que le sería imposible reprimir el movimiento, se dejó llevar, y un clamor angustioso, proferido por las mujeres y los niños, se elevó al cielo para pedir venganza a Dios.
En medio de la oscuridad se produjo una escena espantosa: aquellos a quienes se cargaba se volvían locos de dolor, y los dragones locos de cólera.
Entonces se organizó una especie de defensa desde lo alto de los terrados, y las sillas volaron sobre los dragones. El príncipe de Lambesq, tocado en la cabeza, contestó con un sablazo, sin pensar que hería a un inocente en vez de castigar un culpable, y un anciano de setenta años cayó en tierra.
Billot lo vio y profirió un grito.
Al mismo tiempo apuntó su carabina; un surco de fuego atravesó la oscuridad, y el príncipe hubiera muerto si no hubiese tenido la suerte de que su caballo se encabritara en el mismo instante.
El caballo recibió la bala en el cuello y cayó.
Creyendo muerto al príncipe, los dragones se precipitaron en las Tullerías, persiguiendo a los fugitivos a pistoletazos.

Pero teniendo ahora aquéllos considerables espacio para huir, se diseminaron bajo los árboles.
Billot volvió a cargar tranquilamente su carabina.
—A fe mía que tenías razón, Pitou —dijo—. Creo que hemos llegado a tiempo.
—¡Si yo fuera valiente! —dijo Pitou, descargando su mosquete en lo más compacto de los dragones—. Me parece que no es tan difícil como yo creía.
—Sí —repuso Billot—; pero valor inútil no es valor. Ven por aquí, Pitou, y ten cuidado de no enredarte las piernas con el sable.
—Esperadme, querido señor Billot —contestó el joven—, porque si os perdiese no sabría dónde ir, pues no conozco París como vos, atendido que nunca estuve aquí.
—Ven, ven —dijo Billot, dirigiéndose por el terraplén de la orilla del agua hasta que hubo pasado de la línea de tropas que avanzaban por los muelles, esta vez tan rápidamente como les era posible, para prestar auxilio, en caso necesario, a los dragones del príncipe de Lambesq.
Llegado a la extremidad del terraplén, Billot, sentándose sobre el parapeto, saltó al muelle.
Pitou hizo otro tanto.

## XII

## LO QUE SUCEDÍA EN LA NOCHE DEL 12 AL 13 DE JULIO DE 1789

Una vez en el muelle, los dos provincianos, viendo brillar en el puente de las Tullerías las armas de una nueva tropa que, según toda probabilidad, no era de amigos, se deslizaron hasta la extremidad de aquél, encaminándose después a lo largo de la orilla del Sena.

Las once daban en el reloj de las Tullerías.

Una vez llegados bajo los árboles que flanquean el río, hermosos álamos blancos que humedecían su pie en el agua, y perdidos bajo la oscuridad de su follaje, el labrador y Pitou se echaron sobre el césped para celebrar consejo.

Tratábase de saber si convenía quedarse donde estaban, es decir, seguros, o poco menos, o si sería mejor lanzarse otra vez en medio del tumulto, que al parecer duraría una parte de la noche.

Enunciada esta cuestión por Billot, el labrador esperó la contestación de su compañero.

Pitou merecía ahora mucha consideración en el ánimo de Billot, en primer lugar, por la habilidad de que había dado prueba la víspera, y después por el valor que había demostrado durante la noche. Pitou comprendía esto instintivamente; pero en vez de enorgullecerse estaba más agradecido al buen labrador, pues el joven era naturalmente humilde.

—Señor Billot —dijo—, evidentemente, sois más intrépido, y yo menos cobarde de lo que creía. Horacio, que, sin embargo, era un hombre muy diferente de nosotros, por lo menos en cuanto se refiere a la poesía, arrojó sus armas y huyó al primer choque. Yo tengo mi mosquete, mi cartuchera y mi sable, y esto prueba que soy más valeroso que Horacio.

—Y bien; ¿qué quieres decir? —replicó él labrador.

—Sencillamente, querido señor Billot, que el hombre más intrépido puede morir de un balazo.

—¿Qué más?

—Helo aquí: según habéis anunciado al salir de la granja, vuestra venida a París tenía un objeto importante...

—¡Rayo del cielo! Es verdad... el cofrecillo.

—Y ¿habéis venido solamente para eso, sí o no?

—Sí: he venido por el cofrecillo, y no para ninguna otra cosa.

—Si os dejáis matar de un balazo, el asunto que os ha traído aquí no se evacuará.

—En verdad que tienes razón, Pitou.

—¿Oís desde aquí cómo gritan? —continuó el joven con más animación—. La madera se desgarra como papel, y el hierro se retuerce como cáñamo.

—Es que el pueblo está encolerizado, Pitou.

—Pero me parece —se aventuró a contestar Pitou—, que el rey no lo está menos.

—¿Cómo el rey?

—Sin duda. Los austriacos, los alemanes y los *kaiserlicks*, como los llamáis, son los soldados del rey, y en tal caso, si cargan sobre el pueblo, será porque el rey se

lo manda. Y si el soberano da semejantes órdenes, preciso es que esté encolerizado también.
—Tienes razón y te engañas al mismo tiempo, Pitou.
—Esto no me parece posible, querido señor Billot, y me atrevo a decir que si hubierais estudiado lógica no aventuraríais semejante paradoja.
—Tienes razón y te engañas, Pitou, y ahora vas a comprender cómo.
—No deseo otra cosa; pero dudo.
—Pues mira, Pitou: has de saber que en la corte hay dos partidos: el del rey, que ama al pueblo, y el de la reina, que ama a los austriacos.
—Es porque el rey es francés y la reina austriaca —contestó filosóficamente Pitou.
—¡Espera! Con el rey están Turgot y Necker; con la reina, Breteuil y los Polignac; y el rey no es el amo, puesto que se ve en la precisión de despedir a Turgot y a Necker; de modo que la reina es quien manda, es decir, los Breteuil y los Polignac. He aquí por qué todo va mal, Pitou, y todo viene de madame Déficit; la señora está encolerizada y las tropas cargan en su nombre; los austriacos defienden a la austriaca y esto es muy natural.
—Dispénseme, señor Billot —dijo Pitou—; pero *déficit* es una palabra latina que significa *falta*. ¿Qué falta, pues?
—¡El dinero, vive Dios! Y porque los favoritos de la reina se han comido este dinero que falta, se ha dado en llamar a la reina madame Déficit. De aquí resulta que no es el rey quien está encolerizado, sino la reina; el soberano está solamente irritado de que todo vaya tan mal.
—Ya comprendo —dijo Pitou—; pero volvamos al cofrecillo.
—¡Es verdad, es verdad! Esa maldita política me lleva siempre más lejos de lo que yo quisiera ir. Sí, el cofrecillo ante todo: tienes razón, Pitou. Cuando haya visto al doctor Gilberto, volveremos a la política. Ese es un deber sagrado.
—No hay nada más sagrado que los deberes que lo son —dijo Pitou.
—Pues vamos al colegio de Luis el Grande, donde está Sebastián Gilberto —dijo Billot.
—Vamos —contestó Pitou, suspirando, porque le era preciso abandonar un lecho de blando césped, al que se acostumbraba ya.
Además, a pesar de la terrible sobreexcitación de la noche, el sueño, huésped asiduo de las conciencias puras y de los riñones cansados, se apoderaba ya del virtuoso y del rendido Ángel Pitou.
Billot se había levantado ya, y Pitou se levantaba cuando el reloj dio la media.
—Pero me ocurre —dijo Billot—, que a las once y media estará, sin duda, cerrado el colegio de Luis el Grande.
—Seguramente —contestó Pitou.
—Y, además, se puede caer en una emboscada. Me parece ver dos hogueras de vivac pon la parte del Palacio de Justicia, y es posible que me detengan o me maten. Tienes razón, Pitou: se debe evitar una cosa y otra.
Era la tercera vez, desde la mañana, que Billot hacía resonar a los oídos de Pitou estas dos palabras tan lisonjeras para el orgullo humano:
—Tienes razón.
Pitou pensó que lo que podía hacer era repetir las palabras de Billot.

—Tenéis razón —dijo, echándose sobre el césped—: es preciso que no os maten, querido señor Billot.
El fin de esta frase se extinguió en el gaznate de Pitou. *Vox faucibus hoesit,* hubiera podido decir si hubiese estado despierto; pero ya dormía.
Billot no lo echó de ver.
—¡Una idea! —exclamó.
—¡Ah! —murmuró Pitou dejando oír un ronquido.
—Escúchame, tengo una idea; a pesar de todas mis precauciones, podrían matarme de cerca o de lejos, tal vez sin darme tiempo para hablar; y, por si esto sucediese, es preciso que sepas lo que debes decir en mi nombre al doctor Gilberto, pero sé mudo, Pitou.
Pitou no oía, y de consiguiente no contestó.
—Si quedase mortalmente herido y no pudiera llevar a cabo la misión que me impongo, irías a buscar al doctor Gilberto y a decirle... ¿me oyes bien, Pitou? —preguntó el labrador, inclinándose sobre el joven—, para decirle... ¡Ah! El desgraciado está durmiendo —exclamó.
Toda la exaltación de Billot se desvaneció ante el sueño de Pitou.
—Pues durmamos —dijo.
Y se tumbó junto a su compañero sin murmurar mucho, pues por acostumbrado que el labrador estuviese a la fatiga, las carreras del día y los acontecimientos de la noche no dejaban de tener para él una fuerza soporífera.
Y amaneció al cabo de tres horas de sueño, o más bien de letargo.
Cuando abrieron los ojos, París no había perdido nada del aspecto terrible que habían visto la víspera, sólo que había más soldados y más pueblo por todas partes.
El pueblo se armaba de picas fabricadas apresuradamente, fusiles de los que no sabían servirse los más, y armas magníficas de otra época, cuyos adornos de oro, de marfil y de nácar admiraban sus portadores, sin comprender el uso ni el mecanismo.
Poco después de la retirada de los soldados, se había saqueado el Guarda-Mueble; y el pueblo rodaba hacia la Casa Ayuntamiento dos pequeños cañones.
Oíanse los tañidos de la campana de alarma en Nuestra Señora, en la Casa Ayuntamiento y en todas las parroquias, y veíase salir, sin saber de dónde, como si surgieran de la tierra, legiones de hombres y de mujeres, pálidos, flacos y desnudos, que la víspera gritaban: *¡Pan!* y que hoy pedían armas.
Nada era tan lúgubre como aquellos grupos, de espectros que desde hacía un mes o dos llegaban de la provincia, y, franqueando las barreras silenciosamente, iban a instalarse después en París, tan hambriento como ellos.
Aquel día, toda Francia, representada en París por los hambrientos de cada provincia, gritaba a su rey:
—¡Danos la libertad! Y a su Dios: —¡Aplacad nuestra hambre!
Billot fue el primero que estuvo en pie, despertó a Pitou, y ambos se encaminaron hacia el colegio de Luis el Grande, mirando en torno suyo, estremeciéndose y espantados de aquellas sangrientas miserias.
A medida que avanzaban hacia lo que llamamos hoy el barrio latino, a medida que remontaban la calle de la Harpe, y a medida, en fin, que penetraban en la

calle Saint-Jackes, veían, como en tiempo de la Fronda, elevarse barricadas. Las mujeres y los niños transportaban a los pisos superiores grandes libros, muebles pesados, y precisos mármoles, que se trataba de arrojar sobre los soldados extranjeros, en el caso de que osaran aventurarse en las calles tortuosas y estrechas del antiguo París.
De vez en cuando, Billot veía uno o dos guardias franceses formando el centro de algún grupo, el cual organizaban, enseñándole con maravillosa rapidez el manejo del fusil, ejercicio que las mujeres y los niños observaban con curiosidad y casi con el deseo de aprender ellos también.
Billot y Pitou encontraron el colegio de Luis el Grande en rebelión: los escolares se habían sublevado, expulsando a sus maestros; y en el instante en que el labrador y Pitou llegaban ante la verja, los escolares la sitiaban, profiriendo amenazas, a las que el director respondía con lágrimas de espanto.
El labrador miró un momento aquella revolución intestina, y de repente preguntó, con voz de trueno:
—¿Quién de vosotros se llama Sebastián Gilberto?
—Yo —contestó un joven de quince años, de una belleza casi femenina y que con ayuda de tres o cuatro de sus compañeros sostenía una escala para franquear el muro, después de haber visto que no podía forzar la verja.
—Acércate aquí, hijo mío —dijo el labrador.
—¿Qué se os ofrece? —preguntó el joven a Billot.
—¿Deseáis llevárosle? —preguntó el director, espantado a la vista de aquellos dos hombres armados, uno de los cuales, el que había dirigido la palabra al joven Gilberto, estaba cubierto de sangre.
El niño, por su parte, miraba aquellos dos hombres con asombro, tratando, aunque en vano, de reconocer a su hermano de leche Pitou, que había crecido desmesuradamente desde que los dos muchachos debieron separarse, y estaba de todo punto desconocido bajo su aparato guerrero.
—¡Llevármele —exclamó Billot—, llevarme al hijo del señor Gilberto! ¡Conducirle yo a esa revuelta y exponerle a recibir algún mal golpe! ¡Oh! De ningún modo.
—¿Lo estáis viendo, Sebastián? —dijo el director—. ¿No veis, niño rabioso, que ni siquiera vuestros amigos quieren recibiros? Estos señores no son, al parecer, otra cosa. ¡Veamos, señoritos, jóvenes discípulos, hijos míos —exclamó el pobre director—, obedecedme: yo os lo mando y os lo suplico al mismo tiempo!
—*Oro obtestorque* —dijo Pitou.
—Caballero —dijo el joven Gilberto con una firmeza extraordinaria para un niño de su edad—, retened a mis compañeros si os parece conveniente; pero yo, entiéndalo bien, quiero salir.
Y el muchacho hizo un movimiento hacia la verja; pero su maestro le cogió de un brazo.
El joven Gilberto, sacudiendo sus hermosos cabellos castaños sobre su frente pálida, replicó al punto:
—¡Caballero, cuidado con lo que hacéis, porque yo no estoy en el caso de los demás: han detenido a mi padre, que se halla preso y en poder de los tiranos!

—¡En poder de los tiranos! —gritó Billot—. Habla, hijo mío. ¿Qué quieres decir?
—¡Sí, sí! —exclamaron los muchachos—. Sebastián tiene razón; se ha detenido a su padre; y como el pueblo acaba de abrir las prisiones, nuestro compañero quiere que también se le deje en libertad.
—¡Oh, oh! —exclamó el labrador, sacudiendo la verja con su brazo de Hércules—. ¡Conque han detenido al doctor Gilberto! ¡Pardiez, mi pequeña Catalina tenía razón!
—Sí, caballero —continuó el joven Gilberto—; han detenido a mi padre, y por eso quiero huir, por eso ansío empuñar un arma, por eso quiero ir a batirme hasta que haya librado a mi padre.
Estas palabras fueron acompañadas y sostenidas por cien voces furibundas, que gritaban en todos los tonos:
—¡Armas, armas! ¡Que nos den armas!
Al oír estos gritos, la multitud que se había reunido en la calle, animada a su vez de heroicos ardimientos, se precipitó sobre la verja para dar libertad a los colegiales.
El director se dejó caer de rodillas entre los escolares y los invasores, y pasó su brazo suplicante a través de la verja.
—¡Oh amigos míos! —exclamaba—. Respetad a estos muchachos.
—¡Ya lo creo que los respetaremos! —dijo un guardia francés—. Son muy graciosos, y harán el ejercicio como ángeles!
—Amigos míos —repuso el director—, estos niños son un depósito que sus padres me han confiado, y yo respondo de ellos; sus padres cuentan conmigo, y les debo mi vida; pero, en nombre del cielo, no os los llevéis.
Varios silbidos que partían del fondo de la calle, es decir; de los últimos individuos de la multitud, acogieron sus dolorosas súplicas.
Billot se precipitó a su vez, y oponiéndose a los guardias franceses, a la multitud y a los mismos escolares, gritó:
—Tiene razón, es un depósito sagrado. ¡Que se batan hombres y que se maten, rayo del cielo; pero que vivan los niños, porque se necesita la simiente para el porvenir!
Un murmullo de desaprobación acogió estas palabras.
—¿Quién murmura? —gritó Billot—. Seguramente no será un padre; pero al que os habla le mataron ayer dos hombres en los brazos, y he aquí su sangre en mi camisa. ¡Mirad!
Y mostró su casaca y su camisa ensangrentadas, con un movimiento de grandeza que electrizó a los presentes.
—Ayer continuó el labrador—, me batí en el Palais-Royal y en las Tullerías, y este mozo que me acompaña se batió también. No tiene padre ni madre, pero, aun muy joven, es casi un hombre.
Y mostró a Pitou, que se enorgullecía.
—Hoy —continuó Billot—, me batiré de nuevo; pero que nadie venga a decirme que los parisienses no eran bastante fuertes contra los soldados extranjeros, y que debieron llamar a los muchachos en su auxilio.

—Sí, sí! —gritaron por todas partes voces de mujeres y de soldados—. Tiene mucha razón. ¡Entrad, entrad!
—¡Oh! ¡Gracias, gracias! —murmuró el director, tratando de coger las manos de Billot a través de la verja.
—Y, sobre todo, guardad a Sebastián —añadió el labrador.
—¡Guardarme a mí! Pues bien: ¡yo digo que no me guardarán! —exclamó el joven, lívido de cólera, agitándose entre las manos de los dependientes que se lo llevaban.
—Dejadme entrar —dijo Billot—; yo me encargo de calmarle.
La multitud se apartó, y el labrador, tirando de su compañero, penetró en el patio del colegio.
Tres o cuatro guardias franceses y una docena de funcionarios guardaban ya las puertas, cerrando toda salida a los jóvenes insurgentes.
Billot se fue derecho a Sebastián, y, tomando entre sus manos gruesas y callosas, las blancas y finas manos del muchacho, le preguntó:
—¿No me reconoces, Sebastián?
—No.
—Soy Billot, arrendatario de tu padre.
—Ya os reconozco, señor.
—Y ese joven —continuó Billot, mostrando a su compañero—, ¿no le conoces?
—Es Ángel Pitou —dijo el muchacho.
—Sí, Sebastián —contestó el joven; yo soy.
Y Pitou se precipitó, llorando de alegría, al cuello de su hermano de leche y de su compañero de estudios.
—Y bien —dijo Sebastián sin cambiar de expresión—, ¿qué más hay?
—Pues... quiero decirte que, si han cogido a tu padre, yo te le devolveré: entiéndelo bien.
—¿Vos?
—¡Sí, yo, yo! Y todos los que ves allí fuera. ¡Qué diablo! Ayer tuvimos que habérnoslas con los austriacos, y hemos visto sus cartucheras.
—La prueba es que yo tengo una —dijo Pitou.
—¿No es verdad que libraremos a su padre?—preguntó Billot dirigiéndose a la multitud.
—¡Sí, sí, gritaron todos; le pondremos en libertad!
Sebastián movió la cabeza.
—Mi padre está en la Bastilla —dijo con expresión melancólica.
—¿Y qué? —preguntó Billot.
—¡Que no se toma la Bastilla! —contestó el niño.
—Pues, entonces, ¿qué pensabas tú hacer si tienes esa convicción?
—Quería ir al sitio; se batirán allí, y tal vez mi padre me hubiera visto a través de los barrotes de su ventana.
—¡Imposible!
—¡Imposible! Y ¿por qué no? Cierto día, paseándome con los compañeros de colegio, vi la cabeza de un prisionero. Si en su lugar hubiese visto a mi padre, le habría reconocido y gritado: «¡Puedes estar tranquilo, padre mío, que yo te amo!»

—¿Y si los soldados de la Bastilla te hubiesen muerto?
—Pues bien: ¡habría caído a la vista de mi padre!
—¡Voto a todos los diablos! Eres un mal muchacho, Sebastián. ¡Dejarte matar a la vista de tu padre y hacerle morir de pena en su jaula, él, que no tiene más que tú en el mundo y que tanto te ama! Decididamente que eres un muchacho de mal corazón, Gilberto.
Y el labrador rechazó al niño.
—¡Sí, sí, de mal corazón! —exclamó Pitou, vertiendo lágrimas.
Sebastián no contestó.
Y mientras que meditaba con expresión sombría, Billot pudo admirar su blanco y anacarado rostro, los ojos de fuego, la boca irónica y fina, la nariz aguileña y la barba muy marcada, que revelaban a la vez nobleza de alma y nobleza de sangre.
—Y ¿dices que tu padre está en la Bastilla? —preguntó al fin, el labrador.
—Sí.
—Y ¿por qué?
—Porque mi padre es amigo de Lafayette y de Washington; porque mi padre ha combatido con la espada por la independencia de América, y con la pluma, por la de Francia; porque mi padre es conocido en ambos mundos como enemigo de la tiranía; y porque ha maldecido la Bastilla, donde los otros sufren... Después le encerraron en ella.
—¿Cuándo?
—Seis días hace.
—Y ¿dónde le han detenido?
—En el Havre, cuando acababa de desembarcar.
—¿Cómo lo sabes?
—He recibido una carta de él.
—¿Fechada en el Havre?
—Sí.
—Y ¿le detuvieron en el mismo Havre?
—En Lillebonne.
—Veamos, muchacho, no pongas mala cara, y dame todos los detalles que conozcas. Te juro que dejaré mis huesos en la plaza de la Bastilla, o que volverás a ver a tu padre.
Sebastián miró al labrador, y, viendo que parecía hablar sinceramente, se dulcificó.
—Pues bien —dijo—; le cogieron en Lillebonne, y tuvo tiempo de escribir, con lápiz, estas palabras en un libro:

«Sebastián: me detienen para conducirme a la Bastilla «Paciencia; espera y trabaja.
«Lillebonne, 7 de julio de 1789.»
«P. S. Me han detenido por causa de la libertad.
«Tengo un hijo en el colegio de Luis el Grande, en París. Se ruega al que encuentre este libro, en nombre de la humanidad, que le envíe a mi hijo, cuyo nombre es Sebastián Gilberto.»

—¿Y ese libro? —preguntó Billot palpitante de emoción.
—Ese libro, mi padre puso en él una moneda de oro, lo ató con un cordón y lo arrojó por la ventana.
—¿Y...?
—Y el cura de la ciudad lo encontró; eligió entre sus feligreses un vigoroso joven y le dijo: «Deja doce francos a tu familia, que no tiene pan, y con los restantes ve a llevar este libro a París, a un pobre niño a cuyo padre han detenido porque ama demasiado al pueblo.»
—El joven llegó ayer a mediodía, y me ha entregado el libro de mi padre. He aquí por qué medio he llegado a saber que le han detenido.
—¡Vamos, vamos! —dijo Billot—. Esto me reconcilia un poco con los curas; mas, por desgracia, no todos son como él. Y ¿dónde está ese valeroso joven?
—Marchó anoche, y espera llevar cinco libras a su familia, de las doce que le dieron para el viaje.
—¡Bravo, bravo! —exclamó Billot, llorando de alegría—. ¡Oh pueblo! En ti hay mucho de bueno; créelo, Gilberto.
—Ahora, ya lo sabéis todo —dijo el niño.
—Sí.
—Me habéis prometido devolverme a mi padre si yo hablaba; acabo de hacerlo; pensad en vuestra promesa.
—Ya te he dicho que le salvaré o que me matarán; y ahora enséñame el libro —dijo Billot.
—Hele aquí —contestó Gilberto, sacando de su faltriquera un volumen del *Contrato social.*
—Y ¿dónde está el escrito de tu padre?
—Mirad —dijo el niño, mostrándoselo.
El labrador besó las letras.
—Ahora —dijo—, está tranquilo: voy a buscar a tu padre a la Bastilla.
—¡Desgraciado! —exclamó el director, cogiendo las manos de Billot—. ¿Cómo llegaréis hasta un prisionero de Estado?
—¡Tomando la Bastilla, truenos de Dios!
Algunos guardias franceses comenzaron a reírse, y al cabo de un instante todos los imitaron.
—Pero ¿qué es la Bastilla, si queréis decírmelo? —gritó Billot, paseando en torno suyo una mirada de cólera.
—Piedras —dijo un soldado.
—Hierro —añadió otro.
—Fuego —exclamó un tercero—. Y mucho cuidado, buen hombre, porque allí se quema uno.
—¡Sí, sí, se quema! —repitió la multitud con terror.
—¡Ah, parisienses! —gritó el labrador—. ¡Ah! Tenéis azadones y teméis las piedras; tenéis plomo y os amedrenta el hierro; tenéis pólvora y os infunde pavor el fuego. ¡Parisienses cobardes; máquinas de la esclavitud! ¡Mil rayos! ¿Quién es el hombre de corazón que quiere venir conmigo y con Pitou, a tomar la Bastilla del rey? Yo me llamo Billot, labrador en la isla de Francia. ¡Adelante!
Billot acababa de elevarse a lo más sublime de la audacia.

La multitud enardecida se agitaba en torno suyo, gritando:
—¡A la Bastilla, a la Bastilla!
Sebastián quiso cogerse a Billot; pero éste le rechazó con suavidad.
—Niño —díjole—, ¿cuál es la última palabra escrita por tu padre?
—¡Trabaja! —contestó Sebastián.
—Pues *trabaja* aquí: nosotros vamos a *trabajar* allí abajo; nuestra tarea es destruir y matar.
El joven no contestó una palabra; ocultó su rostro entre las manos, sin estrechar siquiera los dedos de Pitou, que le abrazaba, y sobrecogiéronle tan violentas convulsiones que fue preciso llevarle a la enfermería del colegio.
—¡A la Bastilla! —gritó Billot.
—¡A la Bastilla! —gritó Pitou.
—¡A la Bastilla! —repitió la multitud.
Y se encaminaron hacia la Bastilla.

## XIII

## ¡EL REY ES TAN BUENO, Y LA REINA TAN BUENA!

Nuestros lectores nos permitirán ahora que les pongamos al corriente de los principales acontecimientos políticos ocurridos desde la época en que, en nuestra última publicación, abandonamos la corte de Francia.

Los que conocen la historia pura y sencilla, pueden saltar este capítulo, pues el siguiente encaja en el que le precede, y el que damos aquí no es más que para los lectores exigentes que quieren darse cuenta de todo.

Desde hacía un año o dos, cierta cosa inusitada y desconocida, algo que venía del pasado e iba hacia el porvenir, parecía zumbar en el aire.

Era la Revolución.

Voltaire se había incorporado un instante en su lecho de agonía, y, apoyado de codos, vio brillar, hasta en la noche en que iba a morir, aquella aurora fulgurante.

Y era que la Revolución, así como Jesucristo, del que era el pensamiento, debía juzgar a los vivos y a los muertos.

Cuando Ana de Austria llegó a la regencia —dice el cardenal de Retz—, no hubo más que una palabra en todas las bocas: *¡La reina es tan buena!*

Cierto día, el médico de madame de Pompadour, Quesnoy, que se alojaba en su casa, vio entrar a Luis XV; y un sentimiento, que no era el del respeto, le perturbó hasta el punto de hacerle temblar y palidecer.

—¿Qué tenéis? —le preguntó madame de Hausset.

—Tengo —contestó Quesnoy—, que cada vez que veo al rey me digo: «¡He ahí un hombre que puede ordenar que me corten la cabeza!»

—¡Oh! No hay peligro —replicó madame de Hausset—. *¡El rey es tan bueno!*

Con estas dos frases, *el rey es tan bueno y la reina es tan buena,* se ha hecho la revolución francesa.

Cuando Luis XV murió, Francia respiró: se había librado, al mismo tiempo que del rey, de las Pompadour, de las Dubarry y del Parque de los Ciervos.

Los placeres de Luis XV costaban caros a la nación: costaban, por sí solos, más de tres millones anuales.

Felizmente se tenía un rey joven, moral y filántropo, casi filósofo.

Un rey que, como Emilio de Jean-Jacques, había aprendido un oficio, o, más bien, tres oficios.

Era cerrajero, relojero y mecánico.

Por eso, atemorizado ante el abismo sobre el cual se inclina, el rey comienza por denegar todos los favores que le piden. Los cortesanos se estremecen; pero, felizmente, una cosa los tranquiliza: que no es él quien niega, sino Turgot; que la reina no lo es tal vez aún, y que, de consiguiente, no pueden tener hoy la influencia que tendrá mañana.

En fin, hacia 1777 adquiere la influencia tan esperada: la reina llega a ser madre; y el rey, que era ya tan buen soberano y buen esposo, podrá ser buen padre.

¿Cómo rehusar ahora nada a la que ha dado un heredero a la corona?

Y, además, esto no es todo: el rey es también buen hermano; conoce la anécdota de Beaumarchals, sacrificado al conde de Provenza, y el rey no ama a este último, que es un pedante.
Pero, en cambio, quiere mucho al conde de Artois, ese tipo de nobleza, de talento y de elegancia francesa.
Le quiere tanto, que rehúsa algunas veces a la reina lo que ésta pide; pero basta que el conde de Artois apoye a la reina para que el rey no persista en su negativa.
Por eso es el reinado de los hombres galantes. El señor de Calonne, uno de los hombres más amables del mundo, que desempeña el cargo de administrador general, es quien dice a la reina:
«Señora: si es posible, consideradlo como cosa hecha. Si es imposible, se hará.»
A partir del día en que esta hermosa contestación circuló por los salones de París y de Versalles, el libro rojo, que se creía cerrado, quedó abierto otra vez. La reina compra Saint-Cloud. El rey compra Rambouillet.
No es ya el rey quien tiene favoritos, sino la reina: Diana, y Julio de Polignac cuestan a Francia tan caros como la Pompadour y la du Barry. *¡La reina es tan buena!*
Se propone una economía en los altos cargos, y algunos se conforman; pero un familiar de palacio rehúsa obstinadamente permitir que disminuyan su sueldo: es el señor de Coigny, que, habiendo encontrado al rey en un corredor, le escandaliza entre dos puertas. El rey huye, y dice por la noche, sonriéndose:
—Creo que, en verdad, ese Coigny me hubiera pegado si yo no hubiese cedido.
*¡El rey es tan bueno!*
Por otra parte, los destinos de un reino dependen algunas veces de bien poca cosa: de la espuela de un paje, por ejemplo.
Luis XV muere. ¿Quién sucederá al señor de Aiguillon?
El rey Luis XVI está por Machaut, uno de los ministros que han sostenido el trono ya vacilante; las tías del rey están por el señor de Maurepas, hombre muy divertido que compone tan lindas canciones y que ha escrito en Pontchartrain tres volúmenes, titulándolos sus Memorias.
Todo esto es cuestión de carreras de caballos. ¿Quién llegará primero, el rey o la reina, a Arnouville, o de las tías a Pontchartrain?
El rey tiene el poder entre las manos; de modo que las probabilidades están en su favor, por lo cual se apresura a escribir:
«Marchad al punto a París: os espero.»
Introduce la misiva en un sobre, y escribe en éste: «Al señor conde de Machaut, en Arnouville.»
Se llama a un paje y se le entrega el pliego real, ordenándose que marche a escape.
Una vez fuera el paje, el rey puede recibir a las señoras.
Estas últimas, las mismas que su padre llamaba, como se ha visto en *Bálsamo*, Locque, Chiffe y Graille, tres nombres eminentemente aristocráticos, esperan en la puerta opuesta a la que ha dado salida al paje a que éste salga.
Entonces las damas pueden entrar.

Así lo hacen, y hablan al rey en favor del señor de Maurepas —todo esto es cuestión de tiempo— el rey no quiere rehusar nada a las damas. *¡El rey es tan bueno!*
Concederá, cuando el paje esté bastante lejos, para que no puedan alcanzarle.
Lucha contra las damas, con los ojos fijos en el reloj —media hora le basta— y el reloj no le engañará, porque él mismo le ha dado cuerda.
Al cabo de veinte minutos cede.
—¡Que vayan en busca del paje, y todo se hará!
Las damas se precipitan; se montará a caballo y, aunque se revienten uno, dos o tres, se alcanzará al paje.
Es inútil: no se reventará nada.
Al bajar, el paje ha tropezado contra un escalón, rompiéndose la espuela, faltándole así el medio de ir a escape.
Además, el caballero de Abzac es jefe de la cuadra real, y no permitiría que un correo móntase a caballo, él, que pasa revista a todos, si este correo debiese marchar de una manera que no honrara la cuadra real.
El paje, pues, no partirá sin las dos espuelas.
De aquí resulta que, en vez de alcanzar al paje en el camino de Arnouville, corriendo a rienda suelta, se le encontrará en el patio del castillo.
Estaba dispuesto a marchar, con un equipo inmejorable.
Le recogen el pliego; sacan el escrito, tan bueno para una persona como para otra, y, en vez de poner en el sobre «Al señor Machaut, en Arnouville», las damas escriben: «Al señor conde de Maurepas, en Pontchartrain».
El honor de la cuadra real queda en salvo; pero la monarquía está perdida.
Con Maurepas y Calonne, todo va perfectamente; además de los cortesanos están los intendentes generales, que hacen bien su negocio.
Luis XIV comenzó su reinado ordenando que ahorcasen a dos de ellos, por consejo de Colbert, hecho lo cual toma por querida a Lavalliére y manda edificar Versalles. Lavalliére no le costaba nada.
Pero Versalles, donde quería alojarla, le costaba muy caro.
Después, en 1685, se expulsa de Francia a un millón de hombres industriosos bajo el pretexto de que son protestantes.
Por eso en 1707, reinando aún el gran monarca, Boisguillebert dijo, refiriéndose a 1698:
«Esto marchaba todavía en aquel tiempo, porque aun había aceite en la lámpara; pero hoy todo se ha extinguido por falta de materia.»
¿Qué dirán, ¡Dios mío!, ochenta años después, cuando las du Barry y los Polignac hayan pasado sobre todo esto? Después de hacer sudar agua al pueblo, le harán sudar sangre. A esto se reduce todo.
¡Y todo ello bajo formas tan encantadoras!
En otro tiempo, los arrendadores eran duros, brutales y fríos como las puertas de las prisiones donde arrojaban a sus víctimas.
Hoy son filántropos; es verdad que con una mano despojan al pueblo; pero con la otra le edifican hospitales.
Un amigo, gran hacendista, me ha asegurado que, de cada ciento veinte millones que la gabela reportaba, los arrendadores se guardaban setenta para sí.

Por eso en una reunión en que se pedían los estados de gastos, un consejero, sirviéndose del equívoco, dijo:
«No son los estados particulares los que se necesitarían, sino los Estados Generales.»
La chispa cayó sobre la pólvora; ésta se inflamó y produjo un incendio.
Cada cual repitió la frase del consejero, y se pidieron a gritos los Estados Generales.
La corte fijó la apertura de los Estados Generales para el 1° de mayo de 1789.
El 24 de agosto de 1788, el señor de Brienne se retiró: era otro que había manejado la hacienda con bastante ligereza.
Pero al retirarse, por lo menos, dio un consejo bastante bueno: recomendaba que se llamase a Necker.
Necker volvió al ministerio, y se respiró con más confianza.
Sin embargo, la gran cuestión de los tres órdenes se debatía en toda la nación.
Siéyés publicaba su famoso folleto sobre el Tercer Estado.
El Delfinado, cuyas cortes se reunían a pesar del gobierno, acordaba que la representación del Tercer Estado fuera igual a la de la nobleza y del clero.
Se rehizo una asamblea de los notables, que duró treinta y dos días, es decir, desde el 6 de noviembre al 8 de diciembre de 1788.
Esta vez Dios intervino: cuando el látigo de los reyes no basta, el de Dios silba a su vez en el aire y hace marchar a los pueblos.
El invierno llegó acompañado del hambre.
Esta última y el frío abrieron las puertas al año 1789.
París se llenó de tropas y las calles de patrullas.
Dos o tres veces se cargaron las armas delante de la multitud que se moría de hambre.
Después, cuando fue necesario servirse de ellas, no se usaron.
Cierta mañana, el 26 de abril, cinco días antes de la apertura de los Estados Generales, un nombre circuló en la multitud.
Este nombre iba acompañado de maldiciones, tanto más pesadas cuanto que era el de un obrero enriquecido.
Reveillon, según se asegura, Reveillon, el director de la famosa fábrica de papel del arrabal de San Antonio, había dicho que era necesario rebajar a quince sueldos el jornal de los obreros.
Esta era la verdad.
La corte, se añadía, proponíase concederle el cordón negro, es decir, de la orden de San Miguel.
Esto era lo absurdo.
En los motines siempre circula algún rumor absurdo; y es de notar que por este rumor, sobre todo, se producen aquéllos, y aumentan hasta convertirse en revolución.
La multitud confecciona un maniquí, le bautiza con el nombre de *Reveillon,* le reviste del cordón negro, le prende fuego delante de la puerta del mismo individuo, y acaba de quemarle en la plaza de la Casa Ayuntamiento a los ojos de las autoridades municipales, que miran como arde.

La impunidad enardece a la multitud, la cual anuncia que al día siguiente, después de haber hecho justicia en Reveillon, en efigie, se hará realmente en su persona.
Era un reto, un cartel de desafío dirigido al poder con todas las reglas.
El poder envió treinta guardias franceses, o, mejor dicho, no fue el poder quien los envió, sino el coronel señor de Biron.
Los treinta guardias franceses fueron testigos de aquel gran duelo que no podían impedir. Contemplaron el saqueo de la fábrica, los muebles arrojados por la ventana, y vieron cómo se destruía y se quemaba todo. En medio de aquella barahúnda se robaron quinientos luises en oro.
Aquella gente se bebió el vino que había en la bodega, y cuando no hubo más, tomaron los colores de la fábrica, creyendo que era vino también.
Todo el día 27 se empleó en aquel acto infame.
En socorro de los treinta hombres se enviaron algunas compañías de guardias franceses, que al principio tiraron con pólvora sola y después con balas, agregándose a este refuerzo, a la entrada de la noche, los suizos del señor de Bezenval.
Los suizos no se chancean en materia de revolución; dejaron las balas en sus cartuchos, y como los suizos son naturalmente cazadores, muy buenos por cierto, una veintena de los que saqueaban quedaron tendidos en el suelo.
Algunos llevaban encima su parte de los quinientos luises de que hemos hablado, y que desde la caja de Reveillon pasaron al bolsillo de los ladrones, y de éste al de los suizos.
Bezenval lo había dispuesto y hecho todo bajo su responsabilidad, como se dice.
El rey no le dio gracias ni le censuró.
Ahora bien: cuando el rey no da gracias, el rey censura.
El parlamento abrió un informe; pero el soberano le suprimió.
*¡El rey era tan bueno!*
¿Quién había incendiado así el pueblo? Nadie pudo decirlo.
¿No se han visto a veces, en los grandes calores del estío, conflagraciones que se producen sin causa?
Se acusó al duque de Orleans.
La acusación era absurda y no se hizo aprecio de ella.
El 29, París estaba completamente tranquilo, o por lo menos parecía estarlo.
Llegó el 4 de mayo; el rey y la reina fueron con toda la corte a Nuestra Señora para oír el *Veni creator.*
Se gritó mucho ¡viva el rey! y sobre todo ¡viva la reina!
*¡La reina era tan buena!*
Este fue el último día de paz.
Al día siguiente se gritaba un poco menos ¡viva la reina! y un poco más ¡viva el duque de Orleans!
Este grito resintió mucho a la dama; la pobre mujer aborrecía al duque, hasta el punto de llegarle a decir que era un cobarde.
¡Como si hubiera habido jamás alguno en los Orleans, desde Monsieur, que ganó la batalla de Cassel, hasta el duque de Chartres, que contribuyó a ganar la de Jemmapes y de Valmy!

Tanto se resintió la reina, decimos, que la pobre mujer estuvo a punto de desmayarse; y se la sostuvo cuando su cabeza se inclinaba. Madame de Champan refiere el hecho en sus *Memorias.*
Pero aquella cabeza se volvió a levantar altiva y desdeñosa; y los que vieron su expresión quedaron curados de volver a decir nunca: *¡La reina es tan buena!*
Tres retratos existen de la reina; el uno pintado en 1776, el otro en 1784 y el tercero en 1788.
Yo he visto los tres; vedlos también; y si alguna vez se hallasen reunidos en una sola galería, se leerá la historia de María Antonieta en esos tres retratos.
La reunión de los tres órdenes, que debía ser un abrazo, fue una declaración de guerra.
—«¡Tres órdenes! —exclamó Siéyés—. ¡No, tres naciones!»
El 3 de mayo, víspera de la misa del Espíritu Santo, el rey recibió a los diputados en Versalles.
Algunos le aconsejaron que sustituyese la cordialidad con la etiqueta. El rey no quiso escuchar nada.
Recibió al clero primeramente.
Después a la nobleza.
Y, por último, al Tercer Estado.
Sus individuos habían esperado largo tiempo, y murmuraron.
En las antiguas asambleas debían hablar de rodillas.
¿No había medio de hacer arrodillar a su presidente?
Se acordó que no pronunciase más discursos.
En la sesión del 5, el rey se cubrió.
La nobleza hizo lo mismo.
Los representantes del Tercer Estado quisieron cubrirse; pero el rey se descubrió entonces, prefiriendo tener su sombrero en la mano más bien que ver al Tercer Estado cubierto delante de él.
El miércoles, 10 de junio, Siéyés entró en la Asamblea y la vio casi enteramente compuesta del Tercer Estado.
El clero y la nobleza se reunían en otra parte.
—«¡Cortemos el cable —dijo Siéyés—, ya es tiempo!»
Y Siéyés propone intimar al clero y a la nobleza a comparecer dentro de una hora, por todo plazo.
—Si no lo hacen así, se considerará como contumaces a los ausentes.
Un ejército alemán y suizo había cercado Versalles, y una batería apuntaba a la Asamblea.
Siéyés no observó nada de esto: tan sólo vio que el pueblo tenía hambre.
—Pero el Tercer Estado —dijeron a Siéyés—, no puede constituir de por sí los Estados Generales.
—Tanto mejor —contestó, Siéyés—; formará la Asamblea Nacional.
Los ausentes no se presentan; se aprueba la proposición de Siéyés, y el Tercer Estado recibe el nombre de *Asamblea Nacional* por la mayoría de cuatrocientos votos.
El 19 de junio, el rey manda cerrar la sala donde se reúne la Asamblea Nacional.
Mas, para dar semejante golpe de Estado, el rey necesita un pretexto.

Dice que la sala está cerrada para hacer los preparativos de una sesión real que debe efectuarse el lunes.
El 20 de junio, a las siete de la mañana, el presidente de la Asamblea Nacional recibe noticia de que no se reunirá aquel día.
A las ocho se presenta ante la puerta de la sala con muchos diputados.
Las puertas están cerradas y se han puesto centinelas.
Está lloviendo, y se quiere derribarlas.
Pero los soldados cruzan las bayonetas, obedeciendo la consigna.
Uno propone reunirse en la plaza de Armas.
Otro, en Marly.
Guillotin aconseja el Juego de Pelota.
¡Guillotin!
¡Extraña cosa que fuera Guillotin, cuyo nombre, agregando una e, será tan célebre cuatro años después! ¡Qué cosa tan extraña que fuera Guillotin quien propuso el Juego de Pelota!
Un Juego de Pelota desnudo, ruinoso, expuesto a los cuatro vientos.
¡Era la cuna de la hermana de Cristo! ¡Era la cuna de la Revolución!
Sólo que Cristo era hijo de una mujer virgen.
La Revolución era hija de una nación violada.
A esta gran manifestación, el rey contesta con la palabra real: *¡Veto!*
El señor de Bréze es enviado a los rebeldes para ordenarles que se dispersen.
«Estamos aquí por la voluntad del pueblo —dice Mirabeau—, y no saldremos sino con la bayoneta en el vientre.»
Y no como se ha dicho: *«Por la fuerza de las bayonetas»*.
¿Por qué ha de haber siempre detrás de un gran hombre un maestrillo que descompone las palabras bajo el pretexto de arreglarlas?
¿Por qué estaba aquel retórico detrás de Mirabeau en el Juego de Pelota?
¿Por qué detrás de Cambronne otro en Waterloo?
Se llevó la contestación al rey.
El soberano se paseó algún tiempo con la expresión de un hombre aburrido.
—¿No quieren irse? —preguntó.
—No, señor.
—¡Pues bien, que los dejen!
Según se ve, la monarquía se doblegaba ya bajo la mano del pueblo, y humillábase mucho.
Desde el 23 de junio al 12 de julio, todo pareció bastante tranquilo; pero era la tranquilidad pesada y sofocante que precede a la tormenta.
Era un mal sueño.
El 11, el rey toma un partido: instado por la reina, el conde de Artois, los Polignac y toda la camarilla de Versalles; despide a Necker; y el 12 llega la noticia a París.
Ya se ha visto el efecto que había producido. En la noche del 13, Billot llegaba para ver quemar las barreras.
En esta misma noche, París se defendía; en la mañana del 14, París estaba dispuesto para atacar.
En este día, Billot gritaba:

—¡A la Bastilla!
Y tres mil hombres le siguieron, repitiendo el mismo grito, que iba a ser el de toda la población parisiense.
Era que existía un monumento que hacía cerca de cinco siglos pesaba sobre el pecho de Francia, como la roca infernal en los hombros de Sísifo.
Pero, menos confiada que el Titán en sus fuerzas, Francia no había tratado nunca de levantarla.
Aquel monumento, sello del feudalismo, impreso en la frente de París, era la Bastilla.
El rey era demasiado bueno, como decía madame de Hausset, para hacer cortar una cabeza.
Pero el rey mandaba encerrar en la Bastilla.
Y cuando se estaba aquí de orden del rey, todo hombre era olvidado, secuestrado, enterrado y aniquilado.
Permanecía allí hasta que el rey se acordaba de él; y los reyes tienen tantas cosas nuevas en que pensar, que con frecuencia olvidan las más antiguas.
Por lo demás, no había en Francia una sola bastilla; contábanse otras veinte, llamadas: Fort-l'Evéque, San Lázaro, el Chátelet, la Conserjería, Vincennes, el castillo de la Roche, el castillo de If, las islas de Santa Margarita, Pignerolles, etc.
Pero la fortaleza de la puerta de San Antonio se llamaba *la Bastilla*, como Roma se llamaba *la Ciudad.*
Era la Bastilla por excelencia; y por sí sola valía tanto como todas las demás.
Durante cerca de un siglo, el gobierno de la Bastilla se había conservado en una sola y misma familia.
El abuelo de estos elegidos fue el señor de Cháteauneuf; le sucedió su hijo Lavrilliére, y, por último, a Lavrilliére siguió su nietecito Saint-Florentin. La dinastía se había extinguido en 1777.
Durante este triple reinado, que transcurrió, en gran parte, bajo el gobierno de Luis XV, nadie podía decir cuántas órdenes de prisión fueron firmadas. Saint-Florentin rubricó por sí solo más de cincuenta mil.
Estas órdenes producían un ingreso considerable.
Se vendían a los padres que deseaban librarse de sus hijos.
Se vendían a las mujeres que deseaban desembarazarse de sus maridos.
Y cuanto más lindas eran las mujeres, menos les costaban sus órdenes.
Entre ellas y el ministro era un cambio de buenas voluntades, ni más ni menos.
Desde fines del reinado de Luis XIV, todas las prisiones de Estado, y sobre todo la Bastilla, se hallaban en manos de los jesuitas.
Se recuerda quienes fueron los principales prisioneros:
El Máscara de Hierro, Lauzun y Latude.
Los jesuitas eran confesores, y confesaban a los prisioneros para mayor seguridad.
Y, para mayor seguridad también, los prisioneros muertos eran enterrados bajo falsos nombres.
Ya se recordará que el Máscara de Hierro fue sepultado bajo el nombre de Marchialy.

Había estado cuarenta y cinco años en la prisión.
Lauzun estuvo catorce.
Y Latude treinta.
Pero el Máscara de Hierro y Lauzun habían cometido grandes crímenes.
El primero, hermano o no de Luis XIV, asemejábase a este rey de tal modo que cualquiera se habría engañado.
Y es una imprudencia osar asemejarse a un rey. Lauzun había estado a punto de casarse, o se casó, con la gran Princesa.
Y era muy imprudente atreverse a contraer matrimonio con la sobrina del rey Luis XIII, la nieta de Enrique IV.
Pero Latude, pobre diablo, ¿qué había hecho? Había osado enamorarse de la señorita de Poisson, dama de la Pompadour, querida del rey.
Y le escribió un billete de amor.
Este billete, que una mujer honrada habría enviado a quien le escribió, fue remitido por madame de Pompadour al señor de Sartines.
Y Latude, detenido, fugitivo, cogido una y otra vez, permaneció treinta años encerrado sucesivamente en la Bastilla, en Vincennes y en Bicetre.
No faltaba, pues, motivo para odiar la Bastilla.
El pueblo la aborrecía como una cosa viviente; considerábala como una de esas tarascas gigantescas, como una de esas fieras del Gévaudan que devoran despiadadamente a los hombres.
Por eso se comprende el pesar del pobre Sebastián Gilberto cuando supo que su padre estaba en la Bastilla.
También se comprendía la convicción de Billot, de que el doctor no saldría ya de su prisión si no se le sacaba por la fuerza.
Y se comprendió igualmente el impulso frenético del pueblo cuando Billot gritó: «¡A la Bastilla!»
Mas era cosa insensata, como lo habían dicho los soldados, la idea de que se pudiese tomar la Bastilla.
Esta fortaleza tenía víveres, una guarnición y artillería.
También tenía muros de quince pies de grueso en la parte superior y de cuarenta en la base.
En la Bastilla había un gobernador que se llama señor de Launay, que tenía las cuevas llenas de pólvora, y que había prometido, en caso de un golpe de mano, volar la Bastilla, y con ella la mitad del arrabal de San Antonio.

## XIV

## LOS TRES PODERES DE FRANCIA

Billot avanzaba siempre; pero no era ya él quien gritaba. La multitud, prendada de su aspecto marcial, reconociendo en aquel hombre uno de los suyos, comentaba sus palabras y sus actos, y le seguía siempre, aumentando como la ola de la marea montante.

Detrás de Billot, cuando desembocó en el muelle de San Miguel, había más de tres mil hombres, armados de cuchillos, de hachas, de picas y de fusiles.

Todo el mundo gritaba: «¡A la Bastilla, a la Bastilla!»

Billot se aisló en sí mismo. Las reflexiones que hemos hecho al fin del capítulo anterior, él las hizo a su vez, y, poco a poco, todo el vapor de su exaltación febril se desvaneció.

Entonces vio claro en su mente.

La empresa era sublime, pero insensata: fácilmente se comprendía esto en las fisonomías espantadas e irónicas en que se reflejaba la impresión del grito: «¡A la Bastilla!»

Pero esto sirvió tan sólo para que Billot persistiese más en su resolución.

Comprendió también que él era responsable a las madres, a las mujeres y a los hijos, de la vida de todos los hombres que le seguían, y quiso adoptar todas las precauciones posibles.

Billot comenzó, pues, por conducir a toda su gente a la plaza de la Casa Ayuntamiento.

Allí nombró un teniente y oficiales para contener a la multitud.

—Veamos —pensó Billot—, en Francia hay un poder, y hasta dos, y hasta tres. Consultemos:

Y entró en la Casa Ayuntamiento, preguntando quién era el jefe de la municipalidad.

Le contestaron que era el preboste de los mercaderes, el señor de Flesselles.

—¡Ah, ah! —exclamó con aire poco satisfecho—. El señor de *Flesselles,* un noble, es decir un enemigo del pueblo.

—Nada de eso —le dijeron—, es un hombre de talento.

Billot subió la escalera de la Casa Ayuntamiento.

En la antecámara encontró un ujier.

—Quiero hablar al señor de Flesselles —dijo Billot, notando que el ujier se acercaba a él para preguntarle qué deseaba.

—¡Imposible! —contestó el hombre—. Ahora se ocupa en completar los cuadros de una milicia ciudadana que París organiza en este momento.

—Pues viene de molde —dijo Billot—, yo también organizo una milicia; y como ya tengo tres mil hombres alistados, valgo tanto como el señor de Flesselles, que no tiene un solo soldado en pie. Servios, pues, anunciarme al señor de Flesselles, y ahora mismo. ¡Oh! mirad por la ventana si gustáis.

El ujier dirigía, en efecto, una rápida ojeada a los muelles, y acababa de ver los hombres de Billot. Entonces se apresuró a dar cuenta del hecho al preboste de los

mercaderes, a quien mostró, para confirmar sus palabras, los tres mil hombres en cuestión.
Esto inspiró al preboste una especie de respeto al que deseaba hablarle; salió del consejo y entró en la antecámara, buscando con la vista.
Divisó a Billot, adivinóle y sonrió.
—¿Sois vos quien pregunta por mí? —dijo.
—¿Sois el señor de Flesselles, preboste de los mercaderes? —replicó Billot.
—Sí, señor. ¿En qué puedo serviros? Y daos prisa, porque estoy muy ocupado.
—Señor prefecto —preguntó Billot—, ¿cuántos poderes hay en Francia?
—¡Diantre! Esto es según lo entendáis, apreciable señor, —contestó Flesselles.
—Decid cómo lo entendéis vos mismo.
—Si consultáis al señor de Bailly, os dirá que no hay más que uno: la Asamblea Nacional; y si preguntáis al señor de Dreux-Brézé, os dirá también que no hay más que uno: el rey.
—¿Y vos, señor preboste, cuál es vuestra opinión entre esas dos?
—La mía es también que en este momento, sobre todo, no hay más que uno.
—¡La Asamblea, o el rey? —preguntó Billot.
—Ni la una, ni el otro: la nación —contestó Flesselles, arrugando su chorrera.
—¡Ah, ah, la nación! —dijo Billot.
—Sí; es decir, esos señores que esperan abajo en la plaza con cuchillos y asadores; la nación, es decir, para mí, todo el mundo.
—Podríais muy bien tener razón, señor de Flesselles, —contestó Billot—, y no se han engañado al decirme que erais hombre de talento.
De Flesselles se inclinó.
—¿A cuál de esos tres poderes pensáis apelar? —preguntó Flesselles.
—¡Pardiez! —exclamó Billot—. Yo creo que lo más sencillo, cuando se ha de pedir algo importante, es dirigirse a Dios, y no a sus santos.
—¿Lo cual quiere decir que vais a dirigiros al rey?
—Así lo deseo.
—Y ¿sería demasiada indiscreción saber qué pensáis pedir al rey?
—La libertad del doctor Gilberto, que está en la Bastilla.
—¿El doctor Gilberto? —preguntó Flesselles, como interrogándose a sí mismo—. ¿No es un autor de folletos? —añadió.
—Decid un filósofo, caballero.
—Es lo mismo, apreciable señor Billot. Creo que hay pocas probabilidades de obtener semejante cosa del rey.
—Y ¿por qué?
—En primer lugar, porque si el rey ha mandado conducir al doctor Gilberto a la Bastilla, será porque tiene sus razones para ello.
—Está bien —dijo Billot—, ya me explicará sus razones, y yo le daré las mías.
—Apreciable señor Billot, el rey está muy ocupado y no os recibirá.
—¡Oh! Si no me recibe, ya encontraré yo medio de entrar sin su permiso.
—Entonces, una vez dentro, encontraréis al señor de Droux-Brézé, que dará orden de poneros a la puerta.
—¿Quién me pondrá a mí a la puerta?

—Sí, bien ha querido hacerlo con la Asamblea en masa, aunque no lo ha conseguido; pero razón de más para que esté irritado y tome en vos el desquite.
—Está bien. Entonces me dirigiré a la Asamblea.
—El camino de Versalles está interceptado.
—Iré con mis tres mil hombres.
—Cuidado, porque encontraréis en el camino cuatro o cinco mil suizos y dos o tres mil austriacos, que no tendrán para comenzar con vos y vuestros tres mil hombres, y en un momento quedaréis aniquilado.
—¡Ah, diablo! ¿Qué debo hacer, entonces?
—Obrad como os plazca; pero hacedme el favor de llevaros vuestros tres mil hombres, que alborotan ahí abajo y que fuman. Tenemos las bodegas llenas de pólvora, y una chispa puede hacernos volar a todos.
—En tal caso —dijo Billot—, pienso que no me dirigiré al rey ni a la Asamblea Nacional, sino a la nación, y después tomaremos la Bastilla.
—Y ¿con qué?
—Con la pólvora que vais a darme, señor preboste.
—¡Ah! ¿De veras? —replicó Flesselles con tono socarrón.
—Ni más ni menos, caballero. Haced el favor de darme las llaves de la bodega.
—¡Bah! ¿Habláis en broma? —preguntó el preboste.
—No, caballero, no es broma —dijo Billot.
Y, cogiendo a Flesselles con ambas manos del cuello de su casaca, exclamó:
—¡Las llaves, o llamo a mi gente!
Flesselles quedó pálido como un muerto; sus labios y sus dientes se oprimieron por un estremecimiento convulsivo, pero sin que su voz se alterase y sin que dejara el tono irónico que había tomado.
—A decir verdad —repuso—, me prestaréis un gran servicio retirando esa pólvora, y, por lo tanto, voy a dar orden para que os entreguen las llaves, como lo deseáis; pero tened presente que soy vuestro primer magistrado y que, si tuvierais la desgracia de hacer delante de gente lo que acabáis de hacer conmigo, a solas, una hora después seríais ahorcado por los guardias de la ciudad. ¿Persistís en tener esa pólvora?
—Persisto —contestó Billot.
—Y ¿la distribuiréis vos mismo?
—Yo mismo.
—¿Cuándo?
—En este instante.
—Dispensad, y entendámonos. Lo que tengo que hacer me ocupará un cuarto de hora, y, si os es indiferente, prefiero que la distribución no comience hasta que yo haya salido. Me han pronosticado que moriré de muerte violenta; pero me repugna mucho volar por los aires, os lo confieso.
—Sea: dentro de un cuarto de hora; pero a mi vez os pediré un favor.
—¿Cuál?
—Acerquémonos los dos a la ventana.
—¿Para qué?
—Quiero haceros popular.
—Muchas gracias. Y ¿de qué manera?

—Vais a verlo.
Billot condujo al preboste a la ventana.
—Amigos míos —gritó—, vosotros queréis siempre tomar la Bastilla: ¿no es verdad?
—¡Sí, sí, sí! —gritaron tres o cuatro mil voces.
—Pero os falta pólvora: ¿no es cierto?
—¡Sí, pólvora, pólvora!
—¡Pues bien! He aquí al señor preboste de los mercaderes, que tiene a bien darnos la que hay en las bodegas de la casa. Dadle gracias, amigos míos.
—¡Viva el preboste de los mercaderes, viva el señor de Flesselles! —gritó la multitud.
—¡Gracias, gracias, por mi y por él!
—Y ahora, caballero —dijo Billot—, ya no necesito cogeros por el cuello de la casaca, ni a solas, ni delante de todo el mundo, porque, si no me dais la pólvora, la nación, como la llamáis, os hará pedazos.
—He aquí las llaves —contestó Flesselles—. Tenéis una manera de pedir que no admite negativa.
—En tal caso, me estimuláis así —dijo Billot, que parecía madurar otro proyecto.
—¡Ah, diablo! ¿Tendríais que pedirme alguna otra cosa?
—Sí. ¿Conocéis al gobernador de la Bastilla?
—¿Al señor de Launay?
—No sé cómo se llama.
—Se llama Launay.
—Muy bien. ¿Le conocéis?
—Es amigo mío.
—En tal caso, debéis desear que no le ocurra alguna desgracia.
—En efecto, lo deseo.
—Pues bien: hay un medio de evitarlo, y es que me entregue la Bastilla, o por lo menos el doctor.
—¿Supongo que no esperáis que yo tenga la influencia suficiente para inducirle a entregaros su fortaleza o su prisionero?
—Esto me incumbe: yo no os pido más que una carta de introducción para él.
—Apreciable señor Billot, os prevengo que si tratáis de entrar en la Bastilla, entraréis solo.
—¡Muy bien!
—Y os advierto, además, que, si entráis solo, tal vez no podréis salir ya.
—¡Perfectamente!
—Pues voy a daros un pase para la Bastilla.
—Lo espero.
—Pero con una condición.
—¿Cuál?
—Que no vendréis a pedirme mañana un pase para la luna; pues os prevengo que no conozco a nadie en ese mundo.
—¡Flesselles, Flesselles! —dijo una voz sorda y de enojo detrás del preboste de los mercaderes—. Si continuáis teniendo dos caras, una que sonríe a los

aristócratas y otra que sonríe al pueblo, tal vez, de aquí a mañana, firmaréis para vos mismo un pase para otro mundo, del que nadie vuelve.
El preboste volvió la cabeza estremeciéndose.
—¿Quién habla así? —preguntó.
—Yo, Marat.
—¡Marat el filósofo, Marat el médico! —dijo Billot.
—Sí —contestó la misma voz.
—Sí, Marat el filósofo, Marat el médico —dijo Flesselles—, y en esta última calidad debería encargarse de curar a los locos, lo cual sería para él un medio de tener hoy muchos clientes.
—Señor de Flesselles —contestó el fúnebre interlocutor—, este buen ciudadano os pide un pase para el señor de Launay; y os advertiré que no es solamente él quien lo espera, sino tres mil hombres más.
—Está bien, caballero: voy a dárselo.
Flesselles se acercó a una mesa, pasóse una mano por la frente, y con la otra, cogiendo la pluma, escribió rápidamente algunas líneas.
—He aquí el pase —dijo, presentando el papel a Billot.
—Leed —dijo Marat.
—No sé leer —replicó Billot.
—Pues bien, dádmela: yo leeré.
Billot dio el papel a Marat.
El pase estaba concebido en estos términos:

«Señor gobernador:
»Nos, preboste de los mercaderes de la ciudad de París, os enviamos al señor Billot para que se entienda con vos acerca de los intereses de dicha ciudad.
»14 de julio de 1789. »DE FLESSELLES.»

—¡Bueno! —dijo Billot—. Dadme el pase.
—¿Os parece que está bien así? —preguntó Marat.
—Sin duda.
—Esperad, esperad: el señor preboste añadirá una postdata, y será mejor.
Y se acercó a Flesselles, que había permanecido en pie, con la mano apoyada en la mesa, mirando desdeñosamente a los dos hombres con quienes tenía que habérselas, y a un tercero, medio desnudo, que acababa de aparecer en la puerta, apoyado en un mosquete.
Este último era Pitou, que había seguido a Billot y que estaba dispuesto a obedecer las órdenes de su protector, cualesquiera que fuesen.
—Caballero —dijo Marat a Flesselles—, he aquí la postdata que debéis añadir, y que hará más válido el pase.
—Decid, señor Marat.
Este último puso el papel sobre la mesa, y señalando con el dedo el sitio donde el preboste debía escribir, dictó lo siguiente:
—«Como el ciudadano Billot tiene el carácter de parlamentario, confío su vida a vuestro honor.»

Flesselles miró a Marat como hombre que tenía más deseos de aplastar aquel pálido rostro de un puñetazo que no de hacer lo que se le pedía.
—¿Vaciláis, caballero? —preguntó Marat.
—No —dijo Flesselles—, porque, al fin y al cabo, no me pedís más que una cosa justa.
Y escribió la postdata pedida.
—Sin embargo, señores —dijo—, fijaos bien en el hecho de que no respondo de la seguridad del señor Billot.
—Pues yo sí —replicó Marat, tomando el papel de entre sus manos—, porque vuestra libertad está aquí para garantizar la suya, y vuestra cabeza asegura la de él. He aquí vuestro pase, valeroso Billot —añadió.
—¡Labrie! —gritó el señor de Flesselles—. ¡Labrie!
Un lacayo de gran librea se presentó al punto.
—¡Mi carroza!
—Ya espera al señor preboste en el patio.
—Bajemos —dijo el preboste—. ¿No deseáis nada más, señores?
—No —contestaron a la vez Billot y Marat.
—¿Dejaré pasar? —preguntó Pitou.
—Amigo mío —dijo Flesselles—, os recordaré que lleváis un traje demasiado indecente para montar la guardia a la puerta de mi habitación. Si tenéis empeño en quedaros, poneos al menos la cartuchera delante, y apoyad la espalda en la pared.
—¿Dejaré pasar? —repitió Pitou, mirando al señor de Flesselles con una expresión que indicaba que no era muy de su agrado la chanza de que acababa de ser objeto.
—Sí —dijo Billot.
Pitou se apartó a un lado.
—Tal vez habéis hecho mal en dejar salir a ese hombre —dijo Marat—, porque era el más propio para conservarle en rehenes; pero en todo caso, en cualquiera parte que se halle, ya le encontraré: perded cuidado.
—Labrie —dijo el preboste de los mercaderes, subiendo a su carroza—, van a distribuir la pólvora aquí; y si la Casa Ayuntamiento vuela por casualidad, no quiero estar dentro. ¡Fuera de alcance, Labrie, fuera de alcance!
El coche rodó bajo la bóveda, apareciendo después en la plaza, donde murmuraban cuatro o cinco mil personas.
Flesselles temió que interpretaran mal su salida, pues podía ser muy bien una fuga.
Y, sacando medio cuerpo por la portezuela, gritó al cochero:
—¡A la Asamblea Nacional!
Lo cual le valió de parte de la multitud una salva de aplausos.
Marat y Billot, que estaban en la ventana, habían oído las últimas palabras de Flesselles.
—Apuesto mi cabeza contra la suya —dijo Marat—, que no va a la Asamblea Nacional, sino a ver al rey.
—¿Convendrá detenerle? —preguntó Billot.

—No —dijo Marat, con su fatídica sonrisa—, pues, por deprisa que vaya, nosotros llegaremos antes que él. ¡Y ahora, a la pólvora!
—¡Sí, a la pólvora! —repitió Billot.
Y ambos bajaron seguidos de Pitou.

## XV

## EL SEÑOR DE LAUNAY, GOBERNADOR DE LA BASTILLA

Según lo había dicho el señor de Flesselles, las bodegas de la Casa Ayuntamiento estaban llenas de pólvora.
Marat y Billot entraron en la primera con una linterna, la cual suspendieron del techo.
Pitou se quedó de centinela en la puerta.
La pólvora estaba en barriles, que encerraban veinte libras, poco más o menos, cada uno, conteniendo entre todos unas ocho mil. En la escalera se situaron varios hombres para formar la cadena, y comenzó el transporte de aquéllos.
Por lo pronto, hubo un momento de confusión; ignorábase si había pólvora para todo el mundo, y cada cual se precipitaba para tomar su parte; pero los jefes nombrados por Billot consiguieron hacerse escuchar, y la distribución se efectuó con una especie de orden.
Cada ciudadano recibió media libra de pólvora, o sea para treinta o cuarenta tiros; pero cuando todos tuvieron su parte, se echó de ver que faltaban fusiles, y que apenas había quinientos hombres armados.
Mientras que la distribución continuaba, una parte de aquella población furiosa que pedía armas subió a la sala donde los electores celebraban sus sesiones, y que en aquel instante se disponían a organizar la guardia nacional de que el ujier había dicho algo a Billot. Se acababa de decretar que dicha milicia se compusiera de cuarenta y ocho mil hombres; pero esta milicia no existía aún sino en el decreto, y ya se disputaba para nombrar su general.
En medio de aquella discusión, el pueblo invadió la Casa Ayuntamiento; ya se había organizado de por sí, y sólo quería marchar adelante; pero le faltaban armas.
En aquel momento se oyó el rumor de un coche que entraba: era el preboste de los mercaderes, a quien no se había dejado pasar, por más que mostró la orden del rey que le llamaba a Versalles, y a quien se conducía por fuerza a la Casa Ayuntamiento.
—¡Armas, armas! —gritaron por todas partes apenas le vieron.
—Yo no tengo armas —contestó—, pero debe haber en el Arsenal.
—¡Al Arsenal, al Arsenal! —gritó la multitud.
Y cinco o seis mil hombres se precipitaron hacia el muelle de la Gréve.
El Arsenal estaba completamente vacío
La multitud volvió entonces, vociferando:
—¡A la Casa Ayuntamiento!
El preboste no tenía armas, o, más bien, no quería darlas; pero, apurado por el pueblo, ocurrióle la idea de enviarle a la Cartuja.
Los cartujos abrieron sus puertas, y se registró por todas partes; pero no se encontró ni siquiera una pistola.

Entretanto, Flesselles, al saber que Billot y Marat se hallaban aún en las bodegas de la Casa Ayuntamiento, distribuyendo la pólvora, propuso enviar una diputación de electores a de Launay, para que hiciese desaparecer sus cañones.
Lo que en la víspera había irritado más a la multitud era la vista de aquéllos, que prolongaban su cuello a través de las almenas; y Flesselles esperaba que, quitándolos, el pueblo se contentaría con esa concesión, retirándose después satisfecho.
La diputación acababa de marchar, cuando el pueblo volvió furioso.
A los gritos que profería, Billot y Marat subieron hasta el patio.
Flesselles trataba de calmar al pueblo desde un balcón inferior, y proponía un decreto que autorizase a los distritos a mandar construir cincuenta mil picas. El pueblo estaba a punto de aceptar.
—Decididamente ese hombre es traidor —dijo Marat. Y, volviéndose a Billot, añadió: —Id a la Bastilla a desempeñar vuestro cometido, y dentro de una hora os enviaré veinte mil hombres, cada cual con su fusil.
Billot había tenido gran confianza en aquel hombre desde la primera vez que le vio; llegó hasta él por la popularidad de su nombre; y no le preguntó, por lo tanto, de qué modo pensaba obtener las armas.
Allí estaba un abate que, participando del entusiasmo general gritaba como todo el mundo: «¡A la Bastilla!» Billot no era amigo de los abates; pero éste le agradó, y confióle el encargo de continuar la distribución: el valeroso abate aceptó.
Entonces Marat subió a un poste: el tumulto era espantoso.
—¡Silencio! —dijo—. Soy Marat y quiero hablar. Todos callaron como por encanto, y todas las miradas se fijaron en el orador.
—¿Queréis armas? —preguntó.
—¡Sí, sí! —contestaron miles de voces.
—¿Para tomar la Bastilla?
—¡Sí, sí!
—¡Pues bien! Venid conmigo y las tendréis.
—¿Adonde?
—A los Inválidos: allí hay veinticinco mil fusiles.
—¡A los Inválidos, a los Inválidos! —gritaron todas las voces.
—Y ahora —dijo Marat a Billot, que acababa de llamar a Pitou—, ¿iréis a la Bastilla?
—Sí.
—Esperad: puede ser que antes de la llegada de mis hombres necesitéis auxilio.
—En efecto —dijo Billot—, es posible.
Marat rasgó una hoja de su libro de memorias y escribió cuatro palabras con lápiz: *De parte de Marat*. Después trazó una señal en el papel. —¡Y bien! —preguntó Billot—. ¿Qué he de hacer yo con este papel, puesto que no indica ni el nombre ni las señas de la persona a quien debo entregarle?
—En cuanto a las señas, aquel a quien os recomiendo no las tiene; y en cuanto a su nombre, es bien conocido. Preguntad al primer obrero que encontréis, por Gonchon, el Mirabeau del pueblo.
—Gonchon —repitió Billot—. ¿Te acordarás de este nombre, Pitou?
—Goncho o *Gonchonius* —dijo Pitou—, ya lo recordaré.

—¡A los Inválidos, a los Inválidos! —gritaron por todas partes con creciente ferocidad.
.—¡Vamos, márchate —dijo Marat a Billot—, y que el genio de la libertad te acompañe!
—¡A los Inválidos! —gritó a su vez Marat. Y bajó por el muelle de Gévres, seguido de más de veinte mil hombres.
Billot por su parte iba acompañado de quinientos o seiscientos, los que estaban armados.
En el momento en que el uno se disponía a seguir la corriente del río, y el otro a remontar hacia el bulevar, el preboste de los mercaderes se asomó a una ventana.
—Amigos míos —dijo—, ¿por qué veo en vuestros sombreros la escarapela verde?
Era la hoja de tilo de Camilo Desmoulins, que muchos se habían puesto al verla en los otros, aunque sin saber qué hacían.
—¡Esperanza, esperanza! —gritaron algunas voces.
—Sí; pero el color de la esperanza es al mismo tiempo el del conde de Artois. ¿Queréis aparentar que lleváis la librea de un príncipe?
—¡No, no! —gritaron todas las voces, predominando la de Billot sobre todas.
—¡Pues bien! Entonces cambiad de escarapela, y si queréis llevar una, que sea al menos la de la ciudad de París, nuestra madre común: azul y roja, amigos míos, azul y roja[4].
—¡Sí, sí! —gritaron todas las voces—, azul y roja. Y todos arrojaron la escarapela verde, pidiendo a gritos cintas. Entonces se abrieron las ventanas como por encanto, y las cintas rojas y azules cayeron como una lluvia.
Pero las cintas que se arrojaron apenas eran suficientes para mil personas. En el mismo instante, los delantales, los vestidos de seda, los chales y las cortinas se desgarran y caen a pedazos; en los fragmentos se hacen nudos y rosetas, y cada cual toma su parte.
Después de esto, el reducido ejército de Billot continúa su marcha. En el camino se le agrega más gente: todas las arterias del arrabal de San Antonio le enviaban cuanto tenían de más ardiente y vivo en la sangre popular.
Se llegó con bastante orden a la altura de la calle de Lesdiguiéres, donde una multitud de curiosos, los unos tímidos, los otros serenos y los demás insolentes, miraban las torres de la Bastilla, caldeadas por un sol ardiente.
La llegada de los tambores populares por el arrabal de San Antonio; la de un centenar de guardias franceses por el bulevar, y la de Billot con su tropa, que podía componerse de mil a mil seiscientos hombres, bastaron para cambiar al punto el carácter y el aspecto de la multitud: los tímidos se enardecieron, los serenos se exaltaron, y los insolentes comenzaron a proferir amenazas.
—¡Fuera los cañones, fuera los cañones! —gritaban veinte mil individuos, amenazando con el puño las grandes piezas que prolongaban sus cuellos de bronce a través de las troneras de las plataformas.

---

[4] Más tarde, Lafayette hizo, por su parte, la observación de que el azul y el rojo eran también los colores de la casa de Orleans, y propuso agregar el blanco, diciendo a los que de él recibían la escarapela: «La que os entrego dará la vuelta al mundo.»

Precisamente en aquel momento, como si el gobernador de la fortaleza obedeciese a las instancias de la multitud, los artilleros se acercaron a las piezas, y los cañones retrocedieron hasta desaparecer del todo.
La multitud aplaudió: era una potencia, puesto que se cedía a sus amenazas.
Sin embargo, los centinelas seguían paseándose en las plataformas: un inválido se cruzaba con un suizo.
Después de gritar: «¡Fuera tus cañones! —se gritó—: ¡Abajo los suizos!» Era la continuación del grito de la víspera: «¡Abajo los alemanes!»
Pero los suizos no dejaron por eso de cruzarse con los inválidos.
Uno de los que gritaban «abajo los suizos» se impacientó; tenía un fusil en la mano; apuntó el cañón hacia el centinela e hizo fuego. La bala fue a morder el muro gris de la Bastilla, un pie más abajo del coronamiento de la torre, enfrente del sitio por donde el centinela pasaba; el proyectil dejó una señal blanca; pero el centinela no se detuvo, y ni siquiera volvió la cabeza.
Entonces se elevó un rumor en torno de aquel hombre, que acababa de dar la señal de un ataque inusitado, insensato; y en aquel rumor había más espanto que cólera.
Muchos no comprendían que no fuese un crimen punible de muerte el hecho de disparar un tiro contra la Bastilla.
Billot contemplaba aquella mole verdosa, semejante a esos monstruos fabulosos que la antigüedad nos presenta cubiertos de escamas; contaba las troneras donde los cañones podrían volver a su sitio de un momento a otro, y veía los fusiles de la muralla, cuyos ojos siniestros parecían mirar a través de las troneras.
Y Billot movía la cabeza, recordando las palabras dé Flesselles.
—No llegaremos jamás —murmuró.
—Y ¿por qué no llegaremos jamás? —dijo una voz detrás de él.
Billot se volvió y vio un hombre de aspecto feroz y andrajoso, cuyos ojos brillaban como dos estrellas.
—Porque me parece imposible —contestó—, tomar semejante mole por la fuerza.
—La toma de la Bastilla —repuso el hombre—, no es un hecho de guerra, sino un acto de fe: cree y triunfarás.
—¡Paciencia —dijo Billot buscando su pase en la faltriquera, paciencia!
El hombre se engañó respecto a su intención.
—¡Paciencia! —dijo—. Sí; lo comprendo: tú estás gordo y tienes aspecto de labrador.
—Lo soy, en efecto —contestó Billot.
—Pues entonces comprendo que digas paciencia: tú has comido siempre bastante; pero mira detrás de ti esos espectros que nos rodean; mira sus venas secas; cuenta sus huesos a través de los agujeros de su ropa, y pregúntales si comprenden la palabra paciencia.
—He aquí uno que habla muy bien —dijo Pitou—, pero me da miedo.
—Pues a mí no —replicó Billot.
Y añadió, volviéndose hacia el hombre:
—Sí, paciencia —pero un cuarto de hora nada más, le dijo.

—¡Ah, ah! —exclamó el hombre sonriendo—. A decir verdad, un cuarto de hora no es demasiado. Y ¿qué harás en ese tiempo?
—De aquí a un cuarto de hora, habré visitado la Bastilla; sabré qué guarnición tiene; cuáles son las intenciones de su gobernador, y, en fin, por dónde se entra en la fortaleza.
—También has de saber por dónde se sale.
—¡Pues bien! Si no salgo, un hombre vendrá para ayudarme a que salga.
—Y ¿quién es ese hombre?
—Goncho, el Mirabeau del pueblo.
El hombre se estremeció y sus ojos brillaron.
—¿Le conoces? —preguntó.
—No.
—Pues ¿entonces...?
—Que voy a conocerle; pues me han dicho que la primera persona a quien pregunte en la plaza de la Bastilla me presentará a él; tú estás en la plaza, y, por lo tanto, condúceme adonde se halle.
—¿Qué le quieres?
—Entregarle este papel.
—¿De quién es?
—De Marat, el médico.
—¡De Marat! ¿Conoces a Marat? —preguntó el hombre.
—Acabo de separarme de él.
—¿Dónde?
—En la Casa Ayuntamiento.
—¿Qué hace?
—Ha ido a armar veinte mil hombres en los Inválidos.
—En tal caso, dame ese papel: yo soy Gonchon.
Billot retrocedió un paso.
—¿Tú eres Gonchon? —preguntó.
—Amigos —dijo el hombre andrajoso—, he aquí uno que no me conoce, y que pregunta si es verdad que yo soy Gonchon.
La multitud soltó la carcajada. A todos aquellos hombres les pareció imposible que no se conociese a su orador favorito.
—¡Viva Gonchon! —gritaron dos o tres mil voces.
—Tomad —dijo Billot presentándole el papel.
—Amigos —gritó Gonchon después de haber leído y dando un golpecito en el hombro de Billot—, éste es un hermano; Marat me le recomienda, y, por lo tanto, se puede contar con él.
—¿Cómo te llamas? —añadió volviéndose hacia el labrador.
—Me llamo Billot[5].
—Y yo —dijo Gonchon—, me llamo Hacha, y espero que nosotros dos haremos alguna cosa buena.
La multitud sonrió al oír este sangriento juego de palabras.
—Sí, sí: haremos alguna cosa —dijo.
—Y ¿qué vamos a hacer? —preguntaron algunas voces.

[5] Debe advertirse que la palabra Billot significa tajo.

—¡Pardiez! —contestó Gonchon—. Pues vamos a tomar la Bastilla.
—Corriente —dijo Billot—, eso es lo que se llama hablar. Pero oye, bravo Gonchon: ¿de cuántos hombres dispones?
—De unos treinta mil.
—Pues treinta mil hombres de que dispones, veinte mil que van a llegarnos de los Inválidos, y diez mil que están ya aquí, es más de lo que necesitamos para triunfar.
—Y triunfaremos, —añadió Gonchon.
—Tal creo. Pues bien: reúne tus treinta mil hombres; yo entraré en la habitación del gobernador y le intimaré la rendición. Si se rinde, tanto mejor: así ahorraremos sangre. Si no se rinde, la sangre derramada caerá sobre su cabeza, y, en los tiempos que corremos, la sangre derramada por una causa injusta es de mal agüero. Preguntádselo a los alemanes.
—¿Cuánto tiempo estarás con el gobernador?
—Todo el tiempo que pueda, hasta que se ataque formalmente la Bastilla. Si es posible, tan luego como yo salga empezará el ataque.
—Está dicho.
—Supongo que no desconfías de mí —dijo Billot a Gonchon alargándole la mano.
—¡Yo! —respondió Gonchon con una sonrisa desdeñosa y apretando la mano que le presentaba el robusto campesino con un vigor que no hubiera creído encontrar en aquel cuerpo desmedrado. ¿Yo desconfiar de ti? Y ¿por qué? Si yo quisiera, a una sola palabra mía, a una señal, te haría machacar como si fueras de vidrio, aunque te pusieras al abrigo de esas torres que mañana habrán desaparecido; aunque te protegerían esos soldados que esta noche serán muertos o habrán dejado de existir. Anda, pues, y cuenta con Gonchon como él cuenta con Billot.
Billot quedó convencido y se encaminó a la puerta de la Bastilla, mientras su interlocutor se internaba en el arrabal, seguido de una muchedumbre que gritaba sin cesar:
—¡Viva Gonchon! ¡Viva el Mirabeau del pueblo!
—No sé cómo es el Mirabeau de los nobles —dijo Pitou al tío Billot—, pero el nuestro me parece muy feo.

## XVI

## LA BASTILLA Y SU GOBERNADOR

No describiremos la Bastilla, porque sería inútil.
Vive como una imagen eterna en la memoria de los ancianos y de los niños.
Nos contentaremos con recordar que, vista desde el bulevar, representaba hacia la plaza de la Bastilla dos torres gemelas, mientras que las dos caras se corrían paralelas a las dos orillas del canal que se ve actualmente.
La entrada de la Bastilla estaba defendida primero por un cuerpo de guardia, luego por dos líneas de centinelas, y después por dos puentes levadizos.
Franqueados estos obstáculos, se llegaba al patio del Gobierno, donde vivía el gobernador.
Desde este patio, una galería conducía a los fosos de la Bastilla.
En esta otra entrada, que daba también a los fosos, había igualmente un puente levadizo, un cuerpo de guardia y una verja de hierro.
En la primera entrada quisieron detener a Billot; pero éste enseñó el pase que le había dado Flesselles y le dejaron pasar.
Billot notó entonces que Pitou le seguía. Pitou no tenía iniciativa, pero hubiera sido capaz de bajar con Billot a los infiernos o subir con él hasta la luna.
—Quédate fuera—le dijo Billot—. Si no salgo, conviene que haya alguien que recuerde al pueblo que he entrado.
—Tenéis razón —contestó Pitou—. ¿Y al cabo de cuánto tiempo habrá que recordar eso?
—Dentro de una hora.
—¿Y la cajita?
—Es verdad. Escucha: si no salgo, si Gonchon no toma la Bastilla, o si después de tomarla no me encuentra, habrá que decir al doctor Gilberto, a quien seguramente se encontrará, que unos hombres procedentes de París me quitaron la cajita que me confió hace cinco años; que cuando lo eché de ver partí inmediatamente para avisarle que al llegar a París supe que estaba en la Bastilla, y que, al querer tomarla, he dejado en ella el pellejo, que estaba siempre a su disposición.
—Está bien, tío Billot —dijo Pitou—, sólo que todo eso es muy largo y temo que se me olvide.
—¿Qué estás diciendo?
—Lo que siente.
—Pues voy a repetírtelo.
—No —dijo una voz detrás de Billot—, mejor es escribirlo.
—Es que no sé escribir —dijo Billot.
—No importa: yo sé, como que soy alguacil.
—¡Ah! ¿Sois alguacil? —preguntó Billot.
—Sí: soy Estanislao Maillard, alguacil del Chátelet.
—Y sacó del bolsillo un gran tintero de cuerno, en el cual había pluma, papel y tinta; en una palabra: todo lo que se necesitaba para escribir.

Era hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, delgado, grave, vestido de negro, como convenía a su profesión.
—He ahí un individuo que parece un empleado de una funeraria —murmuró Pitou.
—Conque ¿decís que unos hombres procedentes de París os quitaron una cajita que os había confiado el doctor Gilberto? —preguntó el alguacil, impasible.
—Sí.
—Pues eso constituye un delito.
—Esos hombres pertenecían a la policía de París.
—¡Infame, ladrona! —murmuró Maillard.
Y enseguida, dando el papel a Pitou, añadió:
—Toma, joven: aquí tienes la nota pedida; y si le matan —y al decir esto designó a Billot—, o te matan, a mí quizás no me maten.
—Y si no os matan, ¿qué pensáis hacer? —preguntó Pitou.
—Lo que tú habrías debido hacer.
—Gracias —dijo Billot.
Y alargó la mano al alguacil.
Este se la estrechó con una fuerza que no hubiera creído encontrar en un cuerpo tan flaco.
—¿Es decir, que cuento con vos? —preguntó Billot.
—Como con Marat, como con Gonchon.
—He aquí una trinidad que de seguro no encontraré en el cielo —dijo Pitou.
Y, volviéndose a Billot, añadió:
—Prudencia, tío Billot, prudencia.
—Pitou —le contestó el colono con una elocuencia que a veces extrañaba en aquella naturaleza agreste, ten muy presente una cosa, y es que en Francia lo más prudente es el valor.
Y pasó por delante de los primeros centinelas, mientras Pitou salía a la plaza.
En el puente levadizo tuvo también que parlamentar y enseñar su pase; cayó el puente y se abrió la verja de hierro.
Detrás de la verja estaba el señor de Launay.
Aquel patio interior, en el cual el gobernador aguardaba a Billot, servía de paseo a los prisioneros y estaba defendido por ocho torres, es decir, por ocho gigantes. No daba a él ninguna ventana; jamás llegaba el sol hasta su pavimento húmedo y casi cenagoso: parecía, más bien que patio, el fondo de un ancho pozo.
En él había un reloj, sostenido por cautivos encadenados, el cual señalaba la hora, y desde el que caía el ruido lento y acompasado de sus minutos, como en un calabozo cae sobre la piedra que corroe la gota de agua que rezuma de su techo.
En el fondo de aquel pozo, el prisionero, perdido en un abismo de piedra, contemplaba un momento la inexorable desnudez de las losas, y no tardaba en pedir que lo volvieran a su encierro.
Acabamos de decir que detrás de la verja de aquel patio estaba el señor de Launay.

Era éste un hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años. Aquel día llevaba un traje gris; sobre el pecho la cinta encarnada de la cruz de San Luis y en la mano un bastón de estoque.
Era persona de malos sentimientos; las memorias de Luinguet acababa de darle triste celebridad, y se le aborrecía tanto como a la misma Bastilla.
De igual modo que los Cháteauneuf, los Lavrilliére y los Saint-Florentin, los de Launay se transmitían de padres a hijos el gobierno de la fortaleza.
Es sabido que no era el ministro de la Guerra el que nombraba los oficiales de las prisiones. En la Bastilla todos los empleos se compraban, desde el de gobernador hasta el de pinche de cocina. El gobernador era un conserje en grande, un chalán con charreteras, que a sus 60.000 francos de sueldo añadía otros 60.000 de extorsiones y rapiñas.
Fuerza era recobrar el capital y los intereses del dinero desembolsado.
En punto a avaricia, el señor de Launay había dejado muy atrás a sus predecesores. Quizá había pagado su plaza más cara y preveía que la conservaría menos tiempo.
Mantenía su casa a expensas de los prisioneros; les había mermado la leña para calentarse, y duplicado el precio de cada pieza de su ajuar.
Tenía el derecho de introducir en París cien toneles de vino libres de pago de consumos; derecho que vendía a un tabernero que hacía entrar así excelentes vinos, y con la décima parte de lo que recibía compraba el vinagre que daba a sus prisioneros.
Solamente un consuelo quedaba a los desgraciados presos de la Bastilla: era un jardinillo que habían plantado en un baluarte; allí se paseaban, y allí encontraban un momento aire, flores, luz, la naturaleza, en fin.
El señor de Launay había arrendado aquel jardín a un jardinero, y por cincuenta francos que recibía al año, privó a los presos de este último recreo.
Verdad es que con los prisioneros ricos se mostraba complaciente en extremo.
Y, con todo, aquel hombre era un valiente. Desde la víspera rugía la tempestad en torno suyo. Desde la víspera percibía la marea de la asonada que, creciendo sin cesar, azotaba el pie de sus murallas. Y, aunque estaba pálido, se le veía tranquilo. Es cierto que tenía tras sí, a su disposición, cuatro cañones prontos a hacer fuego; a su alrededor una guarnición de suizos y de inválidos, y delante solamente un hombre desarmado.
Billot, al entrar en la Bastilla, había entregado su carabina a Pitou, porque creyó que detrás de aquella verja cualquier arma sería peligrosa.
A la primera ojeada lo observó todo: la actitud serena y casi amenazadora del gobernador; los suizos preparados en los cuerpos de guardia; los inválidos en las plataformas, y la silenciosa agitación de los artilleros que iban llenando de cartuchos los depósitos de sus furgones.
Los centinelas estaban con el arma al brazo y los oficiales con la espada desenvainada.
Como el gobernador no se moviera, Billot tuvo que acercarse a él; la verja se cerró detrás del parlamentario del pueblo con un rechinamiento tan siniestro que, por valiente que fuese, le hizo sentir frío hasta en la médula de los huesos.
—¿Qué me queréis todavía? —preguntó el señor de Launay.

—¿Todavía? Pues me parece que es la primera vez que os veo, y, por consiguiente, no tenéis derecho de estar cansado de verme.
—Es que me dicen que venís de la Casa Ayuntamiento.
—Es verdad: de allí vengo.
—Pues bien: hace poco he recibido una comisión del Ayuntamiento.
—¿Y a qué ha venido?
—A exigirme la promesa de no romper el fuego.
—¿Y se lo habéis prometido?
—Sí. Además me ha pedido que mande retirar los cañones.
—Y los habéis retirado. Ya lo sabía; yo estaba en la plaza de la Bastilla cuando se ejecutó la maniobra.
—¿Y sin duda habréis creído que era por obedecer a las amenazas del pueblo?
—Al menos así lo parecía —dijo Billot.
—¡Cuando yo os decía, señores —gritó de Launay volviéndose a los oficiales—, cuando yo os decía que iban a creer que éramos capaces de semejante cobardía!...
Y, volviéndose otra vez a Billot, añadió:
—Y vos ¿de parte de quién venís?
—De parte del pueblo —contestó Billot con arrogancia.
—Está bien —dijo de Launay sonriendo—, pero supongo que traeréis además otra recomendación, porque con la que invocáis no os hubieran dejado pasar los centinelas.
—Sí, traigo un salvoconducto de vuestro amigo el señor de Flesselles.
—¡Flesselles! ¿Decís que es mi amigo? —replicó de Launay mirando a Billot como si quisiera leer hasta lo más profundo de su corazón—, ¿Qué motivos tenéis para saber si el señor de Flesselles es mi amigo o no?
—He supuesto que lo era.
—¿Suposición y nada más? Está bien. Veamos el salvoconducto.
Billot le presentó el papel.
De Launay lo leyó y releyó; le abrió para ver si contenía alguna postdata oculta entre las dos hojas, y lo miró al trasluz por si había algún renglón escrito entre los otros.
¿Es esto todo lo que me dice? —preguntó.
—Todo.
—¿Estáis seguro de ello?
—Enteramente seguro.
—¿No ha añadido nada de palabra?
—Nada absolutamente.
—¡Es extraño! —dijo de Launay dirigiendo una mirada a la plaza de la Bastilla, al través de las aspilleras.
—Pero ¿qué queréis que os dijera? —preguntó Billot.
De Launay hizo un movimiento.
—Nada, a la verdad. ¡Ea! Decid lo que se os ofrece; pero despachad, tengo prisa.
—Pues bien: lo que quiero es que nos entreguéis la Bastilla.
—¡Qué decís! —exclamó de Launay volviéndose vivamente como si hubiera oído mal. ¿Qué habéis dicho?

—Digo que vengo a intimaros en nombre del pueblo que nos entreguéis la Bastilla.
De Launay se encogió de hombros, y luego dijo:
—A la verdad, el pueblo es un animal muy extraño.
—¿Qué?
—Y ¿qué quiere hacer con la Bastilla?
—Arrasarla.
—¿Y al pueblo qué le importa la Bastilla? ¿Acaso ha sido encerrado en ella alguna vez un hombre del pueblo? Al contrario, debería bendecir cada una de sus piedras. ¿A quién encierran en esta prisión? A los filósofos, a los sabios, a los aristócratas, a los ministros, a los príncipes, es decir, a los enemigos del pueblo.
—Pues bien: eso prueba que el pueblo no es egoísta.
—Amiguito —dijo de Launay con una especie de conmiseración—, bien se ve que no sois soldado.
—Tenéis razón: soy colono.
—Y que no sois de París.
—En efecto: soy provinciano.
—Y que no conocéis a fondo la Bastilla.
—Tenéis razón: no conozco más que lo que he visto de ella, es decir, los muros exteriores.
—Pues seguidme y os enseñaré lo que es la Bastilla.
—¡Oh, oh! —dijo Billot para sí—. Me va a hacer pasar por algún escotillón que se abrirá de pronto bajo mis pies, y después buenas noches, tío Billot.
Pero el intrépido colono no pestañeó y se dispuso a seguir al gobernador de la Bastilla.
—Ante todo —dijo de Launay—, bueno es que sepáis que tengo en los sótanos suficiente pólvora para volar la Bastilla y con ella la mitad del barrio de San Antonio.
—Lo sé —contestó tranquilamente Billot.
—Corriente. Ved ahora esos cuatro cañones.
—Ya los veo.
—Pues esas piezas enfilan toda esta galería, la cual está defendida primero por un cuerpo de guardia, luego por dos fosos que no se pueden pasar sino echando dos puentes levadizos, y, en fin, por una verja.
—No digo que la Bastilla esté mal defendida —respondió tranquilamente Billot—, sino que será bien atacada.
—Prosigamos —dijo de Launay.
Billot hizo con la cabeza un ademán de asentimiento.
—He aquí una poterna que da a los fosos —dijo el gobernador—, ved el espesor de los muros.
—Sí, unos cuarenta pies, poco más o menos.
—Sí, cuarenta por abajo y quince por arriba. Ya veis que, por buenas uñas que tenga el pueblo, se las doblará en estas piedras.
—No he dicho que el pueblo arrasaría la Bastilla antes de tomarla, pero sí después.
—Subamos —dijo de Launay. -

—Subamos.
Y subieron unos treinta escalones. El gobernador se detuvo.
—Mirad: aquí tenéis una tronera que da al sitio por donde queréis entrar; no está defendida más que por un mosquete; pero que goza de cierta fama. Ya sabréis aquella cancioncita:

*¡Oh mi gaita querida,*
*gaita de mis amores!...*

—Sí, la sé —dijo Billot—, pero no creo que es ahora ocasión de cantarla.
—Es que habéis de saber que el mariscal de Sajonia llamaba a este cañoncito su gaita, porque sabía tocar a la perfección la música que más le agradaba. Es un detalle histórico.
—¡Oh! —exclamó Billot.
—Vamos adelante.
Y siguieron subiendo, hasta llegar a la plataforma de la torre de la Comté.
—¡Ah, ah! —exclamó Billot.
—¿Qué es? —preguntó de Launay.
—Que no habéis mandado bajar los cañones.
—No: he mandado únicamente que los retiren un poco.
—Pues sabed que he de decir al pueblo que aun están ahí los cañones.
—Decídselo enhorabuena.
—¿Es decir, que no queréis mandarlos bajar?
—No.
—¿Decididamente?
—Señor mío: los cañones del rey están ahí de orden suya, y no se les moverá de ese sitio sino por otra orden del rey.
—Señor de Launay —dijo Billot, elevando la expresión y el sentido de sus palabras a la altura de la situación—, el verdadero rey a quien os aconsejo que obedezcáis es ése. Y designó al gobernador la muchedumbre, ensangrentada en algunos puntos por el combate de la víspera, y que ondulaba delante de los fosos haciendo relucir sus armas al sol.
—Señor mío —replicó a su vez de Launay irguiendo la cabeza con arrogancia—, puede ser que vos conozcáis dos reyes; pero yo, en mi calidad de gobernador de la Bastilla, no conozco más que uno, Luis XVI que ha puesto su firma al pie de un despacho en virtud del cual mando aquí los hombres y las cosas.
—Pero ¿acaso no sois ciudadano? —exclamó Billot, colérico.
—Soy un caballero francés —contestó el gobernador.
—Es verdad: sois militar y habláis como tal...
—Vos lo habéis dicho —replicó de Launay inclinándose—, soy militar, y, a fuer de tal, cumplo con mi consigna.
—Pues yo soy ciudadano; y como mi deber de ciudadano está en oposición con vuestra consigna de militar, uno de los dos morirá: o el que obedezca su consigna, o el que cumpla con su deber.
—Es muy probable.
—Conque ¿estáis resuelto a mandar hacer fuego contra el pueblo?

—No lo haré, mientras el pueblo no sea el primero en atacar. Así lo he prometido bajo palabra a los enviados del señor de Flesselles. Ya veis que he retirado los cañones; pero al primer tiro que se dispare desde la plaza a esta fortaleza...
—¿Qué sucederá?
—Que me acercaré a uno de los cañones, a éste, por ejemplo; yo mismo lo haré rodar hasta la tronera, lo apuntaré, y lo dispararé con esta mecha.
—¿Vos mismo?
—Yo mismo.
—Si lo creyese —dijo Billot—, antes de que cometieseis semejante crimen...
—Ya os he dicho que soy militar, y que no conozco más que mi consigna.
—Pues bien, mirad —dijo Billot llevando a de Launay hasta una tronera, y designándole alternativamente con el dedo dos puntos diferentes, el barrio de San Antonio y el bulevar—, de hoy en adelante ése será el que os dará vuestra consigna.
Y mostraba al gobernador dos masas negras, densas, clamorosas, que obligadas a plegarse en forma de lanzas estrechadas por los bulevares, ondulaban como una inmensa serpiente, de la cual se veía la cabeza y el cuerpo, pero cuyos últimos anillos se perdían en los repliegues del terreno sobre el cual se arrastraba.
Y todo cuanto se veía del gigantesco reptil parecía brillar con escamas luminosas.
Eran los dos ejércitos del pueblo a los cuales Billot había dado cita en la plaza de la Bastilla, capitaneados el uno por Marat y el otro por Gonchon.
Avanzaban por ambos lados agitando sus armas y lanzando gritos terribles.
De Launay perdió el color al verlos, y, levantando el bastón, gritó:
—¡A las piezas!
Enseguida, acercándose a Billot con amenazador ademán, le dijo:
—Y vos, desventurado, vos que venís aquí so pretexto de parlamentar mientras los demás nos atacan, ¿sabéis que merecéis la muerte?
Billot vio el movimiento y, rápido como el relámpago, cogió a de Launay del cuello y de la cintura.
—Y vos —contestó levantándole en el aire—, mereceríais que os arrojase por encima del parapeto para que fuerais a estrellaros al fondo de ese foso. Pero, Dios mediante, os combatiré de otro modo.
En aquel momento, un clamor inmenso, universal, que subía de abajo a arriba, pasó por el airé como un huracán, y el señor de Losme, mayor de la Bastilla, apareció en la plataforma.
—Señor —exclamó dirigiéndose a Billot—, por favor, asomaos, porque el pueblo cree que os ha sucedido alguna desgracia, y quiere veros.
En efecto: el nombre de Billot, esparcido por Pitou entre la muchedumbre, llegaba hasta ellos entre el confuso clamoreo.
Billot soltó al señor de Launay, quien metió el estoque en el bastón.
Luego hubo entre aquellos tres hombres un momento de vacilación, durante el cual resonaron gritos de amenaza y de venganza.
—Asomaos —dijo de Launay—, no porque esos gritos me intimiden, sino porque se sepa que soy un hombre leal.
Entonces Billot se asomó a las almenas, haciendo una seña con la mano.

Al verlo, el pueblo prorrumpió en aplausos. Parecía Billot en aquel instante la revolución personificada en un hombre del pueblo, que pisaba por primera vez como dominador la plataforma de la Bastilla.
—Basta —dijo de Launay—, hemos concluido; ya no tenéis nada que hacer aquí; y, puesto que la plaza os llama, bajad.
Billot apreció esta moderación por parte de un hombre en cuyo poder estaba, y bajó por la misma escalera por donde había subido, seguido del gobernador.
El mayor se quedó arriba, porque de Launay acababa de darle algunas órdenes en voz baja.
Era evidente que el gobernador de la Bastilla no tenía más que un deseo: el de tener pronto al parlamentario frente a frente como enemigo.
Billot atravesó el patio sin decir una palabra; vio los artilleros al lado de sus piezas, y las mechas encendidas.
Billot se detuvo delante de ellos.
—Amigos: tened en cuenta que he venido a pedir a vuestro jefe que evite la efusión de sangre y que se ha negado a ello.
—¡En nombre del rey! —exclamó de Launay, golpeando el suelo con su pie—, salid de aquí.
—Tened entendido —replicó Billot—, que si me hacéis salir en nombre del rey, volveré a entrar en nombre del pueblo.
Luego, volviéndose hacia el cuerpo de guardia de los suizos, les preguntó:
—Y vosotros, ¿por quién estáis aquí?
Los suizos no contestaron.
De Launay le designó con la mano la puerta de hierro.
Billot quiso hacer el último esfuerzo.
—Caballero —dijo a de Launay—, ¡en nombre de la nación! ¡En nombre de vuestros hermanos!
—¡De mis hermanos! Llamáis hermanos míos a los que gritan: «¡Abajo la Bastilla! ¡Muera el gobernador!» Esos serán hermanos vuestros, pero de seguro que no lo son míos.
—Entonces... en nombre de la humanidad.
—¿En nombre de la humanidad, y venís en número de cien mil a degollar cien desgraciados soldados encerrados en estos muros?
—Entregando la Bastilla al pueblo, les salváis la vida.
—Y quedo deshonrado.
Billot no replicó, porque aquella lógica de soldado le desarmaba; pero, dirigiéndose de nuevo a los suizos y a los inválidos, exclamó:
—Rendíos, amigos míos: aun es tiempo. Dentro de diez minutos será demasiado tarde.
—Si no salís al punto de aquí —exclamó a su vez de Launay—, a fe de caballero que os mando fusilar.
Billot se detuvo un momento, se cruzó de brazos en ademán de reto, y, mirando por última vez a de Launay, salió.

## XVII

## LA BASTILLA

La multitud esperaba, sofocada por el ardiente sol de julio, y llena de furia. La gente de Gonchon acababa de reunirse con la de Marat. El barrio de San Antonio reconocía y saludaba a su hermano el barrio de San Marceau.

Gonchon estaba al frente de sus patriotas; pero Marat había desaparecido.

El aspecto de la plaza era terrible.

Cuando la muchedumbre vio a Billot, redoblaron sus gritos.

—¿Qué hay? —preguntó Gonchon acercándose a él.

—Que ese hombre es un valiente —contestó Billot.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Quiero decir que se mantiene firme.

—¿No quiere rendir la Bastilla?

—No.

—¿Está resuelto a sostener el sitio?

—Sí.

—Y ¿creéis que lo sostendrá mucho tiempo?

—Hasta morir.

—Sea, pues: hasta morir.

—Pero ¡cuántos hombres vamos a hacer que mueran! —exclamó Billot poniendo en duda que Dios le hubiese dado el derecho que se arrogan los generales, los reyes y los emperadores—, privilegiados para derramar sangre.

—¡Bah! —dijo Gonchon—. Hay mucha gente de sobra en el mundo, puesto que falta pan para la mitad de la población. ¿No es verdad, amigos? —añadió Gonchon volviéndose a la multitud.

—Sí, sí —contestó ésta con abnegación sublime.

—Pero ¿y el foso? —preguntó Billot.

—No hay necesidad de rellenarle sino por un solo sitio —contestó Gonchon—, y he calculado que con la mitad de nuestros cuerpos se puede llenar el foso entero. ¿No es así, amigos?

—Sí, sí —respondió la multitud con el mismo entusiasmo que antes.

—Pues adelante —dijo Billot.

En aquel momento apareció de Launay en la azotea, acompañado del mayor Losme y de dos o tres oficiales.

—Empieza —gritó Gonchon al gobernador.

Este volvió la espalda sin contestarle.

Gonchon, que habría quizás soportado la amenaza, no toleró el desdén; encaróse la carabina, y cayó muerto uno de los que acompañaban al gobernador.

Cien, mil tiros de fusil disparados a la vez, como si no se hubiese aguardado más que aquella señal, salpícaron de manchas blancas las torres grises de la Bastilla.

A esta descarga siguió un silencio de algunos segundos, como si la misma muchedumbre se hubiese asustado de lo que acababa de hacer.

Al poco rato, en la cresta de una torre se vio brillar un fogonazo entre una nube de humo; resonó una detonación, y de la apiñada multitud partieron gritos de dolor. La Bastilla acababa de disparar el primer cañonazo, y se derramaba la primera sangre. La batalla estaba empeñada.
Lo que entonces experimentó quella muchedumbre, poco antes tan amenazadora, se parecía mucho al terror. Aquella Bastilla, en el mero hecho de ponerse en defensa, se presentaba a sus ojos como una fortaleza inexpugnable. El pueblo esperaba, sin duda, que en aquel tiempo de concesiones se alcanzaría también ésta sin efusión de sangre.
Pero el pueblo se engañaba. El cañonazo disparado contra él le dio a conocer lo titánico de la empresa que había acometido.
Siguióle inmediatamente una descarga de fusilería disparada desde la plataforma de la Bastilla.
Luego se siguió un nuevo silencio, interrumpido sólo por algunos gritos, gemidos y quejas que salían de entre la multitud.
Entonces hubo una gran agitación en aquella masa: era que el pueblo empezaba a recoger sus muertos y heridos.
Pero el pueblo no pensó en huir, o, si lo pensó, tuvo vergüenza al contar su número.
En efecto: los bulevares, la calle y el barrio de San Antonio eran un inmenso mar de hombres; cada ola tenía una cabeza y cada cabeza dos ojos centelleantes y una boca amenazadora.
En un momento todas las ventanas de las casas aparecieron, llenas de tiradores aun las que estaban fuera de alcance.
Si asomaba a las azoteas o a las troneras un inválido o un suizo, al instante le apuntaban cien fusiles, y la granizada de balas descantillaba los ángulos de las piedras tras las cuales se guarecían los soldados.
Pero pronto se cansaban de disparar a los muros insensibles. Los disparos iban dirigidos a la carne. Sangre y no polvo era lo que se quería ver brotar.
Todos daban su parecer en medio de la multitud y de los clamores.
Formaban corro alrededor del que se ponía a hablar, y cuando notaban que su proposición era desatinada, se alejaban.
Un carretero proponía que se hiciese una especie de catapulta, por el estilo de las antiguas máquinas romanas, para abrir brecha en la Bastilla.
Los bomberos proponían apagar con sus bombas los cebos de los cañones y las mechas de los artilleros, sin caer en la cuenta de que la más poderosa de sus bombas no podría lanzar el agua más que a los dos tercios de la altura de los muros de la fortaleza.
Un cervecero, que capitaneaba la gente del barrio de San Antonio y cuyo nombre adquirió después triste celebridad, proponía incendiar la fortaleza con aguarrás que se inflamaría con fósforo.
Billot escuchó una tras otra todas estas proposiciones. Al oír la última, cogió un hacha de manos de un carpintero y, avanzando en medio de una lluvia de balas que herían y derribaban en torno suyo los hombres apiñados como las espigas en un campo de trigo, llegó a un pequeño cuerpo de guardia que había junto al

primer puente levadizo, y, en medio de la metralla que silbaba sobre el techo, rompe las cadenas y deja caer el puente.
Durante el cuarto de hora que duró esta empresa casi insensata, la muchedumbre se detuvo anhelante. A cada detonación esperaba ver rodar al arrojado obrero. La multitud se olvidaba del peligro que ella misma corría para no pensar sino en el que, amenazaba a aquel hombre. Cuando vio caer el puente, lanzó un gran grito y se precipitó al primer patio.
Fue tan rápido el movimiento, tan impetuoso, tan irresistible, que no pudieron oponer obstáculo.
Los gritos de un júbilo frenético anunciaron a de Launay esta primera ventaja.
Ni siquiera se hizo caso de un hombre que había perecido aplastado bajo aquella masa de madera.
Entonces los cuatro cañones que el gobernador habla enseñado a Billot, disparados a la vez con formidable estampido, barrieron todo aquel primer patio.
El huracán de hierro dejó trazado en la multitud un largo surco de sangre; diez o doce muertos y quince o veinte heridos quedaron en el sitio por donde pasó la metralla.
Billot se deslizó desde el techo del cuerpo de guardia al suelo, y se encontró con Pitou que había llegado allí sin saber como. Pitou tiene la mirada perspicaz; es la costumbre del cazador furtivo. Ha visto que los artilleros acercan la mecha al oído del cañón, y cogiendo a Billot por el faldón del chaquetón le ha hechado vivamente hacia atrás. Un ángulo de la muralla los ha puesto a ambos a cubierto de aquella primera descarga.
Desde aquel momento la cosa iba poniéndose seria: el tumulto era espantoso; la refriega, mortal; diez mil tiros resonaron a la vez alrededor de la Bastilla, más peligrosos para los sitiadores que para los sitiados. Por último, un cañón, servido por los guardias franceses, vino a aumentar con su estampido el fragor de aquella descarga cerrada.
Ruido espantoso que embriagó a la multitud y que asustó también a los sitiados, que, al contarse, comprenden que jamás podrán hacer ellos un ruido semejante al que los atronaba.
Los oficiales de la Bastilla conocen instintivamente que sus soldados cejan; y, cogiendo fusiles, se ponen a su vez a hacer fuego.
En medio de aquel estruendo de artillería y fusilería, y de los alaridos de la muchedumbre, en el momento en que el pueblo se precipita para recoger de nuevo los muertos y convertir en arma aquellos cadáveres que pedirán venganza por la boca de sus heridas, aparece a la entrada del primer patio un grupo de hombres pacíficos y desarmados que, atravesando por entre el gentío, avanzan dispuestos a sacrificar su vida, protegida solamente por la bandera blanca que les precede y que indica que son parlamentarios.
En efecto: era una comisión de la Casa Ayuntamiento; los electores sabían que se habían roto las hostilidades; querían poner término a la efusión de sangre y obligaron a Flesselles a hacer nuevas proposiciones al gobernador.
Estos comisionados iban, en nombre de la ciudad, a intimar a de Launay y que mandara cesar el fuego y que accediese a admitir en la fortaleza cien hombres de

milicia ciudadana que garantizarían las vidas de los ciudadanos, la suya y la de la guarnición.
Así lo anunciaban los comisionados a su paso. El pueblo, asustado de la empresa que había acometido, y al ver pasar en parihuelas los muertos y los heridos, estaba pronto a apoyar esta proposición: que de Launay aceptara una semiderrota y se contentara con una semivictoria.
A la vista de los comisionados cesa el fuego del segundo patio; se les hace seña de que pueden acercarse, y se acercan en efecto, resbalando en la sangre, saltando por encima de los cadáveres y alargando la mano a los heridos.
Resguardado por ellos, el pueblo se agrupa: se lleva los muertos y los heridos, y quedan únicamente los charcos de sangre en el pavimento de los patios.
Por parte de la fortaleza el fuego ha cesado. Billot sale para procurar que cese el de los sitiadores, y encuentra a la puerta a Gonchon sin armas, arengando como un inspirado y tranquilo como si fuese invulnerable.
—¿Qué es de la comisión? —preguntó a Billot.
—Que ha entrado en la Bastilla. Mandad cesar el fuego.
—Es inútil —contestó Gonchon con la misma certidumbre que si Dios le hubiera concedido el don de adivinar lo futuro; no accederá a ello.
—No importa: respetemos las costumbres de la guerra, puesto que nos hemos convertido en soldados.
—Enhorabuena —dijo Gonchon.
Y, dirigiéndose enseguida a dos hombres del pueblo que parecían mandar a sus órdenes a toda aquella masa, añadió:
—Elias, Hullin: id y que no se dispare ningún tiro más.
Los dos ayudantes de campo se alejaron hendiendo las oleadas del pueblo, y en breve el ruido de la fusilería disminuyó poco a poco, extinguiéndose luego enteramente.
Sucedió un momento de reposo, aprovechando para curar a los heridos, que eran ya treinta y cinco o cuarenta.
Mientras tanto, dieron las dos de la tarde: el ataque había empezado a las doce: hacía dos horas que estaba entablada la lucha.
Billot volvió a su puesto, seguido entonces de Gonchon.
Dirigió éste inquietas miradas a la verja, siendo visible su impaciencia.
—¿Qué tenéis? —le prepuntó Billot.
—Que si dentro de dos horas no hemos tomado la Bastilla —contestó Gonchon—, todo está perdido.
—¿Por qué?
—Porque la corte tendrá noticia de la faena en que estamos ocupados, enviará contra nosotros a los suizos de Bezenval y a los dragones de Lambescq, y quedaremos cogidos entre dos fuegos.
Billot tuvo que confesar que no carecía de fundamento lo que Gonchon temía.
Por fin volvieron a aparecer los comisionados; por la tristeza de sus semblantes, se conoció que no habían conseguido nada.
—¿Qué os dije? —exclamó Gonchon radiante de alegría—. Sucederá lo que he vaticinado: la maldita fortaleza está destinada a caer.

Luego, sin interrogar siquiera a los comisionados, lanzóse fuera del primer patio, gritando:
—¡A las armas, hijos míos, a las armas! El comandante rechaza la proposición.
En efecto: tan luego como de Launay leyó la carta de Flesselles, se animó su fisonomía, y, en vez de ceder a las proposiciones que se le hacían, contestó:
—Señores parisienses, habéis querido el combate: ahora es ya demasiado tarde.
Los parlamentarios insistieron, representándole todas las desgracias que su defensa podía causar; pero no quiso escucharles y acabó por decirles lo que dos horas antes había dicho a Billot:
—Salid u os mando fusilar.
Y los parlamentarios se retiraron.
Aquella vez fue de Launay quien tomó la ofensiva. Parecía fuera de sí de impaciencia. Antes que los parlamentarios hubieran traspuesto el umbral del patio, resonó la gaita del duque de Sajonia, y cayeron tres personas, una muerta y dos heridas.
Aquellos dos heridos eran, el uno un guardia francés y el otro un parlamentario.
Al ver que se llevaban cubierto de sangre a aquel hombre, que por su carácter era sagrado, la muchedumbre se enfureció.
Los dos ayudantes de campo de Gonchon volvieron a ponerse a su lado; pero cada uno de ellos ha tenido tiempo de ir a su casa a cambiar de traje.
Verdad es que el uno vivía junto al Arsenal y el otro en la calle de Charonne.
Hullin, que había sido relojero en Ginebra y luego cazador del marqués de Conflans, volvió vestido con su librea, que se parecía mucho al uniforme de un oficial húngaro.
Elias, ex oficial del regimiento de la reina, fue a ponerse su uniforme, que debía inspirar más confianza al pueblo, haciéndole creer que el ejército estaba por él y con él.
Rompióse otra vez el fuego con más saña que antes.
En aquel momento, el mayor de la Bastilla, señor de Losme, se acercó al gobernador.
Era un soldado valeroso y honrado, pero en el interior tenía algo de paisano, y veía con dolor lo que pasaba y, sobre todo, lo que iba a pasar.
—Ya sabéis —le dijo—, que carecemos de víveres.
—Lo sé —contestó de Launay.
—También sabéis qué no tenemos órdenes de nadie.
—Dispensad, señor de Losme: tengo orden de cerrar la Bastilla, y por eso me han dado las llaves.
—Las llaves sirven para abrir las puertas, lo mismo que para cerrarlas. No vayáis a hacer que perezca toda la guarnición sin salvar la fortaleza. Dos triunfos para un mismo día. Mirad esos hombres que matamos; no parece sino que brotan de la tierra. Esta mañana eran quinientos; hace tres horas llegaban ya a diez mil; ahora son más de sesenta mil y mañana serán cien mil. Cuando nuestros cañones enmudezcan, y acabarán por ahí, serán bastante fuertes para demoler la Bastilla con sus manos.
—No habláis como buen militar, señor de Losme.

—Hablo como buen francés. Digo que, como Su Majestad no nos ha dado ninguna orden... Digo que, como el señor preboste de los mercaderes nos ha dirigido una proposición muy aceptable, cual era la de admitir cien hombres de milicia ciudadana en la fortaleza, podéis aceptar la proposición del señor de Flesselles para evitar los males que preveo.
—Según veo, en vuestro concepto, el poder que representa la villa de París es una autoridad a la que debemos obediencia.
—A falta de la autoridad directa de Su Majestad, sí: tal es mi parecer.
—Pues bien —dijo llevándose al mayor a un rincón del patio—, leed, señor de Losme.
Y le presentó un pedazo de papel.
El mayor leyó en él estas palabras:

«Manteneos firme: entretengo a los parisienses con escarapelas y promesas. Antes del anochecer, de Bezenval os enviará refuerzos.

DE FLESSELLES.»

—¿Cómo ha llegado a vuestras manos este billete? —preguntó el mayor.
—Dentro de la carta que me han traído los parlamentarios. Creían entregarme la invitación para que rindiera la Bastilla, y me entregaban la orden de defenderla.
El mayor bajó la cabeza.
—Id a vuestro puesto —le dijo de Launay—, y no os separéis de él hasta que os mande llamar. El señor de Losme obedeció.
Launay dobló con frialdad la carta, se la metió en el bolsillo y volvió a ponerse al frente de sus artilleros, encargándoles que apuntaran bajo y bien.
Los artilleros obedecieron como había obedecido el señor de Losme.
Pero ya estaba decidida la suerte de la Bastilla, y ningún poder humano era capaz de contrarrestarla.
A cada cañonazo, el pueblo respondía ¡«¡Queremos la Bastilla!»
Y mientras las voces pedían, los brazos obraban. Entre las voces que más enérgicamente pedían, entre los brazos que obraban con mayor eficacia, figuraban las voces y los brazos de Pitou y de Billot.
Sólo que cada cual se portaba según su naturaleza. Billot, valeroso y confiado, a la manera del dogo, avanzaba cada vez más, despreciando las balas y la metralla.
Pitou, prudente y circunspecto como el zorro, dotado en alto grado del instinto de conservación, ponía en juego todas sus facultades para conocer el peligro y esquivarlo.
Conocía cuáles eran las troneras más peligrosas y distinguía el imperceptible movimiento de las armas que iban a descargarse. Había acabado por adivinar el momento preciso en que la batería iba a disparar al través del puente levadizo.
Entonces, después de ponerse en acción sus ojos, ponía en acción sus miembros.
Achicaba los hombros, hundíasele el pecho, y todo su cuerpo no presentaba más superficie que una tabla vista de canto.
En aquellos momentos no quedaba de Pitou, del gordinflón Pitou, porque lo único que tenía flaco eran las piernas, no quedaba más, decimos, que una arista parecida a la línea geométrica, sin latitud ni profundidad.

Se había situado en un rincón, en el paso del primer puente levadizo al segundo, una especie de parapeto vertical, formado por saledizos de piedra; su cabeza estaba resguardada por una de estas piedras y su vientre por otra; sus rodillas por una tercera, y celebraba que la naturaleza y el arte de las fortificaciones se hubieran combinado tan agradablemente que hubiese hallado una piedra para preservar cada uno de los puntos en que una herida podía ser mortal.

Desde su rincón, donde se había agazapado, como una liebre en su madriguera, disparaba de vez en cuando el fusil, para descargo de su conciencia, porque no tenía enfrente más que piedras y pedazos de madera; pero esto debía gustarle mucho al tío Billot, que le gritaba:

—¡Tira, perezoso, tira!

Y él, a su vez, interpelando al tío Billot para calmar su ardor, en lugar de excitarle, le gritaba:

—No os pongáis tan al descubierto. O bien:

—Cuidado, señor Billot, retiraos: mirad que el cañón os dispara; mirad que el perro de la gaita ladra.

Y no bien pronunciaba Pitou estas palabras llenas de previsión, estallaba el fuego de cañón o de fusilería, y la metralla barría el paso.

A pesar de todas estas advertencias, Billot hacía prodigios de valor, pero todo en vano. No pudiendo derramar su sangre, y a la verdad no por culpa suya, derramaba a mares su sudor.

Dies veces le cogió Pitou por el faldón de su casaca, y a pesar suyo le tumbó en el suelo, precisamente en el momento en que una descarga le hubiera destrozado.

.

Pero Billot se levantaba siempre, no sólo como Anteo, más fuerte que antes, sino con una idea nueva.

Ocurriósele una vez ir a cortar las vigas que sujetaban las cadenas en el tablero mismo del puente, como ya lo había hecho.

Entonces Pitou prorrumpió en alaridos para detener al colono; mas, viendo que eran inútiles, se lanzaba fuera de su abrigo, diciendo:

—Señor Billot: mirad que, si os matan, la señora Billot quedará viuda.

Los suizos asomaron oblicuamente los cañones de sus fusiles por la tronera de la gaita, para apuntar al temerario que intentaba destrozar el puente.

Otras veces, Billot gritaba para que acercaran el cañón de los guardias franceses, con objeto de destruir el puente; pero entonces la gaita tocaba, los artilleros retrocedían y Billot se quedaba solo para cargar y disparar la pieza, lo cual era causa que Pitou volviera a salir de su refugio.

—Señor Billot —gritaba—, señor Billot: pensad que, si os matan, la señorita Catalina se quedará huérfana.

Y Billot cedía a esta observación, que, al parecer, le causaba más impresión que la primera.

Por último, la fecunda imaginación del colono concibió una nueva idea.

Corrió a la plaza, gritando: —¡Una carreta! ¡Una carreta!

Pitou reflexionó que lo que era bueno de por sí debiera ser mejor duplicándolo, y siguió a Billot, gritando:

—¡Dos carretas! ¡Dos carretas!

Inmediatamente le llevaron diez carretas.
—¡Venga paja y heno seco! —gritó Billot.
—¡Paja y heno seco! —repitió Pitou.
Y doscientos hombres llevaron al punto sus respectivos haces de heno o de paja.
Otros amontonaron estiércol seco en angarillas.
Fue preciso decir que había ya diez veces más heno del que se necesitaba; pues en una hora se reunió un montón de forraje tan alto como la Bastilla.
Billot se cogió a los varales de una carreta cargada de paja, y en lugar de tirar de ella, la empujó hacia delante.
Pitou hizo otro tanto sin saber lo que hacía, pero pensó que debía imitar al colono.
Elias y Hullin adivinaron lo que se proponía hacer Billot, y, cogiendo cada cual su carreta, la empujaron hacia el patio.
Al trasponer el umbral, empezó a llover sobre ellos la metralla, y las balas se introdujeron en la paja o en la madera de las carretas con un ruido estridente; pero ninguno de los acometedores resultó herido.
Entonces se situaron detrás de las carretas doscientos o trescientos hombres con fusiles y, guareciéndose de ellas, consiguieron ponerse debajo del tablero del puente.
Billot sacó de su bolsillo eslabón y yesca, puso una pulgarada de pólvora en un pedazo de papel, y prendió fuego a la pólvora.
La pólvora encendió el papel y el papel la paja.
Con aquel fuego se incendiaron a la vez las cuatro carretas.
Para apagarlo, los sitiados tenían forzosamente que salir, y al salir se exponían a una muerte cierta.
La llama pasó al tablero, mordió la madera con sus dientes de fuego, y se corrió serpenteando a lo largo de las armazones del puente.
Un grito de júbilo, salido de la corte, halló eco en toda la plaza de San Antonio. Se veía subir el humo por encima de las torres; y todos suponían que estaba ocurriendo algo funesto para los sitiados.
En efecto: las cadenas enrojecidas se desprendieron de los maderos, y el puente vino a tierra, medio roto y medio quemado, humeante y chisporroteando.
Los bomberos acudieron con sus bombas. El gobernador mandó hacer fuego; pero los inválidos se negaron.
Únicamente los suizos obedecieron; pero los suizos no eran artilleros y hubo que abandonar las piezas.
En cambio, los guardias franceses, viendo que en la fortaleza cesaba el fuego de artillería, pusieron su pieza en batería: al tercer disparo rompieron la verja.
El gobernador había subido a la plataforma de la Bastilla para ver si llegaban los refuerzos prometidos, cuando, de pronto, se encontró rodeado de humo. Entonces fue cuando bajó precipitadamente y mandó a los artilleros hacer fuego.
La negativa de los inválidos le exasperó; y cuando vio rota la verja comprendió que todo estaba perdido.
El señor de Launay sabía que el pueblo le odiaba, y adivino que no había salvación posible para él. Todo el tiempo que duró el combate estuvo pensando en sepultarse bajo las ruinas de la Bastilla.

Por eso cuando se convenció de la inutilidad de la defensa, arrancó una mecha de manos de un artillero, y corrió al sótano donde estaban las municiones.
—¡La pólvora! —exclamaron los soldados llenos de terror—. ¡La pólvora, la pólvora!
Habían visto brillar la mecha en manos del gobernador, y adivinaron su intención.
Dos soldados se precipitaron sobre él y le apuntaron al pecho las bayonetas en el momento en que abría la puerta.
—Podéis matarme si queréis —les dijo de Launay—, pero antes que me matéis tendré tiempo de arrojar esta mecha en medio de los barriles; y entonces todos volaremos, sitiadores y sitiados.
Los dos soldados se detuvieron, aunque sin apartar sus bayonetas del pecho del gobernador; pero siempre era éste el que allí mandaba, porque conocía que tenía en sus manos la vida de todos. Su acción había dejado clavado a todo el mundo en su puesto. Los sitiadores comprendieron que pasaba algo extraordinario, y asomándose al interior del patio vieron a de Launay amenazado y amenazador.
—Oídme —gritó éste—: tan cierto como que tengo en la mano la vida de todos, os aseguro que, si uno solo de vosotros da un paso para penetrar en este patio, pego fuego a la pólvora.
Los que oyeron estas palabras creyeron sentir que el fuego retemblaba bajo sus pies.
—¿Qué queréis? ¿Qué pedís? —preguntaron muchas voces con el acento del terror.
—Quiero una capitulación; pero una capitulación honrosa.
Los sitiadores no hacen caso de las palabras de de Launay; no dan crédito a aquel acto de desesperación y quieren entrar, con Billot al frente. Pero, de pronto, Billot palidece y tiembla: se ha acordado del doctor Gilberto.
Mientras no ha pensado más que en sí mismo, le ha importado poco que la Bastilla volara y que él volase con ella; pero a toda costa era preciso salvar al doctor Gilberto.
—¡Deteneos! —gritó Billot poniéndose delante de Elias y Hullin—. ¡Deteneos, en nombre de los prisioneros!
Y aquellos hombres, que no temían la muerte por sí, retrocedieron temblando a su vez.
—¿Qué queréis? —preguntaron al gobernador repitiendo la pregunta que le había hecho ya la guarnición.
—Quiero que todo el mundo se retire —contestó de Launay—. No aceptaré ninguna proposición mientras haya una persona extraña dentro de la Bastilla.
—Pero, ¿no os aprovecharéis de nuestra retirada para volver a ponerlo todo en su ser y estado anterior? —preguntó Billot.
—Si se rechaza la capitulación, lo encontraréis todo como está ahora: vosotros en esa puerta y yo en ésta.
—¿Nos dais vuestra palabra?
—Palabra de caballero.
Algunos menearon la cabeza con incredulidad.

—¡Palabra de caballero! —repitió de Launay—. ¿Hay aquí alguien que dude de la palabra de un caballero?
—No, no: nadie —repitieron quinientas voces.
—Pues que me traigan papel, pluma y tinta.
Al punto se ejecutaron las órdenes del gobernador.
—Está bien —dijo de Launay.
Y, volviéndose a los sitiadores, añadió:
—Y ahora retiraos.
Billot, Hullin y Elias dieron el ejemplo, siendo los primeros en retirarse.
Todos los demás los siguieron.
De Launay dejó la mecha a un lado y empezó a escribir la capituación sobre las rodillas.
Los inválidos y los suizos, que comprendían que se trataba de su salvación, le contemplaban silenciosos y con una especie de respetuoso terror.
De Launay volvió la cabeza antes de empezar a escribir. Los patios estaban vacíos.
En un instante se supo fuera todo lo que acababa de pasar dentro.
Según lo dijera el señor de Losme, el pueblo parecía brotar de las piedras. Cien mil hombres rodeaban la Bastilla. Y no eran obreros solamente, sino ciudadanos de todas clases; y no sólo hombres sino también niños y ancianos. Y todos tenían armas y lanzaban el mismo grito.
De vez en cuando, en medio de los grupos, se veía una mujer llorosa, desgreñada, que se retorcía los brazos y maldecía aquel gigante de piedra con ademán desesperado.
Era alguna madre cuyo hijo acababa de perecer en el ataque de la Bastilla, o alguna esposa cuyo marido había muerto del mismo modo.
Pero hacía un rato que no se oía ruido en la fortaleza, ni se veían llamas ni humo. La Bastilla estaba muda como la tumba.
Inútil tarea hubiera sido la de contar todas las señales de balazos que había en su superficie. Cada cual había querido disparar un tiro a aquel gigante de granito, símbolo visible de la tiranía.
Así fue que, cuando se dijo que la terrible Bastilla iba a capitular, que su gobernador había prometido rendirla, nadie quiso dar crédito a la noticia.
En medio de esta duda general que no permitía a nadie felicitarle, y cuando todos esperaban silenciosos el desenlace, se vio asomar por una aspillera una carta clavada en la punta, de una espada.
Pero entre la carta y los sitiadores mediaba el foso de la Bastilla, ancho, profundo y lleno de agua.
Billot pidió un tablón; le llevaron tres y los probó sin alcanzar al otro lado, pues eran demasiado cortos. Uno tocó, al cabo, al otro extremo del foso.
Billot lo sujetó como pudo, y se aventuró sin vacilar por aquel puente oscilante.
Todos se quedaron mudos de sobresalto; todas las miradas estaban fijas en aquel hombre que parecía suspendido encima del foso, cuya agua estancada parecía la del Cocito. Pitou, temblando de miedo, se sentó al borde del foso y se tapó la cara con las manos.
Faltóle el ánimo y empezó a llorar.

De pronto, en el momento en que Billot llegaba a los dos tercios del trayecto, el tablón se ladeó: Billot extendió los brazos, cayó y desapareció en el agua del foso.

Pitou lanzó un rugido y se precipitó tras él como un perro de Terranova detrás de su amo.

Entonces se acercó otro hombre al tablón desde el que acababa de caer Billot, y, sin vacilar un punto, echó a andar por él. Aquel hombre era Estanislao Maillard, alguacil del Chátelet.

Cuando llegó encima del sitio en que Billot y Pitou se agitaban en el cieno, miró un instante hacia abajo, y, conociendo que llegarían a la orilla sanos y salvos, continuó su camino.

Medio minuto después llegó al otro lado del foso, y cogió el billete que le presentaban en la punta de la espada.

Pero, en el momento en que todos formaban corro en derredor suyo para leerlo, cayó desde las almenas una lluvia de balas, y resonó una espantosa detonación.

De todos los pechos salió un solo grito; pero uno de esos gritos que anuncian la venganza de un pueblo.

—¡Confiad en los tiranos! —exclamó Gonchon.

Y, sin ocuparse ya en la capitulación, ni en la pólvora, ni en sí mismo, ni en los prisioneros, sin pensar, sin desear ni pedir otra cosa más que venganza, el pueblo se precipita en los patios de la Bastilla, no a cientos, sino a millares de hombres.

Lo que impedía a la muchedumbre entrar no eran ya las descargas de fusilería, sino las puertas, por demasiado estrechas.

Al ruido de aquella detonación, los dos soldados que no se habían separado del señor de Launay se arrojaron sobre él, mientras otro se apoderó de la mecha y la pisoteó.

El gobernador sacó el estoque de su bastón y quiso atravesarse con él; pero se lo rompieron.

Entonces comprendió que no podía hacer otra cosa sino esperar, y esperó.

Entró el pueblo, y los soldados le alargaron los brazos. La Bastilla fue tomada por asalto, a viva fuerza, sin capitulación.

Hacía cien años que no era sólo la materia inerte lo que se encerraba en la fortaleza real, sino el pensamiento. El pensamiento fue lo que abrió brecha en la Bastilla, y el pueblo entró por ella.

En cuanto a la descarga hecha en medio del silencio y de la suspensión de hostilidades; en cuanto a aquella agresión imprevista, impolítica, mortal, jamás se ha sabido quién la mandó ni quién la llevó a cabo.

Hay momentos en que se pesa en la balanza del destino el porvenir de toda una nación, y uno de los platillos sube más que el otro. Todos creen haber llegado al fin apetecido. Pero, de pronto, una mano invisible deja caer en el otro platillo la hoja de un puñal o el cañón de una pistola, y entonces todo cambia y no se oye más que un grito: «¡Ay de los vencidos!»

## XVIII

## EL DOCTOR GILBERTO

Mientras el pueblo se precipitaba en los patios de la Bastilla, rugiendo de alegría y de cólera a la vez, dos hombres chapoteaban en el agua cenagosa de los fosos.

Estos dos hombres eran Pitou y Billot.

Aquél sostenía a éste; no le había herido ninguna bala ni alcanzado ningún golpe; pero, a consecuencia de la caída, el buen labriego estaba un tanto atolondrado.

Les echaron cuerdas y les alargaron largos palos.

Pitou se asió a uno de éstos y Billot a una cuerda.

Cinco minutos después eran llevados en triunfo y abrazos por todo el mundo, a pesar de estar llenos de fango.

Uno dio a Billot un trago de aguardiente; otro atiborró a Pitou de longaniza y de vino.

Un tercero les limpió el barro y los llevó a secarse al sol.

De pronto cruzó por la imaginación de Billot una idea, o, mejor dicho, un recuerdo: se escapó de los que tan solícitos cuidados le prestaban y corrió a la Bastilla.

—¡Salvemos a los prisioneros! —gritó.

—¡Sí, sí: a los prisioneros! —gritó a su vez Pitou echando a correr detrás del colono.

La multitud, que hasta entonces no había pensado más que en los verdugos, se agitó al acordarse de las víctimas.

Y repitió con grito unánime:

—¡A salvar a los prisioneros!

Una nueva oleada de sitiadores rompe los diques y parece ensanchar los muros de la fortaleza para llevar a ellos la libertad.

Entonces se presentó a los ojos de Pitou y de Billot un espectáculo terrible. La muchedumbre, embriagada de cólera, furiosa, se agolpó en el patio e hizo pedazos al primer soldado que encontró a su paso.

Gonchon lo contemplaba en silencio. Pensaba, sin duda, que la cólera del pueblo es como la corriente de los ríos caudalosos, que hace más daño si se le procura contener que si se le deja correr tranquilamente.

En cambio, Elias y Hullin se pusieron delante de los matadores, y les rogaban y suplicaban, diciendo, ¡sublime mentira!, que habían prometido salvar la vida a la guarnición.

La llegada de Billot y de Pitou fue un refuerzo para ellos.

Billot, a quien la muchedumbre quería vengar, no estaba muerto ni siquiera herido; el tablón había oscilado al pasar él y nada más: todo quedó reducido a que tomara un baño de lodo.

A los suizos era a los que se tenía más ojeriza; pero no se encontraba ninguno, porque habían tenido tiempo de ponerse capotes de paño gris y los tomaban por criados o prisioneros.

La multitud rompió a pedradas los dos cautivos del reloj; subió a lo alto de las torres a insultar a aquellos cañones que habían vomitado la muerte, y, tomándola con las piedras, se llenaba de sangre las manos pretendiendo arrancarlas.
Cuando vieron aparecer a los primeros vencedores en la plataforma, todos los que estaban fuera, es decir, cien mil hombres, lanzaron un inmenso grito.
Este grito se elevó sobre París y voló por toda Francia como un águila de rápidas alas.
¡Se ha tomado la Bastilla!
Al resonar este grito, todos los corazones palpitaron con fuerza, todos los ojos se llenaron de lágrimas, todos los brazos se abrieron; no hubo ya partidos opuestos, no hubo castas enemigas, todos los parisienses conocieron que eran hermanos, todos los hombres comprendieron que eran libres.
Billot y Pitou habían entrado en la fortaleza siguiendo a unos y precediendo a otros; pero lo que ellos querían no era participar del triunfo, sino libertar a los prisioneros.
Un millón de hombres se dieron un mutuo abrazo.
Al atravesar el patio del Gobierno, pasaron junto a un hombre vestido con una casaca gris que estaba tranquilo y con la mano apoyada en un bastón con puño de oro.
Aquel hombre era el gobernador. Aguardaba tranquilamente o que sus amigos le salvasen o que le matasen sus enemigos.
Billot le conoció al verle, dio un grito y se encaminó a el en derechura.
De Launay también le conoció; cruzóse de brazos y aguardó, mirando a Billot como para decirle:
—¿Seréis vos el que me descargue el primer golpe?
Billot lo comprendió y se detuvo.
—Si hablo —pensó—, haré que le conozcan; y si le conocen es hombre muerto.
Y, sin embargo, ¿cómo encontrar al doctor Gilberto en medio de aquel caos ¿Cómo arrancar a la Bastilla el secreto encerrado en sus entrañas?
De Launay comprendió a su vez aquella duda y aquel espíritu heroico.
—¿Qué deseáis? —preguntó el gobernador a media voz.
—Nada —dijo Billot señalándole con el dedo la puerta para indicarle que aun era posible la fuga—, nada: ya sabré encontrar al doctor Gilberto.
—Tercera Bertaudiére —respondió de Launay con voz dulce, casi enternecida.
Y no se movió del mismo sitio.
De pronto una voz pronunció estas palabras detrás de Billot:
—¡Ah! Ahí está el gobernador.
Aquella voz sonó tranquila y serena como si no fuera de este mundo, y, sin embargo, se conocía que cada palabra pronunciada era un puñal acerado que penetraba en el pecho de de Launay.
El que había hablado era Gonchon. Al oír sus palabras, que resonaron como un toque de rebato, todos aquellos hombres, deseosos de venganza, lanzaron una mirada de fuego, vieron a de Launay y se precipitaron sobre él.
—¡Salvadle o está perdido! —dijo Billot pasando junto a Elias y Hullin.
—Ayudadnos —contestaron éstos.
—No puedo: necesito quedarme aquí porque he de salvar a otro.

De Launay, en un abrir y cerrar de ojos, fue cogido y arrastrado por mil manos furiosas.
Elias y Hullin se lanzaron tras él gritando: —¡Deteneos! ¡Hemos prometido salvarle la vida!
No era cierto; pero esta mentira sublime salió a la vez de aquellos dos nobles corazones.
En un segundo, de Launay, seguido de Elias y Hullin, desapareció por el corredor que daba salida a la Bastilla a los gritos de: «¡A la Casa Ayuntamiento! ¡A la Casa Ayuntamiento!»
El gobernador, presa viva, valía tanto para ciertos vencedores como la presa muerta de la Bastilla vencida.
Por lo demás, era un extraño espectáculo el que presentaba aquel sombrío y silencioso monumento, visitado hacía cuatro siglos solamente por guardias, carceleros, y un sombrío gobernador, e invadido ahora por el pueblo, que corría de patio en patio, subía y bajaba las escaleras zumbando como un enjambre de abejas, y llenando la colmena de granito de movimiento y de rumores.
Billot siguió un instante con la vista a de Launay, que, llevado más bien que acompañado, parecía cernerse por encima de la multitud.
Pero en un segundo desapareció. Billot lanzó un suspiro, miró en torno suyo, vio a Pitou y corrió hacia una torre gritando:
—Tercera Bertaudiére. Al paso halló a un carcelero tembloroso. —¿La tercera Bertaudiére? —le preguntó Billot.
—Por aquí, señor —le contestó el carcelero—, pero no tengo las llaves.
—¿Dónde están?
—Me las han quitado.
—Ciudadano, préstame tu hacha —dijo Billot a un hombre del pueblo.
—Tómala —le contestó éste—. Ya no la necesito, puesto que hemos tomado la Bastilla.
Billot cogió el hacha, y se lanzó a una escalera, guiado por el carcelero.
Este se detuvo delante de una puerta.
—¿La tercera Bertaudiére? —preguntó.
—Sí.
—Aquí es.
—¿El prisionero que está encerrado aquí se llama el doctor Gilberto?
—No lo sé.
—¿Hace sólo cinco o seis días que vino aquí?
—Lo ignoro.
—Pues yo voy a saberlo —contestó Billot.
Y empezó a descargar hachazos en la puerta.
Era de roble, pero a los golpes del robusto colono volaba en astillas.
Al poco rato quedó abierto un boquete por donde se podía ver el interior del calabozo.
Billot se asomó a él, y, alumbrado por un rayo de luz que penetraba en el calabozo por la reja de la torre, vio un hombre de pie, un tanto echado hacia atrás, que tenía en la mano dos travesanos arrancados de su cama y estaba en actitud de defensa.

Aquel hombre estaba evidentemente pronto a derribar al primero que entrara.
A pesar de su larga barba, de su rostro pálido y de sus cabellos rapados, Billot le conoció: era el doctor Gilberto.
—¡Doctor, doctor! ¿Sois vos? —preguntó.
—¿Quién me llama? —dijo el prisionero.
—Yo, yo, Billot, vuestro amigo.
—¿Vos, Billot?
—¡Sí, sí! ¡El, él! ¡Nosotros, nosotros; —gritaron veinte hombres que se habían detenido en la escalera al ver los terribles golpes que descargaba Billot.
—Y ¿quiénes sois vosotros?
—¡Los vencedores de la Bastilla! ¡La Bastilla ha sido tomada a viva fuerza y estáis ya libre!
—¡Que la Bastilla ha sido tomada! ¡Que estoy libre! —exclamó el doctor.
Y, pasando las dos manos por el boquete, sacudió tan fuertemente la puerta que los goznes y la cerradura estuvieron a punto de desencajarse, y un tablero de roble, ya medio arrancado por Billot, crujió, se rompió y se le quedó al doctor en las manos.
—Aguardad, aguardad —dijo Billot, que comprendió que otros esfuerzos como aquél le dejaría postrado y sin fuerzas.
Y prosiguió descargando hachazos.
Al través de la abertura que iba agrandándose cada vez más, pudo ver al preso que había tenido que sentarse en su escabel, pálido como un espectro e incapaz de levantar aquel barrote que yacía en el suelo junto a él.
—¡Billot! ¡Billot! —murmuraba.
—Sí, sí; y yo también, yo Pitou, señor doctor. Sin duda os acordaréis de aquel pobre Pitou a quien pusisteis en pensión en casa de la tía Angélica, Pitou, que viene a libertaros.
—Pero ya puedo pasar por ese boquete —dijo el doctor.
—No, no —respondieron todos—, aguardad un momento.
Todos los circunstantes reunieron sus fuerzas en un común impulso, los unos metiendo una palanqueta entre la pared y la puerta, los otros procurando forzar la cerradura, otros, en fin, empujando con sus robustos hombros y sus manos crispadas. Por último, la muralla dio el último crujido, la pared se desmoronó, y todos a la vez, por la puerta rota, por la pared derruida, se precipitaron como un torrente en el calabozo.
Gilberto se encontró un segundo después en los brazos de Billot y de Pitou.
Gilberto, el pequeño aldeano del castillo de Taverney, Gilberto, a quien hemos dejado bañado en su sangre, en una gruta de las Azores, era entonces un hombre de treinta y cuatro a treinta y cinco años, de tez pálida sin ser enfermiza, cabellos negros, ojos fijos y hundidos; su mirada jamás era vaga ni se perdía en el espacio; cuando no la fijaba en algún objeto exterior digno de detenerla, se fijaba en su propio pensamiento, y entonces era más sombría y más profunda; su nariz era bien formada, uniéndose a la frente por una línea recta; su labio superior desdeñoso dejaba ver de vez en cuando el blanco esmalte de sus dientes. Generalmente su traje era sencillo y severo como el de un cuáquero; pero esta severidad rayaba en elegancia a causa de su extremada pulcritud. Su estatura era

más bien alta que baja; y en cuanto a su fuerza, puramente nerviosa, acabamos de ver hasta dónde podía llegar en un momento de sobrexcitación, ya tuviera por causa la cólera o el entusiasmo.
Aunque estaba encerrado en un calabozo hacía cinco o seis días, el preso había cuidado como siempre de su persona; su barba, algo larga, hacía resaltar más y más el tinte mate de su cutis e indicaba sólo una negligencia de la que no tenía él la culpa, sino de habérsele negado una navaja de afeitar o el afeitarle.
Cuando hubo abrazado a su sabor a Pitou y a Billot, se volvió hacia la multitud que llenaba el calabozo. Luego, como si un solo instante hubiera sido suficiente para devolverle todas sus facultades, dijo:
—Llegó ya el día que yo había previsto, gracias a vosotros, amigos míos, y gracias al genio eterno que vale por la libertad de los pueblos.
Y alargó sus dos manos a los circunstantes, que, viendo en él un hombre superior por la arrogancia de su mirada y por la dignidad de su voz, apenas se atrevieron a tocarlas.
Y, saliendo de su calabozo, echó a andar delante de todos aquellos hombres, apoyado en el hombro de Billot y seguido de Pitou y de sus libertadores.
Gilberto consagró el primer momento a la amistad y a la gratitud; el segundo marcó la distancia que mediaba entre el sabio doctor y el ignorante labriego, el buen Pitou y toda aquella gente que acababa de libertarle.
Al llegar a la puerta, Gilberto se detuvo al ver la luz del cielo que le inundaba, y cruzándose de brazos y levantando los ojos al cielo, exclamó:
—¡Salve, hermosa libertad! Te he visto nacer en otro mundo y somos antiguos amigos. ¡Salve, hermosa libertad!
Y la sonrisa del doctor decía, en efecto, que para él no eran cosa nueva aquellos gritos que oía de todo un pueblo ebrio de independencia.
Recogiéndose luego algunos segundos, añadió:
—Billot: conque ¿el pueblo ha vencido al despotismo?
—Sí, señor doctor.
—Y ¿habéis venido a batiros?
—He venido a libertaros.
—Según eso, ¿teníais noticia de mi prisión?
—Vuestro hijo me la dio esta mañana.
—¡Pobre Emilio! ¿Le habéis visto?
—Le he visto.
—¿Se ha quedado tranquilo en el colegio?
—Le he dejado forcejeando con cuatro enfermeros.
—¿Está enfermo? ¿Acaso delira?
—Estaba empeñado en venir a batirse con nosotros.
—¡Ah! —exclamó el doctor.
Y asomó a sus labios una sonrisa de triunfo. Su hijo correspondía a sus esperanzas.
—Conque ¿decíais...? —preguntó a Billot.
—Me he dicho: puesto que el doctor Gilberto está en la Bastilla, tomemos la Bastilla. Pero no es esto todo.
—¿Qué más hay? —preguntó el doctor.

—Que me han robado la cajita.
—¿La cajita que os había confiado?
—Sí.
— ¿quién?
—Unos hombres vestidos de negro que se han introducido en mi casa so pretexto de buscar vuestro folleto; se apoderaron de mí, me encerraron en la cueva, registraron toda la casa, y, habiendo encontrado la cajita, se la llevaron.
—¿Qué día?
—Ayer.
—¡Oh, oh! Hay marcada coincidencia entre mi prisión y ese robo. La misma persona que me ha hecho prender es la que ha robado la cajita. Si averiguo quién es el autor de mi prisión, sabré también quién es el del robo. ¿Dónde están los archivos? —prosiguió el doctor Gilberto volviéndose al carcelero.
—En el patio del Gobierno, respondió éste.
—Entonces ¡a los archivos, amigos, a los archivos!
—Señor —dijo el carcelero deteniéndole—, permitidme que os siga, o recomendadme a esa buena gente, para que no me haga nada.
—Lo haré —dijo el doctor.
Y, volviéndose a la multitud que le rodeaba contemplándole con una curiosidad mezclada de respeto, dijo:
—Amigos, os recomiendo a este buen hombre; desempeñaba su cometido abriendo y cerrando las puertas; pero era amable para con los prisioneros: que no se le haga ningún daño.
—No, no —gritaron—; que no tema nada, que no tenga miedo, que venga.
—Gracias, señor —dijo el carcelero—; pero si queréis hacer algo en los archivos, daos prisa, porque creo que están quemando los papeles.
—Entonces no hay momento que perder —replicó Gilberto—; ¡a los archivos!
Y se encaminó al patio del Gobierno, llevando tras sí a la multitud, a cuya cabeza van siempre Billot y Pitou.

## XIX

## EL TRIANGULO

A la puerta de la sala de los archivos estaba ardiendo efectivamente un gran montón de papeles.

Desgraciadamente, una de las primeras necesidades del pueblo, después de la victoria, es la destrucción.

Los sitiadores habían invadido el archivo de la Bastilla.

Era una espaciosa sala, llena de registros y planos, en la que estaban confusamente amontonados los expedientes de todos los presos que habían sido encerrados en la fortaleza desde cien años atrás.

El pueblo inutilizaba con rabia todos aquellos papeles, por parecerle, sin duda, que, al destruirlos todos, daba al mismo tiempo libertad a los presos.

Gilberto entró; secundado por Pitou se puso a hojear los registros que aún quedaban en las estanterías, pero no daban con el del año corriente.

El doctor, hombre frío e impasible, se puso pálido y pateaba de impaciencia.

En aquel momento Pitou divisó a uno de esos heroicos pilluelos que nunca faltan en las victorias populares, el cual se llevaba en la cabeza, corriendo hacia la hoguera, un libro de forma y encuademación iguales a los que hojeaba el doctor Gilberto.

Corrió a él y, gracias a sus largas piernas, le encanzó en breve.

Era el registro del año 1789.

La negociación no fue larga. Pitou se dio a conocer al muchacho como uno de los vencedores; le explicó la necesidad que uno de los presos tenía de aquel registro, y consiguió que se lo cediera el muchacho, que se consoló diciendo:

—¡Bah! Quemaré otro.

Pitou abrió el registro, buscó, hojeó, y al llegar a la última página encontró estas palabras:

«Hoy, 9 de julio de 1789, ha entrado el señor G..., filósofo y publicista muy peligroso. Hay que ponerle en rigurosa incomunicación.»

Pitou llevó el registro al doctor.

—Tomad, señor Gilberto —le dijo—; ¿no es esto lo que buscabais?

—Sí, sí, esto es —contestó el doctor cogiendo con afán el registro.

Y leyó las palabras que hemos indicado.

—Ahora veamos de quién procede la orden.

Y consultó el margen.

—¡Necker! —exclamó—. La orden de prenderme está firmada por mi amigo Necker. ¡Oh! Aquí debe encerrarse alguna sorpresa.

—¿Necker es vuestro amigo? —le preguntaron algunos con respeto; pues se recordará la influencia que aquel nombre tenía sobre el pueblo.

—Sí, es amigo mío, lo sostengo, y tanto que estoy convencido de que Necker no sabía una palabra de mi prisión. Pero iré a verle y...

—Y ¿adonde iréis a verle? —preguntó Billot.
—Pues a Versalles.
—Necker no está en Versalles, porque ha salido desterrado.
—¿Adonde?
—A Bruselas.
—¿Y su hija?
—No sé dónde está —dijo Billot.
—Su hija vive en una casa de campo de Saint-Ouen —dijo una voz entre la gente.
—Gracias —contestó Gilberto sin saber siquiera a quién se las daba.
Y, volviéndose a los que quemaban los papeles, les dijo:
—Amigos míos, en nombre de la historia, que podrá hallar mañana en estos archivos la condenación de los tiranos, no más devastación, os lo suplico; derribad la Bastilla piedra a piedra, que no quede rastro de ella, pero respetad los papeles, porque en ellos está la luz del porvenir.
Apenas oyó estas palabras la multitud, las apreció con su suprema inteligencia.
—El doctor tiene razón —gritaron cien voces—; basta de devastaciones. ¡A la Casa Ayuntamiento con los papeles!
Un bombero que había entrado en el patio con cinco o seis compañeros, conduciendo una bomba, dirigió la manguera hacia la hoguera que, semejante a la de Alejandría, estaba a punto de devorar los archivos de un mundo, y la apagó.
—Y ¿a petición de quién habéis sido encarcelado? —preguntó  Billot.
—Eso es precisamente lo que busco y lo que no puedo saber: el nombre está en blanco.
Y después de un instante de reflexión añadió:
—Pero yo lo sabré.
Y, arrancando la hoja que le concernía, la dobló y se la guardó en el bolsillo. Luego dijo, dirigiéndose a Billot y a Pitou:
—Salgamos, amigos míos: ya no tenemos nada que hacer aquí.
—Salgamos —contestó Billot—; sólo que es más fácil decirlo que hacerlo.
En efecto: la multitud, aglomerada en los patios por curiosidad, afluía a la entrada de la Bastilla, cuyas puertas ocupaba, porque a la entrada de la fortaleza estaban los demás prisioneros.
Habíase devuelto la libertad a ocho, incluso Gilberto.
Estos presos se llamaban: Juan Bechade, Bernardo Laroche, Juan Lacaurége, Antonio Pujade, de White, el conde de Solage y Tavernier.
Los cuatro primeros no inspiraban más que un interés secundario; se los acusaba de haber falsificado una letra de cambio, sin que jamás hubiera podido probárseles, lo que inducía a creer que la acusación era falsa. Hacía dos años tan sólo que estaban en la Bastilla.
Los otros tres eran, como hemos dicho, el conde de Solage, White y Tavernier.
El conde de Solage era hombre de unos treinta años, animado y expansivo; abrazaba a sus libertadores, encomiaba su victoria y les contaba su cautividad. Preso en 1782 y encerrado en Vincennes en virtud de una orden de prisión conseguida por su padre, había sido trasladado de Vincennes a la Bastilla, donde llevaba ya cinco años, sin haber visto un juez ni haber sido interrogado una vez

siquiera. Hacía dos años que su padre había muerto y nadie se había acordado de él. Si no hubiera sido tomada la Bastilla, probablemente habría sucedido lo mismo hasta su muerte.
White era un anciano de sesenta años; pronunciaba con acento extranjero palabras incoherentes. A las preguntas que se le dirigían contestaba que no sabía cuánto tiempo llevaba preso ni la causa por la que lo había sido. Recordaba que era primo de M. de Sartines y nada más. Un llavero llamado Guyon había visto, en efecto, a M. de Sartines entrar una vez en el calabozo de White y hacerle firmar un documento; pero el preso había olvidado por completo esta circunstancia.
Tavernier era el más viejo de todos llevaba diez años de reclusión en las islas de Santa Margarita y treinta de cautividad en la Bastilla: era un anciano de noventa años, con los cabellos y la barba blancos. La oscuridad había casi apagado sus ojos y no veía sino como a través de una nube. Cuando el pueblo entró en su encierro, no comprendió lo que iba a hacer allí; cuando le hablaron de libertad meneó la cabeza, y, en fin, cuando le dijeron que había sido tomada la Bastilla dijo:
—¡Oh, oh! ¿Qué dirán de esto el rey Luis XV, madame de Pompadour y el duque de la Vrilliére?
Tavernier no estaba loco como White, sino idiota.
La alegría de estos hombres era terrible de ver, porque clamaba venganza: tanto era lo que se parecía al espanto. Dos o tres parecían a punto de expirar en medio de aquel tumulto compuesto de cien mil clamores reunidos; pues, desde que habían entrado en la Bastilla, nunca escucharon más voz humana que la suya, y estaban únicamente acostumbrados a los ruidos lentos y misteriosos de la madera que cruje con la humedad, a la araña que teje su tela produciendo un sonido semejante al de una péndola invisible o al de la rata asustada que roe y se escapa.
En el momento en que Gilberto se presentó, los más entusiastas propusieron llevar a los prisioneros en triunfo: proposición que fue aceptada por unanimidad.
Resonaron los gritos de: «¡A la Casa Ayuntamiento! ¡A la Casa Ayuntamiento!» y Gilberto se vio levantado en los hombros de veinte personas a la vez.
En vano quería resistirse el doctor, en vano Billot y Pitou distribuyeron a sus hermanos de armas los más vigorosos puñetazos; la alegría y el entusiasmo habían endurecido la epidermis popular. Puñetazos, culatazos, golpes con el regatón de las picas, parecían a los vencedores suaves como caricias, y sólo sirvieron para aumentar su frenesí.
El doctor Gilberto no tuvo más remedio que dejarse levantar sobre el pavés.
El pavés era una tabla en medio de la cual se había plantado una lanza para que sirviera de punto de apoyo al triunfador.
El doctor dominó aquel océano de cabezas que ondulaba desde la Bastilla hasta el arco de San Juan, mar proceloso, cuyas olas se llevaban a los presos triunfadores entre picas, bayonetas y armas de toda clase, de toda forma y de toda época.
Pero al mismo tiempo que a ellos, aquel océano terrible e irresistible arrastraba también otro grupo, tan compacto que parecía una isla.
Este grupo era el que conducía preso a de Launay.

En derredor de este grupo resonaban gritos no menos atronadores ni menos entusiastas que los que se oían en derredor de los primeros; pero no eran gritos de triunfo, sino amenazas de muerte.
Gilberto, desde el punto elevado en que se encontraba, no perdía un detalle de aquel terrible espectáculo.
De todos los prisioneros a quienes se acababa de devolver la libertad, era el único que gozaba de la plenitud de sus facultades. Cinco días de cautividad no formaban más que un punto oscuro en la historia de su vida. Su mirada no había tenido aún tiempo de apagarse o debilitarse en la oscuridad de la Bastilla.
Por lo general, el combate no hace implacable a los combatientes sino mientras dura, y los hombres, al salir de la lucha en que acababan de arriesgar su vida, se muestran misericordiosos con su enemigos.
Pero en esos grandes levantamientos populares, como se han visto tantos en Francia desde la Jacquerie hasta nuestros días, las masas, a las que el miedo ha retenido lejos del combate, y a las que el rumor de éste ha irritado, esas masas, feroces y cobardes a la vez, quieren, después de la victoria, tomar alguna parte en la lucha que no se han atrevido a arrostrar frente a frente.
Y también toman su parte de venganza.
Desde su salida de la Bastilla, la marcha del gobernador había sido el principio de su suplicio.
Elias, que se había hecho a sí mismo responsable de la vida del gobernador, iba a la cabeza, protegido por su uniforme y por la admiración del pueblo, que le había visto marchando el primero al fuego. Llevaba en la punta de su espada el billete que de Launay había hecho pasar al pueblo por una de las aspilleras de la Bastilla y que le había entregado Maillard.
Tras él iba el guarda de los impuestos reales, llevando en la mano las llaves de la fortaleza; luego Maillard con la bandera, y por fin, un joven que enseñaba a todo el mundo el reglamento de la Bastilla clavado en su bayoneta, odioso rescripto que había hecho derramar tantas lágrimas.
Seguía, por último, el gobernador, protegido por Hullin y por dos o tres más, pero hostigado por puños amenazadores, sables agitados y picas enarboladas.
Junto a este grupo, y casi paralelo a él, se distinguía en la gran calle de San Antonio otro no menos amenazador, que conducía al mayor de Losme, a quien hemos visto luchando contra la voluntad del gobernador, y que acabó por inclinar la cabeza ante la determinación de defenderse tomada por éste.
El mayor de Losme era lo que se llama un buen hombre. Desde que estaba en la Bastilla había procurado mitigar muchos dolores; pero el pueblo lo ignoraba, y, al ver su brillante uniforme, le tomaba por el gobernador, al paso que éste, gracias a su casaca gris, sin ningún distintivo y de la que había arrancado la cinta de la Orden de San Luis, se refugiaba en cierta duda protectora que podían disipar únicamente los que le conocían.
Tal era el espectáculo sobre el cual paseaba Gilberto su mirada sombría, aquella mirada siempre escrutadora y serena, aun en medio de los peligros que eran personales a su poderosa organización.
Hullin, al salir de la Bastilla, había llamado a sus amigos más seguros y resueltos, a los más valientes soldados populares de aquella jornada, y se le reunieron

cuatro o cinco para intentar secundar su generoso designio protegiendo al gobernador. Eran tres hombres cuyo recuerdo ha conservado la historia imparcial y que se llamaban Arné, Chollat y Lépine.
Estos hombres, precedidos como hemos dicho, por Hullin y Maillard, se proponían salvar la vida de un hombre cuya muerte pedían cien mil voces.
En torno suyo se habían agrupado algunos granaderos de guardias franceses, cuyo uniforme, que se había hecho más popular hacía tres días, era objeto de veneración por parte del pueblo.
El señor de Launay se había librado de los golpes mientras pudieron pararlos sus generosos defensores; pero no así de las injurias y de las amenazas.
Al llegar a la esquina de la calle de Jouy, no quedaba ya ninguno de los cinco granaderos que se habían unido al grupo a la salida de la Bastilla. Uno tras otro habían sido arrebatados al paso por el entusiasmo de la multitud y quizás también por el cálculo de los asesinos, y Gilberto los había visto desaparecer como las cuentas de un rosario que se deshace.
Desde entonces previo que la victoria iba a empañarse ensangrentándose; quiso bajarse de la tabla que le servía de pavés, pero le tenían como remachando a ella cien brazos de hierro. En su impotencia, había enviado a Billot y a Pitou en defensa del gobernador, y ambos, obedientes a su voz, hacían todos los esfuerzos posibles por hender aquellas oleadas humanas y llegar hasta él.
En efecto: el grupo de los defensores necesitaba socorro. Chollat, que no había comido nada desde la víspera, sintió que le faltaban las fuerzas y había caído desfallecido. Costó trabajo levantarle y evitar que le pisotearan.
Pero quedaba así una brecha en la muralla, una rotura en el dique.
Un hombre se lanzó por aquella brecha, y, haciendo un molinete con su fusil cogido por el cañón, asestó un culatazo terrible en la cabeza descubierta del gobernador.
Pero Lépine observó el movimiento y tuvo tiempo de interponerse con los brazos abiertos entre de Launay y el fusil, recibiendo en la frente el culatazo que iba dirigido al prisionero.
Aturdido por el golpe, cegado por la sangre, se llevó, tambaleándose, las manos al rostro, y cuando pudo ver estaba ya a veinte pasos del gobernador.
Entonces fue cuando Billot llegó junto a él, llevando a remolque a Pitou.
El colono vio que la circunstancia por la que el pueblo conocía a de Launay era la de que llevaba la cabeza descubierta.
Se quitó el sombrero, alargó los brazos y se lo puso al gobernador.
De Launay se volvió y conoció a Billot.
—Gracias, le dijo; pero, por más que hagáis, no lograréis salvarme la vida.
—Con tal que lleguemos a la Casa Ayuntamiento, dijo Hullin, respondo de todo.
—Sí —contestó de Launay—; pero ¿llegaremos?
—Al menos lo intentaremos con la ayuda de Dios —replicó Hullin.
Lograron, en efecto, desembocar en la plaza de la Casa Ayuntamiento; pero aquella plaza estaba atestada de hombres arremangados que blandían sables y picas. El rumor que corría de calle en calle les había anunciado que traían al gobernador y al mayor de la Bastilla, y aguardaban como una jauría largo tiempo contenida y deseosa de lanzarse sobre la pieza.

Apenas vieron aparecer el grupo se lanzaron furiosos hacia él.
Hullin conoció que allí estaba el peligro supremo, la postrera lucha. Si conseguía hacer subir a de Launay las escaleras de la Casa Ayuntamiento, estaba salvado.
—¡Corred aquí, Elias, Maillard, todos los hombres de corazón! —gritó—. Este es caso de honra para todos.
Elias y Maillard oyeron el llamamiento; a empujones lograron abrir un claro; pero el pueblo los secundó demasiado bien; se apartó, los dejó pasar, pero enseguida se cerró tras ellos, con lo cual se quedaron fuera del grupo.
La multitud vio lo que acababa de ganar e hizo un furioso esfuerzo. Como una serpiente gigantesca, enroscó sus anillos alrededor del grupo. Billot fue levantado en alto y arrastrado a su pesar; Pitou se dejó llevar del mismo torbellino. Hullin tropezó en los primeros escalones de la Casa Ayuntamiento y cayó, y, aunque pudo levantarse, fue para caer otra vez, y entonces de Launay le siguió en su caída.
El gobernador se mantuvo sereno hasta el último momento; no pronunció una queja ni pidió merced, y únicamente gritó con voz estridente:
—¡Al menos, tigres, no me hagáis padecer: matadme ahora mismo!
Jamás se ejecutó orden alguna con más puntualidad que esta súplica; al punto se inclinaron amenazadoras cabezas y se levantaron brazos armados en torno de Launay caído. Durante un breve rato no se vieron allí más que manos crispadas, hierros que se hundían en las carnes; poco después asomó una cabeza separada del tronco y se elevó chorreando sangre en la punta de una pica; había conservado su sonrisa lívida y despreciativa.
Era la primera.
Gilberto había presenciado todo aquel espectáculo y había querido lanzarse de nuevo en socorro del gobernador; pero doscientos brazos le contuvieron.
Volvió la cabeza y suspiró.
Aquella cabeza, con los ojos abiertos, se elevó precisamente delante del balcón al que estaba asomado Flesselles, rodeado y protegido por los electores.
Hubiera sido difícil decir quién estaba más pálido: si el vivo o el muerto.
De pronto, salió un gran clamoreo del sitio en que yacía el cuerpo de Launay. Se le había registrado, y en el bolsillo de su casaca habían encontrado el billete que le dirigió el preboste de los mercaderes y que enseñó a de Losine.
Como se recordará, dicho billete estaba concebido en estos términos:

«Manteneos firme: entretengo a los parisienses con escarapelas y promesas. Antes del amanecer, M. de Bezenval os enviará refuerzos,

»DE FLESELLES.»

Una horrible blasfemia llegó desde la calle hasta el balcón de la Casa Ayuntamiento, donde estaba Flesselles.
Sin adivinar la causa, comprendió la amenaza y se retiró del balcón.
Pero le habían visto; sabían que estaba allí; la multitud subió precipitadamente las escaleras, con movimiento tan unánime, que los hombres que llevaban al doctor Gilberto le abandonaron para seguir aquella marea que subía al soplo de la cólera.

Gilberto hizo también entrar en la Casa Ayuntamiento, no para amenazar, sino para proteger a Flesselles; y ya había subido los tres o cuatro primeros escalones, cuando sintió que le tiraban de la ropa violentamente por detrás. Volvióse y vio que eran Billot y Pitou.
—¿Qué ocurre allí? —preguntó Gilberto, que desde el punto elevado en que se encontraba descubría toda la plaza.
E indicaba con su mano crispada la calle de la Tixéranderie.
—Vámonos, doctor, vámonos —dijeron a la vez Billot y Pitou.
—¡Oh! ¡Asesinos! ¡Asesinos! —exclamó el doctor.
En efecto: en aquel momento el mayor de Losme caía herido de un hachazo: el pueblo confundía, en su cólera, al gobernador egoísta y bárbaro que había sido el terror de los desdichados prisioneros, con el hombre generoso que fue constantemente su apoyo.
—Sí, sí —contestó—; vámonos, porque empiezo a avergonzarme de deber mi libertad a semejantes hombres.
—Es que no son los que han combatido los que asesinan aquí —dijo Billot.
Pero, en el momento en que el doctor bajaba los escalones que había subido ya para acudir en socorro de Flesselles, la oleada de gente que había penetrado en la Casa Ayuntamiento volvía a salir, llevando a un hombre que forcejeaba desesperadamente.
—¡Al palacio real! ¡Al palacio real! —gritaba la multitud.
—¡Sí, amigos míos; sí, mis buenos amigos: al palacio real! —repetía aquel hombre.
Pero le conducían hacia el río, como si la muchedumbre quisiera llevarle, no al palacio real, sino al Sena.
—¡Otro a quien van a asesinar! —exclamo Gilberto. Al menos, procuremos salvarle.
Pero no bien hubo pronunciado estas palabras, cuando sonó un pistoletazo, y Flesselles desaparecía entre el humo de la pólvora.
Gilberto se tapó los ojos con las manos en un arranque de sublime cólera. Maldecía a aquel pueblo que, siendo tan grande, no había tenido fuerza para mantenerse puro, y manchaba su victoria con tres asesinatos.
Luego, cuando separó las manos de los ojos, vio tres cabezas clavadas en la punta de tres picas.
La primera era la de Flesselles, la segunda, la de Losme y la tercera la de Launay.
La una se elevaba en las gradas de la Casa Ayuntamiento; la otra en medio de la calle de la Tixérandene, y la tercera en el muelle Pelletier.
Por la posición que ocupaban formaban, un triángulo.
—¡Oh, Bálsamo, Bálsamo! —murmuró el doctor exhalando un suspiro—. ¿Es con un triángulo semejante como se simboliza la libertad?
Y echó a correr por la calle de la Vannerie, seguido de Billot y Pitou.

## XX

## SEBASTIAN GILBERTO

En la esquina de la calle Planche-Mibray, el doctor vio un coche de alquiler, al que subió.

Billot y Pitou subieron también y se sentaron a su lado.

—Al colegio de Luis el Grande —dijo Gilberto al cochero; y se recostó en el fondo del carruaje, donde quedó sumido en una meditación profunda que respetaron Billot y Pitou.

Cruzaron el Pont-au-Change, tomaron por las calles de la Cité y de Saint-Jacques y llegaron al colegio de Luis el Grande.

Todo París estaba en movimiento: por doquiera se había propagado la noticia de lo que pasaba; los rumores de los asesinatos de la Gréve se mezclaban con los relatos gloriosos de la toma de la Bastilla; en los rostros se reflejaban las diferentes impresiones que los ánimos experimentaban, relámpagos del alma que traslucían al exterior.

Gilberto no asomó una sola vez la cabeza a la ventanilla del carruaje ni pronunció una palabra. Siempre hay un lado ridículo en las ovaciones populares, y Gilberto contemplaba por este lado su triunfo.

Además, le parecía que las gotas de sangre derramada llegaban a salpicarle, por más que hubiera hecho todo lo posible por evitar que se vertiera.

El doctor se apeó a la puerta del colegio e hizo seña a Billot para que le siguiese.

Pitou se quedó discretamente en el coche.

Sebastián estaba aún en la enfermería; el director en persona salió a recibir al doctor cuando le anunciaron su llegada.

Por poco observador que fuese Billot, conocía el carácter del padre y del hijo, y presenció con atención la escena que pasaba a sus ojos.

El muchacho, que se había mostrado débil, irritable, nervioso en su desesperación, se mostró tranquilo y reservado en su alegría.

Al ver a su padre se puso pálido y no supo qué decir, advirtiéndose en sus labios un ligero estremecimiento.

Luego se echó al cuello de Gilberto exhalando un grito de júbilo que parecía de dolor, y le tuvo silenciosamente estrechado entre sus brazos.

El doctor correspondió con el mismo silencio a aquel silencioso abrazo. Sólo que, después de haber abrazado a su hijo, se le quedó mirando con una sonrisa más bien triste que alegre.

Un observador más hábil que Billot hubiera sospechado que mediaba una desgracia o un crimen entre aquel niño y aquel hombre.

Sebastián se reprimió menos con Billot. Cuando pudo ver en derredor de sí otra cosa que su padre, que había absorbido toda su atención, se acercó al buen colono y echándole los brazos al cuello, le dijo:

—Sois todo un valiente, señor Billot; habéis cumplido vuestra palabra y os doy las gracias.

—Trabajillo ha costado, señor Sebastián —dijo Billot—, porque vuestro padre estaba muy bien encerrado, y ha habido que hacer muchos desperfectos para sacarle de allí.
—Sebastián —preguntó el doctor con cierta inquietud—; ¿estás bueno?
—Sí, padre —contestó el joven—, aunque me encontréis en la enfermería.
Gilberto sonrió.
—Ya sé por qué estás en ella —respondió.
El muchacho sonrió a su vez.
—¿No te falta nada?
—Nada, gracias a vos.
—Pues voy a hacerte siempre la misma recomendación: estudia.
—Sí, padre mío.
—Sé que para ti no es ésa una palabra vacía de sentido; si lo creyera, no te la diría más.
—No soy yo el que debo responder a eso —dijo Sebastián—, sino M. Bérardier, nuestro excelente director.
El doctor se volvió a M. Bérardier, que le llamó aparte para decirle dos palabras.
—Aguardad, Sebastián —dijo el doctor.
Y se acercó al director.
—Señor Billot —preguntó Sebastián con interés—; ¿le ha sucedido algo a Pitou? ¿Cómo es que el pobre muchacho no ha venido también?
—Está aguardando a la puerta en un carruaje.
—Padre —dijo Sebastián—, ¿permitís que el señor Billot vaya a buscar a Pitou? Tendría mucho gusto en verle.
Gilberto hizo un ademán afirmativo con la cabeza y Billot salió.
—¿Qué teníais que decirme? —preguntó Gilberto al abate Bérardier.
—Quería deciros que, en vez de recomendar el estudio a vuestro hijo, lo que debéis recomendarle es la distracción.
—¿Cómo así? —preguntó el doctor.
—Sí: es un joven excelente a quien todos quieren aquí como un hijo o como un hermano, pero...
—Pero ¿qué? —preguntó el padre, inquieto.
—Que si no se tiene cuidado, el estudio que tanto le recomendáis le matará.
—¿El estudio?
—Sí, señor: el estudio. Si le vierais sobre su pupitre, cruzado de brazos, con la nariz tocando al diccionario, los ojos fijos...
—¿Estudiando o desvariando?
—Estudiando, sí, señor; buscando las palabras castizas, los giros clásicos, la forma griega o latina, buscándola horas enteras, y, mirad en este mismo momento...
En efecto, aun cuando aún no hacía cinco minutos que su padre se había apartado de él; aunque Billot apenas acababa de cerrar la puerta, el joven estaba sumido en una especie de meditación que se parecía al éxtasis.
—Y ¿está así a menudo? —preguntó Gilberto con inquietud.
—Podría decirse que es su estado habitual. Ved cómo medita.
—Tenéis razón, señor cura; y cuando le veáis tan reflexivo, convendrá distraerle.

—Sería una lástima, porque de esa especie de ensimismamiento salen composiciones que harán algún día el mayor honor al colegio de Luis el Grande. Predigo que de aquí a tres años se llevará ese joven todos los premios del concurso.
—Tened en cuenta —dijo el doctor— que esa especie de absorción del pensamiento en que veis sumido a Sebastián es más bien una prueba de debilidad que de fuerza, un síntoma de enfermedad más bien que de salud. Tenéis razón, señor cura: no conviene recomendar demasiado el estudio a ese muchacho, o, al menos, hay que saber distinguir el estudio de la meditación.
—Pues os aseguro que estudia.
—¿Cuándo está como ahora?
—Sí; y la prueba es que hace sus temas antes que los demás. ¿Veis como mueve los labios? Pues es que repasa sus lecciones.
—Pues bien: cuando repase sus lecciones de ese modo, distraedle; no por eso dejará de saberlas, y se encontrará mejor.
—¿Lo creéis así?
—Estoy seguro de ello.
—¡Cáspita! —exclamó el abate—. Debéis saberlo mejor que yo, toda vez que los señores Condorcet y Cabanis aseguran que sois uno de los hombres más sabios del mundo.
—Pero os aconsejo —dijo Gilberto, que cuando le saquéis de esos éxtasis, primeramente le habléis en voz baja y luego la levantéis progresivamente.
—¿Por qué?
—Para volverle a traer gradualmente a este mundo del que está alejado.
El cura miró al doctor con extrañeza, faltando poco para que lo tuviera por loco.
—Vais a ver la prueba de lo que estoy diciendo.
En efecto: Pitou y Billot entraban en aquel momento. En tres zancadas Pitou se puso al lado de Sebastián.
—¿Has preguntado por mí, Sebastián? —dijo Pitou cogiendo al niño de un brazo. Te agradezco mucho tu interés.
Y acercó su abultada cabeza a la frente descolorida del joven.
—Mirad —dijo Gilberto cogiendo del brazo al cura.
En efecto: Sebastián, sacado bruscamente de su ensimismamiento por el cordial contacto de Pitou, vaciló; su rostro pasó del color mate al pálido, e inclinó la cabeza como si su cuello no tuviese fuerza para sostenerla. Un suspiro doloroso salió de su pecho, y luego sus mejillas se colorearon vivamente.
Meneó a un lado y otro la cabeza y se sonrió.
—¡Ah! ¿Eres tú, Pitou? —dijo—. Sí, es verdad: he preguntado por ti.
Y luego, mirándole fijamente, añadió: —Conque ¿te has batido?
—Sí, y como un valiente —dijo Billot.
—¿Por qué no me habéis llevado con vosotros? —repuso el muchacho con tono de reconvención. Yo también me hubiera batido y, al menos, hubiera hecho algo por mi padre.
—Sebastián —dijo Gilberto acercándose y apoyando la cabeza del joven en su pecho—, puedes hacer por tu padre mucho más que batirte por él: puedes escuchar sus consejos, seguirlos, llegar a ser un hombre distinguido, célebre.

—Como vos: ¿no es eso? —preguntó el joven con orgullo—. ¡Oh! A eso es a lo que aspiro.
—Sebastián —dijo el doctor—; ahora que me has abrazado y dado las gracias a nuestros buenos amigos Billot y Pitou, ven al jardín a hablar un rato conmigo.
—Con mucho gusto, padre mío. Sólo dos o tres momentos en toda mi vida he podido hablaros a solas, y estos momentos están siempre grabados en mi memoria con todos sus detalles.
—Con vuestro permiso, señor cura —dijo Gilberto.
—Lo tenéis.
—Billot, Pitou, quizás tendréis necesidad de tomar algo.
—Y es verdad —dijo Billot—, no he comido nada desde esta mañana, y creo que Pitou tiene el estómago tan vacío como yo.
—Confieso —contestó Pitou—, que he comido un pedazo de pan y dos o tres salchichas antes de sacaros del agua; pero con el baño se hace pronto la digestión.
—Pues bien: venid al refectorio —dijo el abate Bérardier—, y se os dará de comer.
—¡Oh, oh! —exclamó Pitou.
—¿Teméis que se os sirva la comida ordinaria del colegio? Tranquilizaos; se os tratará como convidados. Además me parece que no es sólo el estómago lo que necesita refuerzo.
Pitou se dirigió a sí mismo una pudorosa mirada.
—Y que si se os ofrecieran unos calzones juntamente con la comida...
—La verdad es que aceptaría, señor cura —contestó Pitou.
—Pues venid: la comida y los calzones están a vuestra disposición.
Y se llevó a Billot y Pitou por un lado, mientras que, haciéndoles una seña con la mano, Gilberto y su hijo se alejaban por otro.
Ambos atravesaron el patio destinado al recreo de los colegiales y salieron a un pequeño jardín reservado para los profesores, recinto fresco y umbroso, a donde solía el abate Bérardier ir a leer a Tácito y Juvenal.
Gilberto se sentó en un banco de madera, al que daba sombra un emparrado, y mandó sentar a su lado a Sebastián, a quien dijo, al mismo tiempo que le apartaba los largos cabellos que le caían sobre la frente:
—Ya estamos juntos y solos, hijo mío.
Sebastián levantó los ojos al cielo.
—Por un milagro de Dios, padre mío —contestó.
Gilberto se sonrió.
—Si ha habido milagro —dijo—, el bravo pueblo de París es el que lo ha hecho.
—Padre —contestó el muchacho—, no hagáis caso omiso de Dios, en lo que acaba de pasar; porque yo, cuando os he visto, he dado gracias a Dios instintivamente.
—¿Y Billot?
—Billot venía después de Dios, como la carabina venía después de él.
Gilberto reflexionó.
—Tienes razón, hijo mío —dijo—. Dios está en el fondo de todas las cosas. Pero ocupémonos en ti y hablemos un poco antes de separarnos de nuevo.

—¿Es que vamos a separarnos otra vez?
—Sí, pero no por mucho tiempo, según creo. Una cajita que entregué a Billot para que me la guardase ha desaparecido de su casa al mismo tiempo que me encerraban en la Bastilla. Me es indispensable averiguar quién me ha hecho prender y quién ha robado la cajita.
—Está bien, padre: aguardaré a que hayáis terminado esas pesquisas para volveros a ver.
Y el joven exhaló un suspiro.
—¿Estás triste, Sebastián? —le preguntó el doctor.
—Sí.
—¿Y por qué?
—No lo sé. Me parece que la vida no se ha hecho para mí como para los demás jóvenes.
—¿Qué estás diciendo?
—La verdad.
—Explícate.
—Todos tienen distracciones, placeres: yo no tengo ninguno.
—¿Que no tienes distracciones ni placeres?
—Quiero decir padre, que no me satisfacen los juegos de mi edad.
—Cuidado, Sebastián: sentiría mucho que adquirieras semejante carácter. Los espíritus que prometen un porvenir glorioso, son como los buenos frutos durante su crecimiento: al principio amargan, son ácidos y verdes, antes de recrear el paladar al llegar a su sabrosa madurez. Créeme, hijo mío: es bueno haber sido joven.
—No tengo yo la culpa de no serlo —respondió el muchacho con melancólica sonrisa.
—Tu edad es la de la simiente; nada debe aparecer al exterior de lo que el estudio ha puesto en ti. A los catorce años, Sebastián la gravedad es orgullo o enfermedad. Te he preguntado si gozabas de buena salud y me has contestado que si. Ahora te pregunto si eres orgulloso, procura contestarme que no.
—Tranquilizaos, padre. Lo que me tiene triste no es orgullo ni enfermedad, sino un pesar.
—¿Un pesar? ¡Pobre niño! Y ¿qué pesar puedes tener a tu edad? Vamos, habla.
—No, padre, no: más adelante. Habéis dicho que tenéis prisa; sólo podéis concederme un cuarto de hora. Hablemos, pues, de otra cosa y no de mis locuras.
—No, Sebastián, no: me separaría de ti intranquilo. Dime: ¿en qué consiste ese pesar?
—No me atrevo.
—¿Qué temes?
—Temo que me tengáis por un visionario, o hablaros de cosas que os aflijan.
—Mucho más me afliges callando tu secreto.
—Ya sabéis que no tengo secretos para vos.
—Pues entonces, habla.
—A la verdad, no me atrevo.
—¿No te atreves y tienes la pretensión de ser un hombre?
—Precisamente por eso.

—¡Ea, ánimo!
—Pues, bien, padre: es un sueño, una alucinación.
—Un sueño que te asusta.
—Sí y no, porque cuando tengo ese sueño no estoy asustado, sino como transportado a otro mundo.
—Explícate.
—Desde muy niño he tenido esas visiones. Ya sabéis que dos o tres veces me extravié en los bosques que rodean la aldea en que me crié.
—Sí, me lo han dicho
—Pues bien: me perdí, siguiendo algo así como un fantasma.
—¿Qué dices? —preguntó Gilberto mirando a su hijo con un asombro que tenía algo de espanto.
—Os diré lo que me sucedía: yo jugaba como los demás niños en la aldea, y mientras no salía de ella, mientras había otros muchachos conmigo o cerca de mí, no veía nada; pero si me separaba de ellos, si me apartaba de los últimos jardines, sentía junto a mí como el roce de un vestido; alargaba los brazos para cogerlo, y sólo abrazaba el aire; pero, a medida que este roce se alejaba, el fantasma se hacía visible. Era un vapor, al principio transparente como una nube, pero qué luego se iba condensando y adquiriendo forma humana. Esta forma era la de una mujer, que se deslizaba más bien que andaba, y se hacía tanto más visible cuanto más penetraba en los sitios oscuros del bosque. Entonces un poder desconocido, extraño, irresistible, me arrastraba en pos de aquella mujer. La perseguía con los brazos abiertos, callado como ella; porqué a menudo he procurado llamarla, y jamás mi voz ha podido articular un sonido, y la perseguía sin que ella se detuviese, sin que me fuera posible alcanzarla, hasta que el prodigio que me había indicado su presencia me anunciaba su partida. Aquella mujer se disipaba poco a poco la materia se convertía en vapor, el vapor se volatilizaba y todo concluía. Y yo, muerto de fatiga, caía al suelo en el sitio mismo en que se había desvanecido. Allí era donde Pitou me encontraba, unas veces el mismo día y otras al día siguiente.
Gilberto continuaba mirando al niño con creciente inquietud. Alargó la mano y le tomó el pulso. Sebastián comprendió el sentimiento que agitaba a su padre.
—¡Oh! No os alarméis, le dijo; se que no hay nada de real en todo esto, que es una visión y nada más.
—Y ¿qué aspecto tenía esa mujer? —le preguntó el doctor.
—Majestuosa como una reina.
—Y ¿has visto algunas veces su rostro?
—Sí.
—¿Desde cuándo? —le preguntó Gilberto, sobresaltado.
—Desde que estoy aquí.
—Pero en París no estás ya en el bosque de Villers-Cotterets, donde los grandes árboles forman una bóveda sombría y misteriosa. En París no tienes el silencio y la soledad, elementos de los fantasmas.
—Sí, padre, los tengo.
—¿Dónde?
—Aquí.

—¿Aquí? Pero este jardín ¿no está reservado para los profesores?
—Sí; mas dos o tres veces me ha parecido ver que esa mujer pasaba del patio al jardín, y cada vez he querido seguirla; pero me encontré detenido por la puerta cerrada. Cierto día que el abate Bérardier, muy satisfecho de mi composición, me preguntó qué deseaba, le pedí que me permitiera ir con él alguna vez, a pasear por el jardín. Me lo permitió, he venido, y la visión ha reaparecido. Gilberto se estremeció.
—Extraña alucinación, dijo; pero comprensible en una naturaleza nerviosa como la suya. Y ¿dices que has visto su rostro?
—Sí.
—¿Lo recuerdas? El muchacho se sonrió.
—¿Has procurado alguna vez acercarte a ella?
—Sí.
—¿Alargarle la mano?
—Entonces es cuando desaparece.
—Y dime, Sebastián: ¿quién te parece que pueda ser esa mujer?
—Me parece que es mi madre.
—¡Tu madre! exclamó Gilberto poniéndose pálido.
Y se llevó la mano al corazón, como para estancar la sangre de una dolorosa herida.
—¡Bah, bah! —dijo—. Eso es un sueño, y yo soy tan loco como tu.
El joven calló y miró a su padre con expresión pensativa.
—¿Qué es lo que piensas? —le preguntó éste.
—Pienso que bien puede ser un sueño; pero la realidad de mi sueño existe.
—¿Qué dices?
—Digo que cuando la última Pascua nos llevaron a pasear por el bosque de Satory, cerca de Versalles, y que allí, estando solo y meditabundo...
—¿Se te apareció la misma visión?
—Sí, pero entonces en un carruaje tirado por cuatro magníficos caballos... y aquella vez bien real, bien viva. Estuve a punto de desmayarme.
—¿Por qué?
—No lo sé.
—Y ¿qué impresión te ha quedado de esa última aparición?
—Que no era mi madre la que se me aparecía en sueños, puesto que aquella mujer era la misma de mi aparición, y que mi madre ha muerto.
Gilberto se puso en pie y se pasó la mano por la frente. Acababa de dominarle un sentimiento extraño.
El muchacho notó su turbación y se asustó de su palidez.
—¿Veis, padre mío, como he hecho mal en contaros todas esas locuras? —le dijo.
—No, hijo mío; al contrario, háblame de ellas a menudo, háblame siempre que me veas, y trataremos de curarte.
Sebastián meneó la cabeza.
—¡Curarme! Y ¿para qué? —dijo—. Me he acostumbrado a ese sueño; es ya una parte de mi vida; amo a ese fantasma, aunque huye de mí y aun a veces parece

que me rechaza. No me curéis, padre mío. Podéis dejarme una vez más, viajar de nuevo, volver a América: con esa visión no estoy solo.
—¡Dios mío! —exclamó el doctor; y, abrazando a Sebastián, añadió—: Hasta la vista, hijo mío; creo que no nos separaremos más; porque, si vuelvo a partir, entonces procuraré que me acompañes.
—¿Era muy bella mi madre? —preguntó el joven.
—¡Oh, sí, mucho! —contestó el doctor con voz ahogada.
—¿Y os quería tanto como yo os quiero?
—¡Sebastián! ¡Sebastián! ¡No me hables jamás de tu madre! —exclamó el doctor.
Y, aplicando por última vez sus labios a la frente del joven, salió precipitadamente al jardín.
En vez de seguirle, Sebastián se dejó caer en el banco, donde quedó triste y abatido.
Gilberto encontró en el patio a Billot y Pitou, que, después de haber comido grandemente, estaban contando al abate Bérardier los detalles de la toma de la Bastilla. Recomendó nuevamente al director a su hijo, y volvió a subir al coche con sus dos compañeros.

## XXI

## MADAME DE STAÉL

Cuando Gilberto volvió a ocupar su puesto en el carruaje al lado de Billot y enfrente de Pitou, estaba pálido y con la frente bañada de sudor.
Pero no era propio de su carácter dejarse dominar por una emoción cualquiera. Se recostó en el respaldo de su asiento, apoyó la frente en sus dos manos como si hubiera querido comprimir el pensamiento, y después de un rato de inmovilidad separó las manos, y, mostrando una fisonomía enteramente serena, dijo:
—Conque ¿decíais, querido Billot, que el rey ha despedido al barón de Necker?
—Sí, señor doctor.
—¿Y que de aquí provienen en parte los disturbios de París?
—En gran parte.
—Habéis añadido que el señor de Necker se había marchado enseguida de Versalles.
—Recibió la orden cuando estaba comiendo, y una hora después ya estaba en camino para Bruselas.
—¿Dónde está ahora?
—Donde debe estar.
—¿No habéis oído decir si se ha detenido en el camino?
—Sí: se detuvo en Saint-Ouen, para despedirse de su hija, la baronesa de Stael.
—Y madame de Stael ¿ha partido también con él?
—He oído decir que había partido solo con su mujer.
—Cochero —gritó Gilberto—, para delante de la primera ropería que encuentres.
—¿Vais a cambiar de traje? —preguntó Billot.
—Sí, porque éste huele demasiado a Bastilla, y no es cosa de ir a visitar vestido de este modo a la hija de un ministro caído en desgracia. Registraos los bolsillos y ved si encontráis en ellos algunos luises.
—Parece que habéis dejado vuestra bolsa en la Bastilla.
—dijo Billot.
—Así lo disponen los reglamentos —contestó Gilberto—, todo objeto de valor debe depositarse allí en la administración.
—Y allí se queda —observó Billot.
Y, abriendo su ancha mano, que contenía una veintena de luises, añadió: —Tomad, doctor.
Gilberto tomó diez luises. A los pocos minutos el coche se paró a la puerta de un ropavejero. Era la costumbre de aquella época. Gilberto se quitó la ropa estropeada por el roce con los muros de la Bastilla y se puso un traje negro muy decente, tal como lo llevaban entonces a la Asamblea nacional los señores del estado llano.
Un peluquero en su tienda y un saboyano en su banqueta completaron el atavío del doctor.
El cochero le llevó a Saint-Ouen por los bulevares exteriores.

Gilberto se apeó a la puerta de la casa del señor de Necker en Saint-Ouen en el momento en que daban las siete de la noche en el reloj de la catedral de Dagoberto. En aquella casa, poco antes tan frecuentada, reinaba un profundo silencio turbado únicamente por la llegada del coche del doctor.
Y, sin embargo, no se notaba allí esa melancolía de los palacios abandonados, esa tristeza de las casas cuyos dueños han caído en desgracia.
Las verjas cerradas, los jardinillos desiertos, indicaban que los amos estaban ausentes; pero no se advertía huella de dolor o de precipitación.
Además, toda una parte del palacio, el ala del este, tenía las persianas abiertas; y cuando Gilberto se encaminó hacia aquel lado, salió a recibirle un lacayo vestido con la librea del señor de Necker.
Entonces se entabló al través de la verja el diálogo siguiente:
—¿Está en casa el señor de Necker?
—No está: el señor barón salió el sábado pasado para Bruselas.
—¿Y la señora baronesa?
—Ha marchado con el señor.
—¿Y madame de Stael?
—Continúa aquí, pero no sé si podrá recibiros, porque es la hora en que acostumbra a dar su paseo.
—Os ruego que averigüéis dónde está, y anunciadle que desea verla el doctor Gilberto.
—Voy a ver si la señora está o no en sus habitaciones. Si está, probablemente os recibirá; pero os advierto, que si se pasea, tengo orden de no molestarla.
—Está bien.
El lacayo abrió la verja y Gilberto entró. Al tiempo de cerrar la verja, el lacayo echó una investigadora mirada sobre el carruaje que había llevado al doctor y sobre las fachas extrañas de sus dos compañeros de viaje.
Luego se alejó meneando la cabeza como hombre que no acierto a comprender lo que pasa, pero que desafía a otro a adivinarlo.
Gilberto se quedó aguardando. Al cabo de cinco minutos volvió el lacayo. —La señora baronesa está paseando —dijo. Y saludó como para despedir a Gilberto. Pero el doctor no se dio por vencido.
—Amigo —dijo al lacayo—, hacedme el favor de faltar por esta vez a vuestra consigna y de decir a la señora baronesa, al anunciarme, que soy un amigo del marqués de Lafayette.
Un luis deslizado en la mano del lacayo acabó de vencer los escrúpulos que el nombre que acababa de pronunciar el doctor había disipado a medias.
—Entrad, caballero —dijo el lacayo.
Gilberto le siguió; pero el lacayo, en lugar de hacerle entrar en la casa, le llevó al parque.
—Este es el sitio favorito de la señora baronesa —dijo el criado indicando a Gilberto la entrada dé una especie de laberintos—. Tened la bondad de esperar aquí un momento.
A los diez minutos se oyó ruido entre el follaje, y a la vista de Gilberto apareció una mujer de veintitrés a veinticuatro años, alta y de formas más bien nobles que graciosas.

Pareció sorprenderse al ver un hombre joven todavía, cuando creía encontrar uno de edad bastante madura.
Gilberto era, en efecto, un hombre bastante notable para llamar la atención a una mujer tan observadora como madame de Stael.
Pocos hombres tenían el rostro formado por líneas tan puras, y, merced al ejercicio de una voluntad omnipotente, estas líneas habían adquirido el carácter de una inflexibilidad extraordinaria. Sus hermosos ojos negros, siempre tan expansivos, estaban velados y habían cobrado firmeza por el trabajo y los sufrimientos, y al velarse y robustecerse habían perdido esa vaguedad que es uno de los encantos de la juventud.
Un pliegue profundo y gracioso a la vez, formaba en la comisura de sus labios finos esa cavidad misteriosa en la cual los fisonomistas suponen que reside la circunspección. Parecía que el tiempo únicamente y una vejez prematura habían dado a Gilberto esa cualidad de que la naturaleza no había pensado en dotarle.
Su frente ancha y bien redondeada, con una ligera inclinación que terminaban sus hermosos cabellos negros, no empolvados hacía mucho tiempo, contenía a la vez la ciencia y el pensamiento, el estudio y la imaginación. Los arcos de sus cejas proyectaban sobre sus ojos dos sombras espesas, como sucedía a su maestro Rousseau, y de esa sombra brotaba el punto luminoso que revelaba la vida.
Gilberto, a pesar de su modesto traje, se presentó, pues, a los ojos de la futura autora de *Corina* bajo un aspecto notablemente hermoso y distinguido.
Madame de Stael estuvo algunos instantes contemplándole.
Gilberto, por su parte, invirtió aquellos instantes en hacer un ceremonioso saludo que recordaba un tanto la sencilla urbanidad de los cuáqueros de América, los cuales no conceden a la mujer más que la fraternidad que tranquiliza, en vez del respeto que sonríe.
Luego, de una rápida ojeada, analizó toda la persona de la joven ya célebre, y cuyas facciones inteligentes y llenas de expresión carecían en absoluto de encanto; cabeza de hombre joven insignificante y vulgar más bien que de mujer en un cuerpo lleno de voluptuosidad.
Llevaba en la mano una rama de granado, de la que, en su distracción, iba mordiendo las flores.
—¿Sois vos el doctor Gilberto? —preguntó la baronesa.
—Yo soy, sí, señora.
—¿Tan joven y habéis adquirido ya tan gran reputación? ¿Acaso no pertenece más bien esa reputación a vuestro padre o algún pariente de más edad que vos?
—No sé que haya más Gilberto que yo, señora. Y, si era efecto, a mi nombre va unida, como decís, alguna reputación, me asiste el derecho de reivindicarla.
—Os habéis valido del nombre del marqués de Lafayette para llegar hasta mí, y, en efecto, el marqués nos ha hablado de vos y de vuestra ciencia extraordinaria.
Gilberto se inclinó.
—Ciencia tanto más notable, tanto más interesante —prosiguió la baronesa—, cuanto que, según parece, no sois un químico vulgar, un práctico como los otros, y habéis sondeado todos los misterios de la ciencia de la vida.

—Supongo, por lo que indicáis, que el marqués de Lafayette os habrá dicho también que tengo algo de hechicero; y, si os lo ha dicho, le concedo bastante talento para haberlo probado, si ha querido.
—En efecto; nos ha hablado de las curas maravillosas que habéis hecho a menudo en los campos de batalla o en los hospitales americanos con enfermos desahuciados. Según nos ha dicho el general, los sumíais en una muerte ficticia tan parecida a la muerte real que muchas veces lo parecía.
—Esa muerte ficticia, señora, es resultado de una ciencia casi desconocida, confiada hoy a algunos adeptos solamente, pero que acabará por vulgarizarse.
—El mesmerismo: ¿no se llama así? —preguntó madame de Stael sonriendo.
—Eso es: el mesmerismo.
—¿Os la ha enseñado el mismo maestro?
—¡Ah, señora! El mismo Mesmer no era más que un discípulo. El mesmerismo, o, mejor dicho, el magnetismo, era una ciencia antigua conocida de los egipcios y de los griegos, pero que se perdió en el océano de la Edad Media. Shakespeare la adivina en *Macbeth*. Urbano Grandier la vuelve a descubrir y muere por haberla descubierto. Pero el gran maestro, el mío, es el conde de Cagliostro.
—¡Ese charlatán! —dijo madame de Stael.
—Señora, señora, no juzguéis de él como los contemporáneos, sino como lo juzgará la posteridad. A este charlatán es a quien yo debo mi ciencia, y quizás el mundo le deberá la libertad.
—Enhorabuena —dijo madame de Stael sonriendo—. Hablo sin estar muy enterada, y vos habláis con conocimiento de causa: es probable que vos tengáis razón y yo no... Pero ocupémonos en vos y decidme: ¿por qué habéis estado tanto tiempo ausente de Francia? ¿Por qué no habéis venido a ocupar vuestro puesto al lado de los Lavoisier, los Cabanis, los Condorcet, los Bailly y los Louis?
Al oír este último nombre se sonrojó imperceptiblemente el doctor.
—Aun tengo mucho que estudiar para que de buenas a primeras vaya a colocarme al lado de los maestros.
—En fin, ya habéis vuelto, aunque en una ocasión muy triste para vosotros. Mi padre, que hubiera tenido mucho gusto en veros, ha dejado de ser ministro y se ha ausentado hace tres días. Gilberto se sonrió.
—Señora baronesa —dijo inclinándose ligeramente—. Hace seis días que me encerraron en la Bastilla por orden del señor barón de Necker.
Madame de Stael se sonrojó a su vez.
—Me decís una cosa que me sorprende, en verdad —contestó—. ¡Vos en la Bastilla!
—Yo mismo, señora.
—Pues ¿qué habíais hecho?
—Los que han sido causa de que me prendieran podrán decirlo.
—Pero, al fin, estáis libre.
—Sí, lo estoy porque ya no hay Bastilla.
—¿Qué significa eso de que no hay Bastilla? —preguntó madame de Stael fingiendo sorpresa.
—¿No habéis oído los cañonazos?
—Sí; ¿y eso qué?

—Permitid que os diga que es imposible que madame de Stael, hija del señor de Necker, ignore que el pueblo ha tomado la Bastilla.
—Os aseguro, caballero —repuso la baronesa con embarazo—, que, extraña a todos los acontecimientos desde la marcha de mi padre, no me cuido más que de llorar su ausencia.
—Señora —replicó Gilberto meneando la cabeza—, los correos de gabinete conocen muy bien los caminos que van a parar a Saint-Ouen para que no haya llegado siquiera uno en cuatro horas que hace que ha capitulado la Bastilla.
La baronesa conoció que le era imposible contestar sin mentir positivamente; y como le repugnó la mentira, dio otro giro a la conversación.
—¿Y a qué debo el honor de vuestra visita, caballero? —preguntó.
—Deseaba tener el honor de hablar con el señor de Necker.
—Pues ¿no sabéis que no está en Francia?
—Señora, me parece tan raro que se haya marchado el barón de Necker, juzgo tan impolítico que no haya aguardado a ver cómo se desarrollan los acontecimientos, que...
—¿Qué?
—Que contaba con vos para que me dijerais dónde podría encontrarle.
—Pues le encontraréis en Bruselas.
Gilberto clavó en la baronesa su mirada escudriñadora.
—Gracias, señora —dijo inclinándose—, pues voy a partir para Bruselas, porque tengo que decirle cosas de la mayor importancia.
La señora de Stael hizo un movimiento de vacilación, y luego repuso:
—Por fortuna os conozco, caballero, y sé que sois hombre formal, porque esas cosas importantes podrían perder mucho de su valor pasando por otra boca... Pero ¿qué puede haber importante para mi padre después de haber caído en desgracia?
—El porvenir, y quizá no deje yo de tener influencia en el porvenir. Pero esto no hace al caso ahora. Lo importante para mí y para él es que yo vea al señor de Necker... Conque ¿decís que está en Bruselas? —Sí, señor.
—Invertiré veinte horas en el viaje. ¿Sabéis lo que son veinte horas en tiempo de revolución y cuántas cosas pueden pasar en veinte horas? ¡Qué imprudencia ha cometido el señor de Necker ausentándose!
—A la verdad, caballero, me asustáis y empiezo a creer que, en efecto, mi padre ha cometido una imprudencia.
—¿Qué queréis, señora? Las cosas son así. Por consiguiente, sólo me resta pediros que me perdonéis por la molestia que os he causado. Adiós, señora. Pero la baronesa le detuvo.
—Repito que me asustáis —dijo—, me debéis una explicación de todo esto, algo que me tranquilice.
—¡Ah, señora! —respondió Gilberto—. Tengo en este momento tantos asuntos personales a que atender, que me es enteramente imposible pensar en los de los demás; me va en ellos la vida y el honor, del propio modo que importaría a la vida y al honor del barón de Necker si hubiera podido aprovechar enseguida lo que todavía tardaré veinte horas en decirle.

—Permitidme que recuerde una cosa que hace largo rato estoy olvidando, y es que semejantes cuestiones no deben tratarse al aire libre, en un parque donde cualquiera puede oírnos.
—Señora —replicó Gilberto—, estoy en vuestra casa, y sois vos, y no yo, la que habéis elegido el sitio en donde estamos hablando. ¿Qué queréis? Estoy a vuestras órdenes.
—Quiero que me hagáis la merced de acabar esta conversación en mi gabinete.
—¡Ah, ah! —dijo Gilberto para sí—. Si no temiera ponerla en un apuro, le preguntaría si su gabinete está en Bruselas.
Pero sin preguntar nada se contentó con seguir a la baronesa, que echó a andar muy deprisa hacia el palacio. Delante de la fachada encontraron al mismo lacayo que había recibido a Gilberto. Madame de Stael le hizo una seña, y, abriendo las puertas ella misma, le condujo a su gabinete, elegante habitación, más masculina que femenina y cuya segunda puerta, así como dos ventanas, daban a un jardinillo, inaccesible no sólo a las personas, sino también a las miradas extrañas.
Llegados allí, madame de Stael cerró la puerta y, volviéndose a Gilberto, le dijo:
—Caballero: en nombre de la humanidad os ruego que me digáis cuál es ese secreto importante para mi padre que os ha hecho venir a Saint-Ouen.
—Si vuestro padre pudiera oírme desde aquí —contestó el doctor—, si pudiera saber que soy el hombre que ha enviado al rey las *Memorias* secretas tituladas: *De la situación de las ideas y del progreso,* estoy seguro de que el barón de Necker se presentaría de pronto y me diría: «Doctor Gilberto, ¿qué me queréis? Hablad, os escucho». Aun no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se abrió sin ruido una puerta secreta pintada por Vanloo, y el barón de Necker apareció sonriendo al pie de una escalerilla de caracol en la parte superior de la cual se veía brillar la luz de una linterna sorda.
Entonces la baronesa de Stael hizo un saludo a Gilberto, y, besando a su padre en la frente, se retiró por donde éste había entrado, subió la escalera y cerró la puerta.
Necker se acercó a Gilberto y le alargó la mano diciéndole:
—Aquí me tenéis, caballero. ¿Qué me queréis? Os escucho.
Ambos se sentaron.
—Señor barón —dijo el doctor—, acabáis de oír un secreto que os revela todos mis planes. Yo soy quien, hará cuatro años, hice llegar a manos del rey una *Memoria* sobre el estado general de Europa; y quien, desde entonces, le he ido enviando desde los Estados Unidos las diferentes *Memorias* que he recibido sobre todas las cuestiones de conciliación y de administración surgidas en Francia.
—*Memorias* de las que Su Majestad me ha hablado siempre con tanta admiración como terror —contestó el señor de Necker inclinándose.
—Sí, porque decían la verdad, y entonces causaba terror oír la verdad, como hoy, que es ya un hecho, causa más terror todavía.
—Es incontestable —respondió Necker.
—¿Y el rey os ha comunicado esas *Memorias?* —No todas; dos solamente; una de ellas sobre hacienda, en las que erais de mí misma opinión con poca diferencia.

—Pero hay una en que le vaticinaba todos los sucesos políticos que acaban de realizarse. —¡Ah!
—Sí.
—Y ¿qué sucesos son ésos?
—Dos entre otros: el uno era la precisión en que se vería de despediros a causa de ciertos compromisos contraídos.
—¿Le predijisteis mi caída del poder?
—Se lo predije.
—Y el segundo suceso ¿cuál era?
—La toma de la Bastilla.
—¿También la vaticinasteis?
—Señor barón, la Bastilla era, más que una prisión de Estado, el símbolo de la tiranía. La libertad ha empezado por destruir el símbolo; la revolución hará lo demás.
—¿Habéis calculado la gravedad de las palabras que me decís?
—Claro está.
—Y ¿no tenéis reparo en emitir en alta voz semejante teoría?
—¿Reparos? ¿Por qué?
—Porque podéis sufrir algún disgusto.
—Señor de Necker —replicó Gilberto—, cuando se sale de la Bastilla no se tiene miedo de nada.
—¿Habéis salido de la Bastilla?
—Hoy mismo.
—Y ¿por qué estabais en ella?
—Eso vengo a preguntaros.
—¿A mí?
—Sí, a vos.
—Y ¿por qué a mí?
—Porque vos me habéis hecho encerrar en ella.
—¡Que yo os he hecho encerrar en la Bastilla!
—Hace seis días. Como veis, la fecha no es muy remota, y deberíais acordaros.
—Es imposible.
—¿Conocéis esta firma?
Y Gilberto enseñó al ex ministro el registro de la Bastilla y la orden de prisión que iba unida a él.
—Sí, la conozco —contestó Necker—, ésa es la orden de prisión. Ya sabéis que yo firmaba las menos que podía, a pesar de lo cual llegaban a cuatro mil al año. Además, en el momento de mi partida, eché de ver que me habían hecho firmar algunas en blanco. Quizás haya sido la vuestra una de ellas, y a fe que lo siento.
—¿Eso quiere decir que no debo atribuiros en modo alguno la causa de mi encarcelamiento?
—De ninguna manera.
—Pero, en fin, señor barón —dijo Gilberto sonriendo—, ya comprenderéis mi curiosidad: necesito saber a quién debo mi prisión. Tened la bondad de decírmelo.

—Es cosa fácil. Por precaución jamás he dejado mis cartas en el ministerio y todas las noches las traía aquí. Las de este mes están en el cajón B de esa papelera; busquemos en el legajo la letra G.
Necker abrió el cajón, y se puso a examinar un enorme paquete que podría contener quinientas o seiscientas cartas.
—No conservo más cartas sino aquellas cuyo contenido puede poner a cubierto mi responsabilidad —dijo el ex ministro—. Cada orden de prisión que firmo, me granjea un enemigo. Debo haberlo previsto, pues me extrañaría lo contrario. Vamos a ver: G... G... sí, aquí está, Gilberto. Pues la orden procede de la cámara de la reina, amigo mío.
—¡De la cámara de la reina!
—Sí: se pide una orden de prisión contra él llamado Gilberto, sin profesión conocida, ojos y cabellos negros. Siguen las demás: Regresando del Havre a París. Conque ¿ese Gilberto erais vos?
—Sí, yo. ¿Podéis entregarme la carta?
—No; pero puedo deciros quién la firma.
—¿Quién?
—La condesa de Charny.
—¿La condesa de Charny? repitió Gilberto—. No la conozco ni le he hecho nada.
Y levantó poco a poco la cabeza como para hacer memoria.
—Hay, además, una breve apostilla sin firma; pero de letra que conozco. Mirad.
Gilberto se inclinó y leyó en el margen de la carta: «Hágase, sin tardanza, lo que pide la condesa de Charny.»
—Es extraño —dijo el doctor—, la reina... lo concibo, pues en mi *Memoria* se trataba de ella y de la Polignac; pero esa condesa de Charny...
—¿No la conocéis?
—Debe ser un testaferro. Por lo demás, no tiene nada de extraño el que yo no conozca las notabilidades de Versalles: hace quince años que estoy ausente de Francia; sólo he vuelto dos veces, y la segunda hace cuatro años. Y ¿quién es esa condesa de Charny?
—La amiga, la confidente más íntima de la reina; la esposa adorada del conde de Charny; una belleza y una virtud; en una palabra, un prodigio.
—Pues no conozco ese prodigio.
—Entonces, debéis pensar, querido doctor, que sois juguete de alguna intriga política. ¿No habéis hablado del conde Cagliostro?
—Sí.
—¿Le conocisteis?
—Fue amigo mío; más que amigo, mi maestro; más que maestro, mi salvador.
—Pues bien: el Austria o la Santa Sede habrán pedido vuestro encarcelamiento. ¿Habéis escrito algunos folletos?
—Sí.
—Pues para todas esas pequeñas venganzas se acude a la reina. Se ha tramado un complot contra vos; se os ha seguido. La reina ha encargado a la señora de Charny que firme la carta para alejar todas las sospechas, y ya tenéis el misterio aclarado.

Gilberto reflexionó un momento.
Este instante de reflexión le trajo a la memoria la cajita robada en Pisseleux, en casa de Billot, y con la cual no tenían nada que ver con la reina, ni el Austria ni la Santa Sede. Este recuerdo le puso sobre la verdadera pista.
—No —dijo—, no es eso, no puede ser; pero no importa: pasemos a otra cosa.
—¿A qué?
—A tratar de vos.
—¿De mí? Y ¿qué tenéis que decirme?
—Lo que sabéis mejor que nadie: que antes de tres días estaréis repuesto en vuestro cargo y que podréis gobernar la Francia tan despóticamente como queráis.
—¿Lo creéis así? —preguntó Necker sonriendo.
—Y vos también, puesto que no os habéis marchado a Bruselas.
—Y ¿cuál será el resultado?
—Muy sencillo. Los franceses, que os quieren ahora, llegarán a adoraros. La reina estaba ya cansada de veros querido; el rey se cansará de veros adorado; procurarán hacerse populares a vuestra costa y vos no lo consentiréis. Entonces os haréis impopular a vuestra vez. El pueblo, señor de Necker, es un león hambriento que no lame más que la mano que le da de comer, cualquiera que sea esta mano.
—¿Y después?
—Después caeréis en el olvido.
—¿Yo en el olvido?
—¡Ah! Sí.
—Y ¿quién me hará olvidar?
—Los acontecimientos.
—Paréceme, señor Gilberto, que habláis como un profeta.
—Tengo la desgracia de serlo un poco.
—Pues vamos a ver: ¿qué sucederá?
—No es difícil predecirlo, porque lo que ha de suceder está en germen en la Asamblea. Surgirá un partido que duerme en este momento, mejor dicho, que vela, pero que se oculta. Este partido tiene por jefe un príncipe y por arma una idea.
—Comprendo: habláis del partido orleanista.
—No. Si me hubiera referido a él, habría dicho que tenía por jefe un hombre y por arma la popularidad. El partido de que hablo tiene un nombre que ni siquiera se ha pronunciado, y es el republicano.
—¡El partido republicano!
—¿No sois de mi opinión?
—¡Quimera!
—Sí: quimera con boca de fuego que os devorará a todos.
—Pues bien: me haré republicano, o, por mejor decir, ya lo soy.
—Republicano de Ginebra, no lo dudo.
—Me parece que un republicano es siempre un republicano.
—Ahí está el error, señor barón: nuestros republicanos no se parecerán a los de los otros países; nuestros republicanos tendrán que devorar, ante todo, los

privilegios, luego la nobleza, y después la monarquía; nuestros republicanos irán mucho más lejos, partiréis con ellos, pero os quedaréis a la mitad del camino, porque no querréis seguirlos a donde irán. No, señor barón de Necker, os engañáis: no sois republicano.
—Si lo entendéis como decís, no, porque yo quiero al rey.
—Y yo también —dijo Gilberto—, y en este momento todo el mundo le quiere como nosotros. Si a un hombre de menos talento que vos le dijera lo que os estoy diciendo, se burlaría de mí; pero estad persuadido de lo que os digo, señor Necker.
—Si la cosa fuera verosímil, me parecería bien; pero...
—¿Conocéis las sociedades secretas?
—He oído hablar mucho de ellas.
—¿Creéis en su existencia?
—Sí; pero no en su universalidad.
—¿Estáis afiliado a alguna?
—No.
—¿Pertenecéis siquiera a una logia masónica?
—No.
—Pues yo sí, señor ministro.
—¿Como afiliado?
—Sí, y a todas. Son, señor ministro, una inmensa red que envuelve todos los tronos; un puñal invisible que amenaza a todas las monarquías. Somos, próximamente, unos tres millones de hermanos, diseminados por todos los países, difundidos por todas las clases de la sociedad. Tenemos amigos en el pueblo, en la clase media, en la nobleza, entre los príncipes y hasta entre los soberanos. Tened cuidado, señor Necker, porque el príncipe ante el cual os mostráis irritado es tal vez un afiliado; el criado que se inclina ante vos, tal vez lo sea también. Ni vuestra vida, ni vuestra fortuna, ni vuestra misma honra, son vuestras. Todo pertenece a un poder invisible con el que no podéis luchar porque no le conocéis, y que puede perderos, porque él sí que os conoce. Y esos tres millones de hombres que han constituido ya la república americana, intentan constituir ahora una república francesa y después intentarán constituir una república europea.
—Pero la república de los Estados Unidos no me causa miedo, y acepto de buen grado ese programa —dijo Necker.
—Sí; pero de la América a Francia hay un abismo. La América es un país virgen, sin preocupaciones, sin privilegios, sin monarquía, suelo alimenticio, situado entre el mar que da salida a los artículos de su comercio y la soledad, que es un recurso para su población, mientras que Francia... ¡ah! ¡Cuánto hay que destruir en Francia antes que se parezca a América!
—Pero, en fin, ¿adonde queréis venir a parar?
—Adonde tenemos que ir precisamente. Sólo que yo quisiera llegar sin trastornos, poniendo al rey a la cabeza del movimiento.
—¿Cómo una bandera?
—No; como un escudo.

—¡Como un escudo! —replicó Necker sonriendo—. No conocéis al rey, cuando queréis que desempeñe semejante papel.
—Sí, le conozco. És un hombre como otros muchos a quienes he visto al frente de los pequeños distritos de América; un pobre hombre sin majestad, sin resistencia, sin iniciativa; pero... ¡cómo ha de ser! Aunque no fuese sino por el título sagrado que lleva, debe ser una salvaguardia contra esos hombres de que acabo de hablaros, y, por flaca que sea esa salvaguardia, vale más algo que nada. Recuerdo que en nuestras guerras con las tribus salvajes de América he pasado noches enteras detrás de un cañaveral: el enemigo estaba al otro lado del río y disparaba contra nosotros. No son gran cosa los cañaverales como defensa, y, sin embargo, os aseguro, señor barón, que tenía menos miedo detrás de aquellos grandes tallos verdes, cortados por las balas como si fueran hilos, de lo que lo hubiera tenido en campo raso. Pues bien: el rey es mi cañaveral: me permite ver al enemigo e impide que el enemigo me vea. Por esto, aunque republicano en Nueva York o en Filadelfia, soy realista en Francia. Allí nuestro dictador se llamaba Washington; aquí, Dios sabe cómo se llamará: puñal o cadalso.
—Todo lo veis de color de sangre, doctor.
—Pues del mismo modo lo veríais, señor barón, si hubierais estado como yo en la plaza de la Gréve.
—Es verdad. Me han dicho que ha habido asesinatos.
—¡Oh! El pueblo es una gran cosa cuando no se extralimita... ¡Oh tempestades humanas! ¡Cuan atrás dejáis a las tempestades del cielo!
Necker se quedó pensativo.
—¡Cuánto daría por teneros a mi lado, señor doctor!—dijo por fin—. En caso necesario, seríais un magnífico consejero.
—A vuestro lado no os sería tan útil, y, sobre todo, tan útil a Francia, como allí adonde me propongo marchar.
—Pero ¿adonde queréis ir?
—Oíd, señor Necker. Junto al mismo trono hay un gran enemigo del trono; junto al rey, un gran enemigo del rey, y este enemigo es la reina. ¡Pobre mujer, que olvida que es hija de María Teresa, o, más bien, que no se acuerda de ello sino desde el punto de vista de su orgullo! Cree salvar al rey y pierde más que el rey, porque pierde la monarquía. Pues bien: nosotros que amamos al rey y a la Francia, es preciso que nos unamos para neutralizar ese poder, para destruir esa influencia.
—Pues, entonces, haced lo que os he dicho: quedaos a mi lado. Ayudadme.
—Si me quedo a vuestro lado, no tendremos más que un solo y mismo medio de acción: vos seréis yo, y yo seré vos. Es menester que nos separemos y entonces pesaremos con doble peso en la balanza.
—Y ¿qué conseguiremos con eso?
—Quizá retardar la catástrofe, aunque no impedirla, por más que cuento con un auxiliar poderoso, el marqués de Lafayette.
—¿Lafayette es republicano?

—Todo lo republicano que puede ser un Lafayette. Si nos es absolutamente preciso pasar bajo el nivel de la Igualdad, creedme, escojamos la de los grandes señores. Amo la Igualdad que eleva y no la que rebaja.
—Y ¿nos respondéis de Lafayette?
—Sí, mientras no se le exija más que honor, abnegación y valor.
—Pues bien, decid: ¿qué es lo que queréis?
—Una carta para poder ver al rey.
—Un hombre de vuestro valor no necesita cartas de recomendación: se presenta solo.
—No, porque me conviene ser vuestra hechura; entra en mis proyectos ser presentado por vos.
—¿Y a qué aspiráis?
—A ser médico de cámara de Su Majestad.
—Es cosa fácil. Pero ¿y la reina?
—Estando yo al lado del rey, nada me importa.
—¿Y si os persigue?
—Entonces haré que el rey tenga voluntad.
—¡Que el rey tenga voluntad propia! Seréis todo un hombre si lo conseguís.
—El que dirige el cuerpo es un gran necio, si no llega algún día a dirigir también el espíritu.
—Pero ¿no creéis que sea un mal precedente para ser nombrado médico de cámara el haber estado en la Bastilla?
—Al contrario, es el mejor. Según vos, ¿no se me ha perseguido por crimen de filosofía?
—Tal sospecho.
—Pues, entonces, el rey se rehabilita, se populariza si toma por médico a un discípulo de Rousseau, a un partidario de las nuevas doctrinas, a un preso que sale de la Bastilla. La primera vez que le veáis, hacedle valer todo esto.
—Siempre tenéis razón; pero cuando estéis al lado del rey ¿podré contar con vos?
—De todo punto, mientras no os apartéis de la línea política que adoptaremos.
—¿Qué me prometéis?
—Avisaros cuando llegue el momento preciso en que debáis retiraros.
Necker se quedó mirando a Gilberto, y después le dijo con voz sombría:
—En efecto: es el mayor favor que un amigo leal pueda hacer a un ministro, porque es el último.
Y se sentó a su mesa para escribir al rey.
Entretanto, Gilberto volvió a leer la carta, diciendo para sí:
—¿Quién podrá ser esta condesa de Charny?
—Tomad, doctor —dijo Necker al poco rato, entregando a Gilberto lo que había escrito.
El doctor tomó la carta, que estaba concebida en estos términos:

«Señor:
«Vuestra Majestad debe tener necesidad de un hombre seguro, con el que pueda hablar de sus asuntos. Mi último presente, mi postrer servicio al separarme de

vuestro lado, es el que os hago en la persona del doctor Gilberto. No necesito decir más en su favor sino que, no tan sólo es uno de los médicos más distinguidos del mundo, mas también el autor de las Memorias: *Administraciones y Políticas*, que tanto os han impresionado.

»A los R. P. de V. M.

BARÓN DE NECKER.»

El barón no fechó la carta y la entregó al doctor, cerrada con un simple sello.

—Y ahora, estoy en Bruselas: ¿no es eso?

—Sí, más que nunca. Mañana por la mañana recibiréis noticias mías.

El barón llamó de cierto modo al lienzo de pared donde estaba la puerta secreta, y se presentó madame de Stael, que entonces no llevaba ya en la mano la rama de granado, sino el folleto del doctor Gilberto, a quien enseñó el título con lisonjera coquetería.

Gilberto se despidió de Necker y besó la mano de la baronesa, que le acompañó hasta la puerta del gabinete.

Y volvió a subir al carruaje en que Billot y Pitou estaban durmiendo, tendidos en los asientos, así como el cochero en el pescante y los caballos apoyados en sus cansadas patas.

## XXII

## EL REY LUIS XVI

La entrevista entre Gilberto, madame de Stael y el barón de Necker, había durado cosa de hora y media. Gilberto entró en París a las nueve y cuarto, se hizo llevar directamente al correo, tomó caballos de posta y un carruaje; y mientras Billot y Pitou iban a descansar de sus fatigas a una posada de la calle Thiroux, donde el primero solía hospedarse siempre que iba a París, el doctor partió a galope a Versalles.

Era ya tarde, pero poco le importaba a Gilberto. La actividad es una necesidad para los hombres de su temple. Acaso su viaje fuera un paseo inútil; pero, inútil y todo, prefería darlo a no hacer nada. Para las organizaciones nerviosas, la incertidumbre es un suplicio peor que la más espantosa realidad.

Llegó a Versalles a las diez y media. En tiempos normales, todos sus habitantes hubieran estado acostados y durmiendo profundamente; pero aquella noche nadie dormía en Versalles. Se acababa de recibir el golpe de rechazo de la sacudida que aun hacía temblar a París.

Los guardias franceses, los de corps, los suizos, agolpados en todas las bocacalles, hablaban unos con otros o con los ciudadanos que por su realismo no les inspiraban desconfianza.

Porque Versalles ha sido en todo tiempo una ciudad realista. Esta religión de la monarquía, ya que no del monarca, está incrustada en el corazón de sus habitantes como una de las cualidades del terreno. Los habitantes de Versalles, acostumbrados a vivir cerca de los reyes y por los reyes, a la sombra de sus grandezas, respirando siempre el perfume embriagador de las flores de lis, viendo brillar el oro de los trajes y la sonrisa de los rostros augustos; los habitantes de Versalles, para quienes los reyes han levantado una ciudad de mármol y de pórfido, se creen en cierto modo reyes también; y aun hoy mismo, cuando entre los mármoles crece el musgo y entre las baldosas ha brotado la hierba; hoy que el oro está a punto de desaparecer de los artesonados, que la sombra de los parques es más solitaria que la de las tumbas, Versalles, o renegaría de su origen, o debe considerarse como un fragmento del esplendor decaído, y, aunque no pueda ya tener el orgullo del poder y de la riqueza, debe conservar, al menos, la poesía de los recuerdos y el soberano hechizo de la melancolía.

Así, pues, según hemos dicho, en aquella noche del 14 al 15 de julio de 1789, todo Versalles se agitaba confusamente por averiguar cómo tomaría el rey de Francia aquel insulto dirigido a su corona, aquella brecha abierta en su poder.

Con su respuesta a M. de Dreux Brézé, Mirabeau había herido a la monarquía en el rostro.

Con la toma de la Bastilla, el pueblo acababa de herirla en el corazón.

No obstante, para los hombres de estrechas miras, la cuestión era muy fácil de resolver. Sobre todo a los ojos de los militares, acostumbrados a no ver en el resultado de los acontecimientos más que el triunfo o la derrota de la fuerza bruta, tratábase simplemente de una marcha sobre París. Treinta mil hombres y

veinte cañones reducirían en breve a la nada el orgullo y la furia victoriosa de los parisienses.

Jamás tuvo la monarquía tantos consejeros: todo el mundo daba su parecer en voz alta y públicamente.

Los más moderados decían:

—Eso no es cosa muy sencilla...

Y nótese que, entre nosotros, esa forma de lenguaje se usa siempre en las situaciones más difíciles.

—Es cosa muy sencilla —decían—. Empiécese por obtener de la Asamblea Nacional una sanción que no negará. Desde hace algún tiempo, su actitud es tranquilizadora para todo el mundo: ni quiere violencias de parte del pueblo, ni abusos del poder. La Asamblea declarará lisa y llanamente que la insurrección es un crimen; que, teniendo los ciudadanos representantes para exponer sus agravios al rey, y un rey para hacerles justicia, no tienen razón en apelar a las armas y en derramar sangre. Armado con esta declaración, que seguramente se obtendrá de la Asamblea, el rey no puede menos de castigar a París como buen padre, es decir, severamente. Y entonces se aleja la tempestad, y la monarquía vuelve a recobrar el primero de sus derechos. Los pueblos vuelven a su deber, que es la obediencia, y todo sigue su marcha acostumbrada.

Así era como se arreglaban los negocios de Estado, en la corte y en los bulevares. Pero en la plaza de Armas y en los cuarteles, el lenguaje era muy distinto.

Allí se veían hombres desconocidos en la localidad, hombres de rostro inteligente y de mirada inquieta, sembrando acá y allá avisos misteriosos, exagerando las noticias ya graves de por sí y propagando casi públicamente las ideas sediciosas que hacía dos meses agitaban a París y soliviantaban los arrabales.

Alrededor de aquellos hombres se formaban grupos, sombríos, hostiles, animados, compuestos de personas a las que se recordaba su miseria, sus sufrimientos, el desdén brutal de la monarquía. Para los infortunios populares se les decía:

—Hace ocho siglos que el pueblo viene luchando; y ¿qué ha conseguido? Nada. Ni derechos sociales, ni derechos políticos: el de la vaca del colono a la que se quita su ternero para llevarlo a la carnicería; su leche para venderla en el mercado; su carne para llevarla al matadero; su piel para curtirla en la tenería. En fin, apremiada por la necesidad, y la monarquía ha cedido y convocado los Estados; pero hoy que los Estados están reunidos ¿qué hace la monarquía? Ejercer coacción sobre ellos. Si la Asamblea Nacional se ha constituido ha sido contra la voluntad de la monarquía. Pues bien: puesto que nuestros hermanos de París acaban de darnos tan terrible ayuda, empujemos hacia delante a la Asamblea Nacional. Cada paso que da en el terreno político en que se ha trabado la lucha es una victoria para nosotros; es el ensanche de nuestro campo, el aumento de nuestra fortuna, la consagración de nuestros derechos. ¡Adelante, adelante, ciudadanos! La Bastilla no es más que la obra avanzada de la tiranía; se ha tomado la Bastilla: ahora falta tomar la plaza.

En los sitios más apartados se formaban otras reuniones y se pronunciaban otros discursos. Los oradores eran evidentemente personas que pertenecían a una clase

más elevada y que, a pesar de haberse disfrazado como hombres del pueblo, se conocía que no lo eran por sus blancas manos y su porte distinguido.
—¡Pueblo! —decían aquellos hombres—. Por una y otra parte te quieren engañar; los unos te piden que retrocedas; los otros que avances. Te hablan de derechos políticos, de derechos sociales; ¿eres acaso más feliz desde que te se ha permitido votar por medio de tus delegados? ¿Tienes menos hambre desde que la Asamblea Nacional promulga decretos? No. Deja la política y sus teorías a los hombres que saben leer. Lo que necesitas no es una frase o una máxima escrita, sino pan, y luego pan; es el bienestar de tus hijos, la dulce tranquilidad de tu mujer. ¿Quién te dará eso? Un rey de carácter fino, de espíritu juvenil, de corazón generoso. Ese rey no es Luis XVI, que reina supeditado por una mujer, por esa austriaca de corazón de bronce. Ese rey es... busca bien alrededor del trono; busca al que puede hacer la Francia dichosa, y al que la reina detesta precisamente porque hace sombra a su ambición, porque ama a los franceses y es amado de ellos.
Así se manifestaba la opinión en Versalles; de este modo se preparaba por todas partes la guerra civil.
Gilberto escuchó lo que se decía en dos o tres corrillos, y, conocedor ya del estado de los ánimos, se encaminó en derechura a palacio, guardado por multitud de centinelas. ¿A qué enemigo temían? Nadie lo sabía.
Sin que los centinelas le impidieran el paso, cruzó los primeros patios y llegó a los vestíbulos sin que nadie le preguntara adonde iba.
Llegado al salón del Ojo de Buey, un guardia de corps le detuvo. Gilberto se sacó del bolsillo la carta de Necker, cuya firma enseñó. La consigna era rigurosa; pero como las consignas más rigurosas son las que más necesidad tienen de ser interpretadas, el guardia de corps dijo a Gilberto:
—La orden de no dejar entrar a nadie en las habitaciones del rey es formal; pero indudablemente no se ha previsto el caso de presentarse un enviado del señor de Necker; y como probablemente traéis algún aviso importante para Su Majestad, entrad: yo cargo con la responsabilidad de la infracción.
Gilberto entró.
El rey no estaba en sus habitaciones, sino en la sala del consejo; allí recibía una comisión de la guardia nacional que había ido a pedirle que alejara a las tropas, que formase una guardia ciudadana y que se presentara en París.
Luis escuchó estas peticiones con frialdad; luego respondió que era preciso aclarar la situación y que iba a deliberar sobre ella en su consejo.
Y en aquel momento se hallaba deliberando.
Mientras tanto, los comisionados aguardaban en la galería, y al través de los cristales deslustrados de las puertas, estaban viendo las sombras de los consejeros reales y el movimiento amenazador de sus actitudes.
Fijándose en aquella especie de fantasmagoría, podían adivinar que la respuesta no sería favorable.
En efecto: el rey se limitó a contestar que nombraría los jefes de la milicia urbana y que ordenaría a las tropas del campo de Marte que se replegasen.
En cuanto a su presencia en París, no quería dispensar semejante favor a la ciudad rebelde hasta que estuviera completamente sometida.

La comisión rogó, insistió, conjuró. El rey contestó que lo sentía con toda su alma, pero que no podía hacer más.
Y, satisfecho de este triunfo momentáneo, de esta manifestación de un poder que ya no existía, el rey se trasladó a sus habitaciones.
En ellas encontró a Gilberto con el guardia de corps.
—¿Qué queréis? —preguntó Luis XVI.
El guardia de corps se acercó a él, y, mientras se disculpaba por haber faltado a su consigna, Gilberto, que hacía muchos años no había visto al rey, examinaba silencioso a aquel hombre que Dios había dado por piloto a la Francia, en el momento de la más violenta tempestad de cuantas la nación había sufrido.
Aquel cuerpo bajo y grueso, sin esbeltez ni majestad; aquel rostro de facciones carnosas y sin expresión, aquella tez pálida como de una vejez prematura; aquella lucha desigual de una materia poderosa con una inteligencia mediana a la cual el orgullo de la posición era lo único que daba cierto valor intermitente, todo esto, para el fisonomista que había estudiado con Lavater, para el magnetizador que había leído en el porvenir con Bálsamo, para el filósofo que había meditado con Juan Jacobo, para el viajero, en fin, que había examinado todas las razas humanas, todo esto significaba degeneración, bastardeamiento, impotencia, ruina.
Gilberto se quedó, pues, como cortado, no por respeto, sino por dolor, al contemplar aquel triste espectáculo. El rey se acercó a él.
—¿Sois vos quien me trae una carta de Necker?
—Sí, señor.
—¡Ah! —exclamó como si lo hubiera puesto en duda—. Dádmela pronto.
Y pronunció estas palabras con el tono de un hombre que se ahoga y grita: «¡Un cabo!»
Gilberto entregó la carta al rey. Luis se apoderó de ella al punto, la leyó rápidamente, y luego, con un ademán que no carecía de cierta nobleza, dijo al guardia de corps: —Señor de Varicoúrt, dejadnos solos.
Gilberto se quedó solo con el rey. La cámara no estaba alumbrada más que por una lámpara; no parecía sino que el rey había disminuido la luz para que no se pudiera leer en su frente, aburrida más bien que pensativa, todos los pensamientos que en ella se acumulaban.
—Caballero —dijo, fijando en Gilberto una mirada más clara y más observadora de lo que éste hubiera podido presumir en él, ¿es cierto que sois el autor de las Memorias que tanta impresión me han hecho?
—Sí, señor.
—¿Qué edad tenéis?
—Treinta y dos años, pero el estudio y los sinsabores duplican la edad. Tratadme como si fuera ya anciano.
—¿Por qué habéis dejado pasar tanto tiempo sin presentaros a mí?
—Porque no necesitaba decir de viva voz a Vuestra Majestad lo que le escribía más libre y fácilmente.
Luis XVI se quedó pensativo.
—¿No tenéis otros motivos? —dijo con cierta suspicacia.
—No, señor.

—Sin embargo, o mucho me equivoco, o por ciertas particularidades hubierais debido conocer la benevolencia con que os distingo.
—Vuestra Majestad se refiere, sin duda, a aquella especie de cita que tuve la temeridad de dar al rey cuando después de mi primera Memoria le rogué, hace cinco años, que pusiera una luz junto al cristal de su ventana, a las ocho de la noche, para darme a entender que había leído mi trabajo.
—Y... —dijo el rey con satisfacción.
—Y en el día y a la hora prefijados, apareció la luz en el mismo sitio donde yo había pedido que la pusieseis.
—¿Y después?
—Después vi que subía y bajaba tres veces.
—¿Y después?
—Después leí estas palabras en la *Gaceta:* «Aquel a quien la luz ha llamado tres veces puede presentarse a quien la levantó tres veces, y será recompensado.»
—Son las mismas palabras del aviso —dijo el rey.
—Y aquí tenéis ese aviso —dijo Gilberto sacando de su bolsillo la *Gaceta* en que se había insertado cinco años atrás.
—Bien, muy bien —contestó el rey—; os he esperado mucho tiempo. Llegáis en el momento en que había cesado de esperaros. Bienvenido seáis, porque llegáis como los buenos soldados, en el momento de la lucha.
Luego, mirando todavía con más atención a Gilberto, añadió:
—¿Sabéis que para un rey no hay cosa más extraordinaria que la ausencia de un hombre a quien se dice: «Venid a recibir una recompensa», y no viene?
Gilberto sonrió.
—Vamos a ver: ¿por qué no habéis venido? —preguntó el rey.
—Porque no merecía ninguna recompensa.
—¿Por qué no?
—Francés y amante de mi patria, celoso de su prosperidad, confundiendo mi individualidad con la de treinta millones de hombres, conciudadanos míos, trabajaba para mí al trabajar para ellos. Así, pues, siendo egoísta, no soy digno de recompensa.
—¡Paradoja! Tenéis otra razón.
Gilberto no replicó.
—Hablad, caballero, lo deseo.
—Quizás lo hayáis adivinado ya, señor.
—¿Sí?... —dijo el rey con inquietud—. Sin duda, os parecía grave la situación y os reservabais.
—Para otra más grave, sí, señor: Vuestra Majestad lo ha adivinado.
—Me gusta la franqueza —dijo el rey, que no pudo disimular su turbación, porque era de carácter tímido y se sonrojaba fácilmente.
—Así, pues —continuó Luis XVI—, predecíais al rey la ruina, y habéis temido estar colocado muy cerca de los escombros.
—No hay tal, por cuanto en el momento en que la ruina es inminente vengo a colocarme cerca del peligro.
—Sí, sí: acabáis de separaros de Necker y habláis como él. ¡Peligro, peligro! Sin duda, hay peligro en acercarse a mí. Y ¿dónde está Necker?

—Pronto a ponerse, según creo, a las órdenes de Vuestra Majestad.
—Tanto mejor, porque le necesito —dijo el rey suspirando—. En política no se debe ser terco. Se cree hacer bien y se obra mal, y, aunque se obre bien, los caprichosos acontecimientos desbaratan los mejores resultados; los planes pueden ser buenos, y, sin embargo, uno pasa por haberse engañado.
El rey volvió a suspirar, y Gilberto le sacó del aprieto diciendo:
—Vuestra Majestad razona admirablemente; mas ahora lo que conviene hacer es ver más claro en el porvenir de lo que se ha visto hasta ahora.
El rey levantó la cabeza, y su ceño sin expresión se frunció ligeramente.
—Perdonadme, señor —dijo Gilberto—; soy médico, y cuando el mal es grande procedo de un modo expedito.
—Dais demasiada importancia al motín de hoy.
—Es que no ha sido un motín, sino una revolución.
—Y ¿queréis que pacte con rebeldes, con asesinos? Porque en rigor han tomado la Bastilla a viva fuerza, lo cual es una rebelión; y han matado a los señores de Launay, de Losme y de Flesselles, lo cual es un asesinato.
—Hay que establecer una separación entre unos y otros, señor. Los que han tomado la Bastilla son héroes; los que han dado muerte a esos señores son vulgares asesinos.
El rey se sonrojó al oír esto, sus labios se contrajeron y algunas gotas de sudor resbalaron por su frente.
—Tenéis razón, caballero —dijo—. Sois, en efecto, médico, o, mejor dicho, cirujano, porque cortáis por lo sano. Pero ocupémonos en vos. Os llamáis el doctor Gilberto, ¿no es verdad? Por lo menos, con ese nombre habéis firmado vuestras Memorias.
—Señor, es mucho honor para mí que Vuestra Majestad tenga tan buena memoria, aunque, bien mirado, hago mal en envanecerme por ello.
—¿Por qué?
—Porque mi nombre ha debido ser pronunciado delante de Vuestra Majestad hace pocos días.
—No comprendo.
—Hace seis días me prendieron y me encerraron en la Bastilla. Ahora bien: yo he oído decir que no se efectuaba una detención de alguna importancia sin que el rey lo supiera.
—¡Vos en la Bastilla! —dijo el rey con extrañeza. —Aquí está mi certificado de encarcelamiento. Encerrado, como acabo de decir, hace seis días por orden del rey, he salido hoy a las tres de la tarde gracias al pueblo. .
—¿Hoy?
—Sí, señor. ¿Vuestra  Majestad no ha oído los cañonazos?
—Sí.
—Pues bien: los cañones han abierto las puertas de mi prisión.
—¡Ah! —exclamó el rey—. Estaría muy contento si los cañonazos de esta mañana no hubieran sido disparados contra la monarquía al mismo tiempo que contra la Bastilla.
—Señor, no hagáis de una prisión el símbolo de un principio. Decid, por el contrario, que estáis satisfecho de que haya sido tomada la Bastilla, porque en

adelante no se cometerá ya, en nombre del rey que la ignora, una injusticia como la de que he sido víctima.
—Pero, en fin, caballero: vuestro arresto habrá sido por alguna causa.
—Ninguna, que yo sepa, señor. Me han prendido al regresar a Francia, y me han encarcelado.
—A la verdad —dijo Luis XVI con dulzura—, ¿no hay algún egoísmo de vuestra parte en venir a hablarme de vos cuando tanto necesito que se hable de mí?
—Es que tengo precisión de que Vuestra Majestad me responda una sola palabra.
—¿Cuál?
—¿Ha entrado Vuestra Majestad por algo en mi arresto?
—Ignoraba vuestro regreso a Francia. —Me alegro mucho de que Vuestra Majestad me responda eso: así podré decir en voz alta que Vuestra Majestad no obra mal sino cuando le engañan, y presentarme como ejemplo a los que lo pusieran en duda.
El rey se sonrió.
—Señor médico —dijo—, estáis poniendo el bálsamo en la herida.
—¡Oh señor! Pondré el bálsamo a manos llenas, y, si queréis, curaré esa herida: os lo aseguro.
—¡Vaya si quiero!
—Pero es menester que lo queráis firmemente.
—Lo querré así.
—Antes de comprometeros más —dijo Gilberto—, tened la bondad de leer esta nota puesta al margen del registro de mi entrada en la Bastilla.
—¿Qué nota? —preguntó el rey con inquietud.
—Esta.
Gilberto presentó la hoja al rey, el cual leyó:
«A instancias de la reina...»
Luis frunció el entrecejo.
—¡De la reina! —dijo—. ¿Habéis incurrido en el desagrado de la reina?
—Señor, estoy seguro de que Su Majestad me conoce menos de lo que Vuestra Majestad me conocía.
—Pues, con todo, debéis haber cometido alguna falta, porque por algo se entra en la Bastilla.
—Parece que sí, puesto que salgo de ella.
—Pero Necker os envía a mí, y la orden de prisión estaba firmada por él.
—Es cierto.
—Entonces explicaos mejor. Repasad vuestra vida; ved si en ella hay alguna circunstancia que hayáis olvidado.
—¡Repasar mi vida! Sí, señor, lo haré y francamente. Perded cuidado: no será largo. Desde la edad de seis años he trabajado sin descanso. Discípulo de Juan Jacobo, compañero de Bálsamo, amigo de Lafayette y de Washington, desde el día en que salí de Francia jamás he tenido que inculparme por falta alguna. Cuando la ciencia adquirida me ha permitido asistir a los heridos o a los enfermos, he pensado siempre que debía dar cuenta a Dios de todas mis ideas, de todas mis acciones, y, puesto que Dios había puesto a mi cargo la salud de los hombres, como cirujano he vertido sangre por humanidad, pronto a dar la mía

por aliviar o por salvar al enfermo; como médico, he sido siempre un consolador, a veces un bienhechor. De este modo han transcurrido quince años. Dios ha bendecido mis esfuerzos; he visto recobrar la vida a la mayor parte de los pacientes, todos los cuales me besaban las manos. Los que han muerto, Dios los había condenado. No, lo repito, señor: desde el día en que salí de Francia, hace quince años, no tengo nada por qué vituperarme.
—Pero en América habéis tenido trato con los innovadores y vuestros escritos han propagado sus principios.
—Sí, señor, y por cierto que me olvidaba de aducir ese título que me asiste al agradecimiento de los reyes y de los hombres.
El rey no contestó.
—Ya conocéis mi vida —prosiguió Gilberto—; no he ofendido ni lastimado a nadie, y vengo a preguntar a Vuestra Majestad por qué se me ha castigado.
—Señor Gilberto, hablaré de ello a la reina; pero ¿creéis que la orden de prisión procede directamente de la reina?
—No digo eso, señor, y aun creo que su Majestad no ha hecho otra cosa sino poner una apostilla.
—¿Lo veis? —dijo Luis XVI con alegría.
—Sí; pero no ignoráis, señor, que cuando una reina apostilla, manda.
—Y ¿de quién es la carta apostillada? Veamos.
—Sí, señor: vedla.
Y le presentó la orden de prisión.
—¡La condesa de Charny! —exclamó el rey—. ¿Es ella la que ha pedido vuestra prisión? Pero ¿qué habéis hecho a esa pobre Charny?
—Esta mañana ni siquiera de nombre conocía a esa señora.
Luis se pasó una mano por la frente.
—¡Charny! —dijo—. La dulzura, la virtud, la castidad personificada.
—Veréis, señor —dijo Gilberto sonriendo—, como vendrá a resultar que me han encerrado en la Bastilla a petición de las tres virtudes teologales.
—Pronto sabré a qué atenerme —dijo el rey.
Y tiró del cordón de una campanilla. Al instante entró un ujier.
—Que vean si la condesa de Charny está con la reina —dijo Luis XVI.
—Señor —contestó el ujier—, la señora condesa acaba ahora mismo de cruzar por la galería y va a subir al carruaje.
—Pues corred y decidle que venga a mi gabinete para un asunto de importancia.
Y volviéndose a Gilberto le preguntó:
—¿Es eso lo que deseáis?
—Sí, señor, y doy mil gracias por ello a Vuestra Majestad —contestó el doctor.

## XXIII

## LA CONDESA DE CHARNY

Cuando el rey mandó llamar a la condesa de Charny, Gilberto se retiró al hueco de un balcón.

El rey se puso a dar paseos por la sala, ora preocupado con los acontecimientos públicos, ora pensando en la insistencia de aquel Gilberto, a cuya influencia cedía a pesar suyo, precisamente en el momento en que nada podía interesarle sino las noticias de París.

De pronto se abrió la puerta del gabinete; el ujier anunció a la condesa de Charny, y Gilberto, colocado detrás de las cortinas del balcón, pudo ver una mujer cuyo vestido holgado y sedoso pasó rozando con la hoja de la puerta.

Aquella dama iba vestida a la usanza de la época: llevaba traje de seda gris, con rayas de color, una falda igual y una especie de chal que se cruzaba sobre el pecho e iba sujeto detrás de la cintura, realzando extraordinariamente las gracias de su bien formado seno.

Un sombrerillo fijo en el extremo de un alto peinado, elegante; chinelas de altos tacones y un bastoncito con el que jugaban los enguantados dedos de una mano pequeña, fina y aristocrática: tal era el atavío de la persona tan vivamente esperada por Gilberto y que entró en la cámara de Luis XVI.

El rey se acercó a su encuentro.

—¿Me han dicho que ibais a salir, condesa? —le dijo.

—Sí, señor —contestó la condesa—; iba a subir al carruaje cuando he recibido la orden de Vuestra Majestad.

Al oír aquella voz firmemente timbrada, le zumbaron los oídos a Gilberto, afluyó la sangre a sus mejillas y sintió escalofríos.

A pesar suyo dio un paso fuera de las cortinas tras las que se había ocultado.

—¡Ella! —murmuró—. ¡Ella... Andrea!

—Señora —dijo el rey, que no había advertido, como tampoco la condesa, aquel movimiento de Gilberto—, os he rogado que vinierais a mi cámara para haceros una pregunta.

—Estoy pronta a contestar a Vuestra Majestad.

El rey se inclinó hacia donde estaba Gilberto como para prepararle.

Comprendiendo éste que aun no había llegado el momento de presentarse, volvió a ocultarse detrás de las cortinas.

—Señora —dijo el rey—, hace ocho o diez días se ha enviado al señor de Necker una orden de prisión para que la firmara...

Gilberto fijó su mirada en Andrea al través de la abertura imperceptible de las cortinas, y vio que la joven estaba pálida, inquieta y como abrumada por el peso de una obsesión de que ni ella misma se daba cuenta.

—¿Me habéis oído? —preguntó el rey, viendo que la condesa de Charny vacilaba en contestarle.

—Sí, señor.

—Entonces, sabréis a lo que me refiero, y podréis contestar a mi pregunta.

—Estoy haciendo memoria —respondió Andrea.
—Pues os ayudaré a hacerla, condesa. La orden de prisión fue a petición vuestra y recomendada por la reina.
La condesa, en vez de contestar, se entregó más y más a aquella abstracción febril que parecía tenerla fuera de la vida real.
—¿No contestáis, señora? —dijo el rey, que empezaba a impacientarse.
—Es verdad —respondió temblando—, es verdad: he escrito la carta y Su Majestad la ha apostillado.
—Entonces, decidme qué crimen ha cometido la persona contra quien se tomó semejante medida.
—No puedo decir el crimen que ha cometido: sólo diré que es grande.
—¿No podéis decírmelo a mí?
—No, señor.
—¿Al rey no?
—No. Perdóneme Vuestra Majestad; pero no puedo.
—Entonces, se lo diréis a esa misma persona —replicó Luis XVI—, porque lo que negáis a vuestro soberano no se lo podréis negar al doctor Gilberto.
—¡Al doctor Gilberto! —exclamó Andrea—. ¡Gran Dios! ¿Dónde está?
El rey se hizo a un lado para dar paso a Gilberto; las cortinas se descorrieron, y el doctor se presentó casi tan pálido como Andrea.
—Aquí le tenéis —dijo el rey.
Al ver a Gilberto, la condesa tembló, le flanquearon las piernas, se echó atrás como si fuera a desmayarse, y si pudo mantenerse de pie fue gracias al sillón en el que se apoyó en la actitud tétrica e insensible en que se quedó Eurídice en el momento en que le llegó al corazón el veneno de la serpiente.
—Señora —dijo Gilberto, inclinándose con humilde cortesía—; no llevéis a mal que os repita la misma pregunta que acaba de haceros Su Majestad.
Los labios de Andrea se movieron, pero no salió de ellos sonido alguno.
—¿Qué os he hecho, señora, para que a una orden vuestra se me haya encerrado en una prisión?
Al oír esta pregunta, Andrea dio un salto como si hubiese sentido que se le desgarraban las fibras del corazón.
Enseguida, clavando en Gilberto una mirada fría como la de la serpiente, dijo:
—No os conozco, caballero.
Pero, mientras pronunciaba estas palabras, Gilberto la había mirado con tal fijeza e impregnado el brillo fulgurante de sus ojos de tan invencible audacia, que la condesa tuvo que bajar la vista, y se apagó su mirada ante la del doctor.
—Condesa —dijo el rey con suave tono de reconvención—, ved adonde conduce el abuso que se hace de las firmas. No conocéis al señor, según habéis confesado, al señor, que es un gran práctico y un sabio médico y a quien no podéis inculpar por nada...
—Andrea levantó la cabeza y fijó en Gilberto una mirada de desdeñoso menosprecio.
Este permaneció tranquilo y arrogante.

—Digo, pues —continuó el rey—, que, no teniendo nada por qué inculpar al señor, por castigar, sin duda, a otra persona, ha recaído el castigo sobre un inocente. Eso está mal hecho, condesa.
—¡Señor! —dijo Andrea.
—|Oh! —dijo el rey, que tenía ya miedo de indisponerse con la favorita de su esposa—. Sé que no tenéis mal corazón, y que, si habéis perseguido a alguien con vuestro odio, es porque lo habrá merecido; pero ya comprenderéis que en lo sucesivo no debe repetirse semejante equivocación.
Volviéndose enseguida a Gilberto, añadió:
—¿Qué queréis, doctor? Es culpa de los tiempos más bien que de los hombres. Hemos nacido en la corrupción, y en ella moriremos; pero, al menos, se debe mejorar el porvenir para la posteridad, y espero que nos ayudaréis en esta obra.
Y Luis XVI se detuvo, creyendo haber dicho lo suficiente para dejar satisfechas a las dos partes.
¡Pobre rey! Si hubiera pronunciado semejante frase en la Asamblea Nacional, no tan solo le habrían aplaudido, sino que al día siguiente la hubiera visto reproducida en todos los periódicos de la corte.
Pero aquel auditorio compuesto de dos enemigos encarnizados gustó poco de su conciliadora filosofía.
—Con permiso de vuestra Majestad —dijo Gilberto—, rogaré a esta señora que repita lo que ha dicho, esto es, que no me conoce.
—Condesa —dijo el rey, ¿queréis hacer lo que pide el doctor?
—No conozco al doctor Gilberto —repitió Andrea con voz firme.
—Pero ¿conocéis a otro Gilberto, cuyo crimen se me ha imputado?
—Sí —contestó Andrea—; le conozco y le tengo por un infame.
—Señor —dijo Gilberto—, no me corresponde interrogar a la condesa; pero dignaos preguntarle lo que ese hombre infame ha hecho.
—Condesa, no podéis negaros a tan justa petición.
—¿Lo que ha hecho? —respondió Andrea—. La reina debe saberlo, toda vez que ha autorizado con su firma la carta en que yo pedía su prisión.
—Es que no basta que la reina lo sepa —objetó Luis XVI—, convendría que yo también lo supiese. La reina es la reina; pero yo soy el rey.
—Pues bien, señor: el Gilberto de la orden de prisión es un hombre que cometió un crimen horrible hace dieciséis años.
—Dígnese Vuestra Majestad preguntarle a la señora condesa qué edad tendrá hoy ese hombre.
El rey repitió la pregunta.
—De treinta a treinta y dos años —contestó Andrea.
—Señor —dijo Gilberto—: si se cometió el crimen hace dieciséis años, no lo cometió un hombre, sino un niño; y si desde entonces el hombre ha deplorado el crimen del niño, ¿no era acreedor a alguna indulgencia?
—Pero ¿es que conocéis al Gilberto de que se trata? —preguntó el rey.
—Lo conozco —respondió Gilberto.
—Y ¿no ha cometido más falta que la de su juventud?
—Creo que desde que cometió, no diré esa falta, porque soy menos indulgente que vos, sino ese crimen, nadie en el mundo tiene nada por qué vituperarle.

—A no ser por haber mojado su pluma en veneno y escrito odiosos libelos —dijo Andrea.
—Señor —preguntad también a la señora condesa si la verdadera causa que había para poner preso a ese Gilberto no fue el proporcionar mejor ocasión a sus enemigos, o mejor dicho, a su enemiga, para apoderarse de cierta caja que contenía varios papeles que pueden comprometer a una gran dama, una dama de la corte. Andrea se estremeció de pies a cabeza.
—¡Caballero! —murmuró.
—¿Qué caja es ésa, condesa? —preguntó el rey, a quien no pasaron inadvertidas la emoción y la palidez de Andrea.
—Señora —dijo Gilberto—, conociendo que dominaba la situación—, basta ya de rodeos, de subterfugios y de mentiras por una y otra parte. Yo soy el Gilberto del crimen; el Gilberto de los libelos, el Gilberto de la caja. Vos sois la gran dama, la dama de la corte; tomo al rey por testigo, y digamos a este juez, al rey, a Dios, digámosle todo lo que ha pasado entre nosotros, y el rey decidirá mientras Dios tenga a bien decidir.
—Decid cuanto queráis —contestó la condesa—, pero yo no puedo decir nada sino que no os conozco.
—Y ¿tampoco conocéis esa caja?
La condesa crispó los puños y se mordió los descoloridos labios hasta hacerse sangre.
—No —contestó—, tampoco.
Pero el esfuerzo que hizo para pronunciar estas palabras fue tal que vaciló como vacila una estatua sobre su base al ocurrir un temblor de tierra.
—Os advierto, señora —dijo Gilberto—, lo que no podéis haber olvidado: que soy discípulo de un hombre que se llamaba José Bálsamo, el cual me transmitió el poder que tenía sobre vos. Por primera vez os pregunto: ¿dónde está mi caja?
—No lo sé —contestó la condesa con una turbación inexplicable y haciendo un movimiento para salir de la habitación.
—Pues bien —replicó Gilberto poniéndose pálido y levantando el brazo en actitud amenazadora—, pues bien, naturaleza de acero, corazón de diamante, doblégate a mi irresistible voluntad. Andrea, ¿no quieres hablar?
—¡No, no! ¡Favorecedme, señor!
—Pues has de hablar, y nadie, aunque sea el rey, aunque fuera el mismo Dios, te sustraerá a mi poder; hablarás, abrirás toda tu alma al augusto testigo de esta escena solemne; y vos, señor, vais a saber por boca de la misma que se niega a revelarlo todo cuanto hay en los repliegues de su conciencia, todo cuanto únicamente Dios puede leer en la tenebrosidad de las almas. Dormíos, condesa de Charny, dormíos y hablad: ¡lo quiero!
Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando la condesa se quedó cortada a la mitad de un grito, extendió los brazos, y, buscando un cuerpo en que apoyarse para no venir a tierra, cayó entre los brazos del rey que, tembloroso a su vez, la sentó en un sillón.
—¡Oh! —exclamó Luis XVI—. He oído hablar de esto; pero hasta ahora no había visto cosa parecida. ¿No ha quedado sumida en un sueño magnético, doctor?

—Sí, señor. Coged una mano de la condesa y preguntadle por qué me ha hecho prender —respondió Gilberto, como si a él solo le perteneciera el derecho de mando.

Luis XVI, aturdido de aquella escena maravillosa, dio dos pasos atrás para convencerse de que no estaba él también dormido y de que lo que pasaba a su vista no era un sueño; luego, interesado como un matemático en la solución de un problema, se acercó a la condesa, a la cual cogió una mano.

—Decid, condesa —preguntó—, ¿por qué habéis hecho prender al doctor Gilberto?

Mas la condesa, a pesar de estar dormida, hizo un postrer esfuerzo, retiró su mano de la del rey y, llamando en su ayuda a todas sus fuerzas, contestó:

—No, no diré una palabra.

El rey miró a Gilberto como para preguntarle si prevalecería su voluntad o la de Andrea.

Gilberto se sonrió.

—¿No hablaréis? —dijo.

Y con la vista fija en Andrea dormida, dio un paso hacia el sillón.

Andrea se estremeció.

—¿Que no hablaréis? —repitió, dando otro paso que redujo el intervalo que le separaba de la condesa.

Andrea estiró todo su cuerpo con espantosa reacción.

—¿Que no hablarás? —repitió con tercera vez y poniéndose junto a Andrea sobre cuya cabeza colocó su mano abierta.

Andrea se retorció, presa de violentas convulsiones.

—Cuidado, doctor —dijo Luis XVI—, vais a matarla.

—No tengáis miedo, señor: solo me dirijo al alma; el alma lucha, pero cederá.

Y, bajando la mano, añadió:

—¡Habla!

Andrea alargó los brazos e hizo un movimiento para respirar, como si estuviera bajo la presión de una máquina neumática.

—¡Habla! —repitió Gilberto bajando otra vez la mano.

Todos los músculos de la joven parecieron a punto de romperse. En sus labios apareció una franja de espuma, y un amago de epilepsia la hizo agitarse de pies a cabeza.

—¡Doctor! ¡Doctor! —exclamó el rey—. Tened cuidado.

Pero él, sin hacerle caso, bajó por tercera vez la mano y, tocando con la palma la parte superior de la cabeza de la condesa, dijo:

—¡Habla! ¡Lo quiero!

Andrea, al contacto de aquella mano, exhaló un suspiro y dejó caer los brazos; su cabeza, que estaba echada hacia atrás, cayó hacia adelante apoyándose sobre su pecho, y al través de sus párpados cerrados filtraron abundantes lágrimas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró.

—Enhorabuena que invoquéis a Dios. El que opera en nombre de Dios no le teme.

—¡Oh! —exclamó la condesa—. ¡Os aborrezco!

—Aborrecedme; pero hablad.

—¡Señor, señor! —repuso Andrea—. Decidle que me abrasa, que me devora, que me mata.
—¡Hablad! —dijo Gilberto.
Luego hizo una seña al rey indicando que podía interrogarla.
—Decid, condesa —preguntó el rey—, ¿era, en efecto, el doctor Gilberto a quien queríais prender como lo habéis conseguido?
—Sí.
—Y ¿no ha habido error ni mala inteligencia?
—No.
—¿Y esa caja?
—No convenía dejarla en su poder —articuló sordamente la condesa.
Gilberto y el rey cambiaron una mirada de inteligencia.
—Y ¿se la habéis quitado?
—Se la he hecho quitar.
—Contadnos eso, condesa —dijo el rey arrodillándose sin reparo delante de la condesa—. ¿Se la habéis hecho quitar?
—Sí.
—¿Dónde y cómo?
—Supe que ese Gilberto, que en el espacio de dieciséis años había hecho dos viajes a Francia, iba a hacer el tercero con ánimo de establecerse aquí.
—Pero ¿y la caja? —preguntó el rey.
—Supe también por el teniente de policía señor de Crosne, que en uno de sus viajes había comprado unas tierras en las cercanías de Villers-Cotterets; que el colono encargado de ellas era hombre de toda su confianza, y supuse que la caja estaba en su casa.
—¿Por qué lo supusisteis?
—Fui a casa de Mesmer, hice que me durmiera y la vi.
—Y ¿dónde estaba?
—En un gran armario que había en la planta baja, escondida entre ropa blanca.
—¡Es maravilloso! —dijo el rey—. Y ¿qué más?
—Volví a casa del señor de Crosne, quien, por recomendación de la reina, me proporcionó uno de sus más hábiles agentes.
—¿Cómo se llama ese agente? —preguntó Gilberto.
Andrea intentó resistir.
—Decidme su nombre: ¡lo quiero!
—Paso de Lobo.
—Y ¿qué más? —preguntó el rey.
—Que ayer mañana ese agente se apoderó de la caja... y nada más.
—No: hay algo más —dijo Gilberto—. Ahora vais a decir al rey dónde está esa caja.
—¡Oh! —exclamó Luis XVI—. Pedís demasiado.
—No, señor.
—Pero se podría saber por ese Paso de Lobo, por el señor de Crosne...
—Más pronto y mejor lo sabremos por la señora.
Andrea, con un movimiento convulsivo que sin duda tenía por objeto impedir que las palabras salieran de su boca, apretó los dientes.

El rey hizo observar esta convulsión nerviosa al doctor.
Gilberto se sonrió.
Tocó con el pulgar y el índice la parte inferior del rostro de Andrea, cuyos músculos se distendieron al momento.
—Ante todo, señora condesa, decid al rey que esa caja pertenecía al doctor Gilberto.
—Sí, era suya —contestó la condesa con rabia.
—Y ¿dónde está ahora? —preguntó Gilberto—. Responded pronto: el rey no puede perder más tiempo.
Andrea vaciló un momento.
—En casa de Paso de Lobo —contestó.
El doctor observó aquella vacilación, por imperceptible que fuese.
—¡Mentís! —exclamó—. O, mejor dicho, tratáis de mentir. ¿Dónde está la caja? Quiero saberlo.
—En mi casa, en Versalles —contestó Andrea llorando y con un temblor nervioso que sacudía todo su cuerpo. En mi casa, donde Paso de Lobo me aguarda esta noche a las once, según estaba convenido.
En esto dieron las doce de la noche.
—Y ¿sigue aguardando?
—Sí.
—¿En qué habitación?
—Le han hecho entrar en el salón.
—¿Qué lugar ocupa ahora en el salón?
—Está de pie, apoyado en la chimenea.
—¿Y la caja?
—En una mesa que hay delante de él. ¡Oh!
—¿Qué?
—Daos prisa a hacerle salir. Mi esposo, que no debía volver hasta mañana, va a regresar esta noche, a causa de los acontecimientos. Le estoy viendo: está en Sevres.
Haced salir a ese agente para que el conde no le encuentre en casa.
—¿Oye Vuestra Majestad? ¿Dónde vive en Versalles la condesa de Charny?
—¿Dónde vivís, señora?
—En el bulevar de la Reina.
—Está bien.
—Señor, ya lo ha oído Vuestra Majestad. Esa caja es mía. ¿Manda el rey que se me devuelva?
—Ahora mismo.
Y el rey, después de poner delante de la condesa de Charny un biombo que impedía que la vieran, llamó al oficial de servicio y le dio en voz baja una orden.

## XXIV

## FILOSOFÍA REAL

Esa extraña preocupación de un rey cuyo trono estaban minando sus súbditos, esa curiosidad de sabio aplicada a un fenómeno físico cuando se desarrollaba en toda su gravedad el más importante de los fenómenos políticos que se han visto en Francia, es decir, la transformación de una monarquía en democracia, ese espectáculo de un rey que se olvida de sí propio en lo más recio de una tempestad, hubiera hecho reír a los grandes ingenios de la época, atentos hacía tres meses a la solución de su problema.

Mientras la asonada rugía por fuera, Luis XVI olvidando los terribles acontecimientos del día, la toma de la Bastilla, los asesinatos de Launay, Losme y Flesselles, la Asamblea Nacional dispuesta a rebelarse contra su rey, Luis XVI se concentraba en aquella especulación puramente privada, y la revelación de aquella escena desconocida le absorbía tanto como los más graves intereses de su gobierno.

Así fue que, no bien dio la orden que acabamos de indicar a su capitán de guardias, volvió adonde estaba Gilberto, quien alejaba de la condesa el excedente de fluido de que la había cargado, para hacerla caer en un sueño sosegado en vez de aquel sonambulismo convulsivo.

Al poco rato la respiración de la condesa era tranquila e igual como la de un niño. Entonces Gilberto, haciendo un solo movimiento con la mano, le volvió a abrir los ojos y la dejó en éxtasis.

Entonces pudo verse en todo su esplendor la maravillosa hermosura de Andrea. Completamente desligada de toda mezcla terrestre, la sangre, que había refluido un instante hasta su rostro y coloreado momentáneamente sus mejillas, volvía a bajar al corazón, cuyos latidos recobraban su ritmo moderado; su color habíase tornado pálido, pero con esa palidez mate de las mujeres de Oriente; los ojos, un poco más abiertos que de costumbre, estaban levantados hacia el cielo, y sus pupilas nadaban en el blanco nacarado del globo; la nariz, ligeramente dilatada, parecía aspirar una atmósfera más pura; en fin, los labios, que habían conservado todo su carmín, aunque las mejillas hubiesen perdido algo del suyo, dejaban ver dos hilos de perlas cuya suave humedad realzaba su brillo. Tenía la cabeza ligeramente echada hacia atrás con gracia inefable, casi angelical.

Hubiérase dicho que aquella mirada inmóvil, acreciendo su intensidad con su misma fijeza, penetraba hasta el pie del trono de Dios.

El rey se quedó como deslumbrado. Gilberto volvió la cabeza suspirando; no había podido resistir al deseo de dar a Andrea aquel grado de belleza sobrehumana; y ahora, como Pigmalión, más desgraciado aún que Pigmalión, porque conocía la insensibilidad de la bella estatua, se asustaba de su propia obra. Hizo un ademán, sin volver siquiera la cabeza hacia Andrea, y los ojos de ésta se cerraron.

El rey quiso que Gilberto le explicara aquel estado maravilloso en que el alma se separa del cuerpo, y, libre, dichosa y divina, se remonta por cima de las miserias humanas.
Como todos los hombres verdaderamente superiores, Gilberto no tenía inconveniente en pronunciar esa frase que tanto cuesta a las medianías: «No lo sé». Confesó al rey su ignorancia, y le dijo que producía un fenómeno que no podía definir: el hecho existía, pero no tenía explicación.
—Doctor —dijo el monarca al oír esta confesión de Gilberto—, ése es otro de los secretos que la Naturaleza guarda para los sabios de otra generación, y que se descubrirá como tantos otros misterios tenidos por insolubles. Nosotros los llamamos misterios; nuestros padres los hubieran llamado sortilegios o hechicerías.
—Sí, señor —contestó Gilberto—, y yo hubiera tenido el honor de ser quemado en la plaza de la Gréve para la mayor gloria de una religión que no se comprendía, por sabios sin ciencia y por sacerdotes sin fe.
—Y ¿con quién habéis estudiado esa ciencia? —preguntó el rey—. ¿Con Mesmer?
—Diez años, antes que se conociese en Francia el nombre de Mesmer, ya había presenciado yo los más sorprendentes fenómenos de esa ciencia —contestó el doctor.
—Y decidme: ese Mesmer que ha hecho tanto ruido en todo París, ¿es un charlatán o no? Me parece que operáis más sencillamente que él. He oído contar sus experimentos así como los de Deslon y Puysegur. Ya sabéis todo lo que se dice de ellos, sean patrañas o verdades.
—Sí, he seguido con atención todas estas controversias.
—Pues bien: ¿qué pensáis de la famosa cubeta?
—Perdóneme Vuestra Majestad si contesto con la duda a cuanto me pregunta acerca del arte magnético. El magnetismo todavía no es un arte.
—¡Ah!
—No es más que una potencia, pero potencia terrible, por cuanto anula el libre albedrío, aisla el alma de la materia y entrega el cuerpo de la sonámbula en manos del magnetizador, sin que conserve la facultad y ni siquiera la voluntad de defenderse. Lo que es yo, he visto efectuar fenómenos muy extraños, los he hecho también, y, sin embargo, dudo.
—¡Como! ¿Hacéis milagros y dudáis?
—No..., no dudo. En este momento tengo a la vista la prueba de un poder inaudito y desconocido. Pero cuando esta prueba desaparezca, cuando esté solo en mi casa, en mi biblioteca, delante de todo cuanto ha escrito la ciencia humana de tres mil años a esta parte, cuando la ciencia me dice no, cuando el espíritu, la razón me dicen no, dudo.
—Y ¿vuestro maestro dudaba?
—Tal vez; pero, menos franco que yo, no lo decía.
—¿Era Deslon o Puysegur?
—No, señor, no. Mi maestro era un hombre muy superior a los que habéis nombrado. Le he visto hacer cosas maravillosas, sobre todo en cuestión de heridas: no desconocía ninguna ciencia. Estaba profundamente versado en las

teorías egipcias, y había penetrado los arcanos de la antigua civilización asiría. Era un sabio profundo, un filósofo temible que unía a la experiencia de la vida la perseverancia de la voluntad.
—¿Le he conocido?— preguntó el rey.
Gilberto vaciló un momento.
—Os pregunto si le he conocido.
—Sí, señor.
—¿Cómo se llamaba?
—Señor —contestó Gilberto—, pronunciar su nombre delante del rey es exponerse quizás a desagradarle. Y ahora que la mayor parte de los franceses se burlan de la majestad real no quisiera faltar al respeto que todos debemos a Su Majestad.
—Decid resueltamente cómo se llama ese hombre, doctor Gilberto, y estad persuadido de que yo también tengo mi filosofía; filosofía de bastante buen temple para permitirme que me ría de todos los insultos del presente y de todas las amenazas del porvenir.
Gilberto titubeaba aún, a pesar de aquel estímulo.
El rey se acercó a él.
—Vamos —le dijo sonriendo—, decidme quién es, aunque sea el mismo Satanás, porque tengo contra Satanás una coraza que no tiene vuestros dogmatizadores ni tendrán jamás, y quizá soy yo el único que la posee sin que me dé vergüenza, la religión.
—Es verdad —contestó Gilberto—. Vuestra Majestad tiene tanta fe como San Luis.
—Y en eso consiste toda mi fuerza: lo confieso. Yo amo la ciencia, me gustan los resultados del materialismo. Ya sabéis que soy matemático: un total de una suma, una fórmula algebraica me cautivan; pero contra aquellos que llevan el álgebra hasta el ateísmo, reservo mi fe, que me hace muy superior a ellos e inferior al mismo tiempo; superior para el bien e inferior para el mal. Ya veis, doctor, que soy un hombre a quien puede decirse todo, y un rey que puedo oírlo.
—Señor —dijo Gilberto con una especie de admiración—, agradezco a Vuestra Majestad lo que acaba de decirme, porque es casi una confidencia de amigo con que me habéis honrado.
—Quisiera que toda Europa me oyera hablar así —se apresuró a decir el tímido Luis XVI—. Si los franceses pudiesen ver en mi corazón toda la fuerza y todo el cariño que contiene, creo que me opondrían menos resistencia.
La última parte de la frase, que revelaba la irritación causada en la regia prerrogativa, perjudicó a Luis XVI en el ánimo de Gilberto. Este dijo, ya sin ninguna consideración:
—Señor, puesto que lo queréis saber, os diré que mi maestro fue el conde de Cagliostro.
—¡Oh! —exclamó Luis XVI poniéndose colorado—. ¡Ese empírico!
—Ese empírico... sí, señor. Vuestra Majestad no ignora que la palabra que acaba de emplear es una de las más nobles de que se sirve la ciencia. *Empírico* quiere decir tanto como *hombre que ensaya.* Ensayar siempre para un pensador, para un práctico, para un hombre, en fin, es hacer todo lo más bello y grande que Dios ha

permitido a los mortales. Ensaye el hombre toda su vida, y habrá ocupado su tiempo debidamente.
—Pero ese Cagliostro a quien defendéis era un enemigo de los reyes.
Gilberto se acordó del asunto del collar.
—¿No será más bien de las reinas? —preguntó.
Luis XVI se estremeció al recibir este alfilerazo.
—Sí, ha observado una conducta de las más equívocas en toda la cuestión del príncipe Luis de Rohan —contestó.
—Señor, entonces, como siempre, Cagliostro cumplió con un deber humano: ensayaba para sí. En ciencia, en moral, en política, no hay bien ni mal: no hay más que fenómenos comprobados, hechos adquiridos. Lo repito, señor: el hombre puede hacerse con frecuencia digno de censura, censura que quizá pueda convertirse en elogio con el tiempo, pues la posteridad revisa los juicios de los hombres; pero yo no he estudiado con el hombre, sino con el filósofo, con el sabio.
—Bien, bien —dijo el rey, que sentía aún el dolor de la doble herida de su orgullo y de su corazón—, bien; pero nos olvidamos de la señora condesa, y tal vez esté sufriendo.
—Voy a despertarla, si Vuestra Majestad lo desea; pero habría deseado recibir la caja mientras está durmiendo.
—¿Por qué?
—Por ahorrarle una lección demasiado severa.
—Precisamente aquí viene ya —dijo el rey—. Aguardad.
En efecto: se había ejecutado puntualmente la orden del rey: la caja, encontrada en casa de la condesa de Charny en manos del agente Paso de Lobo, estaba ya en el gabinete real, delante de los ojos de la misma condesa, que no la veía.
El rey hizo un ademán de satisfacción al oficial que la había traído, y éste se retiró.
—¿Qué decís? —preguntó Luis XVI.
—Que es, en efecto, la misma caja que me habían quitado —contestó el doctor.
—Abridla, pues.
—Lo haré si Vuestra Majestad lo desea. Pero antes debo advertir a Vuestra Majestad una cosa.
—¿Cuál?
—Que, como he dicho a Vuestra Majestad, esta caja tan sólo contiene papeles muy fáciles de leer, pero de los que depende el honor de una mujer.
—Y esa mujer es la condesa.
—Sí, señor; pero su honor no padecerá lo más mínimo aunque lo sepa Vuestra Majestad. Abridla, señor —dijo Gilberto presentando la llave al rey.
—Llevaos esa caja —dijo el monarca con frialdad—, lleváosla: es vuestra.
—Gracias, señor; y ¿qué haremos de la condesa?
—No la despertéis aquí. Quiero evitar las sorpresas y los dolores.
—La condesa no se despertará sino en el sitio adonde Vuestra Majestad tenga por conveniente hacerla llevar.
—Pues que la lleven a la cámara de la reina.
Luis XVI. Llamo y se presentó un oficial.

—Capitán —dijo—, la señora condesa se ha desmayado aquí al saber las noticias de París. Disponed que la lleven a la cámara de la reina.
—¿Cuánto tiempo se necesita para trasladarla? —preguntó Gilberto al rey.
—Unos diez minutos.
Gilberto, extendió la mano sobre la condesa.
—Os despertaréis dentro de un cuarto de hora —dijo.
Entraron dos soldados por mandato del oficial y se llevaron a la condesa en un sillón.
—Y ahora ¿qué más deseáis, señor Gilberto? —preguntó el rey.
—Un favor que me acerque a Vuestra Majestad y que me proporcione al mismo tiempo la ocasión de serle útil.
—Explicaos.
—Quisiera ser médico de cámara de Vuestra Majestad; a nadie haré sombra con esto: es un cargo honorífico y más bien de confianza que de aparato.
—Concedido —dijo el rey—. Adiós, señor Gilberto. Y no olvidéis de dar mis afectos al señor de Necker. Adiós.
Y después de salir Gilberto.
—¡Que me sirvan la cena! —dijo en alta voz Luis XVI, a quien ningún suceso del mundo podía hacerle olvidar aquélla.

## XXV

## EN LA CÁMARA DE LA REINA

Mientras el rey aprendía a combatir filosóficamente la revolución, siguiendo un curso de ciencias ocultas, la reina, que profesaba otra filosofía mucho más sólida y profunda, había reunido en su salón a cuantos llamaba sus leales, sin duda porque aun no había tenido ocasión de poner a prueba la lealtad de cada uno de ellos.

También en aquella cámara se habían contado con todos sus detalles los sucesos de la terrible jornada.

Antes que nadie, la reina había sabido lo ocurrido, pues conociendo su intrepidez no se había tenido reparo en advertirla del peligro.

A su alrededor había generales, cortesanos, clérigos y mujeres.

Junto a las puertas o detrás de los cortinajes se agrupaban algunos oficiales jóvenes, cuyo belicoso ardor no veía en aquellas revueltas más que una ocasión, largo tiempo esperada, de hacer gala de su destreza en las armas delante de las damas, como en los antiguos torneos.

Familiares o servidores fieles de la monarquía, todos habían escuchado con atención las noticias de París referidas por el príncipe de Lambescq, que, habiendo presenciado los sucesos, corrió a Versalles con su regimiento, lleno aún del polvo de las Tullerías, a fin de consolar con la realidad a las personas azoradas que se exageraban su desgracia, como si de suyo no fuera ya bastante grande.

La reina estaba sentada junto a una mesa.

No era ya la dulce y bella desposada, ángel protector de la Francia, a la que hemos visto aparecer al principio de esta historia, cruzando la frontera del Norte con una rama de olivo en la mano. Tampoco era la gallarda y graciosa princesa a quien vimos entrar una noche con la princesa de Lamballe en la misteriosa morada de Mesmer y sentarse, risueña e incrédula, junto a la cubeta simbólica que había de proporcionarle una revelación de lo futuro.

¡No! Era la altiva y resuelta soberana de fruncido entrecejo y desdeñosos labios; era la mujer de cuyo corazón había huido ya una parte de su amor para recibir, a cambio de este dulce y vivificador sentimiento, las primeras gotas de una hiel que debía convertirse en sangre al correr sin cesar.

Era, en fin, la mujer del tercer retrato de la galería de Versalles, es decir, no ya María Antonieta, ni tampoco la reina de Francia, sino aquella a quien empezaban a designar con el nombre de *la austriaca*.

Detrás de ella, medio oculta en la sombra, había una mujer inmóvil, recostada en los almohadones de un sofá y con la frente apoyada en la mano.

Era la señora de Polignac.

Al ver al señor de Lambescq, la reina hizo uno de esos ademanes de alegría desesperada que significan:

—¡Por fin vamos a saberlo todo!

Lambescq hizo una reverencia de modo que parecía pedir perdón a la vez por presentarse con las botas sucias, el traje lleno de polvo y el sable torcido en términos que no había podido entrar enteramente en la vaina.
—¿Qué hay, señor de Lambescq? —preguntó la reina—. ¿Llegáis de París?
—Sí, señora.
—¿Qué hace el pueblo?
—Mata y quema.
—¿Por locura o por odio?
—Por ferocidad.
Quedóse la reina maditabunda como si estuviera dispuesta a participar de la opinión de su interlocutor acerca del pueblo, y luego, meneando la cabeza, dijo:
—No, príncipe: el pueblo no es *feroz,* al menos sin motivo. No me ocultéis nada. ¿Es delirio? ¿Es odio?
—Pues bien, señora: creo que es un odio llevado hasta el delirio.
—¿Odio a quién? Veo que volvéis a vacilar; pues os prevengo que si narráis de ese modo, en lugar de tomar informes de vos, como lo hago, enviaré uno de mis palafreneros a París; le bastará una hora para ir, otra para enterarse y otra para volver, y dentro de tres horas ese hombre me contará todos los acontecimientos, tan lisa y llanamente como un heraldo de Homero. Dreux-Brézé se acercó sonriendo.
—Señora —dijo—, ¿qué os importa el odio del pueblo? El pueblo puede aborrecer a quien quiera que sea, excepto a su reina.
María Antonieta ni siquiera se dio por entendida de la lisonja.
—Vamos, vamos, príncipe —dijo al señor de Lambescq—, hablad.
—Pues bien, sí, señora: el pueblo obra movido por el odio.
—¿A mí?
—A todo lo que le domina.
—Enhorabuena: eso es decir la verdad —contestó resueltamente la reina.
—Señora, soy soldado —dijo el príncipe.
—Pues hablad como soldado. Decidme: ¿qué se debe hacer?
—Nada.
—¿Cómo nada? —exclamó la reina aprovechando el murmullo excitado por esta palabra en aquella reunión de cortesanos, de casacas bordadas y espadas de oro—. ¡Nada! ¿Y vos, príncipe lorenés, venís a decir eso a la reina de Francia en el momento en que el pueblo mata y quema, según confesáis? ¡Decís que no se debe hacer nada! Un nuevo murmullo, pero esta vez de aprobación, acogió las palabras de María Antonieta.
Volvió ésta la cabeza, recorrió con la vista todo el círculo que la rodeaba, y entre todos aquellos ojos centelleantes buscó los que despedían más llamas, creyendo leer en ellos más fidelidad.
—¡Nada! —repuso el príncipe—. Porque si dejamos al parisiense que se calme, se calmará, de seguro. No es belicoso sino cuando se le exaspera. ¿A qué concederle los honores de una lucha y correr los azares de un combate? Mantengámonos quietos y dentro de tres días ya no habrá nada en París.
—Pero ¿y la Bastilla?

—¡La Bastilla! Se cerrarán sus puertas, y los que la hayan tomado quedarán prisioneros a su vez. A esto se reduce todo.

Entre los grupos silenciosos se notaron risas mal contenidas.

—Cuidado, príncipe —dijo la reina: ved que ahora me tranquilizáis demasiado.

Y pensativa, con la barbilla apoyada en la palma de la mano, se acercó a la señora de Polignac, que, pálida y triste, parecía completamente absorbida en sí misma.

La condesa había escuchado todas aquellas noticias con visible terror, y no sonrió sino cuando la reina se detuvo delante de ella; pero aquella sonrisa era pálida e incolora como una flor marchita.

—¿Qué decís de todo esto, condesa? —le preguntó María Antonieta.

—Nada, señora.

—¿Nada?

—No.

Y meneó la cabeza con expresión de indecible desaliento.

—Vamos, vamos —dijo la reina al oído de la condesa—, mi amiga Diana es una miedosa.

Y elevando la voz añadió:

—Pero ¿dónde está la intrépida condesa de Charny? Me parece que la necesitamos para tranquilizarnos.

—La condesa iba a salir cuando la han llamado a la cámara del rey —contestó la señora de Misery.

—¿A la cámara del rey? —repitió distraídamente María Antonieta.

Entonces solamente advirtió el extraño silencio que reinaba en la estancia.

Y era que aquellos acontecimientos inauditos, increíbles, cuyas noticias habían ido llegando sucesivamente a Versalles, habían desalentado a los corazones más enteros, no tanto quizá por temor como por asombro.

La reina comprendió que era necesario reanimar todos aquellos espíritus abatidos.

—¿Nadie me da un consejo —dijo—. Está bien. Pues lo tomaré de mí misma.

Al oír estas palabras se acercaron a ella los cortesanos.

—El pueblo —dijo la reina—, no es malo, sino que está extraviado. Nos aborrece porque no nos conoce; por consiguiente, acerquémonos a él.

—Sí; pero para castigarle —replicó una voz—, porque ha dudado de sus señores, y eso es un crimen.

La reina miró hacia donde salía la voz y vio al señor de Bezenval.

—¿Sois vos, señor barón? —le dijo—. ¿Venís a darnos algún buen consejo?

—Ya está dado, señora —contestó Bezenval inclinándose.

—Corriente —replicó la reina—; el rey castigará, pero como buen padre.

—Quien bien quiere, hace llorar —respondió el barón.

Y, volviéndose al señor de Lambescq, añadió:

—¿No sois de mi parecer, príncipe? El pueblo ha cometido asesinatos...

—Que califica de represalias —dijo sordamente una voz suave y llena de frescura a espaldas de la reina, que se volvió al oírla.

—Tenéis razón, princesa, y precisamente en eso consiste su error, querida Lamballe: por eso debemos ser indulgentes.

—Pero antes de decidir si se ha de castigar, convendría saber si se puede vencer —replicó la princesa con su voz tímida.
Resonó un grito general, grito de protesta contra la verdad que acababa de salir de aquella noble boca.
—¡Vencer! ¿Y los suizos? —dijo uno.
—¿Y los alemanes? —dijo otro.
—¿Y los guardias de corps? —añadió un tercero.
—¡Se duda del ejército y de la nobleza! —exclamó un joven que llevaba el uniforme de teniente de húsares de Bercheny. ¿Acaso hemos merecido ese baldón? Pensad, señora, que, si el rey quiere, mañana mismo puede reunir cuarenta mil hombres, lanzarlos sobre París y destruir la capital. Pensad que cuarenta mil hombres de tropas decididas y leales valen por medio millón de parisienses sublevados.
El joven que así hablaba disponía, sin duda, de muchas análogas razones que omitió todavía; pero calló al ver los ojos de la reina fijos en él. Había hablado desde un grupo de oficiales, y su celo le había llevado más allá de lo que permitían su grado y las conveniencias.
Calló, como hemos dicho, avergonzado del efecto que había producido. Mas ya era tarde, pues la reina había oído sus palabras.
—¿Conocéis la situación, señor oficial? —le preguntó bondadosamente.
—Sí, señora —contestó el joven ruborizándose—; yo estaba en los Campos Elíseos.
—Entonces, decid todo lo que sepáis. Acercaos, caballero.
El joven, sumamente colorado, salió de entre los grupos, que se abrieron a su paso y se acercó a la reina.
El príncipe de Lambescq y el señor de Bezenval retrocedieron con movimiento simultáneo, como si hubieran considerado depresivo para su dignidad asistir a aquella especie de consejo.
La reina no reparó o fingió no reparar en aquella retirada.
—Conque ¿decís que el rey dispone de cuarenta mil hombres? —preguntó.
—Sí, señora.
—¿En las cercanías de París?
—En Saint-Denis, Saint-Mandé, Montmartre y Grenelle.
—Dadnos pormenores.
—Señora: los señores de Lambescq y de Bezenval os los dirán mucho mejor que yo.
—Proseguid: me agrada oír esos detalles de vuestra boca. Los cuarenta mil hombres ¿a las órdenes de quién están?
—Ante todo, a las de los señores de Benzeval y de Lambescq; luego a las del príncipe de Conde, Narbonne-Fritzlar y de Salkenaym.
—¿Es cierto eso, príncipe? —preguntó la reina volviéndose hacia de Lambescq.
—Sí, señora —contestó el príncipe inclinándose.
—En Montmartre hay todo un parque de artillería —dijo el joven—; en seis horas puede quedar reducido a cenizas todo el barrio dominado por Montmartre. Que desde allí se dé la señal de fuego; que Vincennes la responda, que se

presenten diez mil hombres por los Campos Elíseos, otros diez mil por la barrera del Infierno, otros tantos por la calle de San Martín y otros tantos por la Bastilla; que París sufra el fuego de fusilería por los cuatro puntos cardinales, y París no resistirá veinticuatro horas.

—Gracias a Dios que hay uno que se explica francamente; ése es un plan preciso. ¿Qué os parece, señor de Lambescq?

—Me parece que el señor teniente de húsares es un general perfecto —contestó desdeñosamente el príncipe.

—Por lo menos —replicó la reina, viendo que el joven oficial palidecía de cólera—, por lo menos es un soldado que no pierde la esperanza.

—Gracias, señora —dijo el oficial inclinándose—. Ignoro lo que decidirá Vuestra Majestad; pero le suplico que me cuente en el número de los que están prontos a morir por su reina, en lo cual, podéis creerlo, no hago más que lo que cuarenta mil soldados están dispuestos a hacer, sin contar a nuestros jefes.

Y, al decir esto, el joven saludó cortesmente al príncipe que casi le había insultado.

Esta cortesía chocó a la reina mucho más que las protestas de abnegación que la habían precedido.

—Caballero, ¿cómo os llamáis? —preguntó al joven oficial.

—Soy el barón de Charny, señora —contestó inclinándose.

—¡De Charny! —exclamó María Antonieta sonrojándose, a pesar suyo—. ¿Acaso sois pariente del conde de Charny?

—Soy hermano suyo.

Y el joven hizo una graciosa reverencia más profunda aún que la anterior.

—A las primeras palabras que habéis pronunciado —dijo la reina sobreponiéndose a su turbación—, habría debido conocer que erais uno de mis más fieles servidores. Gracias, barón; pero ¿cómo es que os veo en la corte por vez primera?

—Señora, mi hermano mayor, que reemplaza a nuestro padre, me ha ordenado que no me aparte del regimiento, y, desde hace siete años que tengo el honor de servir en los ejércitos del rey, no he venido más que dos veces a Versalles.

La reina fijó una insistente mirada en el rostro del joven.

—Os parecéis a vuestro hermano —le dijo—. Le reñiré por haber dado lugar a que os presentarais por vos mismo en la corte.

Y la reina se volvió a su amiga la condesa, que no había salido de su inmovilidad durante toda esta escena.

Pero no sucedía lo mismo con los demás circunstantes. Los oficiales, electrizados por la acogida que la reina acababa de dispensar a su compañero, exageraban a porfía su entusiasmo por la causa real, y cada grupo prorrumpía en frases de un heroísmo capaz de dominar la Francia entera.

María Antonieta se aprovechó de estas disposiciones que halagaban indudablemente su pensamiento oculto.

Prefería luchar a soportar, morir a ceder. Por esto desde las primeras noticias recibidas de París, resolvió oponer una tenaz resistencia a aquel espíritu de rebelión que amenazaba aniquilar todas las prerrogativas de la sociedad francesa.

Si hay en el mundo una fuerza ciega, una fuerza insensata, es la de los números y la de las esperanzas.
Un guarismo detrás del cual se van amontonando ceros, excede en breve a todos los recursos del universo.
Lo mismo sucede con los anhelos de un conspirador o de un déspota; sobre los entusiasmos, aunque estén basados en simples esperanzas, se van amontonando pensamientos gigantescos, evaporados por un soplo en más breve tiempo del que habían invertido en crecer y en condensarse en niebla.
Por las pocas palabras, pronunciadas por el barón de Charny, por el *hurra* de entusiasmo lanzado por los circunstantes, María Antonieta se vio ya en perspectiva a la cabeza de un poderoso ejército; oía rodar sus cañones inofensivos y se regocijaba del espanto que debían causar a los parisienses, como de una victoria decisiva.
En torno suyo, hombres y mujeres, llenos de juventud, de confianza y de amor, enumeraban aquellos brillantes húsares, aquellos pesados dragones, aquellos suizos terribles, aquellos ruidosos artilleros, y se burlaban de las toscas picas encajadas en palos, sin pensar que en la punta de tan viles armas debían pasearse clavadas las cabezas más nobles de Francia.
—A mí me da más miedo una pica que un fusil —dijo la princesa de Lamballe.
—Porque es más fea, querida Teresa —contestó la reina riendo—. Pero, de todos modos, tranquilízate. Los piqueros parisienses no valen lo que los famosos piqueros suizos de Morat, y hoy los suizos tienen algo más que picas, tienen buenos mosquetes con los que hacen muy certera puntería, a Dios gracias.
—De eso respondo yo —dijo Bezenval.
La reina se volvió otra vez a mirar a la señora de Polignac para ver si todas sus seguridades le devolvían la tranquilidad; pero la condesa parecía más trémula y más pálida que nunca.
La reina, que muchas veces sacrificaba a esta amiga, en el exceso de su cariño, la dignidad real, solicitó en vano que diera otro aspecto más risueño a su fisonomía.
La joven continuó sombría, y parecía embebida en los más dolorosos pensamientos.
Pero semejante desaliento no tenía otra influencia que la de entristecer a la reina. Manteníase el entusiasmo bajo el mismo diapasón en los jóvenes oficiales, y, reunidos todos, aparte de sus jefes principales, en torno de su joven camarada, el conde de Charny, trazaban su plan de batalla.
En medio de aquella animación febril, el rey entró solo, sin ujieres y sonriente.
La reina, sobrexcitada con las emociones que acababa de suscitar a su alrededor, corrió a su encuentro.
Al aspecto del rey, cesaron todas las conversaciones, y reinó el más profundo silencio; cada cual esperaba que el señor dijera algo, una palabra, una de esas palabras que electrizan y subyugan.
Sábese que cuando los vapores están suficientemente cargados de electricidad, el menor choque produce la chispa.
A los ojos de los cortesanos, el rey y la reina, yendo el uno al encuentro del otro, eran las dos potencias eléctricas de las que debía surgir el rayo.
Escucharon, aspiraban las primeras palabras que debían salir de la real boca.

—Señora —dijo Luis XVI—, en medio de todos estos sucesos se han olvidado de servirme la cena en mis habitaciones; tened la bondad de darme de cenar aquí.
—¡Aquí! —exclamó la reina, estupefacta.
—Sí, sí: no lo llevéis a mal.
—Pero... señor...
—Estabais hablando. Pues bien: yo también hablaré mientras ceno.
La palabra cenar había enfriado todos los entusiasmos; pero al oír decir: «Yo también hablaré mientras ceno», la misma reina no pudo menos de creer que tanta calma ocultara un poco de heroísmo.
El rey quería, sin duda, imponerse con su tranquilidad a todos los terrores de las circunstancias.
¡Oh! Sí. La hija de María Teresa no podía creer que en semejante momento el hijo de san Luis estuviera sujeto a las necesidades materiales de la vida ordinaria.
María Antonieta se equivocaba. El rey tenía apetito, y nada más.

## XXVI

## COMO CENÓ EL REY EL 14 DE JULIO DE 1789

Por orden de María Antonieta, sirvióse al rey la cena en una mesita en el gabinete mismo de la reina.
Entonces sucedió todo lo contrario de lo que esperaba la princesa. Luis XVI impuso silencio, pero fue para que no le distrajeran mientras cenaba.
Mientras María Antonieta se esforzaba por reavivar el entusiasmo, el rey tragaba.
A los oficiales no les pareció aquella escena gastronómica digna de un descendiente de san Luis, y formaron grupos cuyas intenciones no eran quizás tan respetuosas como lo exigían las circunstancias.
La reina se puso colorada, y su impaciencia se echaba de ver en todos sus movimientos. Aquella naturaleza fina, aristocrática, nerviosa, no podía comprender semejante predominio de la materia sobre el espíritu, y acercóse al rey para atraer alrededor de la mesa a los que se apartaban de ella.
—Señor, ¿no tenéis ninguna orden que dar? —le preguntó.
—¡Ah, ah! —dijo el rey con la boca llena—. ¿Qué órdenes he de dar? ¿Seréis tal vez nuestra Egeria en este momento crítico?
Y, al decir esto, arremetió animosamente a una perdiz trufada.
—Señor —repuso la reina—, Numa era un rey pacífico; pero hoy se cree generalmente que lo que necesitamos es un rey belicoso, y que si Vuestra Majestad debe tomar modelos en la antigüedad, no pudiendo ser un Tarquino es preciso que sea un Rómulo.
El rey sonrió con una tranquilidad rayana en beatitud.
—Y esos señores ¿también son belicosos? —preguntó.
Y se volvió al grupo de jóvenes oficiales, y su mirada, animada por el calor de la cena, pareció a los circunstantes resplandeciente de valor.
—Sí, señor —contestaron to,dos a una—. Sí: pedimos la guerra.
—Señores, señores —replicó el rey—; a decir verdad, me complacéis probándome que, si se ofrece la ocasión, podré contar con vosotros. Mas en este momento tengo un consejo y un estómago; el primero me aconsejará lo que debo hacer, y el segundo me aconseja lo que hago.
Y se echó a reír, alargando, al oficial que le servía, su plato lleno de desperdicios para coger otro limpio.
Un murmullo de estupor y de indignación pasó como un escalofrío por aquel grupo de caballeros que a una seña del rey habrían derramado por él toda su sangre.
La reina volvió la cabeza y golpeó en el suelo con el pie.
El príncipe de Lambescq se acercó a ella.
—Señora —le dijo—, Su Majestad piensa, sin duda, como yo, que vale más esperar. Es prudencia, y, aunque no sea la mía, por desgracia, la prudencia es una virtud necesaria en los tiempos que corremos.
—Sí, tenéis razón: es una virtud muy necesaria, contestó la reina mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

Y, llena de mortal tristeza, fue a sentarse junto a la chimenea, con la mirada fija en la oscuridad y el alma inundada de desesperación.
La doble disposición de ánimo del rey y de la reina llamó la atención de todo el mundo. La segunda contenía a duras penas sus lágrimas. El rey seguía cenando con el apetito proverbial en la familia de los Borbones.
Poco a poco se fue desocupando la estancia. Los grupos se deshicieron como se deshace a los rayos del sol la nieve en los jardines, apareciendo de trecho en trecho la tierra negra y sin vegetación.
Al ver la reina como se disipaba aquel grupo belicoso con el cual había contado tanto, creyó que a la vez se disipaba todo su poder, a la manera que en otro tiempo se deshicieron al soplo del Señor aquellos formidables ejércitos de asirios y de amalecitas, a quienes una noche o un mar sepultaban para siempre en sus abismos.
Despertóla de aquella especie de sopor la dulce voz de la condesa Jules, que se acercaba a ella con su cuñada la duquesa Diana de Polignac.
Al sonido de aquella voz, el porvenir proscripto, el dulce porvenir reapareció con sus flores y sus palmas en el corazón de aquella mujer orgullosa: una amiga sincera y verdaderamente leal valía más que diez reinos.
—¡Oh! ¡Tú, tú! —murmuró abrazando a la condesa Jules—. Conque ¿me queda una amiga?
Y las lágrimas, largo tiempo contenidas en sus ojos, se escaparon de sus párpados, resbalaron por sus mejillas e inundaron su pecho; sólo que, en vez de ser amargas, eran dulces; en lugar de oprimir, desahogaban su seno.
Hubo un instante de silencio durante el cual la reina continuó estrechando a la condesa entre sus brazos.
La duquesa fue la que rompió el silencio, sin soltar la mano de su hermana.
—Señora —dijo con voz tan tímida que casi parecía avergonzada—, no creo que Vuestra Majestad censure el proyecto que voy a someter a su consideración.
—¿Qué proyecto? —preguntó la reina, atenta—. Hablad, duquesa, hablad.
Y, mientras se disponía a escuchar a la duquesa Diana, la reina se apoyó en el hombro de su favorita la condesa.
—Señora —prosiguió la duquesa—, la opinión que voy a emitir procede de una persona cuya autoridad no será sospechosa a Vuestra Majestad, pues es de Su Alteza Real Mme. Adelaida, tía del rey.
—¡Cuántos preámbulos, querida duquesa! —dijo alegremente la reina—. Al grano.
—Señora, las circunstancias son tristes. Se ha exagerado mucho el favor de que goza nuestra familia para con Vuestra Majestad: la calumnia mancha la augusta amistad que os dignáis concedernos en cambio de nuestra respetuosa abnegación.
—¿Es que os parece que no he sido bastante animosa, duquesa? —preguntó la reina con un principio de asombro—. ¿Acaso no he sostenido valerosamente mis amistades contra la corte, contra el pueblo, contra el rey mismo?
—Al contrario, señora. Vuestra Majestad ha sostenido tan noblemente a sus amigos, que ha presentado su pecho a todos los golpes; de suerte que hoy que el peligro es grande y hasta terrible, los amigos tan noblemente defendidos por

Vuestra Majestad serían unos viles y malos servidores si no prestaran el mismo servicio a la reina.
—¡Muy bien y muy digno! —exclamó la reina con entusiasmo, besando a la condesa, a la que seguía estrechando contra su pecho y apretando la mano de la señora de Polignac.
Pero ambas palidecieron, en lugar de levantar orgullosamente la cabeza al recibir aquella caricia de su soberana.
Jules de Polignac hizo un movimiento para desasirse de los brazos de la reina; pero ésta no la soltó.
—Vuestra Majestad —continuó Diana de Polignac—, quizá no comprende bien lo que tenemos el honor de anunciarle para desviar los golpes que amenazan su trono y su persona, tal vez a causa de la amistad con que nos honra. Hay un medio doloroso, un sacrificio amargo para nuestros corazones, pero debemos sufrirlo, porque nos lo impone la necesidad.
La reina palideció a su vez al oír estas palabras, porque tras aquel exordio, tras el velo de aquella reserva tímida, no veía ya la amistad valerosa y fiel.
—Hablad, hablad, duquesa —dijo—. ¿Qué sacrificio es ése?
—Es todo entero para nosotras, señora —contestó ésta—. Nos execran en Francia, Dios sabe por qué: al apartarnos de vuestro trono, le devolvemos todo el brillo, todo el calor del amor del pueblo, amor extinguido o interceptado por nuestra presencia.
—¿Alejaros de mí? —exclamó la reina, alarmada—. ¿Quién ha dicho, quién ha pedido eso?
Y se quedó mirando, empujando suavemente con la mano a la condesa Jules, que bajaba la cabeza.
—Yo no —contestó ésta—: yo deseo quedarme. Mas pronunció estas palabras con un tono que quería decir: «Mandad que parta, señora, y partiré».
¡Oh santa amistad, santa cadena que puede hacer de una reina y de una servidora dos corazones indisolublemente unidos! Oh santa amistad, que engendras más heroísmo que el amor, que la ambición, esas nobles enfermedades del corazón humano! Aquella reina rompió de pronto el altar dorado que te había erigido en su corazón; bastóle una mirada, una sola, para ver lo que en diez años no había vislumbrado: frialdad y cálculo, disculpables, justificables, legítimos quizás; pero ¿hay algo que disculpe, justifique y legitime el abandono a los ojos del que ama todavía, cuando el otro ha dejado de amar?
María Antonieta sólo se vengó del dolor que experimentaba dirigiendo una mirada glacial a su amiga.
—¿Conque ése es vuestro parecer, duquesa Diana? —preguntó llevándose al pecho su mano febril.
—¡Ah, señora! —respondió la duquesa—. No es mi deseo, no es mi voluntad la que me dicta lo que debo hacer, sino lo dispuesto por el destino.
—Comprendo, duquesa —dijo María Antonieta. Y, volviéndose a la condesa Jules añadió: —Y vos, condesa, ¿qué decís?
La condesa respondió con una lágrima ardiente como un remordimiento; pero se agotó toda su fuerza en el esfuerzo que había hecho.

—Está bien —contestó la reina—; me es grato saber lo muy querida que soy. Gracias, condesa; sí, aquí corréis peligros; sí, la furia de ese pueblo no conoce freno; sí, ambas tenéis razón, y yo sola soy la loca. Solicitáis quedaros; es una gran abnegación; pero yo no la acepto.
La condesa Jules levantó sus hermosos ojos para mirar a la reina; pero ésta, en lugar de leer en ellos el sacrificio de la amiga, sólo vio la debilidad de la mujer.
—Conque vos, duquesa, ¿estáis resuelta a partir?
Y recalcó la palabra *vos.*
—Sí, señora.
—Sin duda para alguna de vuestras posesiones... lejos... muy lejos...
—Señora, para partir, para separarme de vos, tan doloroso es alejarse a cincuenta leguas como a ciento cincuenta.
—Pero ¿marcháis al extranjero?
—¡Ah! Sí, señora.
Un suspiro laceró el corazón de la reina, pero no salió de sus labios.
—Y ¿adonde vais?
—A las orillas del Rhin.
—Muy bien. Habláis alemán por habéroslo enseñado yo —dijo la reina con sonrisa de indefinible tristeza—. Por lo menos, la amistad de la reina os habrá servido de algo, de lo cual me alegro.
Volviéndose entonces a la condesa Jules, añadió: —No quiero separaros, querida condesa. Deseáis quedaros, y aprecio este deseo; pero yo, que temo por vosotras, quiero que partáis: os mando que marchéis.
Y se detuvo al decir esto, oprimida por las emociones que, a pesar de su heroísmo, quizá no hubiera sido dueña de contener, si la voz del rey, que no había tomado parte en lo que acabamos de contar, no hubiera resonado de pronto en su oído. Su Majestad estaba comiendo los postres
—Señora —le dijo—, vienen a avisaros que os espera alguien en vuestra cámara.
—Pero, señor —exclamó la reina, olvidando todo otro sentimiento que no fuera el de la dignidad real—; ante todo debéis dar algunas órdenes. Ved: aquí no han quedado más que tres personas; pero precisamente son las que necesitáis: los señores de Lambescq, de Bezenval y de Broglie.
El rey levantó la vista como con vacilación.
—¿Qué pensáis de todo esto, señor de Broglie? —preguntó.
—Señor —respondió el anciano mariscal—, si alejáis vuestro ejército, de la presencia de los parisienses, dirán que los parisienses lo han derrotado. Si lo dejáis frente a frente, será preciso que vuestro ejército los derrote.
—¡Bien dicho! —exclamó la reina estrechando la mano del mariscal.
—Bien dicho —repitió de Bezenval.
El príncipe de Lambescq se contentó con menear la cabeza.
—¿Y después? —preguntó el rey.
—Mandad: «¡Marchen!» —contestó el mariscal.
—¡Sí... marchen! —exclamó la reina.
—Pues... ¡marchen!, ya que así lo queréis todos —dijo el rey.
En este momento entregaron a la reina un billete concebido en los siguientes términos:

«¡Por Dios, señora, no hay que precipitarse! Aguardo una audiencia de Vuestra Majestad.»

—¡Su letra! —exclamó la reina.

Y volviéndose, preguntó:

—¿Está en mi cámara el Sr. de Charny?

—Ha llegado lleno de polvo, y aun creo que ensangrentado —respondió la camarera.

—Un momento, señores —dijo la reina al señor de Bezenval y al señor de Broglie—; aguardadme, que pronto vuelvo.

Y pasó presurosa a su cámara. El rey no se había movido.

## XXVII

## OLIVERIO DE CHARNY

Al entrar la reina en su cámara encontró en ella al que le había escrito el billete entregado por su camarera.
Era un hombre de treinta y cinco años, de aventajada estatura, y en cuyas facciones se retrataban la fuerza y la resolución. Sus ojos garzos, de mirada penetrante como la del águila, su nariz recta, su barba saliente, daban a su fisonomía un carácter marcial, realzado por la elegancia con que llevaba el uniforme de teniente de guardias de corps.
Aun temblaban sus manos bajo los vuelos de batista arrugados y desgarrados.
Su espada se había torcido y entraba mal en la vaina.
Al entrar la reina, este personaje se paseaba precipitadamente por la estancia, presa de mil ideas encontradas y febriles.
María Antonieta fue en derechura a él.
—¡Señor de Charny! ¡Vos aquí! —exclamó.
Y al ver que aquel a quien interpelaba así se inclinaba respetuosamente, con arreglo a la etiqueta; hizo una seña a la camarera, que se retiró, cerrando la puerta.
No bien estuvo ésta cerrada, la reina, cogiendo la mano de Charny con fuerza, le preguntó:
—Conde, ¿por qué habéis venido?
—Porque he creído que tal era mi deber —contestó el conde.
—No: vuestro deber era huir de Versalles; era hacer lo que estaba convenido; era obedecerme, era, en fin, hacer lo que todos mis amigos, que han tenido miedo de correr mi suerte. Vuestro deber consiste en no sacrificar nada a mi destino; vuestro deber, en fin, es alejaros de mí.
—¿Alejarme de vos?
—Sí; huir de mí.
—Y ¿quién huye de vos, señora?
—Los que son cuerdos.
—Pues yo me jacto de cuerdo, y por eso he venido a Versalles.
—Y ¿de dónde llegáis?
—De París.
—¿De París sublevado?
—De París en fermentación, ebrio, ensangrentado.
La reina se llevó entrambas manos al rostro.
—¡Oh! —dijo—. Nadie, ni siquiera vos, vendrá a darme una buena noticia.
—Señora, en las circunstancias en que nos encontramos pedid a vuestros mensajeros que os anuncien una cosa: la verdad.
—Y ¿venís a decírmela?
—Como siempre, señora.
—Tenéis un alma honrada y un corazón animoso.
—Soy un súbdito leal y nada más.

—Pues bien: tregua por un momento, amigo mío: no me digáis ahora nada. Llegáis en un instante en que tengo desgarrado el corazón. Hoy, por vez primera, me abruman mis amigos con esa verdad que vos me habéis dicho siempre, y esa verdad, conde, no podían ocultármela por más tiempo, porque se revela en todo: en el cielo, que está rojo; en el aire, que se llena de ruidos siniestros; en las caras de los cortesanos, pálidas y serias. No, conde, no: por la primera vez en vuestra vida, no me digáis la verdad.
El conde miró a la reina a su vez.
—Sí, sí —prosiguió María Antonieta—; ¿verdad que os extrañáis, sabiendo que soy animosa? Pues aún no estáis al cabo de las sorpresas.
Charny hizo un ademán interrogativo.
—Pronto lo veréis —añadió la reina con sonrisa nerviosa.
—¿Está indispuesta Vuestra Majestad? —pregunto el conde.
—No, no: venid, sentaos a mi lado y no hablemos una palabra de esa horrible política... Procurad que yo olvide.
El conde obedeció con triste sonrisa.
María Antonieta le pasó la mano por la frente.
—Os arde la frente —dijo.
—Sí, tengo un volcán en la cabeza.
—Y la mano helada —añadió, cogiendo la mano del conde entre las suyas.
—Es que a mi corazón llega el frío de la muerte.
—¡Pobre Oliverio! Razón tenía yo para deciros que olvidáramos. Ya no soy reina; ya no estoy amenazada ni aborrecida. No, ya no soy reina: soy una mujer, y nada más. ¿Qué es para mí el universo? Me bastaría un corazón que me amase.
El conde se postró de hinojos ante la reina, y le besó los pies con el respeto que los egipcios tenían por la diosa Isis.
—¡Oh conde, mi único amigo! —dijo la reina procurando levantarle—. ¿Sabéis cómo se porta conmigo la duquesa Diana?
—Emigra —contestó Charny sin vacilar.
—Lo ha adivinado —exclamó María Antonieta—, lo ha adivinado. ¡Ah! ¿Es que podía adivinarse eso?
—Sí, señora: en estos momentos puede suponerse todo.
—Pero vos y los vuestros ¿por qué no emigráis, puesto que es cosa tan natural? —preguntó la reina.
—Ante todo, señora, yo no emigro porque mi adhesión a Vuestra Majestad es profunda, y me he prometido no separarme de Vuestra Majestad un solo instante durante la tempestad que se prepara. Mis hermanos no emigrarán, porque amoldarán su conducta a la mía, que les servirá de ejemplo. En fin, señora: la condesa de Charny no emigrará, porque ama sinceramente a Vuestra Majestad, al menos así lo creo.
—Sí: Andrea tiene un corazón muy noble —dijo la reina con visible frialdad.
—Pues por eso no saldrá de Versalles —respondió Charny.
—Entonces os tendré siempre a mi lado —repuso la reina con el mismo tono glacial, aunque un tanto disimulado para que no se transluciera más que sus celos o su desdén.

—Vuestra Majestad me ha honrado nombrándome teniente de los guardias —dijo el conde de Charny—, mi puesto está en Versalles, y no me habría separado de él si Vuestra Majestad no me hubiera designado para la guardia de las Tullerías. Es un destierro necesario, me ha dicho la reina, y he partido para ese destierro. Pues en todo esto, Vuestra Majestad lo sabe, la condesa de Charny no me ha hecho la menor objeción por cuanto no ha sido consultada.
—Es verdad —respondió la reina con su misma frialdad.
—Hoy —prosiguió el conde con intrepidez—, creo que mi puesto no está ya en las Tullerías, sino en Versalles. Pues bien: suponiendo que la reina no lo llevaría a mal, he violado la consigna, escogiendo así mi servicio, y aquí estoy. Que la condesa de Charny tenga o no tenga miedo de los acontecimientos, que quiera emigrar o no, yo me quedo al lado de la reina... a no ser que la reina rompa mi espada, en cuyo caso, no asistiéndome ya el derecho de pelear y morir por ella dentro del palacio de Versalles, me quedará siempre el de hacerme matar a la puerta, en la calle.
El joven pronunció tan valerosa, tan lentamente estas sencillas palabras salidas del corazón, que la reina depuso su orgullo; refugio tras el cual acababa de ocultar un sentimiento más humano que real.
—Conde —dijo—, no pronunciéis jamás esa palabra; no digáis que moriréis por mí, porque sé que lo haréis tal como lo decís.
—Al contrario, lo diré siempre —replicó el señor de Charny—. Lo diré a todo el mundo y en todas partes; lo diré como lo haré, porque temo que haya llegado el tiempo en que han de morir cuantos han amado a los reyes de la tierra.
—¡Conde! ¡Conde! ¿Por qué ese fatal presentimiento?
—¡Ah, señora! —respondió Charny meneando la cabeza—. Yo también, en la época de esa fatal guerra de América, me he sentido contagiado como todo el mundo de esa fiebre de independencia que ha alcanzado a la sociedad entera. Yo también he querido tomar parte en la emancipación de los esclavos, como entonces se decía, y me he hecho francmasón; me he afiliado a una sociedad secreta con los Lafayette y los Lameth. Y ¿sabéis cuál era el objeto de esa sociedad? Pues la destrucción de los tronos. ¿Sabéis cuál era su divisa? Tres letras: L. P. D.
—Y ¿qué significaban esas tres letras?
—*Lilia pedibus destrue:* Pisotead las lises.
—Y entonces ¿qué hicisteis?
—Me retiré con honor; pero, por uno que se retiraba, ingresaban veinte. Pues bien, señora: lo que hoy sucede es el prólogo del gran drama que se venía preparando silenciosamente y en las sombras de la noche hace veinte años, estando a la cabeza esos hombres que agitan a París, que mandan en la Casa Ayuntamiento, que ocupan el Palacio real, que han tomado la Bastilla. He reconocido los rostros de mis antiguos hermanos los afiliados. No os hagáis ilusiones, señora: todos esos accidentes que acaban de ocurrir no son obra de la casualidad: son levantamientos preparados desde muy larga fecha.
—¿Lo creéis así, lo creéis así? —preguntó la reina echándose a llorar.
—No lloréis, señora: comprended lo que ocurre.

—¡Qué lo comprenda! —continuó María Antonieta—. ¡Qué comprenda que yo, la reina, yo, la señora de veinticinco millones de hombres; que comprenda que esos veinticinco millones de súbditos nacidos para obedecer, se subleven y me maten mis amigos! No: ¡jamás lo comprenderé!

—Y, sin embargo, es preciso, porque desde el momento en que esa obediencia es una carga pesada para esos súbditos, para esos hombres nacidos para obedeceros, sois para ellos una enemiga; y mientras esperan tener fuerza suficiente para devoraros, a cuyo fin aguzan sus dientes hambrientos, devorarán a vuestros amigos, todavía más detestados que vos misma.

—¿Tal vez vais a darles la razón, señor filósofo? —exclamó imperiosamente la reina.

—¡Ah! Sí, señora: tienen razón —respondió el conde con su voz dulce y afectuosa—, porque cuando me paseo por los bulevares con mis hermosos caballos ingleses, mi casaca bordada y mis criados llenos de más galones de plata de la que se necesita para mantener tres familias, vuestro pueblo, es decir, esos veinticinco millones de hombres hambrientos, se preguntan de qué les sirvo yo, que no soy más que un hombre igual a ellos.

—Los servís con esto —respondió la reina cogiendo el puño de la espada del conde; los servís con esta espada que vuestro padre ha esgrimido heroicamente en Fontenoy, vuestro abuelo es Steinkerque, vuestro bisabuelo en Lens y en Rocroy, y vuestros antepasados en Ivry, Marignart y Azineourt. La nobleza sirve al pueblo francés por medio de la guerra; por ella ha ganado a costa de su sangre el oro que adorna sus vestidos. No preguntéis, pues, Oliverio, de qué servís al pueblo, vos que a vuestra vez manejáis valerosamente esa espada que os han legado vuestros padres.

—Señora, señora —replicó el conde—, no habléis tanto de la sangre de la nobleza; el pueblo también tiene sangre en las venas: id, si no, a ver los arroyos que corren en la plaza de la Bastilla; id a contar sus muertos tendidos en el empedrado enrojecido; y sabed que sus corazones, que ya no laten, han palpitado tan noblemente como el de un caballero el día en que vuestros cañones han hecho fuego contra él; el día en que, blandiendo un arma nueva para su mano inexperta, cantaba ante la metralla, lo que no siempre hacen nuestros más bravos granaderos. ¡Ah, señora y reina mía! Os suplico que no me miréis con esos ojos enojados. ¿Qué es un granadero? Un uniforme muy adornado que cubre ese corazón de que acabo de hablaros. ¿Qué le importa a la bala que agujerea y mata que ese corazón esté cubierto de paño azul o de un pedazo de lienzo? ¿Qué le importa al corazón que se rompe que la coraza que le protege sea de lienzo o de paño? Ha llegado el tiempo de pensar en todo eso, señora; ya no tenéis veinticinco millones de esclavos en Francia; ya no tenéis veinticinco millones de súbditos ni siquiera veinticinco millones de hombres: tenéis veinticinco millones de soldados.

—¿Que pelearán contra mí?

—Sí, contra vos, porque luchan por su libertad, y vos os interponéis entre ellos y su libertad.

A las palabras del conde siguió un largo silencio. La reina fue la primera en romperlo.

—Por fin, me habéis dicho esa verdad que os suplicaba que callarais —dijo.
—¡Ah, señora! —contestó el conde—. Sea cualquiera la forma bajo la cual mi abnegación la disfrace, sea cualquiera el velo con que mi respeto la oculte, a pesar mío, a pesar vuestro, mirad, oíd, sentid, tocad, pensad, reflexionad, la verdad está ahí, eternamente ahí, y, por muchos esfuerzos que hagáis, ya no la separaréis de vos misma. Dormid, dormid para olvidarla, y se sentará a la cabecera de vuestro lecho el fantasma de vuestros sueños, la realidad de vuestro despertar.
—¡Oh conde! —dijo la reina con altivez—. Conozco un sueño que esa verdad no perturbará.
—Tan poco temo ese sueño como Vuestra Majestad, y quizá lo deseo tanto como vos.
—En vuestro concepto, ¿es ése nuestro único refugio? —preguntó la reina con desesperación.
—Sí, pero no precipitemos las cosas, no vayamos más deprisa que los enemigos, porque nos encaminamos en derechura a ese sueño por las fatigas que nos causan tantos días de tempestades.
Reinó un nuevo silencio, más sombrío aún que el anterior.
Los dos interlocutores estaban sentados, él junto a ella, ella junto a él. Se tocaban, y, sin embargo, entre ellos había un abismo inmenso: su pensamiento, que corría dividido sobre las olas del porvenir.
La reina fue la primera en reanudar la conversación, pero dando un rodeo. Miró fijamente al conde y le dijo:
—Una postrer palabra acerca de nosotros, y me lo diréis todo, todo, todo: ¿lo oís?
—Os escucho, señora.
—¿Me juráis que sólo por mí habéis venido aquí?
—¡Y lo dudáis!
—¿Me juráis que la condesa de Charny no os ha escrito?
—¿Ella?
—Oíd. Yo sé que ella iba a salir; sé que tenía una idea... Juradme, conde, que no habéis vuelto por ella.
En este momento llamaron muy quedo a la puerta.
—Adelante —dijo la reina.
La camarera entró.
—Señora —dijo—, el rey ha cenado ya.
El conde miró a María Antonieta con extrañeza.
—¿Qué tiene eso de extraño? —dijo la reina encogiéndose de hombros—. ¿Acaso no ha de cenar el rey?
Oliverio frunció el ceño.
—Di al rey —prosiguió la reina—, que me están dando noticias de París y que iré a manifestárselas cuando haya concluido.
Volviéndose luego a Charny, añadió:
—Continuemos. Puesto que el rey ha cenado, es justo que haga la digestión.

## XXVIII

## OLIVERIO DE CHARNY

Esta interrupción suspendió momentáneamente la conversación, pero sin alterar en nada el doble sentimiento de celos que animaba a la reina en aquel instante; celos de amor como mujer, celos de poder como reina.
Resultaba de aquí que la conversación, que parecía agotada en este primer período, apenas había sido entablada y que iba a reanudarse más incisiva que nunca, como en una batalla, después de cesar el primer fuego, con el que se ha empezado la acción en algunos puntos, se rompe en toda la línea el fuego general que la decide.
Llegadas las cosas a este punto, el conde parecía, por su parte, tan deseoso como la reina de tener una explicación, por lo cual, apenas se hubo cerrado la puerta, fue él el primero que hizo uso de la palabra.
—Me preguntabais si ha sido por la condesa de Charny por quien he vuelto —dijo—. ¿Vuestra Majestad ha olvidado que hemos contraído mutuos compromisos y que soy hombre de honor?
—Sí —contestó la reina inclinando la cabeza—, sí, se han contraído compromisos; sí, sois hombre de honor; sí, habéis jurado inmolaros por mi felicidad, y ese juramento es el que me contrista, porque al inmolaros por mi felicidad inmoláis al mismo tiempo a una mujer hermosa y de noble carácter... Un crimen más.
—Señora, exageráis la acusación. Confesad solamente que he cumplido mi palabra a fuer de hombre honrado.
—Es verdad: soy una insensata. Perdonadme.
—No califiquéis de crimen lo que es hijo de la casualidad y de la necesidad. Ambos hemos deplorado ese casamiento, única cosa que podía poner a cubierto el honor de la reina, y ya no es posible otra cosa sino soportarlo como lo soporto hace cuatro años.
—Sí —contestó la reina—, pero ¿creéis que no veo vuestro dolor, que no comprendo vuestro disgusto, traducidos bajo la forma del más profundo respeto? ¿Creéis que no lo veo todo?
—Por favor, señora —dijo el conde inclinándose—, decidme lo que veis para que, si aun no he sufrido bastante y hecho sufrir a los demás, duplique la suma de los males para mí y para los que me rodean, seguro de que nunca llegaré a pagaros lo que os debo.
La reina extendió la mano hacia el conde. La palabra de aquel hombre tenía un poder irresistible, como todo lo que emana de un corazón noble y apasionado.
—Mandadme, pues, señora —repuso—, os lo suplico. No temáis mandarme cuánto queráis.
—Oh! ¡Sí, sí! Lo sé, he hecho mal: perdonadme. Sí, es verdad. Pero si en alguna parte tenéis un ídolo oculto a quien ofrecéis un incienso misterioso; si en algún rincón del mundo hay para vos una mujer adorada... ¡Oh; No me atrevo a pronunciar esa palabra, me da miedo, y dudo cuando las sílabas de que se

compone hieren el aire y vibran en mi oído. Pues bien: si eso existe, oculto a todos, no olvidéis que tenéis ante todos, que tenéis públicamente para los demás y también para vos mismo, una mujer joven y bella a la que prodigáis cuidados y atenciones; una mujer que se apoya en vuestro brazo, y que, al apoyarse en vuestro brazo, se apoya al mismo tiempo en vuestro corazón.
Oliverio frunció el entrecejo, y las líneas tan puras de su rostro se alteraron un instante.
—¿Qué pedís?, señora —dijo—. ¿Que aleje de mí a la condesa de Charny? ¡Calláis! Luego ¿es eso? Pues bien: estoy pronto a obedecer esa orden; pero, según sabéis, está sola en el mundo. Es huérfana; su padre, el barón de Taverney, murió el año pasado cual digno caballero del tiempo antiguo que no quiere ver lo que pasa en el nuestro. También sabéis que su hermano Felipe se presenta, cuando más, una vez al año: viene a abrazar a su hermana, a saludar a Vuestra Majestad y se ausenta sin que nadie sepa qué es de él.
—Sí, sé todo eso.
—Reflexionad, señora, que si yo muriese, esa condesa de Charny podría tomar de nuevo su nombre de soltera sin que el más puro de los ángeles del Señor sorprendiera en sus sueños, en su pensamiento, una palabra, un nombre, un recuerdo de mujer.
—Sí, sí —dijo la reina—, sé que vuestra Andrea es un ángel en la tierra y que merece ser amada. Por esto pienso que el porvenir es suyo, mientras que a mí se me escapa. ¡Oh! ¡No, no conde, no hablemos más de ello, por favor! No os hablo como reina, perdonadme; me he olvidado de mí misma; pero ¿qué queréis?... Hay en mi alma una voz que entona siempre cantos a la dicha, al júbilo, al amor, junto a esas siniestras voces que murmuran desgracias, guerras, muertes. Es la voz de mi juventud a la que sobrevivo. Charny, perdonadme: ya no seré joven, ya no sonreiré, ya no amaré.
Y la dolorida dama apoyó sus ojos ardientes en sus manos flacas de afilados dedos, y entre estos se deslizó una lágrima de reina, un diamante.
El conde se postró de hinojos otra vez.
—Señora —dijo—, por favor, mandadme que me aleje, que huya de vos, que muera; pero no permitáis que os vea llorar.
Y el mismo conde estaba a punto de sollozar al decir estas palabras.
—Esto ha concluido —dijo María Antonieta levantándose y moviendo la cabeza con graciosa sonrisa.
Y con un ademán encantador echó atrás sus cabellos empolvados, que se habían desenrrollado sobre su cuello de blancura de cisne.
—Sí, sí: esto ha acabado —continuó la reina—. No os afligiré más: demos tregua a esas locuras. ¡Dios mío! Es extraño que la mujer sea tan débil cuando la reina necesita ser tan fuerte. Decís que venís de París. Pues hablemos. Me habéis dicho cosas que he olvidado. Lo que allí sucede es muy serio: ¿verdad señor de Charny?. Ocupémonos en eso, ya que así lo queréis, porque, según "acabáis" de decir, lo que allí sucede es muy serio. Sí, vengo de París, y he presenciado la ruina del trono.
—Razón tenía yo en volver a las cosas serias, porque me las decís con alguna exageración. Calificáis de ruina del trono un motín triunfante. Porque el pueblo

ha tomado la Bastilla decís que la monarquía ha quedado abolida. No reflexionáis que la Bastilla no ha tenido origen en Francia hasta el siglo decimocuarto, y que la monarquía está arraigada en todo el universo hace seis mil años.
—Quisiera hacerme ilusiones, señora, y entonces, en vez de apenar el ánimo de Vuestra Majestad, os daría las noticias más consoladoras. Por desgracia, el instrumento no produce más sonidos que aquellos para los que está destinado.
—Vamos, vamos: yo, que no soy más que una débil mujer, voy a sosteneros; voy a poneros en el buen camino.
—No deseo otra cosa.
—Los parisienses se han sublevado: ¿no es eso?
—Sí.
—¿En qué proporción?
—En la proporción de doce sobre quince.
—¿Cómo hacéis ese cálculo?
—Muy sencillamente: el pueblo entra por doce quinceavas partes en el cuerpo de la nación: quedan dos quinceavas para la nobleza y una para el clero.
—El cálculo es exacto, conde, y sabéis ajustar cuentas perfectamente. ¿Habéis leído los escritos del señor y de la señora Necker?
—Los de Necker sí, señora.
—Entonces, el proverbio es cierto —dijo la reina—, siempre hay un Judas en las familias. Pues bien: ¿queréis oír mi cálculo?
—Con todo respeto.
—De esas doce quinceavas partes habrá seis de mujeres: ¿no es así?
—Sí, señora; pero...
—No me interrumpáis. Decíamos seis quinceavas partes de mujeres: quedan seis; dos de ancianos impotentes o indiferentes. ¿Es mucho?
—No;
—Pues quedan cuatro quinceavas partes, de las cuales bien me concederéis que hay dos de cobardes o tímidos. Adulo a la nación francesa; pero, en fin, quedan dos quinceavos, y concedo que sean valientes, fuertes, furibundos y militares. Calculemos estos dos quinceavos, por lo que respecta a París, pues en cuanto a las provincias es inútil, ¿verdad? Lo que se trata de recobrar es París.
—Sí; pero...
—Vuelta con los peros. Tened paciencia, que ya me contestaréis.
Charny se inclinó.
—Calculo, pues —prosiguió la reina—, los dos quinceavos de París en cien mil hombres: ¿os parece así?
Aquella vez el conde no contestó.
La reina repuso:
—Pues bien: a esos cien mil hombres mal armados, indisciplinados, poco aguerridos, vacilantes porque saben que obran mal, opongo cincuenta mil soldados conocidos en toda Europa por su bravura, oficiales como vos, señor de Charny. Además, esa causa sagrada que se llama el derecho divino, y, por fin, mi alma, que es fácil de enternecer, pero no de romper.
El conde siguió guardando silencio.

—¿Creéis —preguntó la reina—, que en un combate trabado en esas condiciones, dos hombres del pueblo valgan más que uno de mis soldados?
Charny calló.
—Contestad: ¿lo creéis? —preguntó la reina con impaciencia.
—Señora —respondió, por fin, el conde, saliendo ya de la respetuosa reserva en que se había encerrado—: en un campo de batalla donde se presentaran esos cien mil hombres aislados, indisciplinados y mal armados como están, vuestros cincuenta mil soldados los derrotarían en media hora.
—Luego tengo razón —dijo la reina.
—Aguardad. Pero no sucede tal como os lo figuráis, y, ante todo, los sublevados de París que suponéis cien mil son quinientos mil.
—¿Quinientos mil?
—O poco menos. En vuestro cálculo no habéis contado las mujeres y los niños. ¡Oh reina de Francia! ¡Oh mujer animosa y arrogante! Contadlas por otros tantos hombres: día llegará en que esas mujeres de París os obliguen a tenerlas por otros tantos demonios.
—¿Qué queréis decir, conde?
—¿Sabéis cuál es el papel que desempeña la mujer en nuestras guerras civiles? No. Pues bien: voy a decíroslo, y veréis que no bastan dos soldados contra una mujer.
—Pero ¿estáis loco?
Charny sonrió tristemente.
—¿Las habéis visto en la Bastilla —preguntó—, arrostrando el fuego, en medio de las balas, llamando a las armas, amenazando con el puño a vuestros suizos, echando maldiciones sobre el cadáver de los muertos con esa voz que exaspera a los vivos? ¿Las habéis visto hirviendo pez, empujando cañones, distribuyendo cartuchos a los combatientes enardecidos, y un beso y un cartucho a los combatientes tímidos? ¿Sabéis que por el puente levadizo de la Bastilla han pasado tantas mujeres como hombres, y que a esta hora, si las piedras de la Bastilla se derrumban, es porque las mujeres manejan la piqueta? ¡Ah, señora! Contad las mujeres de París, contadlas; contad también los niños que funden balas, que afilan sables, que arrojan un adoquín desde un sexto piso; contadlos, porque la bala fundida por un niño irá a matar desde lejos a vuestro mejor general; porque el sable que habrá afilado desjarreterá a vuestros mejores caballos de guerra, porque esa piedra ciega que caerá del cielo aplastará a vuestros dragones y a vuestros guardias. Contad los viejos, señora, porque, si ya no tienen fuerza para esgrimir una espada, la tienen aún para servir de escudo. En la Bastilla había ancianos; y ¿sabéis lo que hacían esos ancianos que no contáis? Pues se ponían delante de los jóvenes que apoyaban los fusiles en su hombro; de suerte que la bala de vuestros suizos mataba al anciano impotente, cuyo cuerpo servía de antemural al hombre útil. Contad los ancianos, porque, desde hace trescientos años, ellos son los que refieren a las generaciones que se van sucediendo las afrentas sufridas por sus madres, la penuria de sus campiñas devastadas por las piezas de caza del noble; la vergüenza de su casta abrumada por los privilegios feudales, y entonces los hijos empuñan el hacha, la maza, el fusil, todo cuanto encuentran a mano, e, instrumentos cargados de las

maldiciones del anciano, como el cañón está cargado de pólvora y metralla, van a matar cuanto se les opone. En este momento, hombres, mujeres, ancianos y niños gritan libertad, emancipación. Contad todo lo que grita, señora; contad ochocientas mil almas en París.
—Trescientos espartanos vencieron al ejército de Jerjes, señor de Charny.
—Sí; pero hoy vuestros trescientos espartanos son ochocientos mil, y sólo cincuenta mil soldados componen el ejército de Jerjes.
La reina se levantó con los puños crispados y el rostro encendido de cólera y de vergüenza.
—¡Oh! Verme precipitada del trono —exclamó—; muera yo destrozada por esos quinientos mil parisienses; pero que no tenga el disgusto de oír hablar así a un Charny, a un partidario mío.
—Si os hablo así, señora, es porque es indispensable, pues este Charny no tiene en sus venas una gota de sangre que no sea digna de sus abuelos y que no os pertenezca.
—Entonces que marche sobre París conmigo y moriremos juntos.
—Vergonzosamente; sin lucha posible —objetó el conde—. Ni siquiera pelearemos: desapareceremos como filisteos o amalecitas. ¡Marchar sobre París! Pero no sabéis una cosa, y es que, en el momento que entremos en París, las casas se desplomarán sobre nosotros como las olas del mar Rojo sobre Faraón, y dejaréis en Francia un nombre maldito, y vuestros hijos serán exterminados como lobeznos.
—Pero ¿cómo debo caer, conde? —preguntó la reina con altivez—. Decídmelo.
—Como víctima —contestó Charny respetuosamente—, como caer una reina, sonriendo y perdonando a los que la hieren. ¡Ah! Si dispusierais de quinientos mil hombres como yo, os diría: «Partamos, partamos esta noche, ahora mismo, y mañana reinaréis en las Tullerías; mañana habréis reconquistado vuestro reino».
—Es decir, que ¿habéis desesperado, vos, en quien yo había cifrado mi última esperanza?
—Sí: he desesperado porque toda Francia piensa como París; porque vuestro ejército, aunque venciera en París, sería deshecho en Lyon, Rouen, Lille, Strasburgo, Nantes y otras cien ciudades devoradoras. ¡Ea! ¡Animo, señora! Quédese la espada en la vaina.
—Y ¿para eso he congregado en torno mío tantos hombres valientes? ¿Para eso les he inspirado denuedo?
—Si no es ése vuestro parecer, mandad, y esta misma noche marcharemos sobre París. Mandad.
Había tanta abnegación en esta oferta del conde que atemorizó a la reina más que si hubiera sido una negativa. Se dejó caer desesperada en un sofá, donde luchó largo tiempo con su orgullo.
Por fin, levantando la cabeza, dijo: —Conde: ¿deseáis que permanezca inactiva?
—Así tengo el honor de aconsejárselo a Vuestra Majestad.
—Pues se hará. Volved.
—¡Ah, señora! ¿Os he enojado? —preguntó el conde con una tristeza impregnada de indecible amor.
—No: dadme la mano.

El conde, inclinándose, presentó su mano a la reina.
—Tengo que reñiros —dijo María Antonieta procurando sonreír.
—¿Por qué, señora?
—¿Por qué? Tenéis un hermano en el servicio y lo he sabido por casualidad.
—No comprendo.
—Esta noche, un joven oficial de húsares de Bercheny...
—¡Ah, sí! Mi hermano Jorge.
—¿Por qué no me habéis hablado nunca de ese joven? ¿Por qué no tiene un grado más elevado en su regimiento?
—Porque todavía es muy joven e inexperto; porque no es digno de mandar en jefe y, en fin, porque si Vuestra Majestad se ha dignado fijar sus miradas en mí, no es ésa una razón para que yo procure colocaciones a mi familia a costa de gran número de bravos caballeros más dignos que mis hermanos.
—¡Ah! ¿Tenéis además otro hermano?
—Sí, señora, y dispuestos a morir por Vuestra Majestad como los otros dos.
—¿No necesita nada?
—Nada, señora: tenemos la dicha de contar, no tan sólo con una vida, sino también con una fortuna que poner a los pies de Vuestra Majestad.
Acababa de pronunciar estas palabras, quedando la reina penetrada de aquella delicada probidad, y él lleno de emoción, cuando los sobresaltó un gemido que se oyó en la estancia contigua.
La reina se levantó, abrió la puerta y dio un grito.
Acababa de ver a una mujer que se retorcía sobre la alfombra, presa de terribles convulsiones.
—¡Es la condesa! —dijo en voz baja a Charny. Nos habrá oído.
—No lo creo —respondió el conde—, pues, de lo contrario, ella misma nos hubiera avisado que podían oírnos.
Y corrió a donde yacía Andrea, a la que levantó del suelo.
La reina se mantuvo algo apartada, fría, pálida y palpitante de ansiedad.

## XXIX

## TERCETO

Andrea fue recobrando el sentido sin saber quién la auxiliaba; pero instintivamente comprendió que acudían en su ayuda.

Irguió su cuerpo, y sus manos se asieron al apoyo inesperado que se le ofrecía.

Pero su espíritu no resucitó con su cuerpo; permaneció vacilante, como aturdido y soñoliento, algunos minutos.

Después de haberse esforzado por hacerle recobrar la vida física, el señor de Charny se esforzaba por llamarla a la vida moral; pero no tenía entre sus brazos más que una locura terrible y concentrada.

Por fin, Andrea fijó en él sus ojos abiertos, pero extraviados, y, con un resto de delirio, sin conocer al hombre que la sostenía, lanzó un grito y le rechazó duramente.

La reina había apartado la vista mientras tanto. Ella, mujer cuya misión hubiera debido ser la de consolar, de reanimar a aquella mujer, la abandonaba.

Charny levantó a Andrea entre sus brazos vigorosos, a pesar de la resistencia que oponía, y, volviéndose a la reina, siempre rígida y fría dijo:

—Algo extraordinario ha ocurrido. La condesa de Charny no suele desmayarse, y hoy es la primera vez que la veo privada de conocimiento.

—Debe padecer mucho —contestó la reina, volviendo a la idea de que Andrea había escuchado toda la conversación.

—Sí, sin duda padece, y por esto pido a Vuestra Majestad permiso para hacerla trasladar a sus habitaciones. Necesita los cuidados de sus camareras.

—Lo tenéis —dijo la reina alargando la mano hacia una campanilla.

Pero al oír el sonido de ésta, Andrea se irguió y en su delirio gritó:

—¡Oh Gilberto! ¡Ese Gilberto!

Este nombre hizo que la reina se estremeciera, y el conde, asombrado, dejó a su esposa en un sofá.

En este momento, el servidor llamado por la campanilla entró.

—No es nada —dijo la reina haciéndole seña de que se retirase.

Al quedarse otra vez solos, la reina y el conde miraron a Andrea, la cual había vuelto a cerrar los ojos y parecía tener otra crisis.

Charny la sujetaba, arrodillado junto al sofá.

—Gilberto —repitió la reina—; ¿quién se llama así?

—Habrá que averiguarlo.

—Me parece que le conozco —dijo María Antonieta; creo que no es ésta la primera vez que oigo pronunciar ese nombre a la condesa.

Pero Andrea, como si se hubiera visto amenazada por este recuerdo de la reina y esta amenaza la hubiera sorprendido en medio de sus convulsiones, abrió los ojos, levantó los brazos, y haciendo un esfuerzo se puso en pie.

Su primera mirada, inteligente ya, fue para el señor de Charny, a quien conoció y contempló con cariño.

Luego, como si esta manifestación involuntaria hubiera sido indigna de su alma de espartana, Andrea apartó los ojos y vio a la reina, inclinándose al punto.
—¿Qué tenéis, señora? —preguntó el señor de Charny—. Me habéis asustado. Vos, tan fuerte, tan animosa, haberos desmayado...
—Es que pasan cosas tan terribles en París —contestó Andrea—, que cuando los hombres tiemblan, bien pueden desmayarse las mujeres. ¡Habéis salido de París! ¡Oh! Bien hecho.
—¿Acaso será por mí —preguntó Charny con tono de duda—, por quien habéis pasado tan mal rato?
Andrea miró otra vez a su marido y a la reina, pero no contestó.
—¿Podéis dudarlo, conde? —dijo María Antonieta—. La condesa no es reina, y por consiguiente está en el derecho de tener miedo por su marido.
Charny conoció los celos ocultos bajo esta frase.
—Pues yo estoy seguro de que la condesa tiene más miedo por su soberana que por mí.
—Vamos al caso —dijo María Antonieta—; ¿por qué y cómo os hemos encontrado desmayada en ese gabinete, condesa?
—No podría decíroslo, señora. Yo misma lo ignoro; pero en esta vida de fatiga, de terror y de emociones que llevamos hace tres días, creo que el desmayo de una mujer es cosa muy natural.
—No cabe duda —respondió María Antonieta, conociendo que Andrea no quería ser interrogada.
—Pero observo que V. M. tiene también los ojos llororos —repuso Andrea con la extraña calma que le era característica tan luego como volvía a ser dueña de su voluntad, y que era tanto más molesta en las circunstancias difíciles cuanto que se conocía fácilmente que era afectación y ocultaba sentimientos puramente humanos.
También entonces creyó el conde notar en las palabras de su mujer, el acento irónico que había observado un momento antes en las de la reina.
—Andrea —dijo a su esposa con cierta severidad, a la cual su voz no estaba acostumbrada—, no es extraño que acudan lágrimas a los ojos de la reina, por cuanto ama a su pueblo y ha visto correr la sangre de éste.
—Afortunadamente, Dios no ha permitido que corriera la vuestra, conde —contestó Andrea tan fría, tan imperturbable como siempre.
—Sí; pero ahora no se trata de Su Majestad, sino de vos. Conque volvamos a ocuparnos en vos:  la reina lo permite.
María Antonieta hizo con la cabeza un ademán afirmativo.
—Habéis tenido miedo, ¿verdad?
—¿Yo?
—Habéis sufrido, no lo neguéis: os ha sucedido algún percance. ¿Cuál? No lo sé, pero vais a decírnoslo.
—Os equivocáis, caballero.
—¿Tenéis quejas de alguien, de algún hombre?
Andrea palideció.
—No tengo queja de nadie: vengo de la cámara del rey.
—¿Directamente?

—Directamente. Su Majestad puede informarse.
—Siendo así —dijo María Antonieta—, la condesa debe tener razón. El rey la quiere mucho y sabe que yo también le profeso demasiado cariño para haberla disgustado en algo.
—Pero es que habéis pronunciado un nombre —dijo Charny insistiendo.
—¿Un nombre?
—Sí, al recobrar los sentidos.
Andrea miró a la reina como para recurrir a ella; pero, ya fuese que la reina no la comprendiera o no quisiese comprenderla, dijo:
—Sí: habéis pronunciado el nombre de Gilberto.
—¿Qué he pronunciado el nombre de Gilberto? —exclamó Andrea con acento tan lleno de espanto que el conde se quedó más sorprendido de esta exclamación de lo que le sorprendió el desmayo.
—Sí —dijo Charny—, lo habéis pronunciado.
—Pues es muy raro.
Y poco a poco, del propio modo que el cielo se cierra después del relámpago, la fisonomía de la joven, tan violentamente alterada al oír aquel nombre fatal, recobró su serenidad, y apenas si algunos músculos de su rostro continuaron contrayéndose imperceptiblemente, como se disipan en el horizonte los últimos fulgores de una tormenta.
—Gilberto —repitió Andrea—; pues no sé quien es.
—Sí, Gilberto —replicó la reina—. Vamos, querida Andrea: haced memoria.
—Señora, ¿y si ese nombre es completamente desconocido de la condesa y sólo por casualidad lo ha pronunciado? —preguntó Charny a María Antonieta.
—No —dijo Andrea—, no me es desconocido: es el de un sabio, de un médico muy hábil que ha llegado de América, según creo, y que estaba allí en íntimas relaciones con Lafayette.
—¿Y bien? —preguntó el conde.
—Pues bien —contestó Andrea, con perfecta naturalidad—; no lo conozco personalmente, pero me han dicho que es un hombre muy distinguido.
—Entonces, ¿a qué viene esa emoción, querida condesa? —preguntó la reina.
—¿He tenido alguna emoción?
—Sí: al pronunciar el nombre de Gilberto no parecía sino que os torturaban.
—Será posible. Vais a saber lo que ha sucedido: en el gabinete del rey he visto un hombre vestido de negro; hombre de rostro severo que hablaba de cosas sombrías y terroríficas; contaba con horrorosa realidad los asesinatos de los señores de Launay y de Flesselles. Yo me he asustado tanto que he perdido el conocimiento, como habéis visto. Quizás he hablado entonces, y tal vez haya pronunciado el nombre de ese M. Gilberto.
—Es muy posible —dijo Charny—, evidentemente dispuesto a no llevar el interrogatorio más adelante; pero ahora ya os habéis tranquilizado, ¿verdad?
—Completamente.
—Entonces voy a rogaros una cosa, conde —respondió la reina.
—Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad.

—Id en busca de los señores de Bezenval, de Broglie y de Lambescq, y decidles que manden acantonar sus tropas en las posiciones en que se encuentran. El rey verá mañana en consejo lo que conviene hacer.
El conde se inclinó, mas antes de partir dirigió a Andrea una postrer mirada.
Esta mirada estaba llena de afectuosa inquietud, y no se le escapó a la reina.
—Condesa —dijo ésta—, ¿venís conmigo a la cámara del rey?
—No, señora, no —contestó Andrea vivamente.
—¿Por qué?
—Ruego a Vuestra Majestad que me permita retirarme a mis habitaciones. Las emociones que he experimentado me hacen sentir la necesidad de reposo.
—Vamos, sed franca, condesa: ¿habéis visto algo en la cámara de Su Majestad?
—¡Oh! Nada, absolutamente nada.
—Decidlo si es así. El rey no siempre guarda consideraciones a mis amigos.
—El rey se ha mostrado muy bondadoso conmigo, como de costumbre, pero...
—Pero preferís no verle: ¿no es eso? Decididamente, aquí hay algo, conde —dijo la reina en tono de broma.
Andrea dirigió a la reina una mirada tan expresiva, tan suplicante, tan llena de revelaciones, que ésta comprendió que ya era tiempo de poner fin a la cuestión.
—Pues bien, Andrea —dijo—; dejemos que Charny desempeñe la comisión de que le he encargado, y retiraos a vuestro cuarto o quedaos aquí, como queráis.
—Gracias, señora —contestó Andrea.
—Id pues, señor de Charny —prosiguió María Antonieta, no sin advertir la expresión de gratitud que se retrataba en el semblante de Andrea.
El conde no notó o no quiso notar aquella expresión; tomó la mano de su mujer y le dio el parabién por haber recobrado sus fuerzas y sus colores.
Luego, haciendo una respetuosa reverencia a la reina, salió.
Pero antes de salir cruzó con ella una postrer mirada.
La de la reina decía:
—Volved pronto.
La del conde contestaba:
—Tan pronto como pueda.
Andrea observaba con el corazón oprimido, anhelante, todos los movimientos de su esposo. Parecía acelerar con sus votos la marcha lenta y noble con que se dirigía a la puerta, y le impelía hacia fuera con todo el poder de su voluntad.
Así fue que, tan luego como hubo cerrado aquella puerta, no bien desapareció, todas las fuerzas que Andrea había reunido para hacer frente a la situación se disiparon; su rostro palideció, le flaquearon las piernas y cayó en un sillón que había cerca de ella, procurando disculparse ante la reina por aquella falta de etiqueta.
La reina se acercó a la chimenea, cogió un pomo de sales y las hizo respirar a Andrea, que se repuso más bien por un esfuerzo de su voluntad que por la eficacia de los cuidados que recibía de una mano regia.
Entre ambas mujeres mediaba algo extraño. La reina quería, al parecer, a Andrea; Andrea respetaba profundamente a la reina, y sin embargo había momentos en que parecían, no una reina afectuosa, ni una servidora desinteresada, sino dos enemigas.

Como decimos, la enérgica voluntad de Andrea le devolvió muy en breve las fuerzas. Se levantó, apartó respetuosamente la mano de María Antonieta, e inclinando la cabeza dijo:
—Vuestra Majestad me ha permitido que me retirase a mi cuarto...
—Sí, querida condesa, y podéis hacerlo cuando os plazca, ya lo sabéis: con vos no reza la etiqueta. Pero antes de retiraros ¿no tenéis nada que decirme?
—¿Yo, señora?
—Sí, vos.
—No. ¿Sobre qué?
—Sobre ese Gilberto, cuya vista os ha impresionado tanto.
Andrea se estremeció, pero se limitó a mover la cabeza con ademán negativo.
—En ese caso —repuso la reina—, no os detengo: podéis retiraros.
Y la reina dio un paso hacia el retrete contiguo a su
cámara.
Por su parte, Andrea, después de hacer a la reina una reverencia irreprochable, se encaminó a la puerta de salida.
Pero en el momento en que iba a abrirla resonaron pasos en el corredor y se puso una mano en el botón exterior de la puerta.
—¡Señora, el rey! —dijo Andrea retrocediendo—. ¡El rey!
—Corriente, el rey —dijo María Antonieta—. ¿Tanto miedo os causa?
—¡Por Dios, señora! Que no vea yo al rey, que no me encuentre delante de él esta noche al menos, me moriría de vergüenza!
—Pero, al fin, me diréis...
—Todo, todo, si Vuestra Majestad lo exige. Pero ocultadme.
—Entrad en mi retrete, y saldréis cuando el rey se haya marchado. No tengáis cuidado: vuestro encierro no será largo; el rey nunca está mucho tiempo aquí.
—¡Oh gracias, gracias! —exclamó la condesa.
Y, precipitándose en el retrete, desapareció en el momento en que el rey aparecía en el umbral de la puerta.

## XXX

## UN REY Y UNA REINA

La reina, después de echar una ojeada en torno suyo, recibió el saludo de su esposo y se lo devolvió amistosamente. Luego le alargó la mano.

—¿A qué feliz casualidad debo el placer de que me visitéis? —preguntó María Antonieta.

—A una verdadera casualidad, decís bien, señora. He encontrado a Charny, el cual me ha dicho que iba a decir de vuestra parte a nuestros belicosos mariscales que no se movieran. Me ha complacido tanto que hayáis tomado tan acertada resolución que no he querido pasar por delante de vuestra cámara sin entrar a daros las gracias.

—En efecto —contestó la reina—, he reflexionado y he deducido que valía más que dejaseis las tropas tranquilas que no que dieseis pretexto para una guerra intestina.

—Enhorabuena —dijo el rey—; me alegro mucho que seáis de ese parecer. Ya sabía yo que os haría venir a parar a él.

—Sepa Vuestra Majestad que no ha costado gran trabajo conseguir este resultado, puesto que me he decidido a ello bien ajena a vuestra influencia.

—Eso prueba que sois casi razonable, y cuando os haya hecho algunas reflexiones lo seréis del todo.

—Pero, si somos del mismo parecer, esas reflexiones las considero enteramente inútiles.

—No os alarméis, señora; no intento entablar ninguna discusión: sabéis que las discusiones me gustan tan poco como a vos. Vamos a ver: ¿no os agrada hablar de cuando en cuando conmigo sobre los asuntos de Francia, del propio modo que un buen matrimonio se ocupa en los asuntos de su casa?

Luis XVI pronunció estas palabras con ese acento bonachón que empleaba en la intimidad.

—Siempre me agrada, señor; pero ¿habéis escogido bien el momento?

—Creo que sí. Hace poco me habéis dicho que deseáis que no se rompan las hostilidades: ¿no es eso?

—Así es.

—Pero no me habéis dicho las razones que tenéis para ello.

—Porque no me las habéis preguntado.

—Pues ahora os las pregunto.

—¡La impotencia!

—Según eso, ¿si creyerais ser la más fuerte, haríais la guerra?

—Sí creyera ser la más fuerte, pegarle fuego a París.

—¡Cuán seguro estaba de que no queríais la guerra por los mismos motivos que yo!

—Entonces, veamos cuáles son los vuestros.

—¿Los míos? —preguntó el rey.

—Sí, los vuestros —contestó María Antonieta.

—No tengo más que uno.
—¿Cuál?
—Pronto os lo diré. No quiero guerra con el pueblo porque creo que el pueblo tiene razón.
María Antonieta hizo un movimiento de sorpresa.
—¿Que el pueblo tiene razón para sublevarse? —exclamó.
—Yo lo creo.
—¿Razón para asaltar la Bastilla, para matar al gobernador, para asesinar al preboste de los mercaderes, para exterminar a vuestros soldados?
—Sí, y mil veces sí.
—Y ¿esas son las reflexiones de que me queríais hablar?
—Os diré cómo se me han ocurrido.
—¿Mientras comíais?
—¡Ea! Ya volvemos a pasar a la cuestión del alimento. No podéis perdonarme el que me guste comer: me quisierais poético y vaporoso. ¿Qué le hemos de hacer? Toda mi familia come. Enrique IV no tan sólo comía, sino que bebía bien; Luis XV, para estar seguro de comer buenos los buñuelos, se los hacía él mismo, y para tomar buen café recomendaba a la condesa du Barry que se lo hiciese. Yo, cuando tengo apetito, no puedo resistir, y entonces necesito imitar a mis abuelos Luis XV, Luis XIV y Enrique IV. Si esto es una necesidad en mí, sed indulgente; si es un defecto, perdonádmelo.
—Pero, en fin, confesaréis...
—¿Que no debo comer cuando tengo hambre? No, contestó el rey meneando tranquilamente la cabeza.
—No os hablo de eso, sino del pueblo.
—¡Ah!
—Confesareis que el pueblo no tiene razón.
—¿De sublevarse? Tampoco lo confieso. Vamos a ver: pasemos revista a todos nuestros ministros. Desde que reinamos, ¿cuántos se han ocupado realmente en el bienestar del pueblo? Dos: Turgot y Necker. Vos y vuestra camarilla me habéis obligado a desterrarlos. En favor del uno ha habido un motín; en favor del otro tal vez haya una revolución. Hablemos ahora de los otros. ¡Ah! Hombres excelentes, ¿verdad? Maurepas, hechura de mis tías, no sabía más que hacer canciones. No son los ministros los que deben hacer cantar, sino el pueblo. ¿El señor de Calonne? Os ha dicho una frase oportuna, frase que no se olvidará. Cierto día que le preguntasteis no sé qué, os contestó: «Si es posible, dadlo por hecho; si es imposible, se hará». Esta frase ha costado tal vez cien millones al pueblo, por lo cual no os extrañe que me parezca menos ingeniosa que a vos. Comprended, pues, lo que os digo: si conservo a mi lado a los que esquilman al pueblo y despido a los que le aman, me parece que no es el mejor modo de sosegarle y de hacerle adicto a nuestro gobierno.
—Entonces, ¿la insurrección es un derecho? Proclamad ese principio. No me disgusta que me digáis tales cosas a solas. ¡Si os oyeran!...
—¡Oh sí, sí! —repuso el rey—. No me decís nada de nuevo. Sé que si vuestros Polignac, vuestros Dreux-Brézé, vuestros Clermont-Tonnerre y vuestros Coigny me oyesen, se encogerían de hombros a mis espaldas; pero a su vez me dan

lástima esos Polignac que os adulan y a los que habéis regalado el castillo de Fénestrange, que os ha costado un millón doscientas mil libras; ese Sartines, a quien he señalado ya una pensión de ochenta y nueve mil y a quien acabáis de dar otras doscientas mil en calidad de socorro; el príncipe de Deux-Ponts, a quien me obligáis a conceder novecientas cuarenta y cinco mil libras para que pague sus deudas; María de Laval y Mme. de Magnenville, cada una de las cuales cobra ochenta mil libras de pensión; Coigny, colmado de toda clase de favores, y al que en cierta ocasión quise rebajar sus emolumentos, cogiéndome solo en una habitación, creo que me habría pegado si no hubiese accedido a sus deseos. Toda esa gente es amiga vuestra: ¿no es cierto? Pues bien, hablad de ella. Por mi parte os digo una cosa que tal vez no creeréis, por cuanto es una verdad: que si vuestros amigos, en lugar de estar en la corte, hubieran estado en la Bastilla, el pueblo la habría fortificado en lugar de derribarla.
—¡Oh! —dijo la reina haciendo un movimiento de cólera.
—Decid lo que queráis; pero es la pura verdad —repuso tranquilamente Luis XVI.
—Vuestro muy amado pueblo no tendrá ya mucho tiempo de aborrecer a mis amigos, porque se destierran.
—¿Se marchan? —preguntó el rey.
—Sí, se marchan.
—¿Polignac? ¿Las mujeres?
—Sí.
—¡Tanto mejor! ¡Alabado sea Dios!
—¡Cómo, tanto mejor! ¿No sentís que se marchen?
—Ni por pienso, y, si necesitan dinero para el viaje, se lo daré. De seguro que ese dinero no estará mal empleado. ¡Buen viaje, señores y señoras! —dijo el rey sonriendo.
—Sí, sí —dijo la reina—; comprendo que aprobéis esas bajezas.
—Vamos; veo que, por fin, les hacéis justicia.
—Es que no se van, sino que desertan.
—Poco me importa, con tal que se vayan.
—¡Y cuando se piensa que es vuestra familia la que aconseja tales infamias!
—¿Mi familia aconseja a todos vuestros favoritos que se alejen? Decidme quiénes son los individuos de mi familia que me hacen ese favor, para darles las gracias.
—Vuestra tía Adelaida, vuestro hermano d'Artois.
—¡Mi hermano d'Artois! ¿Acaso creéis que seguiría por su cuenta el consejo que da? ¿Creéis que también se marcharía?
—¿Por qué no? —preguntó María Antonieta procurando picar al rey.
—Pues que Dios os oiga; y que d'Artois se marche: le diré lo que he dicho a los demás: «¡Buen viaje; hermano, buen viaje!»
—¡A un hermano vuestro!
—¡Vaya si es de sentir! Sé que es un muchacho que no carece de ingenio y de valor, pero de muy poco seso; que juega al príncipe francés como un hombre refinado del tiempo de Luis XIII; es un tarambana, un imprudente que os compromete, a vos, la mujer de César.

—¡César! —murmuró la reina con sangrienta ironía.
—O Claudio, si lo preferís, porque, según sabéis, Claudio era un cesar como Nerón.
La reina bajó la cabeza. Aquella sangre fría histórica la confundía.
—Ya sabéis —prosiguió el rey—, que Claudio, puesto que preferís el nombre de Claudio al de César, tuvo que mandar cerrar una noche la verja de Versalles, para daros una lección cuando os retirarais demasiado tarde. La culpa de esta lección la tenía el señor conde de Artois. Por consiguiente, no echaré de menos a ese señor. Por lo que toca a mi tía, ya sé lo que se sabe de ella. Esa es otra que merece ser de la familia de los Césares. Por tanto, que se vaya: tampoco lo sentiré. Y ¿creéis que no me pasa lo mismo con el conde de Provenza? Si se quiere marchar que se marche. ¡Buen viaje!
—Ese no habla de marcharse.
—Tanto peor. El conde de Provenza sabe demasiado latín para mí: yo le pago hablándole en inglés. Él es quien nos ha hecho cargar con la cuestión de Beaumarchals, haciéndole encerrar en Bicétre, en For-Léveque, y no sé dónde más, por su propia autoridad, y el señor de Beaumarchals también nos ha devuelto la pelota. Conque el señor de Provenza se queda? Tanto peor, tanto peor. ¿Sabéis una cosa? Que el único hombre honrado a quien conozco cerca de vos es el conde de Charny.
La reina se sonrojó y volvió la cabeza.
—Pero ahora recuerdo —continuó el rey después de una breve pausa, que estábamos hablando de la Bastilla. Conque ¿lamentáis que el pueblo la haya tomado?
—Sentaos al menos, señor —dijo la reina—; porque me parece que aun tenéis muchas cosas que decirme.
—No, gracias: prefiero hablar paseándome. Mientras me paseo, procuro por mi salud, de la que nadie se preocupa; porque, si como bien, digiero mal. ¿Sabéis lo que se dice en estos momentos? Pues dicen: «El rey ha cenado; el rey está durmiendo». Y ya veis cómo duermo. Aquí me tenéis, de pie, procurando hacer la digestión mientras hablo de política con mi mujer. ¡Ah, señora! Estoy expiando...
—Y ¿qué expiáis?
—Los pecados de un siglo, de los que yo pago las consecuencias; expío a la Pompadour, la du Barry, el Parque de los Ciervos; expío al pobre Latude, que pasó treinta años pudriéndose en los calabozos e inmortalizándose por sus sufrimientos. ¡Pobre mozo! ¡Ah! ¡Cuántas necedades he hecho dejando pasar sin correctivo las ajenas! He ayudado a perseguir a los filósofos, a los economistas, a los eruditos, a los literatos, y todos ellos no deseaban otra cosa sino amarme. Si me hubiesen amado habrían sido la gloria y la ventura de mi reinado. Por ejemplo: a Rousseau, ese coco de los Sartines y compadres, le vi un día, aquel en que le mandasteis llamar a Trianón: llevaba la ropa sin cepillar, es verdad; la barba larga; también es verdad; pero, por lo demás, era un buen hombre. Si me hubiese puesto mi traje ordinario de color gris y mis medias casi caídas, y hubiera dicho a Rousseau: «¡Ea! Vamos a buscar musgos por los bosques de Ville d'Avray...»

—Bien; ¿y qué? —preguntó la reina con menosprecio.
—Que Rousseau no habría escrito el *Vicario Saboyano* ni el *Contrato social.*
—Sí, sí; lo sé —contestó María Antonieta—. He ahí cómo razonáis; sois hombre prudente; teméis a vuestro pueblo como el perro teme a su amo.
—No, sino como el amo teme a sus perros. Significa algo el saber que uno no será mordido por su propio perro. Cuando me paseo con *Medoro,* el moloso de los Pirineos que me regaló el rey de España, me enorgullece su amistad. Reíos si queréis; pero no por eso es menos cierto que, si *Medoro* no fuera amigo mío, me devoraría con sus grandes dientes blancos. Pues bien: le digo: *«Medoro,* buen *Medoro,* ven aquí» y me lame. Prefiero la lengua a los colmillos.
—Corriente. Halagad a los revolucionarios, acariciadlos, echadles pasteles.
—Así lo haré. No tengo otro propósito: podéis creerme. Sí: es cosa resuelta. Voy a reunir un poco de dinero y trataré a todos esos señores como Cerberos. Y ved: el señor de Mirabeau...
—Sí, habladme de esa bestia feroz.
—Con cincuenta mil libras mensuales será un *Medoro;* mientras que si dejamos pasar tiempo pedirá lo menos medio millón al mes.
La reina se echó a reír de lástima.
—¡Adular a semejante gente! —dijo.
—El señor de Bailly será otro *Medoro* si le hago ministro de Artes, ministerio que me entretendré en crear. Siento no ser de vuestro parecer, señora; pero pienso como mi abuelo Enrique IV. Era un político tan bueno como otro cualquiera y recuerdo lo que decía.
—¿Qué decía?
—Que no se cogen moscas con vinagre.
—Sancho Panza también decía eso o algo parecido.
—Y Sancho Panza hubiera hecho al pueblo de Barataria muy feliz, si la isla de Barataria hubiese existido.
—Señor, vuestro abuelo Enrique IV, a quien invocáis, cogía lobos lo mismo que moscas; testigo el mariscal de Birón, a quien mandó cortar la cabeza. Por consiguiente, podía decir lo que quisiera. Raciocinando como él y obrando como vos, quitáis todo prestigio a la dignidad real, que sólo vive de prestigio; y si degradáis el principio ¿qué será de la majestad? Sé muy bien que la majestad es una palabra; pero en esta palabra están incluidas todas las virtudes reales: quien respeta, ama; quien ama, obedece.
—¡Ah! Hablemos de la majestad; sí, hablemos —dijo el rey sonriendo—. Vos, por ejemplo, sois tan majestuosa como el que más, y no conozco a nadie en Europa, ni a vuestra madre María Teresa, que haya llevado tan lejos como vos la ciencia de la majestad.
—Comprendo: queréis decir que la majestad no impide que sea aborrecida del pueblo.
—No digo aborrecida precisamente, querida Antonieta —dijo el rey con dulzura—; pero lo cierto es que no sois tan amada como merecéis serlo.
—Señor —replicó la reina profundamente ofendida—, os hacéis eco de todo lo que se dice. No he hecho mal a nadie, y, en cambio, he hecho mucho bien. ¿Por qué me han de aborrecer como decís? ¿Por qué no me han de amar, aunque sólo

sea porque hay gente ocupada todo el día en decir: *«La reina no es amada»?* Bien sabéis, señor, que basta que haya una voz que diga esto para que ciento lo repitan, y cien voces hacen hablar a diez mil. Entonces, haciendo coro a esas diez mil voces, todo el mundo repite: *«La reina no es amada»*. Y no se ama a la reina tan sólo porque una persona ha dicho que nadie la quiere. —¡Dios mío! —exclamó el rey.
—¡Dios mío! —repitió la reina—. Me importa poco la popularidad; pero creo que se exagera mi impopularidad. Es cierto que las alabanzas no llueven sobre mí; pero también lo es que se me ha adorado y que, por haberme adorado mucho, me aborrecen también mucho.
—Señora —dijo el rey—, no sabéis toda la verdad y aun os hacéis ilusiones. Hablábamos de la Bastilla: ¿no es así?
—Sí.
—Pues bien: en la Bastilla había un gran cuarto lleno de toda clase de libros escritos contra vos. Supongo que los habrán quemado todos.
—Y ¿qué me atribuían en esos libros?
—Comprenderéis, señora, que si no me hago vuestro juez, tampoco deseo ser vuestro acusador. Cuando todos esos libelos salen a luz, hago secuestrar la edición y sepultarla en la Bastilla; pero a veces esos libelos llegan a mis mismas manos, y precisamente en este momento —añadió el rey golpeándose el bolsillo de la casaca—, tengo aquí uno y de los más abominables.
—Enseñádmelo —dijo la reina.
—No puedo: tiene grabados.
—Y ¿no habéis tomado ninguna medida? ¿Tan ciego estáis, sois tan débil, que no procuráis averiguar el origen de tales infamias?
—Precisamente eso es lo que se está haciendo: averiguar el origen. Todos mis tenientes de policía han trabajado asiduamente para lograrlo.
—Entonces debéis saber quién es el autor de esas indignidades.
—Al menos conozco uno, al autor de éste, M. Furth, por cuanto aquí tenéis un recibo de 22.500 libras firmado por él. Ya veis que cuando la cosa lo merece no reparo en el precio.
—Pero ¿y los otros?
—Con frecuencia son pobres diablos hambrientos que vegetan en Inglaterra o en Holanda. Se siente uno picado, mordido, y se irrita; busca, cree que va a encontrar un cocodrilo o una serpiente y a matarla, aplastarla; pero no es así: se tropieza con un insecto, tan pequeño, tan mezquino, tan asqueroso, que ni siquiera se atreve a tocarle para castigarle.
—Perfectamente. Pero si no os atrevéis a tocar los insectos, al menos acusad frente a frente al que los engendra. A la verdad, no parece sino que Felipe de Orleans es el sol.
—¡Ah! —exclamó el rey dando una palmada—. ¡Ya estamos! ¿Queréis enemistarme con Felipe de Orleans?
—¿Enemistaros con vuestro enemigo? La salida tiene gracia.
El rey se encogió de hombros.
—He ahí el sistema de las interpretaciones —dijo—. ¿Atacáis a M. de Orleans, que viene a ponerse a mis órdenes para combatir a los rebeldes? ¿Que sale de

París y viene a Versalles? ¡Felipe de Orleans enemigo mío! A la verdad, señora, tenéis un odio inconcebible a los Orleans.
—Pues ¿sabéis por qué ha venido? Porque teme que se note su ausencia formando contraste con la solicitud general; ha venido porque es un cobarde.
—Vuelta a empezar —dijo el rey—. El que ha inventado eso es el cobarde. Vos, que habéis hecho publicar en vuestros diarios que había tenido miedo en Ouessant, habéis querido deshonrarle, y, sin embargo, eso era calumnia, señora. Felipe no ha tenido miedo; Felipe no ha huido. Si hubiera huido no sería de la familia. Los Orleans son valientes: eso es cosa sabida. El jefe de la familia, que parecía descender de Enrique III más bien que de Enrique IV, era intrépido, a pesar de su Effiat y de su caballero de Lorena, y arrostró la muerte en la batalla de Cassel. El regente tenía algunas cosillas que echarse en cara por lo que respecta a las costumbres; pero se había batido en Steinkerque, en Nerwinde y en Almansa como el último soldado de su ejército. No hablemos sino de la mitad del bien que existe, si lo queréis; pero, al menos, no hablemos tampoco del mal que no existe.
—Veo que Vuestra Majestad está dispuesto a disculpar a todos los revolucionarios. Ya veréis, ya veréis todo lo que valdrá ése. Si echo de menos la Bastilla es por él. Sí: me arrepiento de que hayan encerrado en ella criminales cuando ése no estaba.
—¡En buena situación nos encontraríamos hoy si hubiera estado en la Bastilla el de Orleans! —dijo el rey.
—¿Qué habría sucedido?
—No dejaréis de saber, señora, que han paseado su busto coronado de flores junto al del señor de Necker.
—Sí, lo sé.
—Pues bien: una vez fuera de la Bastilla, Felipe de Orleans habría sido rey de Francia.
—Y quizás os habría parecido justo —contestó María Antonieta con amarga ironía.
—Cierto que sí. Encogeos de hombros cuanto queráis. Para juzgar bien a los demás, me coloco desde su punto de vista: no se ve bien al pueblo desde lo alto del trono. Yo desciendo hasta él, y pienso si, burgués u otra cosa, hubiera tolerado que un señor me contara entre sus pollos y sus vacas como cualquier producto; si, labrador, habría soportado que las diez mil palomas de un señor se comiesen cada día diez granos de trigo, de avena o de maíz, lo mejor de mis ganancias; mientras que sus liebres y sus conejos devoraban mis alfalfas, mientras que sus jabalíes hacían desaparecer mis patatas, mientras que sus cobradores diezmaban mi hacienda, mientras que él mismo acariciaba a mi mujer y mis hijas, mientras que el rey me arrancaba mis hijos para la guerra, mientras que el clero condenaba mi alma en sus momentos de cólera.
—Vaya, vaya, señor —dijo la reina con furibunda mirada—; coged una piqueta e id a derribar la Bastilla.
—Creéis reíros —repuso el rey—; pero os doy mi palabra de que iría si no fuera ridículo que un rey cogiera una piqueta cuando de una plumada puede hacerse el mismo trabajo. Sí, cogería la piqueta y me aplaudirían, como aplaudo a los que

pueden realizar esa tarea. Los que me derriban la Bastilla me prestan un señalado favor; y a vos mucho más grande; sí, a vos, porque ya no podréis sepultar en un calabozo a las personas honradas, accediendo a los caprichos de vuestros amigos.
—¿Que yo he hecho encerrar personas honradas en la Bastilla? ¿Tal vez el señor de Rohan sea una persona honrada?
—No me habléis de ése, puesto que yo no hablo de él. No nos ha salido bien el encerrarle, puesto que el Parlamento le ha hecho salir. Además, no era ese el puesto de un príncipe de la Iglesia, por cuanto hoy llevan a los falsarios a la Bastilla; y, a decir verdad, os pregunto: ¿qué tienen que hacer allí los falsarios y los ladrones? ¿Acaso no tengo en París cárceles que me cuestan muy caras, para guardar en ellas, a esos desgraciados? Pase por los falsarios y los ladrones; pero lo peor es que se encierra también a la buena gente.
—¡Buena gente!
—Sí, y hoy he visto un hombre honrado que estuvo encerrado en la Bastilla y que ha salido hace poco tiempo.
—¿Cuándo?
—Esta tarde.
—¿Habéis visto esta noche un hombre que ha salido esta tarde de la Bastilla?
—Acabo de separarme de él.
—¿Quién es?
—Uno a quien conocéis.
—¿Que le conozco yo?
—Sí.
—¿Cómo se llama?
—El doctor Gilberto.
—¡Gilberto! ¡Gilberto! —repitió la reina—. ¿Será el que ha nombrado Andrea al volver en sí?
—Ese debe ser; por lo menos, lo juraría.
—¿Y ese hombre ha estado en la Bastilla?
—No parece sino que lo ignoráis, señora.
—Lo ignoro de todo punto.
Y la reina, notando en el semblante del rey una expresión de asombro, añadió:
—A no ser que un motivo que he olvidado...
—¡Ah! —exclamó el rey—. Para esas injusticias siempre hay un motivo que se olvida. Pero si habéis olvidado ese motivo así como al doctor, Andrea de Charny no ha olvidado ni el uno ni el otro: os lo aseguro.
—¡Señor, señor! —exclamó María Antonieta.
—Deben haber pasado entre ellos cosas...
—¡Por favor, señor! —dijo María Antonieta mirando hacia el retrete, desde el cual Andrea, oculta, podía oír lo que se decía.
—¡Ah, sí! —dijo el rey riendo—. Teméis que entre Charny y yo se averigüe. ¡Pobre Charny!
—¡Por Dios, señor! La condesa de Charny es una mujer muy virtuosa, y os confieso que prefiero creer que ese Gilberto...
—¿Os atrevéis a acusar a ese honrado joven? Yo sé lo que sé, y lo peor es que, sabiendo muchas cosas, todavía no lo sé todo.

—A la verdad, me pasma tanta seguridad —dijo la reina sin dejar de mirar hacia el retrete.
—Pero estoy tranquilo y no perderé nada por esperar, —prosiguió Luis XVI. El principio me promete un fin agradable, y este fin lo sabré por el mismo Gilberto, que es ahora mi médico.
—¿Que ese hombre es vuestro médico? ¿Confiáis a cualquier advenedizo la vida del rey?
—¡Oh! —replicó fríamente él monarca—. Tengo confianza en mi golpe de vista, y os aseguro que he leído en el alma de ése.
La reina hizo un movimiento de cólera y de desdén.
—Encogeos de hombros cuánto os plazca: eso no importa para que Gilberto no sea un sabio.
—¡Manía!
—Quisiera veros en mi lugar. Quisiera saber si Mesmer no os ha producido alguna impresión a vos y a la princesa de Lamballe.
—¿Mesmer? —preguntó la reina sonrojándose.
—Sí, cuando hace cuatro años asistíais disfrazada a una de sus sesiones. ¡Oh! Mi policía es excelente, y lo sé todo.
Y el rey, al pronunciar estas palabras, sonrió afectuosamente a María Antonieta.
—Si lo sabéis todo —contestó ésta—, lo habéis disimulado bien, porque nunca me habéis hablado de ello.
—¿Para qué? La voz de los noticieros y la pluma de los periodistas os habían echado en cara lo bastante esta ligera imprudencia. Pero volvamos a Gilberto y a Mesmer. Este último os colocaba alrededor de una cubeta, os tocaba con una varilla de acero, y se rodeaba de mil fantasmagorías a fuer de lo que era, de un charlatán. Pero Gilberto no procede así: extiende la mano sobre una mujer, la duerme al punto y dormida habla.
—¡Que habla! —exclamó la reina—, asustada.
—Sí —respondió el rey, complaciéndose en prolongar el ligero malestar de la reina—; sí, dormida por Gilberto, habla, y, creedme, las cosas que dice son muy extrañas.
La reina perdió el color.
—¡La condesa de Charny ha dicho cosas muy extrañas —murmuró.
—En alto grado. Y aún ha tenido la suerte...
—¡Chist! ¡Chist! —interrumpió María Antonieta.
—¿Por qué me hacéis callar? Digo que ha tenido la suerte de que nadie la oyera más que yo.
—¡Por Dios, señor! No digáis más.
—Corriente, porque la verdad es que estoy muerto de cansancio, y del mismo modo que como cuando tengo hambre, me acuesto cuando tengo sueño. Buenas noches, señora; desearé que os quede una impresión saludable de nuestra conversación.
—¿Cuál?
—Que el pueblo ha tenido razón en deshacer lo que nosotros y nuestros amigos hemos hecho, testigo mi pobre médico Gilberto. Adiós, señora: tened la

seguridad de que, después de haber indicado el mal, tendré valor para impedirlo. Dormid bien, Antonieta.

Y el rey se encaminó a la puerta de su cámara.

—A propósito —dijo volviendo—; avisad a la condesa de Charny que debe hacer las paces con el doctor, si es que aún está a tiempo. Adiós.

Y se alejó lentamente, cerrando él mismo la puerta con la satisfacción del mecánico que pone a prueba sus buenas cerraduras.

Aun no había dado diez pasos por el corredor, cuando la condesa salió del retrete, corrió a las puertas, echó los cerrojos, y luego a los balcones, cuyos cortinajes corrió.

Todo esto lo hizo viva y violentamente, con la energía de la demencia y de la rabia.

Cerciorándose luego de que nadie podía verla ni oírla, volvió al lado de la reina exhalando un sollozo desgarrador, y cayó de rodillas exclamando:

—¡Salvadme, señora, por Dios, salvadme!

Y, tras una pausa seguida de un suspiro, añadió:

—¡Y os lo diré todo!

## XXXI

## LO QUE PENSABA LA REINA EN LA NOCHE DEL 14 AL 15 DE JULIO DE 1789

No podríamos decir cuánto tiempo duró aquella confidencia; pero se prolongó bastante, pues hasta eso de las once de la noche no se vio abrir la puerta del gabinete de la reina, y aparecer en el umbral a Andrea, casi de rodillas, besando la mano de María Antonieta.

Después, al levantarse, la joven enjugó sus ojos enrojecidos por el llanto; mientras que la reina entraba de nuevo en su habitación.

Andrea, por el contrario, como si hubiera querido huir de sí misma, se alejó rápidamente.

A partir de aquel momento, la reina quedó sola. Cuando la doncella entró para ayudarla a desnudarse, encontróla con los ojos brillantes y paseándose a largos pasos por su habitación.

La reina hizo con la mano un ademán que pareció decir: dejadme.

La doncella se retiró sin decir nada.

Desde aquel instante la reina se vio sola otra vez; había prohibido que la molestaran, a menos de que se tratase de importantes noticias procedentes de París.

Andrea no reapareció.

En cuanto al rey, después de haber conversado con el señor de La Rochefoucault, que trató de hacerle comprender la diferencia que existía entre un motín y una revolución, declaró que estaba cansado, acostóse y se durmió, ni más ni menos tranquilamente que si hubiera estado en una cacería, y que el ciervo (cortesano bien amaestrado) se hubiese dejado coger en el estanque de los Suizos.

La reina, por su parte, escribió algunas cartas, pasó a la habitación contigua, donde reposaban sus dos hijos bajo la custodia de la señora de Tourzel, y se acostó, no para dormir como el rey, sino para meditar tranquilamente.

Sin embargo, muy pronto, cuando el silencio hubo invadido a Versalles, cuando el inmenso palacio quedó sumido en las sombras, cuando no se oyeron ya en el fondo de los jardines más que los pasos de las patrullas, que hacían crujir la arena, y en los largos corredores las culatas de los fusiles, tocando discretamente las baldosas de mármol, María Antonieta, cansada de su reposo, experimentando la necesidad de respirar, saltó de su lecho, se puso sus zapatillas de terciopelo, y, cubriéndose, con un largo peinador azul, se asomó a la ventana para aspirar la frescura de los estanques y coger al paso esos consejos que el viento de la noche murmura sobre las frentes abrasadoras y en los corazones oprimidos.

Entonces repasó en su mente todo lo ocurrido aquel día, tan fecundo en acontecimientos imprevistos.

La toma de la Bastilla, ese emblema visible del poder real; las incertidumbres de Charny, aquel amigo fiel, aquel cautivo apasionado, a quien tenía hacía tantos años sometido a su yugo, y que, no habiendo suspirado nunca más que amor, parecía suspirar ahora por primera vez el pesar y ,los remordimientos.

Con ese hábito de sintetizar que acostumbró a los grandes talentos a conocer los hombres y las cosas, María Antonieta hizo en aquel mismo instante dos partes del malestar que experimentaba, debido a una desgracia política y a una pena del corazón.
La desgracia política era aquella gran noticia que, partiendo de París a las tres de la tarde, iba a propagarse por el mundo entero y a disminuir en el ánimo de todos el respeto sacro tributado hasta entonces a los reyes, mandatarios de Dios.
La pena del corazón era aquella sorda resistencia de Charny, al dominio de la soberana amada; era como un presentimiento de que, sin dejar de ser fiel y leal, el amor no sería ya ciego, y se podría comenzar a discutir su fidelidad y su abnegación.
Este pensamiento oprimía cruelmente el corazón de la mujer, llenándole de esa hiel amarga que llaman celos, acre veneno que ulcera a la vez mil pequeñas llagas en el alma herida.
Sin embargo, el pesar, comparado con la desgracia, era muy inferior lógicamente.
Así, pues, más bien por razonamiento que por conciencia, más bien por necesidad que por instinto, María Antonieta pensó primeramente en la gravedad del peligro de la situación política.
¿A dónde volverse? Odio y ambición de frente; debilidad e indiferencia a los lados, y por enemigos, hombres que, comenzando por la calumnia, llegaban a las rebeliones.
Gente que, por lo tanto, no retrocedería ante nada.
Por defensores, nos referimos a la mayor parte, por lo menos, de los hombres que poco a poco se habían acostumbrado a sufrirlo todo, y que, de consiguiente, no sentirían ya la profundidad de las heridas.
Hombres que vacilarían en contestar a un ataque por temor de hacer ruido.
Era necesario, pues, olvidarlo todo, aparentar que no se recordaba nada, aunque no fuese así; fingir que se perdonaba, y no perdonar nunca.
No era esto digno de una reina de Francia, y sobre todo de la hija de María Teresa, aquella mujer de tanto corazón.
¡Luchar, luchar! Tal era el consejo del orgullo real resentido; pero ¿era prudente luchar? ¿Se calman los odios con la sangre derramada? ¿No era terrible el nombre de «la austriaca»? ¿Sería necesario, para consagrarle, como habían hecho Isabel y Catalina de Médicis con los suyos, administrarle el bautismo de una matanza universal?
Y, por otra parte, si Charny había dicho la verdad, el éxito era dudoso.
¡Combatir y ser vencida!
Por lo que hace a la desgracia política, he aquí cuáles eran los dolores de aquella reina, que en ciertas fases de su meditación sentía surgir del fondo de sus padecimientos como se siente saltar un reptil de los brezos donde nuestro pie la despierta, la desesperación de la mujer que se cree menos amada cuando lo ha sido demasiado. Charny había dicho lo que le hemos oído decir, no por convicción, sino por cansancio; y había apurado las calumnias como tantos otros, hasta la saciedad, en la misma copa que ella. Charny, que por primera vez habló en términos tan dulces de su esposa Andrea, olvidada hasta entonces por él, Charny echaba de ver ahora, sin duda, que su mujer era todavía joven y hermosa.

Y a esta sola idea, que la abrasaba como la mordedura devoradora del áspid, María Antonieta se extrañaba al reconocer que la desgracia no era nada en comparación del pesar...

Y esto porque lo que la desgracia no había podido hacer, el pesar lo realizaba: la reina se revolvía furiosa en el sillón donde había permanecido fría y vacilante, y contemplaba de frente la desgracia.

Todo el destino de aquel ser privilegiado para el sufrimiento se reveló en la excitación de su alma durante aquella noche.

¿Cómo escapar a la vez de la desgracia y del pesar? se preguntaba con angustias que renacían de continuo. ¿Sería forzoso resolverse a dejar el trono para vivir feliz en la medianía? ¿Era preciso volver a su verdadero Trianón, a su quinta, a la paz del lago y a las oscuras alegrías? ¿Debería dejar todo aquel pueblo, para que se repartiese los restos de la monarquía, exceptuando tan sólo algunas partículas muy humildes que la mujer podría apropiarse con los tributos de algunos amigos fieles que se obstinaran en seguir siendo vasallos?

¡Ay! aquí era donde la serpiente de los celos mordía de nuevo, profundizando más.

¡Feliz! ¿Podría serlo con la humillación de un amor desdeñado?

¡Feliz! ¿Lo sería junto al rey, aquel esposo vulgar, a quien faltaba todo prestigio para ser un héroe?

¿Feliz junto al señor de Charny, que lo sería tal vez con alguna mujer amada, o acaso con su esposa?

Y este pensamiento encendía en el corazón de la pobre reina todas las ardientes pasiones que abrasaron a Dido, más bien que su hoguera.

Pero en medio de aquel febril tormento hubo un instante de reposo, y en medio de aquella torcedora angustia, un goce fugaz. Dios, en su bondad infinita, no ha creado el mal más que para hacer apreciar el bien.

Andrea ha hecho a la reina sus confidencias, descubriendo a su rival la vergüenza de su vida; Andrea, prosternada y con lágrimas en los ojos, ha confesado a María Antonieta que ella no era ya digna del amor y del respeto de un hombre honrado: Charny, pues, no amará nunca a Andrea.

Pero Charny ignora, e ignorará siempre aquella catástrofe de Trianón, y las consecuencias que tuvo; de modo que para Charny es como si no hubiese ocurrido nada.

Y, haciendo estas diversas reflexiones, la reina examinaba en el espejo de su conciencia su belleza marchita, su alegría pasada y su lozanía perdida para siempre.

Después volvía a pensar en Andrea, y en aquellas aventuras extrañas, casi increíbles, que acababa de referirle.

Admiraba la combinación mágica de aquella ciega fortuna, que tomaba en el fondo de Trianón, en la sombra de la cabaña y en el fango de las granjas, un muchacho jardinero para asociarle al destino de una noble dama de la reina, cuya suerte estaba unida también con la de la soberana.

—¡Así, pues, se decía, el átomo perdido en las regiones inferiores habría venido, por un capricho de las atracciones superiores, a fundirse como partícula de diamantes en la luz divina de la estrella!

¿No era aquel joven jardinero, aquel Gilberto, un símbolo vivo de lo que sucedía en aquella hora, un hombre del pueblo salido de la baja esfera de su nacimiento para ocuparse en la política de un gran reino, extraño comediante que venía a personificar en sí, por un privilegio del genio maléfico que se cernía sobre Francia, por el insulto inferido a la nobleza, como el ataque de la plebe contra la monarquía?
¡Aquel Gilberto, ahora un sabio; aquel Gilberto, que vestía ya el traje negro del tercer estado; el consejero de Necker; el confidente del rey de Francia, hele aquí ahora, gracias al juego de la revolución, igualándose con la mujer cuyo honor había robado una noche como un ladrón!
La reina, volviendo a ser mujer, y estremeciéndose a pesar suyo al recordar la lúgubre historia referida por Andrea, la reina, decimos, se imponía como un deber mirar de frente a aquel Gilberto, y aprender a leer por sí misma en las facciones humanas lo que Dios permite que se revele en un carácter tan extraño; y, a pesar del sentimiento de que hablábamos antes, y que la alegraba casi por la humillación de su rival, sentía un fuerte deseo de zaherir al hombre que tanto había hecho sufrir a una mujer.
Además, experimentaba el deseo de admirar, con el espanto que inspiran los monstruos, aquel hombre extraordinario que por un crimen había mezclado su sangre vil con la sangre aristocrática de Francia; aquel hombre que parecía haber promovido la revolución para que le abriesen la Bastilla, en la cual, a no mediar esta revolución, habría aprendido eternamente a olvidar que un plebeyo no debe acordarse de nada.
Por esta consecuencia de sus ideas, la reina volvía a los dolores políticos, viendo acumularse sobre una misma y sola cabeza la responsabilidad de todo cuanto había sufrido.
De este modo, el autor de la rebelión popular que acababa de hacer vacilar la autoridad del rey derribando la Bastilla, era Gilberto; aquel hombre cuyos principios habían puesto las armas en manos de los Billot, de los Maillard, de los Elias y de los Hullin.
Gilberto era, pues, a la vez un ser venenoso y terrible: venenoso, porque había perdido a Andrea como amante; terrible, porque había ayudado a derribar la Bastilla como enemigo. Era preciso, por lo tanto, conocerle para evitarle, o, mejor aún, conocerle para servirse de él.
Era indispensable a toda costa hablar con aquel hombre, verle de cerca, juzgarle por sí misma.
Habían transcurrido dos terceras partes de la noche, y ya daban las tres. La aurora blanqueaba las copas de los árboles del parque de Versalles y las cabezas de las estatuas.
La reina había pasado toda la noche sin dormir. Su mirada vaga se perdía en las avenidas iluminadas por una pálida luz.
Un sueño pesado y calenturiento se apoderó poco a poco de la desgraciada mujer y se dejó caer en un sillón, junto a la ventana abierta, con el cuello inclinado en el respaldo.
Entonces soñó que se paseaba en Trianón, y que del fondo de una platabanda salía un gnomo de sarcástica sonrisa, como aquéllos de que se habla en las

baladas alemanas, y que aquel monstruo sardónico era Gilberto, que extendía hacia ella sus dedos ganchudos.
En aquel momento profirió un grito.
Otro grito contestó al suyo, y este último la despertó.
La señora de Tourzel era quien le había proferido. Acababa de entrar en la habitación de la reina, y, al ver a esta trastornada y como sin sentido en un sillón, no pudo reprimir el impulso de su dolor y de su sorpresa.
—¡La reina está enferma! —exclamó—. ¡La reina sufre! ¿Llamaré a un médico?
La reina abrió los ojos. Aquella pregunta de la señora de Tourzel parecía contestar a la de su curiosidad.
—Sí, sí, un médico —contestó María Antonieta—; el doctor Gilberto. Llamad al doctor.
—¿Quién es el doctor Gilberto? —preguntó la señora de Tourzel.
—Un nuevo médico nombrado ayer, al llegar de América, según creo.
—Ya sé a quien se refiere Su Majestad —se aventuró a decir una de las doncellas de la reina.
—¿Y bien? —preguntó María Antonieta.
—Que el doctor está en la antecámara del rey.
—¿Le conocéis, pues?
—Le conozco —contestó la dama balbuceando.
—Pero ¿cómo le conocéis? ¡Llegó de América ocho o diez días hace, y hasta ayer no salió de la Bastilla!
—Le conozco...
—Responded. ¿De qué le conocéis? —preguntó imperiosamente la reina.
La dama bajó los ojos.
—Veamos; ¿podré saber, al fin, cómo le conocéis?
—Señora, he leído sus obras, y, habiéndome inspirado la curiosidad de ver al autor, he deseado que me le enseñasen esta mañana.
—¡Ah! —exclamó la reina con una expresión indecible dé enojo y de disimulo a la vez. ¡Ah! Está muy bien, y puesto que le conocéis decidle que estoy indispuesta y que deseo verle.
Entretanto, la reina mandó entrar a sus doncellas, se puso un traje de mañana y arregló su tocado.

## XXXII

## EL MÉDICO DEL REY

Pocos minutos después de haber formulado la reina el deseo que manifestó a una de sus damas, la cual se apresuró a satisfacerle, Gilberto, admirado, algo inquieto y profundamente conmovido, pero sin que se revelase nada en sus facciones, se presentó ante María Antonieta.
El aspecto noble y sereno, la palidez distinguida del hombre de ciencia y de imaginación, para quien el estudio constituía una segunda naturaleza, palidez realzada más aún por el traje negro del tercer estado, que no solamente los representantes de aquel orden de cosas, sino también los hombres que adoptaban los principios de la revolución, se imponían como un deber vestir siempre; la mano fina y blanca del operador bajo la simple muselina plegada; la pierna de elegante forma, tanto que nadie en la corte hubiera podido mostrar una de más correctos perfiles a los inteligentes de ambos sexos de la corte; y, con todo esto, una mezcla de respeto tímido a la mujer, de tranquila audacia con el enfermo, y nada para la reina. Tales fueron los detalles rápidos y claramente escritos que María Antonieta, con su aristocrática inteligencia, supo leer en la persona del doctor Gilberto en el momento de abrirse, para darle paso, la puerta de su gabinete.
Cuando menos provocativo fue Gilberto en su manera de conducirse, más sintió la reina acrecentarse su cólera. Había imaginado un tipo odioso en aquel hombre, representándosele, natural y casi involuntariamente, como semejante a uno de esos héroes de la impudencia que veía a menudo a su alrededor. ¡El causante de los padecimientos de Andrea, aquel discípulo bastardo de Rousseau, aquel aborto convertido en hombre, aquel jardinero que había llegado a ser doctor, aquel cazador de nidos en los árboles, transformado, ahora en filósofo y domador de almas! María Antonieta se le representaba, a pesar suyo, bajo las facciones de Mirabeau, es decir, el hombre que más odiaba después del cardenal de Rohan y de Lafayette.
Habíale parecido, antes de ver a Gilberto, que se necesitaba un coloso material para contener tan enorme fuerza de voluntad.
Pero cuando vio un hombre joven, erguido, delgado, de formas esbeltas y elegantes, de rostro dulce y afable, parecióle que este nombre había cometido también el crimen de mentir por su exterior. Gilberto, hombre del pueblo, de oscuro nacimiento y desconocido; Gilberto, campesino y plebeyo; Gilberto fue culpable a los ojos de la reina de haber usurpado la exterioridad del caballero y del hombre de bien. La orgullosa austriaca, enemiga jurada de la mentira en otros, se indignó, concibiendo súbitamente un odio iracundo contra el desgraciado átomo que tantos sentimientos diferentes convertían en enemigo suyo.
Para sus familiares, para los que estaban acostumbrados a leer en sus ojos la calma o la tempestad, fácil era ver que una tormenta, cargada de rayos y relámpagos se formaba ya en el fondo de su corazón.

Pero ¿cómo un ser humano, aunque fuese una mujer, hubiera podido seguir en medio de aquel torbellino de llamas y de cóleras, la huella de los sentimientos extraños y opuestos que se entrechocaban en el cerebro de la reina, dilatando su pecho con todos aquellos venenos mortales que Homero describe?
Con una mirada, la reina despidió a todo el mundo, incluso la señora de Misery.
Todos salieron.
La reina esperó a que la puerta se hubiese cerrado detrás de la última persona, y después, fijando la vista en Gilberto, observó que él no había dejado de mirarla. Tanta audacia la exasperó.
Aquella mirada del doctor era inofensiva, al parecer, pero fija, intencionada, aunque de tal modo grave, que María Antonieta quiso combatir su importunidad.
—Y bien, caballero —preguntó con tono brusco, casi grosero—; ¿qué hacéis de pie, delante de mí, y mirándome de ese modo, en vez de decirme de qué padezco?
Este furioso apostrofe, apoyado por los rayos de la mirada, habría sido suficiente para trastornar a cualquier cortesano de la reina, y hubiera hecho caer de rodillas a los pies de María Antonieta, pidiendo gracia, a un mariscal de Francia, a un héroe o un semidiós.
Pero Gilberto contestó tranquilamente.
—Por los ojos, señora, el médico juzga desde luego; y al mirar a Vuestra Majestad, que me mandó llamar, no he satisfecho una vana curiosidad, sino que he cumplido con mi deber, obedeciendo a las órdenes de la reina.
—Entonces ¿me habréis estudiado?
—Tanto como me ha sido posible, señora.
—¿Estoy enferma?
—No, en el sentido exacto de la palabra; pero Vuestra Majestad está poseída de una fuerte sobrexcitación.
—¡Ah, ah! —exclamó María Antonieta con expresión irónica. ¿Por qué no decís de una vez que estoy encolerizada?
—Permita Vuestra Majestad, puesto que ha mandado llamar al médico, que éste se sirva del término profesional.
—Sea. ¿Y de qué provendrá esta sobrexcitación?
—Vuestra Majestad tiene demasiado talento para no saber que el médico adivina la enfermedad material, gracias a su experiencia y a las tradiciones del estudio; pero que no es un adivino para sondear a primera vista el abismo de las almas humanas.
—¿Lo cual quiere dtcir que a la segunda o tercera vez podríais decirme, no solamente qué mal sufro, sino también en qué pienso?
—Tal vez, señora —contestó fríamente Gilberto.
La reina enmudeció, estremeciéndose; veíase en sus labios, por decirlo así, la palabra a punto de salir, ardiente y corrosiva; pero se contuvo.
—Preciso será creeros —dijo—, puesto que sois un sabio.
Y acentuó estas últimas palabras con un desdén tan sumamente mordaz, que los ojos de Gilberto se iluminaron a su vez con el fuego de la cólera.
Pero un segundo de lucha fue suficiente para que aquel hombre se dominase.
Y con la frente serena y la palabra libre, replicó casi al punto:

—Demasiado buena es Vuestra Majestad al concederme el título de sabio sin haber puesto a prueba mi ciencia.
La reina se mordió los labios y repuso:
—Comprenderéis que ignoro si sois sabio; pero así lo dicen, y lo repito por boca de todo el mundo.
—¡Oh! —dijo respetuosamente Gilberto, inclinándose más aún que la primera vez—. Una inteligencia como la de Vuestra Majestad no ha de repetir ciegamente lo que el vulgo dice.
—¿Queréis decir el pueblo? —replicó la reina con acento insolente.
—El vulgo, señora —repitió Gilberto con una firmeza que removió en el fondo del corazón de la mujer alguna cosa dolorosamente impresionable, y emociones desconocidas.
—En fin —dijo María Antonieta—, no discutamos sobre este punto. Aseguran que sois un sabio, y esto es lo esencial. ¿Dónde habéis estudiado?
—En todas partes, señora.
—Eso no es una contestación.
—Pues en ninguna parte.
—Prefiero esto. ¿Conque no habéis estudiado en ninguna parte?
—Como os plazca, señora —contestó el doctor inclinándose—; pero no sería tan exacto como decir en todas.
—Pues contestad entonces —exclamó la reina, exasperada—, y, sobre todo, hacedme el favor, señor Gilberto, de economizar las frases.
Y, como hablando consigo misma, añadió: —¡En todas partes, en todas partes! ¿Qué significa esto? ¿Serán palabras de charlatán, de empírico, o de médico de las plazas públicas? ¿Pretendéis imponerme con sílabas sonoras?
Al decir esto, adelantó el pie, con los ojos ardientes y los labios temblorosos.
—¡En todas partes! —repitió—. Citad algunas, señor Gilberto, citadlas.
—He dicho en todas partes —contestó fríamente el doctor—, porque ésta es la verdad, señora. Estudié en la cabaña y en el palacio, en la ciudad y en el desierto, en los humanos y en los animales, en mí y en los otros, como conviene al hombre que ama la ciencia y que va a recogerla donde quiera que se halle, es decir, por todas partes.
La reina, vencida, dirigió una mirada terrible a Gilberto, que, por su parte, la miraba también con la misma fijeza de antes.
María Antonieta se agitó convulsivamente, y volviéndose de pronto, derribó el pequeño velador en que acababan de servirle su chocolate en una taza de Sévres.
Gilberto vio caer la mesa, vio como se rompía la taza; mas permaneció inmóvil.
La reina se sonrojó, y, aplicando su mano fría y húmeda a su abrasada frente, quiso fijar de nuevo la vista en Gilberto; mas no se atrevió.
Pero pretextando para sí propia un desprecio más que insolente, preguntó, reanudando la conversación en el mismo punto en que la había dejado:
—Y ¿quién ha sido vuestro maestro?
—No sé cómo contestar a Vuestra Majestad sin exponerme a resentirla de nuevo.
La reina comprendió la ventaja que Gilberto acababa de ofrecerle, y se lanzó sobre ella como una leona sobre su presa.

—¡Resentirme a mí, resentirme vos a mí! —exclamó—. ¡Oh caballero! ¿Qué decís? ¿Vos resentir a una reina? Os juro que os engañáis. ¡Ah, señor doctor Gilberto! Me parece que no habéis estudiado la lengua francesa en tan buenas fuentes como la medicina. No se resiente a las personas de mi calidad, señor Gilberto: se las cansa y nada más.
Gilberto saludó, dando un paso hacia la puerta, pero sin que a la reina le fuese posible descubrir en su rostro el menor vestigio de cólera, la menor señal de impaciencia.
La reina, por el contrario, se estremecía de cólera, y casi dio un salto como para detener a Gilberto.
Este último comprendió.
—Dispensadme, señora —dijo—. Es verdad: he cometido el error imperdonable de olvidar que, en mi calidad de médico, he sido llamado para visitar a una enferma: en adelante lo recordaré.
Y Gilberto meditaba.
—Vuestra Majestad —continuó—, parece estar a punto de sufrir una crisis nerviosa, y yo me atrevería a rogaros que no os abandonéis a ella, pues muy pronto no seréis dueña de evitarlo. En este instante, el pulso debe estar suspenso, y la sangre afluye al corazón: Vuestra Majestad sufre, Vuestra Majestad se halla muy próxima a la sofocación, y tal vez fuera prudente que mandase llamar a una de sus damas.
La reina dio una vuelta por la habitación, y, volviendo a sentarse, preguntó:
—¿Os llamáis Gilberto?
—Gilberto, sí, señora.
—¡Es extraño! Tengo un recuerdo de la juventud cuya singular existencia os heriría, sin duda, profundamente si os lo citase; pero ¡no importa! Ya os curaréis la herida, vos que sois tan profundo filósofo, como sabio médico.
Y la reina sonrió irónicamente.
—Eso es, señora —dijo Gilberto—; sonreíd y dominad poco a poco vuestros nervios por la burla: es una de las más hermosas prerrogativas de la voluntad inteligente dominarse a sí propio. Dominad, señora, dominad, pero sin violencia.
Esta descripción del médico fue dictada con tal suavidad, que la reina, aunque comprendiendo la profunda ironía que encerraba, no pudo ofenderse de las Gilberto acababa de pronunciar.
Pero volvió a la carga, continuando el ataquen había dejado.
—Voy a deciros a qué recuerdo me refiero —dijo a manera de conclusión.
Gilberto se inclinó en señal de que escuchaba.
La reina hizo un esfuerzo, fijando su mirada en la del doctor.
—Yo era Delfina entonces, y habitaba en Trianón. En los jardines había un muchacho casi negro, siempre manchado de tierra, y ceñudo, que se ocupaba en escardar y cavar la tierra con sus pequeñas manos ganchudas: se llamaba Gilberto.
—Era yo, señora —dijo flemáticamente el doctor.
—¡Vos! —exclamó María Antonieta con expresión de odio. ¡Pues yo tenía razón! ¡No sois hombre de estudios!

—Ya que Vuestra Majestad tiene tan buena memoria, pienso que debe recordar también las épocas —dijo Gilberto—. Era en 1772, si no me engaño, cuando el muchacho jardinero de quien Vuestra Majestad habla cavaba la tierra para ganarse el sustento en los jardines de Trianón. Estamos en 1789; de modo que han transcurrido diecisiete años, señora, desde que ocurrieron las cosas a que se refiere. Son muchos años en el tiempo en que vivimos; es mucho más de lo que se necesita para hacer del salvaje un sabio; el alma y el espíritu funcionan con rapidez en ciertas condiciones, así como las plantas y las flores crecen pronto en los invernaderos cálidos; y las revoluciones, señora, son los invernaderos de la inteligencia. Vuestra Majestad me mira, y, a pesar de la penetración de sus ojos, no mira que el niño de dieciséis años ha llegado a ser un hombre de treinta y tres. Por eso hace mal en extrañar que el ignorante, el ingenuo Gilberto, haya llegado a ser, al soplo de dos revoluciones, un sabio y un filósofo.
—Ignorante, sea; pero ingenuo —exclamó la reina, furiosa—, creo que os habéis calificado de ingenuo: ¿no es así?
—Si me he engañado, señora, o si elogié a ese muchacho por una cualidad que no tenía, ignoro cómo Vuestra Majestad puede saber mejor que yo que poseía el defecto contrario.
—¡Oh! Esto es otra cosa —dijo la reina con expresión de tristeza; tal vez hablaremos de eso algún día; pero entretanto, volvamos al hombre, al sabio, al hombre perfeccionado y perfecto que tengo a la vista.
Gilberto no recogió la palabra *perfecto*, pues comprendía demasiado que era un nuevo insulto, y limitóse a contestar:
—Continuad, señora, y decid con qué objeto Vuestra Majestad ha dado orden para que venga a visitarla.
—Os proponéis para médico del rey —repuso María Antonieta—; pero comprended, caballero, que me importa demasiado la salud de mi esposo para confiarla a un hombre a quien yo no conociera muy bien.
—Me he propuesto, señora —contestó Gilberto—, y he sido aceptado sin que Vuestra Majestad pueda concebir con justicia la menor sospecha sobre mi incapacidad o mi celo. Soy médico político sobre todo, señora, y recomendado del señor de Necker. En cuanto a lo demás, si el rey necesita alguna vez mi ciencia, seré para él buen médico físico, en cuanto la ciencia humana pueda ser útil a la obra del Creador; pero lo que seré principalmente para el rey, señora, además de buen consejero y buen médico, es un buen amigo.
—¡Buen amigo! —exclamó la reina con una nueva explosión de desdén—. ¡Vos, caballero, amigo del rey!
—Seguramente —contestó Gilberto con la mayor tranquilidad—. ¿Por qué no, señora?
—¡Ah! Sí, siempre en virtud de vuestros poderes secretos, y con el auxilio de vuestra ciencia oculta —murmuró la reina—. ¿Quién sabe? ¡Acabamos de ver a los Jacques y a los Maillotins, y tal vez volvemos a la Edad Media! Resucitáis los filtros y los encantos, vais a gobernar Francia por la magia, y a ser, en fin, un Fausto o un Nicolás Flamel.
—No pretendo eso, señora.

—¡Ah! Y ¿por qué no, caballero? ¡Cuántos monstruos más crueles que los de los jardines de Armida, más crueles que el Cerbero, adormeceríais en el umbral de nuestro infierno!

Al pronunciar la palabra *adormeceríais,* la reina fijó en el doctor su mirada, más investigadora que nunca. Esta vez Gilberto se sonrojó a pesar suyo. Esto fue una alegría indefinible para María Antonieta, pues comprendió que el golpe que acababa de dirigir había tocado en el blanco, infiriendo una verdadera herida.

—Porque vos sabéis adormecer, caballero —continuó—. Vos, que habéis estudiado en todas partes y en todo, sin duda, aprendisteis también la ciencia magnética con los adormecedores de nuestro siglo, con esos hombres que hacen del sueño una traición y que leen en secreto en el sueño de los otros.

—En efecto, señora: con frecuencia y largo tiempo estudié bajo la dirección del sabio Cagliostro.

—Sí, aquel que practicaba y hacía practicar a sus adeptos ese robo moral de que acabo de hablar, aquel que con auxilio del sueño mágico, que yo llamaré infame, tomaba de los unos las almas y de los otros el cuerpo.

Gilberto comprendió también la intención de las palabras, y esta vez palideció en vez de sonrojarse. La reina se estremeció de alegría hasta el fondo del corazón.

—¡Ah, miserable! —murmuró—. Yo también acabo de herirte y veo tu sangre.

Pero las emociones más profundas no se hacían visibles mucho tiempo en el rostro del doctor; y, acercándose a la reina, que muy contenta de su victoria le miraba osadamente, contestó:

—Señora, Vuestra Majestad haría mal en disputar a los sabios, hombres de que habla el dominio más hermoso de su ciencia, ese don de adormecer, no a víctimas, sino *a individuos,* por medio del sueño magnético; y haríais mal, sobre todo, en disputar el derecho que tienen de profundizar por todos los medios posibles un descubrimiento cuyas leyes, una vez reconocidas y regularizadas, están llamadas tal vez a revolucionar el mundo.

Y, acercándose a la reina, Gilberto la miró a su vez con esa fuerza de voluntad bajo la cual había sucumbido la nerviosa Andrea.

La reina sintió que un estremecimiento recorría todas sus venas al acercarse aquel hombre.

—¡Baldón —exclamó—, sobre los hombres que abusan de ciertas prácticas sombrías y misteriosas para perder las almas o los cuerpos! ¡Baldón sobre ese Cagliostro!

—¡Ah! —contestó Gilberto con acento penetrante—. Guardaos bien, señora, de juzgar con tanta severidad las faltas cometidas por los seres humanos.

—¡Caballero!

—Todos estamos expuestos a incurrir en error, señora; toda criatura perjudica a su semejante, y sin el egoísmo individual, que constituye la seguridad general, el mundo no sería más que un vasto campo de batalla. Los mejores son los buenos, y a esto se reduce todo. Otros dirán: los mejores son los menos malos. La indulgencia debe ser más grande, señora, cuanto más elevado está el juez, y en la altura del trono que ocupáis tenéis menos que nadie derecho para ser severa respecto a las faltas de los otros. En el trono de la tierra, sed le suprema indulgencia, así como Dios es, en el trono del cielo, la suprema misericordia.

—Caballero —repuso la reina—, considero bajo un punto de vista diferente del vuestro mis derechos y, sobre todo, mis deberes, y estoy en el trono para castigar y recompensar.
—No lo creo, señora. En mi concepto, estáis en el trono, por el contrario, vos, mujer y reina, para conciliar y perdonar.
—Supongo que no moralizáis, caballero.
—Tenéis razón, señora: no hago más que contestar a Vuestra Majestad. Así, por ejemplo, tengo muy presente a ese Cagliostro de quien acabáis de hablar, poniendo en duda su ciencia, y es un recuerdo anterior a los vuestros de Trianón. No he olvidado que en los jardines del castillo de Taverney hubo oportunidad de dar a la Delfina de Francia una prueba de esa ciencia, no recuerdo cuál, prueba de que ha debido conservar un profundo recuerdo, porque la impresionó cruelmente hasta el punto de hacerle perder el sentido.
Gilberto hería a su vez, aunque dirigía el golpe a la casualidad; pero ésta le sirvió, permitiéndole tocar en el blanco con tanta precisión, que la reina palideció espantosamente.
—Sí —dijo con voz ronca, sí, es verdad, me hizo ver en sueños una horrible máquina; pero hasta ahora no tengo noticia de que semejante aparato exista en realidad.
—Yo ignoro qué os hizo ver, señora —repuso el doctor, satisfecho del efecto producido—; pero lo que sé es que no se puede negar el título de sabio al hombre que adquiere sobre sus semejantes semejante poder.
—¡Sus semejantes! —murmuró desdeñosamente la reina.
—Bien: supongamos que me engaño —replicó Gilberto—; más sostengo que su poder es tanto más grande cuanto que doblega a su nivel, bajo el yugo del miedo, la cabeza de los reyes y de los príncipes de la tierra.
—¡Baldón, baldón, os repito, sobre aquellos que abusan de la debilidad o de los crédulos!
—¡Baldón, decís, contra los que se sirven de la ciencia!
—¡Quimeras, mentiras, cobardía!
—¿Lo cual quiere decir...? —preguntó Gilberto con calma.
—Quiere decir que ese Cagliostro es un cobarde charlatán, y que su pretendido sueño magnético no es más que un crimen.
—¡Un crimen!
—Sí, un crimen —continuó la reina—, porque es resultado de un brebaje, de un filtro, de un envenenamiento, que la justicia humana, representada por mí en el trono, sabrá sorprender para castigar a sus autores.
—Señora, señora —repuso Gilberto—, tened indulgencia, si os place, para los que han cometido error en este mundo.
—¡Ah! ¿Es decir que confesáis?
La reina se engañaba, y, juzgando por la dulzura de la voz de Gilberto, creía que imploraba para sí mismo.
Era una ventaja de la que Gilberto no tenía empeño en aprovecharse.
—¡Cómo! —exclamó el doctor, dilatando sus pupilas brillantes, bajo las que María Antonieta debió bajar los ojos como el reflejo de un rayo de sol.
La reina quedó un momento confusa; pero, haciendo un esfuerzo, repuso:

—No se interroga a una reina, así como tampoco se la resiente —dijo—. Sabed también esto, vos, que sois recién venido a la corte; pero me parece que habláis de aquellos que han faltado, y me pedís indulgencia para ellos.
—¡Ay de mí, señora! —dijo Gilberto—. ¿Cuál es el ser humano sin tacha? ¿Quién es aquel que ha sabido encerrarse en lo más profundo de su conciencia de tal modo que las miradas de los otros no puedan penetrar? Esto es lo que se llama a menudo virtud. Sed indulgente, señora.
—Pero pensando así —repuso imprudentemente la reina—, no habrá persona alguna virtuosa para vos, caballero, para vos, discípulo de esos hombres cuya mirada busca la verdad hasta en el fondo de las conciencias.
—Es cierto, señora.
La reina comenzó a reírse sin cuidarse de ocultar el desdén que su risa encerraba.
—¡Oh! Por favor, caballero —exclamó—, tened a bien recordar que no habláis con idiotas en un lugar público, ni con campesinos o patriotas.
—Sé a quién hablo, señora: creedlo bien —repuso Gilberto.
—Pues, entonces, más respeto, caballero, o más habilidad. Repasad vos mismo toda vuestra vida; sondead las profundidades de esa conciencia que, a pesar de su genio y de su experiencia, los hombres que han trabajado en todas partes deben poseer como los demás mortales; recordad bien todo cuanto hayáis pensado en lo que es malo, nocivo y criminal, y en todo cuanto podáis haber cometido en cuanto a crueldades, atentados y hasta crímenes. No me interrumpáis. Y cuando hayáis hecho la suma de todo eso, señor doctor, bajad la cabeza, sed humilde, y no os acerquéis con ese insolente orgullo a la morada de los reyes que, hasta que haya un nuevo orden de cosas, por lo menos, se hallan instituidos por Dios para penetrar el alma de los criminales, sondear los repliegues de las conciencias, y aplicar el castigo a los culpables sin piedad y sin apelación. He aquí, caballero, lo que conviene que hagáis, y con esto se agradecerá vuestro arrepentimiento. Creedme; el mejor modo de curar un alma tan enferma como la vuestra sería vivir en la soledad, lejos de las grandezas, que comunican a los hombres falsas ideas acerca de su propio valor. Os aconsejaría, pues, que no os acercarais a la corte, y que renunciarais a cuidar del rey en sus enfermedades. Debéis practicar una cura que Dios ha de agradeceros más que nadie, y es la vuestra. La antigüedad tenía un proverbio sobre esto, caballero: *Ipse cura medid.*
Gilberto, en vez de indignarse por esta cita, que la reina consideraba como la más desagradable de las conclusiones, contestó con dulzura:
—Señora, he hecho ya todo lo que Vuestra Majestad me recomienda hacer.
—Y ¿qué habéis hecho, caballero?
—He meditado.
—¿Sobre vos mismo?
—Sí, señora.
—¿Y sobre vuestra conciencia?
—Particularmente sobre ella, señora.
—¿Creéis, entonces, que estoy suficientemente instruida de lo que habéis visto?
—Ignoro lo que Vuestra Majestad quiere decirme, mas lo comprendo en cierto modo. ¿Cuántas veces un hombre de mi edad puede haber ofendido a Dios?
—¿Verdaderamente habláis de Dios?

—Sí, señora.
—¡Vos!
—¿Por qué no?
—¡Un filósofo! ¿Acaso los filósofos creen en Dios?
—Hablo de Dios y creo en él.
—Y ¿no os retiráis?
—No, señora: me quedo.
—Señor Gilberto, tened cuidado.
Y el rostro de la reina tomó una indefinible expresión de amenaza.
—¡Oh! He reflexionado bien, señora, y mis reflexiones me han conducido a saber que no valgo menos que otro: cada cual tiene sus pecados, y he aprendido este axioma, no hojeando los libros, sino la conciencia de los demás.
—Axioma universal e infalible ¿no es verdad? —repuso la reina con ironía.
—¡Ay de mí! Si no universal, si no infalible, por lo menos muy acertado en miserias humanas, bien probado en dolores profundos; y esto es tan verdad, que os diré, tan sólo al ver el círculo de vuestros ojos fatigados, tan sólo al ver esa línea que se extiende desde una a otra de vuestras cejas; tan sólo al ver ese pliegue que crispa los ángulos de vuestra boca, contracción a la cual se da el prosaico nombre de arruga, os diré, señora, cuántas rudas pruebas habéis sufrido, cuántas veces vuestro corazón latió de angustia y cuántas veces ese corazón se entregó a la confianza para despertar engañado. Os diré todo esto, señora, cuando gustéis; lo diré con la seguridad de no ser desmentido; lo diré fijando en vos una mirada que sabe y que quiere leer; y cuando hayáis sentido su peso, cuando hayáis sentido la sonda de esta curiosidad penetrar hasta el fondo de vuestras alma, como el mar siente el plomo de la que divide sus abismos, entonces comprenderéis que soy mucho, señora, y que, si me detengo, es preciso que me lo agradezcan en vez de excitarme a la guerra.
Este lenguaje, sostenido por una fijeza terrible de la voluntad de provocación del hombre a la mujer, este desprecio a toda etiqueta en presencia de la reina, produjeron un afecto indecible en María Antonieta.
Parecióle que una niebla caía sobre su frente y helaba sus ideas; sintió un odio convertido en espanto, dejó caer sus manos como inertes, y retrocedió un paso cual si quisiera huir de un peligro desconocido.
—Y ahora, señora —dijo Gilberto viendo claramente lo que pasaba en la reina, ¿comprendéis que me sea bien fácil saber lo que ocultáis a todo el mundo y hasta a vos misma? ¿Comprendéis que me sea fácil dejaros inmóvil en ese sillón que vuestros dedos buscan por instinto para encontrar un apoyo?
—¡Oh! —exclamó la reina, espantada, sintiendo llegar hasta su corazón estremecimientos desconocidos.
—Basta que yo diga una palabra interiormente, la cual no quiero pronunciar — continuó Gilberto; basta que formule una voluntad, a la cual renuncio, para dejaros ahí aniquilada en mi poder. ¿Dudáis de ello, señora? ¡Oh! No dudéis, porque me induciríais tal vez; y si yo me dejase llevar... Pero no, vos no dudáis. ¿No es cierto que no?
La reina, inclinada, con la respiración fatigosa, oprimida y fuera de sí, se cogía al respaldo de su sillón con una energía desesperada y furiosa por su inútil defensa.

—¡Oh! —continuó Gilberto—. Creed bien, señora, lo que voy a deciros, y es que, si yo no fuera el más respetuoso, el más fiel de vuestros súbditos, os convencería por un experimento terrible. ¡Oh! No temáis nada: me inclino humildemente, os lo repito, ante la mujer más bien que ante la reina. Me estremezco a la idea de tener un pensamiento que pueda resentir en lo más mínimo al vuestro, y me arrancaría la vida antes de hacer cosa alguna que pueda perturbar vuestro ánimo.

—¡Caballero, caballero! —exclamó la reina agitando el aire con sus brazos como para rechazar a Gilberto, que estaba a más de tres pasos de ella.

—Y, sin embargo —continuó Gilberto—, me habéis hecho encerrar en la Bastilla, y no sentís que la hayan tomado sino porque el pueblo, al apoderarse de ella, abrió las puertas de mi prisión. Vuestros ojos revelan el odio a un hombre contra el cual no tenéis nada que decir personalmente; y mirad, mirad: observo que desde que atenúo la influencia con la cual os dominaba, tal vez comenzáis a recobrar la duda con la respiración.

Efectivamente: desde que Gilberto había dejado de dominar con los ojos y la mano, María Antonieta se erguía casi amenazadora, como el ave que, libre de las sofocaciones de la campana neumática, trata de volver a sus cantos y a su vuelo.

—¡Ah! ¡Dudáis, os reís y despreciáis! ¡Pues bien! Voy a comunicaros, señora, una idea terrible que ha cruzado por mi mente, y a deciros lo que estaba a punto de hacer: os condenaba a revelarme vuestros pesares más íntimos, vuestros secretos más ocultos, os obligaba a escribirlos aquí, sobre la misma mesa que tocáis en este momento; y después, despierta ya, y una vez serena, os hubiera probado por vuestra escritura que poco quimérico es ese poder que aparentáis ponéis en duda, y, sobre todo, cuánta es la paciencia y hasta la generosidad del hombre a quien acabáis de injuriar, a quien injuriáis desde hace una hora sin que os haya dado ni un solo instante el derecho o el pretexto de hacerlo.

—¡Obligarme a dormir, obligarme a que hable dormida! ¡A mí, a mí! —exclamó la reina palideciendo—. ¿Os hubierais atrevido a semejante cosa, caballero? ¿Sabéis lo que eso significa? ¿Conocéis el alcance de la amenaza que acabáis de hacerme? Pues ved que es un crimen de lesa majestad, caballero; y pensad que es un crimen que, una vez despierta yo, y en posesión de mis facultades, le hubiera castigado con la muerte.

—Señora —repuso Gilberto—, siguiendo con su mirada la emoción vertiginosa de la reina—, no os apresuréis para acusar, y sobre todo para amenazar. Cierto que hubiera adormecido a Vuestra Majestad; cierto que habría descubierto todos los secretos de la mujer; pero, creedlo bien, seguramente no habría sido en una ocasión como ésta, ni en una entrevista a solas entre la reina y su súbdito, entre la mujer y un hombre desconocido, no; yo hubiera hecho dormir a la reina, es verdad, y nada podía ser para mí tan fácil; pero no me habría permitido dormirla ni hacerla hablar sino en presencia de un testigo.

—¿Un testigo?

—Sí, señora: un testigo que hubiese recogido fielmente todas vuestras palabras, todos vuestros ademanes y, en fin, todos los detalles de la escena que yo hubiese promovido, para que, terminada esta última, no os pudiera quedar la menor duda.

—¡Un testigo, caballero! —repitió la reina, espantada—. Y ¿quién hubiera sido ese testigo? Advertid, caballero, que esto sería un doble crimen, pues, en tal caso, hubierais tenido un, cómplice.
—¿Y sí este cómplice, señora, no hubiera sido otro sino el rey? —dijo Gilberto.
—¡El rey! —exclamó María Antonieta con un espanto que descubría a la esposa más enérgicamente aún de lo que hubiera podido hacerlo la confesión de la sonámbula—. ¡Oh señor Gilberto, señor Gilberto!
—Sí, el rey —añadió tranquilamente el doctor—, sí, el rey, vuestro esposo, nuestro sostén, vuestro defensor natural; el rey, que os hubiera dicho, una vez despierta, hasta qué punto había sido yo respetuoso al demostrar con orgullo mi ciencia a la más venerada de las soberanas!
Y, después de pronunciar estas palabras, Gilberto dejó a la reina todo el tiempo necesario para meditar su alcance.
La reina guardó durante algunos minutos un silencio interrumpido tan sólo por su respiración entrecortada.
—Caballero —repuso, al fin—, después de oír todo cuanto me habéis dicho, debo creer que sois un enemigo mortal.
—O un amigo a toda prueba, señora.
—Imposible, caballero: la amistad no puede vivir junto al temor o la desconfianza.
—Señora, la amistad del súbdito a la reina no puede vivir sino por la confianza que aquél le inspira. Sin duda os habréis dicho ya que no es enemigo aquel a quien a la primera palabra se priva del medio de hacer daño, sobre todo cuando él mismo se prohíbe el uso de sus armas.
—¿Se podrá creer lo que decís ahora, caballero? —preguntó la reina con inquietud, fijando en el doctor una mirada penetrante.
—¿Por qué no habéis de creer, señora, teniendo todas las pruebas de mi sinceridad?
—Se cambia de idea, caballero, se cambia.
—Señora, he hecho el voto que ciertos hombres ilustres en el manejo de las armas peligrosas solían hacer antes de tomar parte en una expedición. Yo no me valdré jamás de mis ventajas sino para rechazar las faltas que
quieran atribuirme, *no por ofensa, sino por defensa:* tal es mi divisa.
—¡Ay de mí! —exclamó la reina, humillada.
—Os comprendo, señora. Sufrís al ver que vuestra alma está en manos del médico, vos que os resistíais a veces a la idea de abandonar vuestro cuerpo. Tened valor, tened confianza, pues aquel que os ha dado hoy la prueba de longanimidad que habéis recibido de mí; no quiere más que aconsejaros bien. Quiero amaros, señora, y también que os amen, y discutiré con vos las ideas que ya he comunicado al rey.
—¡Doctor, tened cuidado! —dijo gravemente la reina—. Me habéis cogido en un lazo, y después de haber intimidado a la mujer creéis poder dominar a la reina.
—No, señora —contestó Gilberto—, no soy un miserable especulador. Tengo mis ideas; comprendo que tengáis las vuestras, y rechazo desde ahora la acusación que me haríais eternamente de haberos intimidado para subyugar vuestra razón. Aun diré más, y es que sois la primera mujer en que encuentro a la

vez todas las pasiones de ésta y todas las facultades dominadoras del hombre; de modo que podéis ser a la vez una mujer y un amigo, encerrándose en vos toda la humanidad en caso necesario. Os admiro y os serviré, sin recibir nada de vos, y únicamente para estudiaros, señora. Aun haré más en vuestro obsequio: en el caso de que yo os pareciera un mueble de palacio demasiado molesto, y suponiendo que la impresión causada por la escena de hoy no se borre de vuestra memoria, os rogaré y os pediré que me alejéis.

—¡Que os aleje! —exclamó la reina con una alegría que no escapó a Gilberto.

—¡Pues bien! Asunto concluido, señora —repuso el doctor con admirable sangre fría—. Ni siquiera diré al rey lo que debía decirle, y me marcharé. ¿Será necesario que vaya muy lejos para tranquilizaros, señora?

La reina le miró, sorprendida de esta abnegación.

—Ya veo —añadió el doctor—, lo que Vuestra Majestad piensa. Más instruida de lo que se cree acerca de esos, misterios de la influencia magnética, que la espantaban hace poco, Vuestra Majestad se dice que desde lejos podré ser también peligroso.

—¿Cómo es eso? —preguntó la reina.

—Sí: repito, señora, que si alguien quisiese hacer daño a cualquiera por los medios que censuráis en mis maestros y en mí, que a una milla o a tres pasos; pero no temáis nada, señora, pues yo no lo haré.

La reina permaneció un momento pensativa, no sabiendo qué contestar a aquel hombre extraño que así hacía vacilar sus más resueltos propósitos.

De repente, un rumor de pasos en el fondo de los corredores hizo levantar la cabeza a María Antonieta.

—¡El rey —dijo—, el rey viene!

—Pues entonces, señora, os ruego que me contestéis. ¿Debo quedarme o marcharme?

—Pero...

—Apresuraos, señora, pues si lo deseáis puedo evitar que el rey me vea. Vuestra Majestad me indicará una puerta para retirarme.

—Quedaos —dijo la reina.

Gilberto se inclinó, mientras que María Antonieta procuraba leer en sus facciones hasta qué punto el triunfo sería más revelador de lo que había sido la cólera o la inquietud.

Gilberto permaneció impasible.

—Por lo menos —se dijo la reina—, hubiera debido manifestar alegría.

## XXXIII

## EL CONSEJO

El rey entró vivamente, aunque con pesadez, según su costumbre.

Tenía el aire de un hombre atareado y afanoso, que contrastaba singularmente con la rigidez helada del aspecto de la reina.

Los frescos colores del rey no le habían abandonado, madrugador y muy orgulloso de su buena salud al respirar el aire de la mañana, resoplaba ruidosamente, apoyando con vigor su pie en el suelo.

—¿Y el doctor? —preguntó—. ¿Dónde está el doctor?

—Buenos días, señor. ¿Cómo seguís esta mañana? ¿Estáis muy cansado?

—He dormido seis horas, según costumbre, y me siento muy bien; tengo despejada la cabeza. Vos estáis un poco pálida, señora. Me han dicho que habíais enviado a llamar al doctor.

—Hele aquí —contestó la reina, señalando la ventana, en la que el doctor se había disimulado hasta entonces.

La frente del rey pareció aclararse al punto.

—¡Ah! Se me olvidaba —exclamó—, habéis enviado a llamar al doctor, y esto quiere decir que sufrís.

La reina se ruborizó.

—¿Os ruborizáis? —preguntó Luis XVI.

Las mejillas de María Antonieta tomaron el color de la púrpura.

—¿Algún secreto más? —preguntó el rey.

—¿Qué secreto, caballero? —interrumpió la reina con altivez.

—No me entendéis. Quiero decir que vos, teniendo vuestros médicos favoritos, no podéis haber llamado al doctor Gilberto, a no ser por el deseo que yo conozco...

—¿Qué deseo?

—El de ocultarme siempre la verdad cuando sufrís.

—¡Ah! —exclamó la reina, un poco más tranquila.

—Sí —continuó Luis XVI—, pero tened cuidado, porque el señor Gilberto es uno de mis confidentes, y si le contáis alguna cosa me la comunicará.

—¡Oh! En cuanto a eso, no, señor —dijo el doctor sonriendo.

—Bien: he aquí que la reina pervierte a mi gente.

María Antonieta no pudo reprimir una de esas ligeras risas ahogadas que solamente significan que se quiere interrumpir la conversación, o que ésta cansa mucho.

Gilberto comprendió; pero no el rey.

—Veamos, doctor —dijo—, ya que esto divierte a la reina, contadme lo que os decía.

—Preguntaba al doctor —interrumpió a su vez María Antonieta—, por qué le habíais enviado a llamar tan de mañana. Confieso ingenuamente que su presencia en Versalles, desde las primeras horas de la mañana, me preocupa y me inquieta.

—Esperaba al doctor —repuso el rey, entristeciéndose—, para hablar de política con él.
—¡Ah! Muy bien —dijo la reina.
Y tomó asiento como para escuchar.
—Venid, doctor —dijo Luis XVI, dirigiéndose hacia la puerta.
Gilberto saludó profundamente a la reina y dispúsose a seguir al rey.
—¿Adonde vais? —preguntó María Antonieta—. ¡Cómo! ¿Os marcháis ya?
—No vamos a conversar de cosas muy alegres, señora —contestó el doctor—, y mejor es evitaros un cuidado más.
—¡Llamáis cuidados a los dolores! —exclamó majestuosamente la reina.
—Razón de más, señora.
—Permaneced aquí: yo lo quiero, señor Gilberto. Supongo que no me desobedeceréis.
—¡Señor Gilberto, señor Gilberto, señor Gilberto! —gritó el rey con acento de enojo.
—Y bien; ¿qué deseáis? —preguntó la reina.
—¡Eh! —exclamó el rey—. El señor Gilberto debía darme un consejo y hablar libremente conmigo según su conciencia; y el doctor no lo hará.
—¿Por qué? —preguntó la reina.
—Porque estaréis aquí, señora.
Gilberto hizo un ademán, al que María Antonieta dio al punto una significación importante.
—¿Y en qué se expone el señor Gilberto a incurrir en mi desagrado —repuso la reina, como para apoyarle—, si habla según su conciencia?
—Esto es fácil de comprender, señora —contestó el rey—, tenéis vuestra política propia, que no es siempre la nuestra... De modo que...
—De modo que el señor Gilberto, y vos mismo me lo decís claramente, no está nada conforme con mi política.
—Eso debe ser, señora —replicó Gilberto—, dadas las ideas que Vuestra Majestad me conoce; pero podéis estar bien segura de que diré la verdad tan libremente delante de Vuestra Majestad como en presencia del rey.
—¡Ah! Siempre es alguna cosa —replicó María Antonieta.
—No conviene decir siempre la verdad —se apresuró a murmurar Luis XVI.
—¿Y si es útil? —preguntó Gilberto.
—O solamente bien intencionada —añadió la reina.
—En cuanto a esto, no lo pondremos en duda —dijo Luis XVI—, pero si fuerais juiciosa, señora, permitiríais al doctor la completa libertad de lenguaje... que yo necesito.
—Señor —repuso Gilberto—, puesto que la reina reclama por sí misma la verdad, y puesto que conozco el carácter de Vuestra Majestad, demasiado noble para temerla, prefiero hablar delante de mis dos soberanos.
—Señor —dijo la reina—, yo lo pido así.
—Tengo fe en el buen juicio de Vuestra Majestad —replicó Gilberto inclinándose ante la reina—, se trata de la dicha y de la gloria del rey.
—Bien hacéis en tener fe —dijo la reina—. Comenzad, caballero.

—Todo esto es muy hermoso —continuó el rey, que porfiaba según su costumbre—, pero, en fin, la cuestión es delicada, y sé muy bien que, en cuanto a mí, me entorpeceríais mucho.
La reina no pudo reprimir un movimiento de impaciencia; levantóse, y volvió a sentarse, fijando su mirada rápida y fría en el doctor como para sondear su pensamiento.
Luis XVI, viendo que no quedaba medio alguno de escapar de la cuestión ordinaria y extraordinaria, sentóse en su sillón frente a Gilberto, exhalando un profundo suspiro.
—¿De qué se trata? —preguntó la reina cuando se hubo constituido así aquella especie de consejo.
El doctor miró al rey otra vez, como pidiéndole autorización para hablar libremente.
—¡Decid, Dios mío, decid!, puesto que la reina lo quiere así.
—Pues bien, señora —dijo Gilberto—, instruiré en pocas palabras a Vuestra Majestad del objeto de mi visita matinal a Versalles. Quería aconsejar a Vuestra Majestad que fuese a París.
Una chispa que hubiese caído sobre las cuarenta mil libras de pólvora encerradas entonces en la Casa Ayuntamiento no hubiera ocasionado la explosión que estas palabras produjeron en el corazón de la reina.
—¡El rey en París! ¡El rey! ¡Ah!
Y profirió un grito de horror que hizo estremecer a Luis XVI.
—¡Vaya! —exclamó el rey, mirando a Gilberto—. ¿Qué os decía yo, doctor?
—¡El rey —continuó la reina—, el rey en una ciudad entregada a la revolución; el rey en medio de las picas y de las hoces; el rey entre esos hombres que han degollado a los suizos, asesinando al señor de Launay y al señor de Flesselles; el rey atravesando la plaza de la Casa Ayuntamiento y pisando la sangre de sus defensores?... ¡Sois un insensato, caballero, por haber hablado así! ¡Oh! Os lo repito; sois un insensato.
Gilberto bajó los ojos, como hombre a quien el respeto contiene; pero no contestó una palabra.
El rey, agitado hasta el fondo del alma, se revolvió en su sillón como un atormentado sobre la parrilla de los inquisidores.
—¿Es posible —prosiguió la reina—, que semejante idea haya penetrado en una cabeza inteligente, en un corazón francés? ¡Cómo, caballero! ¿Acaso no sabéis que habláis con el sucesor de san Luis, al biznieto de Luis XIV?
El rey golpeaba la alfombra con el pie.
—No supongo, sin embargo —prosiguió la reina—, que os propongáis retirar al rey el auxilio de sus guardias y de su ejército; que tratéis de hacerle salir de su palacio, que es una fortaleza, para exponerle solo e indefenso a los ataques de sus enemigos encarnizados; y que no deseáis, en fin, que asesinen al rey. ¿No es verdad, señor Gilberto?
—Si yo creyera que Vuestra Majestad pudiese tener un instante la idea de que soy capaz de semejante traición, no sería un insensato, sino que me tendría por un miserable; pero, a Dios gracias, señora, dais tan poco crédito como yo a

semejante cosa. No: he venido a dar este consejo a mi rey porque creo que el consejo es bueno.
La reina crispó los dedos sobre su seno con tal violencia, que casi rasgó la batista bajo su presión.
El rey se encogió de hombros con un ligero movimiento de impaciencia.
—¡Pero, por Dios! —exclamó—. ¡Escuchadle, señora, pues siempre estaremos a tiempo de contestar negativamente cuando le hayáis oído!
—El rey tiene razón, señora —dijo Gilberto—, ya que no sabéis lo que tengo que decir a Vuestras Majestades. Creéis, señora, hallaros en medio de un ejército seguro, fiel y dispuesto a morir por sus reyes; pero esto es un error, pues entre los regimientos franceses, la mitad conspiran con los regeneradores en favor de la idea revolucionaria.
—¡Caballero! —exclamó la reina—. Tened cuidado, pues insultáis al ejército.
—Todo lo contrario, señora —repuso el doctor—, hago su elogio. Se puede respetar a la reina y consagrarse al rey sin perder el amor a la patria y favoreciendo su libertad.
La reina fijó en Gilberto una mirada brillante como un relámpago.
—Caballero —dijo—, ese lenguaje...
—Sí, este lenguaje os ofende, señora, lo comprendo, pues, según toda probabilidad Vuestra Majestad le oye por primera vez.
—Será necesario acostumbrarse —murmuró Luis XVI con el buen sentido resignado que constituía su fuerza principal.
—¡Jamás! —exclamó María Antonieta—. ¡Jamás!
—¡Veamos: escuchad, escuchad! —dijo el rey—. A mí me parece que el doctor tiene razón en lo que dice.
La reina volvió a sentarse estremeciéndose.
Gilberto continuó:
—Decía, pues, señora, que he visto París, y que vos no habéis visto ni siquiera Versalles. ¿Sabéis lo que el pueblo quiere hacer en este momento?
—No —dijo el rey con inquietud.
—Supongo que no quiere tomar la Bastilla por segunda vez —dijo la reina con desdén.
—Seguramente que no, señora —repuso Gilberto—, pero París sabe que hay otra fortaleza entre el pueblo y su rey, y se propone reunir los diputados de los cuarenta y ocho distritos que le componen para enviarlos a Versalles.
—¡Que vengan, que vengan! —exclamó la reina con loca alegría—. ¡Oh! ¡Serán bien recibidos!
—Esperad, señora —contestó Gilberto—, y advertid que esos diputados no vendrán solos.
—¿Quién los acompañará?
—Vendrán apoyados por veinte mil hombres de guardias nacionales.
—¿De guardias nacionales? —preguntó la reina—. ¿Qué es eso?
—¡Ah, señora! No habléis ligeramente de esta institución, pues algún día será una potencia que hará y deshará.
—¡Veinte mil hombres! —exclamó el rey.

—¡Oh caballero! —replicó la reina a su vez—. Aquí tenéis diez mil que valen tanto como cien mil revoltosos. Llamadlos, llamadlos: los veinte mil bribones hallarán aquí su castigo y el ejemplo que necesita toda esa hez revolucionaria, que yo barrería en una semana si me escuchasen solamente una hora.
Gilberto movió la cabeza con triste expresión.
—¡Oh señora! —dijo—. ¡Cómo os engañáis, más bien, cómo os han engañado! ¡Ay de mí! ¡Reflexionad lo que sería la guerra civil provocada por una reina! Solamente una la hizo, y llevó consigo a la tumba el terrible epíteto de *extranjera*.
—¿Provocada por mí, caballero! —dijo el rey—. En vez de aconsejar la violencia, escuchad primero la razón.
—¡La debilidad, querréis decir!
—Veamos, Antonieta, escuchad —dijo el rey con tono severo—, no es cuestión de poca importancia la llegada de veinte mil hombres, que sería necesario ametrallar aquí.
Y volviéndose hacia Gilberto añadió:
—Continuad, caballero, continuad.
—Evitad para el rey, y para vos misma, señora —dijo el doctor—, todos esos odios que se enardecen por el alejamiento, todas esas fanfarronadas que pueden convertirse en valor alguna vez, toda esa confusión de una lucha cuyo resultado es incierto, pues por la dulzura podréis impedir esa llegada, que vuestras violencias acelerarán tal vez. La multitud quiere venir a buscar al rey; evitémoslo, dejando al soberano ir al encuentro de la multitud; rodeado hoy de su ejército, permitidle dar mañana una prueba de osadía y de espíritu político. Esos veinte mil hombres de que hablamos podrían tal vez conquistar al rey; dejad al soberano ir solo a conquistar a los veinte mil nombres, porque ellos, señora, representan el pueblo.
El rey no pudo menos de hacer una señal de asentimiento, que María Antonieta sorprendió al paso.
—¡Desgraciado! —dijo a Gilberto—. Pero ¿no sabéis lo que significará la presencia del rey en París en las condiciones en que la solicitáis?
—Hablad, señora.
—Esto querrá decir: «Apruebo; habéis hecho bien al matar mis suizos, al asesinar mis oficiales; habéis hecho bien al recorrer a sangre y fuego mi hermosa capital y al destronarme por último. ¡Gracias, señores, gracias!»
Y una sonrisa desdeñosa entreabrió los labios de María Antonieta.
—No, señora —replicó Gilberto—: Vuestra Majestad se engaña.
—¡Caballero!
—Esto querrá decir: Ha habido alguna justicia en el dolor del pueblo. Vengo a perdonar, porque soy el jefe y el rey. Yo soy quien está a la cabeza de la revolución francesa, como en otro tiempo Enrique III se puso a la cabeza de la Liga. Vuestros generales son mis oficiales; vuestros guardias nacionales, mis soldados; y vuestros magistrados, mis agentes de justicia; en vez de excitarme, seguidme si podéis, y mi proceder demostrará una vez más que soy el rey de Francia, el sucesor de Carlomagno.
—Tiene razón —dijo el rey con tristeza.

—¡Oh! —exclamó la reina—. ¡Señor, por compasión, no escuchéis a ese hombre, porque ese hombre es vuestro enemigo!
—Señora —replicó Gilberto—, Su Majestad podrá deciros por sí misma lo que piensa de mis palabras.
—Pienso, caballero —dijo el rey—, que hasta aquí sois el único que ha osado decirme la verdad.
—¡La verdad! —exclamó la reina—. ¡Oh! ¡Qué decís, gran Dios!
—Sí, señora —repuso Gilberto—, y creed bien que la verdad en este instante es la única antorcha que puede impedir que caigan en el abismo el trono y la monarquía.
Al pronunciar estas palabras, Gilberto se inclinó humildemente hasta las rodillas de María Antonieta.

## XXXIV

## DECISIÓN

Por primera vez, la reina pareció profundamente conmovida. ¿Era esto debido al razonamiento, o a la humildad del doctor?

Por lo demás, el rey se había levantado con aire resuelto y pensaba en la ejecución.

Sin embargo, por la costumbre que tenía de no hacer nada sin consultar con la reina, dijo:

—Señora, ¿aprobáis...?

—Preciso será, señor —contestó María Antonieta.

—No os pido abnegación —dijo el rey con impaciencia.

—Pues ¿qué pedís entonces?

—Una convicción que fortifique la mía.

—¿Me pedís una convicción?

—Sí.

—¡Oh! Si no es más que eso, convencida estoy, señor.

—¿De qué?

—De que ha llegado el momento de hacer de la monarquía el Estado más deplorable y más envilecido del mundo.

—¡Oh! —exclamó el rey—. Exageráis. Deplorable, no lo niego; pero envilecido, es imposible.

—Caballero —dijo con triste expresión María Antonieta—, los reyes vuestros abuelos os han legado una sombría herencia.

—Sí —contestó Luis XVI—, una herencia de que os hago participar, bien a pesar mío, señora.

—Permita Vuestra Majestad —dijo Gilberto, que en el fondo del corazón compadecía el gran infortunio de aquellos soberanos caídos—, permítame creer que no hay motivo para que Vuestra Majestad vea el porvenir tan espantoso como dice. Ha cesado la monarquía despótica, y ahora comienza el imperio constitucional.

—¡Eh, caballero! —exclamó el rey—. ¿Soy acaso yo el hombre que se necesita para fundar en Francia semejante imperio?

—¿Por qué no, señor? —preguntó la reina, algo consolada por las palabras de Gilberto.

—Señora —repuso el rey—, soy hombre de buen sentido a la vez que sabio; veo claro, en vez de esforzarme para ver turbio, y sé precisamente todo lo que no necesito saber para administrar este país. Desde el día en que se me precipite desde lo alto de la inviolabilidad de los príncipes absolutos, desde el día en que se deje a descubierto en mí al hombre sencillo, perderé toda la fuerza ficticia, única que era necesaria para el gobierno de Francia, puesto que, en rigor, Luis XIII, Luis XIV y Luis XV se sostuvieron perfectamente gracias a dicha fuerza. ¿Qué necesitan los franceses hoy? Un amo: yo no me siento capaz más que para

ser un padre ¿Qué necesitan los revolucionarios? Un puñal: yo no me siento con fuerza para herir.
—¡No os sentís con fuerza para herir! —exclamó la reina—. ¿No la tenéis para castigar a los que os arrebatan los bienes de vuestros hijos y quieren romper sobre vuestra frente, uno tras otro, todos los florones de la corona de Francia?
—¿Qué podría contestaros? —replicó Luis XVI con calma—. Si digo que *no*, suscitaré de nuevo en vuestra alma las tempestades que acibaran mi vida. Vos sabéis odiar. ¡Oh! Tanto mejor para vos. Hasta sabéis ser injusta, y no os censuro por ello, porque es una gran cualidad en los dominadores.
—¿Os parezco acaso injusta respecto a la revolución? Decid.
—A fe mía que sí.
—¡Decís que *sí,* señor!
—Si fuerais simple ciudadana, querida Antonieta, no hablaríais como lo hacéis.
—Pero no lo soy.
—He aquí por qué os dispenso; pero esto no quiere decir que os apruebe. No, señora, no: debéis resignaros. Hemos ocupado el trono de Francia en un momento de tormenta, y nos faltaría fuerza para empujar hacia adelante ese carro armado de hoces que llaman la revolución; pero esa fuerza nos falta.
—¡Tanto peor —exclamó María Antonieta—, porque pesará sobre nuestros hijos!
—¡Ay de mí! Ya lo sé; pero, en fin, no le empujaremos.
—Se le hará retroceder, señor.
—¡Oh! —exclamó Gilberto, con acento profundo—. Tened cuidado, señora, porque al retroceder os aplastaría.
—Caballero —dijo la reina con impaciencia—, observo que os permitís mucha franqueza con vuestros consejos.
—Me callaré, señora.
—¡Oh Dios mío! —replicó el rey—. Dejadle decir. Si no ha leído cuanto os dice en veinte diarios que lo repiten hace ocho días, es porque no ha querido leerlo; y debéis agradecerle, cuando menos, que no mezcle la amargura con la verdad de su palabra.
María Antonieta guardó silencio, y después, exhalando un doloroso suspiro, dijo:
—En resumen, repetiré que ir a París por vuestra propia voluntad es sancionar cuanto se ha hecho.
—Sí —dijo el rey—, bien lo sé.
—Es humillar a vuestro ejército cuando se disponía a defenderos, es renegar de él.
—Es evitar el derramamiento de sangre francesa —repaso el doctor.
—Es declarar para lo futuro —dijo la reina—, que el motín y la violencia podrían imprimir a las voluntades del rey la dirección que convenga a los revoltosos y a los traidores.
—Señora, creo que habéis tenido la bondad de confesar hace poco que os dabais por convencida.
—Sí, hace un instante, lo confieso, se levantó ante mí una punta del velo; pero ahora, ¡oh doctor!, ahora vuelvo a ser ciega, como vos decís, y prefiero ver en mi interior los esplendores a que me acostumbraron mi educación, la tradición y la

historia; prefiero verme siempre reina más bien que reconocerme mala madre para ese pueblo que me injuria y que me odia.
—¡Antonieta, Antonieta! —exclamó Luis XVI, atemorizado al ver la súbita palidez que acababa de cubrir las mejillas de la reina y que no era sino el presagio de un violento acceso de cólera.
—¡Ah! No, señor, no: quiero hablar —contestó la reina.
—¡Cuidado, señora!
Y, con una ligera señal, el rey mostraba el doctor a María Antonieta.
—¡Oh! —exclamó la reina—. El señor sabe todo cuanto voy a decir... sabe sabe hasta lo que pienso —añadió, recordando con amargura la escena entre ella y Gilberto—, y, por lo tanto, no sé por qué había de contenerme. Este caballero, por otra parte, es el elegido por nosotros para confidente, e ignoro por qué debería temer cosa alguna. Yo sé que os llevan, señor; yo sé que os impelen, semejante al desgraciado príncipe de mis queridas baladas alemanas... ¿Dónde vais?... ¡Lo ignoro; pero vais, vais a un sitio de donde no volveréis jamás!
—¡Oh señora! No: yo voy buenamente a París —contestó Luis XVI.
María Antonieta se encogió de hombros.
—¿Creéis que estoy loca? —preguntó con voz sorda e irritada—. Vais a París: está bien; pero ¿quién os dice que París no es ese abismo que yo no veo, aunque lo adivino? ¿Por qué en el tumulto que se producirá necesariamente en torno vuestro no habrían de mataros? ¿Quién sabe de dónde viene la bala perdida? ¿Quién sabe, entre mil puños amenazadores, cuál está armado de un cuchillo?
—¡Oh! Por esa parte, señora —exclamó el rey—, no temáis cosa alguna, porque me aman.
—¡Oh! No digáis eso, porque me inspiráis lástima, señor. ¡Os aman, y matan y asesinan a los que os representan en la tierra; a vos, un rey, la imagen de Dios! ¡Pues bien: el gobernador de la Bastilla era vuestro representante, era la imagen del rey! Creedlo bien: yo no exagero las cosas: si han matado a de Launay, ese valeroso y fiel servidor, lo mismo hubiera hecho con voz si hubieseis estado en su lugar, y esto mucho más fácilmente, porque os conocen y saben que, en vez de defenderos, hubierais presentado el pecho.
—Continuad —dijo el rey.
—Me parece haber concluido, señor.
—¿Me matarán?
—Sí.
—Y bien...
—¡Y mis hijos! —exclamó la reina.
Gilberto pensó que ya era tiempo de intervenir.
—Señora —dijo—, el rey será tan locamente respetado en París, y su presencia dará origen a tales transportes, que, si algún temor tengo, no es por el rey, sino por los fanáticos capaces de dejarse aplastar bajo los pies de sus caballos como los faquires indos bajo las ruedas del carro de su ídolo.
—¡Oh caballero, caballero! —exclamó María Antonieta.
—Esa marcha a París será un triunfo, señora.
—Pero, señor, vos no contestáis.
—Es porque participo un poco de la opinión del doctor.

—Y estáis impaciente por disfrutar del triunfo, ¿no es verdad? —exclamó la reina.
—En tal caso, el rey tendría razón, y esa impaciencia probaría el sentido profundamente recto con que Su Majestad juzga los hombres y las cosas. Cuanto más se apresure el rey, mayor será su triunfo.
—¿Creéis eso, caballero?
—Seguro estoy de ello; pero si el rey tarda perderá tal vez todo el beneficio de la espontaneidad. Es dado, pensadlo bien, señora, tomar en otra parte la iniciativa de una demanda que entonces cambiaría, a los ojos de los parisienses, la posición de Vuestra Majestad, haciéndola atemperarse en cierto modo a una orden.
—¡Veis! —exclamó la reina—. El doctor confiesa: os mandarán. ¡Oh señor! ¡No lo estáis viendo!
—El doctor no dice que hayan mandado, señora.
—¡Paciencia, paciencia! Perded el tiempo, señor, y la demanda, o más bien la orden, no tardará en llegar.
Gilberto oprimió ligeramente los labios, con una expresión de contrariedad que la reina sorprendió al punto, por rápida que fuera.
—¿Qué he dicho? —murmuró—, pobre loca que soy; he hablado contra mí misma.
—¿En qué, señora? —preguntó el rey.
—En que por una dilación os haré perder el beneficio de vuestra iniciativa, y, sin embargo, debo pedírosla.
—¡Ah, señora, señora! Pedid cuanto gustéis, exigid lo que os plazca, todo menos eso. Antonieta, Antonieta —añadió moviendo la cabeza—, sin duda habéis jurado perderme.
—¡Oh! —contestó la reina con un acento de reprensión que revelaba todas sus angustias—. ¡Es posible que me habléis así!
—Pues ¿por qué hemos de retardar ese viaje? —preguntó el rey.
—Pensadlo bien, señora, pues en semejante circunstancia la oportunidad es el todo. Reflexionad qué peso tienen las horas que pasan en semejantes momentos, cuando todo un pueblo furioso las cuenta a medida que suenan.
—Hoy no, doctor. Y vos, señor, concededme de plazo hasta mañana, y os juro que no me opondré más a ese viaje.
—Un día perdido —murmuró el rey.
—Veinticuatro largas horas —añadió Gilberto—. Pensadlo, señora, pensadlo.
—Es preciso, es preciso, señor —dijo la reina con tono suplicante.
—Dadme una razón al menos —repuso el rey.
—Nada más que mi desesperación, señor, nada más que mis lágrimas y mis súplicas.
—Pero ¿se sabe qué sucederá de aquí a mañana? —preguntó el rey, trastornado al ver la desesperación de María Antonieta.
—¿Qué ha de suceder? —preguntó la reina, mirando a Gilberto con expresión suplicante.
—¡Oh! —exclamó el doctor—. Allí abajo, nada todavía.
Una esperanza, aunque fuese vaga como una nube, bastará para que aguarden hasta mañana; pero...

—Pero ¿será aquí? —replicó el rey.
—Sí, señor: aquí.
—¿La Asamblea?
Gilberto hizo una señal afirmativa.
—La Asamblea —continuó el rey—, que con hombres como Monnier, Mirabeau y Siéyés, será capaz de enviarme algún mensaje que me privará de todo el beneficio de mi buena voluntad.
—¡Pues bien! —exclamó la reina con sombrío furor—. Entonces, tanto mejor, porque así rehusaréis, conservando vuestra dignidad de rey; porque no iréis a París, y porque, si es necesario sostener aquí la guerra, la sostendremos; y si es forzoso morir aquí, moriremos; pero como personas ilustres, como reyes y señores, como cristianos que confían en el Dios de quien han recibido la corona.
Al ver aquella exaltación febril de la reina, Luis XVI comprendió que en aquel momento no quedaba más remedio que ceder.
Hizo una señal a Gilberto, y, adelantándose hacia María Antonieta, cuya mano cogió, díjole:
—Calmaos, señora: se hará como deseáis. Ya sabéis, querida esposa, que, por mi parte, no quisiera hacer nada que os fuese desagradable, porque os profeso el más legítimo cariño por vuestro mérito y, sobre todo, por vuestra virtud.
Y Luis XVI recalcó estas palabras con una expresión indefinible de nobleza, reanimando así con todas sus fuerzas a la reina tan calumniada, y esto en presencia de un testigo capaz de referir, en caso necesario, lo que había visto y oído.
Esta delicadeza conmovió profundamente a la reina, que, estrechando entre sus manos la del rey, contestó:
—¡Pues bien! Hasta mañana, señor, y no más tarde: es la última dilación, pero os la pido por favor de rodillas. Mañana, a la hora que os plazca, os juro que marcharéis a París.
—Cuidado, señora, porque el doctor es testigo —dijo el rey sonriéndose.
—Señor, jamás me habéis visto faltar a mi palabra —replicó la reina. -.
—No; solamente confieso una cosa.
—¿Cuál?
—Es que, resignada en el fondo, como parecéis estarlo, ansío saber por qué me pedís
—Veinticuatro horas de plazo. ¿Esperáis noticias de París o de Alemania? ¿Se trata...?
—No me interroguéis, señor.
El rey era tan curioso como Fígaro holgazán.
—¿Se trata de alguna llegada de tropas, de un refuerzo o de una combinación política?
—¡Señor, señor! —murmuró la reina con tono de reprensión.
—¿Se trata...?
—Absolutamente de nada —contestó la reina.
—Entonces ¿será un secreto?
—Pues bien: sí, secreto de mujer inquieta, y he aquí todo.
—Capricho, ¿no es verdad?

—Capricho, si así lo queréis.
—Ley suprema.
—Es verdad. ¿Por qué no ha de ser en política como en filosofía? ¿Por qué no ha de ser permitido a los reyes convertir sus caprichos políticos en leyes supremas?
—Ya llegaremos a ello, estad tranquila. En cuanto a mí, ya es otra cosa hecha —dijo el rey, como bromeando—. Sea hasta mañana.
—Sí, hasta mañana —dijo la reina con tristeza.
—¿Conserváis aquí al doctor, señora? —preguntó el rey.
—¡Oh! No, no —exclamó con una especie de viveza que hizo sonreír a Gilberto.
—Pues me le llevo.
Gilberto se inclinó por tercera vez ante María Antonieta, que ahora le devolvió su saludo más bien como mujer que como reina.
Y, encaminándose hacia la puerta, el doctor siguió al rey.
—Me parece —dijo Luis XVI al atravesar la galería—, que estáis en buen lugar con la reina, señor Gilberto.
—Señor, debo este favor a Vuestra Majestad.
—¡Viva el rey! —exclamaron los cortesanos que afluían ya en las antecámaras.
—¡Viva el rey! —repitió en el patio una multitud de oficiales y soldados extranjeros que se agrupaban en las puertas del palacio.
Estas aclamaciones, prolongándose y aumentando, produjeron en el corazón de Luis XVI una alegría que tal vez nunca había sentido en numerosas ocasiones.
En cuanto a la reina, sentada, como estaba, junto a la ventana, donde había pasado poco antes tan terribles momentos, cuando oyó los gritos de afecto y fidelidad que acogían al rey a su paso, extinguiéndose a lo lejos bajo los pórticos, no pudo menos de exclamar:
—¡Oh! ¡Sí, viva el rey; y el rey vivirá a pesar tuyo, infame París! ¡Abismo odioso, abismo sangriento, no atraerás esta víctima! ¡Yo te la arrancaré, yo, y mira: tan sólo, con este brazo tan débil y tan flaco que te amenaza en este momento, condenándote a la execración del mundo y a la venganza de Dios!
Al pronunciar estas palabras, con una violencia y una expresión de odio que hubiera intimidado a los más furiosos amigos de la revolución, si les hubiese sido dado ver y oír, la reina extendió en la dirección de París su débil brazo, resplandeciente bajo la blonda como una espada cuando se desnuda.
Después llamó a la señora de Campan, aquella de sus damas en quien más confianza tenía, y se encerró con ella en el gabinete, ordenando que no se permitiese entrar a nadie.

## XXXV

## LA COTA DE MALLA

El día siguiente amaneció brillante y puro como la víspera, y un sol deslumbrador doraba los mármoles y la arena de Versalles.
Las avecillas, agrupadas a miles en los primeros árboles del parque, saludaban con sus ruidosos gritos el nuevo día de calor y de alegría prometido a sus amores.
La reina, que se había levantado a las cinco, envió a decir al rey que tuviese la bondad de pasar por su habitación cuando se levantase.
Luis XVI, algo cansado por haber tenido que recibir a una diputación de la Asamblea que se había presentado la víspera, y a la cual no pudo menos de contestar (era el principio de los discursos), Luis XVI, decimos, había dormido algo más que de costumbre a fin de reparar su fatiga y para que no se dijese que la naturaleza perdía en él alguna cosa.
Por eso, apenas le hubieron vestido, recibió el recado de la reina, en el momento de ceñirse la espada.
—¡Cómo! —exclamó frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Está ya levantada la reina?
—¡Oh! Desde hace largo tiempo, señor.
—¿Está indispuesta aún?
—No, señor.
—Y ¿qué me quiere tan de mañana?
—Su Majestad no lo ha dicho.
Encontró a la reina ya vestida, como para una ceremonia, hermosa, pálida e imponente, y su esposa le acogió con esa fría sonrisa que brillaba como un sol de invierno en sus mejillas cuando en las grandes recepciones de la corte era necesario sonreír a la multitud.
El rey se desayunó con un poco de caldo y vino, y trasladóse después a la habitación de María Antonieta.
El rey no comprendió la tristeza de su mirada y de su sonrisa; preocupábale ya una cosa, y era la resistencia probable que encontraría en María Antonieta respecto al plan concertado en la víspera.
—Será algún nuevo capricho —pensaba.
Y he aquí por qué fruncía el ceño.
La reina no dejó de confirmar en él esta opinión por las primeras palabras que pronunció.
—Señor —dijo—, desde ayer he reflexionado mucho.
—¡Ea, ya estamos! —exclamó el rey.
—Tened la bondad de mandar que se retiren los que no son íntimos.
El rey, no sin murmurar, ordenó a sus oficiales que se retiraran.
Una sola de las damas de la reina, la señora de Campan, permanecía junto a Sus Majestades.
Entonces María Antonieta, apoyando sus dos hermosas manos en el brazo del rey, le preguntó:

—¿Por qué os habéis vestido ya del todo? No me parece bien.
—¡Cómo que no os parece bien! Y ¿por qué?
—¿No os había enviado a decir que no os vistieseis antes de pasar por aquí? Veo que ya lleváis puesta la casaca y ceñida la espada, y esperaba que hubieseis venido con bata.
Luis XVI miró a la reina muy sorprendido.
Este capricho despertaba en él una infinidad de ideas extrañas, cuya novedad misma hacía más probable lo inverosímil.
Su primer pensamiento fue la desconfianza y la inquietud.
—¿Qué tenéis? —preguntó la reina—. ¿Pretendéis retardar o impedir lo que convinimos ayer juntos?
—De ningún modo, señor.
—Os ruego que no tomemos más a broma un asunto de esta gravedad. Debo y quiero ir a París: ya no puedo dispensarme de ello. Tengo mi servicio organizado, y las personas que han de acompañarme están designadas ya.
—Señor, yo no pretendo nada; pero...
—Pensad —dijo el rey, animándose por grados, como para armarse de valor—, pensad que la noticia de mi viaje a París ha debido llegar ya a la capital; que el pueblo está preparado y me espera, y que los sentimientos muy favorables que la noticia de este viaje ha producido en los ánimos puede convertirse en una hostilidad desastrosa. En fin...
—Pero, señor, yo no os disputo lo que me hacéis el honor de manifestarme; me he resignado ayer, y resignada estoy ahora.
—Pues entonces, señora, ¿a qué vienen estos preámbulos?
—No hago ninguno.
—Dispensad. ¿Por qué esas preguntas sobre mi traje y mi proyecto?
—Sobre el traje sí —repuso la reina, intentando de nuevo otra sonrisa, que por lo forzada se hacía cada vez más triste.
—¿Qué vais a decir sobre mi traje?
—Quisiera, señor, que os despojarais de la casaca.
—¿Acaso no me sienta bien? Es de seda de color violeta. Los parisienses se han acostumbrado a verme así, y les agrada este color, sobre el cual sienta bien un cordón azul. ¿No lo habéis dicho vos misma muy a menudo?
—No tengo que oponer ninguna objeción respecto al color de vuestro traje.
—Pues ¿entonces?
—Quiero hablar del forro.
—Verdaderamente me dais que pensar con esa eterna sonrisa... El forro... ¡Vaya una chanza!...
—¡No me chanceo!
—¡Vamos! Ahora examináis mi casaca. ¿Os desagrada tal vez? Casaca blanca y plata, con las guarniciones que vos misma habéis bordado: es una de mis favoritas.
—No he dicho tampoco nada de la casaca.
—¡Qué singular sois! ¿Es acaso la chorrera, o la camisa de batista bordada. lo que os ofusca? ¡Oh! ¿No debo vestirme así para ir a ver mi buena ciudad de París?

Una amarga sonrisa dilató los labios de la reina, sobre todo el inferior, aquel que tanto se criticaba en la austriaca, y que esta, vez sobresalió más que de costumbre, como si estuviese henchido por todos los venenos del odio y de la cólera.

—No —dijo—, no critico vuestro hermoso traje, señor: nada tengo que decir sino contra el forro, siempre el forro.

—¡El de mi camisa bordada! ¡Ah! Explicaos de una vez.

—¡Pues bien! Voy a explicarme: el rey, odiado y molesto, que se dispone a lanzarse en medio de setecientos mil parisienses, embriagados con sus triunfos y sus ideas revolucionarias, el rey, digo, no es un príncipe de la Edad Media, y, sin embargo, debería hacer hoy su entrada en París con una buena coraza de hierro, protegido por una armadura de acero de Milán; debería, en fin, arreglarse de modo que ni una bala, ni una flecha, ni un cuchillo, ni una piedra, pudieran llegar hasta sus carnes.

—En el fondo es verdad —dijo el rey, pensativo—, pero, querida amiga, como yo no me llamo Carlos VIII, ni Francisco I, ni siquiera Enrique IV, y como la monarquía de hoy está desnuda bajo el terciopelo y la seda, no llevaré más que mi traje, o, mejor dicho, con un punto de mira que podrá servir de blanco a las balas, puesto que llevo la placa de las órdenes sobre el corazón.

La reina profirió un gemido ahogado.

—Señor —dijo—, comenzamos a entendernos; ya veréis, ya veréis que vuestra esposa no se chancea.

María Antonieta hizo una seña a madame Campan, que había permanecido en el fondo de la habitación, y la cual sacó de un cajón de la mesita de la reina un objeto ancho, plano y de forma oblonga, oculto bajo un paño de seda.

—Señor —dijo la reina—, el corazón del rey pertenece desde luego a Francia, es verdad; mas creo mucho que también es de su esposa y de sus hijos. Por mi parte, no quiero que este corazón esté expuesto a las balas de los enemigos, y he tomado mis medidas para librar de todo peligro a mi esposo, a mi rey y al padre de mis hijos.

Mientras que hablaba, desenvolvía el paño de seda, en cuyo interior veíase una especie de chaleco de mallas muy finas de acero, entrecruzadas con tan maravilloso arte, que aquello parecía más bien una tela árabe, por lo bien que el punto de la trama imitaba la seda, y por la soltura y elasticidad de los tejidos y del juego de las superficies.

—¿Qué es esto? —preguntó el rey.

—Miradlo bien, señor.

—Parece un chaleco.

—Sí, señor.

—Un chaleco cerrado hasta el cuello.

—Con una vuelta destinada, como ya veis, a doblar el cuello de la casaca o de la corbata.

El rey tomó el chaleco entre sus manos, y examinólo con curiosidad.

La reina, al ver aquella benévola atención, rebosaba de alegría.

El rey parecía contar con satisfacción cada una de las mallas de aquella red maravillosa, que ondulaba bajo sus dedos con la maleabilidad de un tejido de lana.
—¡Oh! —exclamó—. Este es un acero admirable.
—¿No es verdad que sí, señor?
—Y un trabajo milagroso.
—¿Os parece así?
—No sé verdaderamente donde habéis podido adquirir esto.
—Lo he comprado anoche a un hombre que desde hace largo tiempo me lo había ofrecido para el caso de que fuerais a campaña.
—¡Es admirable, admirable! —exclamó el rey, examinando otra vez el objeto como inteligente.
—Y esto debe sentaros como chaleco confeccionado por vuestro sastre.
—¿Lo creéis así?
—Probadle.
El rey, sin decir palabra, desabrochó su casaca de color violeta.
La reina temblaba de alegría; ayudó a Luis XVI a retirar la placa, y madame Campan hizo lo demás.
Sin embargo, el rey se desceñía él mismo la espada: cualquiera que en aquel momento hubiese podido contemplar el rostro de la reina, le hubiera visto aluminado de una de esas claridades triunfales que reflejan la felicidad suprema.
El rey se dejó quitar la corbata, bajo la cual, las delicadas manos de la reina deslizaron el cuello de acero.
Después, María Antonieta enganchó los broches de la cota, que tomaba admirablemente la forma del cuerpo, cubría las escotaduras, y estaba forrada por todas partes de una fina piel de búfalo para amortiguar la presión de las mallas sobre las carnes.
Aquel chaleco era más largo que una coraza, y protegía todo el cuerpo.
Puestas encima, la casaca y la camisa, cubríanle completamente, sin aumentar más que en media línea el grueso del cuerpo, y permitía todos los movimientos libremente.
—¿Pesa mucho? —preguntó la reina.
—No.
—Ved, pues, qué maravilla, rey mío. ¿No es verdad? —añadió María Antonieta batiendo palmas y dirigiéndose a madame Campan, que acababa de abotonar las mangas del rey.
La dama demostró su alegría tan ingenuamente como la reina.
—¡He salvado a mi rey! —exclamó la soberana—. Colocad esta coraza invisible sobre una mesa, tratad de perforarla con un cuchillo, o de agujerearla con una bala, y ya veréis. ¡Probad, probad!
—¡Oh! —exclamó el rey con aire de duda.
—¡Probad! —repitió la reina con entusiasmo.
—Lo haría de buena gana por curiosidad —dijo el rey.
—No lo hagáis, porque es inútil, señor.
—¡Cómo puede ser inútil que os pruebe la excelencia de vuestra maravilla?

—¡Ah! He aquí lo que son los hombres. ¿Creéis que yo hubiera dado fe al testimonio de otro, de una persona indecente, tratándose de la vida de mi esposo y de la salvación de Francia?
—Pues me parece que esto es lo que habéis hecho, Antonieta, puesto que disteis fe.
María Antonieta movió la cabeza con encantadora obstinación.
—Preguntad —repuso, señalando a su dama—, preguntad a esa buena señora Campan lo que ella y yo hemos hecho esta mañana.
—¿El qué, Dios mío? —preguntó el rey muy preocupado.
—Esta mañana, o, mejor dicho, anoche, y procediendo como dos locas, hemos alejado a toda la servidumbre para encerrarnos en la habitación de madame Campan, que se halla retirada en el fondo del último cuerpo del edificio de los pajes. Precisamente éstos marcharon ayer para preparar los alojamientos en Rambouillet, y nos aseguramos de que nadie podía sorprendernos antes de realizar nuestro propósito.
—¡Dios mío! Me inquietáis verdaderamente. ¿Qué designios eran los de esas dos Judith?
—Judith hizo menos —contestó la reina—, y no tanto ruido, sobre todo. A no ser así, estaría muy en su lugar la comparación. Madame Campan tenía el saco que encerraba la cota de malla, y llevaba un largo cuchillo de caza alemán de mi padre, esa hoja infalible que tantos jabalíes mató.
—¡Judith, siempre Judith! —dijo el rey sonriéndose.
—¡Oh! Judith no tenía la pesada pistola que tomé entre vuestras armas, y que mandé cargar a Weber.
—¡Una pistola!
—Sin duda. Era preciso vernos en medio de la noche, temblorosas y perturbadas al menor ruido, evitando encontrarnos con indiscretos, y deslizándonos como dos ratones golosos por los corredores desiertos.
Madame Campan cerró tres puertas, aplicando colchones en la última; colgamos la cota de malla en la pared, sobre el maniquí que sirve para colocar mis vestidos; y yo, con mano firme, os lo juro, apliqué una cuchillada sobre la cota; la hoja de acero se dobló, saltando de mis manos, y fue a clavarse en el suelo con gran espanto nuestro.
—¡Diantre! —exclamó el rey.
—Esperad.
—¿No había agujero? —preguntó Luis XVI.
—Esperad, os repito. Madame Campan recogió la hoja y me dijo: «No sois bastante fuerte, señora, y vuestra mano temblaría tal vez: yo soy más robusta y vais a verlo». Después cogió el cuchillo, y descargó sobre el maniquí, fijo en la pared, un golpe tan bien aplicado, que mi pobre hoja alemana se partió en seco sobre las mallas. Mirad: aquí están los dos pedazos, señor, y quiero que os hagan un puñal con los restos.
—¡Oh! Esto es fabuloso —dijo el rey—. ¿Y no ha quedado la menor brecha?
—Un arañazo en el eslabón superior, y hay tres sobrepuestos.
—Quisiera verlo.
—Ya lo veréis.

Y la reina comenzó a despojar de su traje al rey con una presteza maravillosa, para hacerle admirar su buena idea y sus altos hechos.
—He aquí un espacio algo maltratado, según parece —dijo el rey, mostrando con el dedo una ligera depresión producida en una superficie de una pulgada, poco más o menos.
—Es la bala de la pistola, señor.
—¡Cómo! ¿Habéis disparado un pistoletazo con bala?
—Ved aquí el proyectil aplastado, negro aún. ¿Creéis ahora que vuestra existencia está segura?
—Sois un ángel tutelar —dijo el rey, comenzando a desabrochar lentamente el singular chaleco, para observar mejor la huella de la hoja del cuchillo y la señal de la bala.
—Juzgad de mi espanto, querido rey —dijo María Antonieta—, cuando debí disparar el tiro sobre la coraza; y aun era poca cosa hacer el ruido espantoso que tanto me intimida: lo peor fue que, al hacer fuego sobre la cota destinada a protegeros, parecíame que disparaba sobre vos mismo, tanto que temía ver un agujero en las mallas, con lo cual se perdía para siempre mi trabajo, mis esfuerzos y mi esperanza.
—¡Querida esposa —dijo Luis XVI, desabrochando completamente la cota—, cómo os lo agradezco!
Y dejó el objeto sobre una mesa.
—Y bien; ¿qué hacéis? —preguntó la reina.
La reina tomó la cota, presentándola por segunda vez al rey.
—No —dijo Luis XVI, con una sonrisa llena de gracia y de nobleza—, gracias.
—¿Rehusáis? —exclamó la reina.
—Rehuso.
—¡Oh! Pero reflexionad, señor.
—¡Señor!... —dijo la señora Campan con tono suplicante.
—¡Pero es la salvación, es la vida!
—Tal vez, tal vez —dijo el rey.
—Rehusáis el auxilio que Dios mismo nos envía.
—¡Basta, basta! —dijo el rey.
—¡Rehusáis de veras!
—Sí.
—¡Pero no veis que os matarán!
—Querida Antonieta, cuando los caballeros van a campaña, en este siglo XVIII, visten traje de paño, camisa y chupa, para recibir las balas; y cuando van al terreno del honor no conservan más que la camisa, lo cual es suficiente para la espada. Yo soy el primer caballero de mi reino, y no haré más ni menos que mis amigos; añadiré que allí donde ellos visten paño, sólo yo tengo derecho de llevar seda. Gracias, querida esposa; gracias, mi buena reina, gracias.
—¡Ah! —exclamó María Antonieta, a la vez desesperada y contenta—. ¡Qué lástima que no le haya podido oír su ejército!
En cuanto al rey, había acabado de vestirse tranquilamente, sin que, al parecer, notara el acto de heroísmo que acababa de llevar a cabo.

—¡Será una monarquía perdida —murmuró la reina— la que sabe tener orgullo en semejantes momentos!

## XXXVI

## LA MARCHA

Al salir de la habitación de la reina, el rey se vio rodeado inmediatamente de todos los oficiales y las personas de su servicio particular, designadas por él para hacer el viaje a París.

Eran los señores de Beauvau, de Villeroy, de Nesle y de Estaing. Gilberto esperó, confundido en medio de la multitud, a que Luis XVI le viese, aunque sólo fuera para dirigirle al paso una mirada.

Era visible que toda aquella gente estaba en la duda, y que no podía creer en la persistencia de semejante resolución.

—Después de almorzar, señores —dijo el rey—, marcharemos.

Y como divisase a Gilberto, añadió:

—¡Ah! Ya estáis ahí, doctor. ¡Muy bien! Sabed que vendréis conmigo.

—A vuestras órdenes, señor.

El rey pasó a su gabinete, donde trabajó dos horas.

Al cabo de este tiempo oyó misa con todo el personal de su servicio, y a eso de las nueve sentóse a la mesa.

Se almorzó con el ceremonial acostumbrado; pero la reina, a quien se vio después de la misa con los ojos hinchados y enrojecidos, quiso sentarse a la mesa, aunque sin comer nada, a fin de estar más tiempo con su esposo.

María Antonieta se había presentado con sus dos hijos, que algo conmovido ya, sin duda por los consejos maternales, paseaban sus miradas inquietas desde el rostro de su padre a la multitud de oficiales y guardias.

De vez en cuando, y obedeciendo a su madre, los niños enjugaban una lágrima que asomaba entre sus pestañas, y este espectáculo excitaba la compasión de los unos, la cólera de los otros y el dolor de todos.

El rey comió estoicamente; habló varias veces a Gilberto sin mirarle, y dirigió de continuo la palabra a la reina, siempre con un afecto profundo.

Por último, dio instrucciones a sus oficiales.

Terminaba ya su almuerzo, cuando le anunciaron que una numerosa columna de hombres a pie, procedente de París, aparecía en la extremidad de la gran avenida que desembocaba en la plaza de Armas.

En el instante mismo, oficiales y guardias se precipitaron fuera de la sala; y el rey levantó la cabeza y miró a Gilberto; mas, viendo que éste sonreía, acabó de almorzar tranquilamente.

La reina palideció e inclinóse hacia el señor de Beauvau para rogarle que se informase.

El señor de Beauvau salió precipitadamente, mientras que la reina se acercaba a la ventana.

Cinco minutos después, el señor de Beauvau entró.

—Señor —dijo al rey—, son los guardias nacionales de París, que al saber, por el rumor circulado en la capital, que Vuestra Majestad se proponía ir a ver a los

parisienses, se han reunido en número de unos diez mil para salir a vuestro encuentro, y, al ver que tardabais, han avanzado hasta Versalles.
—¿Qué intenciones parecen tener? —preguntó el rey.
—Las mejores del mundo —contestó el señor de Beauvau.
—¡No importa! —dijo la reina—. Cerrad las verjas.
—Guardaos bien de hacerlo —replicó el rey—. Basta que estén cerradas las puertas del palacio.
La reina, frunciendo el seño, dirigió una mirada a Gilberto.
El doctor la esperaba, pues la mitad de su predicción se había realizado: prometió la llegada de veinte mil hombres, y diez mil se presentaban ya.
El rey se volvió hacia el señor de Beauvau, y le dijo:
—Cuidad de que se dé un refresco a esa buena gente.
El señor de Beauvau bajó por segunda vez para trasmitir a los reposteros las órdenes del rey y volvió a subir.
—¿Qué hay? —preguntó Luis XVI.
—Que vuestros parisienses, señor, discuten vivamente con los señores guardias.
—¡Cómo! —repuso el rey—. ¿Hay discusión?
—¡Oh! De pura cortesía. Como han sabido que Su Majestad se propone marchar dentro de dos horas, quieren esperar para ir detrás de la carroza de Su Majestad.
—Pero ¿no van ellos a pie? —preguntó la reina.
—Sí, señora.
—Pues bien: el rey tiene su coche con buenos caballos, que van muy deprisa, y ya sabéis, señor de Beauvau, que a Su Majestad le agrada viajar con rapidez.
Estas palabras, así acentuadas, significaban:
—Poned alas en el coche del rey.
Luis XVI hizo un ademán para interrumpir el coloquio.
—Iré al paso —dijo.
La reina exhaló un suspiro, que parecía casi un grito de cólera.
—No es justo —añadió tranquilamente el rey— que haga correr a esa buena gente, después de haberse molestado para dispensarme este honor; iré al paso, y más despacio aún, a fin de que todo el mundo pueda seguirme.
Los presentes manifestaron su admiración por un murmullo aprobador; pero al mismo tiempo se notó en varias fisonomías el reflejo de la reprobación que se manifestaba claramente en las facciones de la reina por aquella bondad de alma que ella consideraba como una debilidad.
De pronto se abrió una ventana.
La reina volvió la cabeza con asombro: era. Gilberto, que en su calidad de médico hacía uso de su derecho, mandando abrir todo para renovar el aire del corredor, viciado por el olor de los manjares y la respiración de más de cien personas.
El doctor se colocó detrás de las cortinillas de aquella ventana abierta, y por ella se oyeron las voces de la multitud reunida en el patio.
—¿Qué es eso? —preguntó el rey.
—Señor, son los guardias nacionales, que están en medio del sol y que deben tener mucho calor.

—¿Por qué no invitarlos a venir a almorzar con el rey? —dijo en voz baja a la reina uno de sus favoritos.
—Sería necesario conducirlos a la sombra, al patio de mármol, bajo los vestíbulos, y a dondequiera que haya un poco de frescura —dijo el rey.
—¡Diez mil hombres bajo los vestíbulos! —exclamó la reina.
—Repartidos por todas partes, ya cabrán —dijo el rey.
—¡Repartidos por todas partes! —exclamó María Antonieta—. Pero, señor, vais a enseñarles hasta el camino de vuestra alcoba.
Profecía del espanto que debía realizarse en el mismo Versalles antes que transcurrieran tres meses.
—Muchos llevan niños consigo, señora —dijo con suavidad Gilberto.
—¿Niños? —preguntó la reina.
—Sí, señora; muchos han traído sus hijos como para un paseo, y van vestidos de pequeños guardias nacionales: tanto es el entusiasmo por la nueva institución.
La reina abrió la boca; pero casi al punto inclinó la cabeza.
Había tenido intención de pronunciar una buena palabra; pero el orgullo y el odio la contuvieron.
Gilberto la miró atentamente.
—¡Eh! —exclamó el rey—. Se ha de mirar por esos pobres niños. Cuando se traen los hijos consigo, es porque no se desea hacer daño a un padre de familia, y razón demás para ponerlos a la sombra.
Gilberto, moviendo ligeramente la cabeza, pareció decir a la reina, que había guardado silencio:
—He ahí, señora, he ahí lo que hubierais debido decir: os he proporcionado la ocasión; se hubiera repetido la frase, y ganabais dos años de popularidad.
La reina comprendió este mudo lenguaje de Gilberto, y su frente se cubrió de rubor.
Notó su falta, pero excusóse al punto a sí propia por un sentimiento de orgullo, que fue su contestación a Gilberto. Entretanto, el señor de Beauvau comunicaba a los guardias nacionales las palabras del rey.
Entonces se oyeron gritos de alegría y las bendiciones de aquella multitud armada, admitida, según las órdenes de Luis XVI, en el interior del palacio.
Las aclamaciones y los *vivas* ascendieron como un torbellino hasta los dos esposos, tranquilizándolos sobre las disposiciones de aquel París tan temido.
—¿Qué orden señala Vuestra Majestad para su escolta? —preguntó el señor de Beauvau.
—¿Y esa discusión de la guardia nacional con mis oficiales?
—¡Oh señor! Se ha desvanecido, está terminada. Esa buena gente se considera tan feliz, que dice ahora: «Iremos adonde nos lleven. El rey es tan nuestro como de los demás, y dondequiera que vaya, será de nosotros».
El rey miró a María Antonieta, cuyo desdeñoso labio dilató una sonrisa irónica.
—Decid a los guardias nacionales —repuso Luis XVI— que se pongan allí donde quieran.
—Vuestra Majestad —observó la reina— no olvidará que es un derecho propio de los guardias de corps rodear la carroza.
Los oficiales, viendo al rey algo indeciso, se acercaron para apoyar a la reina.

—Es justo en el fondo —contestó el rey—. ¡Ya veremos!
Los señores de Beauvau y de Villeroy salieron para ocupar su puesto en las filas y dar órdenes.
Las diez daban en Versalles.
—Vamos —dijo el rey—, trabajaré mañana: esta buena gente no debe esperar.
Y se levantó.
María Antonieta, con los brazos abiertos, acercóse para estrechar a su esposo, mientras que los niños se colgaron llorosos del cuello de su padre, que, muy enternecido, trató de sustraerse suavemente a su presión: quería ocultar el sentimiento, que no hubiera tardado en desbordarse.
La reina detenía a todos los oficiales, cogiendo al uno por el brazo y al otro por su espada.
—¡Señores, señores! —decía.
Y aquella elocuente exclamación les recomendaba al rey, que acababa de bajar.
Todos pusieron la mano sobre su corazón y su espada.
La reina les dio gracias con una sonrisa.
Gilberto se hallaba entre los últimos.
—¡Caballero —le dijo la reina—, vos sois quien ha aconsejado esta marcha al rey! ¡Vos quien le ha decidido, a pesar de mis súplicas! ¡Pensad, caballero, que incurrís en una temible responsabilidad ante la esposa y ante la madre!
—No lo ignoro, señora —contestó fríamente Gilberto.
—¡Y me traeréis el rey sano y salvo, caballero! —dijo la reina con solemne ademán.
—Sí, señora.
—¡Pensad que me respondéis de él con vuestra cabeza!
Gilberto se inclinó.
—¡Reflexionadlo bien, con vuestra cabeza! —repitió María Antonieta con el tono de amenaza y la despiadada autoridad de una reina absoluta.
—Con mi cabeza —dijo el doctor inclinándose—, sí, señora, y consideraría esta prenda como de poco valor si creyese al rey amenazado; pero lo he dicho, señora, a un triunfo es a lo que conduzco hoy a Su Majestad.
—Quiero noticias de hora en hora —añadió la reina.
—Las tendréis, señora: os lo juro.
—Marchad ahora, caballero. Oigo los tambores, y, sin duda, el rey se pone ya en marcha.
Gilberto se inclinó, y, desapareciendo por la escalera principal, encontróse con un ayudante de campo del cuarto del rey, que le buscaba de parte de Su Majestad.
Se le hizo subir a una carroza perteneciente al señor de Beauvau, pues el gran maestre de ceremonias no había querido que se colocase en una de las del rey a causa de no haber hecho aún méritos para ello.
Gilberto sonrió al verse solo en aquella carroza blasonada, pues el señor de Beauvau hacía caracolear su caballo junto a la portezuela del coche real.
Después le ocurrió que era ridículo en él ocuparse así en un coche con corona y blasón.

Aquel escrúpulo le duraba aún, cuando en medio de la multitud de guardias nacionales, que estrechaban las carrozas, oyó las siguientes frases, cuchicheadas por hombres que se inclinaban con curiosidad para mirarle:
—¡Ah! ¡Ese es el príncipe de Beauvau!
—¡Qué ha de ser! —exclamó un compañero—. Te engañas.
—Te digo que sí, pues en la carroza se ven las armas del príncipe.
—¡Las armas..., las armas!... Te digo que esto no significa nada.
—¡Pardiez, las armas! Pues ¿qué prueba esto?
—Prueba que, si las armas del señor de Beauvau están sobre el coche, su dueño debe ir en el interior.
—¿Es un patriota el señor de Beauvau? —preguntó una mujer.
—¡Ca! —exclamó el guardia nacional.
Gilberto volvió a sonreír.
—Pues yo te digo —repitió el primer interlocutor— que no es el príncipe quien va ahí. El príncipe es grueso, y ése es delgado. El príncipe viste el uniforme de comandante de los guardias, y ése lleva traje negro; debe ser el intendente.
Un murmullo de reprobación acogió a la persona de Gilberto desfigurado por aquel título poco lisonjero.
—¡Voto al diablo! —gritó una voz robusta, cuyo sonido estremeció a Gilberto.
Era la voz de un hombre que con codos y puños se abría paso hacia el coche.
—No —dijo—, no es el señor de Beauvau, ni tampoco su intendente: es el famoso patriota y hasta el más célebre de todos. ¡Eh, señor Gilberto! ¿Qué diablos hacéis en la carroza de un príncipe?
—¡Toma! ¿Sois vos, padre Billot? —exclamó el doctor.
—¡Pardiez! He tenido buen cuidado de no perder la ocasión —contestó el labrador.
—¿Y Pitou? —preguntó Gilberto.
—¡Oh! No está lejos. ¡Hola, Pitou! Llégate aquí. Veamos, pasa.
Y, al oír aquella invitación, Pitou se deslizó a fuerza de codazos hasta donde estaba Biílot, y saludó con admiración a Gilberto.
—Buenos días, señor doctor —dijo.
—Buenos días, Pitou, amigo mío.
—¡Gilberto, Gilberto! ¿Quién es ése? —preguntó la multitud.
—¡Lo que es la gloria!,—pensaba el doctor—. Bien conocido en Villers-Cotterets, sí; pero en París, viva la popularidad.
Se apeó de la carroza, que avanzó al paso, y, apoyándose en el brazo de Billot, continuó su marcha a pie en medio de la multitud.
Entonces refirió en breves palabras a Billot su visita a Versalles, y las buenas disposiciones del rey y de la familia real; y en pocos minutos hizo tal propaganda de realismo en el grupo que, ingenuos y satisfechos, aquellos buenos hombres, dispuestos aún a las impresiones favorables, profirieron un prolongado grito de ¡viva el rey! que, aumentado por las filas precedentes, llegó atronador hasta la carroza de Luis XVI.
—Quiero ver al rey —dijo Billot, electrizado—, es preciso que le vea de cerca, ya que para esto emprendí el viaje. Quiero juzgarle por su fisonomía, pues por

los ojos se adivina un hombre honrado. Acerquémonos, acerquémonos, señor Gilberto. ¿Tendréis la bondad?
—Esperad: me parece que nos será fácil —dijo el doctor—, pues veo a un ayudante de campo del señor de Beauvau que busca a alguno por este lado.
En efecto: un jinete, maniobrando con toda especie de precauciones entre aquellos grupos de caminantes fatigados, pero alegres, trataba de llegar a la portezuela de la carroza donde antes iba Gilberto.
Este último le llamó.
—¿No es al doctor Gilberto a quien buscáis, caballero? —preguntóle.
—El mismo —contestó el ayudante de campo.
—En tal caso, aquí me tenéis.
—Muy bien: el señor de Beauvau me envía a llamaros de parte del rey.
Estas palabras hicieron abrir los ojos a Billot, y sus filas a la multitud; de modo que Gilberto pudo deslizarse entre ellas, seguido del labrador y de Pitou, en pos del jinete, el cual repetía:
—¡Dejad paso, señores; dejad paso, en nombre del rey!
Gilberto llegó muy pronto a la portezuela de la carroza real, que marchaba al paso de los bueyes de la época merovingia.

## XXXVII

## EL VIAJE

Empujando y codeando así, pero siguiendo siempre al ayudante de campo del señor de Beauvau, Gilberto, Billot y Pitou llegaron, al fin, a estar cerca de la carroza, donde el rey, acompañado de los señores de Estaing y de Villequier, avanzaban lentamente en medio de una multitud cada vez mayor.

¡Espectáculo curioso, inusitada y desconocido, pues se producía por primera vez! Todos aquellos guardias nacionales de la campiña, soldados improvisados, acudían con gritos de alegría para ver pasar al rey; saludábanle con sus bendiciones, trataban de hacerse ver, y, en vez de volverse a sus casas, agregábanse a la escolta para acompañar al rey en su marcha.

¿Por qué? Nadie hubiera podido decirlo. ¿Obedecían al instinto? ¿Se quería ver de nuevo al rey bienamado?

Porque, forzoso es decirlo, en aquella época, Luis XVI era un rey adorado, a quien los franceses hubieran erigido altares, a no ser por el profundo desprecio que Voltaire había inspirado hacia éstos.

Luis XVI no tuvo, pues, sus altares; pero fue únicamente porque los hombres enérgicos le apreciaban demasiado en aquella época para imponerle semejante humillación.

El rey divisó a Gilberto apoyado en el brazo de Billot, y detrás de ellos a Pitou, que siempre iba arrastrando su gran sable.

—¡Ah, doctor! ¡Qué buen tiempo y qué buen pueblo!

—Ya lo veis, señor —repuso Gilberto.

Y se inclinó hacia el rey, añadiendo:

—¿Qué había prometido yo a Vuestra Majestad?

—Sí, caballero, sí, y habéis cumplido dignamente vuestra palabra.

El rey levantó la cabeza, y, con la intención de que le oyesen, dijo:

—Vamos muy despacio; pero a mí me parece demasiado deprisa, para todo lo que hoy tenemos que ver.

—Señor —dijo Beauvau—, al paso que vamos, Vuestra Majestad tarda tres horas en recorrer una legua, y difícil es caminar con más lentitud.

En efecto, los caballos se detenían a cada momento; había discursos y contestaciones; y los guardias nacionales «fraternizaban» (se acababa de encontrar esta palabra) con los guardias de corps de Su Majestad.

—¡Ah! —se decía Gilberto, que contemplaba como filósofo aquel curioso espectáculo—. Si se fraterniza con los guardias de corps, es porque antes de ser amigos eran enemigos.

—Oíd, señor Gilberto —dijo Billot a media voz—, he mirado y escuchado muy bien al rey, y opino que es todo un buen hombre.

Y el entusiasmo que Billot sentía fue causa de que acentuase sus últimas palabras de tal modo que el rey y el estado mayor las oyeron.

El estado mayor se rió.

El rey, haciendo un movimiento de cabeza, sonrió a su vez y dijo:

—He ahí un elogio que me place.
Y estas palabras fueron pronunciadas bastante alto para que Billot las oyese.
—¡Oh! Tenéis razón, señor, porque es elogio que no hago a todos —repuso Billot entrando de lleno en la conversación con su rey—, como Michaud con Enrique IV.
—Esto me lisonjea tanto más —replicó el rey muy apurado y no sabiendo cómo hacer para conservar la dignidad de rey, hablando graciosamente lo mismo que un patriota.
¡Ay! El pobre príncipe no estaba acostumbrado aún a titularse rey de los franceses.
Creía llamarse aún rey de Francia.
Billot, sumamente satisfecho, no se tomó la molestia de reflexionar si Luis XVI, desde el punto de vista filosófico, acababa de abdicar el título de rey para tomar el de hombre, y, comprendiendo hasta qué punto este lenguaje se acercaba a la buena fe rústica, regocijábase de comprender a un rey y de ser comprendido de éste.
Por eso, a partir de aquel momento, Billot no dejó de entusiasmarse cada vez más: «bebía las facciones del rey», según la expresión virgiliana, un largo amor a la monarquía constitucional, comunicábale a Pitou, el cual, demasiado lleno de su propio amor y de lo superfluo del amor de Billot, respondía con vigorosos gritos primero, sordos después y más vagos al fin:
—¡Viva el rey! ¡Viva el padre del pueblo!
Esta modificación en la voz de Pitou efectuábase a medida que se enronquecía.
Pitou estaba del todo ronco cuando el cortejo llegó al Point du Jour, donde Lafayette, a caballo sobre el famoso corcel blanco, reprimía las cohortes indisciplinadas de la guardia nacional, que se habían escalonado desde las cinco de la mañana en el terreno para escoltar al rey.
Ahora bien: ya eran cerca de las dos.
La entrevista del rey con el nuevo jefe de la Francia armada se efectuó de una manera satisfactoria para los asistentes; pero el rey comenzaba a fatigarse, no hablaba más y contentábase con sonreír.
El general en jefe de las milicias parisienses, por su parte, no mandando ya, gesticulaba.
El rey tuvo la satisfacción de ver que se gritaba casi tanto viva el rey como viva Lafayette; mas, por desgracia, aquélla era la última vez que debía saborear esta satisfacción del amor propio.
Por lo demás, Gilberto iba siempre junto a la portezuela del coche del rey, Billot muy cerca del doctor, y Pitou al lado de su amo.
Gilberto, fiel a su promesa, había encontrado medio de expedir cuatro correos a la reina desde que salió de Versalles.
Todos ellos habían llevado buenas noticias, pues el rey había visto por doquiera los gorros o bonetes arrojados al aire; pero en éstos brillaba una escarapela con los colores de la nación, especie de censura a las escarapelas blancas que los guardias del rey, y hasta este último, llevaban en sus sombreros.
En medio de su alegría y de su entusiasmo, aquella divergencia de las escarapelas era la única cosa que contrariaba a Billot.

El labrador llevaba en su tricornio una enorme escarapela tricolor; la del rey era blanca. De modo que el súbdito y el soberano no tenían aficiones del todo semejantes.
Esta idea le preocupaba de tal modo, que se declaró a Gilberto en un instante en que el doctor no hablaba ya con Su Majestad.
—Señor Gilberto —le dijo—, ¿por qué no lleva el rey la escarapela nacional?
—Porque, o no sabe que hay una nueva, amigo Billot, o le parece que la suya debe ser la de la nación.
—No, no; porque su escarapela es blanca, y la nuestra tricolor.
—Un instante —dijo Gilberto deteniendo a Billot cuando iba a repetir las frases de los diarios—. La escarapela del rey es blanca, como lo es también la bandera de Francia, y no tiene de ello la culpa el soberano. Escarapela y bandera eran blancas mucho antes de que él viniese al mundo, y, por lo demás, querido Billot, ambas han hecho sus pruebas. El bailío de Suffren llevaba en el sombrero escarapela blanca cuando restableció nuestro pabellón en la península de la India, y también adornaba la del sombrero de Assas, a lo cual debió éste que los alemanes le reconocieran de noche cuando se dejó matar para que no sorprendieran a sus soldados. Escarapela blanca llevaba en el sombrero el mariscal de Sajonia cuando batió a los ingleses en Fontenoy, y blanca era también la del señor de Conde cuando derrotó a los imperiales en Rodoy, en Friburgo y en Lens. He aquí lo que ha hecho la escarapela blanca y otras muchas cosas más, amigo Billot, mientras que la escarapela nacional, que tal vez dará la vuelta al mundo, como lo ha predicho Lafayette, no ha tenido tiempo aún de hacer nada, atendido que tan sólo existe desde hace tres días. Yo no quiero decir que permanezca ociosa; pero, en fin, no habiendo hecho nada todavía, deja al rey el derecho de esperar a que haga.
—¡Cómo que no ha hecho aún nada la escarapela nacional! —exclamó Billot—. Pues ¿no ha tomado la Bastilla?
—Sí tal —contestó con tristeza Gilberto—, tenéis razón, Billot.
—He aquí por qué —repuso con expresión triunfante el labrador— el rey debería usarla.
Gilberto dio un codazo a Billot, porque había notado de pronto que el rey escuchaba, y después dijo en voz baja:
—¿Estáis loco, Billot? Y ¿contra quién se ha tomado la Bastilla? A mí me parece que contra la monarquía; y he aquí que ahora queréis que el rey lleve los trofeos de vuestro triunfo y las insignias de su derrota. ¡Insensato! El rey es hombre de corazón, lleno de bondad y de franqueza, y vos queréis convertirle en hipócrita.
—Pero advertid —repuso Billot más humildemente, pero sin darse por vencido del todo—, no se ha tomado precisamente la Bastilla contra el rey, sino contra el despotismo.
Gilberto se encogió de hombros, pero con esa delicadeza del hombre superior que no quiere poner el pie sobre su conciencia por temor de aplastarla.
—No —continuó Billot animándose—, no hemos combatido contra nuestro buen rey, sino contra sus satélites.
En aquella época se decía, en política, satélites en vez de soldados, como en el teatro se decía corcel en vez de caballo.

—Por lo demás —continuó Billot, con visos de razón—, Su Majestad los desaprueba, puesto que viene a vernos, y esto quiere decir que nos aprueba. Nosotros, los vencedores de la Bastilla, hemos trabajado para nuestra felicidad y en honor suyo.

—¡Ay de mí! —murmuró Gilberto, que no sabía cómo conciliar lo que expresaba el rostro del rey con lo que sentía su corazón.

En cuanto a Luis XVI, en medio del murmullo confuso de la marcha, comenzaba a oír algunas palabras de la discusión empeñada a su lado.

Gilberto, echando de ver la atención del rey en aquel debate, esforzábase todo lo posible para conducir a Billot a un terreno menos resbaladizo que aquel en que se había aventurado.

De repente se interrumpió la marcha: se acababa de llegar al Cours-la-Reine, a la antigua puerta de la Conferencia, en los Campos Elíseos.

En este punto, una diputación de electores y regidores, presididos por el nuevo alcalde, Bailly, se había situado en buen orden, con una guardia de trescientos hombres al mando de un coronel, y trescientos individuos, por lo menos, de la Asamblea Nacional, elegidos, como ya se comprenderá, en las filas del Tercer Estado.

Dos electores combinaban sus fuerzas y su destreza para mantener en equilibrio una bandeja de plata sobredorada, en la cual se veían dos enormes llaves, las de la ciudad de París en tiempo de Enrique IV.

Aquel espectáculo imponente puso término a todas las conversaciones particulares, y cada cual, tanto en los grupos como en las filas, se preparó, según las circunstancias, para oír los discursos que iban a cruzarse en aquella ocasión.

Bailly, el digno sabio, buen astrónomo, a quien se había elegido diputado primeramente, luego alcalde y después orador, todo a pesar suyo, había preparado un largo discurso de honor, el cual tenía por exordio, según las más estrictas leyes de la retórica, un elogio al rey, desde el advenimiento de Turgot al poder hasta la toma de la Bastilla. Poco faltaba, tal es el privilegio de la elocuencia, para que se atribuyese al rey la iniciativa de los acontecimientos que el pueblo, apurado, no había hecho más que sufrir, como hemos visto, contra su voluntad.

Bailly estaba muy satisfecho de su discurso, cuando un incidente (Bailly es quien le refiere en sus *Memorias)* le proporcionó un nuevo exordio mucho más pintoresco que aquel que había preparado, el único, además, que se haya conservado en la memoria del pueblo, siempre dispuesto a sorprender las buenas y sobre todo las bellas frases pronunciadas sobre un hecho material.

Avanzando con los regidores y los electores, Bailly se alarmaba por la pesadez de las llaves que iba a presentar al rey.

—¿Creéis, por ventura —dijo sonriéndose—, que después de mostrar este monumento al rey me fatigaré en llevarle de nuevo a París?

—Pues ¿qué haréis? —preguntó un elector.

—¿Lo que haré? —repuso Bailly—. Las dejaré en vuestras manos, o las arrojaré en cualquier foso al pie de un árbol.

—Guardaos bien de hacerlo —exclamó el elector escandalizado—. ¿No sabéis que esas llaves son las mismas que la ciudad de París presentó a Enrique IV después del sitio? Son preciosas, y de una antigüedad inestimable.
—Tenéis razón —replicó Bailly—, las llaves ofrecidas a Enrique IV, conquistador de París, se ofrecen a Luis XVI, que... ¡Ah! —se dijo el digno alcalde—. He aquí una hermosa antitesis, digna de presentarse.
Y, tomando un lápiz, escribió encima de su discurso preparado el siguiente exordio:
«Señor, traigo a Vuestra Majestad las llaves de la buena ciudad de París, las mismas que se ofrecieron a Enrique IV. Había reconquistado su pueblo, y hoy el pueblo reconquista su rey.»
La frase era hermosa y oportuna, y se incrustó en el ánimo de los parisienses; pero de todos los discursos de Bailly, y hasta de sus obras, es lo único que ha sobrevivido.
En cuanto a Luis XVI, aprobó con la cabeza, pero sonrojándose, pues comprendió la epigramática ironía disfrazada bajo el respeto y las frases oratorias.
Y murmuró en voz baja:
—María Antonieta no se dejaría engañar por esa falsa veneración del señor Bailly, y contestaría de muy distinta manera que yo lo haré a ese malhadado astrónomo.
Esto fue causa de que Luis XVI, por haber comprendido demasiado bien el principio del discurso del señor Bailly, no escuchara hasta el fin, así como tampoco el del señor Delavigne, presidente de los electores, del cual no oyó ni el principio ni el fin.
Sin embargo, terminados los discursos, el rey, temiendo no parecer bastante regocijado de cuanto le habían dicho agradable, repuso con noble expresión, sin aludir a nada de los discursos, que los *homenajes* de la ciudad de París y de los electores le complacían infinitamente.
Después de esto dio la orden de marcha.
Pero antes de continuarla despidió a sus guardias de corps, a fin de corresponder con una amable confianza a los agasajos que acababa de hacerle la municipalidad por conducto de los electores y del señor Bailly.
Solo entonces, en medio de la compacta multitud de los guardias nacionales y de los curiosos, la carroza avanzó más rápidamente.
Gilberto y su compañero Billot continuaban siempre junto a la portezuela de la derecha.
En el momento en que el coche atravesaba la plaza de Luis XV resonó una detonación en el otro lado del Sena, y un humo blanquecino ascendió como un velo de incienso hacia el cielo azul, donde se desvaneció al punto.
Como si el ruido de aquel disparo hubiera tenido eco en su persona, Gilberto experimentó una violenta sacudida; durante un segundo faltóle la respiración, y llevóse la mano al pecho, donde acababa de sentir un dolor agudo.
Al mismo tiempo se oyó un grito de angustia cerca del coche real, y una mujer cayó atravesada de un balazo recibido más abajo del hombro derecho.

Uno de los botones del traje de Gilberto, botón de acero negro, ancho y cortado en facetas, según la moda de la época, había sido tocado por la misma bala.
Sirviendo de coraza, el proyectil había rebotado, y de aquí el dolor y la sacudida que Gilberto experimentó.
La bala había rasgado también su chaleco negro y parte de la chorrera; y después, despedida por el botón de Gilberto, acababa de matar a la desgraciada mujer, que algunos se apresuraron a llevarse moribunda y ensangrentada.
El rey había oído la detonación, pero sin ver nada.
Y sonriéndose se inclinó hacia Gilberto, diciéndole: —Por allí queman pólvora en honor mío.
—Sí, señor —contestó el doctor.
Pero se guardó muy bien de manifestar a Su Majestad lo que pensaba de la ovación que se le hacía.
Sin embargo, en voz muy baja se confesó que la reina había tenido razón de temer, puesto que sin él, que cerraba el paso de la portezuela, aquella bala que rebotó en su botón de acero habría llegado directamente al rey.
Y ¿de qué mano partía aquel tiro tan bien dirigido? ¡No se quiso averiguarlo entonces!... Y, por lo tanto, no se sabrá jamás.
Billot, pálido al ver lo que acababa de suceder, con los ojos fijos sin cesar en aquel desperfecto del traje de Gilberto, obligó a Pitou a redoblar sus gritos de: «¡Viva el *Padre de los franceses!*»
El acontecimiento era tan importante, por lo demás, que el episodio se olvidó pronto.
Luis XVI llegó, al fin, ante la Casa Ayuntamiento, después de haber sido saludado en el Puente Nuevo por una salva de cañones, que al menos no estaban cargados con bala.
En la fachada de la Casa Ayuntamiento ostentábase una inscripción en grandes caracteres, negros de día, pero que por la noche debían iluminarse y brillar transparentes.
Esta inscripción era debida a las ingeniosas elucubraciones de la municipalidad.
He aquí lo que decía:
«A Luis XVI, padre de los franceses y rey de un pueblo libre.»
Otra antitesis bien diferente, por su importancia, de la del discurso de Bailly, y que hacía proferir gritos de admiración a todos los parisienses reunidos en la plaza.
Esta inscripción atrajo la mirada de Billot.
Pero como Billot no sabía leer, mandó a Pitou que se la leyese; y quiso que se la repitiera por segunda vez, como si no hubiera oído bien la primera.
Y cuando Pitou leyó de nuevo, sin cambiar una sola palabra, Billot preguntó:
—¿Dice eso, dice eso?
—Sin duda —contestó Pitou.
—¡La municipalidad ha hecho escribir que el rey era soberano de un pueblo libre!
—Sí, padre Billot.
—Pues entonces —exclamó el labrador—, si la nación es libre, tiene derecho para ofrecer al rey su escarapela.

Y de un salto, precipitándose al encuentro de Luis XVI, que se apeaba de su carroza frente a la escalinata de la Casa Ayuntamiento, le dijo:
—Señor, habéis visto en el Puente Nuevo que la estatua de bronce de Enrique IV tiene puesta la escarapela nacional.
—¿Y bien? —preguntó el rey.
—Pues que, si Enrique IV lleva la escarapela tricolor, también podéis usarla vos, señor.
—Ciertamente —dijo Luis XVI, algo apurado—, y si tuviera una...
—¡Pues bien! —exclamó Billot, alzando la voz y levantando la mano—, én nombre del pueblo, yo os ofrezco ésta, en lugar de la vuestra: aceptadla.
Bailly intervino.
El rey estaba pálido, comenzaba a sentir la progresión, y miró a Bailly como para interrogarle.
—Señor —dijo el alcalde—, es la señal distintiva de todo francés.
—En tal caso, acepto —dijo el rey, tomando la escarapela de manos de Billot.
Y, desviando a un lado la escarapela blanca, fijó en su sombrero la que acababa de recibir.
Un inmenso *¡hurra!* de triunfo resonó en la plaza.
Gilberto volvió la cabeza, profundamente resentido.
Parecíale que el pueblo iba demasiado deprisa y que el rey no resistía bastante.
—¡Viva el rey! —gritó Billot, dando así la señal de una segunda salva de aplausos.
—¡El rey ha muerto! —murmuró el doctor—. ¡Ya no hay rey en Francia!
Se había formado una bóveda de acero con un millar de espadas desde el sitio donde el rey se apeó del coche hasta la sala en que se le esperaba.
Luis XVI pasó bajo aquella bóveda y desapareció en las profundidades de la Casa Ayuntamiento.
—Eso no es un arco de triunfo —dijo Gilberto— eso es pasar por las Horcas Caudinas.
Y, exhalando un suspiro, exclamó:
—¡Ah! ¡Qué dirá la reina!

## XXXVIII

## LO QUE SUCEDÍA EN VERSALLES MIENTRAS EL REY ESCUCHABA LOS DISCURSOS DE LA MUNICIPALIDAD

En el interior de la Casa Ayuntamiento el rey obtuvo una acogida muy lisonjera, y le llamaron Restaurador de la libertad.

Invitado a hablar, porque la sed de los discursos era cada día más intensa, y como el rey quería saber, al fin, el fondo de los pensamientos de cada cual, aplicó la mano sobre su corazón, y limitóse a decir:

—Señores, podéis contar siempre con mi cariño.

Mientras que escuchaba en la Casa Ayuntamiento las comunicaciones del Gobierno (pues a partir de aquel día hubo un verdadero Gobierno, constituido en Francia junto al Trono y la Asamblea Nacional, fuera del edificio), el pueblo se familiarizaba con los hermosos caballos del rey, con el coche dorado y con los lacayos y cocheros de Su Majestad.

Desde la entrada del rey en la Casa Ayuntamiento, Pitou, gracias a un luis que el padre Billot le había dado, se entretuvo en hacer con muchas cintas azules, blancas y rojas una colección de escarapelas nacionales de todos tamaños, con las cuales adornaba las orejas de los caballos, los arneses y todo el equipo.

Y, al ver esto el público imitador, había transformado literalmente el coche de Su Majestad en almacén de escarapelas.

El cochero y los lacayos ostentaban también profusamente este adorno.

Además se habían deslizado algunas docenas de repuesto en el interior del coche.

Sin embargo, justo es decir que Lafayette, siempre a caballo en la plaza, había tratado de rechazar a los celosos propagandistas de los colores nacionales; mas no lo había conseguido.

De modo que cuando el rey salió, al ver todos aquellos adornos de escarapelas, no pudo menos de murmurar:

—¡Oh, oh!

Y con la mano hizo una señal a Lafayette, como para indicarle que se acercara.

Lafayette se aproximó respetuosamente, bajando la espada.

—Señor Lafayette —le dijo el rey—, os buscaba para deciros que os confirmo en el mando de los guardias nacionales.

Y volvió a subir a su coche en medio de una aclamación universal.

En cuanto a Gilberto, tranquilo en adelante respecto al rey, se había quedado en la sala de sesiones con los electores y Bailly.

Sin embargo, al oír aquellos ruidosos gritos, que saludaban la marcha del rey, acercóse a la ventana y dirigió la última mirada a la plaza a fin de vigilar la conducta de sus dos campesinos.

Eran siempre, o por lo menos parecían ser, los mejores amigos del rey.

De repente Gilberto vio llegar por el muelle Pelletier, con toda la rapidez posible, un jinete cubierto de polvo, que se abría paso en medio de una multitud respetuosa y dócil aún.

El pueblo, bueno y complaciente aquel día, sonreía repitiendo:

—¡Un oficial del rey, un oficial del rey!
Y los gritos de viva el rey saludaron al oficial, mientras que las manos de las mujeres acariciaban el caballo lleno de espuma.
Aquel oficial penetró hasta la carroza, y llegaba a la portezuela en el momento en que el caballerizo acababa de cerrarla detrás del rey.
—¡Ah! —exclamó Luis XVI—. ¿Sois vos, Charny?
Y en voz más baja preguntó:
—¿Cómo siguen por allí? ¿Y la reina?
—Muy inquieta, señor —contestó el oficial, pasando casi del todo la cabeza por la portezuela del coche.
—¿Volvéis a Versalles?
—Sí, señor.
—Pues bien: tranquilizad a nuestros amigos: no ha ocurrido ninguna novedad.
Charny saludó, y al levantar la cabeza vio al señor de Lafayette, que le hizo una señal amistosa.
Charny se dirigió a Lafayette y ofrecióle la mano, lo cual bastó para que el oficial del rey y su caballo fueran empujados por la multitud desde el sitio donde se hallaban hasta el muelle, donde, gracias a la rigurosa consigna de la guardia nacional, se abría ya calle para que pasara Su Majestad.
El rey dispuso que el coche continuara al paso hasta la plaza de Luis XV, donde se encontró a los guardias de corps que esperaban con impaciencia la vuelta del rey; de modo que a partir de aquel momento, y como esta impaciencia se comunicase a todos, los caballos tomaron un paso que se aceleró cada vez más a medida que se avanzaba hacia el camino de Versalles.
Gilberto, desde la ventana, había advertido la llegada de aquel jinete aunque no le conociera, adivinando cuántas serían las angustias de la reina, tanto más cuanto que desde hacía tres horas no se había podido enviar ningún correo a Versalles a través de aquella multitud sin excitar sospechas o revelar una debilidad.
No sospechaba, sin embargo, más que una pequeña parte de lo que había ocurrido en Versalles.
Vamos a conducir allí al lector, a fin de no entretenerle demasiado con la historia.
La reina había recibido el último correo del rey a las tres.
Gilberto había hallado medio de expedirle en el momento en que el rey, pasando bajo la bóveda de acero, acababa de entrar sano y salvo en la Casa Ayuntamiento.
Cerca de la reina hallábase la condesa de Charny, que acababa de abandonar el lecho, donde una grave indisposición la retenía desde la víspera.
Muy pálida aún, apenas tenía fuerza para levantar los ojos, cuyos pesados párpados volvían a caer siempre como bajo el peso de un dolor o de una vergüenza.
La reina, al verla, sonrió, pero con esa sonrisa de costumbre que, para las personas familiares, parece estereotipada en los labios de los príncipes y de los reyes.
Y como aún exaltaba a la reina la alegría de saber que Luis XVI estaba seguro, dijo a los que la rodeaban:

—¡Otra buena noticia! ¡Ojalá pase así todo el día!
—¡Oh, señora! —dijo un cortesano—. ¡Vuestra Majestad se alarma sin motivo, pues los parisienses conocen demasiado bien la responsabilidad que sobre ellos pesa.
—Pero, señora —dijo otro cortesano menos tranquilo—, ¿está bien segura Vuestra Majestad de que las noticias son auténticas?
—¡Oh! Sí —contestó la reina—; la persona que me las envía me ha respondido del rey con su cabeza, y, por otra parte, le creo un amigo.
—¡Oh! Si es un amigo —repuso el cortesano inclinándose—, nada tengo que decir.
La señora de Lamballe, que se hallaba a pocos pasos, se acercó.
—Es el nuevo médico del rey: ¿no es cierto? —preguntó a María Antonieta.
—Gilberto, sí —contestó aturdidamente la reina—, sin pensar que descargaba a su lado un golpe terrible.
—¡Gilberto! —exclamó Andrea, estremeciéndose como si la hubiese mordido una víbora en el corazón—. ¡Gilberto amigo de Vuestra Majestad!
Andrea se volvió, con los ojos brillantes y las manos crispadas por la cólera y la vergüenza, acusando altivamente a la reina por su mirada y su actitud.
—Pero... debo decir... —murmuró la reina vacilando.
—¡Oh señora, señora! —dijo en voz baja Andrea con tono de amarga reprensión.
A este incidente misterioso siguióse un silencio mortal.
Pero de pronto se oyó un paso discreto en la habitación contigua.
—¡El señor de Charny! —exclamó a media voz la reina, como para advertir a Andrea que se repusiese.
Charny había oído, Charny había visto; pero no comprendía.
Sin embargo, observó la palidez de Andrea y la confusión de María Antonieta.
No debía preguntar a la reina; pero Andrea era su esposa y tenía derecho para interrogarla.
Se acercó a ella, y con un tono del más amistoso interés, preguntó:
—¿Qué ocurre, señora?
—Nada, señor conde —contestó Andrea haciendo un esfuerzo.
Charny se volvió entonces hacia la reina, que, a pesar de haberse acostumbrado mucho a situaciones equívocas, había tratado inútilmente ocho o diez veces de sonreír sin poder conseguirlo ni una sola.
—Parece que dudáis de la abnegación del señor Gilberto —dijo a Andrea—. ¿Tendríais algún motivo para sospechar de su fidelidad?
Andrea no contestó.
—Decid, señora, decid—insistió Charny.
Y como Andrea se mantuviese siempre muda, añadió:
—¡Oh! Hablad, señora, porque esa delicadeza sería censurable aquí. Pensad que se trata de la salvación de nuestros reyes.
—Ya lo sé, caballero; pero no sé a qué propósito decís eso —replicó Andrea.
—Habéis dicho, y yo lo he oído... Apelo, por lo demás, a la princesa —dijo Charny—, interrumpiéndose para saludar a la señora de Lamballe. Habéis dicho en son de queja: «¡Oh! Ese hombre vuestro amigo!...»

—Es verdad, eso habéis dicho, amiga mía —contestó la princesa de Lamballe con su ingenua buena fe.
Y, acercándose a Andrea a su vez, añadió:
—Si sabéis alguna cosa, el señor de Charny tiene razón.
—¡Por piedad, señora, por piedad! —murmuró Andrea, en voz bastante baja para no ser oída más que de la princesa.
La señora de Lamballe se alejó.
—¡Dios mío! Era bien poca cosa —dijo la reina, comprendiendo que tardar más tiempo en intervenir sería una falta de lealtad—; la señora condesa expresaba un temor vago, sin duda, y decía que era muy difícil que un revolucionario de América, que un amigo del señor Lafayette fuese nuestro amigo.
—Sí, temor vago... —repitió maquinalmente Andrea—, muy vago.
—Un temor semejante al que esos señores expresaban antes de que la condesa manifestara el suyo —repuso María Antonieta.
Y señaló con la mirada a los cortesanos que habían expresado antes sus dudas.
Pero se necesitaba más que esto para convencer a Charny, y la confusión que observó al llegar le indicaba un misterio, por lo cual insistió.
—No importa, señora —dijo—. Me parece que sería deber vuestro no expresar solamente un temor vago, sino precisarlo.
—¡Vamos! —dijo la reina con dureza—. ¿Volvéis otra vez al asunto? —¡Señora!
—Dispensad, mas veo que interrogáis otra vez a la condesa de Charny.
—Os pido mil perdones, señora —repuso el conde— lo hacía por interés, por...
—Por vuestro amor propio, ¿no es verdad? ¡Ah, señor de Charny! —añadió la reina con una ironía cuyo peso sintip el conde—. Decidlo francamente, decid que estáis celoso.
—¡Celoso! —exclamó Charny sonrojándose—. Pero ¿de quién? Tenga Vuestra Majestad la bondad de indicármelo.
—De vuestra esposa, al parecer —replicó la reina con acritud.
—¡Señora! —balbuceó Charny, aturdido ante aquella provocación.
—Es muy natural —repuso con sequedad María Antonieta—, y la condesa vale seguramente la pena.
Charny dirigió a la reina una mirada como para advertirla que iba demasiado lejos.
Pero esto era inútil, y la precaución superflua, pues cuando en aquella leona herida el dolor hacía sentir su abrasado aguijón, nada contenía ya a la mujer.
—Sí, comprendo que estáis celoso, señor de Charny, celoso e inquieto; es el estado habitual de todo corazón que ama y que, por lo tanto, vela.
—¡Señora! —repitió Charny.
—Por eso yo —prosiguió la reina— experimento en este instante el mismo sentimiento que vos; siento a la vez celos e inquietud —añadió, recalcando la palabra celos—; el rey está en París, y yo no vivo.
—Pero, señora —dijo Charny, sin comprender la causa de aquella tempestad, que se cargaba cada vez más de relámpagos y de rayos—, acabáis de recibir noticias del rey; son buenas, y, de consiguiente, debían tranquilizaros.
—¿Os habéis tranquilizado vos cuando la condesa y yo contestamos a vuestras preguntas hace un momento? Charny se mordió los labios.

Andrea comenzaba a levantar la cabeza, sorprendida y espantada a la vez: sorprendida por lo que oía, espantada por lo que creía comprender.
El silencio que se había producido por causa de Andrea a la primera pregunta de Charny, se produjo ahora en los presentes por causa de la reina.
—En efecto —prosiguió María Antonieta con una especie de furor—; es propio de las personas que aman no pensar más que en el objeto de su cariño, y sería una alegría para los pobres corazones sacrificar despiadadamente todo sentimiento que los agita. ¡Dios mío, qué inquieta estoy por el rey!
—Señora —se aventuró a decir uno de los presentes—, otros correos llegarán.
—¡Oh! ¿Por qué no estoy en París, en vez de hallarme aquí? ¿Porqué no estoy cerca del rey? —dijo María Antonieta, que había visto a Charny turbarse desde que ella trataba de infundirle esos celos que ella misma experimentaba con tal violencia.
Charny se inclinó.
—Si no es más que eso, señora —dijo—, voy a marchar; y si, como Vuestra Majestad lo cree, hay peligro para el rey, si esa preciosa cabeza está expuesta, creed, señora, que no será por falta de haber arriesgado la mía. Marcho ahora mismo.
Y saludando, en efecto, dio un paso para salir.
—¡Caballero, caballero! —exclamó Andrea, colocándose delante de Charny—, reportaos un poco.
No faltaba más a esta escena que la explosión de los temores de Andrea.
Por eso, apenas la condesa hubo pronunciado estas palabras imprudentes, saliendo a pesar suyo de su frialdad ordinaria, para manifestar una inusitada solicitud, la reina palideció espantosamente.
—¡Eh, señora! —dijo a Andrea—. ¿Cómo es que usurpáis aquí el derecho de la reina?
—¡Yo, señora! —balbuceó Andrea, comprendiendo que por primera vez acababa de dar a conocer el fuego que abrasaba su alma hacía tanto tiempo.
—¡Cómo! —continuó María Antonieta—. ¿Vuestro esposo está al servicio del rey, debe ir a buscarle, se expone por él, y cuando se trata de su servicio decís al señor de Charny que se reporte?
Al oír estas iracundas palabras, Andrea perdió el conocimiento, vaciló y hubiera caído en el suelo si Charny, precipitándose hacia ella, no hubiese alargado sus brazos.
Un movimiento de indignación que el conde no fue dueño de reprimir acabó de desesperar a María Antonieta, que creía no ser más que una rival ofendida y que había sido una soberana injusta.
—La reina tiene razón —dijo al fin Charny, haciendo un esfuerzo—, y vuestro impulso, señora condesa, ha sido impropio. No tenéis esposo cuando se trata de los intereses del rey, y yo debería ser el primero que os ordenara reprimir vuestra sensibilidad, si creyese que os dignáis sentir algún temor por mí.
Y volviéndose hacia María Antonieta añadió con frialdad:
—Estoy a las órdenes de la reina, y marcho. Yo soy quien os traerá noticias del rey, y serán buenas o no traeré ninguna.

Pronunciadas estas palabras, inclinóse profundamente y partió, sin que la reina, poseída a la vez de terror y de cólera, pensara en detenerle.

Un momento después se oyeron resonar en el patio los cascos de un caballo que partía a galope.

La reina permaneció inmóvil, pero presa de una agitación interior, tanto más terrible cuanto mayores eran los esfuerzos que hacía para ocultarla.

Cada cual, comprendiendo o no la causa de aquella agitación, respetó, por lo menos al retirarse, el reposo de la soberana, dejándola sola.

Andrea salió de la habitación con los demás, mientras que María Antonieta acariciaba a sus hijos, a quienes había enviado a buscar, y que habían entrado en aquel momento.

## XXXIX

## LA VUELTA

Había llegado la noche, con su cortejo de temores y de siniestras visiones, cuando de pronto resonaron gritos en la extremidad del palacio.
La reina se levantó, estremeciéndose, y abrió una ventana que estaba a su alcance.
Casi en el mismo instante, varios servidores transportados de alegría entraron en la habitación de Su Majestad, gritando:
—¡Un correo, señora, un correo!
A los tres minutos, un húsar se precipitaba en las antecámaras.
Era un teniente enviado por el señor de Charny, y que llegaba a rienda suelta desde Sévres.
—¿Y el rey? —dijo la reina.
—Su Majestad estará aquí dentro de un cuarto de hora —contestó el oficial, que apenas podía hablar.
—¿Sano y salvo? —preguntó la reina.
—Sano y salvo, y sonriéndose, señora.
—¿Le habéis visto?
—No, señora; pero el conde de Charny me lo ha dicho al, enviarme.
La reina se estremeció de nuevo al oír este nombre, que la casualidad acababa de unir con el del rey.
—Gracias, caballero. Descansad ahora —respondióle al oficial.
El joven saludó y salió.
María Antonieta, cogiendo a sus dos niños de la mano, se dirigió hacia el gran pórtico, en el cual se agrupaban ya todos los servidores y cortesanos.
Los ojos penetrantes de la reina divisaron en primer término una mujer joven, muy blanca, con los codos apoyados en la balaustrada de piedra y fijando su ávida mirada en las sombras de la noche.
Era Andrea, a quien la presencia de la reina no pudo distraer de su preocupación.
Evidentemente, la condesa, siempre tan afanosa para ir a colocarse junto a la reina, no había visto a su señora o no tenía deseos de verla.
Conservaba, pues, rencor por la viveza de María Antonieta, viveza cruel que la hizo sufrir durante el día.
O bien, impulsada por un sentimiento de poderoso interés, acechaba por su cuenta el regreso de Charny, a quien había manifestado tantas inquietudes afectuosas.
Doble puñalada que abrió de nuevo en la reina una herida sangrienta aun.
Oyó distraída los cumplidos de sus amigas y de los cortesanos, mostrándose indiferente a su alegría.
Hasta olvidó un instante aquel violento dolor que la había agobiado durante toda la noche, y dio tregua a la inquietud, que excitaba en su corazón el viaje del rey, amenazado por tantos enemigos.

Pero con alma fuerte, la reina desechó muy pronto todo cuanto no era el legítimo afecto de su corazón: depuso a los pies de Dios sus celos, e inmoló sus cóleras y sus secretas alegrías a la santidad del juramento conyugal.
Dios era, sin duda, quien le enviaba como reposo y sostén aquella saludable facultad de amar al rey, su esposo, ante todas las cosas.
En aquel instante, por lo menos, sintió, o creyó sentir, el orgullo de la monarquía, que elevaba a la reina sobre todas las pasiones terrestres; el amor del rey era su egoísmo. Había rechazado completamente así las mezquinas venganzas de mujer, como las frívolas coqueterías de la amante, cuando los hachones de la escolta brillaron en el fondo de la avenida, aumentando el resplandor a cada segundo por la rapidez de la carrera.
Oíanse los relinchos y resoplidos de los caballos; y el suelo retemblaba en el silencio de la noche bajo el peso cadencioso de los escuadrones que llegaban a la carrera.
Las verjas se abrieron, la servidumbre se precipitó al encuentro del rey, profiriendo gritos de entusiasmo, y la carroza resonó con estrépito en el pavimento del patio grande.
Deslumbrada, muy contenta, embriagada por todo aquello que acababa de experimentar, y lo que sentía de nuevo, la reina bajó presurosa la escalera para recibir al rey.
Luis XVI, apeándose del coche, subió después lo más rápidamente que le fue posible en medio de sus oficiales, agitados todos por los acontecimientos y por su triunfo; mientras que abajo, los guardias, mezclados sin miramientos con los palafreneros y caballerizos, arrancaban de las carrozas y de los arneses todas las escarapelas con que el entusiasmo de los parisienses los había adornado.
El rey y la reina se encontraron en una meseta de mármol, y María Antonieta, exhalando un grito de alegría y de amor, estrechó entre sus brazos varias veces a su esposo.
Y sollozaba, como si al tenerle a su lado hubiera creído no volver a verle jamás.
Poseída de este impulso de un corazón demasiado lleno, no vio cómo Charny y Andrea acababan de estrecharse la mano silenciosamente en la sombra.
No era nada un apretón de manos, pues Andrea estaba al pie de la escalera, y ella fue la primera que vio al conde.
María Antonieta, después de presentar sus hijos al rey, hízoles abrazar a Luis XVI, y entonces el Delfín, viendo en el sombrero de su padre la nueva escarapela, en la cual se proyectaba, por el resplandor de las hachas, como una luz sangrienta, exclamó con asombro infantil:
—¡Mirad, papá! ¿Tenéis sangre en la escarapela?
Era el color rojo nacional.
La reina profirió un grito a su vez.
Luis XVI inclinaba la cabeza como para abrazar a su hija, pero, en realidad, para ocultar su vergüenza.
María Antonieta arrancó aquella escarapela con profundo disgusto, sin que la noble furiosa pensase que hería en lo más profundo a la nación, que sabría vengarse algún día.
—¡Arrojad eso, caballero —exclamó—, arrojadlo!

Y tiró a la escalera aquella escarapela, la cual pisaron los pies de toda la escolta que conducía al rey a sus habitaciones.
Aquella extraña transición había sofocado en la reina todo el entusiasmo conyugal. Buscó con los ojos, pero sin darlo a conocer, al señor de Charny, que estaba en su puesto como un soldado.
—Os doy gracias, caballero —le dijo cuando sus miradas se encontraron, después de algunos segundos de vacilación por parte del conde—; os doy gracias, porque habéis cumplido bien vuestra promesa.
—¿A quién habláis? —preguntó el rey.
—Al señor de Charny —contestó María Antonieta valerosamente.
—¡Sí, pobre Charny! —repuso el rey—. ¡No le ha costado poco llegar hasta mí! ¿Y... Gilberto? No lo veo.
—Venid a cenar, señor —dijo la reina, cambiando de conversación—. Señor de Charny —prosiguió—, buscad a la condesa, y que venga con vos. Cenaremos en familia.
En este punto, María Antonieta fue reina, pero suspiró al pensar que Charny, en vez de estar triste como antes, volvía muy alegre.

## XL

## FOULON

Billot rebosaba de alegría.
Había tomado la Bastilla, devolviendo la libertad a Gilberto; y Lafayette le había distinguido llamándole por su nombre.
Por último, había visto el entierro de Foulon.
En aquella época, pocos hombres eran tan execrados como Foulon. Solamente uno tal vez hubiera podido hacerle competencia en este sentido, y era su yerno, el señor Berthier de Savigny.
Por eso los dos habían sido afortunados al día siguiente de la toma de la Bastilla.
Foulon murió, y Berthier pudo salvarse.
Lo que había puesto el colmo a la impopularidad de Foulon fue que, al retirarse Necker, había aceptado el cargo del *virtuoso genovés*, como se le llamaba entonces, habiendo sido tres días administrador general.
Por eso hubo muchos cantos y bailes en su entierro.
Por un momento se tuvo la idea de sacar el cadáver del ataúd y de colgarle; pero Billot se subió a un poste, pronunció un discurso acerca del respeto debido a los muertos, y el coche mortuorio prosiguió su marcha.
En cuanto a Pitou, había pasado a la categoría de héroe.
Pitou era amigo de los señores Elias y Hullin, que se dignaban utilizarle como recadero.
También era confidente de Billot, distinguido a su vez por Lafayette, como hemos dicho, el cual le encargaba algunas veces vigilar cerca de él, con sus anchos hombros y sus puños de Hércules.
Desde el viaje del rey a París, Gilberto, a quien Necker había puesto en comunicación con los principales individuos de la Asamblea Nacional y de la municipalidad, trabajaba sin descanso para educar aquella revolución en la infancia.
Por eso descuidaba a Billot y Pitou, que, abandonados por él, lanzábase con ardimiento en las reuniones de los ciudadanos, en cuyo seno agitábanse cuestiones de política trascendental.
En fin, cierto día que Billot había pasado tres horas emitiendo su parecer sobre el abastecimiento de París, en una reunión de electores, y que, cansado de su peroración, aunque dichoso en el fondo por haber hecho de orador, reposaba con delicia, oyendo los discursos monótonos de sus sucesores, a quienes se guardaba muy bien de escuchar, Pitou llegó, muy trastornado, y deslizóse como una anguila hasta el salón de sesiones de la Casa Ayuntamiento, y con una voz conmovida, que contrastaba con la acostumbrada placidez de su acento, exclamó:
—¡Oh querido señor Billot, apreciable señor Billot!
—Y bien, ¿qué hay?
—¡Gran noticia!
—¿Buena?
—Gloriosa.

—¿De qué se trata?
—Ya sabéis que yo había ido al club de las Virtudes en la barrera de Fontainebleau.
—Sí. ¿Qué más?
—Pues bien; se decía una cosa muy extraordinaria.
—¿Cuál?
—Ya sabéis que ese pícaro Foulon se había hecho pasar por muerto, y hasta fingió dejarse enterrar...
—¡Cómo! ¿Que se ha hecho pasar por muerto? Y ¿de qué modo ha fingido dejarse enterrar? ¡Pardiez! Bien muerto está, puesto, que yo mismo he visto pasar el entierro.
—¡Pues bien, señor Billot: está vivo!
—¡Vivo!
—Como vos y como yo.
—¡Tú te has vuelto loco!
—Querido señor Billot, yo no estoy loco: el traidor Foulon, el enemigo del pueblo, la sanguijuela de Francia, el acaparador, en fin, no ha muerto.
—¡Pero si te digo que le habían enterrado después de sufrir un ataque apoplético; si te repito que yo vi pasar el entierro y que hasta impedí que sacaran su cadáver del ataúd para colgarle!
—Pues yo acabo de verle vivo. ¡Ah!
—¿Tú?
—Como os veo ahora, señor Billot. Parece que uno de sus criados es quien ha muerto, y que el bribón de su amo mandó que le hicieran un entierro de aristócrata. ¡Oh! Todo se ha descubierto, y el hombre ha procedido así por temor a la venganza del pueblo.
—Cuéntame eso, Pitou.
—Venid un poco al vestíbulo, señor Billot, y estaremos más a gusto.
Salieron de la sala y entraron en el vestíbulo.
—Y, por lo pronto —dijo Pitou—, es preciso saber si el señor de Bailly se halla aquí.
—Sí que está, pero puedes hablar.
—Muy bien. Yo estaba en el club de las Virtudes, donde escuchaba el discurso de un patriota. Era aquel que cometía tantas faltas del francés, y bien se echaba de ver que no se había educado en casa del abate Fortier.
—Continúa —dijo Billot—, ya sabes que se puede ser buen patriota sin saber leer ni escribir.
—Es verdad —repuso Pitou—. De repente llega un hombre muy sofocado, gritando: «¡Victoria, victoria! Foulon no había muerto, Foulon vive, yo le he encontrado y visto». Todos hicieron como vos, padre Billot: nadie quería creer. Los unos decían: «¡Cómo! ¡Foulon vivo!» «Sí». Los demás gritaban: «¡Vamos, no puede ser!» Y algunos, en fin, decían: «¡Pues bien: mientras que estabas allí, hubieras podido descubrir al mismo tiempo dónde se hallaba su yerno Berthier!»
—¡Berthier! —exclamó Billot.
—Sí, Berthier de Savigny, ya sabéis, nuestro intendente de Compiegnerpkamigo del señor Isidoro de Charny.

—Sin duda, aquel que era siempre tan duro con todo el mundo y tan cortés con Catalina.
—Precisamente, —contestó Pitou—, un tratante horrible, una segunda sanguijuela del pueblo francés, la execración del género humano, la vergüenza del mundo civilizado, como dice el virtuoso Loustalot.
—¿Qué más, qué más? —preguntó Billot.
—Es verdad —replicó Pitou—, *ad eventum festina*, lo cual quiere decir, apreciáble señor Billot: apresura el desenlace. Continúo, pues: aquel hombre llega al club de las Virtudes muy sofocado, gritando: «¡He hallado a Foulon, he hallado a Foulon, le he descubierto!» A estas palabras contestó un grito inmenso.
—¡Se engañaba! —dijo Billot, que era duro de cabeza.
—No me engañaba, puesto que le he visto.
—¿Tú le has visto, Pitou?
—Con mis propios ojos. Esperad.
—¡Ah! Escuchad, que yo también tengo bastante calor. Os digo, pues, que se había hecho pasar por muerto, mandando enterrar a uno de sus criados en su lugar; mas, por fortuna, la Providencia velaba.
—¡Vamos, la Providencia! —dijo desdeñosamente Billot— émulo de Voltaire.
—Quería decir la nación —replicó Pitou con humildad—. Aquel buen ciudadano, aquel patriota que daba la noticia, había reconocido a Foulon en Viry, donde se hallaba oculto.
—¡Ah, ah!
—Y, habiéndole reconocido, le denunció. El síndico, un tal Rappe, mandó detenerle en el acto.
—Y ¿cómo se llama ese bravo patriota que tuvo valor para cometer semejante acto?
—¿Denunciar a Foulon?
—Sí.
—Pues bien: se llama señor San Juan.
—¿San Juan? Ese es nombre de lacayo.
—¡Ya lo creo, como que es el lacayo de ese pícaro Foulon! ¡Toma, aristócrata! Te está bien empleado, por tener lacayos.
—Pitou —dijo Billot acercándose al mozo—, me interesa lo que dices.
—Sois muy bondadoso, señor Billot. Pues ya tenemos a Foulon denunciado y detenido. Ahora le conducen a París, y el denunciador va delante publicando la noticia, para recibir el premio de la denuncia, tanto que, detrás de él, Foulon ha llegado a la barrera.
—¿Y es allí donde le has visto?
—Sí. Tenía un aire muy extraño, y le habían puesto un collar de ortigas en lugar de corbata.
—¿Ortigas? Y ¿por qué esto?
—Porque ha dicho, según parece, el muy bribón, que el pan era para los hombres, y el heno para los caballos, pero que las ortigas eran bastante buenas para el pueblo.
—¿Ha dicho eso el miserable?
—¡Pardiez! Sí que lo ha dicho, señor Billot.

—¡Bueno: veo que ya juras!
—¡Bah! —repuso Pitou con despego—. ¡Entre militares!... En fin, iba a pie, y en el camino le sacudían una infinidad de golpes en el cuerpo y en la cabeza.
—¡Ah!, ah! —exclamó Billot algo menos entusiasmado.
—Era muy divertido aquello —continuó Pitou—, pero no todo el mundo podía pegar, puesto que más de diez mil personas gritaban detrás de él.
—¿Y después? —preguntó Billot, que comenzaba a reflexionar.
—Después le han conducido a casa del presidente del distrito de San Marcelo, buen patriota, ya sabéis.
—Sí, el señor Acloque.
—¿Cloque? Eso es; y ha mandado que le conduzcan a la Casa Ayuntamiento, porque no sabía qué hacer; de modo que podéis ir a verle.
—Pero ¿cómo eres tú quien me anuncia esto y no el famoso San Juan?
—Porque yo tengo piernas seis pulgadas más largas que las suyas. Había marchado antes que yo; pero le di alcance y me adelanté después a él. He querido preveniros para que deis aviso al señor Bailly.
—¡Qué suerte tienes, Pitou!
—Mucha más tendré mañana.
—¿Cómo lo sabes?
—Porque el mismo San Juan, que ha denunciado al señor Foulon, ha propuesto el medio para que cojan también al señor Berthier, que ha emprendido la fuga.
—¿Sabe dónde está?
—Sí: parece que el bueno de San Juan era el hombre de confianza de ambos, y que ha recibido mucho dinero del suegro y del yerno, que trataban de pervertirle.
—¿Ha tomado dinero?
—Ciertamente que sí. El dinero de un aristócrata, siempre es bueno de tomar; pero ha dicho que un buen patriota no vende la nación por dinero.
—Sí —murmuró Billot—, pero hace traición a sus amos, y esto es todo. ¿Sabes tú, Pitou, que tu señor San Juan es un gran pillastre?
—Puede ser; pero no importa: se cogerá al señor Berthier, como se cogió a Foulon, y los ahorcarán uno frente a otro. ¡Qué mueca harán al mirarse!
—Y ¿por qué los han de ahorcar? —preguntó Billot.
—Porque son unos bribones: yo los aborrezco.
—¡El señor Berthier, que fue a mi granja; el señor Berthier, que en sus paseos por la isla de Francia tomó la leche con nosotros y que envió desde París pendientes de oro a Catalina! ¡Oh! ¡No, no: a ése no le ahorcarán!
—¡Bah! —exclamó Pitou con expresión feroz—. Era un aristócrata, un farsante.
Billot miró a Pitou con asombro, y el joven no pudo menos de bajar los ojos, sonrojándose vivamente.
De improviso, el digno labrador divisó al señor Bailly, que pasaba desde la sala a su gabinete después de una deliberación, y se precipitó hacia él para darle la noticia.
Pero Billot encontró a su vez un incrédulo.
—¡Foulon, Foulon! —exclamó el alcalde—. ¡Qué locura!
—Pues mirad, señor Bailly —replicó el labrador—, aquí está Pitou, que le ha visto.

—Sí que le he visto, señor alcalde —dijo Pitou aplicando una mano sobre su pecho e inclinándose.
Y refirió a Bailly lo que acababa de contar a Billot. Entonces se vio palidecer al pobre Bailly, que comprendía toda la extensión de la catástrofe.
—Y ¿ese Acloque le envía aquí? —murmuró.
—Sí, señor alcalde.
—Pero ¿cómo le envía?
—¡Oh! Estad tranquilo —dijo Pitou, que se engañaba respecto a la inquietud de Bailly—, hay gente para guardar al prisionero, y no escapará en el camino.
—¡Ojalá pudiera hacerlo! —murmuró Bailly.
Y volviéndose hacia Pitou añadió:
—Gente para guardarle... ¿Qué entendéis por esto, amigo mío?
—Quiero decir gente del pueblo.
—¿Del pueblo?
—Más de veinte mil hombres, sin contar las mujeres —dijo Pitou con aire triunfante.
—¡Desgraciado! —exclamó Bailly—. ¡Señores, señores electores! —gritó el alcalde.
Y con voz estridente los llamó a todos.
Al dar cuenta de lo ocurrido no se oyeron a su alrededor más que exclamaciones y gritos de angustia.
Siguióse un silencio de terror, durante el cual un rumor confuso, lejano, incalificable, comenzó a penetrar en la Casa Ayuntamiento, semejante a uno de esos latidos de la sangre que zumba a veces en los oídos en las crisis cerebrales.
—¿Qué es eso? —preguntó un elector.
—¡Pardiez! El ruido de la multitud —contestó otro.
De improviso un coche rodó rápidamente por la plaza. En el interior iban dos hombres armados, que obligaron a bajar a un tercero, pálido y tembloroso.
Detrás del coche, conducido por San Juan, más sofocado que nunca, corrían unos cien jóvenes de doce a dieciocho años, de rostro demacrado y ojos brillantes.
—¡Foulon, Foulon! —gritaban corriendo casi tanto como los caballos.
Los dos hombres armados les llevaban, sin embargo, alguna ventaja, lo cual les dio tiempo para empujar a Foulon en la Casa Ayuntamiento, cuyas puertas se cerraron dejando fuera a los que gritaban.
—¡Al fin le tenemos aquí! —dijeron a los electores que esperaban en lo alto de la escalera.
—¡Señores, señores! —gritó Foulon temblando—. ¿Me salvaréis?
—¡Ah, señor! —contestó Bailly con un suspiro—. Sois un gran culpable.
—Sin embargo, caballero —replicó Foulon, cada vez más turbado—, por lo menos espero que habrá una justicia para defenderme.
En aquel momento, el tumulto exterior redobló.
—¡Ocultadle pronto! —gritó Bailly a las personas que le rodeaban—. De lo contrario...
Y, volviéndose hacia Foulon, le dijo:

—Escuchad: la situación es lo bastante grave para que se os consulte. ¿Queréis, puesto que aún es tiempo, tratar de huir por la puerta posterior de la Casa Ayuntamiento?
—¡Oh! No —exclamó Foulon—. Sería reconocido y asesinado.
—¿Preferís quedaros con nosotros? Yo haré, y estos señores también, cuanto sea humanamente posible para defenderos. ¿No es verdad, señores? —preguntó a sus compañeros.
—Lo prometemos —exclamaron todos los electores a la vez.
—¡Oh! Sí: prefiero quedarme con vosotros, señores. No me abandonéis.
—Os he dicho, caballero —replicó Bailly con dignidad—, que haremos cuanto sea humanamente posible para salvaros.
En aquel momento resonó en la plaza un inmenso clamoreo que, elevándose en los aires, penetró en la Casa Ayuntamiento por las ventanas abiertas.
—¿Oís, oís? —murmuró Foulon palideciendo.
En efecto: la multitud desembocaba, vociferando y espantosa de ver, por todas las calles que conducían a la Casa Ayuntamiento y sobre todo por el muelle Pelletier y la calle de la Vannerie.
Bailly se acercó a una ventana.
Los ojos, los cuchillos, las picas, las hoces y los mosquetes brillaban al sol, y en menos de diez minutos la vasta plaza quedó repleta de gente: era todo el cortejo de Foulon del que Pitou habló y que había aumentado más con los curiosos que, oyendo un gran ruido, acudían a la plaza de Gréve como hacia un centro.
Todas aquellas voces, y contábanse más de veinte mil, gritaban:
—¡Foulon, Foulon!
Entonces se vio a los cien precursores de aquellos furiosos señalar a la multitud la puerta por donde Foulon había entrado. Esta puerta fue amenazada al punto, y se comenzó a descargar sobre ella puntapiés, culatazos con los fusiles y golpes con palancas.
De repente se abrió.
Los guardias de la Casa Ayuntamiento se dejaron ver entonces y adelantándose contra los sitiadores, que, retrocediendo al pronto ante las bayonetas, dejaron libre en su primer espanto un ancho espacio vacío delante de la fachada.
Aquella guardia se situó en los escalones, firme y serena.
Los oficiales, por otra parte, en vez de amenazar, arengaban afectuosamente a la multitud, tratando de calmarla con sus protestas.
Bailly estaba aturdido: era la primera vez que el pobre astrónomo se encontraba ante la gran borrasca popular.
—¿Qué hacer? —preguntó a los electores—. ¿Qué hacer?
—¡Juzgarle! —gritaron varias voces.
—No se juzga bajo la intimidación de la multitud —dijo Bailly.
—¡Diantre! —repuso Billot—. ¿Tenéis suficientes tropas para defenderos?
—Ni siquiera hay doscientos hombres.
—Pues se necesitaría un refuerzo.
—¡Oh! Si se avisase al señor de Lafayette... —exclamó Bailly.
—Pues avisadle.
—¿Quién lo hará? ¿Quién podría atravesar las oleadas de esa multitud?

—Yo —contestó Billot.

Y se preparaba a salir. Bailly le detuvo.

—¡Insensato! —le dijo—. Mirad ese océano: seríais arrollado por la primera oleada. Si queréis llegar hasta el señor de Lafayette, y aun así no respondo de vos, pasad por la puerta posterior. Id.

—Bien —contestó sencillamente Billot.

Y partió como un rayo.

## XLI

## EL SUEGRO

Sin embargo, según lo demostraban los rumores siempre crecientes de la multitud, los ánimos se enardecían en la plaza. Aquello no era ya odio, sino horror; ya no se amenazaba, sino que se quería pasar a las vías de hecho.

Los gritos de «¡Abajo Foulon! ¡Muerte a Foulon!» se cruzaban como proyectiles mortales en un bombardeo; y la multitud, siempre aumentando, llegaba, por decirlo así, a sofocar a los guardias en sus puestos.

Y ya en aquella muchedumbre comenzaban a circular y acrecentarse aquellos rumores que autorizaban las violencias.

Y estos rumores no amenazaban solamente a Foulon, sino también a los que le protegían.

—¡Han dejado huir al prisionero! —gritaban los unos.

—¡Entremos, entremos! —decían los otros.

—¡Incendiemos la Casa Ayuntamiento!

Bailly comprendió que no quedaba más que un recurso, puesto que el señor de Lafayette no llegaba.

Se reducía a que los mismos electores bajaran y se mezclasen con los grupos para convencer a los más furiosos.

—¡Foulon, Foulon!

Tal era el grito incesante, el alarido de aquella ciega multitud.

Se preparaba un asalto general que los muros no hubieran resistido.

—Caballero —dijo Bailly a Foulon—, si no os dejáis ver de la multitud, esa gente creerá que os hemos dejado escapar; forzará la puerta, entrarán aquí, y, una vez dentro, no respondo de nada si os encuentran.

—¡Oh! No creía que fuese tan aborrecido —dijo Foulon, dejando caer sus brazos inertes.

Y, sostenido por Bailly, se arrastró hasta la ventana.

Al verle resonó un clamor terrible; el pueblo forzó la línea de los guardias, derribó las puertas, y el torrente se precipitó por las escaleras, los corredores y las salas, quedando éstas invadidas en un momento.

Bailly situó alrededor del prisionero cuantos guardias disponibles había, y después arengó a la multitud.

Quería hacer comprender al pueblo que asesinar es algunas veces hacer justicia.

Y al fin lo consiguió después de inusitados esfuerzos, después de arriesgar veinte veces su propia vida.

—¡Sí, sí! —gritaron los sitiadores—. ¡Que se le juzgue, que se le juzgue; pero que le ahorquen!

A este punto llegaban de su argumentación, cuando el señor de Lafayette se presentó en la Casa Ayuntamiento acompañado de Billot.

La vista de su penacho tricolor, uno de los primeros que se habían llevado, bastó para que cesasen al punto el ruido y las cóleras.

El comandante general de la guardia nacional mandó abrir paso, y repitió, más enérgicamente aún que Bailly, todo lo que éste había dicho ya.
Su discurso llamó la atención de todos los que pudieron oírle, y la causa de Foulon se ganó en la sala de los electores.
Pero fuera, veinte mil furiosos no habían podido oír al señor de Lafayette, y persistían en su frenesí.
—¡Vamos! —dijo en conclusión Lafayette, creyendo naturalmente que el efecto producido por los que le rodeaban se extendía hasta los de afuera. Es preciso juzgar ese hombre.
—¡Sí! —gritó la multitud.
—En su consecuencia, ordeno que se le conduzca a la prisión —prosiguió Lafayette.
—¡A la prisión, a la prisión! —vociferó la multitud.
La muchedumbre que estaba fuera no comprendió nada sino que su presa llegaría muy pronto, y a nadie le ocurrió la idea de que se la disputaran.
Olfateaba, por decirlo así, el olor de la carne fresca que bajaba por la escalera.
Billot se había asomado a la ventana con algunos electores, y con el mismo Bailly, para seguir con los ojos al prisionero, mientras que atravesaba la plaza, escoltado, pollos guardias de la ciudad.
En el trayecto, Foulon dirigía acá y allá palabras sueltas que atestiguaban un terror profundo, mal embazado bajo protestas de confianza.
—¡Noble pueblo! —decía al bajar la escalera—. No temo nada; porque estoy en medio de mis conciudadanos.
Y ya las risas y los insultos se cruzaban en torno suyo, cuando de improviso se encontró fuera de la bóveda sombría, en lo alto de la escalera que dominaba la plaza y donde el aire y el sol tocaban su rostro.
En el mismo instante un solo grito de rabia, alarido amenazador, rugido de odio, partió de veinte mil pechos, y al punto los guardias son levantados en alto, los dispersan, y mil brazos se apoderan de Foulon para llevarle al, ángulo fatal, bajo el reverbero, innoble horca de las cóleras que el pueblo llamaba sus justicias.
Billot, desde su ventana, veía y gritaba, y los electores estimulaban también a los guardias, que no podían hacer más.
Lafayette, desesperado, se precipitó fuera de la Casa Ayuntamiento; pero ni siquiera pudo traspasar las primeras filas de aquella multitud, que se extendía, semejante a un lago inmenso entre él y el reverbero.
Subiéndose a los postes para ver mejor, cogiéndose a las ventanas, a los salientes de los edificios y a todo cuanto les ofrecía un punto de apoyo, los simples espectadores estimulaban con sus gritos terribles aquella espantosa efervescencia de los actores.
Estos se burlaban de su víctima, como pudiera hacerlo un tigre con una presa inofensiva.
Todos se disputaban a Foulon, y al fin se comprendió que para disfrutar de su agonía era preciso distribuirse los papeles.
A no ser por esto, iban a despedazarle.
Los unos levantaron a Foulon, que ya no tenía fuerza ni para gritar.

Los otros, que le habían quitado la corbata, rasgándole la ropa, le pasaron una cuerda al cuello.
Y algunos, en fin, subidos en el reverbero, bajaban aquella cuerda para que sus compañeros la colocasen en el cuello del ex ministro.
Durante un momento se elevó a Foulon a fuerza de brazos, y mostráronle así a la multitud, con la cuerda puesta y las manos atadas a la espalda.
Después, cuando la muchedumbre hubo contemplado bien al paciente y aplaudido con frenesí, se hizo una señal, y Foulon, pálido y cubierto de sangre, fue izado a la altura del brazo de hierro del farol en medio de una silba más terrible que la muerte.
Todos aquellos que aún no habían podido ver nada, divisaron entonces al enemigo público cerniéndose sobre la multitud.
Nuevos gritos resonaron; pero esta vez contra los verdugos. ¿Había de morir tan pronto Foulon?
Los verdugos se encogieron de hombros, limitándose a mostrar la cuerda.
Esta última era vieja, y se podía ver cómo se deshilachaba poco a poco. Los desesperados movimientos de Foulon en su agonía acabaron de romper el hilo que la sujetaba; al fin se rompió, y Foulon, casi estrangulado, cayó en el suelo.
Este no era más que el prólogo del suplicio; la víctima había penetrado tan sólo en el vestíbulo de la muerte.
Todos se precipitaron hacia el paciente, pero estaban tranquilos porque no podía huir, pues al caer acababa de romperse una pierna por debajo de la rodilla.
Y, sin embargo, oyéronse algunas imprecaciones, ininteligibles y calumniosas: se acusaba a los ejecutores, calificándolos de torpes a ellos, tan ingeniosos por el contrario; a ellos, que habían elegido la cuerda vieja y gastada con la esperanza de que se rompiese.
Esperanza que se había realizado, como se acaba de ver.
Se hizo un nudo en la cuerda, y la pasaron otra vez por el cuello del desgraciado, que, medio muerto, la mirada vaga y la voz ronca, buscaba a su alrededor, en aquella ciudad que se llama centro del universo civilizado, para ver si alguna de las bayonetas de aquel rey de quien había sido ministro, y que poseía cien mil, abriría brecha en aquella horda de caníbales.
Pero en torno suyo no había más que odio, el insulto y la muerte.
—¡Matadme al menos, sin hacerme sufrir tan atrozmente! —gritó Foulon, desesperado.
—¡Hola! Y ¿por qué abreviaríamos tu suplicio a ti, que tanto has hecho durar el nuestro?
—Y además —dijo otro—, aún no has tenido tiempo de digerir las ortigas.
—¡Esperad, esperad! —gritó un tercero—. Ahora le traerán a su yerno Berthier, que aún queda sitio en el reverbero de enfrente.
—Ya veremos qué muecas hacen el suegro y el yerno —añadió otro.
—¡Rematadme, rematadme! —gritaba el desgraciado.
Durante este tiempo, Bailly y Lafayette rogaban, suplicaban y gritaban, tratando de penetrar en aquella multitud; pero de repente Foulon se eleva otra vez en la extremidad de la cuerda, que de nuevo se rompe; y las súplicas de Bailly y de su

compañero, así como su angustia, no menos dolorosa que la del paciente, se pierden y se confunden con la hilaridad general que acoge aquella segunda caída.
Bailly y Lafayette eran tres días antes soberanos árbitros de la voluntad de seiscientos mil parisienses; pero hoy ni aun el niño de la escuela los escucha. Murmúrase contra ellos, porque molestan e interrumpen los espectáculos.
Billot ha prestado inútilmente el concurso de su vigor; el robusto atleta ha derribado veinte hombres; mas para llegar hasta Foulon necesitaría saltar sobre cincuenta, ciento o doscientos; ya se han agotado sus fuerzas, y cuando se detiene para enjugar el sudor y la sangre que corren de su frente, Foulon se eleva por tercera vez hasta la polea del reverbero.
Esta vez han tenido compasión de él, encontrándose una cuerda nueva.
El condenado ha muerto al fin; la víctima no sufre ya
Medio minuto ha bastado a la multitud para reconocer que la chispa de la vida se ha extinguido; y ahora que el tigre ha matado, puede ya devorar.
El cadáver, precipitado desde lo alto del farol, ni siquiera toca el suelo, pues antes de llegar le hicieron pedazos.
La cabeza, separada del tronco en un segundo, fue levantada en la punta de una pica. Estaba muy de moda en aquella época llevar así las cabezas de los enemigos.
Ante aquel espectáculo, Bailly quedó aterrado: aquella cabeza era para él la Medusa antigua.
Lafayette, pálido y con la espada en la mano, apartaba de sí con disgusto a los guardias, que trataban de excusarse de haber sido menos fuertes.
Billot pataleaba de cólera, moviéndose a derecha e izquierda, y al fin entró en la Casa Ayuntamiento para no ver cosa alguna de lo que sucedía en aquella plaza ensangrentada.
En cuanto a Pitou, su sed de venganza popular se había convertido en un movimiento convulsivo; acababa de llegar a la orilla del río, y allí cerraba los ojos y tapábase los oídos para no ver ni oír más.
La consternación reinaba en la Casa Ayuntamiento, y los electores comenzaban a comprender que no reprimirían nunca los movimientos del pueblo sino en el sentido que a éste conviniera.
De repente, mientras que los furiosos se entretenían en arrastrar hasta el arroyo el cuerpo decapitado de Foulon, un nuevo grito, un nuevo estrépito se propaga hasta más allá de los puentes.
Un correo se precipita: la noticia que trae es conocida ya de la multitud, que la adivina por indicación de sus más hábiles jefes, como la jauría que toma la huella por el olfato del más ejercitado podenco.
La multitud se oprime alrededor del correo, rodeándole completamente; adivina que se aproxima una nueva presa, y comprende que aquel hombre llega para hablar del señor Berthier.
Interrogado por diez mil bocas a la vez, el correo se ve en la precisión de contestar:
—El señor Berthier de Savigny acaba de ser detenido en Compiégne.
Después penetra en la Casa Ayuntamiento, donde anuncia la misma cosa a Lafayette y a Bailly.

—Bien, bien: ya lo sabía —dijo Lafayette.
—Lo sabíamos —repitió Bailly—, y se han dado órdenes para que le tengan allí.
—¿Guardado allí? —repitió el correo.
—Sin duda. He enviado dos comisarios con una escolta.
—Una escolta de doscientos cincuenta hombres, ¿no es verdad? —preguntó un elector—. Es más que bastante.
—Señores —dijo el correo—, he aquí precisamente lo que vengo a manifestaros: la escolta ha sido dispersada, y el prisionero arrebatado por la multitud.
—¡Arrebatado! —exclamó Lafayette—. ¿La escolta se ha dejado coger el prisionero?
—No la acuséis, general, pues ha hecho cuanto era posible.
—Pero ¿y el señor Berthier? —preguntó con ansiedad Bailly.
—Le traen a París —contestó el correo—, y en este instante se halla en el Bourget.
—Pero ¡si viene hasta aquí está perdido! —exclamó Billot.
—¡Pronto, pronto! —gritó Lafayette—. Quinientos hombres al Bourget. Que pasen allí la noche los comisarios y el señor Berthier, y entretanto resolveremos.
—Pero ¿quién se atreverá a encargarse de semejante comisión? —preguntó el correo, mirando con terror por la ventana aquella inmensa multitud semejante a un mar revuelto, de cada una de cuyas olas partía un grito de muerte.
—¡Yo! —gritó Billot—. Lo que es a ése quiero salvarle.
—Pereceréis en la demanda —exclamó el correo—, pues el camino está negro por la mucha gente que lo ocupa.
—¡Pues marcho! —dijo el labrador.
—¡Inútil! —murmuró Bailly, que acababa de prestar oído—. ¡Escuchad, escuchad!
Entonces se oyó por el lado de la puerta de San Martín un rumor semejante al mugido del mar entre las rocas.
Aquel rumor furioso pasaba por encima de las casas, como el vapor hirviente se escapa sobre los bordes de un vaso.
—¡Demasiado tarde! —exclamó Lafayette.
—¡Ya vienen, ya vienen! —murmuró el correo—. ¿Lo oís?
—¡Un regimiento, un regimiento! —gritó Lafayette con esa generosa locura de la humanidad que era el lado brillante de su carácter.
—¡Eh, pardiez! —exclamó Bailly, que tal vez juraba por primera vez—. ¿Olvidáis que nuestro ejército es precisamente esa multitud que os proponéis combatir? Y ocultó su rostro entre las manos. Los gritos oídos a lo lejos se habían comunicado desde la multitud apiñada en las calles hasta la que ocupaba la plaza con la rapidez de un reguero de pólvora.

## XLII

## EL YERNO

Entonces se vio a los que profanaban los tristes restos de Foulon renunciar a su sangrienta diversión para lanzarse en busca de una nueva venganza.

De las calles adyacentes a la plaza desembocó al punto una gran parte de aquella ruidosa multitud, que se precipitó con los cuchillos levantados y los puños amenazadores al encuentro de la nueva procesión de muerte.

La reunión se efectuó muy pronto, porque unos y otros se daban igual prisa.

Entonces he aquí lo que sucedió.

Algunos de aquellos hombres sanguinarios a quienes hemos visto en la plaza de Gréve llevaban al yerno, en la punta de una pica, la cabeza de su suegro.

El señor Berthier llegaba por la calle de San Martín con el comisario, y hallábase, poco más o menos, a la altura de la calle Saint-Merry.

Iba en su cabriolé, ese vehículo eminentemente aristocrático en aquella época y odiado del pueblo, que tantas veces había debido quejarse de la rapidez que sus amos le imprimían, o bien las bailarinas, las cuales, guiando por sí propias y conducidas por un caballo ardiente, hacían rodar con frecuencia a los transeúntes y los llenaban de barro siempre.

Berthier, en medio de los gritos, de los silbidos y de las amenazas, avanzaba paso a paso, hablando tranquilamente con el elector Riviére, aquel comisario enviado a Compiégne para salvarle, y que, abandonado por su compañero, no pudo salvarse a sí propio sin mucho trabajo.

El pueblo había comenzado por el cabriolé; y como rompiese la capota, Berthier y su compañero quedaron a descubierto.

Entretanto, el primero oía que le recordaban sus crímenes, comentados y aumentados por el furor popular.

—Había querido matar de hambre a París —decía uno.

—Sí —añadía otro—, mandó que se cortaran los centenos y los trigos verdes, y, habiendo subido el precio de los cereales, realizó sumas enormes.

—No solamente hizo eso, lo cual era ya bastante —decían—, sino que también conspiraba.

—Se le había cogido una cartera, en la cual se hallaron cartas incendiarias, órdenes de matanza, y la prueba era el hecho de haberse distribuido diez mil cartuchos entre sus agentes.

Estos eran monstruosos absurdos; pero, como ya se sabe, la multitud, cuando llega al paroxismo de la cólera, da por verdaderas las noticias más insensatas.

Aquel a quien acusaban de todo esto era un hombre joven aún, de treinta a treinta y dos años, vestido con elegancia, casi risueño en medio de los golpes y de las injurias; y miraba a su alrededor, con la mayor indiferencia, los carteles infames que le mostraban, sin dejar de hablar con Riviére.

Dos hombres, irritados al ver aquel aplomo, quisieron espantarle, humillando su actitud; habíanse colocado cada cual en los estribos del cabriolé, y ambos apoyaban sobre el pecho de Berthier las bayonetas de sus fusiles.

Pero Berthier, intrépido hasta la temeridad, no se intimidó por tan poca cosa, y siguió hablando con el elector como si aquellos dos fusiles no hubieran sido más que un accesorio inofensivo del cabriolé.
La multitud, profundamente irritada ante aquel desdén, que contrastaba de un modo tan opuesto con el terror de Foulon, rugía alrededor del coche, esperando con impaciencia el momento en que, en vez de una amenaza, podría causar un dolor.
Entonces fue cuando Berthier fijó su mirada en algún objeto informe y ensangrentado que agitaban delante de él, y, de repente, reconoció la cabeza de su suegro, que se inclinaba casi a la altura de sus labios.
Se quería que la besase.
El señor Riviére, indignado, apartó la pica con su mano.
Berthier le dio las gracias con un ademán, sin dignarse siquiera volver la cabeza para seguir con la vista aquel hediondo trofeo que los verdugos llevaban detrás del cabriolé, sobre la cabeza de Berthier.
Así se llegó a la plaza de Gréve.
El prisionero, después de los inusitados esfuerzos de la guardia que se había reunido apresuradamente, fue entregado en manos de los electores en la Casa Ayuntamiento.
Peligrosa misión, terrible responsabilidad que hizo palidecer de nuevo a Lafayette, agitando el corazón del alcalde de París.
La multitud, después de haber destrozado un poco el cabriolé, abandonado al pie de la escalera de la Casa Ayuntamiento, ocupó los mejores sitios, guardó todas las salidas, y adoptó sus disposiciones, preparando nuevas cuerdas para las poleas de los reverberos.
Billot, al ver a Berthier subir tranquilamente la gran escalera de la Casa Ayuntamiento, no pudo menos de llorar amargamente, mesándose los cabellos.
Pitou, que dejando la orilla del río volvió a subir al muelle, cuando creyó terminado el suplicio de Foulon; Pitou, espantado a pesar de su odio al señor Berthier, culpable a sus ojos no solamente de todo cuanto le acusaban, sino de haber regalado unos pendientes de oro a Catalina, se dejó caer detrás de un banco sollozando.
Entretanto, Berthier, como si se tratase de alguna otra persona y no de él, había entrado en la sala del consejo y hablaba con los electores.
Conocía a los más de ellos, y hasta era amigo de algunos.
Estos últimos se alejaban de él con el terror que inspira a las almas tímidas el contacto de un hombre impopular.
Por eso Berthier se vio muy pronto casi solo con Bailly y con Lafayette.
Solicitó que le refiriesen todos los detalles del suplicio de Foulon, y después, encogiéndose de hombros, dijo:
—Sí, comprendo eso: nos aborrecen porque somos los instrumentos con que la monarquía atormentó al pueblo.
—Os acusan de grandes crímenes, caballero —dijo severamente Bailly.
—Señor —contestó Berthier—, si yo hubiera cometido todos los crímenes que me imputan, sería más o menos que un hombre, un animal feroz o un demonio; pero van a juzgarme, según presumo, y entonces se hará la luz.

—Sin duda —repuso Bailly.
—Pues bien —continuó Berthier—, esto es todo lo que yo deseo; tienen mi correspondencia, por la cual se verá a qué órdenes he obedecido, y la responsabilidad recaerá sobre el verdadero culpable.
Los electores dirigieron sus miradas a la plaza, de donde partían espantosos rumores.
Berthier comprendió la contestación.
Entonces Billot, abriéndose paso entre la multitud que rodeaba a Bailly, acercóse al intendente y ofrecióle su ruda mano callosa.
—Buenos días, señor Savigny —le dijo.
—¡Hola! ¿Eres tú, Billot? —contestó Berthier, sonriendo, mientras que estrechaba con mano firme la del labrador—. ¿Vienes ahora a tomar parte en los motines de París, tú, tan honrado y que tan bien vendías tu trigo a los traficantes de Villers-Cotterets, de Crépy y de Soissons?
Billot, a pesar de sus tendencias democráticas, no pudo menos de admirar la tranquilidad de aquel hombre, que así se chanceaba cuando tenía su vida pendiente de un hilo.
—Sentaos, señores —dijo Bailly a sus compañeros—, vamos a comenzar la instrucción contra el acusado.
—Sea —dijo Berthier—, pero os advierto una cosa, señores, y es que estoy rendido; desde hace dos días no me han dejado dormir; hoy, durante todo el camino, desde Compiégne a París, me han maltratado, y cuando pedí de comer me ofrecieron heno, lo cual es muy poco estomacal. Sírvanse señalarme un sitio donde pueda dormir siquiera una hora.
En aquel momento Lafayette salió un instante para informarse, y entró luego en la sala más abatido que nunca.
—Querido Bailly —dijo al alcalde—, la exasperación llega a su colmo; conservar al señor Berthier aquí es exponerse a un sitio; defender la Casa Ayuntamiento es dar a los furiosos el pretexto que piden; y no defender el edificio es tomar la costumbre de ceder cuantas veces se ataca.
Entretanto Berthier se había sentado, y después se echó sobre una banqueta, disponiéndose a dormir.
Los furiosos gritos llegaban hasta él por la ventana, pero sin perturbarle: su rostro conservaba la serenidad del hombre que lo olvida todo para que le sea posible conciliar el sueño.
Bailly deliberaba con los electores y Lafayette.
Billot miraba a Berthier.
Lafayette recogió rápidamente los votos, y, dirigiéndose al prisionero, que comenzaba a dormitar, le dijo:
—Caballero, podéis prepararos.
Berthier exhaló un suspiro, incorporóse después, y apoyándose en el codo preguntó:
—¿Prepararme para qué?
—Estos señores han acordado que se os traslade a la Abadía.
—Sea —contestó el intendente—, pero *de una manera u otra* —añadió, mirando a los electores confusos y comprendiendo la causa—, concluyamos de una vez.

Una explosión de gritos de impaciencia resonó otra vez en la plaza de Gréve.
—No, señores, no —exclamó Lafayette—, no le dejaremos marchar en este momento.
Bailly tomó una resolución, y con su noble valor bajó a la plaza acompañado de dos electores e impuso silencio.
El pueblo sabía tan bien como él lo que iba a decir, y, estando resuelto a cometer otro crimen, no quiso ni siquiera oír la reprensión; de modo que cuando Bailly abría la boca, un clamor inmenso de la multitud ahogó su voz antes de que nadie la oyera.
Bailly, viendo que le sería imposible articular una sola palabra, volvió a tomar el camino de la Casa Ayuntamiento, perseguido por los gritos de: «¡Berthier, Berthier!»
Otros gritos resonaban entre aquéllos, como esas notas agudas que se oyen de pronto en los coros de demonios de Weber o de Meyerbeer, y que decían: «¡Al farol, al farol!»
Al ver que Bailly volvía, Lafayette se lanzó a su vez; joven, ardiente y amado, parecíale que lo que el viejo no había podido conseguir con su popularidad de ayer, él, amigo de Washington y de Necker, lo obtendría, sin duda, a la primera palabra.
Pero en vano el general del pueblo penetró en los grupos más furiosos; en vano habló en nombre de la justicia y de la humanidad; y en vano, reconociendo, o aparentando reconocer a ciertos jefes de la multitud, suplicó, estrechando las manos y deteniendo los pasos de aquellos hombres.
Ni una sola de sus palabras fue escuchada, ninguno de sus ademanes fue comprendido, y no se vio ninguna de sus lágrimas.
Rechazado palmo a palmo, se arrodilló al fin en el pórtico de la Casa Ayuntamiento, conjurando a aquellos tigres, a quienes llamaba sus conciudadanos, a no deshonrar su nación, a no deshonrarse a sí propios, a no erigir en mártires a los culpables, a quienes la ley aplicaría el castigo de sus delitos.
Y como insistiese, las amenazas llegaron hasta él; pero luchó contra las amenazas; y entonces algunos desalmados le mostraron los puños amenazadores, levantando sobre él sus armas.
Pero Lafayette se adelantó hacia ellos, y sus armas se inclinaron.
Sin embargo, si se acababa de amenazar a Lafayette, lo mismo hacían con Berthier.
El general, vencido, entró como Bailly en la Casa Ayuntamiento.
Los electores todos habían visto a Lafayette impotente contra la tempestad, y él era su último baluarte, derribado ahora.
En su consecuencia, acordaron que la guardia de la Casa Ayuntamiento condujera a Berthier a la Abadía.
Era como enviarle la muerte.
—¡Al fin! —exclamó Berthier cuando se hubo adoptado este acuerdo.
Y, mirando a todos aquellos hombres con profundo desdén, se colocó en medio de los guardias, después de haber dado gracias con un ademán a Bailly y a Lafayette, ofreciendo luego su mano a Billot.

Bailly apartó la mirada para ocultar sus lágrimas, y Lafayette para disimular su indignación.
Berthier bajó la escalera de la Casa Ayuntamiento al mismo paso con que la había subido.
En el momento de aparecer en el pórtico, un espantoso clamoreo, partiendo de la plaza, hizo retemblar hasta los escalones de piedra en que asentaba el pie.
Pero Berthier, desdeñoso e impasible ante aquellos ojos chispeantes, con calma y serenidad, y encogiéndose de hombros, pronunció estas palabras:
—¡Qué extraño es ese pueblo! ¿Por qué aulla de ese modo?
Antes de que hubiese acabado de hablar, ya pertenecía a ese pueblo.
En el pórtico mismo, varios brazos le cogieron en medio de sus guardias; unos ganchos de hierro le atrajeron, faltóle el pie, y rodó en los brazos de sus enemigos, que en un segundo dispersaron la escolta.
Después, una oleada irresistible arrastró al prisionero por el camino manchado de sangre que Foulon había seguido dos horas antes.
Un hombre estaba ya en el reverbero fatal con una cuerda en la mano.
Pero a Berthier se había cogido otro hombre, que distribuía con ciega rabia, con delirio, golpes e imprecaciones a los verdugos, gritando:
—¡No le tendréis, no le mataréis!
Aquel hombre era Billot, a quien la desesperación enloquecía, y que en aquel momento tenía la fuerza de veinte hombres.
—¡Soy uno de los vencedores de la Bastilla! —gritaba a los unos.
Y no pocos, reconociéndole, moderaban sus ataques.
—¡Dejad que le juzguen! —decía a los otros—. Yo respondo de él, y si consigue huir me ahorcaréis en su lugar.
¡Pobre Billot, pobre hombre honrado! El torbellino le arrastraba, a él y a Berthier, como una tromba arrastra a la vez una pluma y una paja en sus vastas espirales.
Andaba sin ver, sin divisar nada.
El rayo hubiera sido menos rápido.
Berthier, a quien se llevaba a empujones, Berthier, a quien habían levantado ya, notando que se detenían, se volvió, alzó los ojos, y su vista se fijó en la infame cuerda, que se balanceaba sobre su cabeza.
Por un esfuerzo tan violento como imprevisto, desasióse de las manos que le sujetaban, arrancó el fusil de las de un guardia nacional y comenzó a descargar bayonetazos sobre los verdugos.
Pero en un segundo miles de golpes le alcanzaron por detrás: entonces cayó y otros mil le hirieron.
Billot había desaparecido bajo los pies de los asesinos.
Berthier no tuvo tiempo de sufrir: su sangre y su alma salieron a la vez de su cuerpo por mil heridas.
Entonces Billot pudo ver un espectáculo más hediondo aún que todo cuanto había contemplado hasta entonces: vio a un hombre introducir su mano en el pecho abierto del cadáver y sacar el corazón humeante.

Después, pinchando este corazón con la punta de su sable, en medio de la multitud que aullaba, abriéndole paso, fue a depositarle en la mesa del gran consejo, donde los electores celebraban sus sesiones.
Billot, aquel hombre de hierro, no pudo resistir la vista de semejante espectáculo, y cayó desvanecido sobre un poste, a diez pasos del reverbero fatal.
Lafayette, ante aquel insulto infame inferido a su autoridad, inferido a la revolución que dirigía, o más bien que había creído dirigir, rompió su espada y arrojó los pedazos a las cabezas de los asesinos.
Pitou fue a recoger a Billot, y se le llevó en sus brazos, murmurando a su oído:
—¡Billot, padre Billot, tened cuidado, pues si viesen que estáis malo, os tomarían por su cómplice y os matarían también! ¡Sería lástima... tan buen patriota!
Y se le llevó hacia el río, ocultándole lo mejor posible a las miradas de algunos envidiosos que murmuraban.

## XLIII

## BILLOT COMIENZA A ECHAR DE VER QUE NO TODO SON ROSAS EN LAS REVOLUCIONES

Billot, que juntamente con Pitou había disfrutado de todas las libaciones gloriosas, comenzaba a notar que llegaba al cáliz de la copa.

Cuando hubo recobrado el conocimiento por la frescura del río, Pitou le dijo:

—Señor Billot, echo muy de menos Villers-Cotterets. ¿Y vos?

Estas palabras despertaron al labrador con una fresca sensación de virtud y de calma, y Billot encontró vigor para atravesar entre la multitud y alejarse de aquella carnicería.

—Ven —dijo a Pitou—; tienes razón.

Y se resolvió a ir a buscar a Gilberto, que habitaba en Versalles, y que, sin haber vuelto a ver a la reina desde el viaje del rey a París, había llegado a ser el brazo derecho de Necker, el cual figuraba otra vez en el Ministerio, renunciando a la novela de su vida por la historia de todos, y proponiéndose organizar la prosperidad para generalizar la miseria.

Pitou siguió a su amo como siempre.

Ambos fueron introducidos en el gabinete donde el doctor trabajaba.

—Doctor —dijo Billot—, vuelvo a mi granja.

—Y ¿por qué? —preguntó Gilberto.

—Porque aborrezco París.

—¡Ah! Sí, lo comprendo —repuso Gilberto con frialdad—. Estáis cansado.

—Más que cansado.

—¿Ya no amáis la revolución?

—Quisiera verla concluida.

—Pues ahora comienza —replicó Gilberto, sonriendo con tristeza.

—¡Oh! —exclamó Billot.

—¿Os extraña esto? —preguntó el doctor.

—Lo que me extraña es vuestra sangre fría.

—¿Sabéis, amigo mío, de qué proviene esta sangre fría? —preguntó Gilberto.

—No puede resultar más que de una convicción.

—Precisamente.

—Y ¿qué convicción es ésa?

—Adivinad.

—Que todo acabará bien.

Gilberto sonrió más tristemente aún que la primera vez.

—No —repuso—; tengo la convicción de que todo acabará mal.

Billot manifestó asombro.

En cuanto a Pitou, abrió los ojos desmesuradamente, porque el argumento le parecía poco lógico.

—Veamos —dijo Billot, rascándose la oreja con su gruesa mano—, veamos, porque me parece que no comprendo bien.

—Tomad una silla, Billot —dijo Gilberto—, y colocaos bien junto a mí.

El labrador obedeció.
—Más cerca, más cerca —dijo el doctor—, para que vos me oigáis bien, y nadie más.
—¿Y yo, señor Gilberto? —preguntó tímidamente Pitou, haciendo señal de que estaba dispuesto a retirarse si el doctor lo deseaba.
—¡Oh! Puedes quedarte —dijo éste—. Eres joven, y, por lo tanto, escucha.
Pitou preparó los oídos para que no se le escapase nada, y sentóse en el suelo junto a la silla del padre Billot.
Curioso espectáculo era el de aquel conciliábulo entre los tres hombres en el gabinete de Gilberto.
Estaban junto a una mesa cargada de cartas, de impresos, de papeles y de diarios, a cuatro pasos de una puerta sitiada por solicitantes, sin poder franquearla por impedírselo un dependiente viejo, casi ciego y manco.
—Ya escucho —dijo Billot—; explicaos, maestro. ¿Cómo acabará todo mal?
—Helo aquí, Billot. ¿Sabéis qué hago en este momento, amigo mío?
—Escribís líneas.
—Pero ¡imagináis su sentido, Billot!.
—¿Cómo queréis que lo imagine, si apenas sé leer?
Pitou levantó tímidamente la cabeza para ver el papel que el doctor tenía delante.
—Hay cifras—dijo.
—Eso es, hay cifras; pero no sabéis que son a la vez la ruina y la salvación de Francia.
—¡Ah! —exclamó Billot.
—¡Hola, hola! —repitió Pitou.
—Estas cifras, impresas mañana— continuó el doctor—, irán a pedir al palacio del rey, al castillo de los nobles y a las cabañas de los pobres la cuarta parte de sus haberes.
—¡Cómo! —exclamó Billot.
—¡Oh! ¡Qué muecas hará mi pobre tía Angélica! —murmuró Pitou.
—¿Qué decis, buen amigo? —continuó Gilberto—. Si se hacen revoluciones, preciso es pagarlas.
—Muy justo —contestó heroicamente Billot. Esta bien: se pagará.
—¡Pardiez! —exclamó Gilberto—. Sois un hombre convencido, y en vuestra contestación no hay nada que me extrañe; pero los que no están convencidos...
—Y bien...
—Sí. ¿Qué harán?
—Se resistirán —dijo Billot con un tono que indicaba que él lo haría vigorosamente, si le pedían la cuarta parte de su renta para llevar a cabo una obra contraria a sus convicciones.
—Entonces, habrá lucha —dijo Gilberto.
—Pero la mayoría... —dijo Billot.
—Concluid, amigo mío.
—La mayoría está ahí para imponer su voluntad.
—Pues habrá opresión.
Miró Billot a Gilberto con aire de duda primeramente, y después, brilló en sus ojos un rayo de inteligencia.

—Esperad, Billot —repuso el doctor—; ya sé lo que vais a decirme: que los nobles y el clero lo tienen todo, ¿no es verdad?
—Ciertamente —contestó Billot, y también los conventos...
—¿Los conventos?
—Sí, los conventos están repletos.
—*Notum certumque* —murmuró Pitou.
—Los nobles no pagan un impuesto comparativo —continuó Billot—, y por eso yo, labrador, pago por impuestos, yo solo, doble cantidad que los tres hermanos de Charny, mis vecinos, los cuales tienen para los tres más de doscientas mil libras de renta.
—Pero veamos —prosiguió Gilberto—; ¿creéis que los nobles y los sacerdotes sean menos franceses que vos?
Pitou aguzó el oído a esta proposición, algo herética, en un tiempo en que el patriotismo se medía por la fuerza de los codos en la plaza de Greve.
—¿No lo creéis, eh, amigo mío? ¿No podéis reconocer que esos nobles y esos sacerdotes, que lo absorben todo sin devolver nada, son tan patriotas como vos?
—Es verdad.
—Error, amigo mío, error; lo son más, y voy a probároslo.
—¡Oh! En cuanto a eso, niego —dijo Billot.
—A causa de los privilegios, ¿no es verdad?
—¡Pardiez!
—Esperad.
—¡Oh! Ya espero.
—¡Pues bien! Os aseguro, Billot, que de aquí a tres días el hombre más privilegiado que haya en Francia será el hombre que no posea nada.
—Entonces seré yo —dijo con gravedad Pitou.
—¡Pues bien, sí, serás tú!
—¿Cómo es eso? —preguntó el labrador.
—Escuchad, Billot: esos nobles y esos eclesiásticos a quien acusáis de egoístas comienzan a sentirse dominados por esa fiebre de patriotismo que dará la vuelta a Francia. En este momento se reúnen como los carneros a la orilla del foso; deliberan; el más atrevido saltará mañana, o esta noche tal vez, y después le seguirán todos.
—¿Lo cual quiere decir, señor Gilberto...?
—Quiere decir que, renunciando a sus prerrogativas, los señores feudales dejarán en libertad a sus campesinos; los señores hacendados abandonarán sus granjas y sus rentas; y los nobles que tienen palomares, sus pichones.
—¡Oh, oh! —exclamó Pitou, estupefacto—. ¿Creéis que dejarán todo eso?
—¡Oh! —dijo Billot, iluminado de pronto—. Esa libertad sería magnífica.
—Y bien —repuso Pitou—; ¿qué haremos una vez libres?
—¡Diantre! —exclamó Billot algo perplejo—, ya veremos lo que se hace.
—¡Ah! ¡He aquí la palabra suprema! —exclamó Gilberto—. ¡Veremos!
Y se levantó con expresión sombría, paseóse silencioso durante algunos momentos, y, dirigiéndose después al. labrador, cuya mano callosa tomó con una severidad semejante a la amenaza, le dijo:

—Sí, veremos; todos veremos, lo mismo tú que yo, lo mismo yo que los demás; y he aquí precisamente en qué pensaba ahora, cuando me has visto con esa sangre fría que tanto te ha sorprendido.
—¡Me atemorizáis! El pueblo unido, abrazándose, uniéndose para contribuir a la prosperidad común, ¿cómo puede ser asunto que os entristezca, señor Gilberto?
El doctor se encogió de hombros.
—Entonces —continuó Billot—, ¿qué diréis de vos mismo si hoy dudáis, después de haberlo preparado todo en el antiguo mundo para dar libertad al nuevo?
—Billot —repuso Gilberto—, sin saberlo acabas de pronunciar una palabra que es el sentido del enigma, esa palabra que Lafayette pronuncia y que tal vez nadie comprende, comenzando por él mismo. Sí: hemos dado la libertad al nuevo mundo.
—Nosotros los franceses. Esto es muy hermoso.
—Sí que lo es; pero también muy caro —replicó Gilberto con tristeza.
—¡Bah! El dinero se ha gastado, y la cuenta está pagada —dijo alegremente Billot—. Un poco de oro, mucha sangre, y la deuda queda satisfecha.
—¡Ciego —exclamó Gilberto—, ciego, que no ves en esa aurora de Occidente el germen de nuestra ruina para todos! ¡Ay de mí! ¿Por qué los acusaré yo, que no le he visto más que ellos? Mucho temo, Billot, que haber dado la libertad al Nuevo Mundo tan sólo sirva para perder al antiguo.
—*Rerum novus nascitur ordo* —dijo Pitou con gran aplomo revolucionario.
—¡Silencio, muchacho! —exclamó Gilberto.
—¿Sería más difícil —replicó Billot— someter a los ingleses que calmar a los franceses?
—Nuevo mundo —repitió Gilberto—, es decir, lugar despejado, tabla rasa; sin leyes, pero sin abusos; sin ideas, pero también sin preocupaciones. En Francia, treinta mil leguas cuadradas para treinta millones de hombres, es decir, en caso de división del país, apenas terreno suficiente para la cuna y la tumba de cada cual. Allí abajo, en América, doscientas mil leguas cuadradas para tres millones de hombres; fronteras ideales con el desierto, o sea el espacio con el mar, con la inmensidad; en esas doscientas mil leguas, ríos navegables en la extensión de mil; bosques vírgenes cuyas profundidades únicamente Dios conoce; y, en fin, todos los elementos de la vida, de la civilización y del porvenir. ¡Oh! ¡Qué fácil es, Billot, cuando uno se llama Lafayette y está acostumbrado a manejar la espada; cuando uno se llama Washington y ejercita su pensamiento, qué fácil es combatir contra muros de madera, de tierra, de piedra, o de carne humana! Pero cuando en vez de fundar o destruir, cuando vemos en el antiguo orden de cosas que se atacan muros de ideas que se hunden y que detrás de sus mismas ruinas se refugian tantos hombres y tantos intereses, cuando después de haber encontrado la idea se ve que para hacerla adoptar al pueblo se necesitará tal vez diezmarle, desde el anciano que recuerda hasta el niño que aprendería, desde el monumento que es la memoria hasta el anciano que es el instinto, entonces, ¡oh Billot!, la tarea es una de aquellas que hace estremecer a los que ven más allá del horizonte. Tengo muy larga la vista, Billot, y por eso tiemblo.

—Dispensadme, doctor —dijo el labrador con su rudo buen sentido; me acusabais hace un momento de odiar la revolución, y he aquí que la hacéis execrable a mis ojos.
—Pero ¿te he dicho yo que renunciase?
—*Errare humanum est* —murmuró Pitou—, *sed perseverare diabolicum.*
—Perseveraré, sin embargo —continuó Gilberto—; pues, aun viendo los obstáculos, entreveo el objeto, y éste es grandioso, Billot. No es solamente la libertad de Francia lo que sueño, sino la del mundo entero; no es la igualdad física, sino la igualdad ante la ley; no es la fraternidad ante los ciudadanos, sino la fraternidad ante los pueblos. Perderé tal vez el alma, y acaso dejaré el cuerpo —continuó el doctor con expresión melancólica—; pero no importa: el soldado a quien se envía al asalto de una fortaleza ve los cañones, ve las balas con que se cargan, ve la mecha que se aproxima, y más aún: ve la dirección en que se apunta, ve aquel fragmento de hierro negro que le atravesará el pecho; pero va, si es necesario, a tomar la fortaleza. ¡Pues bien, padre Billot: nosotros somos soldados! ¡Adelante, aunque sobre nuestros cuerpos pasen algún día las generaciones cuya vanguardia representa ese muchacho que nos oye!
—No sé verdaderamente por qué desesperáis, señor Gilberto. ¿Será porque un infeliz ha sido asesinado en la plaza de Gréve?
—Pues ¿por qué te horrorizas tú? Anda, Billot: asesina tú también.
—Pero ¡qué decís, señor Gilberto!
—¡Pardiez! ¡Preciso es ser consecuente! Tú has venido pálido, tembloroso, tú, tan intrépido y tan fuerte, y me has dicho que estabas cansado. Yo me reí en tus barbas, Billot, y he aquí que cuando te explico por qué estabas pálido, por qué te cansabas, tú eres quien se ríe de mí a tu vez.
—¡Hablad, hablad! Mas, por lo pronto, dejadme la esperanza de que volveré curado a mis campos.
—Los campos, escucha Billot, toda nuestra esperanza está en ellos; el campo, revolución encantadora que se agita cada mil años y que comunica el vértigo a la monarquía siempre que sucede esto. La campiña se moverá a su vez cuando llegue la hora de comprar o de conquistar esos bienes mal adquiridos de que hablabas hace un instante, y de los que están repletos la nobleza o el clero; mas para, impulsar a la campiña a cosechar ideas es preciso inducir al campesino a conquistar la tierra. El hombre, una vez propietario, queda libre, y, al serlo, es más bueno. A nosotros, pues, obreros privilegiados, por quienes Dios consiente levantar el velo del porvenir, a nosotros corresponde el trabajo terrible que, después de haber dado al pueblo su libertad, le proporcionará la propiedad. Aquí, Billot, buena obra y mala recompensa tal vez; pero obra activa, poderosa, llena de alegrías y de dolores, llena de gloria y de calumnias; allí abajo, sueño frío e impotente, en la expectativa de un despertar que se hará a nuestra voz, de una aurora que vendrá de nosotros. Una vez despertado el campo, nuestra sangrienta tarea habrá concluido, y su labor pacífica comenzará entonces.
—¿Qué consejo me dais, pues, señor doctor?
—Si quieres ser útil a tu país, a tu nación, a tus hermanos y al mundo, quédate aquí, Billot; coge un martillo y trabaja en ese taller de Vulcano, que forja rayos para el mundo.

—¡Quedarme yo para ver cómo asesinan, y llegar a ser yo asesino tal vez!
—¿Cómo es eso? —replicó el doctor con una ligera sonrisa—. ¡Tú asesinar, Billot! ¿Qué me dices?
—Digo que, si me quedo aquí, como me aconsejáis —exclamó al labrador, tembloroso—, digo que al primero a quien vea atar una cuerda a un farol, le colgaré yo mismo con las manos que veis.
Gilberto se sonrió más marcadamente.
—Vamos —dijo—; veo que me comprendes, y hete aquí asesino también.
—Sí, asesino de bribones.
—Dime, Billot: ¿no has visto matar a de Losme, de Launay, de Flesselles, de Foulon y de Berthier?
—Sí.
—¿Cómo los llamaban sus asesinos?
—Bribones.
—¡Oh! Es verdad —dijo Pitou—; ese nombre les dieron..
—Sí; pero yo soy quien tiene razón —dijo Billot.
—La tendrás si ahorcas; pero no si te ahorcan a ti.
Billot inclinó la cabeza bajo aquel golpe de maza; pero, levantándola después con noble expresión, repuso:
—¿Me sostendréis que los que asesinan a hombres indefensos y bajo la salvaguardia del honor público son franceses como yo?
—¡Ah! —dijo Gilberto—. Esto es otra cosa. Sí, en el país hay varias clases de franceses: primeramente, el pueblo francés, al que pertenecemos tú, Pitou y yo, y después el clero y la nobleza franceses; de modo que tenemos tres clases, francesa cada cual bajo el punto de vista de su propio interés, y esto sin contar el rey, que es francés a su manera. ¡Ah, Billot! Aquí ves tú la diferente manera de ser francés, y aquí está la verdadera revolución. Tú lo serás de una manera, el abate Maury de otra, Mirabeau de distinto modo que el abate Maury, y en fin, el rey no será francés como Mirabeau. Pues bien, Billot, mi buen amigo, hombre de corazón y de inteligencia sana: tú acabas de tocar la segunda parte de la cuestión que yo trato, y te ruego que tengas la bondad de pasar la vista por esto.
Y Gilberto presentó a Billot un papel impreso.
—¿Qué es lo que me dais? —dijo el labrador tomando el papel.
—Lee.
—¡Oh! Bien sabéis que yo no sé leer.
—Pues di a Pitou que lea.
Pitou se empinó para mirar por encima del hombro de Billot.
—No es francés —dijo—, ni latín, ni tampoco griego.
—Es inglés —dijo Gilberto.
—Pues yo no conozco el inglés —replicó orgullosamente Pitou.
—Yo lo sé —contestó Gilberto—, y voy a traduciros este papel; pero ved primero la firma.
—PITT —dijo Pitou—. ¿Qué significa PITT?
—Voy a explicároslo —dijo Gilberto.

## XLIV

## LOS PITT

—Pitt —continuó Gilberto— es el hijo de Pitt.
—¡Toma! —dijo Pitou—. Es como en la Escritura. De modo que hay Pitt primero y Pitt segundo.
—Sí, y el Pitt primero, amigos míos... Escuchad bien lo que voy a deciros.
—Ya escuchamos —contestaron a la vez Billot y Pitou.
—Este Pitt primero —prosiguió el doctor— fue durante treinta años el enemigo jurado de Francia; y desde el fondo de su gabinete, donde la gota le tenía clavado, combatió a Montcalm y a Vaudreuil en América, al bailío de Suffren y a Estaing en el mar, y a Noailles y Broglie en el continente. Este Pitt primero había tenido por principio que era necesario destronar a los franceses de Europa, y durante treinta años nos volvió a tomar una por una todas nuestras colonias y factorías, todo el litoral de la India, y mil quinientas leguas de territorio en el Canadá; después, cuando vio que Francia estaba arruinada en sus tres cuartas partes, aconsejó a su hijo que la arruinase por completo.
—¡Ah, ah! —exclamó Billot, visiblemente interesado—. De modo que el Pitt que ahora tenemos...
—Precisamente —contestó Gilberto— es hijo del Pitt que hemos tenido, que ya conocéis, padre Billot, así como también Pitou; que todo el universo conoce, y que cumplió treinta años en el mes de mayo último.
—¿Treinta años?
—Ya veis que ha empleado bien su tiempo, amigos míos. Pues sabed que hace ya siete años que gobierna la Inglaterra, siete años que pone en práctica las teorías de su padre.
—Pues entonces aún nos queda para tiempo —respondió Billot.
—Sí, tanto más cuanto que el soplo vital es muy activo en los Pitt. Dejadme daros una prueba de ello.
Pitou y Billot indicaron por un ligero movimiento de cabeza que escuchaban con la mayor atención.
Gilberto continuó:
—En 1778, el padre de nuestro enemigo se moría; los médicos le habían anunciado que su vida estaba pendiente de un hilo, y que el menor esfuerzo le rompería. Se agitaba entonces en pleno parlamento la cuestión de abandonar las colonias americanas a su independencia, según lo deseaban, para evitar la guerra, que amenazaba, fomentada por los franceses, dar fin de toda la riqueza y de todos los soldados de la Gran Bretaña.
Era el momento en que Luis XVI, nuestro buen rey, aquel a quien toda la nación acababa de otorgar el título de padre de la libertad francesa, acababa de reconocer solemnemente la independencia de América. Allí, en los campos de batalla y en los consejos habían prevalecido la espada y el genio de los franceses, e Inglaterra mandó ofrecer a Washington, es decir, al jefe de los rebeldes, el reconocimiento

de la nación americana si, volviéndose ésta contra los franceses, la nueva nación quería aliarse con Inglaterra.
—Pero me parece —dijo Billot— que no era honroso hacer ni aceptar semejante proposición.
—Amigo Billot, esto es lo que se llama diplomacia, y en el mundo político se admira esta clase de ideas. Pues bien, amigo mío: por inmoral que la cosa os parezca, tal vez a pesar de Washington, el más leal de los hombres, se hubieran encontrado americanos dispuestos a comprar la paz al precio de esa vergonzosa concesión a Inglaterra; pero lord Chatam, el padre de Pitt, ese enfermo condenado, ese moribundo, ese fantasma que había entrado ya hasta las rodillas en la tumba; Chatam, que, al parecer, no debía pedir ya más que el reposo en la tierra antes de entregarse al sueño eterno bajó su monumento, ese viejo, en fin, quiso que le condujeran al parlamento, donde se iba a tratar la cuestión.
»Se apoyaba en el brazo de su hijo Guillermo Pitt, entonces joven de diecinueve años, y en el de su yerno. Iba revestido de un traje suntuoso para encubrir ridículamente su mortal flacura; y, pálido como un espectro, con los ojos amortiguados bajo los párpados lánguidos, se hizo conducir a su asiento; mientras que todos los lores, estupefactos ante tan inesperada aparición, inclinábanse y admiraban, como hubiera podido hacerlo el senado romano al ver de pronto a Tiberio, muerto y olvidado ya.
Escuchó silencioso, con profundo recogimiento, el discurso de lord Richmond, autor de la proposición; y cuando éste hubo terminado, Chatam se levantó para contestar.
«Entonces aquel hombre muerto halló fuerzas para hablar tres horas; tuvo fuego en su corazón para que sus ojos centellearan y en su alma acentos que agitaron todos los corazones.
»Mas cierto es que hablaba contra Francia, cierto que avivaba el odio de sus compatriotas y cierto también que había concentrado todas sus fuerzas y su fuego para arruinar y consumir el país odioso rival del suyo. Prohibió que se reconociese la independencia de América; prohibió toda transacción, y exclamó: «¡La guerra, la guerra!» Habló como Aníbal contra Roma, como Catón contra Cartago, y declaró que el deber de todo inglés leal era perecer arruinado antes de consentir que una colonia, una sola, se desprendiese de la madre patria.
«Terminó su discurso, profirió la última amenaza, y cayó como herido del rayo.
«Nada le quedaba ya que hacer en el mundo, y se le llevaron expirante.
«Pocos días después había muerto.
—¡Oh, oh! —exclamaron a la vez Billot y Pitou—. ¡Qué hombre era ese lord Chatam!
—Era el padre del joven de treinta años que nos ocupa —repuso Gilberto—. Chatam murió a los setenta años; y si el hijo vive tanto como el padre, aún tendremos que sufrir a Pitt cuarenta años. He aquí, padre Billot, el hombre con quien tenemos que habérnoslas; he aquí el hombre que gobierna la Gran Bretaña, que recuerda los nombres Lameth, de Rochambeau y de Lafayette, que sabe ahora cómo se llaman todos los individuos de la Asamblea Nacional, que ha jurado un odio mortal a Luis XVI, autor del tratado de 1778; y aquel, en fin, que

no respirará libremente mientras que haya en Francia un fusil cargado y una bolsa repleta. ¿Comenzáis a comprender ahora, amigo Billot?
—Comprendo que aborrece mucho a Francia; pero no veo nada más.
—Ni yo —dijo Pitou.
—Pues bien: leed esas cuatro palabras.
Y presentó el papel a Pitou. —¿Inglés? —dijo éste.
—*Don't mind the money* —dijo Gilberto.
—Oigo bien —dijo Pitou—; pero no entiendo.
—*No hagáis caso del dinero* —replicó el doctor.
Y más adelante, volviendo a la misma recomendación, leyó:
«Decidles que no ahorren el dinero ni me den cuenta alguna.»
—Entonces arman —dijo Billot.
—No, corrompen.
—Pero ¿a quién va dirigida esta carta?
—A todo el mundo y a nadie. El dinero que se da, que se distribuye y se prodiga, se entrega a los campesinos, a los obreros miserables, a personas, en fin, que nos echarán a perder la revolución.
El padre Billot inclinó la cabeza: aquella frase explicaba muchas cosas.
—¿Habríais muerto ante Launay de un culatazo con vuestro fusil, amigo Billot? —preguntó Gilberto.
—No.
—¿Habríais dado muerte a Flesselles de un pistoletazo?
—No.
—¿Habríais ahorcado a Foulon?
—No.
—¿Habríais llevado el corazón ensangrentado de Berthier a la mesa de los electores?
—Eso es una infamia —exclamó Billot—. Por culpable que fuese aquel hombre, me habría dejado hacer pedazos para salvarle, y la prueba es que fui herido al defenderle, y que, a no ser por Pitou, que me condujo a la orilla del río...
—¡Oh! Eso es verdad —dijo el joven—. A no ser por mí, el padre Billot hubiera pasado un mal cuarto de hora.
—Pues bien: advertid, amigo Billot, que hay muchas personas que obrarían como vos si tuvieran junto a sí un apoyo; pero abandonadas, por el contrario, a los malos ejemplos, llegan a ser malignas primero, feroces después, frenéticas al fin, y cuando el mal está hecho no tiene remedio.
—Pero aun admitiendo —objetó Billot— que el señor Pitt, o más bien su agente, haya intervenido por algo en la muerte de Flesselles, de Foulon y de Berthier, ¿qué beneficio puede reportarle esto?
Gilberto comenzó a sonreír silenciosamente, de esa manera que causa extrañeza a las personas sencillas y estremece a los pensadores.
—Y ¿me preguntáis vos qué beneficio le reportaría?
—Sí, quisiera saberlo.
—Pues voy a decíroslo, y helo aquí. ¿Amáis mucho la revolución, vos que habéis pisado la sangre para tomar la Bastilla?
—Sí, la amaba.

—Pues bien: ahora no la amáis tanto, y echáis de menos Villers-Cotterets, Pisseleux, la calma de vuestra llanura y la sombra de vuestros grandes bosques.
—*Frígida Tempe* —murmuró Pitou.
—¡Oh! Sí: tenéis razón —dijo Billot.
—Pues bien: vos, padre Billot, vos, labrador y propietario, hijo de la Isla de Francia, y de consiguiente francés puro, representáis el Tercer Estado, y pertenecéis a lo que llaman la mayoría. ¡Y, no obstante, estáis disgustado!
—Lo confieso.
—Entonces, la mayoría lo estará también.
—¿Qué más?
—Que un día abriréis los brazos a los soldados del señor de Brunswick o del señor Pitt, los cuales vendrán en nombre de esos dos libertadores de Francia para que adoptéis las sanas doctrinas.
—Jamás.
—¡Bah! Esperad un poco.
—Flesselles, Berthier y Foulon eran en el fondo unos bribones —murmuró Pitou.
—¡Pardiez! Como los señores de Sartines y de Maurepas, como Argenson y Philippeaux lo fueron antes que ellos, como el señor Law, como Duverney, los Leblanc y los de Paris, como Fouquet y Mazarino, como Semblancey y Enguerrando de Marigny, como los señores de Brienne y de Calonne lo son para el señor de Necker, y como éste lo será para el Ministerio que tendremos dentro de dos años.
—¡Oh, oh doctor! —murmuró Billot—. ¿El señor de Necker un bribón? ¡Jamás!
—Como lo seréis vos, mi buen Billot, para el joven que tenemos aquí, en el caso de que un agente del señor Pitt le enseñe ciertas teorías bajo la influencia de unas copas de aguardiente y diez francos por cada día de motín. La palabra *bribón,* mi querido Billot, es la que sirve para designar durante la revolución al hombre que piensa de distinta manera que cada uno de por sí; y estamos destinados a que nos califiquen a todos con ella, poco o mucho. Algunos la confirmarán de tal modo, que sus compatriotas la inscribirán en su tumba; mientras que otros la merecerán tanto, que la posteridad ratificará el epíteto. He aquí, amigo Billot, lo que yo veo, y vos no. Amigo mío, es preciso que los hombres honrados no se retiren.
—¡Bah! —exclamó Billot—. Aunque los hombres honrados se retirasen, la revolución no dejaría de seguir su curso, porque ya ha comenzado.
Otra sonrisa entreabrió los labios de Gilberto.
—¡Niño grande! —exclamó—, que abandona el cabo del arado, que desengancha los caballos y dice: «Bueno, el arado no me necesita, y hará el surco por sí solo». Pero, amigo mío, ¿quién ha hecho esta revolución? Los hombres honrados, ¿no es verdad?
—Francia se lisonjea de ello. A mí me parece que Lafayette es honrado, que Bailly lo es también, así como el señor de Necker; y opino, en fin, que los señores Elias y Hullin, lo mismo que Maillard, que combatía conmigo, son personas honradas, y me parece, en fin, que vos...
—Pues bien, Billot, si los hombres honrados, si vos, yo, Maillard, Hullin, Elias, Necker, Bailly y Lafayette se abstienen, ¿quién trabajará? Esos miserables, esos

asesinos, esos bribones que antes os indicaba, los agentes de los agentes del señor Pitt...
—Contestad a eso, padre Billot —dijo Pitou muy convencido.
—Pues bien —replicó el labrador—; nos armaremos, y se hará fuego contra ellos como si fuesen perros.
—Esperad. ¿Quién se armará?
—Todo el mundo.
—Billot, Billot, recordad una cosa, amigo mío, y es que lo que hacemos en este momento se llama... ¿Cómo llamaréis a lo que hacemos ahora, Billot?
—Esto se llama hablar de política, ¿señor Gilberto?
—Pues bien: sabed que en política no hay crimen absoluto. Se puede ser un bribón o un hombre honrado según que se perjudiquen o se sirvan los intereses de aquel que nos juzga. Aquellos a quienes llamáis bribones darán una razón especiosa de sus crímenes, y para muchos hombres honrados que hayan tenido un interés directo o indirecto en que esos crímenes se cometan, llegarán a ser personas muy honradas. Desde el momento en que suceda así, andemos con tiento, Billot, y tengamos cuidado. Hay ya gente que coge el arado, y caballos dispuestos a tirar de él; y advertid, Billot, que ya está en marcha sin nosotros.
—Esto me parece espantoso —dijo el labrador—; pero, si el arado avanza ya sin nosotros, ¿dónde irá?
—¡Dios lo sabe! —contestó Gilberto—. En cuanto a mí, no sé nada.
—Pues bien: si no lo sabéis vos, que sois un sabio, señor Gilberto, con mucha más razón yo, que soy un ignorante, nada puedo decir tampoco. Pronostico, sin embargo...
—¿Qué pronosticáis, Billot? Veamos.
—Yo preveo que lo mejor que podemos hacer Pitou y yo es volver a Pisseleux. Allí manejaremos otra vez el arado, el verdadero arado, el de hierro y madera, con el cual se labran las tierras y no se cortan las carnes ni se rompen los huesos de lo que se llama el pueblo francés. Haremos crecer el trigo en vez de derramar sangre, y viviremos libres y contentos y señores de nuestras casas. ¡Venid con nosotros, señor Gilberto, qué diablo! A mí me agrada saber adonde voy.
—Un instante, mi buen amigo —repuso Gilberto—. Yo no sé dónde voy, según os he dicho y os repito; pero voy y quiero ir siempre adelante. Mi deber está trazado, y mi vida pertenece a Dios; pero mis obras son la deuda que pagaré a la patria; basta que mi conciencia me diga: «¡Adelante, Gilberto, que vas por buen camino!» Esto es todo cuanto necesito. Si me engaño, los hombres me castigarán; pero Dios me absolverá.
—Sin embargo, los hombres castigan también a los que no se engañan, según me habéis dicho antes.
—Y lo digo aún, y persisto en ello, Billot: error o no, sigo adelante. ¡Dios me libre, sin embargo, de asegurar que el resultado no probará mi impotencia! Pero, ante todo, Billot, el Señor lo ha dicho: «Paz a los hombres de buena voluntad». Seamos, pues, de aquellos a quienes el Todopoderoso promete la paz. Mira al señor de Lafayette, tanto en América como en Francia; ya monta su tercer caballo blanco, y no sabemos cuántos usará aún; mira al señor de Bailly, que gasta sus

pulmones y mira al rey, que pierde su popularidad. ¡Vamos, vamos, Billot: no seamos egoístas! Gastémonos un poco, amigo mío, y quédate donde estás.
—Pero ¿con qué fin, si no hemos de impedir el mal?
—Billot, no vuelvas a repetir esa palabra, porque te apreciaré menos. Has recibido puntapiés, puñetazos y hasta bayonetazos cuando quisiste salvar a Foulon y a Berthier...
—Sí, y muchos —contestó Billot, pasando la mano por sus miembros doloridos aún.
—Y yo tengo un ojo casi hundido —dijo Pitou.
—Y todo esto para nada —añadió Billot.
—Pues bien, hijos míos: si en lugar de ser diez, quince o veinte de vuestro valor, hubierais sido cien, doscientos o trescientos, habríais librado al infeliz de la espantosa muerte que sufrió, evitando así un trabajo a la nación. He aquí por qué, en vez de marchar a los campos, que están bastante tranquilos, exijo, amigo Billot, en cuanto puedo exigir de vos, que permanezcáis en París, para que yo tenga a mano un brazo fuerte y un corazón leal, para que yo pruebe mi espíritu y mi obra en la fiel piedra de toque de vuestro buen sentido y de vuestro puro patriotismo, para que, en fin, distribuyendo, no el oro, puesto que no le tenemos, sino el amor a la patria y al bien público, seas mi agente cerca de una infinidad de infelices extraviados, y también mi bastón cuando yo resbale, o cuando deba aplicar un castigo.
—Un perro de ciego —dijo Billot con sublime sencillez.
—Precisamente —contestó Gilberto con el mismo tono.
—Pues bien, acepto —dijo Billot—, seré lo que deseáis.
—Sé que lo abandonas todo, fortuna, mujer e hijos y felicidad, Billot; mas no será por largo tiempo: pierde cuidado.
—Y yo —preguntó Pitou—, ¿qué haré?
—Tú —contestó Gilberto, mirando al ingenuo y robusto mozo, poco orgulloso de su inteligencia—, tú volverás a Pisseleux para consolar a la familia de Billot y explicar la santa misión que ha emprendido.
—Ahora mismo —dijo Pitou estremeciéndose de alegría ante la idea de volver a estar junto a Catalina.
—Billot —dijo Gilberto—, dadle vuestras instrucciones.
—Helas aquí —repuso Billot.
—Ya escucho.
—Catalina queda nombrada por mí dueña de la casa. ¿Me entiendes bien?
—¿Y la señora Billot? —preguntó Pitou, algo sorprendido de que se transfiriese a la hija el derecho de la madre.
—Pitou —dijo Gilberto, que había comprendido la idea de Billot al notar un ligero rubor en la frente del padre de familia—, recuerda este proverbio árabe: «Oír es obedecer».
Pitou se sonrojó a su vez, pues casi había comprendido también su indiscreción.
—Catalina es el espíritu de la familia —añadió Billot, sin rodeo alguno para aclarar su idea.
Gilberto se inclinó en señal de asentimiento.
—¿Esto es todo? —preguntó el joven.

—Para mí sí —contestó Billot.
—Pero no para mí —dijo Gilberto.
—Ya escucho —replicó Pitou, dispuesto a poner en práctica el proverbio árabe citado cinco minutos antes por Gilberto.
—Llevarás una carta mía al colegio de Luis el Grande —añadió Gilberto—; se la darás al abate Bérardier, quien debe entregarte a Sebastián; me lo traerás a fin de que le abrace, y le acompañarás después a Villers-Cotterets, dejándole en casa del abate Fortier para que no pierda demasiado tiempo. Quiero que salga contigo los domingos y los jueves, y le harás andar sin temor por las llanuras y los bosques. Más vale, para mi tranquilidad y para su salud, que esté allá y no aquí.
—He comprendido —exclamó Pitou, halagado de encontrar a la vez las amistades de la infancia y las vagas aspiraciones de un sentimiento algo más adulto que se despertaba en él tan sólo al oír el nombre mágico de Catalina.
Pitou se levantó, despidióse de Gilberto, que sonreía, y de Billot, que meditaba.
Después marchó corriendo para ir en busca de Sebastián, su hermano de leche, en casa del abate Bérardier.
—Y nosotros —dijo Gilberto a Billot—, trabajemos.

## XLV

## MEDEA

En Versalles había seguido un poco de calma a las terribles agitaciones morales y políticas que acabamos de poner a la vista de nuestros lectores.
El rey respiraba; y pensando algunas veces en lo que había debido sufrir su orgullo borbónico en aquel viaje a París, consolábale la idea de haber reconquistado su popularidad.
Entretanto, de Necker organizaba y perdía suavemente la suya.
En cuanto a la nobleza, comenzaba a preparar su decepción o su resistencia.
El pueblo velaba y esperaba.
Por su parte, la reina, concentrada en sí misma, segura de que era el blanco de todos los odios, se hacía muy pequeña y disimulaba, comprendiendo también que, aunque fuese el punto de mira de muchas aversiones, era al mismo tiempo objeto de no pocas esperanzas.
Desde el viaje del rey a París, apenas había vuelto a ver a Gilberto.
Una vez, sin embargo, se había presentado a ella en el vestíbulo que conducía a la habitación del rey.
Y allí, como la saludase profundamente, la reina fue la primera en trabar conversación.
—Buenos días, caballero —dijo—. ¿Vais a ver al rey?
Y añadió con una sonrisa que revelaba cierta ironía: —¿Vais como consejero o como médico?
—Como médico, señora —contestó Gilberto—. Hoy tengo señalado el servicio.
María Antonieta hizo una señal a Gilberto para que la siguiese, y éste obedeció.
Los dos entraron en un saloncito que precedía a la habitación del rey.
—Ya veis, caballero —dijo la reina—, que me engañabais el otro día, cuando al hablar del viaje a París me asegurasteis que el rey no corría peligro alguno.
—¡Yo, señora! —replicó Gilberto con asombro.
—Sin duda. ¿No han disparado un tiro contra Su Majestad?
—¿Quién dice eso, señora?
—Todo el mundo, caballero, y sobre todo los que han visto caer a la pobre mujer casi bajo las ruedas del coche de mi esposo. ¿Preguntáis quién dice eso? Los señores de Beauvau y de Estaing, que vieron vuestro traje perforado.
—¡Señora!
—La bala que os rozó, caballero, pudo muy bien matar al rey, como mató a esa pobre mujer, pues la bala de los asesinos no iba dirigida contra la infeliz, ni contra vos tampoco.
—No creo en un crimen, señora —repuso el doctor, algo vacilante.
—Pues yo sí creo, caballero —replicó la reina, mirando a Gilberto fijamente.
—En todo caso, si hay crimen, no se debe imputar al pueblo.
La reina fijó en Gilberto una mirada más penetrante aún.
—¡Ah! —exclamó María Antonieta—. Pues ¿a quién debe atribuirse entonces?

—Señora —continuó el doctor, moviendo la cabeza—, desde hace algún tiempo veo y estudio al pueblo, y puedo decir que éste, cuando asesina en tiempo de revolución, mata con sus manos, porque es en tal caso el tigre enfurecido, el león irritado. Estas dos fieras no se sirven de intermediario, de agente entre la fuerza y la víctima; matan por matar; derraman la sangre por puro gusto, y agrádales teñir en ella sus dientes y humedecer sus garras.
—Sí, testigos de ello pudieron ser Foulon y Berthier. ¿No es verdad? Pero Flesselles fue muerto de un pistoletazo o, por lo menos, así lo he oído decir; mas, después de todo —continuó la reina con ironía—, tal vez no sea cierto. ¡Estamos tan rodeados de aduladores nosotros los reyes!
Gilberto miró a su vez fijamente a María Antonieta.
—¡Oh! —exclamó—. Seguramente no creéis, señora, que fue el pueblo quien le mató. En cuanto a ése, había muchas personas interesadas en que muriera.
—En rigor, es posible —contestó la reina después de reflexionar un momento.
—Pues entonces... —dijo el doctor, inclinándose como para preguntar a la reina si tenía alguna cosa más que hablar.
—Comprendo, caballero —contestó la soberana, deteniendo al doctor con un ademán casi amistoso—. Como quiera que sea, me permitiré deciros que nunca salvaréis al rey tan positivamente con vuestra ciencia como le salvasteis tres días hace con vuestro pecho.
Gilberto se inclinó por segunda vez; pero como viese que la reina no se movía, permaneció quieto.
—Yo hubiera debido volver a veros, caballero —dijo María Antonieta después de una pausa.
—Vuestra Majestad no me necesitaba ya —replicó el doctor.
—Sois muy modesto.
—Quisiera no serlo, señora.
—¿Por qué?
—Porque siendo menos modesto sería menos tímido, y, de consiguiente, más propio para servir a mis amigos o molestar a los enemigos.
—¿Por qué decís «Mis amigos», y no «Mis enemigos»?
—Porque yo no tengo enemigos, o, más bien, porque no quiero reconocerlos, al menos de mi parte.
La reina miró con sorpresa al doctor.
—Quiero decir —continuó Gilberto— que solamente los que me odian son mis enemigos, pero que yo no aborrezco a nadie.
—¿Por qué?
—Porque no amo a nadie tampoco.
—¿Sois ambicioso, señor Gilberto?
—Hubo un instante en que esperé llegar a serlo, señora.
—Y...
—Y esta pasión abortó en mi alma como todas las demás.
—Pero aún os queda una —dijo la reina con una especie de finura irónica.
—¡A mí, señora! Y ¿cuál puede ser, Dios mío?
—El... patriotismo.
Gilberto se inclinó.

—¡Oh! Esto es verdad —dijo—; adoro mi patria y haré en su favor todos los sacrificios.
—¡Ay de mí! —exclamó la reina con encantadora e indefinible melancolía—. Hubo un tiempo en que jamás un buen francés hubiera expresado este pensamiento como acabáis de hacerlo.
—¿Qué quiere decir la reina? —preguntó respetuosamente el doctor.
—Quiero decir, caballero, que en el tiempo de que hablo era imposible que uno amase su patria sin amar al mismo tiempo a su reina y a su rey.
Gilberto se sonrojó e inclinóse, sintiendo en su corazón como un choque de esa electricidad que se desprendía de la reina en sus seductoras intimidades.
—¿No me contestáis, caballero?
—Señora —replicó el doctor—, me precio de amar la monarquía más que nadie.
—¿Estamos en un tiempo en que baste decirlo? ¿No valdría más probarlo?
—Pero, señora —repuso Gilberto, sorprendido—, ruego a Su Majestad que crea que en todo cuanto el rey o la reina ordenen, yo...
—Lo haréis, ¿no es verdad?
—Seguramente, señora.
—Con lo cual, caballero —replicó la reina, tomando a
pesar suyo un poco de su altanería ordinaria—, no habríais hecho más que cumplir con vuestro deber.
—Señora...
—Dios, que ha dado la omnipotencia a los reyes —continuó María Antonieta—, les ha librado de la obligación de mostrarse agradecidos a los que tan sólo cumplen con un deber.
—¡Ay de mí, ay de mí, señora! —repuso a su vez el doctor—. Se acerca el tiempo en que vuestros servidores merecerán más que vuestro agradecimiento, si tan sólo quieren cumplir con su deber.
—¿Qué quiere decir eso, caballero?
—Quiere decir, señora, que en estos días de trastorno y de demolición, en vano buscaréis amigos allí donde estáis acostumbrada a encontrar servidores. Pedid a Dios, señora, que os envíe otros con nuevos apoyos y nuevos amigos diferentes de los que tenéis.
—Y ¿conocéis alguno?
—Sí, señora.
—Pues indicádmelo.
—Mirad, señora, el que os habla en este momento era ayer vuestro enemigo.
—¡Mi enemigo! ¿Y por qué?
—Porque ordenasteis mi prisión.
—¿Y hoy?
—Hoy, señora —contestó Gilberto inclinándose—, soy vuestro servidor.
—¿Y el motivo?
—Señora...
—Sí, el motivo que os ha inducido a ser mi servidor. No está en vuestra naturaleza, caballero, cambiar así tan pronto de parecer, de creencias o de afecciones. Sois un hombre profundo en los recuerdos, señor Gilberto, y sabéis

hacer durar vuestras venganzas. Veamos, decidme cuál es el objeto de vuestro cambio.
—Señora, me habéis censurado hace un momento por amar demasiado mi patria.
—Nunca se puede amarla demasiado, caballero, y solamente se trata de saber cómo se la ama. Yo adoro la mía —Gilberto sonrió—. ¡Oh! No hagáis una falsa interpretación, caballero: mi patria es Francia, y yo la he adoptado. Alemana por la sangre, soy francesa por el corazón, y amo a Francia por el rey, por el respeto debido a Dios, que nos ha consagrado. Decid vos ahora.
—¿Yo, señora?
—Sí, vos. Confesad que no pensáis lo mismo: vos amáis la Francia pura y simplemente por lo que es en sí.
—Señora —contestó Gilberto inclinándose—, sería una falta de respeto a vuestra Majestad no hablar con franqueza.
—¡Oh! —exclamó María Antonieta—. Espantosa época aquella en que las personas que pretenden ser honradas aíslan dos cosas que no se han separado nunca, dos principios que siempre marcharon juntos: Francia y su rey. Pero ¿no tenéis una tragedia de uno de vuestros poetas en que se pregunta a una reina abandonada del todo: ¿qué os queda? A lo cual contesta ella: «¡A mí! Yo soy como Medea; descanso, y ya veremos».
Y pasó por delante de Gilberto con expresión de enojo, dejándole poseído de asombro.
Acababa de levantar ante él, por el soplo de su cólera, una punta de aquel velo tras el cual se elaboraba toda la obra de la contrarrevolución.
—¡Vamos! —se dijo Gilberto al entrar en la habitación de Luis XVI—. La reina medita un proyecto.
—¡Vamos! —se dijo la reina al entrar en su aposento—. Decididamente no se puede hacer nada con ese hombre: tiene la fuerza y carece de la abnegación.
¡Pobres príncipes! Para ellos la palabra abnegación es sinónimo de la palabra servilismo.

## XLVI

## LO QUE LA REINA QUERÍA

Gilberto volvió a casa de Necker, después de haber visto al rey, tan tranquilo como agitada estaba la reina.

El rey escribía, formaba planes y meditaba reformas en las leyes.

Aquel hombre de buena voluntad, de mirada bondadosa y de reconocida rectitud, cuyo corazón se falseó, al fin, por preocupaciones inherentes a la condición real, aquel hombre se obstinaba en reconquistar frivolidades a cambio de las cosas de valor que le arrebataban; y empeñábase en penetrar el horizonte con su mirada miope, cuando el abismo estaba abierto a sus pies. Aquel hombre inspiraba profunda compasión a Gilberto.

En cuanto a la reina, no era así, y, a pesar de su impasibilidad, Gilberto comprendía que era una de aquellas mujeres a quienes se ha de amar apasionadamente u odiar a muerte.

Una vez en su habitación, parecióle a María Antonieta que sentía como un gran peso en el corazón.

En efecto: ni como mujer ni como reina tenía nada sólido a su alrededor, nada que la ayudase a soportar una parte del fardo que la agobiaba.

Dondequiera que fijara la vista creía ver una vacilación o una duda.

Los cortesanos, inquietos por su fortuna, realizaban sus bienes.

Los parientes y los amigos pensaban en el destierro.

La mujer más altiva, Andrea, se alejaba poco a poco, de cuerpo y de corazón.

El hombre más noble y más querido de todos, Charny, estaba resentido por algún capricho, y era presa de la duda.

Aquella situación inquietaba a la reina, a ella, que era el instinto y la sagacidad misma.

¿Cómo había cambiado de pronto aquel hombre puro, aquel noble corazón?

«No, aún no ha cambiado —se decía la reina suspirando—, pero cambiará.»

¡Convicción terrible para la mujer que ama con pasión, e insoportable para la mujer que ama con orgullo!

Ahora bien: la reina amaba a Charny a la vez con pasión y con orgullo; de modo que sufría por dos heridas.

Y, sin embargo, en el caso a que había llegado, en el momento en que acababa de darse cuenta del mal que había hecho, y del error en que había incurrido, aún era tiempo de repararlo.

Mas no era un carácter maleable el de aquella mujer coronada, que no podía decidirse a ceder ni aun en la injusticia. Tal vez ante un indiferente hubiera demostrado o querido demostrar grandeza de alma, y entonces, quizás habría pedido perdón.

Pero aquel a quien había honrado con su afecto a la vez tan vivo y tan puro, aquel a quien se dignó hacer partícipe de sus más secretos pensamientos, la reina opinaba que no debía hacerle la menor concesión.

La desgracia de las reinas que descienden hasta el punto de amar a un súbdito se debe a que aman siempre como reinas y jamás como mujeres.
María Antonieta se estimaba en tal alto precio, que no creía que nada humano pudiera pagar su amor, ni la sangre, ni siquiera las lágrimas.
Desde el momento en que reconoció que estaba celosa de Andrea, comenzó a perder moralmente.
Consecuencia de esta inferioridad fueron sus caprichos.
Consecuencia de estos caprichos, la cólera.
Y como resultado de ésta, los malos pensamientos, que conducen después a las malas acciones.
Charny no se daba cuenta en nada de todo cuanto acabamos de decir; pero era hombre, y había comprendido que María Antonieta estaba celosa injustamente de su mujer.
De su mujer, a quien jamás había mirado. Nada subleva tanto un corazón recto e incapaz de traición como ver que se le cree capaz de ella.
Nada es tan propio para llamar la atención sobre cualquiera como los celos con que se le honra, y sobre todo si los celos son injustos.
Entonces, aquel de quien se sospecha reflexiona, mirando alternativamente el corazón celoso y la persona celosa. Cuanto más elevada es el alma del celoso, mayor es el peligro en que se arroja.
En efecto: ¿cómo suponer que un noble corazón, una inteligencia elevada y un orgullo legítimo, cómo suponer que todo esto se inquietaría por nada o por muy poca cosa? ¿Por qué había de tener celos la mujer hermosa? ¿Por qué los tendría una reina? ¿Por qué la mujer de talento? ¿Cómo suponer que esta mujer se inquietaría sin motivo? El celoso no es más que el sabueso que descubre para otro los méritos que el cazador indiferente no había observado en el camino.
Charny no ignoraba que la señorita Andrea de Tarverney era antigua amiga de la reina, siempre bien tratada en otro tiempo y preferida siempre. ¿Por qué María Antonieta no la amaba ya? ¿Por qué estaba celosa?
Había sorprendido, pues, algún misterioso secreto de belleza que Charny no había descubierto, sin duda por no haber buscado.
Sin duda comprendió que Charny podía mirar aquella mujer y que ella perdería alguna cosa por la comparación.
O bien habría creído notar que Charny la amaba menos, sin que ninguna causa exterior disminuyese su pasión. Para los celosos nada hay tan fatal como el conocimiento que comunican a otro respeto al estado del corazón que quieren guardar con su calor más intenso.
¿Cuántas veces sucede que la persona amada reconoce por las quejas sobre su frialdad la que realmente comienza a experimentar sin darse cuenta de ello?
Y cuando ve esto, cuando reconoce la verdad de la queja, ¿cuántas veces se vuelve a encender su pasión, cuántas veces se aviva la llama languideciente?
¡Oh torpeza de los amantes! Cierto es que allí donde hay demasiada astucia no hay casi nunca bastante amor.
María Antonieta había descubierto, pues, ella misma a Charny, por sus cóleras y sus injusticias, que había un poco menos de amor en el fondo de su corazón.

Y, apenas lo supo él, buscó la causa mirando a su alrededor, y entonces halló naturalmente la causa de los celos de la reina.
Era Andrea, la pobre mujer, abandonada antes de ser esposa.
Y Charny se compadeció de Andrea. La escena ocurrida después de su regreso de París le había descubierto aquel profundo secreto de celos, oculto a todos los ojos.
También la reina vio que todo estaba descubierto; y como no quería ceder ante Charny, empleó otro medio que en su opinión debía conducirla al mismo objeto.
Comenzó a mostrarse muy atenta y solícita con Andrea. Admitióla a todos sus paseos, a todas sus veladas; la colmó de caricias, e hízola objeto de envidias de todas las demás damas.
Y Andrea se dejó llevar, con asombro, pero sin agradecimiento, pues habíase dicho, desde hacía años, que pertenecía a la reina, que ésta podía hacer de ella cuanto quisiese, y, por lo mismo, dejábase conducir.
En cambio, como era necesario que la irritación de la mujer recayese sobre alguno, la reina comenzó a maltratar duramente a Charny; ya no le hablaba, y dejaba pasar días y semanas afectando que ni siquiera notaba su presencia.
Pero, apenas estaba ausente, el corazón de la pobre mujer se entristecía, y sus ojos vagaban inquietos buscando aquel de quien se apartaban apenas podían verle.
Si necesitaba un brazo, si quería dar alguna orden, si debía prodigar alguna sonrisa, era para el primero que se presentara.
Jamás faltaba alguno, que a veces era persona distinguida de mérito.
La reina creía curarse de su herida hiriendo a Charny. Este último sufría y se callaba: era hombre que se dominaba mucho; y durante sus espantosos martirios no se le escapaba ni un solo movimiento de cólera o de impaciencia.
Entonces se vio un curioso espectáculo, uno de aquellos que solamente a las mujeres es dado presentar y comprender.
Andrea comprendió todo lo que su esposo sufría; y como le amaba con ese cariño angelical que jamás había concebido una esperanza, se compadeció de él y demostrólo así.
De esta compasión resultó una dulce armonía; y Andrea quiso consolar a Charny sin dejarle ver que comprendía que necesitase consuelos.
Y todo esto se hacía con esa delicadeza que podría llamarse femenina, pues solamente las mujeres son capaces de ella.
María Antonieta, que trataba de dividir para reinar, echó de ver que había tomado mal camino, y que, involuntariamente, acercaba dos almas que hubiera querido separar por medios muy distintos.
Entonces, en el silencio y la soledad de las noches, la pobre mujer sufrió espantosos tormentos que debían dar a Dios la más alta idea de su poder, puesto que ha creado seres bastante fuertes para soportar semejantes pruebas.
Por eso la reina hubiera sucumbido seguramente a tantos males, a no ser por la preocupación de su política. No se queja de la dureza de su lecho quien tiene los miembros quebrantados por la fatiga.

Tales eran las condiciones en que la reina vivió desde el regreso del rey a Versalles hasta aquel día en que pensó seriamente en volver al ejercicio absoluto de su poder.

Y era que, en su orgullo, atribuía a su decadencia como reina la especie de desdén que hacía algún tiempo parecía sufrir la mujer.

Para aquella imaginación activa, pensar era obrar.

Y puso manos a la obra sin perder momento.

¡Ay! ¡La obra que emprendía era la de su perdición!

## XLVII

## EL REGIMIENTO DE FLANDES

Desgraciadamente para la reina, todos los hechos que hemos dado a conocer eran accidentes en los que una mano firme e industriosa podía poner remedio; y tan sólo se trataba de concentrar las fuerzas.

La reina, viendo que los parisienses se habían convertido en militares y querían, al parecer, la guerra, resolvió demostrarles lo que era una guerra verdadera.

—Hasta entonces —decíase— han tenido que habérselas tan sólo con los inválidos de la Bastilla y los suizos mal sostenidos y vacilantes; mas ahora se les demostrará lo que valen uno o dos buenos regimientos realistas y bien disciplinados.

«Tal vez haya en alguna parte uno de esos regimientos que han puesto ya fin a los motines, derramando su sangre en las convulsiones de la guerra civil; se mandará llamar a uno de ellos, el más conocido, y los parisienses comprenderán entonces que no se les deja más remedio que la abstención.

Esto sucedía después de todas las discusiones de la Asamblea y del rey sobre el *veto*. Luis XVI había luchado durante dos meses para recobrar un resto de su soberanía; y juntamente con el ministerio y Mirabeau trató de neutralizar el impulso republicano que deseaba eliminar de Francia la monarquía.

La reina se había debilitado en aquella lucha, sobre todo porque vio al rey sucumbir.

Luis XVI había perdido en aquel combate todo su poder y el resto de su popularidad; mientras que a la reina le valió un sobrenombre, un mote; una de esas palabras extrañas al oído del pueblo, y que por lo mismo le acaricia, un nombre que no era todavía una injuria, pero que debía llegar a ser la más sangrienta de todas, una palabra que se convirtió más tarde en palabra de sangre: la llamaban *Madame Veto.*

Este nombre debía ir, en alas de las canciones revolucionarias, a espantar en Alemania a los súbditos y amigos de aquellos que, al enviar a Francia una reina alemana, tenían derecho para extrañar que se la injuriase con el nombre de *Austriaca.*

Este nombre debía acompañar en París, en las asonadas, en los días de matanza y en los últimos gritos, las agonías espantosas de las víctimas.

María Antonieta se llamó en lo sucesivo Madame Veto, hasta el día que se llamara la *Viuda Capeto.*

Era la tercera vez que cambiaba de nombre: después de llamarse la *Austriaca* apellidáronla *Madame Déficit.*

Después de las luchas en que la reina trató de interesar a sus amigos por la inminencia de su propio peligro, fue cuando observó que se habían pedido ya en la Casa Ayuntamiento sesenta mil pasaportes.

Sesenta mil personas notables de París y de Francia habían ido a reunirse en el extranjero con los amigos y parientes de la reina. ¡Doloroso desengaño que había herido profundamente a María Antonieta!

Por eso no hacía más que meditar, desde aquel momento, una fuga hábilmente concertada, una fuga que se apoyase por la fuerza en caso necesario; una fuga que asegurase la salvación, y, después de la cual, los fieles que se hallaran en Francia podrían hacer la guerra civil, es decir, castigar a los revolucionarios. El plan no era malo, y seguramente habría tenido buen resultado; pero detrás de la reina velaba también el genio maléfico.

¡Extraño destino! Aquella mujer que inspiró antes tan generosas abnegaciones no encontró en ninguna parte discreción.

En París se supo que deseaba huir antes de que estuviese persuadida de esto ella misma.

A partir del momento en que se supo, María Antonieta no echó de ver que su proyecto había llegado a ser impracticable.

Sin embargo, un regimiento famoso por sus simpatías realistas, el regimiento de Flandes, llegaba a París a marchas forzadas.

La municipalidad de Versalles había pedido aquel regimiento, pues fatigada por las guardias extraordinarias y por la vigilancia precisa alrededor del palacio, amenazado sin cesar por las distribuciones de víveres y los motines sucesivos, necesitaba otra fuerza además de la guardia nacional y las milicias.

El palacio tenía ya bastante quehacer para defenderse a sí propio.

El regimiento de Flandes llegaba, como hemos dicho, y, para que adquiriese al punto la autoridad con que se quería revestirle, era preciso que un recibimiento particular atrajese sobre él la atención del pueblo.

El almirante de Estaing reunió los oficiales de la guardia nacional y todos aquellos de los cuerpos presentes en Versalles, y salió a su encuentro.

El regimiento hizo una entrada solemne en Versalles con sus cañones y sus bagajes.

Alrededor de aquel punto céntrico llegaron para agruparse muchos jóvenes caballeros que no pertenecían a ningún arma especial.

Eligieron un uniforme para reconocerse, uniéndose con todos los oficiales que estaban fuera de servicio, con todos los caballeros de San Luis, a quienes el peligro o la previsión conducían a Versalles, y que desde aquí se diseminaban por París, el cual vio entonces con profundo estupor aquellos nuevos enemigos insolentes y orgullosos, por ser dueños de un secreto que ha de escapárseles alguna vez.

Desde aquel instante, el rey podía marchar, pues le apoyarían y protegerían en su viaje, y tal vez París, ignorante aún del hecho, y mal preparado, le hubiera dejado marchar.

Pero el genio maléfico de *la Austriaca* velaba siempre.

Lieja se rebeló contra el emperador, y la preocupación que este hecho produjo en Austria impidió que se pensase en la reina de Francia.

Sin contar que María Antonieta creyó deber abstenerse por delicadeza en semejante momento.

Entonces, las cosas a que se había dado impulso continuaron su marcha con espantosa rapidez.

Después de la ovación dispensada al regimiento de Flandes, los guardias de corps acordaron ofrecer un banquete a sus oficiales.

Aquella comida, o mejor dicho aquella fiesta, debía darse el 1 de octubre, y se convidó a todas las personas importantes de la ciudad.
¿De qué se trataba? ¿De fraternizar con los soldados de Flandes? ¿Por qué no habían de fraternizar los soldados entre sí, puesto que los distritos y las provincias fraternizaban?
¿Estaba prohibido por la Constitución que los caballeros fraternizasen?
El rey era dueño aún de sus regimientos, y solamente él los mandaba; también era suyo el palacio de Versalles, y tenía derecho únicamente él para recibir a quien le pareciese bien.
¿Por qué no había de recibir a valerosos soldados y dignos caballeros que llegaban de Douai, donde tan *bien se habían conducido?*
Nada más natural; nadie pensaba en admirarse de ello, y mucho menos aún en alarmarse.
Aquella comida en reunión debía cimentar el afecto que entre sí se profesaban todos los cuerpos de un ejército francés destinado a defender a la vez la libertad y la monarquía.
Por otra parte, ¿sabía el rey siquiera lo que se había convenido?
Desde los últimos acontecimientos, Luis XVI, libre ya, gracias a sus concesiones, no se ocupaba ya en nada; le habían aliviado del peso de los negocios; no quería reinar más, puesto que reinaban por él; pero tampoco se creía obligado a estar aburrido todo el día.
El rey, mientras que los señores de la Asamblea cortaban y mermaban fraudulentamente, ocupábase en cazar.
En tanto que los nobles y los obispos abandonaban el 4 de agosto sus derechos feudales, sus tierras y sus pergaminos, el rey, deseando, como todo el mundo, hacer sacrificios, hacía renunciar de sus posesiones reales; mas no dejaba de cazar por eso.
Ahora bien: el rey, mientras que los señores del regimiento de Flandes comían con los guardias de corps, se iba a cazar como todos los días, y la mesa debía servirse a su vuelta.
Esto le inquietaba tan poco, y por su parte ocasionaba tan ligera molestia, que se resolvió pedir a la reina el palacio de Versalles para celebrar el festín.
La reina no veía motivo para rehusar la hospitalidad a los soldados de Flandes.
En su consecuencia, cedió la sala de espectáculos, en la cual permitió que para aquel día se construyese un tablado a fin de que hubiera espacio suficiente para sus soldados y sus huéspedes.
Cuando una reina da hospitalidad a caballeros franceses, la dispensa por completo. Ya tenían comedor; pero faltaba el salón, y la reina concedió el de Hércules.
El jueves, 1 de octubre, según hemos dicho, se dio aquel festín, que señalará tan cruelmente en la historia las imprevisiones o ceguedades de la monarquía.
El rey estaba de caza.
La reina se había encerrado en su habitación, triste, pensativa y resuelta a no oír un solo choque de los vasos ni el sonido de una sola voz.
Tenía a su hijo en brazos y a Andrea junto a sí; dos damas trabajaban en un ángulo de la habitación, y éste era todo su acompañamiento.

Poco a poco iban entrando en el palacio los brillantes oficiales con sus ricos uniformes y fulgurantes armas; los caballos relinchaban junto a las verjas de las cuadras, y las músicas del regimiento de Flandes y de los guardias llenaban el aire de armonías.

A las puertas del palacio, una multitud inquieta, curiosa y burlona acechaba, analizaba y comentaba la alegría y las músicas.

Por las puertas abiertas exhalábanse, como las ráfagas de una tempestad lejana, los vapores de una suculenta comida, juntamente con alegres murmullos.

Era por demás imprudente hacer aspirar a aquel pueblo hambriento y encolerizado el olor de las viandas y del vino, haciéndole pensar en la alegría y la esperanza.

El festín continuaba, no obstante, sin que nada viniese a perturbarlo. Sobrios en un principio, y respetuosos a sus uniformes, los oficiales habían hablado en voz baja, bebiendo moderadamente; y, durante el primer cuarto de hora, ésta fue la ejecución del programa tal como se había concertado.

Se sirvió el segundo plato.

El señor de Lusignan, coronel del regimiento de Flandes, se levantó y propuso cuatro brindis, por el rey, por la reina, por el Delfín y por la familia real.

Cuatro exclamaciones que hicieron retumbar hasta las bóvedas del salón fueron a herir fugitivas el oído de los tristes espectadores que estaban fuera.

Un oficial se levantó. Sin duda, era hombre de talento y de valor, un hombre de buen sentido, que preveía el resultado de todo aquello, un hombre sinceramente afecto a la familia real por quien se brindaba tan ruidosamente.

Aquel hombre comprendía que entre los brindis se olvidaba uno que se presentaría por sí mismo de una manera brutal.

Y propuso brindar por la nación.

Un prolongado murmullo precedió a un ruidoso grito.

—¡No, no! —exclamaron a coro los presentes.

Y se rechazó el brindis por la nación.

El festín acababa de tomar así su verdadero carácter, y el torrente su verdadero curso.

Se ha dicho, y aun se dice, que aquel que acababa de proponer este brindis era el agente promovedor de la manifestación contraria.

Como quiera que sea, su palabra produjo un efecto desastroso: olvidar a la nación, pase; pero insultarla era demasiado, y por eso se vengó.

Como desde aquel momento se rompió el dique, y como al silencio reservado siguieron los gritos y las conversaciones exaltadas, la disciplina llegó a ser una vana quimera; se dejó entrar a los dragones, a los granaderos y a los cien suizos, y, en fin, a cuantos soldados se hallaban en el palacio.

El vino circuló, llenándose diez veces los vasos; sirviéronse los postres, y las manos los arrebataron; la embriaguez se hizo general, y los soldados olvidaron que trincaban con sus oficiales. Aquello era realmente una fiesta fraternal.

Por todas partes se gritaba: «¡Viva el rey! ¡Viva la reina!» Y tantas flores, tantas luces reflejándose en las bóvedas doradas, tantas alegres ideas iluminando las frentes, y tal expresión de lealtad en los rostros de aquellos hombres intrépidos

eran un espectáculo que habría sido muy grato para la reina y no poco tranquilizador para el rey.
¡Aquel rey tan desgraciado y aquella reina tan triste que no asistían a semejante fiesta!
Servidores oficiosos corren en busca de María Antonieta y le refieren lo que han visto, exagerándolo.
Entonces los ojos apagados de la mujer se reaniman, y levántase, satisfecha al ver que aún hay lealtad y afecto en corazones franceses.
Aún quedaba esperanza.
Pero la reina dirige en torno suyo una mirada triste y desolada.
A sus puertas comienza a circular la multitud de servidores. Se ruega, se conjura a la reina a visitar, nada más que un momento, aquella sala del festín, donde dos mil entusiastas consagran por sus vivas el culto de la monarquía.
—El rey está ausente —contesta con tristeza—, y yo no puedo ir sola.
—Con monseñor el Delfín —dicen algunos imprudentes insistiendo.
—Señora, señora —murmuraba una voz a su oído—, permaneced aquí, yo os lo suplico.
La reina vuelve la cabeza y ve al señor de Charny. —¡Cómo! —exclama—. ¿No estabais abajo con todos esos caballeros?
—Ya he salido, señora. Allí hay una exaltación cuyas consecuencias pueden perjudicar a Vuestra Majestad más de lo que cree.
María Antonieta estaba en uno de esos días de mal humor y de caprichos, y esta vez quiso hacer precisamente lo contrario de lo que hubiera complacido a Charny.
Dirigió al conde una mirada desdeñosa, y disponíase a contestarle con alguna palabra malsonante, cuando Charny la contuvo por un respetuoso ademán.
—¡Por favor! —dijo—, esperad, por lo menos, el consejo del rey, señora. —El conde creía ganar tiempo.
—¡El rey, el rey! —exclamaron varias voces—. Su Majestad vuelve de la caza.
Y era verdad.
María Antonieta se levanta y corre al encuentro de su esposo, cubierto de polvo.
—Señor —le dice—, abajo hay un espectáculo digno del rey de Francia. ¡Venid, venid!
Y, cogiéndole del brazo, se le lleva sin mirar a Charny, que clava las uñas furioso en su pecho.
La reina lleva a su hijo de la mano izquierda y baja presurosa; toda una oleada de cortesanos la precede y la empuja, y llega a las puertas de la sala de espectáculos, en el momento en que las copas se apuraban por vigésima vez a los gritos de: «¡Viva el rey! ¡Viva la reina!»

## XLVIII

## EL BANQUETE DE LOS GUARDIAS

En el momento en que la reina se presentó con el rey y su hijo en la sala del teatro, una inmensa aclamación, semejante a la explosión de una mina, resonó por todas partes.
Los soldados embriagados y los oficiales delirantes levantaban sus sombreros y sus espadas, gritando: «¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡Viva el Delfín!»
La música comenzó a tocar: *¡Oh Ricardo! ¡Oh rey mío!*
La alusión que este aire encerraba era tan transparente, convenía tan bien con el pensamiento de todos y traducía con tal fidelidad el espíritu del banquete, que el acompañamiento con la letra fue general cuando comenzó la música.
La reina, entusiasmada, olvidó que se hallaba en medio de hombres embriagados; y el rey, sorprendido, comprendía bien, con su buen criterio de costumbre, que su lugar no era aquél y que obraba contra su conciencia; pero débil y halagado, al encontrar de nuevo una popularidad y un celo que ya no veía en su pueblo, dejábase llevar poco a poco del entusiasmo general.
Charny, que durante toda la comida no había bebido más que agua, se levantó, palideciendo, al ver a la reina y al rey. Había esperado que todo se haría fuera de su
presencia, importándole así poco lo que sucediese, pues se podría desmentir todo; mientras que la presencia del rey y de la reina sería de la historia.
Pero su terror fue mucho mayor aún al ver que su hermano Jorge se acercaba a la reina, y estimulado por una sonrisa le dirigía la palabra.
Estaba demasiado lejos para oír lo que decía; mas por sus ademanes comprendió que hacía una súplica.
La reina contestó con una señal de asentimiento, y, desprendiendo de pronto la escarapela que llevaba en su cofia, entregósela al joven.
Charny se estremeció, extendió los brazos y estuvo a punto de proferir un grito.
No era ni siquiera la escarapela blanca, la escarapela francesa, la que la reina presentaba al imprudente caballero, sino la escarapela negra, la escarapela austriaca, la escarapela enemiga.
Esta vez lo que la reina acababa de hacer era más que una imprudencia; era una traición.
Y, sin embargo, eran tan insensatos todos aquéllos pobres fanáticos, a quienes Dios quería perder, que, cuando Jorge de Charny les presentó la escarapela negra, los que tenían la blanca la rechazaron, y los que tenían la tricolor pisoteáronla.
Y entonces la embriaguez llegó a tal extremo, que, a riesgo de quedar sofocados por los besos, o de hollar bajo los pies a los que se arrodillaban ante ellos, los augustos visitantes del regimiento de Flandes debieron tomar el camino de sus habitaciones.
Todo esto no hubiera sido, sin duda, más que una locura de jóvenes, locura que los franceses se hallan siempre dispuestos a perdonar, si la orgía se hubiese limitado al entusiasmo; pero muy pronto se pasó de esto.

—¿No debían los buenos realistas humillar un poco a la nación al acariciar al rey?
Esta nación, en nombre de la cual se hacía tanto daño al rey, que la música se creía con derecho para tocar:
*Peut-on affliger ce qu'on aime?* [6]
Con esta música se acompañó la salida del rey, de la reina y el Delfín.
Apenas estuvieron fuera, cuando, animándose unos a otros, los convidados transformaron la sala del banquete en una ciudad tomada por asalto.
A una señal dada por el señor de Perseval, ayudante de campo del señor de Estaing, el clarín dejó oír el toque de carga.
—¿Contra quién sería? ¿Contra el enemigo ausente? ¿Contra el pueblo?
El toque de carga, esa música tan dulce al oído francés, produjo la ilusión de que se tomara la sala de espectáculos de Versalles por un campo de batalla, y por enemigos a las hermosas damas, que contemplaban desde los palcos la escena.
El grito de «¡Al asalto!» resonó de pronto, proferido por cien voces, y el escalamiento de los palcos comenzó; cierto que los sitiadores estaban en disposiciones tan poco temibles, que las sitiadas les alargaron las manos.
El primero que llegó a la galería fue un granadero del regimiento de Flandes. El señor de Perseval arrancó una condecoración de su pecho, y la puso en el de aquel militar.
Cierto que era una cruz de Limburgo, una de esas que apenas merecen el nombre de tales.
Y todo esto se hacía en nombre de la escarapela negra, vociferando contra la escarapela nacional.
Acá y allá percibíanse algunos sordos y siniestros clamores; pero, ahogados por los gritos de los que cantaban, por los vivas de los sitiadores y por el sonido de los clarines, estos rumores iban a refluir amenazadores hasta en los oídos del pueblo, que escuchaba a la puerta, asombrándose al principio e indignándose después.
Entonces se supo fuera, en la plaza, y luego en las calles, que la escarapela negra había sustituido a la blanca, hollándose bajo los pies la escarapela tricolor.
También se supo que un valeroso oficial de la guardia nacional, que a pesar de las amenazas conservó su escarapela tricolor, había sido gravemente mutilado en las mismas habitaciones del rey.
Después se repitió vagamente que un solo oficial, inmóvil, triste y de pie a la entrada de aquella inmensa sala, convertida en circo, donde se agitaban todos aquellos furiosos, había mirado y escuchado, dejándose ver, corazón leal, intrépido soldado, que, sometiéndose a la fuerza de la mayoría y tomando sobre sí la falta de los otros, aceptaba la responsabilidad de todos los excesos cometidos por el ejército, representado en aquel funesto día por los oficiales del regimiento de Flandes. Mas el nombre de aquel individuo, único juicioso entre tantos locos, no se pronunció siquiera, y aunque se hubiese citado no se habría creído que el conde de Charny, el favorito de la reina, era precisamente aquel que, dispuesto a morir por ella, fue el que más dolorosamente sufrió por lo que María Antonieta había hecho.

---
[6] ¿Es dado afligir a quien se ama?

En cuanto a la reina, había entrado en sus habitaciones verdaderamente aturdida por la magia de aquella escena, y muy pronto se vio asediada por los cortesanos y aduladores.
—Vea —le dijeron— cuál es el verdadero espíritu de vuestras tropas; ved si cuando os hablen de la furia popular por las ideas anárquicas, ved si esa furia podrá luchar contra el ardimiento entusiasta de esos militares franceses en favor de las ideas monárquicas.
Y como todas estas palabras correspondían a los secretos deseos de la reina, ésta se dejaba mecer por las quimeras, sin notar que Charny estaba lejos de ella.
Poco a poco, sin embargo, los rumores cesaron, y el sueño del espíritu extinguió todos los fuegos fatuos, todas las fantasmagorías de la embriaguez.
El rey, por su parte, hizo una visita a María Antonieta antes de acostarse, y le dirigió algunas palabras llenas de prudencia.
—Veremos mañana —dijo.
Con esta frase, que para otra cualquiera persona hubiera sido una juiciosa advertencia, el imprudente rey acababa de reavivar en María Antonieta todos los odios y los deseos de provocación, casi apagados ya.
—En efecto —murmuró la reina cuando el rey se hubo marchado—; la llama encendida en el palacio esta noche será mañana un incendio para Francia entera. Todos esos soldados, todos esos oficiales que me han dado esta noche tan relevantes pruebas de adhesión serán llamados traidores y rebeldes a la nación. Asesinos de la patria se llamará a los jefes de esos aristócratas, a los subalternos asalariados de Pitt y de Coburgo, satélites del poder, bárbaros y salvajes del Norte.
»Cada una de esas cabezas que han ostentado la escarapela negra será señalada para el reverbero de la plaza de Gréve.
»Cada uno de esos pechos de que tan lealmente se escapaba el grito de «¡Viva la reina!» será atravesado en los primeros motines por los viles cuchillos y por las picas infames.
»¡Y seré yo, siempre yo, la que le habrá ocasionado todo esto! Yo soy quien condenará a muerte a tantos valerosos servidores, yo, la soberana inviolable a quien halagarán por hipocresía a mi alrededor, y a quien ultrajarán después por odio cuando estén lejos.
»¡Oh! No. Antes que ser hasta este punto ingrata para mis últimos y únicos amigos, antes de ser tan cobarde y desnaturalizada, que recaiga sobre mí la falta. Por mí se ha hecho todo, y yo cargaré con la culpa. Veremos hasta qué punto llegará el odio; veremos hasta qué grada de mi trono osará subir la oleada impura.
Y la reina, así animada por aquel insomnio cargado de sombríos consejos, veía con claridad el resultado del día siguiente.
El otro día llegó cargado de remordimientos y de sordos murmullos.
Aquel día, la guardia nacional, a la que la reina acababa de distribuir sus banderas, se presentó con la cabeza baja y la mirada torva para dar gracias a Su Majestad.
Fácil era adivinar en la actitud de aquellos hombres que no aprobaban nada, pero que hubieran desaprobado, por el contrario, si se hubiesen atrevido a ello. Habían

formado parte del acompañamiento; habían salido a recibir al regimiento de Flandes; habían aceptado invitaciones para el banquete; pero, más ciudadanos que soldados, ellos fueron
los que durante la orgía osaron hacer algunas observaciones que fueron desoídas.
Pero al día siguiente estas observaciones eran una acusación, una censura.
Cuando fueron al palacio para dar gracias a la reina, iban escoltados por una inmensa multitud.
Y, atendida la gravedad de las circunstancias, la ceremonia tomó un carácter imponente.
Se iba a ver por una y otra parte con quién era preciso habérselas.
Todos aquellos soldados, todos aquellos oficiales comprometidos la víspera, queriendo saber hasta qué punto les apoyaría la reina en su imprudente demostración, habían buscado sitios enfrente de aquel pueblo escandalizado y escarnecido la víspera, deseosos de oír las primeras palabras oficiales que la reina pronunciara.
El peso de toda la contrarrevolución estaba, pues, suspendido sobre la cabeza de María Antonieta.
Sin embargo, aún podía declinar semejante responsabilidad, conjurando las desgracias.
Pero la reina, altiva como los más orgullosos de su raza, paseaba su mirada clara, límpida y tranquila sobre los que la rodeaban, amigos y enemigos, y con voz sonora dijo a los oficiales de la guardia nacional:
—Señores: estoy muy satisfecha de haberos dado las banderas. La nación y el ejército deben amar al rey, como nosotros amamos a la nación y al ejército. *Me ha complacido el día de ayer.*
Al oír estas palabras, que la reina acentuó con su voz más firme, un sordo murmullo partió de la multitud, mientras que en las filas de los militares resonó un ruidoso aplauso.
—Se nos apoya —exclamaron éstos.
—Nos han vendido —dijo la multitud.
¡Pobre reina! Aquella tarde fatal del 1 de octubre no era una sorpresa, y, por eso, desgraciada mujer, no lamentarás el día de ayer, ni te arrepentirás tampoco. ¡Muy lejos de arrepentirte, estás complacida!
Charny, que se hallaba en un grupo, oyó, exhalando un profundo suspiro de dolor, aquella justificación, o, mejor dicho, aquella glorificación de la orgía de los guardias de corps.
La reina, apartando su mirada de la multitud, la fijó en el joven para leer en la fisonomía de su amante la impresión que le había producido.
—¿No es verdad que soy intrépida? —quería decir la reina.
—¡Ay de mí! ¡Sois más loca que intrépida! —contestó la expresión contristada del conde.

## IL

## LAS MUJERES INTERVIENEN

En Versalles, la corte se mostraba heroica contra el pueblo.

En París eran solamente caballeros contra la corte; pero corrían por las calles.

Estos caballeros del pueblo vagaban errantes y andrajosos, con la mano en la empuñadura de un sable o en la culata de una pistola, interrogando sus bolsillos vacíos y sus estómagos hambrientos.

Mientras que en Versalles se bebía demasiado, en París..., ¡ay!..., no se comía bastante.

Demasiado vino en las mesas de Versalles, y no suficiente harina en las tahonas de París.

¡Cosa singular, sombría ceguedad, que hoy, que estamos acostumbrados a todas estas caídas de tronos, arrancará una sonrisa de compasión a los hombres políticos!

¡Hacer la contrarrevolución y provocar a la batalla a hombres hambrientos!

¡Ay!, dirá la historia, obligada a ser filósofo materialista. ¡Jamás se bate el pueblo tan encarnizadamente como cuando no ha comido!

Bien fácil era, sin embargo, dar pan al pueblo, y entonces, seguramente, el pan de Versalles le hubiera parecido menos amargo.

Pero las harinas de Corbeil no llegaban ya. ¡Estaba este punto tan lejos de Versalles! Y además ¿quién hubiera pensado en Corbeil hallándose junto al rey o la reina?

Desgraciadamente, ante este olvido de la corte, el hambre, ese espectro que se duerme con tanta dificultad y que se despierta tan fácilmente, el hambre había penetrado pálida e inquieta en las calles de París; escuchaba en todas las esquinas de las calles, reclutando su séquito de vagabundos y malhechores, e iba a tocar con su rostro siniestro las ventanas de los ricos y de los altos funcionarios.

Los hombres se acuerdan de los motines que tanta sangre cuestan; se acuerdan de la Bastilla; no han olvidado a Foulon, Berthier y Flesselles: temen que se les llame otra vez asesinos y esperan.

Pero las mujeres, que no han hecho más que sufrir, y que sufren tres veces, por el hijo que llora, sin conocer la causa, por el hijo que pide pan a su madre, por el marido que, sombrío y taciturno, sale de su casa por la mañana para volver por la noche más sombrío y más taciturno aún; y, en fin, por ellas mismas, eco doloroso de los padecimientos conyugales y maternales, las mujeres arden en deseos de tomar el desquite y quieren servir a la patria a su manera.

Por otra parte, las mujeres eran las que habían llevado a cabo la obra del 1 de octubre en Versalles.

Y ahora les llegaba la vez de hacer la jornada del 5 de octubre en París.

Gilberto y Billot estaban en el Palais Royal, en el café Foy, aquel donde se dirigían las opiniones. De repente se abre la puerta; una mujer entra como espantada, y denuncia las escarapelas blancas y negras que desde Versalles han pasado a París, proclamando después el peligro público.

Ya se recordará lo que Charny había dicho a la reina.

—Señora, habrá que temer verdaderamente cuando las mujeres intervengan.

También era ésta la opinión de Gilberto; y, por lo mismo, al ver que las mujeres se mezclaban, volvióse hacia Billot y solamente le dijo estas palabras:

—¡A la Casa Ayuntamiento!

Desde la conversación que había mediado entre Billot, Gilberto y Pitou, y a consecuencia de la cual este último había regresado a Villers-Cotterets con el hijo del doctor, Billot obedecía a Gilberto a la primera palabra, a la menor insinuación, pues comprendía que si él era la fuerza, el doctor representaba la inteligencia.

Ambos salieron al punto del café, cruzaron diagonalmente el jardín del Palais Royal, atravesaron el patio de Fontaines y muy pronto llegaban a la calle de San Honorato.

A la altura del mercado encontraron una joven que salía de la calle de Bourdonnais tocando el tambor.

Gilberto se detuvo admirado.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¡Diantre! Bien lo veis —contestó Billot—. Es una joven que toca el tambor, y no muy mal, a fe mía.

—Habrá perdido alguna cosa —dijo un transeúnte.

—Está muy pálida —añadió Billot.

—Preguntadle qué quiere —añadió Gilberto.

—¡Eh, muchacha! —gritó Billot—. ¿Por qué tocas así el tambor?

—Porque tengo hambre —contestó la joven con voz débil y estridente.

Y continuó su marcha, redoblando siempre en la caja. Gilberto había oído.

—¡Oh, oh! —exclamó—. Esto comienza a ser temible.

Y comenzó a mirar con más atención a las mujeres que seguían a la joven del tambor.

Aquellas mujeres, pálidas y vacilantes, parecían desesperadas.

Algunas de ellas no habían comido hacía treinta horas.

De vez en cuando partía del grupo un grito, amenazador por su debilidad misma, pues conocíase que era proferido por bocas hambrientas.

—¡A Versalles —gritaban—, a Versalles!

Y en su camino hacían señas a todas las mujeres que veían en las casas, llamando a las que estaban en las ventanas.

Un coche pasó. En el interior iban *dos damas,* y, asomándose éstas a las ventanillas, se echaron a reír.

La escolta de la tamborilera se detuvo. Una veintena de mujeres se precipitaron hacia las portezuelas del coche, y obligaron a las señoras a apearse para unirse al grupo, a pesar de sus recriminaciones y de una resistencia a que pusieron término dos o tres vigorosos mojicones.

Detrás de aquellas mujeres, que avanzaban lentamente, a causa del reclutamiento que hacían en el camino, iba un hombre con las manos en los bolsillos.

De rostro flaco y pálido, y de elevada estatura, vestía casaca de color gris, con chupa y calzones negros, y cubría su cabeza un pequeño tricornio raído, puesto de lado sobre la frente.

Una larga espada azotaba sus piernas flacas, pero nerviosas.
El hombre seguía detrás, mirando, escuchando y observándolo todo con sus ojos penetrantes, sobrepuestos de cejas negras.
—¡Ah! —exclamó Billot—. Conozco esa cara: la he visto en todos los motines.
—Es el ujier Maillard —dijo Gilberto.
—¡Ah! Sí, es el que pasó después que yo por la tabla de la Bastilla. Fue más diestro y no cayó al foso.
Maillard desapareció con las mujeres al doblar la esquina de la calle.
Billot hubiera querido imitar a Maillard; pero el doctor se lo llevó consigo a la Casa Ayuntamiento.
Estaba bien seguro de que el motín refluiría siempre allí, bien fuera un motín de hombres o de mujeres, y, en vez de seguir el curso del río, iba derecho a su desembocadura.
En la Casa Ayuntamiento se sabía lo que pasaba en París; mas apenas se ocupaban de ello. ¿Qué importaba, en efecto, al flemático Bailly y al aristocrático Lafayette que se le hubiese ocurrido a una mujer tocar el tambor? Era anticipar el Carnaval, y nada más.
Pero cuando se vieron llegar detrás de aquella mujer que tocaba el tambor otras dos o tres mil, cuando en los flancos de aquella multitud, que aumentaba de minuto en minuto, se vio avanzar un considerable número de hombres, sonriendo de un modo siniestro, y con sus armas en reposo, cuando se comprendió que aquellos hombres sonreían de antemano al pensar en el mal que las mujeres se proponían hacer, mal tanto más irremediable cuanto que era sabido que la fuerza pública no llegaría a tiempo para evitarlo, y que la fuerza legal no castigaría después, se comenzó a comprender la gravedad de la situación.
Aquellos hombres sonreían porque el daño que no habían osado hacer iban a verlo realizado por la más inofensiva mitad del género humano.
Al cabo de media hora se habían reunido diez mil mujeres en la plaza de Gréve.
Y, juzgándose el número suficiente, comenzaron a deliberar con las manos sobre las caderas.
La deliberación no fue tranquila. Las que discutían eran en su mayor parte porteras, vendedoras del mercado y mujeres públicas. Había también no pocas realistas, y, en vez de tener el propósito de hacer daño al rey y a la reina, se hubieran dejado matar por ellos. Se habrían podido oír los gritos de aquella discusión al otro lado del río, en las torres silenciosas de Nuestra Señora, que después de haber visto tantas cosas se preparaban para ver otras más curiosas aún.
El resultado de la deliberación fue el siguiente: «Vamos a prender fuego a la Casa Ayuntamiento, donde se fabrican tantos papelotes que nos impiden comer todos los días.»
Precisamente el Ayuntamiento se ocupaba en juzgar a un panadero que había vendido pan falto de peso.
Se comprenderá que, cuanto más caro es el pan, tanto más lucrativa es una operación de este género; pero, si lo es demasiado, tanto más peligro ofrece.
En su consecuencia, los que se cuidaban del reverbero esperaban al panadero con una cuerda nueva.

La guardia del Ayuntamiento quería salvar al infeliz, y servíase de todas sus fuerzas; pero hacía algún tiempo, según se ha visto, que el resultado secundaba mal sus filantrópicas disposiciones.
Las mujeres se precipitaron contra aquella guardia diseminándola, penetraron en la Casa Ayuntamiento y comenzó el saqueo.
Querían arrojar al Sena cuanto encontraran, y quemar en el sitio lo que no pudieran llevarse.
Asi, pues, los hombres al agua, y las mujeres al fuego.
La tarea era ímproba.
En la Casa Ayuntamiento había un poco de todo.
Primeramente trescientos electores.
Además, los tenientes alcaldes.
Y luego los alcaldes.
—Será operación muy larga arrojar al agua a toda esa gente —dijo una mujer de criterio que tenía prisa.
—Pues no dejan de merecerlo —repuso otra.
—Sí, pero falta tiempo.
—¡Pues bien: quemémoslo todo! —dijo una voz—. Esto es lo más sencillo.
Se buscaron hachas y se pidió fuego. Después, provisionalmente, y para no perder tiempo, entretuviéronse en ahorcar a un abate, el abate Lefevre d'Ormesson.
Por fortuna, el hombre de la casaca gris se hallaba allí; y como cortase la cuerda, el abate cayó desde una altura de tres metros, dislocóse un pie y se alejó cojeando, en medio de las risas de todas aquellas furiosas mujeres.
Lo que favoreció la retirada del sacerdote tan tranquilamente fue que las hachas estaban encendidas ya y en las manos de las incendiarias. Acercábanlas a los archivos, y dentro de diez minutos todo ardería.
De repente, el hombre de la casaca gris se precipita y arranca restos de hachas de las manos de las mujeres. Éstas se resisten, pero el hombre las azota con ellos; y mientras que el fuego prende en los vestidos, apaga el que comenzaba en los papeles.
¿Quién es aquel hombre que se opone así a la voluntad terrible de diez mil mujeres furiosas?
¿Por qué se dejan dominar por aquel hombre? Se acaba de ahorcar a medias al abate Lefevre, y bien se podrá ahorcar del todo al que se opone a sus voluntades.
Por este razonamiento se produjo un clamoreo frenético, que amenazó con la muerte al hombre, y a esto se siguen los hechos.
Las mujeres rodean al de la casaca gris y le arrojan una cuerda al cuello.
Pero Billot acude al punto, y Billot prestará a Maillard el servicio que éste dispensó al abate.
Se coge a la cuerda, la corta en dos o tres sitios con un cuchillo muy afilado, que sirve a su propietario para cortar cuerdas, pero que en un momento de apuro, empuñado por un brazo vigoroso, se puede utilizar para algo más.
Y mientras Billot se ocupa en esto, haciendo de la cuerda tantos pedazos como puede, exclama:

—¡Pero, desgraciadas!, ¿no reconocéis a uno de los vencedores de la Bastilla, al que pasó por la tabla para ir en busca de la capitulación, mientras que yo me enfangaba en el foso? ¿No reconocéis a Maillard?
Al oír este nombre tan conocido y temido, todas aquellas mujeres se detienen, míranse unas a otras y enjugan el sudor de su frente.
La tarea había sido fatigosa, y, aunque se estaba en el mes de octubre, se podía sudar al ocuparse en ella.
—¡Un vencedor de la Bastilla, y además el señor Maillard, el ujier del Chatelet! ¡Viva el señor Maillard!
Las amenazas se convirtieron en caricias. Se abraza a Maillard y se grita «¡Viva Maillard!»
El hombre estrecha la mano de Billot, y la mirada de ambos se cruza.
El apretón de manos quiere decir: «¡Somos amigos!»
La mirada significa: «Si alguna vez me necesitáis, contad conmigo».
Maillard vuelve a ejercer sobre todas aquellas mujeres una influencia, tanto mayor cuanto que ellas comprenden que el hombre les ha de perdonar algunos ligeros agravios.
Pero Maillard es un antiguo marinero popular, y conoce aquel mar de los arrabales, que se embravece con un soplo y se calma con una palabra.
Sabe cómo se ha de hablar a esas oleadas humanas cuando dan tiempo para ello.
Además, el momento es oportuno para hacerse escuchar, y se guarda silencio alrededor de Maillard.
Este último no quiere que las parisienses destruyan la Casa Ayuntamiento, es decir, la única autoridad que les protege, ni tampoco que destruyan el registro civil, el cual prueba que no todos sus hijos son bastardos.
La palabra de Maillard, sonora, estridente y burlona, produce su efecto.
No se matará a nadie, ni se quemará nada; pero se quiere ir a Versalles. Allí es donde está el mal, allí donde se pasan las noches en orgías, mientras que París se muere de hambre. En Versalles es donde se consume todo. En París falta el trigo y la harina, porque esta última, en vez de quedar en París, va directamente desde Corbeil a Versalles.
No sucedería esto si el *panadero,* la *panadera y el mozo de pala* se hallaran en París.
Con estos nombres se designan al rey, a la reina y al Delfín, esos repartidores naturales del pan del pueblo.
De todos modos, se irá a Versalles.
Puesto que las mujeres se hallan organizadas como tropas, puesto que tienen fusiles, cañones y pólvora, y las que carecen de todo esto van armadas de picas y de hoces, necesitan un general.
¿Por qué no? Bien tiene uno la guardia nacional.
Lafayette es el general de los hombres; Maillard será el de las mujeres.
Lafayette capitanea esos granaderos holgazanes que parecen un ejército de reserva por lo poco que hacen cuando tanto hay que hacer.
Maillard mandará el ejército activo.
Sin sonreír ni pestañear, el hombre acepta.
Maillard es el general de las mujeres de París.

La campaña no será larga, pero sí decisiva.

## L

## MAILLARD, GENERAL

Realmente era un ejército el que Maillard mandaba.
Tenía cañones, sin cureñas, es verdad; pero se habían colocado en carretas.
Tenía fusiles, muchos de ellos sin llaves o batería, es verdad; pero a ninguno le faltaba la bayoneta.
Y contaban además con otras armas, no pocas de ellas bastante incómodas, es cierto; pero, al fin, eran armas.
Además llevaba pólvora en los pañuelos, en las cofias, en los bolsillos; y en medio de aquellas cartucheras vivientes se paseaban los artilleros con sus mechas encendidas.
Si todo el ejército no voló durante aquel extraño viaje por efecto de una explosión, fue verdaderamente por milagro.
Maillard acaba de apreciar de una ojeada las disposiciones de su ejército, y observa que todo cuanto puede hacer es conducirle a Versalles y, una vez allí, impedir el mal que pueda ocasionar: no debe pensarse en mantenerle donde se halla ni encadenarle en París.
Maillard llevará a cabo tan heroica misión, por difícil que sea.
En su consecuencia, baja a la plaza y toma el tambor suspendido del cuello de la joven.
La infeliz, nutriéndose de hambre, no tenía ya fuerza para llevarlo; abandona el tambor, y, resbalando por la pared, cae de cabeza sobre un poste.
¡Lúgubre almohada..., almohada del hambre!
Maillard le pregunta cuál es su nombre, y contesta que se llama Magdalena Chambry. Ocupábase en esculpir en madera para las iglesias; pero ¿quién piensa ahora en dotar los templos con esos hermosos tallados en madera, esas ricas estatuas y esos preciosos bajorrelieves, obras maestras del siglo xv?
Medio muerta de hambre, la joven quiso ser ramilletera en el Palais Royal.
Pero ¿quién piensa en comprar flores cuando falta dinero para comprar pan? Las flores, esas estrellas que brillan en el cielo de la paz y de la abundancia, se marchitan al viento de las tempestades y de las revoluciones.
No pudiendo ya esculpir sus frutos de maderas, ni vender sus rosas, jazmines y lirios, Magdalena Chambry cogió un tambor e hizo resonar aquella terrible llamada del hambre.
Irá a Versalles la que ha reunido toda aquella triste diputación; pero como está demasiado débil para andar, irá en carreta.
Llegada a Versalles, se solicitará que sea introducida en el palacio con otras doce mujeres, y ella será el orador hambriento que debe abogar ante el rey por la causa del hambre.
Se aplaude esta idea de Maillard.
—Y he aquí que con pocas palabras ha cambiado todas las disposiciones hostiles por simpatías.

No se sabía por qué se iba a Versalles, ni qué se trataba de hacer allí; mas ahora se sabe: van a Versalles para que una diputación de doce mujeres, con Magdalena Chambry a la cabeza, vaya a suplicar al rey, *en nombre del hambre*, que se compadezca de su pueblo.
Se han reunido siete mil mujeres, poco más o menos, las cuales emprenden la marcha, siguiendo los muelles.
Pero, llegadas a las Tullerías, se oyen ruidosos gritos.
Maillard se sube a un guardacantón para dominar todo su ejército.
—¿Qué deseáis? —pregunta.
—Queremos atravesar las Tullerías.
—Imposible —contesta Maillard.
—Y ¿por qué imposible? —preguntan siete mil voces.
—Porque las Tullerías son la casa y el jardín del rey, porque atravesar sin su permiso es insultarle, y, aún más que eso, es atentar en la persona del rey contra la libertad de todos.
—¡Pues bien, sea! —dicen las mujeres—. Pedid permiso al suizo.
Maillard se acerca al hombre con su tricornio en la mano.
—Amigo mío —le dice—, ¿permitiréis a esas señoras cruzar por las Tullerías? Pasarán solamente por las galerías, sin hacer daño alguno a las plantas ni los árboles del jardín.
Por toda contestación, el suizo desenvaina su larga espada y acomete a Maillard.
Este último pone mano a la suya, un pie más corta, y al punto cruzan los aceros; pero de pronto una mujer se acerca al suizo, y con el mango de su escoba le descarga un golpe en la cabeza y le tiende a los pies de Maillard.
Este envaina su espada, apodérase de la del suizo, se la coloca debajo del brazo, recoge su tricornio caído durante la lucha, se cubre y continúa su marcha a través de las Tullerías, donde, según la promesa que ha hecho, no se ha ocasionado ningún daño.
Dejémosles continuar su marcha a través de Cours-la-Reine y encaminarse hacia Sévres, donde se dividen en dos cuerpos, y veamos lo que sucedía en París.
Aquellas siete mil mujeres no habían estado a punto de ahogar a los electores, de ahorcar al abate Lafévre y de incendiar la Casa Ayuntamiento sin hacer algún ruido.
A este ruido, que tuvo su eco en los barrios más lejanos de la capital, Lafayette había acudido al punto.
Pasaba una especie de revista en el Campo de Marte, y había estado a caballo desde las ocho de la mañana: era mediodía cuando llegó a la plaza de la Casa Ayuntamiento. Las caricaturas de aquella época representaban a Lafayette bajo las formas de un centauro, cuyo cuerpo era el del famoso caballo blanco, ya proverbial; mientras que la cabeza era la del comandante de la guardia.
Desde el principio de la revolución, Lafayette hablaba a caballo, comía a caballo y mandaba a caballo.
Y muchas veces hasta dormía a caballo; de modo que cuando por casualidad le era dado reposar en su cama, Lafayette dormía muy bien.
Cuando el general llegó al muelle Belletier le detuvo un hombre que partía al galope de un excelente caballo de carrera.

Aquel hombre era Gilberto, que iba a Versalles para anunciar al rey lo que le amenazaba y ponerse a su disposición.
En dos palabras refirióselo todo a Lafayette, y después cada cual continuó su camino.
Lafayette en dirección a la Casa Ayuntamiento, y Gilberto hacia Versalles; pero como las mujeres seguían la orilla derecha del Sena, él tomó la izquierda.
La plaza de la Casa Ayuntamiento, libre de mujeres, hallábase llena de hombres.
Aquellos hombres eran guardias nacionales, con paga o sin ella, y, sobre todo, antiguos guardias franceses, que por haber pasado a las filas del pueblo habían perdido todos sus privilegios de guardias del rey, heredados por los guardias de corps y los suizos.
Al ruido que las mujeres hacían siguió el toque de generala.
Lafayette cruzó solo entre la multitud, se apeó al pie de la escalera, sin cuidarse de los aplausos mezclados de amenazas que su presencia excitaba, y comenzó a dictar una carta al rey respecto a la insurrección ocurrida aquella mañana.
Llegaba a la sexta línea de su carta, cuando la puerta de la secretaría se abrió con violencia.
Lafayette levantó los ojos. Una diputación de granaderos solicitaba ser recibida por el general.
Lafayette hizo señal de que podía entrar, y así lo hizo.
El granadero encargado de tomar la palabra se adelantó hasta la mesa.
—Mi general —dijo con voz firme—, venimos comisionados por diez compañías de granaderos. No creemos que seáis traidor, pero sí que el Gobierno nos hace traición, y ya es tiempo de que esto concluya. No nos es posible volver nuestras bayonetas contra las mujeres que nos piden pan. El Comité de Subsistencias malversa sus fondos, o es incapaz de administrarlos, y, en uno u otro caso, se debe cambiar. El pueblo es desgraciado, y el origen del mal está en Versalles. Es preciso ir a buscar al rey para traerle a París; se han de exterminar el regimiento de Flandes y los guardias de corps, que osaron hollar bajo sus pies la escarapela nacional; y si el rey es demasiado débil para llevar la corona, que la deponga. Nosotros coronaremos a su hijo, se nombrará un consejo de regencia, y todo irá mejor.
Lafayette, asombrado, mira al orador. Ha visto motines, ha llorado asesinatos; pero es la primera vez en que el soplo revolucionario le toca realmente el rostro.
Aquella posibilidad que el pueblo ve de prescindir del rey le admira y, más aún, le confunde.
—¡Cómo! —exclama—. ¿Tenéis acaso el proyecto de hacer la guerra al rey y de obligarle a que nos abandone?
—Mi general —contesta el orador—, amamos y respetamos al rey y sentiríamos mucho que nos abandonase, porque le amamos en extremo; pero, si nos deja, tenemos el Delfín.
—¡Señores, señores! —dijo Lafayette. ¡Cuidado con lo que hacéis, porque tocáis a la corona, y mi deber es no tolerarlo!
—Mi general —replicó el guardia nacional inclinándose—, daríamos por vos hasta la última gota de sangre. Mas el pueblo es desgraciado; el origen del mal

está en Versalles, y es preciso ir a buscar al rey y traerle a París: el pueblo lo quiere.
Lafayette ve que le es forzoso pagar con su persona, necesidad ante la cual no retrocedió nunca.
Baja a la plaza y quiere arengar al pueblo; pero los gritos de *¡A Versalles, a Versalles!* ahogan su voz.
De repente se oye un gran estrépito hacia la calle de la Vannerie: es Bailly, que a su vez se dirige a la Casa Ayuntamiento.
A la vista del alcalde resuenan los gritos de «¡Pan, pan! ¡A Versalles, a Versalles!»
Lafayette, a pie, y perdido en la multitud, comprende que las oleadas suben cada vez más y que acabarán por ahogarle.
Atraviesa entre la multitud para llegar hasta su caballo, con un ardimiento semejante al del náufrago que corta las olas para cogerse a una roca.
Le alcanza, al fin, monta y dirígese hacia el pórtico; pero el camino estaba obstruido completamente entre él y la Casa Ayuntamiento, interceptando el paso una muralla humana.
—¡Pardiez, general! —gritan aquellos hombres—. Os quedaréis con nosotros.
Y al mismo tiempo redoblan los gritos de «¡A Versalles, a Versalles!» Lafayette vacila: sin duda, yendo a Versalles podrá ser útil al rey; pero ¿podrá dominar toda aquella, multitud que le impele hacia ese punto? ¿Le será posible contener aquellas oleadas que le han hecho perder pie y contra las cuales reconoce que lucha él mismo para su propia salvación?
De improviso un hombre baja por la escalera del pórtico, hiende la multitud llevando una carta, y maneja tan bien los pies y las manos, y en particular los codos, que llega hasta Lafayette.
Aquel hombre es el infatigable Billot.
—Tomad, general —dice—; es de parte de los Trescientos.
Así se llamaba a los electores.
Lafayette rasga el sello y trata de leer la carta en voz baja; pero veinte mil voces gritan:
—¡La carta, la carta!
Forzoso le es a Lafayette leerla en alta voz. Hace una señal para que se callen, y en el mismo instante, como por milagro, el silencio sigue al inmenso tumulto; de modo que, sin que se pierda una sola palabra, Lafayette lee lo siguiente:
«Atendidas las circunstancias y el deseo del pueblo, y en vista de la *declaración* del señor comandante general de que es imposible rehusar, se autoriza al señor comandante, y hasta se le ordena, que se traslade a Versalles.
»Cuatro comisarios del Ayuntamiento le acompañarán.»
El pobre Lafayette no había *declarado* nada a los señores electores, a quienes no desagradaba dejarle una parte de la responsabilidad de los acontecimientos que iban a ocurrir; pero el pueblo creyó que había *declarado* realmente; y como esta declaración de su comandante general estaba en armonía con su deseo, gritó:
—¡Viva Lafayette!
Entonces el general, palideciendo, repitió a su vez:
—¡A Versalles!

Quince mil hombres le siguieron con un entusiasmo más silencioso y al mismo tiempo más terrible que el de las mujeres que iban en vanguardia.
Toda aquella gente debía reunirse en Versalles para pedir al rey las migas de pan caídas de la mesa de los guardias de corps durante la orgía del 1 al 2 de octubre.

# LI

## VERSALLES

En Versalles, como sucedía siempre, ignorábase por completo lo que pasaba en París.

Después de las escenas que hemos descrito, y de que la reina se felicitó al día siguiente en alta voz, la soberana descansaba.

Tenía un ejército, había contado sus enemigos, y deseaba empeñar la lucha.

¿No debía vengar la derrota del 14 de julio? ¿No era preciso hacer olvidar a su corte y a ella misma aquel viaje del rey a París, viaje del cual regresó con la escarapela tricolor en el sombrero?

¡Pobre mujer! ¡Qué poco esperaba el viaje que a su vez debía emprender forzosamente!

Desde su altercado con Charny no le había hablado más; y afectaba tratar a Andrea con esa antigua amistad un momento debilitada en su corazón, pero que jamás se extinguió ante su rival.

En cuanto a Charny, no le miraba sino cuando le era preciso dirigirle la palabra para su servicio, o darle alguna orden.

No era una desgracia de familia, pues en la misma mañana del día en que los parisienses debían salir de París para ir a Versalles se vio a la reina hablar afectuosamente con el joven Jorge de Charny, el segundo de los tres hermanos, y el mismo que, contra la voluntad de Oliverio, había dado a la reina tan belicosos consejos al recibirse la noticia de la toma de la Bastilla.

En efecto: a eso de las nueve de la mañana, aquel joven atravesaba por la galería para anunciar al montero que el rey iría a cazar, cuando María Antonieta, que acababa de oír misa en la capilla, le vio y le llamó.

—¿Adonde corréis así, caballero? —preguntóle.

—No corría ya desde que vi a Vuestra Majestad —contestó Jorge—; me había detenido, por el contrario, y esperaba humildemente el honor que me dispensa dirigiéndome la palabra.

—Esto no os impide, caballero, contestar y decirme dónde ibais.

—Señora —contestó Jorge—, debo ir en la escolta. Su Majestad caza, y voy a tomar órdenes del montero respecto al punto de reunión.

—¡Ah! El rey caza también hoy —dijo la reina, mirando las nubes que avanzaban negras y amenazadoras por la parte de París—. Pues hace mal, pues parece que habrá alguna tempestad. ¿No es verdad, Andrea?

—Sí, señora —contestó distraídamente la joven.

—¿No sois de mi opinión, caballero?

—Sí tal, señora; pero el rey lo quiere.

—Cúmplase la voluntad del rey —replicó la reina— lo mismo en los bosques que en los caminos —añadió con esa alegría que le era natural y que ni las penas del corazón ni los acontecimientos políticos bastaban para hacerla perder.

Y, volviéndose hacia Andrea, le dijo en voz baja

—Bueno es que al menos se entretenga.

—¿Podéis decirme —añadió en voz alta— dónde ha de cazar el rey?
—En los bosques de Meudon, señora.
—Vamos:  acompañadle y velad por él.
En aquel momento, el conde de Charny entró, saludó con una dulce sonrisa a Andrea y, moviendo la cabeza, aventuróse a decir a la reina:
—Es una recomendación de la que mi hermano se acordará, señora, no en medio de los placeres del rey, sino en medio de sus peligros.
Al sonido de aquella voz que acababa de herir su oído, sin que su vista le advirtiese la presencia de Charny, María Antonieta se estremeció al volver la cabeza.
—Me habría extrañado —dijo con desdeñosa rudeza— que esas palabras no saliesen de boca del conde Oliverio de Charny.
—¿Por qué, señora? —preguntó respetuosamente el conde.
—Porque eso es una profecía de desgracia, caballero.
Andrea palideció al ver palidecer al conde.
Charny se inclinó sin contestar.
Pero al observar la mirada de su esposa, que parecía extrañarse de verle tan resignado, repuso:
—Es para mí una verdadera desgracia no saber *ya* cómo habla a la reina sin ofenderla.
Este *ya* se había acentuado como en el teatro acentúa las sílabas un actor hábil.
La reina tenía el oído demasiado ejercitado para no sorprender al paso la intención que Charny había dado a la palabra.
—*¡Ya!* —exclamó vivamente—. Y ¿qué significa ese *ya?*
—Según parece, también ahora he dicho mal —repuso sencillamente el señor de Charny.
Y  cruzó con Andrea una mirada que la reina interceptó esta vez.
Entonces palideció, y con los dientes oprimidos por la cólera repuso:
—La palabra es mala cuando la intención lo es.
—Y el oído es hostil —repuso Charny— cuando hostil es el pensamiento.
Y  después de esta réplica, más justa que respetuosa, guardó silencio.
—Para contestar —dijo la reina— esperaré a que el señor de Charny sea más feliz en sus ataques.
—Y yo —dijo Charny— esperaré, para atacar, a que la reina sea más dichosa de lo que ha sido desde hace algún tiempo en la elección de sus servidores.
Andrea cogió vivamente la mano de su esposo y se dispuso a salir con él.
Pero una mirada de la reina detuvo a la condesa.
—Pero, en fin —preguntó María Antonieta—, ¿qué tenía que decirme *vuestro esposo?*
—Quería decir a Vuestra Majestad que, enviado ayer a París por el rey, había observado en la ciudad una extraña fermentación.
—¡Otra vez! —exclamó la reina—. Y ¿con qué motivo? Los parisienses han tomado la Bastilla y están disponiéndose a demolerla. ¿Qué más quieren? Contestad, señor de Charny.
—Es verdad, señora —respondió el conde—, pero como no pueden comer piedras, dicen que tienen hambre.

—¡Que tienen hambre! —exclamó la reina—. Y ¿qué quieren que hagamos nosotros con eso?
—Hubo un tiempo, señora —repuso Charny—, en que la reina era la primera en participar de los dolores públicos y en aliviarlos; hubo un tiempo en que subía hasta las buhardillas de los pobres, y en que las oraciones de éstos se elevaban hasta el trono de Dios.
—Sí —contestó la reina con amargura—, y bien me han recompensado la compasión que manifesté por las miserias de los demás. ¿No es cierto? Una de mis mayores desgracias provino de haber subido a una de esas buhardillas.
—Porque Vuestra Majestad se ha engañado una vez —dijo Charny—, porque ha dispensado sus gracias y sus favores a una miserable, ¿acaso es permitido a la reina poner a toda la humanidad al nivel de una infame? ¡Ah, señora, señora! ¡Cómo os amaban en aquella época!
La reina dirigió a Charny una mirada iracunda.
—En fin —dijo—, ¿qué pasó ayer en París? No me habléis sino de las cosas que hayáis visto, pues quiero estar segura de la veracidad de vuestras palabras.
—¡Lo que he visto, señora! He visto a una parte de la población aglomerada en los muelles, esperando inútilmente la llegada de las harinas; y he visto a la otra formando cola a la puerta de las panaderías, esperando, en vano, el pan. Lo que he visto es un pueblo hambriento, maridos mirando tristemente a sus mujeres; madres que contemplaban entristecidas a sus hijos; he visto puños crispados y amenazadores, señalando a Versalles. ¡Ah, señora, señora! Temo mucho que esos peligros de que os hablaba, esa oportunidad de morir por Vuestra Majestad, dicha que mi hermano y yo reclamamos los primeros, no tardará mucho tiempo en presentarse.
La reina volvió la espalda a Charny con un movimiento de impaciencia, y apoyó su frente abrasada, aunque pálida, contra los cristales de una ventana que daba al patio de mármol.
Apenas había hecho este movimiento, viéronla estremecerse.
—Andrea —dijo—, venid a ver quién es ese jinete que nos llega. Parece portador de noticias muy urgentes.
Andrea se acercó a la ventana, pero casi al punto retrocedió un paso palideciendo.
—¡Ah, señora! —exclamó con tono de reconvención.
Charny se acercó vivamente a la ventana, pues había observado todo lo que acababa de pasar.
—Ese jinete —dijo, mirando a la reina y a Andrea— es el doctor Gilberto.
—¡Ah! Es cierto —dijo la reina, de tal modo que ni la misma Andrea pudiese adivinar si la soberana había llamado su atención en uno de esos accesos de venganza femenina a los que la pobre María Antonieta se entregaba algunas veces, o si fue porque sus ojos, debilitados por las veladas y las lágrimas, no reconocían ya a cierta distancia ni aun a los que tenía interés en reconocer.
Al punto reinó un silencio glacial entre los tres principales actores de aquella escena, cuyas miradas tan sólo continuaron preguntando y contestándose.
Efectivamente, Gilberto era quien llegaba para dar las siniestras noticias que Charny había previsto.

Sin embargo, aunque se hubiese apeado precipitadamente de su caballo, aunque subiese con rapidez la escalera, y aunque las tres cabezas inquietas de la reina, de Andrea y de Charny se hubiesen vuelto hacia la puerta de entrada, por la cual debía penetrar el doctor, esta última no se abrió.

Entonces se produjo en las tres personas una ansiosa inquietud de algunos minutos.

De repente, en el lado opuesto abrióse una puerta, y un oficial se adelantó.

—Señora —dijo—, el doctor Gilberto, que venía para hablar al rey de asuntos importantes y urgentes, solicita el honor de ser recibido por Vuestra Majestad, puesto que el soberano ha marchado a Meudon hace una hora.

—Que entre —exclamó la reina, fijando en la puerta una mirada firme, casi dura, mientras que Andrea, como si hubiera debido encontrar naturalmente un apoyo en su esposo, iba retrocediendo para apoyarse en el brazo del conde.

El doctor apareció en el umbral de la puerta.

## LII

## LA JORNADA DEL 5 DE OCTUBRE

Gilberto dirigió una mirada a los diferentes personajes que acabamos de presentar en escena, y, adelantándose respetuosamente hacia María Antonieta, le dijo:
—¿Me permitirá la reina, en ausencia de su augusto esposo, comunicarle las noticias de que soy portador?
—Hablad, caballero —dijo la reina—. Al veros venir tan rápidamente he llamado en mi auxilio toda mi energía, sospechando que traíais alguna funesta noticia.
—¿Hubiera preferido la reina que la sorprendiera? Advertida, y con su sano criterio y la fuerza de raciocinio que la caracterizan. Vuestra Majestad podrá salir al encuentro del peligro, y tal vez éste retrocederá entonces ante ella.
—Veamos, caballero, qué peligro es ése.
—Señora, siete u ocho mil mujeres han salido de París y vienen armadas a Versalles.
—¡Siete u ocho mil mujeres! —exclamó la reina con expresión desdeñosa.
—Sí; pero se han detenido en el camino, y tal vez sean quince o veinte mil al llegar aquí.
—Y ¿a qué vienen?
—Tienen hambre, señora, y vienen a pedir pan al rey.
La reina se volvió hacia Charny.
—¡Ay de mí, señora! —dijo el conde—. Ha sucedido lo que yo había previsto;
—¿Qué hacer? —preguntó María Antonieta.
—Avisar al rey la primera cosa —contestó Gilberto.
La reina se volvió vivamente.
—¡El rey! ¡Oh! ¡No! —exclamó la reina—. ¿De qué sirve exponerle?
Aquel grito, escapado del corazón de María Antonieta, más bien que proferido, ponía de manifiesto su valor, la confianza que en sí misma tenía, pero también revelaba una debilidad que no debía encontrar en su esposo, ni dar a conocer a personas extrañas.
Pero ¿eran extranjeros Charny y Gilberto?
No. Estos dos hombres, por el contrario, parecían elegidos por la Providencia: el uno para salvar a la reina, y el otro para defender al rey.
Charny contestó a la vez a la reina y a Gilberto. Recobraba todo su dominio sobre sí, porque había hecho el sacrificio de su orgullo.
—Señora —dijo—, el señor Gilberto tiene razón. Es preciso avisar al rey, porque aún es amado. Su Majestad se presentará a las mujeres, las arengará y las desarmará.
—Pero —preguntó la reina—, ¿quién se encargará de avisarle? El camino está cortado ya, sin duda alguna, y será empresa peligrosa.
—¿Está el rey en Meudon?
—Sí; y si, como es probable, los caminos...

—Dígnese Vuestra Majestad no ver en mí más que un soldado —interrumpió Charny sescillamente—. El soldado nace para sacrificarse.
Pronunciadas estas palabras no esperó la contestación ni oyó el suspiro de la reina. Bajó rápidamente, saltó a un caballo de los guardias y dirigióse a escape a Meudon, seguido de dos jinetes.
Apenas hubo desaparecido, contestando con una última señal al ademán de despedida que Andrea hacía por la ventana, un rumor lejano, semejante al mugido de las olas en un día de tempestad, llegó al oído de la reina. Este rumor parecía elevarse de los árboles más distantes del camino de París, y desde la habitación donde la reina se hallaba veíanse desarrollarse entre la bruma hasta las últimas casas de Versalles.
Muy pronto el horizonte comenzó a ser amenazador a la vista, como lo era al oído, y una lluvia blancuzca y menuda comenzó a cortar la niebla gris.
Sin embargo, a pesar de esta amenaza del cielo, Versalles se llenaba de gente.
Los emisarios llegaban al palacio unos tras otros. Cada cual señalaba una numerosa columna procedente de París, y todos pensaban en las alegrías y en los fáciles triunfos de los días precedentes, sintiendo en el corazón, los unos, como un remordimiento, y los otros una especie de terror.
Los soldados, inquietos y mirándose, cogían lentamente sus armas, semejantes a hombres ebrios que tratan de sacudir los vapores del vino, mientras que los oficiales, desmoralizados por la visible turbación de su gente y los murmullos de la multitud, respiraban con dificultad aquella atmósfera cargada de desgracias, que naturalmente les imputarían a ellos.
Por su parte, los guardias de corps, trescientos hombres, poco más o menos, montaban a caballo fríamente, con esa vacilación que se pinta en los militares cuando comprenden que se habrá de luchar contra enemigos cuyo ataque es desconocido.
¿Qué hacer contra mujeres que habían salido armadas y amenazadoras, pero que llegaban sin armas y no podían ni siquiera levantar los brazos por efecto del cansancio y del hambre?
Sin embargo, van a ocupar sus filas, desenvainan los sables y esperan.
Al fin, aparecen las mujeres, que llegan por dos caminos. A media distancia se habían separado, tomando unas la vía de Saint-Cloud, y las otras la de Sévres.
Antes de separarse se habían repartido ocho panes, todo lo que pudieron encontrar en Sévres.
¡Treinta y dos libras de pan para siete mil personas! Al llegar a Versalles, apenas podían tenerse en pie; más de tres cuartas partes de ellas habían dejado sus armas en el camino; pero, como ya hemos dicho, Maillard consiguió que las demás depositaran las suyas en las primeras casas de la ciudad.
Después, al entrar en Versalles, dijo:
—¡Vamos: para que no duden que somos amigos de la monarquía, cantemos el *Viva Enrique IV*!
Y con voz desfallecida, que apenas tenía suficiente fuerza para pedir pan, entonaron el cántico real.

Por eso el asombro fue grande en Palacio al oír cantos en vez de gritos y amenazas y, sobre todo, al ver que las cantantes, tambaleándose y vacilando, pues el hambre se parece a la embriaguez, llegaban hasta la verja y se cogían a las cancelas para apoyar en ellas sus rostros desencajados y lívidos, bañados en agua y sudor, miles de caras espantosas que parecían duplicarse y se confundían con las crispadas manos cogidas a lo largo de los barrotes.
Después, de vez en cuando, del seno de aquellos grupos fantásticos partían lúgubres alaridos y brillaban miradas como relámpagos entre aquellas figuras agonizantes.
Algunas veces, todas aquellas manos dejaban la barra que les servía de apoyo, y por los huecos se alargaban hacia el castillo.
Las más, abiertas y temblorosas, como pidiendo; las otras, crispadas y rígidas, como amenazando.
¡Oh! ¡Qué sombrío era aquel cuadro!
La lluvia y el lodo, por lo que hace al cielo y la tierra.
El hambre y la amenaza respecto a los sitiadores; la compasión y la duda para los sitiados.
Entretanto, Luis XVI era esperado por la reina, que, poseída de fiebre y de resolución, daba órdenes para la defensa. Poco a poco, los cortesanos, los oficiales y los altos funcionarios se han agrupado alrededor de la soberana.
En medio de ellos, aquélla vio al señor de Saint-Priest, ministro de París.
—Id a ver de una vez lo que esa gente quiere, caballero —le dijo la reina.
El señor de Saint-Priest baja, atraviesa el patio y acércase a la verja.
—¿Qué deseáis? —preguntó a las mujeres.
—¡Pan, pan, pan! —contestaron a la vez mil voces.
—¡Pan! —exclama el señor de Saint-Priest con impaciencia—. Cuando no teníais más que un amo no os faltaba nunca; ahora que tenéis doscientos, ya veis a qué os han reducido.
Y el señor de Saint-Priest se retira, en medio de los gritos de aquellas hambrientas, ordenando que se mantenga la verja cerrada.
Pero una diputación se adelanta, y ante ella será necesario abrirla.
Maillard se había presentado a la Asamblea en nombre de las mujeres, y obtuvo que el presidente, con una comisión de doce de aquéllas, hiciera una representación al rey.
En él momento mismo en que la diputación, con Mounier a la cabeza, sale de la Asamblea, el rey entra a galope por una puerta excusada.
Charny se había reunido con él en el bosque de Meudon.
—¡Ah! ¿Sois vos, caballero? —le preguntó el soberano—. ¿Es a mí a quien buscáis?
—Sí, señor.
—¿Qué ocurre? Parece que habéis venido muy deprisa.
—Señor, diez mil mujeres se hallan en este momento en Versalles; llegan de París, y piden pan.
El rey se encogió de hombros, pero más bien por un sentimiento de compasión que de indiferencia.

—¡Ay de mí! —exclamó—. Si yo tuviera pan, no esperaría a que ellas viniesen a Versalles para pedírmelo.
Y sin hacer ninguna otra observación, aunque dirigiendo una mirada dolorosa hacia el lado por donde se alejaba la caza, que debía interrumpir, añadió:
—Vamos a Versalles, caballero.
Y emprendió la marcha.
Acababa de llegar, como hemos dicho, cuando resonaron ruidosos gritos en la plaza de Armas.
—¿Qué es eso? —preguntó el rey.
—Señor —gritó Gilberto, entrando, pálido como un difunto—, son vuestros guardias, que, conducidos por el señor Jorge de Charny, atacan al presidente de la Asamblea Nacional y a la diputación que viene a presentarse a Vuestra Majestad.
—¡Imposible! —exclama el rey.
—¡Escuchad los gritos de los que asesinan! Ved, ved cómo todo el mundo huye.
—¡Mandad abrir las puertas! —exclama el rey—. Recibiré a la diputación.
—¡Pero, señor! —exclama la reina.
—Mandad abrir —dice Luis XVI—; los palacios de los reyes son lugar de asilo.
_¡Ay! —dijo María Antonieta—. Excepto tal vez para los reyes.

## LIII

## LA TARDE DEL 5 AL 6 DE OCTUBRE

Charny y Gilberto se precipitaron por la escalera.
—¡En nombre del rey! —grita el uno.
—¡En nombre de la reina! —grita el otro.
—Abrid las puertas —añaden los dos.
Pero esta orden no se ejecuta bastante deprisa para impedir que el presidente de la Asamblea Nacional sea derribado en el patio y pisoteado.
Y junto a él dos mujeres de la diputación han sido heridas.
Gilberto y Charny se precipitan. Aquellos dos hombres, salido el uno de la más elevada categoría de la sociedad, y el otro de la más ínfima, se han encontrado en el mismo medio.
El uno quiere salvar a la reina por amor a ésta; el otro quiere salvar al rey por amor a la monarquía.
Abiertas las verjas, las mujeres se han precipitado en el patio, arrojándose sobre las filas de los guardias y las de los soldados del regimiento de Flandes, a quienes amenazan, ruegan y acarician. ¡Cómo resistir a mujeres que imploran a los hombres en nombre de sus madres y de sus hermanas!
—¡Paso, señores, paso a la diputación! —grita Gilberto.
Y todas las filas se abren para que pase Mounier con las desgraciadas mujeres que deben presentar al rey.
Luis XVI, prevenido por Charny, que se ha adelantado, espera a la diputación en una cámara contigua a la capilla.
Mounier hablará en nombre de la Asamblea.
Luisa Chambry, aquella ramilletera, que tocaba el tambor, hablará en nombre de las mujeres.
Mounier dice algunas palabras al rey y le presenta a la joven ramilletera.
Esta última se adelanta un paso, y quiere hablar, pero solamente puede pronunciar estas palabras:
—¡Señor, pan!
Y cae desvanecida.
—¡Socorro! —grita el rey.
Andrea acude presurosa y presenta su frasquito de esencias al rey.
—¡Ah, señora! —dice Charny a la reina con tono de reconvención.
María Antonieta palidece y se retira a su aposento.
—Preparad los equipajes —dice—. El rey y yo marchamos a Rambouillet.
Entre tanto, la pobre ramilletera volvía en sí, y, al verse entre los brazos del rey, que le hacía aspirar la esencia, profirió un grito de vergüenza y quiso besarle la mano.
Pero el rey la detuvo.
—Hija mía —dijo—, permitidme abrazaros, pues bien merecéis la pena de que lo haga.
—¡Oh señor, señor! Puesto que sois tan bueno —dijo la joven—, dad la orden.

—¿Qué orden? —preguntó el rey.

—La orden de que vengan los trigos para que cese el hambre.

—Hija mía —contestó el rey—, yo firmaré la orden que me pedís; pero temo que os sirva de muy poca cosa.

Luis XVI fue a sentarse a una mesa, y comenzaba a escribir, cuando de pronto resonó una detonación aislada, seguida de un nutrido fuego.

El tiro de fusil había sido disparado por un hombre del pueblo, y la bala fracturó el brazo al señor de Savonniéres, teniente de los guardias, en el momento de levantarlo para castigar a un joven soldado refugiado tras de una barraca, el cual extendía los suyos, sin armas, para proteger a una joven que estaba de rodillas detrás de él.

A la detonación han contestado cinco o seis tiros de carabina de los guardias.

Dos balas habían tocado en el blanco, y acababa de caer una mujer muerta; mientras que otra ha sido herida gravemente.

El pueblo contesta, y a su vez dos guardias de corps caen de sus caballos.

En el mismo instante, los gritos de «¡Paso, paso!» se oyen a lo lejos: son los hombres del arrabal de San Antonio que llegan arrastrando tres cañones, los cuales sitúan en batería frente a la verja.

Por fortuna, la lluvia cae a torrentes; inútilmente se aproxima la mecha a la luz, pues la pólvora mojada no se inflama.

En aquel momento, una voz murmura a oídos de Gilberto:

—El general Lafayette llega y está ya tan sólo a media legua de aquí.

El doctor mira inútilmente para ver quién le ha dado el aviso; pero de dondequiera que venga, es bueno.

Paseando la mirada a su alrededor, ve un caballo sin jinete: es de uno de los guardias que acaban de matar.

Gilberto monta de un salto, y parte a galope en dirección a París.

El segundo caballo sin jinete quiere seguirle; mas, apenas ha dado veinte pasos por la plaza, es detenido por la brida. Gilberto cree que se adivina su intención, que se trata de perseguirle, y, volviendo la cabeza, dirige una mirada tras sí, sin dejar de alejarse.

No se piensa en tal cosa: tienen hambre; quieren comer, y se mata el caballo a cuchilladas.

El animal cae, y en un momento le hacen pedazos.

Entretanto, alguno ha ido a decir al rey, como a Gilberto:

—El señor de Lafayette llega.

Luis XVI acababa de firmar a Mounier la aceptación de los *Derechos del Hombre;* y a Luisa Chambry la orden para que viniesen los cereales.

Provistos de este decreto y de esta orden, que debían calmar todos los ánimos, según se pensaba, Maillard, Luisa Chambry y unas mil mujeres tomaron de nuevo el camino de París.

En las primeras casas de la ciudad encontraron a Lafayette, que, instado por Gilberto, llegaba a la carrera, conduciendo la guardia nacional.

—¡Viva el rey! —gritaron Maillard y las mujeres, elevando los decretos sobre sus cabezas.

—¿Qué hablabais, pues, de los peligros que Su Majestad corre? —preguntó Lafayette asombrado.
—Venid, general, venid —exclamó Gilberto—, vos mismo juzgaréis.
Lafayette continúa su marcha, y la guardia nacional entra en Versalles a tambor batiente.
A los primeros redobles que se oyen en Versalles, el rey siente que le tocan respetuosamente en el brazo.
Vuelve la cabeza y ve a la condesa de Charny.
—¡Ah! ¡Sois vos, señora! ¿Qué hace la reina?
—Señor, la reina os suplica que marchéis sin aguardar a los parisienses. A la cabeza de vuestros guardias y soldados del regimiento de Flandes pasaréis por todas partes.
—¿Opináis así, señor de Charny? —preguntó el rey.
—Sí, señor, si de paso atravesáis la frontera: si no...
—¿Qué?
—Será mejor quedarse.
El rey movió la cabeza y se quedó, no porque tuviese valor para ello, sino porque no tenía fuerza para marchar.
Y murmuró en voz muy baja:
—¡Un rey fugitivo! ¡Un rey fugitivo!
Y, volviéndose hacia Andrea, añadió:
—Id a decir a la reina que marche sola.
Andrea salió para cumplir con la orden.
Cinco minutos después, la reina entró y colocóse junto al rey.
—¿A qué venís aquí, señora? —preguntó Luis XVI.
—A morir con vos, caballero —contestó la reina.
—¡Ah! —murmuró Charny—. Ahora es cuando está verdaderamente hermosa.
La reina se estremeció, pues había oído.
—Creo, en efecto —dijo mirándole—, que mejor sería morir que vivir.
En aquel momento, la guardia nacional tocaba los tambores debajo de las ventanas mismas del palacio.
Gilberto entró vivamente.
—Señor —dijo el rey—, Vuestra Majestad no tiene nada que temer, porque el general Lafayette está abajo.
Al rey no le agradaba el general; pero se contentaba con no quererle.
La reina, por el contrario, le odiaba francamente y no ocultaba su adversión.
De aquí resultó que Gilberto no recibió contestación, aunque la noticia que daba era, en su concepto, una de las más felices que podía comunicar.
Pero Gilberto no era hombre que pudiera intimidarse por el silencio de los reyes.
—¿Me ha oído Vuestra Majestad? —preguntó con tono firme—. El señor Lafayette está abajo, y se pone a las órdenes de Vuestra Majestad.
La reina permanecía muda.
El rey hizo un esfuerzo y contestó: « —Que vayan a darle gracias y que le inviten de mi parte a subir.
Un oficial se inclinó y salió.

La reina retrocedió tres pasos, como para retirarse; pero un ademán casi imperativo del rey la detuvo.
Los cortesanos se formaron en dos grupos.
Charny y Gilberto permanecieron junto al rey.
Todos los demás, retrocediendo como la reina, se colocaron detrás de ella. Entonces se oyó el paso de un solo hombre, y el general Lafayette apareció en el umbral de la puerta.
En medio del silencio que se produjo a su vista, una voz que salía del grupo de la reina pronunció estas tres palabras:
—Ahí está Cromwell.
Lafayette sonrió.
—Cromwell —dijo— no hubiera ido solo a ver a Carlos I.
Luis XVI se volvió hacia aquellos terribles amigos que convertían en adversario suyo al hombre que acudía en su auxilio.
Después dijo a Charny:
—Conde, yo me quedo; pues hallándose aquí el señor de Lafayette, nada tengo que temer. Decid a las tropas que se retiren a Rambouillet; la guardia nacional prestará el servicio exterior, y los guardias de corps, el del interior del palacio.
Y volviéndose hacia Lafayette, añadió: —Venid, general: deseo hablaros.
Y como Gilberto diera un paso para retirarse, le dijo: —No estáis de sobra, doctor: venid también.
Y, mostrando el camino a Lafayette y a Gilberto, entró en un gabinete con aquéllos.
La reina le siguió hasta que la puerta se hubo cerrado.
—Ah! —exclamó—. Hoy era cuando debíamos haber huido. Hoy era tiempo todavía; mañana tal vez será demasiado tarde.
Y salió a su vez para entrar en sus habitaciones.
Sin embargo, un inmenso resplandor, semejante al de un incendio, se reflejaba en los cristales del palacio.
Era una gran hoguera, donde se asaban los cuartos del caballo muerto.

## LIV

## LA NOCHE DEL 5 AL 6 DE OCTUBRE

La noche fue bastante tranquila: la Asamblea estuvo en sesión permanente hasta las tres de la madrugada.

A esta hora, antes de separarse sus individuos, envió dos de sus ujieres para recorrer Versalles, visitar las inmediaciones del palacio y dar la vuelta al parque.

Todo estaba, o parecía estar, tranquilo.

La reina quiso salir, a eso de las doce de la noche, por la verja de Trianón; pero la guardia nacional rehusó dejarla pasar.

Y como alegara temores, contestáronle que estaba más segura en Versalles que en ninguna otra parte.

En su consecuencia, se retiró a sus habitaciones, y, en efecto, allí pudo tranquilizarse al verse protegida por sus más fieles guardias.

A su puerta se encontró a Jorge de Charny; estaba armado, y apoyábase en la carabina corta que los guardias usaban, así como los dragones: esto era contra las costumbres, pues los guardias del interior de palacio no hacían centinela más que con sus sables.

La reina se acercó a él.

—¡Ah! ¿Sois vos, barón? —dijo,

—Sí, señora.

—¿Siempre fiel?

—¿No estoy en mi puesto?

—Y ¿quién os lo ha señalado?

—Mi hermano, señora.

—¿Dónde está vuestro hermano?

—Junto al rey.

—¿Por qué junto al rey?

—Porque es el jefe de la familia, según ha dicho, y porque, en calidad de tal, tiene derecho a morir por el rey, que es jefe del Estado.

—Sí —dijo María Antonieta, con cierta amargura—. Mientras que vos no tenéis derecho de morir sino por la reina.

—Será un gran honor para mí, señora —dijo el joven inclinándose—, si Dios permite que alguna vez cumpla con este deber.

La reina dio un paso para retirarse, pero una sospecha penetró en su corazón.

Detúvose, y, volviendo a medias la cabeza, preguntó:

—¿Y... la condesa? ¿Qué ha sido de ella?

—La condesa, señora, entró hace diez minutos, y ha ordenado que coloquen un lecho en la antecámara de Vuestra Majestad.

La reina se mordió los labios.

Bastaba que se tratase de cualquier cosa de la familia de Charny, para que no se pudiera encontrar falta.

—Gracias, gracias, caballero —dijo la reina, haciendo, con la cabeza y la mano a la vez, un ademán encantador—. Daréis gracias a vuestro hermano por lo bien que se cuida del rey.

Y, pronunciadas estas palabras, entró en su habitación. En la antecámara encontró a Andrea, no echada, sino de pie, respetuosa y esperando.

No pudo menos de ofrecerle su mano.

—Acabo de dar las gracias a vuestro cuñado Jorge, condesa —dijo—, y le he encargado que las transmita a vuestro esposo, así como os las doy a vos.

Andrea hizo una reverencia y se apartó para que pasase la reina, que entró en su habitación.

No dijo a Andrea que le siguiese, pues aquella fidelidad, en que ya no existía el afecto y que, por helada que fuera, se ofrecía, sin embargo, hasta la muerte, causábale malestar.

Así, pues, a las tres de la madrugada, como ya hemos dicho, todo estaba tranquilo.

Gilberto había salido del palacio con el general Lafayette, que, a causa de haber estado a caballo doce horas, desfallecía de fatiga. A la puerta se encontró a Billot, llegado con la guardia nacional: había visto marchar a Gilberto, y, pensando que éste podría necesitarle, había venido a reunirse con él, como el perro lo hace con el amo que ha marchado solo.

A las tres, según hemos dicho, todo estaba tranquilo, y la misma Asamblea, tranquilizada por los informes de sus ujieres, se había retirado.

Esperábase que aquella tranquilidad no se turbaría.

Pero se esperaba mal.

En casi todos los movimientos populares que preparan las grandes revoluciones hay un tiempo de espera, durante el cual se cree que todo ha concluido y que se puede dormir tranquilamente.

Pero se engañan.

Detrás de los hombres que hacen los primeros movimientos hay otros que esperan que se hayan ejecutado, y que, cansados o satisfechos, en uno u otro caso, y no queriendo ir más lejos, dejan descansar a los que los practicaron.

Entonces es cuando, a su vez, aquellos hombres desconocidos, misteriosos agentes de fatales pasiones, se deslizan en las tinieblas, vuelven a comenzar el movimiento donde quedó abandonado, y avanzan hasta los últimos límites, espantando a los que les habían abierto el camino y que se quedaron a la mitad de él, creyendo que ya estaba conseguido el objeto.

Hubo un impulso muy distinto durante aquella noche terrible, comunicado por dos fuerzas llegadas a Versalles, la una por la tarde y la otra por la noche.

La primera venía porque tenía hambre, y pedía pan.

La segunda llegaba bajo el impulso del odio, y pedía venganza.

Ya sabemos que la primera fuerza era conducida por Maillard y Lafayette.

¿Quién mandaba la segunda? La historia no cita ningún nombre; pero, a falta de historia, la tradición nos da el de Marat.

¡Marat!

Ya le conocemos; le hemos visto en las fiestas del matrimonio de María Antonieta, cortando piernas en la plaza de Luis XV y, más tarde, le vimos

igualmente en la plaza de la Casa Ayuntamiento, impeliendo a los ciudadanos hacia la Bastilla.
Por último, le vemos deslizándose durante la noche, como esos lobos que rondan alrededor de los rebaños de carneros, esperando a que el pastor se halle dormido para emprender su sangrienta obra.
¡Verriére!
Citamos por primera vez este nombre: era el de un enano deforme; un jorobado repugnante, con las piernas desmesuradamente largas.
En cada tormenta que removía el fondo de la sociedad veíase al sangriento pigmeo subir con la espuma y agitarse en la superficie. Dos o tres veces, en las épocas terribles, se le vio pasar por París agachado sobre un caballo negro, semejante a una figura del Apocalipsis o a uno de esos diablos inverosímiles, nacidos bajo el lápiz de Callot, para tentar a San Antonio.
Cierto día, en un club, y subido en una mesa, atacó, amenazó y acusó a Danton: era la época en que comenzaba a decaer la popularidad del hombre del 2 de septiembre; y, bajo aquel venenoso ataque, Danton se sintió perdido, como el león que ve a dos dedos de sus labios la repugnante cabeza de la serpiente. Miró a su alrededor, como si buscase un arma con la cual defenderse o un apoyo, y, por fortuna, vio otro jorobado; cogióle al punto por los hombros, y, levantándole, colocóle sobre la mesa, frente a su cofrade.
—Amigo mío —le dijo—, contestad a ese caballero; os cedo la palabra.
Todos se echaron a reír, y Danton se salvó.
Al menos por aquella vez.
Había, pues, según la tradición, tres jefes: Marat, Verriére y el duque de Aiguillon.
El duque de Aiguillon, es decir, uno de los primeros enemigos de la reina.
Y el duque de Aiguillon iba disfrazado de mujer. ¿Quién ha dicho esto? Todo el mundo.
El abate Delille y el abate Maury, esos dos sacerdotes que tan poco se parecen.
Se han atribuido al primero estos famosos versos:

*Como hombre, es un cobarde;*
*Como mujer, asesino.*

En cuanto al abate Maury, era otra cosa.
Quince días después de los acontecimientos que referimos, el duque de Aiguillon le encontró en el terrado de los Feuillans, y quiso hablarle.
—Pasa de largo, puerco —le dijo el abate Maury.
Y se alejó del duque majestuosamente.
Ahora bien: se dice qué estos tres hombres llegaron a Versalles a eso de las cuatro de la madrugada, y que conducían las segundas fuerzas de que hemos hablado.
Se componían de aquellos que llegan después de los que combaten para vencer.
Iban para entregarse al saqueo y asesinar.
Ahora bien: ya habían asesinado un poco en la Bastilla, pero sin saquear.
Y Versalles ofrecía un magnífico desquite.

A eso de las cinco y media de la mañana, los habitantes del palacio se estremecieron en medio de su plácido sueño.
Acababa de resonar un tiro en el patio de Mármol.
Quinientos o seiscientos hombres se habían presentado de pronto en la verja, y, excitándose y animándose, empujábanse unos a otros y acababan de escalar la verja, mientras que algunos la forzaban.
Entonces fue cuando el tiro del centinela dio la señal de alarma. Uno de los sitiadores había caído muerto; su cadáver estaba tendido en tierra.
Aquel tiro ha cruzado por el grupo de los saqueadores, que buscan, unos, la plata del palacio, y otros, tal vez, hasta la corona del rey.
Cortado como por un poderoso hachazo, el grupo se divide en dos.
Uno de ellos se dirige hacia la habitación de la reina; el otro sube hacia la capilla, es decir, en dirección a los aposentos del rey.
Sigamos primeramente a este último.
¿Habéis visto cómo sube la ola en las grandes mareas? Pues bien: la ola popular se le parece, con la diferencia de que avanza siempre, sin retroceder.
Toda la guardia del rey se compone, en aquel momento, del centinela, que guarda la puerta, y de un oficial que sale precipitadamente de las antecámaras, armado de una alabarda, arrancada de manos del suizo, espantado.
—¡Quién vive! —grita el centinela—. ¡Quién vive!
Y como no recibe contestación, y la oleada sube siempre, grita por tercera vez:
—¡Quién vive!
Y se echa el fusil a la cara.
El oficial comprende lo que resultará si se oye el ruido de una detonación en las habitaciones. Aparta el fusil, precipítase al encuentro de los sitiadores, e intercepta el paso de la escalera con su alabarda.
—¡Señores, señores! —grita—. ¿Qué deseáis? ¿Qué pedís?
—Nada, nada —contestan algunas voces, con tono burlón—. ¡Vamos! Dejadnos pasar, que somos buenos amigos del rey.
—¡Sois buenos amigos de Su Majestad, y le traéis la guerra!
Esta vez no hubo más contestación que una carcajada siniestra.
Un hombre coge el mango de la alabarda, que el oficial no quiere soltar, y, para obligarle, el hombre le muerde la mano.
El oficial arranca la alabarda de la diestra de su enemigo y, con el mango, de encina, descarga tan furioso golpe sobre la cabeza de su contrincante, que le parte el cráneo; pero la violencia ha sido tal, que el arma queda dividida en dos.
Entonces el oficial tiene dos armas en vez de una: un palo y un puñal.
Con el palo hace el molinete, y con el puñal hiere. Entretanto el centinela abre la puerta de la antecámara y pide auxilio.
Cinco o seis guardias salen al punto. —¡Señores, señores! —dice el centinela—. ¡Auxilio al señor de Charny, auxilio!
Los sables, desenvainados, brillan un momento a la luz de la lámpara que arde en lo alto de la escalera, y a derecha e izquierda de Charny descargan furiosos golpes sobre los sitiadores.

Entonces se oyen gritos de dolor. La sangre brota por todas partes, y la oleada retrocede, rodando sobre los escalones, que, así descubiertos, aparecen rojos y resbaladizos.
La puerta de la antecámara se abre por tercera vez, y el centinela grita:
—¡Entrad, señores: el rey lo ordena! Los guardias se aprovechan de aquel momento de confusión de la multitud y se precipitan hacia la puerta, siendo Charny el último que entra, cerrando aquéllas después con los dos cerrojos grandes.
Mil golpes se descargan a la vez contra la puerta; pero se han acumulado detrás banquetes, mesas y taburetes, y resistirá bien durante diez minutos. ¡Diez minutos!
En este tiempo, algún refuerzo llegará. Veamos qué sucede en las habitaciones de María Antonieta.
El segundo grupo se ha precipitado hacia ellas; pero la escalera es muy estrecha y apenas pueden pasar dos personas de frente por el corredor. Allí vela Jorge de Charny.
Y como el tercer *¡quién vive!* no recibe contestación, hace fuego.
Al ruido de la detonación, la puerta de la reina se abre.
Y Andrea asoma la cabeza, pero con expresión tranquila.
—¿Qué hay? —pregunta.
—Señora —exclama Jorge—, salvad a Su Majestad, pues su vida es lo que quieren. Yo estoy solo aquí contra mil, pero no importa, pues resistiré cuanto tiempo sea posible. ¡Apresuraos, apresuraos!
Y como los sitiadores se precipitan sobre él, cierra la puerta gritando:
—¡Echad el cerrojo! Yo viviré lo bastante para dar a la reina tiempo de levantarse y huir.
Y, al volverse, atraviesa con su bayoneta a los dos primeros que encuentra en el corredor.
La reina lo ha oído todo, y cuando Andrea entra en su habitación la encuentra ya de pie.
Dos de sus doncellas, las señoras Hogué y Thibault, la visten apresuradamente.
Después, a medio vestir, las dos mujeres la empujan hacia la habitación del rey por un pasillo secreto, mientras que, siempre tranquila y como indiferente a su propio peligro, Andrea corre uno tras otro los cerrojos de cada puerta que franquea para seguir los pasos de la reina.

## LV

## LA MAÑANA

Un hombre esperaba a la reina en el límite de las dos habitaciones.

Aquel hombre era Charny, cubierto de sangre. —¡El rey! —exclamó María Antonieta al ver las ropas enrojecidas del joven—. ¡El rey, caballero! Me habéis prometido salvarle.

—El rey está salvado, señora.

Y clavando la mirada a través de las puertas, que la reina había dejado abiertas para llegar a la estancia de su esposo, donde se hallaban reunidos en aquel momento el Delfín, madame Royale y algunos guardias, disponíase a preguntar dónde estaba Andrea, cuando su mirada se encontró con la de la reina.

Esto detuvo la palabra en sus labios.

Pero la mirada de la reina penetraba profundamente en el corazón de Charny.

No tuvo necesidad de hablar, pues María Antonieta adivinó su pensamiento.

—Ya viene —dijo—, estad tranquilo.

Y corrió hacia el Delfín, a quien cogió en sus brazos.

En efecto: Andrea cerraba la última puerta y entraba a su vez en la cámara.

Andrea y Charny no cruzaron una sola palabra, la sonrisa del uno contestó a la del otro, y no hubo más.

¡Cosa extraña! Aquellos dos corazones, tan largo tiempo separados, comenzaban a latir uno por otro.

Entretanto, la reina miraba a su alrededor; *y* como si se alegrase de coger a Charny en falta, preguntó:

—¿Y el rey? ¿Dónde está el rey?

—Ahora os busca, señora —contestó tranquilamente Charny—. Ha ido a vuestra habitación por un corredor, mientras que vos veníais por el otro.

En el mismo instante se oyeron ruidosos gritos en la habitación inmediata.

Eran los asesinos, que vociferaban: «¡Muera la austriaca! ¡Muera la Mesalina! ¡Abajo el Veto! ¡Es preciso ahorcar a la austriaca!»

Al mismo tiempo oyéronse dos pistoletazos, y dos balas atravesaron la puerta a diferentes alturas.

Uno de los proyectiles pasó rozando la cabeza del Delfín y fue a hundirse en el artesonado.

—¡Oh Dios mío, Dios mío! —exclamó la reina cayendo de rodillas—. ¡Todos moriremos!

A una señal de Charny, los cinco o seis guardias formaron con sus cuerpos como un muro delante de la reina y de sus hijos.

En aquel momento, el rey apareció con los ojos llenos de lágrimas y el rostro pálido. Llamaba a la reina como ésta le llamó antes.

Al verla, se lanzó en sus brazos.

—¡Salvado, salvado! —exclamó María Antonieta.

—Por él —repuso el rey, mostrando a Charny—, y vos también salvada, ¿no es verdad?

—Por su hermano —contestó la reina.
—Caballero —dijo Luis XVI al conde—, debemos mucho a vuestra familia, demasiado, para que podamos pagarlo jamás.
La reina cruzó su mirada con la de Andrea y volvió la cabeza ruborizándose.
Los golpes de los sitiadores comenzaban a resonar en la puerta.
—Vamos, señores —dijo Charny—, es preciso resistir aquí una hora. Somos siete, y bien tardarán una hora en matarnos si nos defendemos como es debido. De aquí a una hora es imposible que Sus Majestades no reciban algún auxilio.
Y, al decir estas palabras, Charny cogió un gran armario que estaba en un ángulo de la cámara real.
Los demás siguieron el ejemplo, y muy pronto hubo un montón de muebles hacinados, a través de los cuales los guardias formaron una especie de troneras para hacer fuego.
La reina cogió en brazos a sus dos hijos, y, elevando ambas manos sobre sus cabezas, oró.
Los niños sofocaron sus gemidos y sus lágrimas. El rey entró en el gabinete contiguo a la cámara a fin de quemar algunos documentos preciosos que deseaba librar de manos de los sitiadores.
Estos últimos se lanzaron contra la puerta, y a cada momento se veía saltar alguna astilla bajo el golpe de un hacha o el impulso de una barra.
Por las aberturas practicadas, las puntas de las picas y las bayonetas ensangrentadas pasaban y repasaban, tratando de dar la muerte.
Al mismo tiempo, las balas agujereaban la dorada techumbre sobre la barricada.
Al fin, una banqueta cayó desde lo alto del armario, llevándose un fragmento del mismo; todo un tablero de la puerta que el mueble cubría cayó abajo, y se vieron por la abertura-ensanchada, en vez de bayonetas y de picas, brazos ensangrentados que se cogían a las aberturas, cada vez más grandes.
Los guardias habían quemado ya hasta su último cartucho, y no inútilmente, pues a través de aquella abertura, cada vez mayor, se podía ver el suelo de la galería cubierto de heridos y de cadáveres.
A los gritos de las mujeres, que por aquella abertura creían ver entrar ya la muerte, el rey volvió.
—Señor —dijo Charny—, encerraos con la reina en el gabinete más lejano; cerrad todas sus puertas, y dos de nosotros nos pondremos de centinela. Deseo guardar la última puerta y respondo de dos horas, pues han tardado más de cuarenta minutos en hundir ésta.
El rey vacilaba, porque le parecía humillante huir así de una habitación en otra y atrincherarse detrás de cada tabique.
Si no hubiera sido por la reina, no habría retrocedido un paso.
Y si la reina no hubiese tenido sus hijos, habría permanecido firme junto al rey.
Pero ¡ay, pobres humanos! Reyes o súbditos, siempre tenemos en el corazón una abertura secreta por la que se escapa la osadía y penetra el terror.
El rey, pues, iba a dar la orden de huir al gabinete más lejano, cuando de pronto los brazos se retiraron.
Las picas y las bayonetas desaparecieron, y los gritos y las amenazas cesaron.

Hubo un instante de silencio, durante el cual todos permanecieron inmóviles, con el oído atento y conteniendo la respiración.
Después se oyó el paso cadencioso de una tropa regular.
—¡Es la guardia nacional! —gritó Charny.
—¡Caballero Charny, caballero Charny! —gritó una voz.
Al mismo tiempo, el rostro bien conocido de Billot apareció por la abertura.
—¡Billot! —exclamó Charny—. ¿Sois vos, amigo mío?
—Sí, yo soy. ¿Dónde están el rey y la reina?
—Aquí.
—¿Sanos y salvos?
—Sanos y salvos.
—¡Loado sea Dios! ¡Señor Gilberto, señor Gilberto! ¡Por aquí!
Al oír este nombre, dos corazones de mujer se estremecieron de una manera muy diferente.
El corazón de la reina y el de Andrea.
Charny se volvió instintivamente, y vio palidecer a su esposa y a la reina al oír aquel nombre.
Y, moviendo la cabeza, suspiró.
Los guardias de corps, precipitándose al punto, derribaron los restos de la barricada.
Entretanto, oíase la voz de Lafayette gritando:
—Señores de la guardia nacional parisiense: he dado ayer al rey mi palabra de que no se haría daño alguno a nada de cuanto pertenece a Su Majestad. Si dejáis asesinar a los guardias, me haréis faltar a mi promesa, y ya no me creeré digno de ser vuestro jefe.
Cuando la puerta se abrió las dos primeras personas que entraron fueron Lafayette y Gilberto; un poco a la izquierda estaba Billot, muy satisfecho de la parte que acababa de tomar en la salvación del rey.
Billot era quien había ido a despertar a Lafayette.
Detrás del general, Gilberto y Billot hallábase el capitán Gondran, que mandaba la compañía del centro de San Felipe de Roule.
Madame Adelaida fue la primera en salir al encuentro de Lafayette, y estrechóle entre sus brazos con el agradecimiento del terror.
—¡Ah, caballero! —exclamó—. Vos sois quien nos ha salvado.
El general se adelantó respetuosamente para franquear el umbral de la cámara; pero un oficial le detuvo.
—Dispensad, caballero: debéis decirme si tenéis derecho para entrar.
—Si no lo tiene —dijo el rey, ofreciendo la mano al general—, yo se lo otorgo.
—¡Viva el rey!. ¡Viva la reina! —gritó Billot.
El rey se volvió sonriendo.
—He ahí una voz —dijo— que reconozco.
—Sois muy bueno, señor —respondió el honrado Billot—. Sí, sí, es la voz que oísteis en el viaje a París. ¡Ah, si hubieseis permanecido allí en vez de volver!
La reina frunció el ceño.
—¡Sí, como son tan amables los parisienses!

—Y bien, caballero —preguntó el rey al general, como si quisiera decir: «¿Que se ha de hacer, en vuestra opinión?»
—Señor —contestó Lafayette—, creo que convendría que Vuestra Majestad saliera al balcón.
El rey interrogó a Gilberto, pero solamente con la mirada, y después abrió el balcón sin vacilar y presentóse.
En el mismo instante resonó un ruidoso grito, un grito unánime.
—¡Viva el rey! Pero después se oyó otro. —¡El rey a París!
Y entre aquellos dos gritos, predominando algunas veces, oíanse otros que decían: —¡La reina, la reina!
Al oír este grito, todos se estremecieron; el rey palideció, y también Charny y el mismo Gilberto. La reina levantó la cabeza.
Pálida ella también, con los labios oprimidos y las cejas fruncidas, hallábase cerca del balcón; madame Royale se apoyaba en ella, y delante tenía el Delfín, sobre cuya rubia cabeza se crispaba su mano blanca como el mármol.
—¡La reina, la reina! —siguieron gritando las voces, cada vez más formidables.
—El pueblo desea veros, señora —dijo Lafayette.
—¡Oh! No vayáis, madre mía —dijo madame Royale, abrazándose al cuello de la reina. María Antonieta miró a Lafayette.
—No temáis nada, señora —dijo éste.
—Pero ¿yo sola? —preguntó la reina.
El general sonrió, y respetuosamente, con esos modales encantadores que había conservado hasta en la vejez, separó a los dos niños de su madre, e hízolos salir los primeros al balcón.
Después, ofreciendo su mano a la reina, dijo:
—Dígnese Vuestra Majestad fiarse de mí: yo respondo de todo.
Y a su vez condujo a la reina al balcón.
Terrible espectáculo era y propio para inspirar terror aquel patio de Mármol transformado en un mar de cabezas humanas, lleno de oleadas mugidoras.
Al ver a la reina, un grito inmenso partió de toda aquella multitud; pero no se hubiera podido decir si era de amenaza o de alegría.
Lafayette besó la mano a la reina, y entonces resonaron los aplausos.
Y era que en aquella noble nación francesa hasta en las venas más ordinarias circula sangre caballerosa.
La reina respiró.
—¡Extraño pueblo! —murmuró. Y, estremeciéndose de pronto, preguntó al general: —¿Y mis guardias, caballero? ¿Y mis guardias, que me han salvado la vida? ¿No podéis hacer nada en su favor?
—Presentadme uno, señora —dijo Lafayette.
—¡Señor de Charny, señor de Charny! —gritó la reina.
Pero Charny retrocedió un paso, comprendiendo de qué se trataba.
No siendo culpable, no necesitaba justificarse. Andrea, por su parte, había sentido la misma impresión, alargando la mano hacia Charny para detenerle.
Su mano se encontró con la del conde, y ambas se estrecharon.
La reina lo vio, ella, que tantas cosas tenía que ver, sin embargo, en aquel momento.

Sus ojos chispearon, y, con el seno palpitante y la voz alterada por la cólera, dirigió la palabra a otro guardia, diciéndole:
—Caballero, venid: yo os lo mando. El guardia obedeció.
Verdad es que no tenía los mismos motivos que Charny para vacilar.
Lafayette atrajo al guardia al balcón, puso en el sombrero de aquél su propia escarapela tricolor, y le abrazó.
—¡Viva Lafayette! ¡Vivan los guardias de corps! —gritaron cincuenta mil personas.
Algunas, sin embargo, dejaron oír ese murmullo sordo que es la última amenaza de la tempestad que se aleja. Pero fueron ahogadas por la aclamación universal.
—Vamos —dijo Lafayette—, todo ha concluido, y ya vuelve el buen tiempo.
Y, retirándose del balcón, añadió: —Mas para que no se perturbe de nuevo, señor, se ha de hacer el último sacrificio.
—Sí —dijo el rey pensativo—, abandonar Versalles, ¿no es verdad?
—Venir a París, sí, señor.
—Caballero —repuso el rey—, podéis anunciar al pueblo que a la una marcharemos a París la reina, yo y mis hijos.
Y, volviéndose hacia la reina, añadió:
—Señora, pasad a vuestra habitación para prepararos.
Esta orden del rey recordó, al parecer, a Charny algo como un acontecimiento importante que había olvidado, y se adelantó a la reina precipitadamente.
—¿Qué vais a hacer en mis habitaciones, caballero? —preguntó la reina con dureza—. No tenéis necesidad de entrar en ellas.
—Lo deseo muy vivamente, señora —dijo Charny—, y podéis estar tranquila. Aunque no tengo realmente necesidad de entrar, no permaneceré allí bastante tiempo para molestar a Vuestra Majestad.
La reina le siguió. En el suelo había manchas de sangre. María Antonieta las vio, cerró los ojos, y buscando un brazo para guiarse tomó el de Charny, con el cual avanzó a ciegas.
De repente, sintió que el conde se estremecía.
—¿Qué hay, caballero? —preguntó, abriendo los ojos.
Y exclamó al punto:
—¡Un cadáver, un cadáver!
—Vuestra Majestad me dispensará —dijo Charny, dejando el brazo de la reina—. He encontrado lo que venía a buscar en sus habitaciones: el cadáver de mi hermano Jorge.
En efecto: era el del desgraciado joven, a quien su hermano había ordenado que se dejase matar por la reina.
Y había obedecido puntualmente.

## LVI

## JORGE DE CHARNY

El relato de los acontecimientos que acabamos de referir se ha hecho ya de cien maneras diferentes; porque es, sin duda, uno de los más interesantes de aquel gran período transcurrido desde 1789 a 1795, y que se llama la revolución francesa.

Aún se hará ese relato de otras cien maneras; pero aseguramos, desde luego, que nadie lo habrá hecho con más imparcialidad que nosotros.

Pero después de todos esos relatos, incluso el nuestro, aún quedarán otros tantos que hacer, pues la historia no es nunca completa: cien mil testigos tienen cada cual su versión, y cien mil detalles diferentes ofrecen cada uno de por sí su interés y su poesía, por lo mismo que son diferentes.

Pero ¿de qué servirán todos los relatos, por verídicos que sean?

¿Ha instruido jamás al político ninguna lección de política?

¿Han tenido jamás las lágrimas, los relatos y la sangre de los reyes la fuerza de la simple gota de agua que socava las piedras?

No: las reinas han llorado. No: los reyes fueron asesinados, y esto sin que sus sucesores se aprovecharan nunca de la cruel instrucción dada por la fortuna.

Los hombres fieles y adictos prodigaron su abnegación sin que aprovecharan a las personas a quienes la fatalidad había destinado a la desgracia.

¡Ay de mí! Hemos visto a la reina tropezar casi con el cadáver de uno de esos hombres que los reyes que se van dejan ensangrentados en el camino recorrido en su caída.

Algunas horas después de haber proferido la reina el grito de espanto, y en el momento en que, con el rey y sus hijos, abandonaba Versalles, adonde no debía volver más, he aquí lo que pasaba en un pequeño patio interior, humedecido por la lluvia que el áspero viento del otoño comenzaba a secar.

Un hombre vestido de negro estaba inclinado sobre un cadáver.

Y en el lado opuesto veíase otro hombre, con el uniforme de los guardias y arrodillado.

A tres pasos de distancia permanecía en pie, con las manos crispadas y los ojos fijos, un tercer compañero.

El muerto era un joven de veintidós o veintitrés años, cuya sangre parecía haber escapado toda por profundas heridas en la cabeza y en el pecho, surcado de líneas sangrientas, y que, lívido ahora, parecía palpitar aún bajo la respiración convulsa de una defensa sin esperanza.

Su boca entreabierta, y su cabeza echada hacia atrás con una expresión de dolor y de cólera, recordaba aquella hermosa imagen del pueblo romano:

«Y la vida escapó con un profundo gemido hacia la mansión de las sombras.»

El hombre vestido de negro era Gilberto.

El oficial arrodillado era el conde.

El hombre de pie era Billot.

Y el cadáver era el del barón Jorge de Charny. Gilberto, inclinado sobre el cadáver, miraba, con esa sublime fijeza que en el moribundo detiene la vida próxima a escapar, y que en el muerto recuerda casi el alma que voló.
—¡Frío, rígido! ¡Está bien muerto! —murmuró, al fin.
El conde de Charny dejó escapar un ronco gemido, y estrechando entre sus brazos aquel cuerpo de Charny, prorrumpió en sollozos tan desgarradores, que el médico se estremeció, mientras que Billot ocultaba la cabeza en un ángulo del pequeño patio.
Después, de repente, el conde levantó el cadáver, apoyóle en la pared y se retiró poco a poco, mirando siempre a su hermano para ver si se levantaba y le seguía.
Gilberto permaneció con una rodilla en tierra, apoyada la cabeza en la mano, pensativo, espantado e inmóvil.
Billot se retiró de su rincón y dirigióse hacia Gilberto, pues ya no oía los gritos del conde, que le habían lacerado el corazón.
—¡Ah, ah señor Gilberto! —dijo—. He aquí lo que es la guerra civil, y lo que me habíais predicho; pero esto sucede más pronto de lo que yo creía y de lo que vos mismo pensabais. He visto esos *bribones* asesinar a hombres perversos; mas ahora los veo hacer lo mismo con personas honradas. He visto asesinar a Flesselles, al señor de Launay, a Foulon y a Berthier; me he estremecido, y los demás asesinatos me han horrorizado.
»Y, sin embargo, los hombres que mataban eran unos miserables. Entonces me predijisteis, señor Gilberto, que día llegaría en que viese matar a los hombres honrados.
»Han dado muerte al señor barón de Charny, y ya no me estremezco, sino que lloro; ya no me horrorizo de los demás, sino que tengo miedo de mí mismo.
—¡Billot! —exclamó Gilberto.
Pero, sin escuchar, Billot continuó:
—He ahí un pobre joven a quien han asesinado, señor Gilberto. Era un soldado, y ha combatido; pero no asesinaba.
Billot exhaló un suspiro que parecía salir de lo más profundo de su corazón.
—¡Ah! —murmuró—. A ese desgraciado le conocí niño aún; le veía pasar cuando iba desde Boursonne a Villers-Cotterets en su caballito gris, y llevaba pan a los pobres de parte de su madre. Era un hermoso niño, blanco y sonrosado, con grandes ojos azules: siempre se reía.
«Pues bien: es extraño, desde que le he visto ahí tendido, sangriento y desfigurado, ya no es un cadáver lo que vuelvo a ver; es siempre el mismo niño risueño que llevaba en el brazo izquierdo una cesta, y en la derecha su bolsa.
»¡Ah, señor Gilberto! A decir verdad, creo que ya basta con esto, y no deseo ver más, pues me lo habéis pronosticado, y llegará el caso de que os vea morir también, y entonces...
Gilberto movió la cabeza suavemente.
—Billot —dijo—, tranquilízate: mi hora no ha llegado aún.
—Sea; pero la mía sí, doctor. Tengo allí abajo mieses que se han perdido; tierras que están sin cultivar, y una familia a quien amo, diez veces más aún al ver ese cadáver que su familia llora.

—¿Qué queréis decir, querido Billot? ¿Suponéis, por ventura, que me compadeceré de vos?
—¡Oh! no —contestó ingenuamente Billot—, pero como sufro y me quejo, y como esto no conduce a nada, quiero ayudarme y aliviarme a mi manera.
—Es decir, que...
—Es decir, que deseo volver a la granja.
—¿Otra vez, Billot?
—¡Ay, señor Gilberto! Ved que hay allí una voz que me llama.
—Cuidado, Billot: esa voz os aconseja la deserción.
—No soy soldado, y, por lo tanto, no puedo desertar, señor Gilberto.
—Lo que haréis, Billot, será una deserción tan culpable como la del soldado.
—Explicadme eso, doctor.
—¡Cómo! ¿Habréis venido a demoler París, y escaparíais a la caída del edificio?
—Para no aplastar a mis amigos, sí.
—O, más bien, para no ser aplastado vos mismo.
—¡Eh, eh! —exclamó Billot—. No es cosa prohibida pensar un poco en sí mismo.
—¡Ah! ¡He aquí un buen cálculo, como si las piedras no rodaran, y como si al rodar no aplastasen a los miedosos que huyen!
—¡Ah! Bien sabéis que no soy miedoso, señor Gilberto.
—Pues, entonces, os quedaréis, Billot, pues aún os necesito aquí.
—También me necesita mi familia.
—Billot, Billot, yo creía que habíais convenido conmigo en que no existe la familia para ei hombre que ama a su patria.
—Yo quisiera saber si repetiríais lo que acabáis de decir, suponiendo que vuestro hijo Sebastián estuviera donde se halla ese infeliz joven.
Y señalaba el cadáver.
—Billot —repuso estoicamente Gilberto—, día vendrá en que mi hijo Sebastián me verá a mí como yo veo ese cadáver.
—Tanto peor para él, señor Gilberto, si aquel día se muestra tan frío como vos.
—Espero que él valdrá más que yo, Billot, y que tendrá mayor firmeza aún, precisamente porque yo le habré dado el ejemplo.
—Entonces, queréis que el niño se acostumbre pronto a ver correr la sangre, y que en su tierna edad se familiarice con los incendios, con las horcas, con los motines y con los ataques nocturnos; que vea insultar a las reinas y amenazar a los reyes; y cuando sea duro como la hoja de una espada y frío como ella, que os ame y que os respete, ¿No es así?
—No. Yo no quiero que vea todo eso, Billot, y he aquí por qué le he enviado a Villers-Cotterets, de lo cual me arrepiento casi ahora.
—¿Que os arrepentís ahora?
—Sí.
—Y ¿por qué?
—Porqué hoy hubiera visto poner en práctica ese axioma del león y el ratón, que para él no pasa de ser una fábula.
—¿Qué queréis decir, señor Gilberto?

—Digo que, si hubiera visto a un pobre labrador a quien la casualidad trajo a París, a un hombre honrado que no sabe leer ni escribir, y que jamás hubiese creído que su vida podía tener una influencia, buena o mala, en los altos destinos que apenas osaba medir con la vista; digo que si hubiera visto a ese hombre que ya deseaba antes salir de París, como lo quiere ahora, digo que habría visto a ese hombre contribuir eficazmente a salvar hoy un rey, una reina y dos príncipes.
Billot miraba a Gilberto con expresión de asombro.
—¿Cómo es éso, señor Gilberto? —preguntó.
—¿Cómo, sublime ignorante? Voy a decírtelo: ha sido despertando al primer rumor, adivinando que éste era el de una tempestad que iba a caer sobre Versalles y corriendo a despertar al señor Lafayette, que dormía.
—¡Pardiez! Era muy natural, pues hacía doce horas que estaba a caballo, y veinticuatro que no había dormido.
—Y conduciéndole al palacio —continuó Gilberto—, e impeliéndole en medio de los asesinos, mientras gritaba: «¡Atrás, miserables! ¡He aquí el vengador!»
—¡Toma! Pues es verdad —dijo Billot—, yo hice todo eso…
—Pues bien: ya ves que es una gran compensación, amigo mío. Si no has impedido que asesinaran a ese joven, tal vez impediste que mataran al rey, a la reina y a sus dos hijos. Ingrato, que abandonas el servicio de la patria en el momento que ésta te recompensa.
—Pero ¿quién sabrá jamás lo que yo he hecho, puesto que ni yo mismo lo sospechaba?
—¿No és bastante que lo sepamos tú y yo?
Billot reflexionó un instante, y, presentando después su tosca mano al doctor, le dijo:
—Vamos, tenéis razón, señor Gilberto; pero ya sabéis que el hombre es un ser débil, egoísta e inconstante. Solamente vos sois fuerte, incansable y generoso. ¿Quién os ha hecho así?
—¡La desgracia! —contestó Gilberto, con una sonrisa en la que había más tristeza que en un sollozo.
—Es singular —dijo Billot—; yo creía que la desgracia hacía malos a los hombres.
—A los débiles, sí.
—¿Y si yo llegase a ser desgraciado y después malo?
—Tal vez serás desgraciado, pero nunca malo, Billot.
—¿Estáis seguro?
—Respondo de ti.
—Entonces... —replicó Billot suspirando.
—Entonces ¿qué?
—Entonces me quedo; pero sé que más de una vez flaquearé así.
—Y cada vez, Billot, estaré aquí para sostenerte.
—Así sea —contestó el labrador suspirando.
Y, dirigiendo la última mirada al cadáver del barón de Charny, que los criados se disponían a llevarse; en un ataúd, añadió:
—De todos modos, era un hermoso muchacho el pequeño Jorge de Charny, con su caballito gris, su cesta en el brazo izquierdo y su bolsa en la mano derecha.

## LVII

## MARCHA, VIAJE Y LLEGADA DE PITOU Y SEBASTIAN GILBERTO

Ya hemos visto en qué circunstancias, muy anteriores a las que nos encontramos, se había resuelto la partida de Pitou y de Sebastián Gilberto.

Siendo nuestra intención abandonar momentáneamente a los principales personajes de nuestra historia, para seguir a los dos jóvenes viajeros, esperamos que nuestros lectores nos permitirán entrar en algunos pormenores relativos a su partida, al camino que siguieron y a su llegada a Viilers-Cotterets, donde Pitou no dudaba que su salida hubiese dejado un gran vacío.

Gilberto encargó a Pitou que fuese a buscar a Sebastián y que le condujese a su presencia. Al efecto, se le hizo subir en un coche de alquiler, y del mismo modo que se había confiado Sebastián a Pitou se recomendó a este último al cochero.

Al cabo de una hora el carruaje volvió, conduciendo a los dos jóvenes.

Gilberto y Billot los esperaban en una habitación que habían alquilado en la calle de San Honorato, un poco más arriba de la Asunción.

El doctor comunicó a su hijo que marcharía aquella misma tarde con Pitou, y le preguntó si se alegraba de volver a ver aquellos hermosos bosques, a los que tanto amaba.

—Sí, padre mío —contestó el niño—. Con tal de que vos vayáis a verme a Villers-Cotterets, o que yo venga a veros a París, sí, con gusto.

—No tengas cuidado, hijo mío —dijo Gilberto, besando la frente de su hijo—. Ya sabes que no podría estar sin verte.

En cuanto a Pitou, se estremecía de gozo, pensando en que iba a partir aquella misma tarde; y palideció de alegría cuando el doctor le puso en una mano las dos de Sebastián, y en la otra una docena de luises de cuarenta y ocho libras cada uno.

Una interminable serie de recomendaciones, higiénicas en su mayor parte, hechas por el doctor Gilberto, fue escuchada atentamente por los dos jóvenes.

Sebastián inclinaba la cabeza, con sus grandes ojos humedecidos.

Pitou pesaba y hacía resonar los luises en su inmenso bolsillo.

Gilberto entregó una carta a Pitou, a quien revestía de las funciones de ayo.

Esta carta era para el abate Portier.

Terminado el discurso de Gilberto, el padre Billot tomó a su vez la palabra, diciendo:

—El doctor te ha confiado la parte moral de Sebastián: yo te confío la parte física. Tienes excelentes puños, y, en caso necesario, es menester que te sirvas de ellos.

—Sí —contestó Pitou; y también tengo un sable.

—No abuses de tus fuerzas —continuó Billot.

—Seré clemente, o *clemens ero* —replicó Pitou.

—Héroe si quieres —repuso Billot, que no entendía latín.

—Ahora —dijo Gilberto—, tan sólo me resta indicaros de qué modo viajaréis Sebastián y tú.

—¡Oh! —exclamó Pitou—. Desde París a Villers-Cotterets no hay más que dieciocho leguas. Sebastián y yo recorreremos el camino hablando.
Sebastián miró un momento a Gilberto, como preguntándole si sería muy divertido hablar con Pitou durante un trayecto de dieciocho leguas.
Pitou sorprendió esta mirada.
—Hablaremos en latín —dijo—; y así nos tendrán por sabios.
Este era su sueño. ¡Pobre muchacho! Cuántos otros, teniendo aquellos doce luises, hubieran dicho:
—¡Nos regalaremos bien!
Gilberto dudó un momento; miró a Pitou y luego a Billot.
—Ya comprendo —dijo este último—. Os preguntáis si Pitou será un guía seguro, y vaciláis en confiarle vuestro hijo.
—¡Oh! —exclamó Gilberto—. No es a él a quien se lo confío.
—Pues ¿a quién?
Gilberto levantó la vista al cielo. Era aún demasiado volteriano para atreverse a responder:
—¡A Dios!
Y todo quedó convenido. Resolvióse, por lo tanto, no cambiar en nada el plan de Pitou, que prometía, sin demasiada fatiga, un viaje lleno de distracciones para el joven Sebastián. Y se dispuso que los jóvenes se pusieran en marcha a la mañana siguiente.
Gilberto hubiera podido enviar a su hijo a Villers-Cotterets en uno de los carruajes públicos que desde aquella época prestaban eí servicio desde París a la frontera, o ya en su propio coche; pero sabido es cuánto temía el aislamiento del espíritu para el joven Sebastián; y nada abstrae tanto la imaginación como el rumor producido por un carruaje.
Así es que se contentó con acompañar a los dos jóvenes hasta Bourget, y allí, indicándoles el camino, bañado por un hermoso sol y flanqueado de una doble fila de árboles, los estrechó en sus brazos y les dijo:
—¡Marchad!
Pitou se alejó, pues, conduciendo a Sebastian, que volvió muchas veces la cabeza para enviar sus últimos besos a Gilberto, el cual permanecía inmóvil, con los brazos cruzados, en el sitio donde se había separado de su hijo, a quien seguía con la vista como en un sueño.
Pitou, con su elevada estatura, erguíase cuanto le era posible, porque estaba orgulloso de la confianza que en él tenía un personaje de la importancia del doctor Gilberto, médico de cámara de Su Majestad.
Nuestro héroe se disponía ya a cumplir escrupulosamente con la misión en que debía desempeñar a la vez las funciones de un ayo y de aya.
Por lo demás, poseído de confianza en sí mismo, conducía al pequeño Sebastián, cruzando tranquilamente por los pueblos, agitados y poseídos de terror desde los últimos acontecimientos de París, muy recientes aún, según se recordará; pues, si bien los hemos registrado hasta el 5 y el 6 de octubre, se tendrá presente que hacia fines de julio o principios de agosto fue cuando Pitou y Sebastián salieron de París.

Pitou conservaba como sombrero su casco, y como arma su gran sable; es decir, todo cuanto había ganado en los sucesos del 13 y 14 de julio. Pero este doble trofeo satisfacía su ambición, dándole un aspecto formidable que al mismo tiempo bastaba para su seguridad.
Por otra parte, este aspecto, al que contribuía, sin duda, aquel casco y aquel sable de dragón, era de por sí una conquista que Pitou había hecho independientemente de dichos objetos. No se asiste a la toma de la Bastilla, contribuyendo a ella, sin conservar cierto aire heroico.
Además, Pitou había llegado a ser algo abogado.
No se han oído los debates en la Casa Ayuntamiento, los discursos del señor de Bailly y las arengas de Lafayette sin hacerse un poco orador, sobre todo si se han estudiado los *Conciones* latinos, cuya elocuencia francesa, a fines del siglo XVIII, era una copia bastante pálida, aunque muy exacta. Provisto de estos dos poderosos auxiliares, que sabía unir a unos puños vigorosos, a una fisonomía risueña y a un apetito de los más extraordinarios, Pitou viajaba, con la mayor confianza y alegría, por el camino de Villers-Cotterets.
Para los curiosos respecto a política, era portador de noticias, y hasta las inventaba, en caso necesario; pues había aprendido en París, donde en aquella época era muy notable la confección de aquéllas.
Contaba que el señor de Berthier había dejado inmensos tesoros escondidos, que se desenterrarían algún día; que el señor de Lafayette, parangón de toda gloria y el orgullo de la Francia provincial entera, no era ya en París más que un maniquí gastado, cuyo caballo blanco servía de asunto a los aficionados a equívocos; además, que Bailly, a quien Lafayette honraba con la más sincera amistad, así como a las demás personas de su familia, era un aristócrata y que las malas lenguas decían alguna cosa más.
Cuando Pitou refería todas estas cosas, promovía tempestades de cólera; pero él poseía el *quos ego* de todas aquellas borrascas, y contaba anécdotas inéditas sobre la Austriaca.
Esta facundia inagotable le proporcionó una serie no interrumpida de magníficos convites hasta llegar a Vauciennes, último pueblo en el camino que le conduciría a Villers-Cotterets.
Como Sebastián, por el contrario, comía poco o nada, como no despegaba sus labios, y era un niño enfermizo y pálido, todos se interesaban por él, admirando la paternal vigilancia de Pitou, que le acariciaba, cuidaba y mimaba, comiéndose además su ración, sin más objeto, al parecer, que el de complacerle.
Así que llegaron a Vauciennes, Pitou pareció dudar. Miró a Sebastián, y éste a su compañero.
Pitou se rascó la cabeza: era su manera de indicar que se hallaba en algún apuro; pero Sebastián conocía demasiado a Pitou para ignorar este detalle.
—Y bien, ¿qué hay? —preguntó Sebastián.
—Hay —dijo Pitou— que si te fuese igual, y no estuvieses muy cansado, en vez de continuar nuestro camino todo derecho, volveríamos a Villers-Cotterets por Haramont.
Y el pobre Pitou se ruborizó al manifestar este deseo, como lo hubiese hecho Catalina al expresar otro no menos inocente.

Sebastián comprendió a Pitou.
—¡Ah!, sí —dijo—; allí es donde murió nuestra pobre mamá.
—Vamos, hermano mío, vamos.
Pitou estrechó en sus brazos a Sebastián con tal violencia, que le sofocaba, y, cogiéndole de la mano, se dio a correr por un camino de travesía, que costeaba el valle de Wuala, tan rápidamente que, a los cien pasos, Sebastián, sin aliento, se vio precisado a decirle:
—Vamos demasiado deprisa, Pitou.
Este último se detuvo: no había notado nada, pues había tomado su paso ordinario.
Entonces vio a Sebastián pálido y desfallecido.
Le cogió en sus brazos, como San Cristóbal a Jesús, y se lo llevó.
De este modo Pitou podía andar tan deprisa como quisiera; y como no era ésta la primera vez que llevaba en brazos a Sebastián, éste le dejó hacer.
Así llegaron a Largny; pero aquí, Sebastián, observando que el pecho de Pitou palpitaba con violencia, dijo que ya no estaba cansado y que podía seguirle a pie al paso que quisiera.
Pitou, mostrándose magnánimo, acortó el paso.
Media hora después, Pitou se halló a la entrada del pueblo de Haramont, el pintoresco lugar de su nacimiento, como dice la romanza de un gran poeta, romanza cuya música vale seguramente mucho más que la letra.
Así que llegaron, ambos jóvenes dirigieron una mirada a su alrededor para orientarse.
La primera cosa que vieron fue el crucifijo, que la piedad popular coloca generalmente a la entrada de los pueblos.
¡Ay! Hasta el mismo Haramont se resentía de la extraña progresión de París hacia el ateísmo. Los clavos que sujetaban la cruz, el brazo derecho y los pies del Cristo se habían roto, corroídos por la humedad. La imagen del Señor pendía sujeta solamente por el brazo izquierdo y nadie había tenido la piadosa idea de reponer el símbolo de aquella libertad, de aquella igualdad y fraternidad, tan preconizadas por todas partes.
Pitou no era devoto, pero conservaba en la memoria las tradiciones de su infancia, y aquel Cristo abandonado le oprimió el corazón. Buscó en una cerca uno de esos mimbres delgados y tenaces como un alambre, dejó en el suelo su casco y su sable, subió por el sagrado árbol, ató el brazo derecho del divino mártir al travesano de la cruz y, besando los pies de la imagen, bajó. Entretanto Sebastián oraba de rodillas al pie de la cruz. ¿Por quién oraba? ¡Quién sabe!
Tal vez por la visión de su infancia, que creía volver a encontrar bajo los seculares árboles del bosque, por aquella madre desconocida, que no es desconocida nunca, pues si nos alimentó nueve meses con la leche de sus pechos, nos nutrió al mismo tiempo con su sangre.
Terminado aquel piadoso acto, Pitou volvió a cubrirse la cabeza con su casco sujetando su sable en la cintura.
Terminada su oración, Sebastián hizo la señal de la cruz y volvió a cogerse de la mano de Pitou.

Ambos entraron entonces en el pueblo y dirigiéronse hacia la casita donde Pitou había nacido y donde Sebastián se crió.

Pitou conocía muy bien el pueblo, pero no pudo encontrar su vivienda; de modo que debió informarse, y entonces le indicaron una casita de piedra con un tejado de pizarra.

El jardín de aquella casita estaba cercado por una tapia. La tía Angélica había vendido la casa de su hermana, y el nuevo propietario, en uso de su derecho, lo había derribado todo: las antiguas paredes revocadas con tierra; la vieja puerta con su agujero para que pasase el gato; las vetustas ventanas con sus vidrios, en parte rotos y tapados sus huecos con papel, en el que se veían los palotes de la inexperta escritura de Pitou; el tejado de rastrojo con su musgo verdoso y las hierbas que crecían encima. ¡Todo había desaparecido!

La puerta estaba cerrada, y en el exterior veíase un enorme perro negro, que enseñó los dientes a Pitou en cuanto éste trató de aproximarse.

—Ven —dijo Pitou a Sebastián, con lágrimas en los ojos—, ven a un sitio donde estoy seguro que nada habrá cambiado.

Y Pitou condujo al muchacho hacia el cementerio, donde estaba enterrada su madre.

El pobre chico tenia razón; nada había cambiado allí; pero la hierba estaba muy crecida, y tanto crece en los cementerios, que podía suceder muy bien que Pitou no llegase a reconocer la tumba de su madre.

Por fortuna, al mismo tiempo que la hierba, había crecido una rama de sauce llorón, la cual en tres o cuatro años se había hecho un árbol. Pitou se dirigió sin vacilar hacia el sauce, y besó la tierra a que prestaba sombra con la misma piedad instintiva con que había besado los pies del Salvador.

Al levantarse sintió las ramas del árbol que agitadas por el viento flotaban alrededor de él.

Entonces alargó los brazos, las reunió y estrechólas sobre su corazón.

Esto era como el último abrazo a la cabellera de su madre.

Los dos muchachos se detuvieron allí mucho tiempo; pero el día avanzaba y fue preciso abandonar otra vez aquella tumba, única cosa que parecía acordarse del pobre Pitou.

Y al separarse de ella tuvo por un momento la idea de arrancar una de las ramas de aquel sauce y guardarla en su casco; mas en el momento de hacerlo se detuvo.

Parecíale que sería causar un dolor a su pobre madre el arrancar la rama de un árbol cuyas raíces rodeaban tal vez el ataúd desunido en que el cadáver reposaba.

Besó por última vez la tierra, volvió a tomar de la mano a Sebastián y alejáronse.

Toda la gente se hallaba en los campos, y así es que muy pocas personas habían visto a Pitou, que, disfrazado además con su casco y su gran sable, no fue reconocido por ninguna.

Tomó, pues, el camino de Villers-Cotterets, camino delicioso que cruza la selva en la extensión de tres cuartos de legua, sin que ningún objeto animado le distrajese en su dolor.

Sebastián le seguía silencioso y pensativo.

A eso de las cinco de la tarde llegaron los viajeros a Villers-Cotterets.

## LVIII

## DE COMO PITOU, QUE FUE MALDECIDO Y ARROJADO DE CASA DE SU TÍA POR CAUSA DE UN BARBARISMO Y TRES SOLECISMOS, FUE MALDECIDO DE NUEVO Y VUELTO A DESPEDIR POR ELLA A CAUSA DE UN AVE CON ARROZ

Pitou llegó a Villers-Cotterets por la parte del parque que se llama la Faisanderie, cruzando después por el salón de baile, desierto durante la semana, y el mismo a que había conducido tres semanas antes a Catalina.

¡Qué de cosas habían pasado a Pitou y a Francia durante aquellas tres semanas!

Después, habiendo seguido la larga calle de castaños, se dirigió a la plaza del palacio y fue a llamar a la puerta falsa del colegio del abate Fortier.

Tres años hacía que Pitou había salido de Haramont, y sólo tres semanas que faltaba de Villers-Cotterets: de modo que nada tenía de extraño que no fuese conocido al punto en Haramont, ni tampoco en Villers-Cotterets.

En un momento se propagó por todas partes el rumor de que Pitou acababa de llegar con el joven Sebastián Gilberto y que ambos habían entrado por la puerta falsa de la casa del abate Fortier; que Sebastián estaba poco más o menos lo mismo que cuando se marchó; pero que Pitou llevaba un casco y un gran sable.

Esto dio por resultado que mucha gente se agolpara delante de la puerta principal del colegio, pensándose que, si Pitou había entrado por la puerta falsa, saldría luego por la que daba a la calle de Soissons.

Este era el camino que debía tomar para dirigirse a Pleux.

Efectivamente, Pitou no se detuvo en casa del abate Fortier más que el tiempo necesario para entregar a su hermana la misiva del doctor, la persona de Sebastián Gilberto, y cinco luises destinados a pagar su pensión en el colegio.

La hermana del abate Fortier tuvo en un principio mucho miedo cuando vio introducirse por la puerta del jardín al formidable soldado; pero bien pronto bajo el casco del dragón reconoció el semblante risueño y candido de Pitou, lo cual la tranquilizó un poco.

Por último, la vista de los cinco luises acabó de tranquilizarla por completo.

Este temor era tanto más fácil de explicar en aquella pobre mujer, cuanto que el abate Fortier había salido de paseo con sus discípulos y se hallaba del todo sola en la casa.

Pitou, después de haber entregado la carta y los cinco luises, abrazó a Sebastián y salió, poniéndose su casco en la cabeza con envidiable marcialidad.

Sebastián derramó algunas lágrimas al separarse de Pitou, aunque aquella separación no debiera ser larga y su compañía no fuese de lo más entretenida; pero la constante alegría, la complacencia y la completa abnegación del joven Pitou habían conmovido a Sebastián; porque Pitou se asemejaba a uno de esos grandes perros de Terranova que cansan muchas veces, pero que concluyen por desarmar la cólera lamiendo las manos.

Una cosa endulzaba el dolor de Sebastián, y era que Pitou le había prometido ir a verle a menudo; y a su vez otra mitigaba el dolor de Pitou, y era que Sebastián le había dado las gracias por su ofrecimiento.
Ahora sigamos por un momento a nuestro héroe desde la casa del abate Fortier a la de su tía Angélica, situada, como ya sabemos, en la extremidad de Pleux.
Al salir de la casa del abate, Pitou se encontró con una veintena de personas que le esperaban. Su extraño equipo, cuya descripción había circulado por toda la ciudad, era ya en parte conocido de la multitud; y al verle volver así de París donde se batían, presumíase que Pitou habría hecho lo propio, y todos deseaban oír noticias de su boca.
Pitou dio las noticias que le pedían con su acostumbrada gravedad; refirió la toma de la Bastilla, las hazañas de Billot y del señor de Maillard, así como de los señores HElias y Hullin; dijo cómo Billot había caído en el foso de la fortaleza y como él, Pitou, le había sacado de allí; en fin, contó de qué manera había sido puesto en libertad el doctor Gilberto, que hacía ocho días se hallaba prisionero en la Bastilla.
Los oyentes sabían ya, sobre poco más o menos, lo que les contaba Pitou, puesto que habían leído los diarios de aquella época; mas, por interesante que sea lo que un gacetillero escribe, nunca lo es tanto como un testigo ocular, a quien se puede hacer preguntas y de quien se pueden escuchar datos interesantes.
Ahora bien: Pitou hablaba, respondía, daba todos los detalles que le pedían, sin llevar a mal las interrupciones, y contestaba con mucha amenidad.
De aquí resultó que, al cabo de una hora, poco más o menos, de estar dando detalles delante de la puerta del abate Fortier, en la calle de Soissons, obstruida por los curiosos, uno de los oyentes, notando algunas señales de inquietud en el rostro de Pitou, se atrevió a decir:
—Pitou estará cansado y le tenemos aquí de pie en vez de dejarle ir a casa de su tía Angélica. ¡Pobre solterona! ¡Cómo se alegrará al verle!
—Lo que es cansado, no lo estoy —dijo Pitou—, pero sí tengo hambre. Yo no me canso nunca; mas siempre tengo apetito.
Ante esta ingenua declaración, la multitud, que respetaba las exigencias del estómago de Pitou, le abrió paso respetuosamente, y el joven, seguido de algunos curiosos más tenaces que los demás, pudo tomar el camino de Pleux, es decir, de la casa de su tía.
La solterona se hallaba ausente, sin duda, visitando a las vecinas, y la puerta estaba cerrada.
Muchas personas invitaron a Pitou a entrar en su casa para comer lo que necesitase; pero Pitou rehusó orgullosamente.
—Pero ya ves, Pitou —le dijeron—, que la puerta de la casa de tu tía está cerrada.
—La puerta de la casa de una tía no puede permanecer mucho tiempo cerrada ante un sobrino sumiso y hambriento —dijo sentenciosamente Pitou.
Y, desenvainando su gran sable, cuya hoja hizo retroceder a las mujeres y los niños, introdujo la punta entre el pestillo y la armella de la cerradura, empujó vigorosamente, y la puerta se abrió, con gran admiración de los circunstantes,

que ya no pusieron en duda las hazañas de Pitou al verle arrostrar tan temerariamente la cólera de la solterona.
El interior de la casa seguía siendo el mismo que antes de abandonarla Pitou. El famoso sillón de cuero ocupaba orgullosamente el centro de la habitación; dos o tres sillas estropeadas y cojas servían de acompañamiento al macizo sillón; en el fondo se hallaba la alacena; a la derecha la mesa, y a la izquierda la chimenea.
Pitou entró en la casa con benévola sonrisa; nada tenía que decir contra aquellos pobres muebles, y, lejos de ello, debía considerarlos como amigos de la infancia. Cierto que eran casi tan duros como la tía Angélica; pero al abrirlos se encontraba en ellos, por lo menos, alguna cosa buena, en tanto que si se hubiera abierto a la tía Angélica se habría encontrado seguramente el interior aún más seco y más malo que el exterior.
Pitou dio en el instante mismo una prueba de lo que decimos a las personas que le seguían, y que, viendo lo que pasaba, miraban desde afuera con la curiosidad de saber qué sucedería al volver la tía Angélica.
Era fácil de ver, por lo demás, que aquellas personas miraban a Pitou con la mayor simpatía.
Hemos dicho que Pitou tenía hambre, hasta el punto de que se hubiera podido notar la alteración de sus facciones.
Así es que, sin detenerse ni un instante, se fue derecho a la alacena.
En otro tiempo, y decimos en otro tiempo, aunque apenas hayan transcurrido tres semanas desde la marcha de Pitou, porque, a nuestro modo de ver, el tiempo no se mide por la duración, sino por los sucesos; ocurridos en otro tiempo, repetimos, Pitou, a menos de ser impulsado por el ángel malo o por un hambre irresistible, poderes infernales que se asemejan mucho, se hubiera sentado en el umbral de la puerta cerrada, habría esperado humildemente la vuelta de su tía Angélica, y así que hubiese vuelto la hubiera saludado con una dulce sonrisa, apartándose luego a un lado para dejarla pasar.
Una vez dentro su tía, habría entrado a su vez, presentándole enseguida el pan y el cuchillo para que le diese su ración, y, después de cortado aquél, hubiera dirigido una mirada de codicia, una triste mirada humilde y magnética, por lo menos así lo creía, como para atraer el queso o la tajada que veía sobre la tabla de la alacena.
Electricidad magnética que rara vez producía buen resultado, pero que lo tenía en alguna ocasión.
Pero hoy Pitou era ya un hombre, y obraba de distinto modo; así es que abrió tranquilamente la alacena, sacó de su bolsillo la navaja, cogió el pan, y cortó angularmente un pedazo que podía pesar un kilogramo, bien como se dice elegantemente desde la adopción de nuevas medidas. Después volvió a dejar el pan en la alacena, y, hecho esto, sin perder nada de su calma, abrió la despensa.
Por un momento, Pitou creyó oír refunfuñar a su tía Angélica; pero la puerta de la despensa rechinaba, y este ruido, que tenía toda la fuerza de la realidad, ahogó el otro, que tan sólo tenía la influencia de la imaginación.
Cuando Pitou formaba parte de la casa, la avara tía se limitaba a las provisiones ordinarias de puro alimento, como el queso de Marolles o la tenue tajada de tocino rodeada de las verdosas hojas de una enorme col; pero desde que el

temible glotón desapareció, la tía, a pesar de su avaricia, se confeccionaba ciertos platos que duraban una semana, y que no dejaban de tener valor.
Tan pronto era el asado a la moda rodeado de zanahorias y de cebolletas, como el guisado de carnero con sabrosas patatas, o unas patas de ternera sazonadas con alguna conserva en vinagre; o bien una tortilla gigantesca, hecha
en la sartén grande, y esmaltada de perejil o lonjas de tocino, una sola de las cuales bastaba para la comida de la vieja hasta en sus días de apetito.
Durante toda la semana, la tía Angélica acariciaba estos manjares con mucha parsimonia sin hacer más brecha que la precisa para satisfacer las exigencias del momento.
Todos los días se regocijaba de estar sola para comer tan buenas cosas, y durante aquella feliz semana pensó en su sobrino Pitou cuantas veces llevó la mano al plato y el bocado a los labios.
Pitou fue afortunado.
Llegó en un día, era lunes, en que la tía Angélica había puesto en una cazuela de arroz un gallo viejo, el cual coció tanto, rodeado de su blanda capa de pasta, que la carne llegó a separarse de los huesos, poniéndose casi tierna.
El manjar era formidable y hallábase en una cazuela profunda, negra por fuera, pero reluciente y llena de atractivos a la vista.
Las viandas coronaban el arroz como los disloques de un gran lago, y la cresta del gallo, elevábase entre los pitones múltiples como el pico de Ceuta sobre el estrecho de Giraltar.
Pitou no tuvo ni siquiera la cortesía de prorrumpir en un ¡ay! de admiración al contemplar aquella maravilla.
El ingrato olvidaba que jamás semejante magnificencia había adornado la despensa de la tía Angélica.
Tenía un pedazo de pan en la mano derecha.
Cogió la espaciosa cazuela con la izquierda y la sostuvo en equilibrio por la presión de su dedo pulgar, que sumergió en una grasa compacta de apetitoso olor.
En aquel instante parecióle que una sombra se interponía entre la luz que penetraba por la puerta y él.
Entonces volvióse sonriendo, pues Pitou era uno de esos jóvenes felices y sencillos en quien la satisfacción del alma se revela en el semblante.
Aquella sombra era la del cuerpo de la tía Angélica, más avara, más inflexible y más seca que nunca.
En otro tiempo, y aquí nos vemos obligados a volver a la comparación, porque tan sólo ésta puede expresar nuestra idea, en otro tiempo, repetimos, al ver a la tía Angélica, Pitou hubiera dejado caer la cazuela, y, en tanto que la solterona se agachaba para recoger los restos de su gallo y los granos de arroz, él hubiera saltado por encima de su cabeza, dándose a correr con su pan debajo del brazo.
Pero Pitou no era ya el mismo de antes; su casco y su sable no habían cambiado tanto su físico como el trato con los grandes filósofos de la época su parte moral.
En vez de huir aterrado a la vista de su tía, se acercó con graciosa sonrisa, extendió hacia ella los brazos, y, aunque la solterona procuró esquivar tan afectuosa demostración, la estrechó entre ellos, oprimiéndola contra su pecho, en

tanto que sus manos, ocupadas ambas, la una con el pan y la otra con la cazuela, se cruzaban sobre la espalda.
Después, cuando hubo cumplido con este acto de nepotismo, que consideraba como un deber indispensable, respiró con toda la plenitud de sus pulmones, diciendo:
—¡Sí, tía Angélica, aquí está vuestro querido sobrino Pitou!
Al sentir aquel inusitado apretón, la solterona creyó que, habiendo sorprendido en flagrante delito a su sobrino, éste había tratado de ahogarla, como en otro tiempo lo hizo Hércules con Anteo.
Así es que respiró a su vez cuando se vio libre de aquel peligroso abrazo.
Pero la tía pudo notar que Pitou no había manifestado siquiera su admiración a la vista del gallo.
Pitou era no tan sólo un ingrato, sino un desatento.
Sin embargo, otra cosa afectó más a la tía Angélica, y era que Pitou, que en otro tiempo, cuando ella imperaba en su sillón de cuero, no se atrevía ni aun a sentarse en una de las sillas rotas o de los escabeles cojos que le rodeaban, se había arrellanado cómodamente en él, con la cazuela entre las piernas y disponiéndose a dar cuenta de su contenido.
Con su poderosa diestra, como dice la Escritura, empuñaba el cuchillo, verdadera espátula, con ayuda de la cual Polifemo se hubiera comido su pitanza.
En la otra mano tenía un enorme pedazo de pan de tres pulgadas de ancho por seis de longitud, que hacía las veces de escoba para empujar el arroz del plato; mientras que el cuchillo servía para acercar la carne al pan.
Diestra e infalible maniobra que dio por resultado a los pocos minutos dejar en descubierto el fondo de la cazuela, como quedan en el reflujo las argollas y las piedras de los muelles cuando el agua se retira.
Pintar el indecible asombro de la tía Angélica, dar idea de su desesperación, sería cosa imposible.
Por un momento creyó poder gritar; mas no le fue posible.
Pitou sonreía con un aire tan fascinador, que el grito expiró en los labios de la tía Angélica.
Entonces procuró sonreír, esperando conjurar el feroz animal, llamado hambre, que se hallaba en aquel momento en el estómago de su sobrino.
Pero el proverbio tiene razón: el estómago hambriento de Pitou permaneció sordo y mudo.
La solterona, en vez de sonreír, lloró.
Esto disgustó un poco a Pitou; pero no le impidió seguir comiendo.
—¡Oh, querida tía! —exclamó—. ¡Qué buena sois al llorar así de gozo por mi llegada! ¡Gracias, querida tía, gracias!
Y continuó comiendo.
Evidentemente la revolución francesa había desnaturalizado completamente a Pitou.
Devoró tres cuartas partes del gallo, y dejó un poco de arroz en el fondo de la cazuela, diciendo:
—Querida tía: vos preferís, sin duda, el arroz, ¿no es verdad? Es más blando y más fácil de mascar para vuestros dientes, y, por lo tanto, os lo dejo.

Ante aquella atención, que la tía Angélica tomó, sin duda, por una burla, la mujer estuvo a punto de sufrir una sofocación. Se adelantó resueltamente hacia su sobrino, arrancó la cazuela de sus manos, y profirió una blasfemia, que veinte años después hubiera sentado perfectamente a un granadero de la guardia veterana.

Pitou exhaló un suspiro.

—¡Oh, querida tía! —exclamó—. Lo sentís por vuestro gallo, ¿no es verdad?

—¡Bribón! —exclamó la solterona—. ¿Creo que aún se burla de mí!

Pitou se levantó.

—Tía —dijo majestuosamente—, mi intención es pagaros, pues tengo dinero, y, si lo deseáis, me quedaré aquí de huésped; pero me reservo el derecho de elegir los platos.

—¡Tunante! —exclamó la tía Angélica.

—¡Vaya! Pongamos por la ración cuatro sueldos, y así os debo una comida: cuatro de arroz y dos de pan son seis.

—¡Seis sueldos! —exclamó la solterona—. ¡Seis sueldos, cuando tú te has comido más de ocho de arroz y seis de pan!

—El gallo —dijo Pitou— no lo pongo en cuenta porque es de vuestro corral y antiguo conocido mío, como he observado por la cresta.

—Pero no deja de tener su precio —contestó la solterona—.

—Nueve años hace que lo robé para vos, cogiéndolo bajo las alas de su madre cuando no abultaba más que el puño, y recuerdo que me zurrasteis porque, al mismo tiempo, no traje trigo para alimentarle al día siguiente. La señorita Catalina me lo dio después. Era mío —continó Pitou— y he comido lo mío, porque tenía derecho para ello.

La tía, ciega de colera, quiso anonadar al revolucionario con la mirada, pues no podía hablar.

—¡Sal de aquí! —exclamó al fin.

—¿Así, de pronto, después de haber comido, sin tener tiempo de hacer la digestión? ¡Ah! Esto no es equitativo.

—¡Sal de aquí, repito!

Pitou, que estaba repleto, se levantó, notando con la mayor satisfacción que su estómago no podía contener ni un grano mas de arroz.

—Tía —dijo majestuosamente—, sois una mala parienta, y quiero demostraos que incurrís para mí en las mismas faltas de otro tiempo, siempre tan dura, siempre tan avara. Pues bien: no quiero que vayáis diciendo por todas partes que soy un tragón y mal pagador.

Así diciendo, se colocó en el umbral de la puerta, y con una voz estentórea que pudo ser oída no solamente de los curiosos que le habían acompañado, testigos de aquella escena, sino de cuantas personas pasaban a quinientos pasos de allí, exclamó:

—Pongo a estas buenas personas por testigos de que acabo de llegar de París a pie, después de haber tomado la Bastilla; de que me he sentado para comer en casa de mi tía y de que me han echado en cara tan duramente el alimento, expulsándome de una manera tan despiadada que me veo obligado a marcharme.

Y Pitou imprimió un tono tan patético a su exordio, que los vecinos comenzaron a murmurar contra la vieja solterona.

—A un pobre viajero —continó Pitou— que ha recorrido diecinueve leguas a pie; a un joven honrado con la confianza del padre Billot y la del doctor Gilberto; que ha conducido al hijo de este último a la casa del abate Fortier; a un vencedor de la Bastilla; a un amigo del señor de Bailly y del general Lafayette. Pues bien: yo, señores, os pongo a todos por testigos de que me han arrojado de esta casa.

Los murmullos fueron tomando cuerpo.

—Y como yo no soy ningún mendigo —prosiguió Pitou—, como cuando se me echa en cara mi pan lo pago, he aquí un escudo que voy a depositar en pago de lo que comí en casa de mi tía.

Y, diciendo esto, Pitou sacó orgullosamente un escudo de su bolsillo y lo arrojó sobre la mesa, donde, a la vista de todo el mundo, rebotó y fue a sepultarse a medias en la cazuela de arroz.

Este último rasgo acabó de anonadar a la vieja solterona, que inclinó la cabeza bajo el peso de la reprobación general, expresada en un prolongado murmullo. Veinte brazos se alargaron hacia Pitou, que salió de la casa de su tía, sacudiendo los zapatos en el umbral, y desapareció, escoltado por la multitud, que le ofrecían mesa y cama, deseosos todos de dar alojamiento *gratis* a un vencedor de la Bastilla, a un amigo del señor de Bailly y del general Lafayette.

La solterona recogió el escudo, lo limpió y lo puso en su escondite, donde debía esperar, en compañía de otros muchos, que lo cambiaran por un viejo luis de oro.

Pero al guardar este escudo, llegado a sus manos de una manera tan singular, la tía Angélica suspiró, reflexionando que tal vez Pitou tenía derecho para comer de todo, puesto que pagaba tan bien.

# LIX

## PITOU REVOLUCIONARIO

Después de satisfacer los primeros deberes de la obediencia, Pitou quiso llenar las primeras necesidades de su corazón.
Es cosa muy dulce obedecer cuando la orden del amo se aviene con las secretas simpatías de aquel que obedece.
Por eso emprendió la marcha de la mejor voluntad; y, siguiendo la callejuela que va desde Pleux a la calle de Lonnet, formando como un verde cinturón, con sus dos cercas en aquel lado de la ciudad, atravesó los campos para llegar antes a la granja de Pisseleux.
Pero muy pronto disminuyó su celeridad, pues a cada paso evocaba un recuerdo.
Cuando se entra en la ciudad o en el pueblo donde se nació, «se pisa la juventud, se anda sobre los días pasados, que se desarrollan, como dice el poeta inglés, cual una alfombra bajo los pies, para honrar al viajero que vuelve».
A cada paso se encuentra un recuerdo en un latido del corazón.
Aquí se ha sufrido; allá fue uno feliz; acullá se sollozó de pesar, y en otro punto se lloró de alegría.
Pitou, que no era analista, se vio obligado a ser hombre: recogió reminiscencias del pasado en todo el camino,
y llegó con el alma llena de sensaciones a la granja de la madre Billot.
Cuando divisa a cien pasos la prolongada arista de los tejados, cuando midió con los ojos los olmos seculares, que se elevan retorcidos, cual para mirar desde la altura cómo humean las ennegrecidas chimeneas; cuando oyó el rumor lejano de los animales domésticos, los perros que gruñen y el de las carretas que ruedan, levantó su casco sobre la cabeza, sujetó mejor su sable de dragón, y esforzóse para tomar cierto aire marcial, tal como conviene a un enamorado y a un militar.
Nadie le reconoció, al pronto, lo cual probaba que conseguía su objeto.
Un criado hacía beber a los caballos en el pantano; oyó ruido, volvió la cabeza, y a través del ramaje de un sauce vio a Pitou, o, más bien, un casco y un sable.
El criado quedó mudo de asombro, y Pitou, pasando a su lado, llamóle por su nombre.
—¡Eh, Barnaut! Buenos días —exclamó.
El criado, poseído de asombro al ver que el del sable y el casco conocía su nombre, se quitó su pequeño sombrero, soltando el ronzal de sus caballos.
Pitou pasó junto a él sonriendo.
Pero el criado no se tranquilizó por eso: la sonrisa benévola de Pitou había quedado oculta bajo su casco.
Al mismo tiempo, la madre Billot vio a aquel militar a través de los vidrios de la ventana de su sala, y al punto se levantó.
Se estaba entonces en continua alarma en los campos, y circulaban espantosos rumores, hablándose de bandoleros que recorrían los bosques y que cortaban las mieses verdes aún.
¿Qué podía significar la llegada de aquel soldado? ¿Era un ataque o un auxilio?

La madre Billot había examinado de una ojeada a Pitou en todo su conjunto, y preguntábase por qué llevaría calzado de aldeano con un casco tan brillante, observación que la inclinaba, en sus suposiciones, tanto a sospechar como a tener esperanzas.
El soldado, fuera quien fuese, entró en la cocina.
La madre Billot dio dos pasos hacia el recién venido, y Pitou, para no ser menos cortés, se quitó el casco.
—¡Angel Pitou! —exclamó la buena mujer—. ¡Ángel aquí!
—Buenos días, madre Billot —contestó Pitou.
—¡Ángel! ¡Oh, Dios mío! ¡Quién te hubiera adivinado! ¿Estás en el servicio?
—¡Oh! ¡En el servicio! —exclamó Pitou, sonriendo con aire de superioridad.
Y miró a su alrededor, buscando lo que no veía.
La madre Billot sonrió, y adivinando la causa de las miradas de Pitou, preguntóle sencillamente:
—Buscas a Catalina, ¿eh?
—Para saludarla, sí señora Billot —contestó el joven.
—Está secando la ropa. Vamos, siéntate, mírame y habíame.
—Con mucho gusto —dijo Pitou—. Buenos días, buenos días, buenos días, señora Billot.
Y Pitou tomó una silla.
Alrededor de él se agruparon, en las puertas y en las escaleras, todos los criados de la granja, atraídos por el relato de aquel mozo de cuadra.
Y a cada noticia se prestaba atento oído y oíase cuchichear.
—¿Es Pitou?
—Sí, él es.
—¡Bah!
Pitou paseó una benévola mirada sobre todos sus antiguos compañeros, y su sonrisa fue una caricia para los más.
—Y ¿tú vienes de París, Ángel? —continuó la dueña de la casa.
—Directamente, señora Billot.
—¿Cómo sigue tu amo?
—Muy bien, señora.
—Y ¿cómo está París?
—Muy mal.
—¡Ah!
Y el círculo de los oyentes se estrechó.
—¿Y el rey? —preguntó la madre Billot.
Pitou movió la cabeza, produciendo con la lengua un chasquido muy humillante para la monarquía.
—¿Y la reina?
Esta vez Pitou no contestó absolutamente nada.
—¡Oh! —exclamó la dueña.
—¡Oh! —repitieron todos los oyentes.
—Vamos, continúa, Pitou —dijo la madre Billot.
—¡Pardiez! Interrogadme —repuso el joven, que tenía empeño en no decir todo lo más interesante en ausencia de Catalina:

—¿Por qué llevas ese casco? —preguntó la Billot.
—Es un trofeo —dijo Pitou.
—¿Qué significa un trofeo, amigo mío? —preguntó la buena mujer.
—¡Ah! Es verdad, señora —dijo el joven con una sonrisa protectora—; vos no podéis saber lo que es un trofeo. El trofeo significa que se ha vencido a un enemigo, señora Billot.
—Y ¿tú has vencido a un enemigo, Pitou?
—¡Uno? —replicó el joven con desdén—. ¡Ah, mi buena señora! ¿No sabéis que hemos tomado la Bastilla entre mi amo y yo?
Estas palabras mágicas electrizaron al auditorio.
Y Pitou sintió el hálito de los asistentes sobre sus cabellos, viendo que las manos de todos querían coger el respaldo de su silla.
—Cuenta, cuenta algo de lo que nuestro hombre ha hecho —dijo la señora Billot, muy engreída y temblorosa al mismo tiempo.
Pitou miró otra vez para ver si Catalina llegaba; pero ésta no aparecía.
Y entonces juzgó ofensivo que la señorita Billot no abandonase su ropa para oír noticias tan frescas, traídas por semejante correo.
Movió la cabeza, y comenzó a estar descontento.
—Es cosa muy larga de referir —dijo.
—Y ¿acaso tienes ganas de comer? —preguntó la señora Billot.
—Puede ser muy bien.
—¿Y sed?
—No digo que no.
En el mismo instante, criados y criadas se apresuraron a servir al viajero; de modo que Pitou tuvo al punto bajo sus manos el jarro del vino, pan, carne y frutas de todas clases, tanto que ni tuvo tiempo para reflexionar sobre el alcance de su demanda.
Pitou tenía buen diente, como suele decirse, o, más bien, digería pronto; mas, por rápidamente que lo hiciera, aún no podía haber digerido el gallo de la tía Angélica, cuyo último bocado no hacía aún media hora que había pasado por su gaznate.
Lo que había pedido no le permitió, pues, ganar todo el tiempo que esperaba, por lo rápidamente que le sirvieron.
Vio que era preciso hacer un esfuerzo superior, y comenzó a comer.
Mas, por mucha que fuese su buena voluntad de continuar, al cabo de un instante debió detenerse.
—¿Qué tienes? —preguntó la señora Billot.
—¡Diantre! Tengo que...
—Que traigan de beber a Pitou.
—Aquí tengo sidra, señora.
—Pero tal vez prefieras un vaso de aguardiente.
—¿Aguardiente?
—Sí. ¿No te has acostumbrado a beberlo en París?
La buena mujer suponía que, durante sus doce días de ausencia, Pitou habría tenido tiempo de pervertirse.
Pitou rechazó orgullosamente la suposición.

¿Aguardiente? —dijo—. ¡Jamás!
—Pues, entonces, habla.
—Si hablo —dijo Pitou— será necesario que vuelva a comenzar para la señorita Catalina, y es cosa larga.
Dos o tres criados se precipitaron hacia el lavadero para ir en busca de la señorita Catalina.
Pero, mientras que todo el mundo corría hacia el mismo lado, Pitou miró maquinalmente hacia la escalera que conducía al primer piso; y como se hubiese establecido una corriente de aire entre abajo y arriba, vio por una puerta entornada a la joven con la vista fija en una ventana.
Catalina miraba por el lado del bosque, es decir, en dirección a Boursonne.
Tan absorta estaba la joven en su contemplación, que no se había fijado en nada de todo aquel movimiento del interior, llamando su atención solamente lo que pasaba fuera.
—¡Ah, ah! —murmuró, suspirando—. Por la parte del bosque, hacia Boursonne, por el lado del señor Isidoro de Charny; sí, eso es.
Y suspiró de nuevo, más dolorosamente aún.
En aquel instante los criados volvían no solamente del lavadero, sino de todos los sitios donde Catalina podía estar.
—¿Qué hay? —preguntó la señora Billot.
—No hemos visto a la señorita.
—¡Catalina! ¡Catalina! —gritó la madre.
La joven no oía nada.
Pitou se aventuró entonces a decir:
—Señora Billot, yo sé muy bien por qué no se encuentra a la señorita Catalina en el lavadero.
—¿Por qué?
—¡Pardiez! Porque no está allí.
—¿Sabes tú dónde está?
—Sí.
—¿Dónde?
—Allí arriba.
Y, cogiendo a la señora Billot de la mano, hízola franquear los tres o cuatro primeros peldaños de la escalera, y mostróle a Catalina sentada en el reborde de la ventana en medio del marco de enredaderas y de yedra.
—Ahora se peina —dijo la buena mujer.
—¡Ay! —contestó melancólicamente Pitou—.No es así: ya está peinada.
La madre, sin hacer aprecio de la melancolía de Pitou, gritó con voz sonora:
—¡Catalina! ¡Catalina!
La joven se estremeció sorprendida, cerró ligeramente la ventana y dijo:
—¿Qué ocurre?
—Pero ven aquí, Catalina —exclamó la madre Billot, sin dudar del efecto que sus palabras iban a producir—. ¡Es Ángel, que llega de París!
Pitou escuchó con ansiedad, deseoso de saber qué contestaría Catalina.
—¡Ah! —exclamó la joven, fríamente.
Tanto, que aquella frialdad heló el corazón del pobre Pitou.

Catalina bajó la escalera con la flema que los flamencos manifiestan en los cuadros de Van Ostade o de Brauwer.
—¡Toma! —exclamó al pisar el suelo de la habitación—. ¡Es él!
Pitou se inclinó, muy colorado y estremeciéndose.
—Lleva casco, dijo una criada al oído de su señorita.
Pitou oyó la frase, y estudió el efecto producido en el rostro de Catalina.
Rostro encantador, un poco pálido tal vez, pero aún bien redondeado y terso.
La joven no manifestó la menor admiración por el casco de Pitou.
—¡Ah! —exclamó—. Lleva casco. Y ¿para qué?
Esta vez la indignación se apoderó del honrado mozo.
—Tengo casco y sable —dijo con altivez— porque me he batido y matado dragones y suizos; y si lo dudáis, señorita Catalina, preguntádselo a vuestro padre. Esto es todo.
La joven estaba tan preocupada, que, al parecer, no oyó más que la última parte de la contestación de Pitou.
—Y ¿cómo sigue mi padre? —preguntó—. Y ¿por qué no vuelve con vos? ¿Son malas acaso las noticias de París?
—Muy malas.
—Yo creía que todo estaba arreglado —repuso Catalina.
—Sí, es verdad; pero todo se ha desarreglado —replicó Pitou.
—Pues ¿no hay acuerdo entre el pueblo y el rey por la vuelta del señor de Necker?
—¡Bah! No se trata ahora del señor de Necker —dijo Pitou con aire de suficiencia.
—Sin embargo, eso habrá satisfecho al pueblo. ¿No es verdad?
—Sí; tanto, que el pueblo se dispone a hacerse justicia por su mano, matando a todos sus enemigos.
—¡A todos sus enemigos! —exclamó Catalina, asombrada—. Y ¿quiénes son los enemigos del pueblo?
—Pues los aristócratas —contestó Pitou. Catalina palideció.
—Pero ¿a quiénes llaman aristócratas? —preguntó.
—¡Diantre! A los que poseen grandes tierras, a los que tienen magníficos palacios, a los que matan de hambre a la nación, a los que lo tienen todo, mientras que nosotros no tenemos nada.
—¿Qué más? —preguntó Catalina con impaciencia.
—A los que poseen buenos caballos y elegantes coches, mientras que nosotros vamos a pie.
—¡Dios mío! —exclamó la joven, palideciendo hasta la lividez.
Pitou observó aquella alteración en sus facciones.
—Llamo aristócratas —añadió— a ciertas personas que conocéis.
—¿Que yo conozco?
—¿Que conocemos? —dijo la madre Billot.
—Pero ¿de qué habláis? —insistió Catalina.
—Del señor Berthier de Savigny, por ejemplo.
—¿Del señor Berthier de Savigny?

—Sí, aquel que os regaló los pendientes de oro que llevabais el día en que bailasteis con el señor Isidoro.
—Y bien...
—Pues bien; que yo he visto a hombres que se comían su corazón; yo, que os hablo en este momento.
Un grito terrible se escapó de todos los pechos. Catalina se dejó caer sobre la silla en que se apoyaba.
—¿Tú has visto eso? —exclamó la madre Billot, temblando de horror.
—Y el señor Billot lo ha visto también.
—¡Oh! ¡Dios mío!
—Sí; y a estas horas —continuó Pitou— deben haber quemado a todos los aristócratas de París y de Versalles.
—¡Eso es espantoso! —murmuró Catalina.
—¡Espantoso! Y ¿por qué? Vos no sois aristócrata, ni la señora Billot tampoco.
—Señor Pitou —dijo Catalina con sombría firmeza—, me parece que no erais tan feroz antes de ir a París.
—Y no lo soy más, señorita —contestó Pitou, algo vacilante; pero...
—Pero entonces no os jactabais de los crímenes que los parisienses cometen, puesto que no sois hijo de París ni habéis cometido crímenes...
—Esto es tan verdad —dijo Pitou— que una vez faltó poco para que el señor Billot y yo fuéramos víctimas defendiendo al señor Berthier.
—¡Oh, mi buen padre, mi valeroso padre! —exclamó Catalina con exaltación—. Bien le reconozco en eso.
—¡Mi digno esposo! —dijo la madre Billot con los ojos humedecidos—. Y ¿qué ha hecho él?
Pitou refirió entonces la terrible escena de la plaza de Gréve, la desesperación de Billot y su deseo de regresar a Villers-Cotterets.
—¿Por qué no ha vuelto entonces? —dijo Catalina con un acento que conmovió profundamente el corazón de Pitou, como uno de esos siniestros presagios que los adivinos sabían hacer penetrar tan profundamente en los corazones.
La madre Billot unió las manos.
—El señor Gilberto no ha querido —dijo Pitou.
—El señor Gilberto desea, sin duda, que maten a mi marido —dijo la señora Billot, sollozando.
—¿Quiere, por ventura, que la casa de mi padre se pierda? —añadió Catalina con el mismo tono melancólico.
—¡Oh! No —contestó Pitou—; el señor Billot y el doctor Gilberto se han entendido, y nuestro amo se quedará algún tiempo más en París para terminar la revolución.
—¿Ellos solos? ¿Cómo es eso?
—No, con el señor Lafayette y el señor Bailly.
—¡Ah! —exclamó la buena mujer con admiración—. Estando con el señor Lafayette y el señor Bailly...
—¿Cuándo piensa volver? —preguntó Catalina.
—¡Oh! En cuanto a eso, no sé nada, señorita.
—Y tú ¿por qué has vuelto entonces?

—Para acompañar a Sebastián Gilberto a casa del abate Fortier, y soy portador de las instrucciones del señor Billot.
Al pronunciar estas palabras, Pitou se levantó, no sin cierta dignidad diplomática, que fue comprendida, si no de los criados, por lo menos de los amos.
La madre Billot se levantó también, despidiéndolos a todos.
Catalina quedó sentada, y estudió hasta el fondo del alma el pensamiento de Pitou antes de pronunciar una palabra.
—¿Qué me dirá ahora? —se preguntó.

## LX

## LA SEÑORA BILLOT ABDICA

Para escuchar las voluntades de aquel honrado padre de familia, las dos mujeres concentran toda su atención. Pitou no ignoraba que su misión era difícil; conocía bien el carácter de la madre Billot y de Catalina, y también la costumbre de mando en la una, y el amor a la independencia en la otra.

Catalina, hija tan dulce, tan laboriosa y buena, había adquirido, por efecto mismo de sus cualidades, un gran ascendiente sobre todos los habitantes de la granja; y sabido es que el espíritu de dominación no es más que la firme voluntad de no obedecer.

Pitou, exponiendo su misión, estaba seguro del placer que causaría a una de las dos mujeres, y del pesar que reresultaría para la otra.

La madre Billot, reducida a un papel secundario, parecíale una cosa anormal, absurda. Esto engrandecía a Catalina con relación a Pitou; pero la joven no necesitaba esto en las circunstancias actuales.

Pitou representaba en la granja el papel de uno de los heraldos de Homero, una boca, una memoria, y no una inteligencia; y se expresó en los términos siguientes:

—Señora Billot, el objeto de vuestro esposo es que os fatiguéis lo menos posible.

—¿Cómo es eso? —preguntó la buena mujer con sorpresa.

—¿Qué significa fatigarse? —preguntó Catalina.

—Quiere decir —contestó Pitou— que la administración de una granja como la vuestra es lo mismo que un gobierno, que exige muchos cuidados y trabajo. Es preciso hacer compras...

—¿Y qué? —preguntó la señora Billot.

—Se han de hacer también pagos...

—¿Qué más?

—Se han de vigilar las labores...

—Adelante.

—Cuidar de la recolección...

—¿Quién dice lo contrario?

—Seguramente nadie, señora Billot; mas para hacer las compras se ha de viajar.

—Tengo mi caballo.

—Para pagar son inevitables las disputas.

—¡Oh! Tengo buen pico.

—Para labrar las tierras...

—¿No estoy acostumbrada a vigilar los trabajos?

—Y para la recolección... ¡Ah! Este es otro asunto. Además, se ha de guisar para los trabajadores, y ayudar a los carreteros...

—Todo esto no me espanta, pues lo hago en bien de mi hombre —exclamó la digna mujer.

—Pero señora Billot... En fin...

—¿En fin qué?

—Tanto trabajo... y... un poco de edad.
—¡Ah! —exclamó la madre Billot, mirando a Pitou de reojo.
—Ayudadme, señorita Catalina —dijo el pobre mozo, notando que sus fuerzas disminuían a medida que la situación se hacía más difícil.
—Yo no sé lo que se ha de hacer para ayudaros —dijo Catalina.
—¡Pues bien! He aquí la cosa —replicó Pitou—. El señor Billot no quiere que su esposa sobrelleve tantas fatigas.
—¡Cómo! —interrumpió la buena mujer, temblando a la vez de admiración y de respeto.
—Ha elegido una persona que es como él mismo y como vos misma: ha elegido a la señorita Catalina.
—¡Mi hija para gobernar la casa! —exclamó la buena madre con un acento de desconfianza y de indefinible envidia.
—Bajo vuestras órdenes, madre mía —se apresuró a decir la joven ruborizándose.
—¡No, no! —insistió Pitou, que habiéndose atrevido a explicarse estaba resuelto a llegar hasta el fin. ¡No! Yo desempeño mi comisión fielmente; el señor Billot delega y autoriza a la señorita Catalina en vuestro lugar para todos los trabajos y los asuntos de la casa.
Cada una de estas palabras, pronunciadas con el acento de la verdad, penetraban en el corazón de la señora Billot; pero tal era la bondad de su carácter, que, en vez de manifestar indignación ni cólera porque se rebajaba su importancia, mostróse más resignada y obediente, más convencida de la infalibilidad de su marido.
¿Podía engañarse Billot? ¿Era posible desobedecerle?
He aquí los dos únicos argumentos que la buena mujer se opuso a sí propia.
Y toda su resistencia cesó.
Miró a su hija, en cuyos ojos no vio más que modestia, confianza y buena voluntad para llenar su cometido, así como ternura y respeto inalterables, y cedió del todo.
—El señor Billot tiene razón —dijo—; Catalina es joven, con buena cabeza, y hasta enérgica si es necesario.
—¡Oh! Sí —contestó Pitou, seguro de que halagaba el amor propio de Catalina, al mismo tiempo que le digirla un epigrama.
—Catalina —continuó la madre Billot— estará más a gusto que yo en los caminos; sabrá correr mejor días enteros en pos de los labradores; venderá más, y sabrá comprar con más seguridad, haciéndose obedecer también de toda nuestra gente. ¡Hija mía!
Catalina sonrió.
—Pues bien —continuó la buena mujer—; he aquí que Catalina deberá correr un poco por los campos; tendrá la bolsa y la verán siempre en marcha. ¡He aquí a mi hija transformada en mozo!
—No temáis nada por la señorita Catalina —dijo Pitou, con aire de suficiencia—, porque aquí estoy yo, y la acompañaré a todas partes.
Esta generosa oferta, con la que Ángel contaba, sin duda, para producir efecto, le atrajo, de parte de Catalina, una mirada tan extraña que el mozo quedó confuso.

La joven se ruborizó, no como las mujeres a quienes se complace, sino con ese color encendido que, traduciendo por un doble síntoma la doble operación del alma, su causa primera, revela a la vez cólera y la impaciencia, el deseo de hablar y la necesidad de callarse.
Pitou no era hombre de mundo; no entendía de matices; mas, habiendo comprendido que el rubor de Catalina no era una conformidad completa, exclamó con una agradable sonrisa, que dejó ver sus poderosos dientes bajo los gruesos labios:
—¡Cómo, cómo! ¿Os calláis, señorita Catalina?
—¿Ignoráis acaso, señor Pitou, que habéis dicho un disparate?
—¡Un disparate! —exclamó el enamorado.
—¡Diantre! —exclamó la señora Billot—. ¡Estaría de ver mi hija con un guardia de corps!
—¡Pero, en fin, en los bosques!... —dijo Ángel Pitou, con un aire tan ingenuo que hubiera sido indigno reírse de él.
—¿También se halla esto en las instrucciones de nuestro hombre? —preguntó la madre Billot, mostrando así disposiciones para el epigrama.
—¡Oh! —añadió Catalina—, sería un oficio de holgazán que mi padre no podía haber aconsejado a Pitou, y que éste no hubiera aceptado tampoco.
Pitou miraba con los ojos muy abiertos, y como espantados, a Catalina y a su madre.
Todo el edificio que había levantado mentalmente se hundía.
La joven, verdadera mujer, comprendió la dolorosa decepción del mozo.
—Señor Pitou —dijo—, ¿es en París donde habéis visto a las jóvenes comprometerse así, llevando siempre a su lado acompañantes?
—Pero vos no sois una muchacha —balbuceó Pitou—, sino la dueña de la casa.
—¡Vamos: ya hemos hablado suficiente! —dijo la madre Billot, con tono brusco—. La dueña de la casa tiene mucho que hacer. Ven, Catalina: te lo entregaré todo, según las órdenes de tu padre.
Entonces comenzó, a los ojos de Pitou, aturdido e inmóvil, una ceremonia que no carecía de grandeza y de poesía en su rústica sencillez.
La señora Billot sacó todas las llaves del manojo y las entregó, una tras otra, a Catalina, dándole cuenta de la ropa blanca, de los muebles, de los vinos y de las provisiones. Después condujo a su hija al antiguo armario ropero, del año 1738 ó 1740, en cuyo secreto el padre Billot encerraba sus papeles, sus luises de oro, y toda la riqueza y los archivos de la familia.
Catalina se dejó investir, con gravedad, de todas las atribuciones. Hizo sagaces preguntas a su madre, reflexionó a cada respuesta, y, una vez recibido el informe de todo, hubiérase dicho que lo guardaba en las profundidades de su memoria y de su razón, como un arma reservada para las necesidades de la lucha.
Después del examen de los objetos, la madre Billot pasó al de los animales, de los que se hizo el recuento con toda exactitud.
Carneros válidos y enfermos, corderos, cabras, gallinas, pichones, caballos, bueyes y vacas.

Pero esto fue una simple formalidad. En aquel ramo de la explotación, Catalina era, hacía largo tiempo, el administrador especial.
Nadie mejor que Catalina conocía las aves domésticas, con su rudo cacareo; los corderos, familiares con ella al cabo de un mes; los pichones, los cuales la conocían tan bien, que a menudo la encerraban, en medio del patio, en las espirales de su vuelo, posándose con frecuencia en sus hombros, después de saludarla con el extraño movimiento de vaivén que caracteriza a los osos.
Los caballos relinchaban al acercarse Catalina. Solamente ésta sabía hacer que los más fogosos la obedeciesen. Uno de ellos, potro criado en la granja, y que llegó a ser caballo padre indomable, rompíalo todo en la cuadra para acercarse a Catalina, y buscar en sus manos y en sus bolsillos la corteza de pan duro, que tenía la seguridad de encontrar.
Nada era tan hermoso ni tan propio para hacer sonreír como aquella linda joven rubia, con sus grandes ojos azules, su blanco cuello, sus brazos redondeados y sus manos bien perfiladas, cuando se acercaba, con su delantal lleno de trigo, a la inmediación de la charca, a un espacio apisonado, de suelo batido y duro, donde el grano resonaba al caer a puñados.
Entonces se hubiera visto a todos los polluelos, a todas las palomas, a todos los corderos libres precipitarse hacia la charca: los picotazos agujereaban el suelo, la lengua sonrosada de los cabritos lamía la avena o el trigo, y aquel espacio, cubierto de grano, quedaba, a los dos minutos, tan blanco y limpio como el plato de loza del segador cuando acaba de comer.
Ciertos seres humanos tienen en los ojos la fascinación que seduce y otros la que espanta: dos sensaciones tan poderosas en los animales, que jamás intentan resistirlas.
¿Quién de nosotros no ha visto al toro feroz mirar melancólicamente, durante algunos minutos, al niño, que le sonríe sin comprender el peligro? Es que le compadece.
¿Quién no ha visto a ese mismo toro fijar una mirada inquieta en el robusto vaquero, que le cubre con la vista, manteniéndole inmóvil, bajo una amenaza muda? El animal inclina la cabeza y parece prepararse para la lucha; pero sus pies están como arraigados en el suelo, se estremece y tiene miedo.
Catalina ejercía una de esas dos influencias en todo cuanto la rodeaba. Era, a la vez, tan serena y tan firme, había tanta mansedumbre y fuerza de voluntad en ella, tan poca desconfianza, tan poco miedo, que el animal que estaba enfrente de la joven no sentía tentación de hacerle daño.
Con más razón ejercía aquella influencia singular en los seres pensadores. El encanto de aquella virgen era irresistible. Ningún hombre del país había sonreído al separarse de ella; ningún mozo abrigaba, respecto a ella, ninguna segunda intención: los que la amaban deseábanla por esposa; los que no la amaban hubiéranla querido por hermana.
Pitou, con la cabeza baja, los brazos pendientes y abstraído el pensamiento, seguía maquinalmente a la joven y a su madre en la operación de la entrega.
No le habían dirigido la palabra: estaba allí como un guarda de tragedia, y su casco no contribuía poco a que lo pareciese.
Después se procedió a pasar lista a los criados de la casa.

La madre Billot mandó formar un semicírculo, y colocóse en su centro.
—Hijos míos —les dijo—, nuestro amo no vuelve aún de París; pero ha elegido ama en su lugar: es mi hija Catalina, que veis aquí, muy joven y fuerte; yo soy vieja ya, y mi cabeza se debilita; de modo que el amo ha hecho bien. La dueña es ahora Catalina: ella debe dar el dinero y recibirlo; yo seré la primera en obedecer sus órdenes y en ejecutarlas, y aquellos de vosotros que no lo hagan así, deberán entenderse con ella.
Catalina, sin añadir una palabra, abrazó tiernamente a su madre.
El efecto de aquel beso fue más poderoso que todas las frases. La madre Billot lloró, y Pitou no pudo menos de enternecerse.
Todos los criados aclamaron la nueva dominación.
Catalina, entrando al punto en el desempeño de sus funciones, distribuyó los servicios; cada cual recibió su orden y marchó a ejecutarla con la mejor voluntad.
Pitou, que se había quedado solo, acabó por acercarse a Catalina y le dijo:
—¿Y yo?
—¡Ah!... —contestó la joven—. No tengo nada que ordenaros.
—¡Cómo! ¿Voy a estar sin hacer nada?
—¿Qué habéis de hacer?
—Pues lo que hacía antes de marcharme.
—Antes de marchar fuisteis acogido por mi madre.
—Pero vos sois la dueña: dadme trabajo.
—No tengo ninguno para vos, señor Ángel.
—¿Por qué?
—Porque sois un sabio, un señor de París, a quien estas faenas rústicas no convienen.
—¿Es posible? —exclamó Pitou.
Catalina hizo una señal, como queriendo decir: «Así es».
—¡Yo un sabio! —repitió Pitou.
—Sin duda.
—Pero ved mis brazos, señorita Catalina.
—No importa.
—En fin, señorita —dijo el pobre muchacho, desesperado—. ¿Por qué me obligaríais a morir de hambre, bajo el pretexto de que soy un sabio? ¿Ignoráis, pues, que el filósofo Epicteto trabajaba para comer, y que el fabulista Esopo ganaba el pan con el sudor de su frente? Sin embargo, esos dos señores eran más sabios que yo.
—¡Qué queréis que le haga! Las cosas han venido así.
—Pero advertid que el señor Billot me había aceptado para servir en la casa, y que me envía de París para que siga en ella.
—Bien; pero mi padre podía obligaros a ejecutar trabajos que yo, su hija, no me atrevería a imponeros.
—Pues no me los impongáis, señorita Catalina.
—Sí, pero entonces estaríais en la ociosidad, y esto es lo que no podría permitiros. Mi padre tenía derecho para obrar como amo, y a mí me está prohibido como delegada suya. Administro su hacienda, y es preciso que ésta produzca.

—Pero ¡si yo trabajaré y daré ganancias!... Bien veis, señorita Catalina, que giráis en un círculo vicioso.
—¿Qué quiere decir eso? —repuso Catalina, que no comprendía las grandes frases de Pitou—. ¿Qué significa un círculo vicioso?
—Se llama círculo vicioso, señorita, a un mal razonamiento. No: dejadme en la granja para cuidar de los animales, si lo tenéis a bien, y entonces veréis si soy un sabio o un holgazán. Por lo demás, aquí se han de llevar los libros de cuentas, teniendo en orden los registros, y esta aritmética es mi especialidad.
—En mi concepto, no es ocupación suficiente para un hombre —dijo Catalina.
—Es decir, que ¿no sirvo para nada? —exclamó Pitou.
—Por ahora seguid viviendo aquí —repuso la joven dulcificándose; reflexionaré y veremos.
—¿Necesitáis tiempo para reflexionar y decidir si debéis conservarme? Pero ¿qué os he hecho yo, señorita Catalina? ¡Ah! No erais así antes de marcharme.
La joven se encogió de hombros imperceptiblemente.
No tenía buenas razones que dar a Pitou, y, sin embargo, era evidente que su insistencia le molestaba.
Y, cortando la conversación, dijo:
—Basta ya de este asunto, señor Pitou; pues ahora debo marchar a La Ferté-Milon.
—Pues, entonces, corro a ensillar vuestro caballo, señorita Catalina.
—Nada de eso: quedaos aquí.
—¿Rehusáis que os acompañe?
—¡Digo que os quedéis! —contestó Catalina con acento imperioso.
Pitou permaneció como clavado en su sitio, con la cabeza baja, reprimiendo una lágrima que se agolpaba a sus párpados, abrasándolos como si fuese de aceite hirviendo.
Catalina dejó a Pitou donde se hallaba, y dio a un criado de la granja la orden de ensillar su caballo.
—¡Ah! —murmuró Pitou—. Os parezco muy cambiado, señorita Catalina; pero vos sois la que habéis variado mucho más que yo.

## LXI

## LO QUE DECIDE A PITOU A DEJAR LA GRANJA PARA VOLVER A HARAMONT, SU ÚNICA Y VERDADERA PATRIA

Sin embargo, la madre Billot, conformándose con las funciones de primera criada, había vuelto a ocuparse en su trabajo sin afectación, sin amargura, y de la mejor voluntad; de modo que el movimiento interrumpido un instante en la jerarquía agrícola comenzaba a parecerse de nuevo al interior de una colmena, por su actividad y su afanoso trabajo.

Mientras que se preparaba el caballo de Catalina, ésta entró, miró de reojo a Pitou, que permanecía inmóvil, pero cuya cabeza giró como una veleta, para seguir el movimiento de la joven, hasta que ésta desapareció en su habitación.

—¿Qué tendrá que hacer en su aposento? —se preguntó Pitou.

¡Pobre muchacho! Catalina iba a ponerse una gorrita blanca y unas medias más finas.

Después, cuando se hubo arreglado y oyó que su caballo piafaba a la puerta, salió, abrazó a su madre y púsose en marcha.

Pitou, desocupado y nada tranquilo, con la mirada indiferente y, en parte, misericordiosa que Catalina le había dirigido al salir, no pudo resolverse a permanecer así perplejo.

Desde que Ángel Pitou había vuelto a ver a la joven parecíale que la vida de ésta le era de todo punto necesaria.

Y, además, en el fondo de aquel espíritu pesado y algo dormido agitábase algo como una sospecha con la monótona regularidad de la péndola de un reloj.

Es propio de las almas ingenuas verlo todo por grados iguales. Esas naturalezas perezosas no son menos sensibles que las demás, pero sienten y no analizan.

El análisis es la costumbre de gozar y sufrir. Es preciso haberse acostumbrado a las sensaciones para ver su fermentación en el fondo de ese abismo que se llama corazón humano.

No hay ancianos ingenuos.

Cuando Pitou hubo oído el paso del caballo que se alejaba, corrió hacia la puerta, y entonces vio a Catalina siguiendo un sendero de travesía que se prolongaba desde la granja al camino grande de La Ferté-Milon, desembocando al pie de una pequeña montaña, cuya cima se pierde en el bosque.

Desde el umbral de aquella puerta envió a la linda joven un adiós lleno de sentimiento y de humildad.

Mas, apenas se lo hubo enviado con la mano y el corazón, Pitou reflexionó una cosa.

Catalina podía prohibirle que la acompañase; pero no impedirle que la siguiese.

Bueno que la joven hubiese dicho a Pitou que no quería verle; pero no podía prohibirle que la mirase.

Pitou pensó, pues, que, no teniendo qué hacer, nada en el mundo se oponía a recorrer en el bosque el camino que Catalina debía franquear; y de este modo, sin ser visto, la vería desde lejos a través de los árboles.

No había más que legua y media desde la granja a La Ferté-Milon; legua y media para ir, y otro tanto para volver. ¿Qué era esto para Pitou?
Por lo demás, Catalina ganó el camino por una senda que formaba ángulo con el bosque: tomando la perpendicular, Pitou economizaba un cuarto de legua; de modo que
no tendría que recorrer más que dos y media para ir a La Ferté-Milon y volver.
Dos leguas y media no eran nada para un hombre que tan buen uso sabía hacer de sus zancas.
Apenas el mozo hubo ideado este proyecto en su mente, púsolo en ejecución.
Mientras que Catalina se dirigía al camino grande, Pitou, agachándose detrás de los altos centenos, ganaba el bosque.
En un instante llegó al lindero, y, una vez aquí, saltó al foso del bosque y precipitóse, con menos gracia, pero con más rapidez que un corzo espantado.
Así corrió un cuarto de hora, y al cabo de este tiempo divisó el claro del camino.
Allí se detuvo, apoyándose en una enorme encina que le ocultaba completamente detrás de su tronco rugoso, y estaba bien seguro de que no se hubiese adelantado Catalina.
Sin embargo, esperó diez minutos, y hasta un cuarto de hora; pero no vio a nadie.
¿Habría olvidado alguna cosa en la granja y tendría que volver a buscarla? Esto era muy posible.
Con las mayores precauciones, Pitou se acercó al camino, alargó la cabeza por detrás de una robusta haya que crecía en el foso mismo, perteneciendo tanto al camino como al bosque, fijó su mirada hasta la llanura, que le era dado ver a causa de la rigidez de la línea, y no divisó un alma.
Decididamente Catalina había olvidado alguna cosa y volvía a la granja.
Pitou emprendió la carrera: o no había llegado aún y la vería entrar, o había llegado y la vería salir.
Pitou abrió el compás de sus largas piernas, y comenzó a medir con éstas el espacio que le separaba de la llanura.
Corría por el suelo arenoso del camino, más suave para sus pies, cuando de pronto se detuvo.
El caballo, que avanzaba al paso, se había desviado del camino real para seguir una estrecha senda a cuya entrada se leía en un poste:
*«Senda que conduce desde el camino de La Ferté-Milon a Boursonne.»*
Pitou levantó los ojos, y en la extremidad opuesta de la senda divisó, a gran distancia, algo confusamente en el horizonte azulado del bosque: el caballo blanco y el corpiño encarnado de Catalina.
Ya hemos dicho que la distancia era considerable, pero sabido es que no había distancias para Pitou.
—¡Ah! —exclamó el joven lanzándose otra vez al bosque—. No es a La Ferté-Milon donde va, sino a Boursonne. Y, sin embargo, no me equivoco: ella dijo La Ferté-Milon más de diez veces; le han dado encargos para este punto, y la misma madre Billot habló de La Ferté-Milon.
Y, mientras pronunciaba estas palabras, Pitou corría siempre; Pitou corría cada vez más; Pitou corría como un loco.

Porque el joven, impulsado por la duda, esa primera mitad de los celos, no era ya un bípedo: Pitou parecía ser una de esas máquinas aladas, como Dédalo en particular, que los grandes mecánicos de la antigüedad soñaron tan bien y ejecutaron tan mal.
Se parecía en un todo a uno de esos monigotes de paja de largos y delgados brazos que el viento hace girar en los escaparates de los vendedores de juguetes de niños.
Brazos, piernas y cabezas se mueven; todo da vueltas y todo vuela.
Las piernas inmensas de Pitou trazaban ángulos de cinco pies de anchura; sus manos, semejantes a dos grandes paletas que tuvieran por mango un palo, hendían el aire como remos; su cabeza, toda ella boca, y su nariz, toda ojos, absorbían el aire, devolviéndolo en ruidosos resoplidos.
Ningún caballo había tenido tanta rabia por correr.
A ningún león le habría animado aquella voluntad feroz de alcanzar su presa.
Pitou debía recorrer más de media legua cuando divisó a Catalina; pero cuando la joven hubo franqueado la mitad de esta distancia, él la anduvo toda; de modo que su carrera había tenido doble rapidez que la de un caballo al trote.
Al fin, alcanzó una línea paralela a la suya.
Pitou no seguía ya a Catalina tan sólo para verla, sino para vigilarla.
La joven había mentido. ¿Con qué objeto?
No importaba: para recobrar sobre ella cierta superioridad era preciso sorprenderla en flagrante delito de mentira. Pitou penetró de cabeza entre los helechos y los espinos, rompiendo los obstáculos con su casco, y sirviéndose de su sable en caso necesario.
Sin embargo, como Catalina iba ahora al paso, de vez en cuando el ruido de las ramas rotas llegaba hasta ella, y hacía enderezar las orejas al caballo, mientras que su ama escuchaba atenta.
Entonces Pitou, que no perdía de vista a la joven, deteníase para tomar aliento, desvaneciendo así toda sospecha.
Sin embargo, esto no podía durar, y, por lo tanto, no duró.
Pitou oyó de pronto relinchar al caballo de Catalina, y al punto le contestó otro relincho.
Aún no se podía ver el segundo caballo; pero, cualquiera que fuese, Catalina hostigó a *Cadet* con su varita de boj, y el caballo, que había relinchado un instante, emprendió el trote largo.
Al cabo de cinco minutos, gracias a esta mayor velocidad, la joven se había reunido con un jinete, que llegaba a su encuentro con tanta prisa como la que ella había tenido para llegar.
El movimiento de Catalina había sido tan rápido e inesperado, que el pobre Pitou permaneció inmóvil, de pie en el mismo sitio, empinándose para ver más lejos.
Sin embargo, había mucha distancia.
Pero si el mozo no pudo ver, sintió como una conmoción eléctrica al observar la alegría y el rubor de la joven, el estremecimiento que agitó todo su cuerpo, y la viveza de sus ojos, tan dulces y serenos de ordinario y tan brillantes en aquel momento.

No vio tampoco quién era aquel jinete, ni pudo distinguir sus facciones; pero, reconociendo, por su aspecto, por su levita de caza de terciopelo verde, por su sombrero con una ancha gasa y por su aire gracioso, que debía pertenecer a la clase más elevada de la sociedad, su pensamiento se fijó al punto en aquel bello joven, en aquel elegante bailarín de Villers-Cotterets. Y su corazón, su boca, todas las fibras de sus entrañas se estremecieron a la vez, murmurando el nombre de Isidoro de Charny.

Y él era, en efecto.

Pitou dejó escapar un suspiro semejante a un rugido, y, penetrando de nuevo en la espesura, consiguió situarse a la distancia de veinte pasos de los dos jóvenes, demasiado atentos uno para otro en sus personas para cuidarse de si el ruido que oían era ocasionado por el paso de un cuadrúpedo o de un bípedo.

El joven caballero, sin embargo, se volvió hacia el lado de Pitou, empinándose sobre los estribos, y dirigió una vaga mirada a su alrededor.

Pero en el mismo instante, para que no le viesen, Pitou se tendió en el suelo boca abajo.

Después, arrastrándose como una serpiente, adelantó diez pasos más, pudo ponerse así al alcance de la voz y escuchó.

—Buenos días, señor Isidoro —decía Catalina.

—¡Señor Isidoro! —murmuró Pitou—. Ya lo sabía yo.

Entonces sintió en toda su persona la inmensa fatiga de todo aquel trabajo que la duda, la desconfianza y los celos le habían inducido a emprender hacía una hora.

Los dos jóvenes, uno frente a otro, habían dejado las riendas para cogerse las manos; estaban temblorosos, mudos y risueños; mientras que los dos caballos, acostumbrados, sin duda, a verse, acariciábanse con el hocico y retozaban.

—Os habéis retrasado *hoy,* señor Isidoro —dijo Catalina, rompiendo el silencio.

—¡Hoy! —dijo Pitou—. Parece que los demás días no se retrasa.

—No es culpa mía, querida Catalina —replicó el joven—; me ha entretenido una carta de mi hermano, recibida esta mañana, y a la cual he debido contestar a correo vuelto; pero no temáis nada, pues mañana seré más puntual.

Catalina sonrió, e Isidoro estrechó más tiernamente aún la mano que le abandonaban.

¡Ay!, éstas eran otras tantas espinas que desangraban el corazón del pobre Pitou.

—¿Tenéis, pues, noticias recientes de París? —preguntó Catalina?

—Sí.

—Pues yo también —repuso la joven sonriendo—. ¿No me dijisteis el otro día que cuando sucede alguna cosa semejante a dos personas que se aman, esto se llama simpatía?

—Precisamente. Y ¿cómo habéis recibido vos noticias, hermosa Catalina?

—Por Pitou.

—¿Qué es eso de Pitou? —preguntó el joven noble con un aire de broma, que convirtió en carmesí el color rojo de las mejillas de Pitou.

—Pues ya lo sabéis —dijo Catalina—: Pitou es ese pobre muchacho que mi padre había admitido en la granja y que me daba el brazo un domingo.

—¡Ah! Sí —dijo el caballero—; aquel que tiene rodillas como nudos de servilleta.

Catalina se echó a reír. Pitou, sensible a la humillación, desesperado, miró sus rodillas, que parecían, en efecto, nudos, apoyándose sobre las manos para levantarse un poco, y después se aplanó de nuevo, profiriendo un suspiro.
—Vamos —dijo Catalina—; no maltratéis demasiado a mi pobre Pitou. ¿Sabéis lo que me proponía hace poco?
—No: contadme eso, bella Catalina.
—¡Pues bien! Quería acompañarme a La Ferté-Milon.
—¿Adonde no vais, seguramente?
—No, puesto que sabía que me esperabais aquí, mientras que yo soy quien ha esperado casi.
—¡Ah! Ved que acabáis de pronunciar una frase propia de un rey.
—¿De veras? Pues no lo sabía.
—Y ¿por qué no habéis aceptado la oferta de ese galante joven? —preguntó el caballero—. Nos hubiéramos divertido un poco.
—Tal vez no —replicó Catalina, sonriendo.
—Tenéis razón —repuso Isidoro, fijando en la bella aldeana sus ojos brillantes de amor.
Y ocultó la cabeza de la joven en sus brazos, cruzándolos sobre ella.
Pitou cerró los ojos para no ver; pero se había olvidado taparse los oídos para no oír, y el rumor de un beso llegó hasta él.
Pitou se cogió los cabellos con desesperación, como hace el apestado en el cuadro de Gros, que representa a Bonaparte visitando el hospital de Jaffa.
Cuando Pitou volvió en sí, los jóvenes habían vuelto a poner sus caballos al paso y alejábanse lentamente.
Las últimas palabras que Pitou pudo oír fueron las siguientes:
—Sí, tenéis razón, señor Isidoro: pasearemos una hora. Yo desquitaré este tiempo a costa de las piernas de mi caballo, y como es un buen animal, no dirá nada.
Y esto fue todo. La visión se desvaneció; la oscuridad se hizo en el alma de Pitou, como se hacía en la naturaleza, y, revolcándose en los brezos, el pobre muchacho se dejó llevar de los ingenuos impulsos de su dolor.
La frescura de la noche le serenó.
—No volveré a la granja —dijo— porque me vería humillado, burlado y debería comer el pan de una mujer que ama a otro hombre, a un hombre que, debo confesarlo, es más guapo, más rico y más elegante que yo. No: mi lugar no está ya en Pisseleux, sino en Haramont, en mi país, donde tal vez hallaré personas que no echarán de ver si mis rodillas parecen nudos de servilleta.
Dicho esto, Pitou se frotó sus largas piernas y encaminóse hacia Haramont, donde, sin que él lo sospechase, le habían precedido su reputación y la de su casco y su sable, y donde le esperaban, si no la felicidad, por lo menos un destino glorioso.
Ya se sabe que no es atributo de la humanidad hallar siempre felicidad completa.

## LXII

## PITOU ORADOR

Sin embargo, al llegar a Villers-Cotterets a eso de las diez de la noche, después de marchar seis horas antes y de haber hecho en el intervalo el largo viaje que hemos procurado describir, Pitou comprendió que, por triste que estuviese, más valía permanecer en la posada del *Delfín* y dormir en una cama que pasar la noche al sereno bajo alguna haya o encina del bosque.

No debía pensar en dormir en una casa de Haramont, llegando allí a las diez y media de la noche, pues haría ya hora y media que todas las luces se habían apagado y que todas las puertas estaban cerradas.

Pitou se detuvo, pues, en la posada del *Delfín*, donde mediante una moneda de treinta sueldos obtuvo una excelente cama, un pan de cuatro libras, un pedazo de queso y un jarrón de sidra.

Pitou estaba rendido y enamorado, a la vez que desesperado, de lo cual resultó entre la parte física y la moral una lucha en que la segunda, vencedora en un principio, acabó por sucumbir.

Es decir, que desde las once de la noche hasta las dos de la madrugada, Pitou lloró, suspiró y revolvióse en su lecho sin poder dormir; pero después, vencido por la fatiga, cerró los ojos para no abrirlos hasta las siete.

Si todo el mundo está acostado en Haramont a las diez y media de la noche, a las siete de la mañana todo el mundo está levantado en Villers-Cotterets.

Al salir de la posada del Delfín, Pitou pudo ver de nuevo cómo su casco y su sable llamaban de nuevo la atención pública; de tal modo que después de andar cien pasos se Vio rodeado de un considerable grupo.

Decididamente, Pitou había conquistado una inmensa popularidad en el país.

Pocos viajeros tienen tanta suerte: el sol, que, según dicen, luce para todo el mundo, no brilla siempre favorablemente para las personas que vuelven a su patria con el deseo de ser profetas.

Pero tampoco todos tienen una tía gruñona y avara hasta la ferocidad, como lo era la tía Angélica; ni tampoco todos los que son capaces de comerse un gallo con arroz pueden ofrecer un escudo de oro para pagarlo.

Pero menos frecuente es aún en los aparecidos, cuyo origen y tradiciones se remontan a la Odisea, el volver con casco en la cabeza y sable en la cintura, sobre todo cuando el resto del equipo tiene un poco de todo menos de militar.

Pues debe advertirse que lo que más llamaba la atención de sus conciudadanos sobre la persona de Pitou eran su casco y su sable.

Excepto las penas de amor, que habían contristado a Pitou a su vuelta, bien se ve que para el mozo las satisfacciones y los triunfos eran una compensación.

Por eso algunos habitantes de Villers-Cotterets, que habían acompañado la víspera a Pitou desde la puerta del abate Fortier, en la calle de Soissons, hasta la puerta de la tía Angélica, en el Pleux, resolvieron continuar la ovación, conduciendo a Pitou desde Villers-Cotterets hasta Haramont.

Y lo hicieron como lo habían resuelto, visto lo cual por los habitantes de Haramont, éstos comenzaron a apreciar a su compatriota en su justo valor.
Justo es decir que ya estaba la tierra preparada para recibir la simiente: el primer pasaje de Pitou, por rápido que fuese, había dejado una huella en los ánimos; su casco y su sable estaban grabados en la memoria de aquellos que le habían visto en el estado de aparición luminosa.
En su consecuencia, los habitantes de Haramont, viéndose favorecidos por este segundo regreso de Pitou, a quien no esperaban ya, rodeáronle con toda especie de muestras de consideración, rogándole que se despojara de su marcial atavío para descansar al pie de los cuatro tilos que sombreaban la plaza del pueblo, como se rogaba a Marte en Tesalia, en los aniversarios de sus grandes triunfos.
Pitou se dignó acceder a lo que le pedían, con tanta más razón cuanto que su objeto era establecerse en Haramont; y aceptó el refugio de una habitación que un compatriota belicoso del pueblo le alquiló con todos los muebles necesarios, es decir, un catre de tablas con colchón, dos sillas, una mesa,y un jarro para el agua.
El todo fue apreciado por el mismo propietario en seis libras anuales, o sea el valor de dos gallos con arroz.
Hecho el trato, Pitou tomó posesión de su domicilio, pagando la bebida a todos cuantos le habían acompañado; y como los acontecimientos, no menos que la sidra, se le habían subido a la cabeza, les dirigió un discurso en el umbral de su puerta.
Era un gran acontecimiento aquel discurso de Pitou, y así es que todo Haramont formó círculo alrededor de la casa.
El mozo había aprendido un poco, conocía las formas de la oratoria, y no ignoraba las ocho palabras con que en aquella época los organizadores de naciones, como los llamaba Homero, ponían en movimiento a las masas populares.
Del señor de Lafayette a Pitou había, sin duda, gran distancia; pero Haramont estaba también muy lejos de París.
Moralmente hablando, por supuesto, Pitou comenzó por un exordio que no hubiera desagradado al mismo abate Fortier, por descontentadizo que fuese.
—Ciudadanos —dijo—, conciudadanos: esta palabra es dulce de pronunciar, como ya lo manifesté a otros franceses, pues todos ellos son hermanos; pero aquí creo hablar a hermanos verdaderos, y encuentro toda una familia en mis compatriotas de Haramont.
Las mujeres, de las cuales se contaban algunas en el auditorio, no eran las mejor dispuestas en favor de Pitou, porque éste conservaba las rodillas muy voluminosas y las piernas demasiado delgadas para tener atractivo alguno en el auditorio femenino. Al oír la palabra *familia,* pensaron en aquel pobre Pitou, pobre huérfano abandonado que desde la muerte de su madre no había podido nunca satisfacer del todo las necesidades de su estómago; y aquella palabra *familia,* pronunciada por el joven que carecía de ella, conmovió en algunas esa fibra tan sensible que constituye el depósito de las lágrimas.
Terminado el exordio, Pitou comenzó la narración, segunda parte de su discurso.

Refirió su viaje a París, los motines, la toma de la Bastilla y la venganza del pueblo; tocó ligeramente sobre la parte que había tomado en el combate del Palais Royal y del arrabal de San Antonio; pero cuanto menos se envanecía, tanto más grande parecía a los ojos de sus compatriotas, y, al fin del relato de Pitou, su casco era tan inmenso como la cúpula de los Inválidos, y su sable tan alto como el campanario de Haramont.
Terminado el discurso, Pitou pasó a confirmar aquella delicada operación por la que Cicerón reconocía al verdadero orador.
Probó que las pasiones populares se habían sublevado justamente contra los agiotistas; dijo algunas palabras acerca de los señores Pitt, padre e hijo; explicó la revolución por los privilegios concedidos a la nobleza y al clero; y, por último, invitó al pueblo de Haramont a hacer en particular lo que el pueblo francés había hecho en general, es decir, reunirse contra el enemigo común.
Después pasó de la confirmación a la peroración, por una de esas transiciones comunes a todos los grandes oradores.
Dejó caer su sable, y al levantarlo lo desenvainó inadvertidamente, lo cual le proporcionó el texto de una proposición incendiaria que llamaba a las armas a los habitantes del distrito, a imitación de los parisienses revoltosos.
Los de Haramont, muy entusiastas, contestaron enérgicamente.
La revolución fue proclamada y aclamada en el pueblo.
Los de Villers-Cotterets, que habían asistido a la sesión, marcharon con el corazón henchido de patriotismo, cantando de la manera más amenazadora para los aristócratas, y con salvaje furor:

*¡Viva Enrique IV!*
*¡Viva el rey valiente!*

Rouget de l'lsle no había compuesto aún la *Marsellesa*, y los federales del año 90 no habían despertado todavía el antigua *Ça ira* popular, atendido que se estaba aún en el año de gracia de 1789.
Pitou creyó no haber hecho más que pronunciar un discurso; pero Pitou acababa de promover una revolución.
Entró en su casa, se regaló con un pedazo de pan moreno, y el resto de su queso de la posada del Delfín, resto cuidadosamente guardado en su casco, y después fue a comprar alambre de latón para construir sus ballestas y lazos: llegada la noche, los colocó en el bosque.
Poco tiempo después, Pitou cogió un conejo y un gazapo.
Pitou hubiera querido una liebre; pero no observó ningún paso de este animal, lo cual le fue explicado por aquel antiguo axioma de los cazadores: perros y gatos, liebres y conejos, no viven juntos.
Hubiera necesitado recorrer tres o cuatro leguas para llegar a un cantón donde abundaban las liebres, y Pitou estaba algo cansado, porque sus piernas habían hecho la víspera todo cuanto podían hacer en un día. Además de recorrer unas quince leguas, habían llevado durante las cuatro o cinco últimas a un hombre agobiado de dolor, y nada hay tan pesado para las piernas largas.

Hacia la una de la madrugada entró en su casa con la primera presa, y esperaba obtener otra durante el resto del día.
Se acostó, conservando en sí un resto tan amargo de aquel dolor que la víspera fatigó tanto sus piernas que no pudo dormir más de seis horas seguidas sobre aquel mísero colchón que el mismo propietario llamaba *galleta*.
Pitou durmió desde la una hasta las siete de la mañana, y el sol le sorprendió durmiendo, con la ventana abierta. Por aquella ventana, treinta o cuarenta vecinos de Haramont miraban cómo dormía.
Despertó lo mismo que Turena sobre su cureña, sonrió a sus compatriotas y preguntóles graciosamente por qué iban a visitarle tan de mañana y en tan considerable número.
Uno de ellos tomó la palabra, y reproduciremos fielmente el diálogo que medió entre los dos: era un leñador llamado Claudio Tellier.
—Ángel Pitou —dijo—, hemos reflexionado toda la noche: los ciudadanos deben, en efecto, como nos dijistes ayer, armarse para la libertad.
—Sí lo he dicho —replicó Pitou, con un tono firme que indicaba que estaba dispuesto a sostener sus palabras.
—Mas para armarnos nos falta lo principal.
—¿El qué?
—Armas.
—¡Ah! Es cierto —dijo Pitou.
—Sin embargo, hemos reflexionado lo suficiente para no perder el tiempo, y nos armaremos a toda costa.
—Cuando yo me marché —dijo Pitou— había cinco armas de fuego en Haramont, tres fusiles de ordenanza, una escopeta de un tiro y otra de dos.
—Pues ahora solamente hay cuatro —repuso el orador—, Porque una escopeta se inutilizó de puro vieja hace un mes.
—Era la de Desirée Maniquet —dijo Pitou.
—Sí, y por cierto que se me llevó dos dedos al reventar —dijo Maniqueta, elevando sobre la cabeza su mano mutilada—, y como el accidente me ocurrió en las tierras de ese aristócrata, de ese que llaman señor de Longpré, los aristócratas me pagarán el daño.
Pitou inclinó la cabeza en señal de que aprobaba aquella justa venganza.
—Tenemos, pues, cuatro armas de fuego solamente —continuó Claudio Tellier.
—Pues bien: con eso se pueden armar ya cinco hombres —dijo Pitou.
—¿Cómo?
—Sí: el quinto llevará una pica, como se hace en París: por cada cuatro hombres armados de fusiles, siempre hay uno que tan sólo lleva una pica, y esto es muy cómodo, porque así se pueden llevar las cabezas cortadas.
—¡Oh, oh! —dijo una voz alegremente—. Debe esperarle que nosotros no cortaremos cabezas.
—No —dijo gravemente Pitou—. Con tal que sepamos despreciar el oro de los señores Pitt, padre e hijo. Pero volvamos a las armas de fuego, sin salir de la cuestión, como dice el señor Bailly. ¿Cuántos hombres hay en Haramont capaces de empuñar las armas? ¿Os habéis contado?
—Sí.

—Y ¿cuántos sois?
—Treinta y dos.
—¿De modo que faltan veintiocho fusiles?
—Que nunca tendremos —dijo la voz de antes, que era la de un hombre grueso, de rostro pálido.
—¡Ah! —exclamó Pitou—. Ya veremos eso, Bonifacio.
—¿Cómo?
—Sí: es preciso saber, como yo sé.
—Y ¿qué sabes?
—Sé dónde se han de buscar.
—¿Buscar?
—Sí. El pueblo de París no tenía armas tampoco; pero el señor Marat, médico tan sabio como feo, dijo al pueblo dónde había armas; el pueblo fue adonde el señor Marat indicó, y las encontró.
—Y ¿adonde dijo el señor Marat que fueran? —preguntó Maniquet.
—A los Inválidos.
—Sí; pero en Haramont no tenemos Inválidos
—Yo conozco un sitio donde hay más de cien fusiles —dijo Pitou.
—¿Dónde?
—En una de las salas del colegio del abate Fortier
—¿El abate Fortier tiene cien fusiles? ¿Acaso quiere armar a sus niños de coro ese galopín? —preguntó Claudio Tellier.
Pitou no profesaba mucho afecto al abate Fortier; pero aquella injuria contra su antiguo profesor le resintió profundamente.
—¡Claudio! —exclamó—. ¡Claudio!
—Y bien, ¿qué?
—Yo no he dicho que los fusiles fueran del abate Fortier.
—Si están en su casa, suyos son.
—Ese dilema es falso, Claudio. Yo estoy en la casa de Bastían Godinet, y, sin embargo, esta casa no es mía.
—Es verdad —dijo Bastian, contestando, sin que Pitou tuviera necesidad de hacerlo.
—Los fusiles, pues, no son del abate Fortier —dijo Pitou.
—Pues ¿a quién pertenecen?
—Al distrito.
—Si son del distrito, ¿por qué están en casa del abate?
—Están allí porque la casa del abate se halla en el distrito, que le permite ocuparla en recompensa de que dice la misa e instruye gratis a los hijos de los ciudadanos pobres. Ahora bien: puesto que la casa del abate pertenece al distrito, este último tiene derecho para reservar en el edificio que le pertenece un aposento donde poner sus fusiles.
—¡Es verdad! —dijeron los oyentes—. El distrito tiene derecho para eso.
—Pues bien: sepamos ahora cómo haremos para adquirir esos fusiles.
Esta pregunta apuró un poco a Pitou, que se rascó la oreja.
—Vamos, contesta—dijo otra voz—. Es preciso que vayamos a trabajar.
Pitou respiró. El último interlocutor acababa de proporcionarle una salida.

—¡Trabajar! —exclamó Pitou—. ¡Habláis de armaros para la defensa de la patria, y pensáis en trabajar!
Y Pitou recalcó la frase con una sonrisa de tal modo irónica y desdeñosa, que sus oyentes se miraron humillados.
—Bien sacrificaríamos algunos días para ser libres, si fuese de todo punto preciso —dijo otro.
—Para ser libres —repuso Pitou—, no es un día lo que se ha de sacrificar, sino todos.
—Entonces, cuando se trabaja por la libertad se descansa —dijo Bonifacio.
—Escucha, Bonifacio —repuso Pitou, con cierto aire de Lafayette irritado—. Jamás podrán ser libres los que no sepan hollar bajo los pies las preocupaciones.
—Nada deseo tanto como no trabajar —repuso Bonifacio—. Pero ¿quién me dará de comer?
—¿Acaso se come? —preguntó Pitou.
—En Haramont sí, aún se come. ¿No hacen lo mismo en París?
—Se come cuando se ha vencido a los tiranos —replicó Pitou—, ¿Se comió, por ventura, el catorce de julio, ni se pensaba en comer aquel día? No: faltaba tiempo para ello.
—¡Ah, ah! —exclamaron los más celosos—. ¡Qué hermosa debía ser la toma de la Bastilla!
—¡Comer! —continuó Pitou, con acento desdeñoso—. ¡Ah! Si fuera beber, no digo, porque hacía mucho calor, y la pólvora de cañón es muy áspera.
—Pero ¿qué bebían?
—Agua, vino y aguardiente. Las mujeres se cuidaban de esto.
—¿Las mujeres?
—Sí: mujeres heroicas, que habían hecho banderas con sus vestidos.
—¿De veras? —exclamaron los oyentes, maravillados.
—Pero, en fin —dijo un escéptico—, al día siguiente se comería, sin duda.
—No digo lo contrario —contestó Pitou.
—Pues entonces —repuso Bonifacio, con aire triunfante—, si se comió, también se trabajaría.
—Señor Bonifacio —dijo Pitou—: habláis de esas cosas sin conocerlas. París no es un caserío, ni se compone de un grupo de campesinos rutinarios, que se ocupan tan sólo de atender a las necesidades de su vientre: *Obediencia ventri*, como decimos en latín nosotros los sabios. No: París, como dice el señor de Mirabeau, es la cabeza de las naciones; es un cerebro que piensa para el mundo entero; y un cerebro no come jamás, señores.
—Es verdad —pensaron los oyentes.
—Y, sin embargo —continó Pitou—, el cerebro que no come se nutre lo mismo.
—¿Y cómo lo hace? —preguntó Bonifacio.
—Invisiblemente: con el alimento del cuerpo.
En este punto los de Haramont dejaron de comprender.
—Explícanos eso, Pitou —dijo Bonifacio.
—Muy fácilmente —contestó el mozo—. París es el cerebro, como ya se ha dicho; las provincias son los miembros que trabajarán, beberán y comerán, mientras que París piensa.

—Entonces, abandono la provincia y me voy a París —repuso el escéptico Bonifacio—. ¿Queréis venir conmigo vosotros?
Una parte del auditorio se echó a reír, participando, al parecer, de la opinión de Bonifacio.
Pitou comprendió que iba a quedar desacreditado por aquel burlón.
—¡Pues id a París! —exclamó a su vez—. Y si encontráis una sola figura tan ridícula como la vuestra, os compraré gazapos, como ese que veis, a razón de un luis cada uno.
Y, con una mano, Pitou mostró su gazapo, mientras que con la otra hacía resonar los pocos luises que le quedaban de la munificencia de Gilberto.
Pitou hizo reír a su vez, lo cual bastó para que Bonifacio se sonrojara.
—¡Oye tú, Pitou, parece que te das mucho tono llamándonos ridículos!
—*Ridículus tu es* —dijo majestuosamente Pitou.
—¡Pero, hombre, mírate tú mismo! —replicó Bonifacio.
—Por más que mire —dijo el mozo—, podré ver alguna cosa tan fea como tú, pero nunca tan estúpida.
Apenas había acabado Pitou de pronunciar estas palabras, cuando Bonifacio (son muy cerriles los de Haramont) le asestó un puñetazo, que Pitou paró diestramente con un ojo, pero contestando con un puntapié muy parisiense, el cual fue seguido de otro que derribó en tierra al escéptico.
Pitou se inclinó sobre su adversario como para completar su victoria de una manera fatal, y todos se precipitaban en auxilio de Bonifacio, cuando Pitou se incorporó, diciendo:
—Has de saber que los vencedores de la Bastilla no se baten a puñetazos: tengo mi sable, coge otro, y concluyamos.
Y el joven desenvainó, olvidando; o sin olvidar, que no había en Haramont más que su sable y el del guarda de campo, algunas pulgadas más corto.
No olvidemos que, para restablecer el equilibrio, Pitou se puso su casco.
Aquella grandeza de alma electrizó a la asamblea, y se convino en que Bonifacio era un gañán, un mentecato, indigno de tomar parte en la discusión sobre los asuntos públicos, por lo cual fue expulsado de la casa.
—Ya veis —dijo entonces Pitou—, la imagen de las revoluciones de París, como lo ha dicho el señor Prudhomme o Loustalot... Creo que fue el virtuoso Loustalot... Sí, estoy seguro de que fue él: «Los grandes no nos parecen tales sino porque estamos de rodillas. ¡Levantémonos!»
Estas palabras no tenían la menor relación con el caso; pero, tal vez a causa de esto mismo, produjeron un efecto prodigioso.
El escéptico Bonifacio, que aún estaban allí, aunque a veinte pasos de distancia, quedó admirado, y volvió humildemente para decir a Pitou:
—No debes tenernos ojeriza, Pitou, si no conocemos la libertad tan bien como tú.
—No es la libertad: se trata de los derechos del hombre.
Este segundo golpe bastó a Pitou para anonadar por segunda vez a sus oyentes.
—Decididamente —dijo Bonifacio—, eres un sabio y debemos acatarte.
Pitou se inclinó.
—Sí —repuso—, la educación y la experiencia me han elevado sobre vosotros; y si hace un momento te hablé con cierta dureza era por la amistad que te profeso.

Los aplausos resonaron, y Pilou vio que podía lanzarse.

—Acabáis de hablar de trabajo —dijo—, pero ¿sabéis lo que es? Para vosotros, el trabajo consiste en cortar leña, segar las mieses.. recogerlas y hacer gavillas; colocar piedras y asegurarlas con argamasa... He aquí lo que es el trabajo para vosotros. A vuestro modo de ver, yo no trabajo. Pues bien: os engañáis: yo solo hago más que todos vosotros, porque medito vuestra emancipación, porque sueño vuestra libertad, vuestra igualdad; y uno solo de mis momentos vale cien de vuestros días. Los bueyes que aran la tierra hacen todos la misma cosa; pero el hombre que piensa sobrepuja a todas las fuerzas de la materia. Yo solo valgo tanto como todos vosotros.

»Ved al señor de Lafayette: es hombre delgado, rubio, no mucho más alto que Claudio Tellier; tiene la nariz puntiaguda, piernas enjutas y brazos como los palos de esa silla. En cuanto a las manos y a los pies, no hablemos de ellos, pues tanto valdría no tener. Pues bien: ese hombre ha llevado dos mundos sobre sus hombros, uno más que Atlas, y sus pequeñas manos han roto las cadenas de América y de Francia.

»Ahora bien: puesto que tales brazos han hecho eso, siendo como los de una silla, juzgad lo que pueden hacer los míos.

Así diciendo, Pitou mostró sus brazos, nudosos como troncos de acebo.

Y con esta comparación se detuvo, seguro de haber producido un gran efecto sin decir nada.

Y lo había producido.

## LXIII

## PITOU CONSPIRADOR

La mayor parte de las cosas que le suceden al hombre, y que son para él grandes felicidades o grandes honores, le provienen casi siempre de haber deseado mucho o de haber despreciado mucho.

Si se quiere hacer la aplicación de esta máxima a los acontecimientos y a los hombres de la historia, se verá que no solamente es profunda, sino que es verdadera.

Nos contentaremos, sin apelar a otras pruebas, con aplicarla a Pitou, nuestro hombre y nuestra historia.

En efecto: Pitou, si se nos permite volver algunos pasos atrás y referirnos a la herida que había recibido en pleno corazón, Pitou, decimos, después de lo que había visto en el lindero del bosque, se sintió poseído de un gran desdén por las cosas de este mundo.

El joven, que había esperado que floreciera en su corazón aquella planta preciosa y rara llamada amor; él, que había vuelto a su país con casco y sable, orgulloso de asociarse con Marte y Venus, como decía su ilustre compatriota Demoustier en sus *Cartas a Emilio sobre la Mitología,* quedó muy contristado al ver que en Villers-Cotterets y en sus alrededores había rivales muy temibles; él, que había tomado una parte tan activa en la cruzada de los parisienses contra los caballeros, considerábase ahora muy pequeño ante la nobleza campesina, representada por el señor Isidoro de Charny.

¡Ay! Un joven tan apuesto, un hombre capaz de agradar a primera vista, un caballero que llevaba calzón de piel y traje de terciopelo. ¡Cómo luchar contra semejante hombre, que llevaba botas de montar con espuelas y a quien muchas personas titulaban aún el hermano monseñor!

¡Cómo luchar contra un hombre semejante! ¡Cómo no sentir a la vez vergüenza y admiración, dos sentimientos que en el corazón del celoso son un doble suplicio, tan horrible que jamás se ha podido decir si el que se halla en este caso prefiere un rival superior o inferior a él!

Pitou, pues, conocía los celos, llaga incurable, fértil en dolores ignorados hasta entonces del ingenuo y honrado corazón de nuestro héroe; los celos, vegetación fenomenal venenosa, salida sin simiente de un terreno donde hasta entonces nada había visto germinar ninguna mala pasión, ni aun el amor propio, esa mala hierba que invade los terrenos más estériles.

Un corazón así lacerado necesita una filosofía muy profunda para recobrar su acostumbrada calma.

¿Fue Pitou un filósofo, él, que al día siguiente de aquel en que experimentó la terrible sensación pensaba en ir a coger los conejos y las liebres de monseñor el duque de Orleans, y al otro día pronunciar los magníficos discursos que hemos citado.

¿Tenía su corazón la dureza del pedernal, en el que cada choque hace saltar una chispa, o simplemente la suave resistencia de la esponja, que tiene la facultad de

absorber las lágrimas y de ablandarse sin romperse en el choque de las desgracias?

El porvenir nos lo dirá. Sin prejuzgar, limitémonos a referir.

Después de recibida la visita y de pronunciados sus discursos, Pitou, obligado por su apetito a descender a otras atenciones inferiores, ocupóse en la cocina, y se comió su gazapo, sintiendo que no fuera una liebre.

En efecto: si lo hubiese sido, Pitou la hubiera vendido en vez de comérsela.

Y no habría sido poco negocio, pues una liebre valía, según sus dimensiones, de dieciocho a veinticuatro sueldos, y, aunque poseedor aún de los pocos luises dados por el doctor Gilberto, Pitou, que, sin ser avaro como la tía Angélica, había heredado de su madre una buena parte de su espíritu de economía, habría reunido aquellos sueldos con su tesoro, redondeándolo en vez de mermarlo.

Porque Pitou se hacía la reflexión de que no es necesario que un hombre haga comidas tan pronto de tres libras como de dieciocho sueldos; comprendía que no era un Lúculo, y decíase que con los dieciocho sueldos de su liebre podría haber vivido toda una semana.

Ahora bien: durante este tiempo, suponiendo que hubiese cogido una liebre el primer día, muy bien hubiera podido obtener tres en los siete días, o, mejor dicho, en las siete noches siguientes; de modo que en una semana habría ganado el alimento del mes.

Según esta cuenta, cuarenta y ocho liebres le bastaban para un año, y todo lo demás era beneficio líquido.

Pitou hacía este cálculo económico comiendo al mismo tiempo su gazapo, que, en vez de reportarle dieciocho sueldos, le costaba dos de manteca. En cuanto a las cebollas, las había cogido en el territorio comunal.

«Después de comer, la lumbre o el paseo», dice el proverbio; y Pitou buscó en el bosque un rincón para dormir.

Inútil parece decir que, desde que el infeliz no hablaba ya de política, hallándose solo consigo mismo, tenía continuamente en su pensamiento el espectáculo del señor Isidoro galanteando a la señorita Catalina.

Sus profundos suspiros debían conmover a las encinas y las hayas. La Naturaleza, que siempre sonríe a los estómagos satisfechos, hacía una excepción en favor de Pitou, y se le presentaba como un vasto desierto negro, en el cual no quedaban más que conejos, liebres y corzos.

Una vez oculto bajo los grandes árboles de su bosque natal, Pitou, inspirándose en su sombra y su frescura, se fortaleció en su heroica resolución de no volver a ver a Catalina, dejarla libre y no afligirse él mismo demasiado por sus preferencias, ni humillarse más de lo que convenía por la comparación.

Muy doloroso era el esfuerzo que debía hacer para no ver más a la señorita Catalina; mas un hombre debía ser hombre.

Por otra parte, no toda la cuestión estaba en esto.

No se trataba precisamente de no ver más a la señorita Catalina, sino de no ser visto de ella.

Ahora bien: ¿qué se oponía a que de vez en cuando el amante importuno, ocultándose cuidadosamente, mirase al paso a la hermosa ingrata? Nada.

¿Cuál era la distancia desde Haramont a Pisseleux? Apenas legua y media, es decir, algunas zancadas y nada más.
Tan indigno sería por parte de Pitou buscar a Catalina después de lo que había visto, como discreto y hábil continuar observando sus hechos y ademanes, gracias a un ejercicio que sería muy saludable para Pitou.
Por lo demás, los cantones del bosque situados detrás de Pisseleux, y que se extendían hasta Boursonne, abundaban en liebres.
Pitou iría por la noche a tender sus lazos, y a la mañana siguiente, desde lo alto de algún montecillo, interrogaría la llanura, acechando las salidas de la señorita Catalina; estaba en su derecho, y era ciertamente su deber fundado en poderes recibidos de Billot.
Consolado así por esta reflexión, Pitou creyó que podía dejar de suspirar; comióse un enorme pedazo de pan que consigo llevaba, y, llegada la noche, tendió una docena de lazos, echándose después sobre los brezos aún calientes por el sol del día.
Allí durmió como un hombre desesperado, es decir, con un sueño semejante a la muerte.
La frescura de la noche le despertó; visitó sus lazos y no vio nada en ellos; pero Pitou no contaba nunca sino con la caza de la mañana. Sin embargo, como sintiese cierta pesadez en la cabeza, resolvió ir a su alojamiento y volver al día siguiente.
Pero aquel tiempo había pasado para él tan vacío de acontecimientos y de intrigas, como ocupado para los habitantes de la aldea, que se entretuvieron en reflexionar y hacer combinaciones.
Hacia la mitad de aquel día que Pitou había pasado meditando en el bosque hubiérase podido ver a los leñadores apoyados en sus hachas; a los cavadores con sus azadas en el aire, y a los carpinteros con el cepillo inmóvil sobre la tosca tabla.
De todos aquellos momentos perdidos, Pitou era la causa; Pitou había sido el soplo de la discordia lanzado entre aquellos átomos que comenzaban a flotar confusamente.
Y Pitou, causa de la perturbación, ni siquiera se acordaba de ella.
Pero a la hora en que se encaminaba hacia su domicilio, y aunque hubiesen dado ya las diez, hora en que de costumbre no hay ni una luz encendida, ni un ojo abierto en el pueblo, Pitou vio un espectáculo inusitado alrededor de su casa: eran varios grupos de hombres, sentados los unos, de pie los otros y algunos paseando.
La actitud de cada uno de estos grupos tenía una significación particular.
Pitou, sin saber por qué, pensó que aquella gente hablaba de él.
Y, al penetrar en la calle, todos experimentaron como una sacudida eléctrica, señalándosele unos a otros.
—¿Qué tendrán? —se preguntó Pitou—. Pues yo no llevo mi casco, para que me miren así.
Y entró humildemente en su casa después de cruzar algunos saludos con sus vecinos.

Aún no había cerrado la puerta, bastante mal unida, cuando creyó oír un golpe sobre la madera.
Pitou no encendía luz antes de acostarse, pues la vela era demasiado lujo para un hombre que, no teniendo más que una cama, no podía confundirla con otra, y que, careciendo de libros, no le era dado leer.
Pero lo cierto era que llamaban a su puerta.
Pitou levantó el picaporte.
Dos hombres, dos jóvenes de Haramont, entraron familiarmente en su casa.
—¡Calla! No tienes luz, Pitou —dijo uno de ellos.
—No —contestó Pitou—. ¿Para qué la quiero?
—Pues para ver.
—¡Oh! Ya veo yo de noche: soy nictálope.
Y como en prueba de lo que decía, añadió:
—Buenas noches, Claudio; buenas noches, Desirée.
—¡Pues ya estamos aquí, Pitou! —contestaron los dos hombres.
—Es una buena visita. ¿Qué deseáis, amigos míos? —preguntó Pitou.
—Ven adonde haya claridad —dijo Claudio.
—¿Claridad de qué, si no hay luna?
—Claridad del cielo.
—¿Tienes que hablarme?
—Sí: debemos hablarte, Ángel.
Y Claudio recalcó significativamente estas palabras.
—Vamos allá —dijo Pitou. Y todos tres salieron.
Llegados a la primera encrucijada del bosque, detuviéronse, sin que Pitou supiera lo que de él deseaban.
—Veamos qué hay —dijo Pitou al ver que sus dos compañeros se detenían.
—Escucha, Ángel —dijo Claudio—, hétenos aquí, a Desirée Maniquet y yo, que llevamos la voz en el país. ¿Quieres ser de los nuestros?
—¿Para qué?
—¡Ah! Para...
—¿Para qué? —volvió a preguntar Pitou irguiéndose.
—Para conspirar —murmuró Claudio al oído del joven.
—¡Ah, ah! —exclamó Pitou con sonrisa burlona.
La verdad es que le daba miedo aquella palabra y hasta su eco, aun en medio del bosque.
—Vamos, explícate —dijo, al fin.
—He aquí el hecho; acércate tú, Desirée, que eres cazador furtivo en el arma y que conoces todos los rumores del día y de la noche, de la llanura y del bosque: mira si nos han seguido y observa si nos espían.
Desirée hizo una señal con la cabeza, y describió un círculo alrededor de Pitou y de Claudio, tan silencioso como el de un lobo que gira en torno de un redil.
Después volvió y dijo:
—Habla: estamos solos.
—Hijos míos —continuó Claudio—: todos los distritos de Francia, según nos has dicho, Pitou, quieren estar armados bajo el pie de guardias nacionales.
—Es verdad —contestó Pitou.

—Pues bien; ¿por qué Haramont no ha de estar también sobre las armas, como los demás distritos?
—Tú mismo lo dijiste ayer, Claudio, cuando hice la proposición de armarnos —replicó Pitou—. Haramont no lo hace porque carece de fusiles.
—¡Oh! Los fusiles no nos inquietan, puesto que tú sabes dónde hay.
—Sí sé, sí sé —dijo Pitou, que veía venir a Claudio y comprendía el peligro.
—Pues bien —continuó el otro—, todos los jóvenes patriotas del país nos hemos consultado hoy.
—Muy bien.
—Y somos treinta y tres.
—La tercera parte de ciento menos uno.
—¿Sabes el ejercicio tú? —preguntó Claudio.
—¡Pardiez! —exclamó Pitou, que ni siquiera sabía llevar el arma.
—Y ¿conoces la táctica bien?
—He visto maniobrar diez veces al general Lafayette con cuarenta mil hombres —contestó desdeñosamente Pitou.
—¡Muy bien! —dijo Desirée, que se cansaba de no hablar nada, y que, sin ser exigente, quería intercalar alguna palabra a su vez.
—Pues ¿quieres mandarnos tú? —preguntó Claudio.
—¡Yo! —exclamó Pitou dando un salto de sorpresa.
—Tú mismo.
Y los dos conspiradores miraron fijamente a Pitou.
—¡Oh! Tú vacilas —dijo Claudio.
—Pero...
—Tú no eres buen patriota —añadió Desirée.
—¡Oh! En cuanto a eso...
—Tú temes, sin duda, alguna cosa.
—¡Yo! ¡Un vencedor de la Bastilla, que ha sido condecorado!
—¿Tú condecorado?
—Lo seré cuando se acuñen las medallas. El señor Billot me ha prometido retirar la mía en mi nombre.
—¡Y será condecorado! ¡Tendremos un jefe condecorado! —exclamó Claudio en un transporte de alegría.
—Veamos: ¿aceptas? —preguntó Desirée.
—¿Aceptas tú? —preguntó Claudio.
—¡Pues bien, sí, acepto! —contestó Pitou, llevado de su entusiasmo y acaso también de un sentimiento que se despertaba en él y que se llama orgullo.
—¡Punto concluido! —exclamó Claudio—. Desde mañana, tú nos mandas.
—Y ¿qué he de mandaros?
—Pues el ejercicio.
—¿Y los fusiles?
—¿No sabes tú dónde hay?
—¡Ah! Sí, en casa del abate Fortier.
—Sin duda.
—Pero el abate Fortier está en el derecho de rehusármelos.
—Pues bien: harás como los patriotas hicieron en los Inválidos: los tomarás.

—¿Yo solo?
—Llevarás nuestras firmas, por lo pronto, y, en caso necesario, te daremos auxilio, sublevando a Villers-Cotterets. Pitou movió la cabeza.
—El abate Fortier es testarudo —dijo.
—¡Bah! Tú eras su discípulo predilecto, y no podrá negarte nada.
—Bien se ve que no le conocéis mucho —dijo Pitou suspirando.
—¡Cómo! ¿Crees tú que ese viejo rehusaría?
—Aunque fuese a un escuadrón del Real Alemán. Es un testarudo, *injusium et tenacean*... ¡Ah! Olvidaba que no sabéis latín —añadió Pitou interrumpiéndose.
Pero los dos vecinos de Haramont no se dejaron deslumbrar por la cita ni por el apostrofe.
—A fe mía —dijo Desirée—, ¡vaya un jefe que hemos ido a elegir, Claudio, que se espanta de todo!.
Claudio movió la cabeza.
Entonces Pitou, comprendiendo que acababa de comprometer su elevada posición, recordó que la fortuna ayuda a los audaces.
—¡Pues bien! —exclamó—. Sea. Ya veremos.
—Conque ¿te encargas de los fusiles?
—Me encargo de... tratar de obtenerlos.
Un murmullo de satisfacción sustituyó al de descontento que se había producido.
—¡Oh, oh! —pensó Pitou—. Esa gente me impone ya la ley antes de que sea su jefe. ¿Qué será cuando llegue a serlo?
—Intentar —dijo Claudio moviendo la cabeza—. ¡Oh! No es bastante.
—Pues si no es bastante —replicó Pitou—, hazlo tú mejor: te cedo mi mando: así podrás habértelas tú mismo con el abate y sus disciplinas.
—No valía la pena —dijo desdeñosamente Maniquet— volver de París con un sable y un casco para temer unas disciplinas.
—Un sable y un casco no son una coraza, y, aunque lo fueran, el abate Fortier sabría encontrar muy pronto el defecto de aquélla.
Claudio y Desirée comprendieron, al parecer, esta observación.
—Vamos, Pitou, hijo mío —dijo Claudio. (Hijo mío es un término amistoso muy usado en el país.)
—¡Pues sea! —contestó Pitou—. Pero que haya obediencia, ¡pardiez!
—Ya verás cómo somos obedientes —dijo Claudio guiñando el ojo a Desirée.
—Pero —añadió este último— encárgate tú de los fusiles.
—Convenido —dijo Pitou, muy inquieto en el fondo, pero a quien la ambición aconsejaba ya las grandes audacias.
—¿Lo prometes?
—Lo juro.
Pitou y sus dos compañeros extendieron la mano, y he aquí cómo a la claridad de las estrellas, a la entrada del bosque, la insurrección quedó declarada en el departamento del Aisne por los tres vecinos de Haramont, plagiarios inocentes de Guillermo Tell y de sus compañeros.
El hecho es que Pitou entreveía al fin de sus trabajos la felicidad de mostrarse gloriosamente revestido de las insignias de un mando en la guardia nacional, y estas insignias le parecían muy propias para producir, si no remordimientos, por

lo menos reflexiones a la señorita Catalina. Así consagrado por la voluntad de sus electores, Pitou entró en su casa, meditando sobre los medios de proporcionar armas a sus treinta y tres guardias nacionales.

## LXIV

## DONDE SE VE EL PRINCIPIO MONÁRQUICO REPRESENTADO POR EL ABATE FORTIER, ANTE EL PRINCIPIO REVOLUCIONARIO REPRESENTADO POR PITOU

Aquella noche Pitou estuvo tan preocupado por el alto honor que se le había hecho, que olvidó visitar sus lazos. Al día siguiente, armado de su casco y de su sable, emprendió la marcha hacia Villers-Cotterets.

Las seis de la mañana daban en el reloj de la ciudad cuando Pitou llegó a la plaza del Palacio y llamó discretamente a la puertecilla que daba al jardín del abate Fortier.

Pitou había llamado con bastante fuerza para tranquilizar su conciencia, y con suficiente suavidad para que no se oyese nada en la casa.

Esperaba ganar así un cuarto de hora, y entretanto adornar con algunas flores oratorias el discurso que había preparado para el abate Fortier.

Su asombro fue grande al ver que la puerta se abría, a pesar de lo suavemente que había llamado; pero su admiración cesó muy pronto, pues el que acababa de abrir era Sebastián Gilberto.

El muchacho se paseaba, estudiando su lección al sol, o más bien haciendo que estudiaba, porque el libro abierto pendía de su mano, y, la imaginación del niño volaba caprichosa en pos de todo lo que amaba en este mundo.

Sebastián profirió un grito de alegría al ver a Pitou.

Los dos se abrazaron, y después las primeras palabras del niño se redujeron a preguntar:

—¿Has recibido noticias de París?

—No, ¿y tú? —preguntó Ángel.

—¡Ohí Yo sí: mi padre me ha escrito una carta deliciosa.

—¡Ah! —exclamó Pitou.

—Y en la cual hay una palabra para ti —añadió el niño,

Y, sacando la carta de su pecho, la presentó a su compañero.

«P. S. Billot recomienda a Pitou que no moleste ni distraiga a la gente de la granja.»

—¡Oh! —suspiró Pitou—. He aquí, a fe mía, una recomendación bien inútil. Ya no tengo a nadie a quien molestar ni distraer en la granja.

Y añadió en voz baja, suspirando con más fuerza:

—Al señor Isidoro es a quien hubieran debido dirigir esas palabras.

Pero muy pronto, reponiéndose y devolviéndole la carta a Sebastián, preguntó:

—¿Dónde está el abate?

El muchacho prestó atento oído, y, aunque le separaban de la escalera toda la anchura del patio y una parte del jardín, oyó los pasos del digno sacerdote, bajo los cuales crujía la escalera.

—¡Ah! —exclamó Sebastián—. Ya baja.

Pitou pasó del jardín al patio, y solamente entonces oyó los pesados pasos del abate.

El digno preceptor bajaba leyendo su diario.
Sus fieles disciplinas pendían del costado, como una espada del cinturón de un capitán.
Con la nariz sobre el papel, pues sabía el número de los escalones, así como conocía los salientes y cavidades de su vieja casa, el abate llegó hasta Ángel Pitou, que acababa de tomar el aire más majestuoso que le era posible ante su adversario político.
Y, por lo pronto, digamos algunas palabras qué nos hubieran obligado a escribir un capítulo más, pero que hallan naturalmente su lugar en éste.
Servirán para explicar la presencia en casa del abate Fortier de aquellos treinta o cuarenta fusiles, objeto de las ambiciones de Pitou y de sus dos compañeros Claudio y Desirée.
El abate Fortier, antiguo limosnero del palacio, como ya hemos tenido ocasión de indicar en otra parte, había llegado a ser con el tiempo, y sobre todo por esa paciente persistencia de los eclesiásticos, el único intendente de lo que en economía teatral se designa con el nombre de accesorios de la casa.
Además de los vasos sagrados, de la biblioteca y del guardamueble, había recibido en depósito los antiguos equipos de caza del duque de Orleans, Luis Felipe, padre de Felipe, a quien se llamó después Igualdad. Algunos de estos equipos se remontaban a Luis XIII y a Enrique III. Todos estos objetos habían sido depositados artísticamente por el abate en una galería del palacio, que se le cedió al efecto; y, para comunicarles un aspecto más pintoresco, los había mezclado con escudos, lanzas, puñales, dagas y mosquetes con incrustaciones del tiempo de la Liga.
La puerta de aquella galería estaba formidablemente defendida por dos cañoncitos de bronce plateado, regalo de Luis XIV a su tío Monsieur.
Además, una cincuentena de mosquetes, traídos como trofeos, por José Felipe, del combate de Ouessant, habían sido regalados por él a la municipalidad, y ésta, que, como ya hemos dicho, daba alojamiento gratis al abate Fortier, había mandado poner aquellos mosquetes, con los cuales no sabía qué hacer, en una habitación de la casa colegial.
Este era el tesoro que guardaba el dragón llamado Fortier, amenazado por el Jason llamado Ángel Pitou.
El pequeño arsenal del palacio era bastante célebre en el país para que se dejase adquirirlo sin gastos.
Pero el abate, dragón vigilante, como hemos dicho, no parecía dispuesto a entregar fácilmente a ningún Jason las manzanas de oro de sus Hespérides.
Sentado esto, volvamos a Pitou.
Este último saludó graciosamente al abate, acompañando su saludo con una de esas tosecitas que reclaman la atención de las personas distraídas o preocupadas.
El abate levantó la cabeza, inclinada sobre su diario.
—¡Toma!  Es Pitou —exclamó.
—Para serviros, si fuera capaz de ello —dijo Ángel con mucha cortesía.
El abate dobló su diario, o, más bien, lo cerró como si hubiese sido una cartera, pues en aquella época feliz los diarios no eran aun más que libritos.
Hecho esto, sujetó su diario en la cintura en la parte opuesta a las disciplinas.

—¡Ah! Sí —contestó el abate con aire socarrón—, pero lo malo es que no eres capaz de ello.
—¡Oh, señor abate!
—¿Me entiendes, señor revolucionario?
—¡Vamos bien! Apenas he hablado, y ya os encolerizáis contra mí. Mal principio, señor abate.
Sebastián, que no ignoraba lo que hacía dos días había dicho el ábate acerca de Pitou a todos cuantos le hablaban, prefirió no asistir a la disputa que no podía menos de seguirse entre su amigo y su maestro, y, por lo tanto, se eclipsó.
Pitou miró con cierto pesar cómo se alejaba Sebastián. No era un aliado muy vigoroso, pero sí un niño de la misma comunión que él.
Así es que, al verle desaparecer fuera de la puerta, exhaló un suspiro, y, volviéndose hacia el abate, díjole:
—Vamos, señor abate: ¿por qué me llamáis revolucionario? ¿Soy yo, por ventura, la causa de que se haya hecho la revolución?
—Tú has vivido con los que la hacen.
—Señor abate —replicó Pitou, con suprema dignidad—, cada cual es libre de su pensamiento.
—¡Calla!
—*Est penes hominem arbitrium et ratio.*
—¡Ah! ¡Bah! Conque ¿sabes latín?
—Sí: lo que me habéis enseñado —contestó modestamente Pitou.
—Sí, revisado, corregido, aumentado y embellecido de barbarismo.
—Bueno: de barbarismos, señor abate. ¡Ah! ¿Quién no los comete, Dios mío?
—¡Tunante! —exclamó el abate, visiblemente resentido de aquella contestación con que Pitou parecía querer aludir a él—. ¿Crees tú que yo cometo barbarismos?
—Incurriréis en ellos a los ojos de un hombre que conozca el latín mejor que vos.
—¡Habráse visto! —exclamó el abate, pálido de cólera, aunque admirado de aquel razonamiento que no dejaba de ser lógico.
Y añadió con expresión melancólica:
—He aquí en dos palabras el sistema de estos bribones: destruyen y degradan, pero no saben en provecho de quién: será en provecho de lo desconocido. Veamos, señor revolucionario, hablad francamente. ¿Conocéis alguno que sepa el latín mejor que yo?
—No; pero puede haberlo, aunque yo no le conozca, pues yo no lo puedo saber todo.
—¡Ya lo creo, pardiez!
Pitou se santiguó.
—¿Qué haces, libertino?
—Es que juráis, señor abate, y por eso hago la señal de la cruz.
—¡Hola, tunante! ¿Has venido a mi casa para romperme el tímpano con tu conversación?
—¡El tímpano! —repitió Pitou.
—¡Ah! He aquí que ya no comprendes.
—Sí tal, señor abate, comprendo. Gracias a vos, conozco las raíces: timpanizar, *tympanum*, tambor, viene del griego *tympanon*, tambor o campana.

El abate quedó estupefacto.
—Raíz: *typos,* señal, vestigio; y como dice Lancelot en su Jardín de las Raíces griegas: *typos, la forma que se imprime,* cuya palabra viene evidentemente de *tupto, yo imprimo.* Esto es.
—¡Ah, ah, tunante! —exclamó el abate, cada vez más aturdido—. Parece que aún sabes alguna cosa, y aún más de lo que sabías.
—¡Bah! —exclamó Pitou con falsa modestia.
—¿Cómo es que en el tiempo en que te hallabas en mi casa no hubieras contestado jamás así?
—Porque en el tiempo en que estuve en vuestra casa, señor abate, me teníais embrutecido; porque por vuestro despotismo oprimíais en mi inteligencia y en mi memoria todo cuanto la libertad ha hecho salir después. ¡Sí, la libertad, entendedlo bien! —insistió Pitou, irguiéndose orgulloso—. ¡La libertad!
—¡Ah, tunante!
—Señor abate —replicó Pitou, con un aire como de advertencia que no dejaba de tener cierto carácter de amenaza—, señor abate, no me injuriéis. *Contumelia non argumentum,* dijo un orador, la injuria no es una razón.
—Creo que el muy tuno se cree obligado a traducirme su latín —exclamó el abate furioso.
—No es latín mío, señor abate; es latín de Cicerón, es decir, de un hombre que seguramente habría probado que cometéis tantos barbarismos respecto a él como yo puedo hacer respecto a vos.
—Supongo que no pretendes —dijo el abate Fortier, estremeciéndose de cólera— que yo discuta contigo.
—¿Por qué no, si de la discusión nace la luz? *Abstrusum versis silicum.*
—¡Oh! —exclamó el abate—. Me parece que este bribón ha estado en la escuela de los revolucionarios.
—No, puesto que vos decís que los revolucionarios son idiotas e ignorantes.
—Sí, y lo repito.
—Entonces hacéis un razonamiento falso, señor abate, y habéis sentado mal vuestro silogismo.
—¡Mal sentado! ¡Yo sentado mal mi silogismo!
—Sin duda, señor abate: Pitou raciocina y habla bien; Pitou ha estado en la escuela de los revolucionarios, y de aquí resulta que éstos raciocinan y hablan bien: esto es forzoso.
—¡Animal, bestia, imbécil!
—No me insultéis con palabras, señor abate. *Objurgatio imbellem animum arguit*, la debilidad se revela por la cólera.
El abate se encogió de hombros.
—Contestad —dijo Pitou.
—Dices que los revolucionarios hablan y raciocinan bien; pero cítame uno solo de esos desgraciados; uno solo que sepa leer y escribir.
—Yo —dijo Pitou con aplomo.
—Leer no diré que no; pero escribir...
—Sí, escribir —repitió Pitou.
—Sí; pero sin ortografía.

—Falta saberlo.
—¿Quieres apostar a que no escribes una página, dictándote yo, sin cometer cuatro faltas?
—¿Queréis apostar a que no escribís media, dictando yo, sin cometer dos?
—¡Oh!  ¡Esto es demasiado!
—Pues bien: vamos a verlo. Voy a buscar participios y verbos reflexivos; los mezclaré con ciertos pronombres relativos que yo conozco, y mantengo la apuesta.
—Si tuviera tiempo... —dijo el abate.
—Perderíais.
—¡Pitou, Pitou! Recuerda el proverbio: *Pitoueus Ángelus asinus est.*
—¡Bah! Dejaos de proverbios; pues para todo el mundo hay. ¿Sabéis lo que me han cantado en los oídos los cañaverales de Wualu al pasar?
—No; pero tengo curiosidad por saberlo, señor Midas.
—*Fortierus abbas forte fortis.*
—¡Señor Pitou! —exclamó el abate.
—Traducción libre: el abate Fortier no es fuerte todos los días.
—Por fortuna —dijo el abate—, no basta acusar: es preciso probar.
—¡Ah! ¡Qué fácil sería! Veamos: ¿qué enseñáis a vuestros discípulos?
—Pero...
—Contestadme: ¿qué enseñáis a vuestros discípulos?
—Lo que sé.
—Bueno. Advertid que me habéis contestado *lo que sé.*
—Ciertamente, lo que sé —replicó el abate, desconcertado, pues comprendía que durante su ausencia aquel singular competidor había estudiado ataques desconocidos—. Sí, lo he dicho. Y ¿qué más?
—Pues bien. Si enseñáis a vuestros discípulos lo que sabéis, veamos qué es lo que sabéis.
—Latín, francés, griego, historia, geografía, aritmética, álgebra, astronomía, botánica y numismática.
—¿Hay más? —preguntó Pitou.
—Pero...
—Buscad, buscad.
—El dibujo.
—Adelante.
—La arquitectura.
—¿Qué más? ¿Qué más?
—La mecánica.
—Esta es una parte de las matemáticas; pero no importa: seguid.
—¡Hola! ¿Adonde quieres ir a parar?
—Sencillamente a esto: habéis hecho una larga enumeración de todo lo que sabéis. Haced ahora otra de lo que no sabéis.
El abate se estremeció.
—¡Ah! —exclamó Pitou—. Veo que para esto es necesario que os ayude: vos no sabéis el alemán, ni el hebreo, ni el árabe, ni el sánscrito, cuatro lenguas madres;

y no os hablo de las subdivisiones, que son infinitas. Tampoco sabéis la historia natural, ni la química, ni la física.
—¡Señor Pitou!
—No me interrumpáis: no conocéis la física, ni la trigonometría rectilínea; ignoráis la medicina, la acústica, la navegación y, en fin, todo cuanto se relaciona con las ciencias gimnásticas.
—¿De veras?
—He dicho gimnásticas, del griego *gymnaza exercae*, que viene de *gymnos* (desnudo), porque los atletas se ejercitaban en cueros.
—Yo soy quien te ha enseñado todo eso —exclamó el abate, casi consolado de la victoria de su discípulo.
—Es verdad.
—Por fortuna, convienes en ello.
—Y con agradecimiento, señor abate. Decíamos, pues, que ignorabais...
—Basta. Seguramente ignoro más de lo que sé.
—Pues, entonces, convenís en que muchos, hombres saben más que vos.
—Es posible.
—Es seguro. Cuanto más sabe el hombre, más echa de ver que no sabe nada. La frase es de Cicerón.
—¿Concluyes?
—Concluyo.
—Veamos la conclusión.
—De todo deduzco que, en virtud de vuestra ignorancia relativa, deberíais ser más indulgente para la ciencia, también relativa, de los demás hombres. Esto constituye una doble virtud, *virtus dúplex*, que, según aseguran, era la de Fenelón, el cual sabía, por lo menos, tanto como vos: esto es la caridad cristiana y la humildad.
El abate profirió un grito de cólera.
—¡Serpiente, serpiente!
—«¡Tú me injurias y no me contestas!», contestaba un sabio de Grecia. Yo os lo diría en griego; pero os lo he dicho ya, poco más o menos, en latín.
—Bien —dijo el abate—. He aquí otro efecto de las doctrinas revolucionarias.
—¿Cuál?
—Te han persuadido de que eras igual a mí.
—Y, aunque me hubieran persuadido de ello, no tendríais por eso más derecho de incurrir en una falta de francés.
—¿De veras?
—Digo que acabáis de cometer una falta de lenguaje, maestro.
—¡Ah! ¡Esto sí que es gracioso! ¿Qué falta?
—Hela aquí: habéis dicho: las doctrinas revolucionarias te han persuadido de que *eras* igual a mí.
—¿Y qué?
—Que *era* es el imperfecto.
—Es claro.
—Pues debísteis usar el presente.
—¡Ah! —exclamó el abate sonrojándose.

—Traducid la frase en latín, y veréis qué enorme solecismo os dará el verbo puesto en imperfecto.
—¡Pitou, Pitou! —exclamó el abate creyendo entrever algo de sobrenatural en semejante erudición. ¿Quién es el demonio que te inspira todos esos ataques contra un anciano y contra la Iglesia?
—Pero señor abate —replicó Pitou, algo conmovido del acento de verdadera desesperación con que se habían pronunciado estas palabras—, advertid que no es el demonio quien me inspira, y que yo no os ataco; pero me tratáis siempre cómo a un estúpido, olvidando que todos los hombres son iguales.
El abate se irritó de nuevo.
—¡No toleraré nunca —dijo— que se profieran delante de mí semejantes blasfemias! ¡Tú, tú igual a un hombre que Dios y el trabajo, han necesitado sesenta años para formar! ¡Jamás, jamás!
—¡Pardiez! Preguntádselo al señor de Lafayette, que ha proclamado los derechos del hombre.
—¡Sí: cita como autoridad a ese mal súbdito del rey, a la tea de todas las discordias, al traidor!
—¡Oh! —exclamó Pitou, escandalizado—. ¡El señor de Lafayette mal súbdito del rey! ¡El señor de Lafayette tea de la discordia y traidor! ¡Vos sois quien blasfema, señor abate! ¿Habéis vivido en una caja desde hace tres meses? ¿Ignoráis que ese mal súbdito del rey es el único que le sirve, y que esa tea de discordia es la prenda de la paz pública? ¿No sabéis que ese traidor es el mejor de los franceses?
—¡Oh! —exclamó el abate—.¡Jamás hubiera creído yo que la autoridad real descendiese hasta el punto de que un trasto de esta especie (y señalaba a Pitou) invocara el nombre de Lafayette, como en otro tiempo se invocaba el de Arístides o de Focion!
—No es poca fortuna que el pueblo no os oiga, señor abate —dijo imprudentemente Pitou.
—¡Ah! —exclamó el abate, triunfante—. He aquí que, al fin, te descubres y amenazas. ¡El pueblo, sí, el pueblo! ¡Aquel que asesinó cobardemente a los oficiales del rey! ¡Aquel que registró en las entrañas de sus víctimas! Sí, el pueblo del señor de Lafayette; el pueblo del señor Bailly; el pueblo del señor Pitou. Pues bien: ¿por qué no me denuncias ahora mismo a los revolucionarios de Villers-Cotterets? ¿Por qué no me arrastras por el Pleux? ¿Por qué no te remangas para colgarme del reverbero? ¡Vamos, Pitou: *macte animo,* Pitou! *¡Sursum, sursum,* Pitou! Vamos, vamos: ¿dónde está la cuerda? ¿Dónde la horca? Ya tenemos aquí al verdugo: *Macte animo, generóse Pitoue.*
—*Sic itur ad astra!* —continuó Pitou entre dientes, con la simple intención de terminar el verso, y sin echar de ver que acababa de pronunciar un equívoco sangriento.
Pero forzoso le fue notarlo por la exasperación del abate.
—¡Ah, ah! —vociferó este último—. ¡Lo tomas así! ¡Ah! Conque ¿así es como iré a los astros? ¡Ah! Conque ¿me destinas a la horca?
—Pero yo no he dicho eso —exclamó Pitou, comenzando a temer por el giro que tomaba la discusión.

—¡Ah! ¿conque me prometes al cielo del desgraciado Foulon y del infeliz Berthier!
—Nada de eso, señor abate.
—¡Ah! ¡Ya debes tener el nudo corredizo, verdugo carnicero! ¿No eres tú aquel que en la plaza del Ayuntamiento subías a los reverberos y el que con tus repugnantes brazos de araña atraía las víctimas? .
Pitou profirió una exclamación de cólera y de indignación.
—¡Sí! Te reconozco —continuó el abate en un transporte de inspiración que le hacía asemejarse a Joad; te reconozco, Catalina, eres tú.
—Pero ¿advertís —exclamó Pitou— que me estáis diciendo cosas horribles, señor abate? ¿Sabéis, en fin, que me estáis injuriando?
—¡Yo injuriarte!
—Y ¿sabéis que si esto continúa me quejaré a la Asamblea Nacional?
El abate se echó a reír de una manera siniestramente irónica.
—¡Denunciadme! —exclamó.
—Y advertid que hay un castigo contra los malos ciudadanos que injurian a los buenos.
—¡El reverbero!
—Sois un mal ciudadano.
—¡La cuerda, la cuerda!
Y de pronto el abate exclamó, como iluminado repentinamente por alguna idea y poseído de generosa indignación:
—¡Ah! ¡El casco, el casco! ¡Él es!
—Y bien —dijo Pitou—, ¿qué hay con mi casco?
—¡Él hombre que arrastró el corazón humeante de Berthier, el antropófago que le depositó ensangrentado en la mesa de los electores, llevaba casco, y tú eres el hombre del casco, tú, Pitou, monstruo de ferocidad! ¡Huye, huye de aquí!
Y cada vez que pronunció esta última palabra, con aire trágico, el abate avanzó un paso, y Pitou retrocedió otro.
A esta acusación, que, como el lector sabe, era injusta, el pobre joven arrojó lejos de sí aquel casco de que estaba tan orgulloso, y que abolló contra el suelo, produciendo un sonido mate de cartón forrado de cobre.
—¿Lo ves, desgraciado? —exclamó el abate—. ¡Al fin confiesas!
Y tomó la actitud de Lekain en Orosmane en el momento en que, encontrando la carta, acusa a Zaira.
—Veamos, veamos —dijo Pitou, fuera de sí ante semejante acusación—, vos exageráis, señor abate.
—¿Yo exagero? ¿Conque es decir que solamente has ahorcado un poco? ¿Es decir que no has hecho más que ayudar a los que descuartizaban?
—Señor abate, bien sabéis que no he sido yo; bien sabéis que fue Pitt.
—¿Qué Pitt?
—Pitt segundo, el hijo de Pitt primero, de lord Chatam, aquel que distribuyó dinero, diciendo: «Gastad y no me rindáis cuentas». Si conocierais el inglés, os lo diría en este idioma; pero no lo sabéis.
—Y ¿tú le conoces?
—El señor Gilberto me lo enseñó.

—¿En tres semanas? ¡Miserable impostor!
Pitou vio que iba por mal camino.
—Escuchad, señor abate —dijo—; ya no os disputo nada, pues tenéis vuestras ideas.
—¡De veras!
—Es muy razonable.
—¿Lo reconoces así? El señor Pitou me permite tener ideas. Muchas gracias, caballero.
—Vamos, ya volvéis a incomodaros; pero ved que, si esto continúa, no podría deciros lo que me trae a esta casa.
—¡Desgraciado! ¿Qué puede traerte aquí? ¿Eres, por ventura, diputado?
Y el abate se echó a reír irónicamente.
—Señor abate —replicó Pitou, colocado por su mismo interlocutor en el terreno en que deseaba encontrarle desde el principio de la discusión—, bien sabéis que siempre os respeté por vuestro carácter.
—¡Ah! Sí, hablemos de eso.
—Y que admiré vuestra ciencia —añadió Pitou.
—¡Serpiente! —exclamó el abate.
—¡Yo! —dijo Pitou—. ¡Vamos, no habléis así!
—Veamos qué vienes a pedirme. ¿Acaso que te admita de nuevo aquí? ¡Oh! De ninguna manera: no quiero que se perviertan mis discípulos. Tienes un veneno contagioso, e infestarías a mis jóvenes plantas. *Infecit pabula tabo.*
—Pero, señor abate...
—No, no me pidas eso, si quieres únicamente comer, pues presumo que los feroces verdugos de París comen como personas honradas. En fin, si exiges que te arroje tu parte de carne ensangrentada, la tendrás; pero a la puerta de la calle, en las esportillas, como hacían los romanos con sus perros.
—Señor abate —repuso Pitou irguiéndose—, yo no pido mi alimento, pues ya lo tengo, a Dios gracias, y no quiero ser una carga para nadie.
—¡Ah! —exclamó el abate, sorprendido.
—Yo vivo como muchos sin mendigar, y de la industria a que la Naturaleza me ha inclinado; vivo de mi trabajo, y estoy tan lejos de ser costoso a mis conciudadanos, que varios de ellos me han elegido por jefe.
—¡Hola! —exclamó el abate con tal sorpresa, mezclada de temor, que se hubiera creído que había pisado un áspid.
—Sí, sí —repitió Pitou con aire complaciente.
—¿Jefe de qué? —preguntó el abate.
—Jefe de una tropa de hombres libres —dijo Pitou.
—¡Ah, Dios mío! —exclamó el abate. ¡Este desgraciado ha perdido el juicio!
—Jefe de la guardia nacional de Haramont —añadió Pitou con afectada modestia.
El abate se inclinó hacia el joven para ver mejor en sus facciones la confirmación de sus palabras.
—Y ¿hay una guardia nacional en Haramont? —exclamó.
—Sí, señor abate.
—Y ¿tú eres el jefe?

—Sí, señor abate.
—¡Tú, Pitou!
—Yo, Pitou.
El abate levantó los brazos al cielo, como el gran sacerdote Fineo.
—¡Abominación! —murmuró.
—No ignoráis, señor abate —dijo Pitou con dulzura—, que la guardia nacional es una institución destinada a proteger la vida, la libertad y las propiedades de los ciudadanos.
—¡Oh, oh! —continuó el anciano, abismado en su desesperación.
—Y no se podría dar nunca demasiada fuerza a esa institución, sobre todo en los campos, a causa de los bandidos.
—¡De los que tú eres jefe! —exclamó el abate—, de esas cuadrillas de malhechores, de incendiarios y de asesinos.
—¡Oh! No confundáis, apreciable señor abate: espero que veréis a mis soldados; y sabed que jamás ciudadanos más honrados...
—¡Cállate, cállate!
—Figuraos, por el contrario, señor abate, que somos vuestros protectores naturales, y la prueba es que he venido directamente a veros.
—¿Para qué?
—¡Ah! Esta es la cuestión —replicó Pitou, rascándose la oreja, y examinando el sitio donde había caído su casco, para ver si, yendo a recoger esta parte esencial de su traje militar, no se alejaría demasiado de su línea de retirada.
El casco había caído a pocos pasos de la puerta grande que daba a la calle de Soissons.
—Te he preguntado para qué —repitió el abate.
—Pues bien —dijo Pitou, retrocediendo dos pasos hacia su casco—, he aquí el objeto de la misión de que estoy encargado. Permitidme explicároslo.
—Exordio —murmuró el abate.
Pitou dio otros dos pasos hacia su casco.
Mas por una maniobra semejante y que no dejó de inquietar a Pitou, a medida que éste avanzaba dos pasos hacia su casco, el abate, para conservar las distancias, adelantaba otros dos hacia Pitou.
—¡Pues bien! —dijo el joven, comenzando a cobrar valor por la inmediación de su arma defensiva—. Todo soldado debe tener fusil y nosotros no tenemos.
—¡Ah! ¡No tenéis fusiles! —exclamó el abate, agitándose de alegría—. ¡Ah! Conque ¡no tienen fusiles esos soldados! ¡Ah! ¡Magníficos soldados!
—Pero, señor abate —replicó Pitou, adelantándose dos pasos más hacia su casco—, cuando no se tienen fusiles se buscan.
—Sí —repuso el abate—. ¿Y buscáis?
Pitou tenía ya inmediato su casco y atraíale hacia sí con el pie; de modo que, ocupado en esta operación, tardó en contestar al abate.
—¿Y buscáis? —repitió el anciano.
Pitou recogió su casco.
—Sí, señor abate —contestó.
—Y ¿adonde?.
—En vuestra casa —contestó Pitou, encajando el casco en su cabeza.

—¡Fusiles en mi casa! —exclamó el abate.
—Sí, en vuestra casa: no faltan.
—¡Ah! ¡Mi museo! —exclamó el abate—. ¡Tú vienes a saquear mi museo! ¡Las corazas de nuestros antiguos héroes en los hombros de tales tunos! Señor Pitou, ya os lo he dicho hace un momento, estáis loco. ¡Las espadas de los españoles de Almansa, las picas de los suizos de Marignan para armar al señor Pitou y sus compañeros! ¡Ja, ja, ja!
El abate comenzó a reírse con una expresión de tan desdeñosa amenaza, que Pitou sintió correr un estremecimiento por todas sus venas.
—No, señor abate —dijo—, no se trata de las picas de los suizos de Marignan, ni de las espadas de los españoles de Almansa, no; estas armas serían inútiles para nosotros.
—Es una fortuna que lo reconozcas así.
—No, señor abate: no hablo de esas armas.
—Pues ¿de cuáles?
—De esos buenos fusiles de marina, señor abate, de esos fusiles que tan a menudo limpié cuando tenía el honor de estudiar bajo vuestra dirección; *dum me Galatea tenebat* —añadió Pitou con graciosa sonrisa.
—¡De veras! —exclamó el abate, sintiendo que sus escasos cabellos se erizaban al ver la sonrisa de Pitou—. ¡Conque mis fusiles de marina!
—Es decir, las únicas armas que no tienen ningún valor histórico y que son susceptibles de prestar buen servicio.
—¡Ah! —exclamó el abate, acercando la mano al mango de sus disciplinas, como hubiera hecho un capitán para empuñar su espada—. ¡Ah! He aquí que el traidor se descubre.
—Señor abate —dijo Pitou, pasando del tono de la amenaza al de la súplica—, concedednos esos treinta fusiles de marina.
—¡Atrás! —exclamó el abate dando un paso hacia Ángel Pitou.
—Y tendréis la gloria —dijo Pitou, retrocediendo también un paso hacia la puerta—, la gloria de haber contribuido a librar el país de sus opresores.
—¡Proporcionar yo armas contra mí y los míos! —exclamó el abate—. ¡Dar yo fusiles para que hagan fuego contra mí! ¡Jamás, jamás!
Y sacó las disciplinas de su cintura, y agitólas sobre su cabeza repitiendo:
—¡Jamás, jamás!
—Señor abate, se inscribirá vuestro nombre en el diario del señor Prudhomme.
—¡Mi nombre en el diario del señor Prudhomme! —exclamó el abate.
—Y con mención honorífica de civismo.
—¡Más bien el presidio!
—¡Cómo! ¿Rehusáis? —insitió Pitou, débilmente.
—Rehuso y te echo de aquí.
Y el abate mostró con el dedo la puerta a Pitou.
—Pero esto producirá muy mal efecto —replicó el joven—; os acusarán de falta de patriotismo, y hasta de traidor. Señor abate, yo os suplico que no os expongáis a esto.
—¡Haz de mí un mártir, Nerón! Esto es todo lo que pido —exclamó el abate, con los ojos chispeantes y asemejándose al ejecutor más bien que al paciente.

Tal fue el efecto que produjo en Pitou, porque éste emprendió la retirada.
—Señor abate —dijo dando un paso atrás—, yo soy embajador de paz, un diputado tranquilo; yo venía...
—¡A saquear mis armas, como tus compañeros saquearon los Inválidos!
—Lo cual les valió una infinidad de elogios allí abajo —dijo Pitou.
—Y lo que te valdrá a ti una buena rociada con mis disciplinas —dijo el abate.
—¡Oh, señor Fortier! —exclamó Pitou, que se acordaba del instrumento, por haberse familiarizado mucho con él en otro tiempo—. Vos no violaréis hasta este punto el derecho de gentes.
—¡Ahora lo verás, miserable! ¡Espera!
—Señor abate, estoy protegido por mi carácter de embajador.
—¡Espera!.
—¡Señor abate, señor abate, señor abate, señor abate!
Pitou había llegado a la puerta de la calle, haciendo frente a su temible adversario; pero, acorralado allí, era preciso aceptar el combate o huir.
Para esto último debía abrir la puerta, y para abrirla volverse de espaldas.
Ahora bien: al hacerlo así, Pitou ofrecía a los golpes del abate aquella parte desarmada de su persona que no creía suficientemente protegida por una coraza.
—¡Ah! ¡Tú quieres mis fusiles!... ¡Ah! Tú vienes a decirme: «¡Vuestros fusiles o la muerte!»
—Señor abate —dijo Pitou—, muy por el contrario, no os digo una palabra de esto.
—Pues bien: ya sabes dónde están mis fusiles, asesíname para cogerlos, pasa sobre mi cadáver y ve por ellos.
—¡Soy incapaz, señor abate, incapaz!
Y Pitou, con la mano en el picaporte y la vista fija en el brazo levantado del abate, calculaba no el número de fusiles encerrados en el arsenal del abate, sino el número de golpes suspendidos de las disciplinas.
—Conque, señor abate, ¿no queréis darme los fusiles?
—No, no quiero dártelos.
—¿No queréis? Y va una.
—No.
—Van dos.
—No.
—Van tres.
—¡No, no y no!
—¡Pues bien! —dijo Pitou—. Guardáoslos.
Y, haciendo un rápido movimiento, volvióse y se precipitó por la puerta entreabierta.
Pero aquel movimiento no fue tan rápido que las disciplinas inteligentes no cayeran silbando sobre los ríñones de Pitou, tan vigorosamente que, por mucho que fuera el valor del vencedor de la Bastilla, no pudo menos de proferir un grito.
Al oírle, varios vecinos salieron, y con no poco asombro divisaron a Pitou que huía con toda la ligereza de sus piernas, con su casco y sable; mientras que el abate Fortier, de pie en el umbral de su puerta, blandía las disciplinas como el ángel exterminador su espada de fuego.

## LXV

## PITOU DIPLOMÁTICO

Acabamos de ver cómo Pitou había caído desde lo más elevado de sus esperanzas.
La caída era terrible: Satanás, precipitado desde el cielo a los infiernos, no había recorrido mayor espacio, y, aun en los infiernos, Satanás era rey; mientras que Pitou, arrojado por el abate Fortier, volvía a ser simplemente Pitou.
¿Cómo presentarse ahora ante sus mandatarios? ¿Cómo, después de haber manifestado tanta imprudente confianza, atreverse a decirles que su jefe era un fanfarrón, que con su casco sobre la oreja y el sable al costado se dejaba azotar por un anciano sacerdote?
¡Haberse envanecido de convencer al abate Fortier, y obtener tan triste resultado! ¡Ah, qué falta!
Pitou fue a sentarse a la orilla del primer foso que vio, y, apoyando la cabeza en sus manos, entregóse a sus reflexiones.
Había esperado ablandar al abate Fortier hablándole griego y latín; en su ingenua buena fe, lisonjeóse de pervertir al Cancerbero con la miel de una torta de *escogidas palabras,* y he aquí que su torta resultó ser amarga, y que el Cancerbero, en vez de comérsela, le mordió la mano; de modo que todos sus planes se habían perdido.
El abate Fortier tenía un desmedido amor propio, y Pitou no había contado con esto, pues lo que había exasperado al abate fue más bien la falta de francés, en que Pitou le había cogido, que no los treinta fusiles que se proponía tomar en su arsenal.
Los jóvenes, cuando son buenos, incurren siempre en la falta de creer en la perfección de los demás.
El abate Fortier era, pues, un realista furioso y, sobre todo, un filólogo poseído de orgullo.
Pitou se arrepentía amargamente de haber despertado en él, con motivo del rey Luis XVI y del verbo *ser,* la doble cólera de que había sido víctima; le conocía bien, y debía haber tenido consideración. En esto estribaba realmente su falta, y deplorábala, aunque demasiado tarde, como siempre.
Faltaba saber cómo debió conducirse.
Lo mejor habría sido servirse de su elocuencia para demostrar realismo y, sobre todo, dejar que pasaran inadvertidas las faltas gramaticales de su antiguo maestro.
Debió persuadirle de que la guardia nacional de Haramont era contrarrevolucionaria.
Debió prometer que aquel ejército sería auxiliar del rey.
Y, sobre todo, no decir una palabra de aquel desgraciado verbo *ser,* en que se usó un tiempo por otro.

Seguramente así, el abate hubiera abierto sus tesoros y arsenales para que la monarquía pudiera contar con el auxilio de una tropa tan valerosa, mandada por su heroico jefe.
Esta falsedad era diplomacia, y Pitou, después de haber reflexionado bien, repasó en su memoria todas las historias de otro tiempo.
Pensó en Felipe de Macedonia, que tantos falsos juramentos hizo, y a quien llaman un gran hombre.
Pensó en Bruto, que sorprendió a sus enemigos dormidos, y al que se llama gran hombre.
En Temístocles, que pasó la vida engañando a sus conciudadanos para servirlos, y al que llamaban también gran hombre.
Y se acordó de Arístides, el cual no admitía, por el contrario, los medios injustos, por lo cual se le llama igualmente gran hombre.
Este argumento le dejó indeciso.
Pero, reflexionando, pensó que Arístides era muy dichoso por haber vivido en un tiempo en que los persas eran tan estúpidos que se podía vencerlos solamente con buena fe.
Después, reflexionando más aún, se dijo que, al fin y al cabo, Arístides sufrió el destierro, y que éste último, por injusto que fuera, hizo inclinar la balanza en favor de Felipe de Macedonia, de Bruto y de Temístocles.
Pasando a los ejemplos modernos, Pitou se preguntó qué habrían hecho el señor Gilberto, Bailly, Lameth, el señor de Barnave y Mirabeau si ellos hubieran estado en el lugar de Pitou y Luis XVI hubiese sido el abate Fortier.
¿Cómo habrían hecho para armar en favor del rey de trescientos a quinientos mil guardias nacionales en Francia?
Precisamente lo contrario de lo que Pitou había hecho.
Se hubiera persuadido a Luis de que los franceses no deseaban nada tanto como salvar y conservar al padre de todos, y que, para hacerlo eficazmente, los franceses necesitaban de trescientos a quinientos mil fusiles.
Y, seguramente, el señor de Mirabeau habría obtenido buen resultado.
Pitou pensaba igualmente en la canción o proverbio que dice:

*Cuando se quiere alguna cosa del diablo,*
*es preciso llamarle monseñor.*

*Y* deducía de todo esto que él, Pitou, no era más que un cuadrúpedo, un animal; y que, para presentarse a sus electores con alguna gloria, debió hacer precisamente lo contrario de lo que hizo.
Tratando entonces de explotar aquel nuevo filón, Pitou resolvió obtener por la astucia o por la fuerza las armas que se propuso alcanzar por la persuasión.
El primer medio que se le ocurrió fue la astucia.
Podía introducirse en el museo del abate y coger las armas del arsenal.
Con. el auxilio de sus compañeros, Pitou trasladaría a otra parte las armas; mas, por sí solo, esto habría sido un robo.
¡El robo! He aquí una palabra que sonaba mal en los oídos de un joven tan honrado como Pitou.

Indudablemente, aún había en Francia bastantes personas acostumbradas a las antiguas leyes para calificar aquel acto de bandolerismo a mano armada.
Todas estas consideraciones hicieron retroceder a Pitou ante los dos medios que acabamos de citar.
Por otra parte, el amor propio de Pitou estaba comprometido, y para salir del apuro honrosamente no debía apelar a nadie.
Siguió buscando, no sin admirarse en cierto modo del nuevo rumbo que tomaban sus ideas.
Y, al fin, exclamó, como Arquímedes: *¡Eureka!*, lo cual quiere decir en español: *lo encontré*.
En efecto, he aquí el medio que Pitou acababa de hallar en el arsenal de sus pensamientos.
El señor de Lafayette era el comandante general de los guardias nacionales de Francia.
Haramont estaba en Francia.
Haramont tenía su guardia nacional.
Y, de consiguiente, el señor de Lafayette era comandante general de los guardias nacionales de Haramont.
El señor de Lafayette no debía tolerar, pues, que los milicianos de Haramont careciesen de armas, puesto que los de otros países estaban armados, o lo estarían pronto.
Para llegar al señor de Lafayette se podía llegar a Gilberto, y, para llegar a éste, a Billot.
Pitou escribió una carta al labrador; y como éste no sabía leer, naturalmente, la leería el doctor, y el segundo intermediario quedaría enterado así.
Acordado esto, Pitou esperó la noche, y, entrando misteriosamente en Haramont, tomó la pluma para escribir.
Sin embargo, por muchas precauciones que hubiese tomado para entrar de incógnito, fue visto por Claudio Tellier y por Desirée Maniquet.
Los dos se retiraron silenciosos y misteriosamente, aplicándose un dedo a la boca y con la vista fija en la carta.
Ángel Pitou nadaba en plena corriente de política práctica.
He aquí ahora la carta que iba encerrada en aquel sobre de papel blanco que había producido tanto efecto en Claudio y en Desirée.

«Querido y venerado señor Billot:
»La causa de la revolución gana terreno todos los días en nuestro país; los aristócratas lo pierden, y los patriotas avanzan.
»El distrito de Haramont se alista en el servicio activo de la guardia nacional.
»Pero no tiene armas.
»Sin embargo, hay un medio de obtenerlas. Ciertos particulares conservan armas de guerra que podrían ahorrar al tesoro público grandes gastos si pasaran al servicio de la nación.
«Sírvase el señor general de Lafayette mandar que esos depósitos ilegales de armas sean puestos a disposición de los distritos, proporcionalmente al número

de hombres que se hayan de armar, y, por mi parte, yo me encargo de que ingresen, al menos, treinta fusiles en los arsenales de Haramont.
»Es el único medio de oponer un dique a los manejos contrarrevolucionarios de los aristócratas y dé los enemigos de la nación.
»Vuestro conciudadano y humilde servidor,

*«Ángel Pitou.»*

Después de escrita esta carta, Pitou echó de ver que se le había olvidado hablar al labrador de su casa y de su familia.
Tratábale demasiado a lo Bruto, y, por otra parte, dar a Billot detalles sobre Catalina era exponerse a mentir o lacerar el corazón de un padre, abriendo también llagas frescas aún en el corazón de Pitou.
Por eso ahogó un suspiro y escribió un *post-scriptum:*

«P. D. La señora Billot y la señorita Catalina, así como los demás de la casa, siguen bien y envían sus recuerdos al señor Billot.»

De esta manera Pitou no comprometía ni a él ni a nadie.
Mostrando a los iniciados el sobre blanco que debía salir para París, el comandante de las fuerzas de Haramont se contentó con decirles:
—He aquí.
Y fue a echar la carta en el buzón de correos.
La contestación no se hizo esperar.
A los dos días llegó a Haramont un mensajero a caballo, preguntando por el señor Ángel Pitou.
Esto produjo profunda sensación, mucha expectativa y ansiedad por parte de los milicianos.
El correo montaba un caballo cubierto de espuma, y vestía el uniforme del estado mayor de la guardia nacional de París.
Juzgúese del efecto que produjo y de la inquietud y ansiedad de Pitou.
Se aproximó tembloroso y pálido y tomó el pliego que le presentaba, no sin sonreír, el oficial encargado del mensaje.
Era una contestación del señor Billot por mano de Gilberto, y recomendaba a Pitou la moderación en el patriotismo, incluyendo la orden del general Lafayette, firmada por el ministro de la Guerra, para armar la guardia nacional de Haramont.
Billot aprovechaba la salida de un oficial encargado de armar en nombre del general Lafayette la guardia nacional de Soissons y de Laon.
La orden estaba concebida en estos términos:

«Todos los que posean más de un fusil y un sable estarán obligados a poner sus demás armas a disposición de los jefes de cuerpos de cada distrito.
»La presente orden es ejecutoria en toda la extensión de la provincia.»

Pitou, loco de alegría, dio gracias al oficial, que sonrió de nuevo y marchó inmediatamente para desempeñar sus comisiones.

Dé este modo, Pitou se veía en el colmo de los honores, pues recibía directamente mensajes del general Lafayette y de los ministros.

Y estos mensajes servían en un todo para realizar los planes y las ambiciones de Pitou.

Pintar el efecto de esta visita en los electores de Pitou sería cosa imposible y renunciamos a ello.

Pero al ver aquellas fisonomías que expresaban el asombro, aquellos ojos brillantes, aquel afán de la población y, sobre todo, el profundo respeto que todos manifestaron al punto a Ángel Pitou, el más incrédulo observador hubiera podido convencerse de que en lo sucesivo nuestro héroe sería un gran personaje.

Los electores, uno tras otro, solicitaron verle, y quisieron tocar el pliego del ministro, lo cual les permitió Pitou generosamente.

Y cuando el número de los curiosos quedó reducido tan sólo a los iniciados, Pitou les dijo:

—Ciudadanos, mis planes han tenido feliz éxito, como yo preveía. He escrito al general Lafayette manifestándole el deseo que teníais de constituir una guardia nacional y la elección que de mí habéis hecho para el mando. Leed el sobre del pliego que acabo de recibir del ministerio.

Y presentó el despacho, en cuyo sobre se leía:

*Al señor Ángel Pitou,*
*Comandante de la guardia nacional de Haramont*

—Estoy, pues —continuó Pitou—, reconocido y aceptado por el general Lafayette como comandante de la guardia nacional, y vosotros como individuos de ella, por disposición del mismo general y del ministro de la Guerra.

Un prolongado grito de alegría y de admiración hizo retemblar las paredes del zaquizamí que Pitou habitaba.

—En cuanto a las armas —continuó nuestro héroe—, ya tengo el medio de obtenerlas. Debéis elegir muy pronto un teniente y un sargento, y estas dos unidades me acompañarán en la comisión que voy a desempeñar.

Los presentes se miraron con expresión de incertidumbre.

—¿Cuál es tu parecer, Pitou? —dijo Maniquet.

—Esto no me concierne —contestó Pitou con cierta dignidad—: es preciso que en las elecciones no haya influencias. Reunios fuera de aquí, nombrad los dos jefes que acabo de indicar, y elegidlos bien. Es todo cuanto tengo que deciros. Retiraos.

Y, pronunciadas estas palabras con aire, majestuoso, Pitou despidió a sus soldados, quedando solo y rodeado de su grandeza como Agamenón.

Se absorbió en su gloria, mientras que los electores se disputaban fuera una partícula de la autoridad militar que debía gobernar en Haramont.

La elección duró una hora, y, al fin, quedaron nombrados el teniente y el sargento, recayendo estos cargos el primero en Desirée Maniquet, y el segundo en Claudio Tellier. Entonces volvieron en busca de Ángel Pitou, que los reconoció y aclamó, diciendo después:

—Ahora, señores, no se ha de perder un momento.

—¡Sí, sí, aprendamos el ejercicio! —dijo uno de los más entusiastas.
—Un minuto —replicó Pitou—; para el ejercicio se necesitan antes los fusiles.
—Es muy justo —contestaron los jefes.
—Y mientras que llegan los fusiles ¿no se puede aprender con palos?
—Hagamos las cosas militarmente —replicó Pitou, que al ver el ardimiento general no se sentía con bastante fuerza para dar lecciones de un arte del que nada entendía aún—. Soldados aprendiendo el ejercicio con palos es cosa muy grotesca: no comencemos por ponernos en ridículo.
—Es muy justo —le contestaron—. ¡A buscar los fusiles!
—Vengan conmigo el teniente y el sargento —dijo Pitou a sus inferiores—; y vosotros esperad nuestro regreso.
Una aprobación respetuosa fue la contestación de todos.
—Aún tenemos seis horas de día —añadió Pitou—, y es más de lo que se necesita para ir a Villers-Cotterets, a hacer nuestro negocio y volver. ¡En marcha! —gritó.
El estado mayor del ejército de Haramont se puso en movimiento al punto.
Pero cuando Pitou volvió a leer la carta de Billot, para persuadirse de que tanta felicidad no era un sueño, encontró una frase de Gilberto en que no había reparado antes:
«¿Por qué Pitou se ha olvidado de dar al doctor Gilberto noticias de Sebastián?
»¿Por qué Sebastián no escribe a su padre?»

## LXVI

## PITOU TRIUNFA

El abate Fortier estaba muy lejos de sospechar la tormenta que le preparaba la profunda diplomacia de Ángel Pitou, y el prestigio de éste con los jefes del gobierno.

Ocupábase en demostrar a Sebastián que las malas compañías son la pérdida de toda virtud y de toda inocencia; que París es un abismo donde los mismos ángeles se pervertirían si, como aquellos que se extraviaron en el camino de Gomorra, no remontaban vivamente al cielo; y, tomando por el lado trágico la visita de Pitou, ángel caído, recomendaba a Sebastián, con toda la elocuencia de que era capaz, que se conservase honrado y verdadero realista.

Apresurémonos a decir que, por bueno y verdadero realista, el abate Fortier estaba lejos de entender lo que el doctor Gilberto entendía por las mismas palabras.

El buen abate olvidaba que, atendida esta diferencia en la interpretación, su propaganda era un acto censurable, porque trataba de armar, involuntariamente, sin duda, el espíritu del hijo contra el del padre.

Preciso es confesar, por lo demás, que no encontraba el terreno bien preparado para la simiente.

¡Cosa extraña! A la edad en que los niños son esa blanda arcilla de que el poeta nos habla, a la edad en que se imprimen en su alma todas las ideas que se les quiere comunicar, Sebastián era ya un hombre por la resolución y la tenacidad del pensamiento.

¿Era aquel niño el hijo de la aristocrática dama que despreciaba a un plebeyo hasta el punto de causarle horror, o era éste realmente la aristocracia del pueblo exagerada en Gilberto hasta el estoicismo?

El abate Fortier no era capaz de sondear semejante misterio; sabía que el doctor era un patriota algo exaltado, y, con la ingenuidad reparadora de los eclesiásticos, trataba de reformar a su hijo en bien del rey y de Dios.

Sebastián, por otra parte, aunque, al parecer, muy atento, no escuchaba sus consejos, pues pensaba entonces en aquellas vagas visiones que hacía algún tiempo le exaltaban otra vez bajo los grandes árboles del parque de Villers-Cotterets cuando el abate Fortier conducía a sus discípulos por el lado de la piedra Clouïse, hacia San Huberto, o de la torre Aumont; en aquellas alucinaciones que eran para él una segunda vida, junto a su existencia natural, una vida engañosa de poéticas felicidades junto al prosaísmo indolente de sus días de estudio y de colegio.

De improviso, la puerta de la calle de Soissons, empujada con alguna violencia, abrióse de por sí y dio paso a varios hombres.

Eran el alcalde de la ciudad de Villers-Cotterets, el teniente alcalde y el secretario.

Detrás de ellos se veían dos sombreros de gendarmes, y en pos de estos últimos, cinco o seis cabezas de curiosos.

El abate, muy inquieto, se dirigió hacia el alcalde.
—¿Qué ocurre, señor Longpré? —preguntó.
—Señor abate —contestó con gravedad el alcalde—, ¿tenéis conocimiento del nuevo decreto del ministro de la Guerra?
—No, señor.
—Pues tomaos la molestia de leerlo.
El abate tomó el pliego del ministro y lo leyó.
Y al mismo tiempo su rostro palidecía.
—Y bien —preguntó muy impresionado—, ¿qué deseáis?
—Debo advertiros, señor abate, que los señores de la guardia nacional de Haramont, que están abajo, esperan la entrega de armas.
El abate dio un salto, como si se propusiera devorar a los individuos de la guardia nacional.
Entonces Pitou, juzgando que era llegado el momento de presentarse, se acercó seguido de su teniente y del sargento.
—Aquí los tenéis —dijo el alcalde.
El rostro del abate Fortier pasó del color pálido al de púrpura.
—¡Esos tunantes! —exclamó—. ¡Esos imbéciles!
El alcalde era un buen hombre que aún no tenía opinión política bien determinada. Andaba siempre entre las cabras y las coles, y no quería indisponerse ni con Dios ni con la guardia nacional.
Las invectivas del abate Fortier excitaron, por su parte, una ruidosa carcajada, con la cual dominó la situación.
—Ya veis cómo trata el abate a la guardia nacional de Haramont y a sus dos oficiales —dijo a Pitou.
—Es porque el señor abate Fortier nos ha conocido niños y cree que aún lo somos —contestó Pitou con su melancólica dulzura.
—Pero estos niños han llegado a ser hombres —dijo Maniquet con voz sorda, extendiendo hacia el abate su mano mutilada.
—Y esos hombres son serpientes —exclamó el abate, irritado.
—Y serpientes que morderán si se las hostiga —dijo el sargento Claudio a su vez.
El alcalde vio en estas amenazas la futura revolución.
El abate adivinó el martirio.
—En fin, ¿qué se quiere de mí? —preguntó.
—Quieren una parte de las armas que tenéis aquí —contestó el alcalde, tratando de conciliarlo todo.
—Esas armas no son mías —contestó el abate.
—Pues ¿de quién son?
—De monseñor el duque de Orleans.
—De acuerdo, señor abate —dijo Pitou—; pero esto no importa.
—¿Cómo que no importa?
—No: nosotros venimos a pedíroslas, aunque así sea.
—Escribiré a monseñor el duque —replicó majestuosamente el abate.
—Olvidáis —repuso el alcalde a media voz— que ésta sería una dilación inútil, pues si se consulta a monseñor contestará que es preciso dar a los patriotas no

solamente los fusiles de sus enemigos los ingleses, sino también los cañones de su abuelo Luis XIV.
Esta verdad impresionó dolorosamente al abate, que murmuró:
—*Circumdedisti me hostibus meis.*
—Sí, señor abate —dijo Pitou—, es verdad; pero solamente de vuestros enemigos políticos, porque nosotros no odiamos en vos sino al mal patriota.
—¡Imbécil! —exclamó el abate en un momento de exaltación que le comunicó cierta elocuencia—. ¡Absurdo y peligroso imbécil! ¿Quién de nosotros dos es el buen patriota: yo, que quiero guardar las armas de la patria, o tú, que las pides para la discordia y la guerra civil? ¿Quién de los dos es el buen hijo: yo, que solamente deseo el olivo para festejar a nuestra madre común, o tú, que buscas el hierro para desgarrar su seno?
El alcalde volvió la cabeza para ocultar su emoción, y al mismo tiempo fijó en el abate una mirada como si quisiera decir:
—¡Muy bien!
El teniente alcalde, nuevo Tarquino, derribó algunas flores con su bastón.
Ángel quedó desconcertado, visto lo cual por sus dos subalternos, fruncieron el ceño.
Solamente Sebastián, el niño espartano, se mostró impasible, y acercándose a Pitou preguntóle:
—¿De qué se trata, Pitou?
Este último se lo explicó en dos palabras.
—¿Está firmada la orden? —preguntó el niño.
—Por el ministro y el general Lafayette, y la escritura es de tu padre.
—Pues, entonces —preguntó Sebastián con altivez—, ¿por qué se vacila en obedecer?
Y en las pupilas dilatadas del niño, en sus labios temblorosos y en la rigidez de su frente reveló el implacable espíritu dominante de las dos razas que le habían creado.
El abate, al oír las palabras que pronunciaba la boca de aquel niño, estremecióse y bajó la cabeza.
—¡Tres generaciones de enemigos contra nosotros! —murmuró.
—Vamos, señor abate —dijo el alcalde—; es preciso obedecer.
El abate dio un paso, estrujando las llaves que llevaba pendientes de la cintura, sin duda por un resto de costumbre monástica.
—¡No, mil veces no! —exclamó—. Esa no es mi propiedad, y esperaré la orden del dueño.
—¡Ah, señor abate! —dijo el alcalde, que no podía menos de manifestar su desaprobación.
—Eso es rebeldía —dijo Sebastián al sacerdote—. Ved lo que hacéis.
—*Tu quoque!* —murmuró el abate, cubriéndose con su sotana para imitar el ademán de César.
—Vamos, vamos, señor abate, estad tranquilo, porque esas armas quedarán bien colocadas al servicio de la patria —dijo Pitou.
—¡Cállate, Judas! —contestó el abate—. Si has vendido a tu antiguo maestro, lo mismo venderías a tu patria.

Pitou, agobiado por su conciencia, inclinó la frente: lo que había hecho no era de un corazón noble, sino de un hábil administrador de hombres.
Pero al bajar la cabeza vio a sus dos subordinados, que parecían poseídos de enojo por tener un jefe tan débil.
Pitou comprendió que, si dejaba de producir efecto, perdería todo su prestigio.
Y el orgullo tendió el resorte de aquel valeroso campeón de la revolución francesa.
Y, levantando la cabeza, dijo:
—Señor abate, por sumiso que sea a mi antiguo maestro, no dejaré pasar sin comentarios esas injuriosas palabras.
—¡Ah! ¿Comentas ahora? —exclamó el abate, esperando confundir a Pitou con sus burlas.
—Sí, señor abate, comento, y veréis que mis comentarios son justos— continuó Pitou—. Me llamáis traidor porque me habéis rehusado las armas que yo os pedía con el olivo en la mano y que os arranco ahora con el auxilio de una orden del Gobierno. ¡Pues bien, señor abate! Mejor quiero que parezca que he faltado a mis deberes que haber dado la mano para favorecer con vos la contrarrevolución. ¡Viva la patria! ¡A las armas, a las armas!
El alcalde dirigió a Pitou la misma mirada que fijó antes en el abate, como diciendo:
—¡Ah! Muy bien, muy bien.
Aquel discurso produjo, en efecto, un resultado decisivo contra el abate, y electrizó a los presentes.
El alcalde se eclipsó, haciendo una señal al teniente alcalde para que se quedara.
Este último hubiera querido marcharse también; pero la ausencia de las dos autoridades principales del pueblo se hubiera notado seguramente.
Siguió, pues, con su secretario a los gendarmes, que iban en pos de los tres guardias nacionales en dirección al museo, cuya situación conocía Pitou perfectamente.
Sebastián, saltando cómo un joven león, corría detrás de los patriotas.
Los otros niños contemplaban la escena como atontados.
En cuanto al abate, después de abrir la puerta de su museo, cayó medio muerto de cólera y de vergüenza en la primera silla que encontró.
Una vez dentro del museo, los dos asesores de Pitou querían saquearlo todo; pero la honrada timidez del jefe de los guardias nacionales intervino una vez más.
Contó los individuos sometidos a sus órdenes, y como eran treinta y tres, ordenó que se tomara tan sólo este número.
Y como, en caso necesario, también él debería llevar uno, pues Pitou no pensaba quedarse atrás, tomó para sí otro fusil, verdadero fusil de ordenanza, más corto y más ligero que los demás y que, aunque de menos calibre, lo mismo podía dirigir el plomo contra un conejo o una liebre que la bala contra un falso patriota o un verdadero prusiano.
Además, escogió una espada recta, como la del señor de Lafayette, la espada de algún herpe de Fontenoy o de Filipsburgo, y se la ciñó al costado.
Sus dos compañeros cargaron cada cual con doce fusiles, y bajo este peso enorme no flaquearon: tan delirante era su alegría.

Pitou se encargó de lo demás.
Se pasó por el parque para no cruzar la ciudad, a fin de evitar el escándalo, y porque, además, era el camino más corto.
Este camino ofrecía también la ventaja de evitar toda probabilidad de un encuentro de los tres oficiales con partidarios de ideas contrarias a las suyas. Pitou no temía la lucha, y el fusil que había elegido para el caso de que la hubiese, daría fe de su valor; pero Pitou era ya hombre de reflexión, y desde que pensaba había notado que, si un fusil era buen expediente para la defensa de un hombre, muchos podrían ser cosa perjudicial.
Nuestros tres héroes, cargados con aquellos despojos ópimos, atravesaron el parque a la carrera, llegando después a una encrucijada, donde se proponían detenerse. Agobiados por una gloriosa fatiga, y sudando a mares, llevaron a casa de Pitou el precioso depósito que la patria acababa de confiarles, tal vez un poco ciegamente.
Hubo reunión de la guardia nacional aquella misma noche, y el comandante Pitou entregó un fusil a cada soldado, diciéndoles, como las madres espartanas a sus hijos, refiriéndose al escudo:
—«Con él o debajo de él.»
Entonces hubo en aquel pequeño distrito, así transformado por el genio de Pitou, una efervescencia semejante a la del hormiguero en día de terremoto.
La alegría de poseer un fusil entre aquellos hombres, cazadores furtivos por excelencia, a quienes la opresión de los guardas hacía enloquecer por la caza, fue tanta que consideraron a Pitou como un dios de la tierra.
Se olvidaron sus largas piernas y descomunales brazos, sus abultadas rodillas, su enorme cabeza y hasta sus grotescos antecedentes, y fue, y siguió siendo, el genio tutelar del país durante todo el tiempo que el rubio Febo estuvo visitando a la bella Anfitrite.
El día siguiente fue empleado por los entusiastas en manejar y limpiar las armas como inteligentes: los unos, contentos al ver que la batería se hallaba en buen estado; los otros, pensando en reparar la desigualdad de la suerte si les habían dado un arma de calidad inferior.
Dorante este tiempo, Pitou, retirado en su aposento, como el gran Agamenón en su tienda, pensaba, fatigándose el cerebro; mientras que sus hombres se desollaban las manos limpiando sus fusiles.
—¿En qué pensaba Pitou? —se preguntará el lector a quien le sea simpático aquel genio naciente.
Pitou, convertido en pastor de los pueblos, pensaba en la nulidad de las grandezas de este mundo.
En efecto, había llegado el instante en que, de todo aquel edificio apenas elevado, nada iba a quedar en pie.
Los fusiles se habían entregado la víspera, empleándose el día siguiente en ponerlos en orden; mañana sería necesario enseñar el ejercicio a sus soldados, y Pitou no conocía la primera voz de mando de la carga en doce tiempos.
Pitou había cargado siempre su fusil sin contarlos y como había podido.
En cuanto a la maniobra, se hallaba en peor caso.

Ahora bien: ¿qué era un comandante de la guardia nacional que no conocía la carga en doce tiempos ni sabía mandar la maniobra?

El que escribe estas líneas no ha conocido más que uno. Verdad es que éste era compatriota de Pitou.

Y por eso, con la cabeza entre las manos y la mirada vaga, Pitou, inmóvil, reflexionaba.

Jamás César entre las malezas de la Galia salvaje, jamás Aníbal, perdido en los nevados Alpes, jamás Colón, extraviado en un océano que no se conocía, reflexionaron de una manera más solemne ante lo ignorado, ni fijaron más profundamente su pensamiento que nuestro héroe en las *Dís ignotis,* esas terribles divinidades que poseen el secreto de la vida y de la muerte.

—¡Oh! —exclamaba Pitou—. El tiempo avanza y vendrá el día de mañana, y entonces apareceré en toda mi nulidad. Mañana el rayo de la guerra que tomó la Bastilla será tratado de ignorante por toda la gente de Haramont, como lo fue..., ya no me acuerdo quién, por toda la asamblea de los griegos.

—¡Mañana, silbado, cuando hoy triunfo!

—No ha de ser así, ni puede ser tampoco. Catalina lo sabría, y quedaré deshonrado.

Pitou tomó aliento un instante.

—¿Quién puede sacarme de este apuro? —se preguntó.

—¿La audacia?

—No, no: la audacia dura un minuto, y el ejercicio a la prusiana tiene doce tiempos.

—¡Qué singular idea ha sido enseñar el ejercicio a la prusiana a los franceses!

—¿Si yo dijese que soy demasiado buen patriota para enseñar a los franceses el ejercicio a la prusiana, y si yo inventase otro más nacional?

—No, porque me embrollaría.

—Recuerdo haber visto en la feria de Villers-Cotterets un mono que hacía el ejercicio; pero probablemente lo hacía como un mono, sin regularidad.

—¡Ah! —exclamó de pronto—. ¡Una idea!

Y acto continuo, abriendo el compás de sus largas piernas, disponíase a franquear el espacio, cuando una reflexión le detuvo.

—Mi desaparición se extrañaría —se dijo—; prevengamos a mi gente.

Y, abriendo la puerta, llamó a Claudio y a Desirée, y les dijo:

—Señalad para pasado mañana el primer día de ejercicio.

—Y ¿por qué no mañana? —preguntaron los dos subalternos.

—Porque estáis fatigados los dos —contestó Pitou—, y porque antes de instruir a los soldados quiero enseñaros a vosotros. Y además debéis acostumbraros —añadió Pitou con voz severa— a obedecer siempre en el servicio sin hacer observaciones.

Los subalternos se inclinaron.

—Está bien —dijo Pitou—; señalad para pasado mañana el primer ejercicio a las cuatro de la madrugada.

Los dos subordinados se inclinaron de nuevo, salieron y, como eran las nueve de la noche, fuéronse a dormir.

Pitou los dejó marchar y, apenas hubieron doblado la esquina de la calle, salió a su vez, emprendió la carrera en dirección opuesta y en cinco minutos ganó la espesura más sombría del bosque.

Veamos cuál era la idea luminosa de Pitou.

## LXVII

## EL PADRE  CLOUÏS Y LA PIEDRA CLOUÏSA, O COMO PITOU LLEGÓ A SER TÁCTICO Y A TENER UN AIRE MARCIAL

Pitou corrió así durante media hora, poco más o menos, internándose cada vez más en la parte más salvaje y profunda del bosque.

Había allí, entre aquellas altas espesuras tres veces seculares, apoyada en una inmensa roca, y en medio de zarzas formidables, una cabaña construida treinta y cinco o cuarenta años antes, y habitada por un personaje que en su propio interés había sabido rodearse de cierto misterio.

Aquella cabaña, medio socavada en la tierra, y en parte entretejida por fuera con ramaje y madera, no recibía la luz y el aire más que por un agujero oblicuamente practicado en el tejadillo.

Bastante parecida a las chozas de los gitanos del Albaicín, se revelaba a veces a las miradas por las columnas de azulado humo qué salían de su parte superior.

Sin esto, nadie, excepto los guardas del bosque, los cazadores y los campesinos de los alrededores, hubiera adivinado que en aquella choza habitaba un hombre.

Y, sin embargo, hacía cuarenta años que allí vivía un anciano guardia retirado, pero a quien el duque de Orleans, padre de Luis Felipe, había otorgado permiso para habitar en el bosque, conservar su uniforme y disparar un tiro todos los días contra una liebre o un conejo.

Quedaban exceptuados los animales de caza mayor y las aves.

El buen hombre contaba sesenta y nueve años en la época en que hablamos; se había llamado primeramente Clouïs a secas, y después padre Clouïs, a medida que avanzaba en edad.

De su nombre recibió su bautismo la inmensa roca en que su choza se apoyaba, y llamábanla, por lo tanto, la piedra Clouïsa.

Nuestro hombre, herido en Fontenoy, hubo de sufrir a causa de esto la amputación de una pierna, y he aquí por qué, retirado muy pronto, obtuvo del duque de Orleans los privilegios de que acabamos de hablar.

El padre Clouïs no entraba nunca en la ciudad, ni tampoco iba a Villers-Cotterets más que una vez al año, solamente para comprar 365 cargas de pólvora y plomo, y 366 en los años bisiestos.

Aquel mismo día llevaba a casa del señor Cornu, sombrerero en la calle de Soissons, 365 ó 366 pieles, la mitad de conejos y la mitad de liebres, por las que el industrial le daba 75 libras tornesas.

Y cuando decimos 365 pieles en los años ordinarios y 366 en los bisiestos, no nos engañamos en uno solo, porque el padre Clouïs, teniendo derecho a un tiro diario, se había arreglado para matar una liebre o un conejo a cada disparo; y como no se permitía jamás ni uno más ni uno menos que los 365 concedidos en los años ordinarios, y los 366 en los bisiestos, el padre Clouïs mataba justamente 183 liebres y 182 conejos en los años ordinarios, y 183 de las primeras y otros tantos de los segundos en los bisiestos.

Vivía de la carne de los animales, bien se la comiese, o ya la vendiera; con el producto de la piel, como ya hemos dicho, compraba municiones, y poco a poco formaba un capital.
Además de esto, una vez al año, el padre Clouïs hacía una pequeña especulación.
La piedra en que se apoyaba su choza tenía una parte inclinada como un tejado, formando un declive, cuyo espacio sería de unos dieciocho pies en su mayor superficie.
Un objeto colocado en la extremidad superior descendía suavemente hasta la inferior.
El padre Clouïs hizo circular poco a poco en los pueblos inmediatos, por mediación de las buenas mujeres que iban a comprarle sus liebres o conejos, que las jóvenes que el día de San Luis se dejaran deslizar tres veces por la piedra, de arriba abajo, se casarían dentro del año.
El primer año se presentaron muchas jóvenes; pero ninguna de ellas se atrevió a intentar la prueba.
Al año siguiente, tres de ellas se aventuraron; dos se casaron pronto, y en cuanto a la tercera, quedó soltera, pero el padre Clouïs aseguró atrevidamente que, si le faltaba esposo, era porque no se deslizó por la piedra con la misma fe que las otras.
El año que siguió, todas las jóvenes de las cercanías acudieron para dejarse resbalar.
El padre Clouïs declaró que no habría nunca bastantes mozos para tantas muchachas, pero que una tercera parte de éstas, las más creyentes, se casarían.
En efecto: bastantes se casaron, y, a partir de aquel momento, quedó sentada la reputación matrimonial de la piedra Clouïsa, y todos los años, el día de San Luis, hubo doble fiesta en la ciudad y en el bosque.
Entonces el padre Clouïs pidió privilegio: como no era posible pasar junto a la piedra todo el día sin comer ni beber, obtuvo el monopolio, el 25 de agosto, para vender comida y bebida a los jóvenes de ambos sexos que iban a dejarse resbalar por la piedra, pues también los hombres lograron persuadir a las mujeres de que la virtud de la roca era infalible si hacían la prueba juntos, y sobre todo al mismo tiempo.
Durante treinta y cinco años, el padre Clouïs vivía de este modo; el país le trataba como los árabes a sus marabúes, y había pasado al estado de leyenda.
Pero lo que más preocupaba a los cazadores e irritaba a los guardas era que estaba probado que el padre Clouïs no disparaba más que 365 tiros al año, y que con éstos mataba 183 liebres y 182 conejos.
Más de una vez varios señores de París invitados por el duque de Orleans a pasar algunos días en el castillo, habiendo oído referir la historia del padre Clouïs, habían ido a depositar, según su generosidad, un luis o un escudo en su callosa mano, y trataron de sorprender el secreto de aquel hombre que no erraba ninguno de sus 365 tiros.
Pero el padre Clouïs no había sabido darles más explicación que ésta, es decir, que en el ejército había adquirido la costumbre de matar con aquella misma carabina, cargada con bala, un hombre a cada tiro, lo cual era mucho más fácil,

según había observado, tratándose de tocar con perdigones a un consejo o una liebre, y a los que sonreían al oírle hablar así, el padre Clouïs les preguntaba:
—¿Por qué tiráis si no estáis seguros de tocar el blanco?
Frase digna de figurar entre las del señor de la Palisse.
—Pero ¿por qué el señor duque de Orleans, padre, que no era ningún avaro, no os ha concedido más que un tiro cada día? —le preguntaban.
—Porque más hubiera sido demasiado, puesto que él me conocía bien.
La curiosidad de aquel espectáculo y lo singular de aquella teoría reportaban, un año con otro, diez o doce luises al viejo anacoreta.
Ahora bien: como ganaba otro tanto con sus pieles de conejo y el día de fiesta que había instituido por sí propio, y atendido que no gastaba más que un par de polainas cada cinco años y un traje cada diez, el padre Clouïs no era del todo desgraciado.
Muy por el contrario, circulaba el rumor de que tenía un escondrijo, un pequeño tesoro, y que aquel que le heredara no haría mal negocio.
Tal era el singular personaje que Pitou iba a buscar en medio de la noche después de ocurrírsele aquella famosa idea que debía sacarle de su terrible apuro.
Mas, para encontrar al padre Clouïs, no se debía ser torpe.
Así como el viejo pastor de los rebaños, Neptuno, Clouïs no se dejaba coger tan fácilmente. Sabía distinguir muy bien entre el importuno que no produce y el curioso opulento; y como se mostraba ya bastante desdeñoso con este último, júzguese cómo trataría al primero.
Clouïs estaba echado en su lecho de brezos, lecho maravilloso y aromático que el bosque le proporcionaba en el mes de septiembre y que no era necesario renovar hasta el mismo mes del año siguiente.
Eran las once de la noche, poco más o menos, y hacía un tiempo claro y fresco.
Para llegar a la cabaña del padre Clouïs era preciso desviar el ramaje de un olmo tan sumamente espeso, que el rumor que producía anunciaba siempre al cenobita la llegada de un visitante.
Pitou hizo cuatro veces más ruido que cualquier otro personaje. El padre Clouïs levantó la cabeza y miró, pues se hallaba despierto.
El solitario estaba aquel día de muy mal humor, pues le había ocurrido un terrible accidente que le hacía inaccesible a sus más afables conciudadanos.
El accidente era muy desgraciado, en efecto: la carabina que le había servido cinco años para cargarla con bala, y treinta y cinco para servirse de perdigones, había estallado al hacer fuego sobre un conejo.
Era el primer tiro perdido hacía treinta y cinco años.
Pero el conejo, que huyó sano y salvo, no era lo que más disgustaba al padre Clouïs: dos dedos de su mano izquierda se habían dañado por la explosión; Clouïs hizo la primera cura con hierbas mascadas y hojas; mas no pudo componer su carabina.
Ahora bien: para obtener otra era preciso que el padre Clouïs apelase a su tesoro, y, aunque hiciese un sacrificio tomando la considerable suma de dos luises para la nueva carabina, no podía asegurarse que ésta mataría a cada disparo como la que acababa de perder tan desgraciadamente.
Según se ve, Pitou llegaba en mal momento.

He aquí por qué cuando puso la mano sobre el picaporte de la puerta, el padre Clouïs produjo una especie de gruñido que hizo retroceder al comandante de la guardia cívica de Haramont.
¿Sería algún lobo o una jabalina la que había sustituido allí al solitario?
Por eso Pitou se detuvo de pronto.
—¡Eh, padre Clouïs!—gritó.
—¿Qué haY?—preguntó el misántropo.
Pitou se tranquilizó al reconocer la voz del digno anacoreta.
—Bueno —dijo—, ¿estáis ahí?
Y dando un paso en el interior de la cabaña y haciendo una cortesía, añadió:
—Buenos días, padre Clouïs. ¿Cómo va?
—¿Quién es? —preguntó el herido.
—Yo.
—Y ¿quién eres tú?
—Pitou.
—¿Qué Pitou?
—Yo, Ángel Pitou, de Haramont; ya sabéis.
—Y ¿qué me importa a mí que seas Ángel Pitou, de Haramont?
—¡Oh, oh! No está de buen humor el padre Clouïs, y le he despertado a mala hora.
—Muy mala: tienes razón.
—¿Qué debo hacer entonces?
—Lo mejor que puedes hacer es irte.
—¿Sin hablar un poco?
—¿Hablar de qué?
—De un servicio que podéis prestarme, padre Clouïs.
—Yo no presto servicios de balde.
—Y yo pago los que me hacen.
—Es posible; pero yo no puedo ya servirte de nada.
—¿Cómo que no?
—Porque ya no mato.
—¿Que ya no matáis vos, que no perdéis un solo tiro? Esto no es posible, padre Clouïs.
—Vamos, retírate.
—¡Pero, padre Clouïs!
—Ya me importunas.
—Escuchadme, y no os arrepentiréis.
—Veamos, pues; pero pocas palabras... ¿Qué deseas?
—Sois un veterano.
—¿Qué más?
—Pues bien, padre Clouïs: yo quiero...
—¡Acaba, tunante!
—Quiero que me enseñéis el ejercicio.
—¿Estás loco?
—No: conservo todo mi juicio, por el contrario. Enseñadme el ejercicio, padre Clouïs, y hablaremos del precio.

—¡Decididamente, este animal se ha vuelto loco! —exclamó el veterano bruscamente, incorporándose sobre sus brazos.
—Padre Clouïs, sí o no; enseñadme el ejercicio como lo hacen en el ejército, en doce tiempos, y pedidme lo que os plazca.
El anciano se levanto a medias y, fijando su mirada hosca en Pitou, le preguntó:
—¿La cosa que me plazca has dicho?
—Sí.
—¡Pues bien! La cosa que me place es una carabina.
—¡Ah! ¡Qué oportunamente la pedís! —contestó Pitou— Yo tengo treinta y cuatro.
—¿Tú tienes treinta y cuatro?
—Sí, y la que he escogido para mi uso os convendrá: es una graciosa carabina de sargento, con las armas del rey embutidas en oro sobre la culata.
—Y ¿cómo te has proporcionado esa carabina? Supongo que no la habrás robado...
Pitou refirió su historia franca y lealmente.
—Está bien —dijo el anciano guardia—; comprendo. Yo bien quisiera enseñarte el ejercicio, pero tengo los dedos malos.
Y a su vez refirió a Pitou el accidente que le había ocurrido.
—¡Pues bien! —contestó Pitou—, no os preocupéis de vuestra carabina, porque será reemplazada. ¡Pardiez! No se ha de pensar más que en los dedos... y con éstos no sucede como con los fusiles, pues yo tengo treinta y cuatro.
—¡Oh! En cuanto a los dedos, no importa, y con tal que me prometas que mañana estará aquí el arma... Ven.
Y se levantó al punto.
La luna, en su cénit, difundía torrentes de blanca luz en el claro que se extendía delante de la cabaña.
Pitou y el padre Clouïs avanzaron por el claro.
Quien hubiera visto en aquella soledad las dos sombras negras gesticulando, y rodeadas de aquella poética luz, no habría podido menos de experimentar un misterioso terror.
El padre Clouïs tomó el tronco de su arma, mostrándoselo a Pitou, y comenzó a enseñarle la posición y la actitud del militar.
Era curioso ver cómo aquel anciano, encorvado por la costumbre de discurrir por el tallar, reanimado por el recuerdo del regimiento y el aguijón del ejercicio, se erguía de pronto, moviendo la cabeza, cuyos cabellos blancos, pendientes sobre los hombros, estaban sólidamente atados.
—Mírame bien —decía a Pitou—; mira con atención, pues así se aprende.
—Cuando hayas visto bien lo que yo hago, procura imitarme: yo te miraré a mi vez.
Pitou hizo la prueba.
—Más adentro las rodillas; sube los hombros, mueve libremente la cabeza; coloca los pies de modo que haya buena base. Con los pies tan grandes, bien puedes hacerlo.
Pitou obedecía lo mejor que le era posible.
—¡Bien! —exclamó el anciano—. Tienes el aire bastante marcial.

Estas palabras lisonjearon mucho a Pitou, pues no esperaba tanto.
En efecto, ¡tener el aire marcial al cabo de una sola hora de ejercicio! ¿Qué sería al cabo de un mes? Tendría el aire majestuoso.
Por eso quiso continuar.
Pero era bastante para la primera lección.
Por lo demás, el padre Clouïs no quería molestarse demasiado antes de tener la carabina.
—No —dijo—; basta para una vez: ya puedes enseñarles en la primera lección lo que has aprendido, y aún tardarán cuatro días en aprenderlo, en cuyo tiempo habrás venido aquí dos veces.
—¡Cuatro! —exclamó Pitou.
—¡Ah, ah! —repuso fríamente el padre Clouïs—. Tienes celo y buenas piernas, según parece. ¡Bueno, ven cuatro veces! Sin embargo, te advertiré que estamos al fin del último cuarto de luna, y que mañana no habrá claridad.
—Haremos el ejercicio en la cabaña —dijo Pitou.
—Para esto has de traer una vela.
—Traeré una libra de ellas, si es necesario.
—Bien. ¿Y mi carabina?
—La tendréis mañana.
—Cuento con ello. Veamos si te acuerdas de lo que te he dicho.
Pitou volvió a comenzar, y lo hizo de modo que mereció los cumplidos de su maestro. En su alegría, hubiera prometido un cañón al padre Clouïs.
Terminada aquella segunda lección, y como ya era tarde, Pitou se despidió. Regresaba más lentamente a su casa, es verdad, pero con paso largo aún, y llegó a Haramont, donde todo el mundo, guardias nacionales y simples pastores, estaban entregados al más profundo sueño.
Pitou soñó que mandaba como jefe un ejército de varios millones de hombres, y que mandaba hacer evoluciones al universo entero colocado en una sola fila, dando la orden de *¡presenten armas!* con una voz que se oía hasta la extremidad del valle de Josafat.
Desde el día siguiente dio o más bien trasladó a sus soldados la lección recibida, con una insolencia en la actitud, y tal aplomo, que elevaron hasta lo imposible el prestigio de que gozaba.
¡Oh popularidad, soplo imperceptible!
Pitou llegó a ser popular, y fue admirado de los hombres, de los niños y de los viejos.
Hasta las mujeres quedaban pensativas cuando en su presencia gritaba con voz estentórea a sus treinta soldados alineados en una sola fila.
—Pardiez, ¡seamos marciales! ¡Miradme a mí!
Y, en efecto. Pitou tenía el aire marcial.

## LXVIII

## DONDE CATALINA SE OCUPA A SU VEZ EN LA DIPLOMACIA

El padre Clouïs tuvo su carabina. Pitou era muchacho de palabra, y para él lo prometido equivalía a una deuda.

Diez visitas semejantes a la primera convirtieron a Pitou en un granadero completo.

Por desgracia, el padre Cloui's no era tan entendido en la maniobra como en el ejercicio, y cuando hubo explicado la vuelta, la media vuelta y las conversiones, ya no tuvo más que enseñar.

Entonces Pitou apeló al *Práctico Francés* y al *Manual de la Guardia Nacional*, que acababan de publicarse, y a los cuales consagró la suma de un escudo.

Gracias al generoso sacrificio de su comandante, el batallón de Haramont aprendió a moverse con bastante regularidad en un terreno de maniobras.

Después, cuando Pitou observó que los movimientos se complicaban, hizo un viaje a Soissons, donde vio maniobrar verdaderos batallones, mandados por verdaderos oficiales, y allí aprendió en pocas horas más que en dos meses de teorías.

Dos meses transcurrieron así, dos meses de trabajo, de fatiga y de fiebre.

Pitou ambicioso, Pitou enamorado, Pitou desgraciado en amores, y, sin embargo, ¡débil compensación!, cubierto de gloria. Pitou había sacudido bruscamente lo que ciertos fisiólogos llaman, por decirlo así, la *parte bruta.*

Esta última había sido despiadadamente sacrificada por el alma en Pitou: el joven había corrido tanto, había agitado de tal manera sus miembros y aguzado tan repetidamente su ingenio, que se extrañaba que pensase aún en satisfacer o consolar su corazón.

Y, sin embargo, así era.

¡Cuántas veces, después del ejercicio, que casi siempre se practicaba después del trabajo nocturno, cuántas veces Pitou atravesó las llanuras de Largny y de Noue, en toda su extensión, y después el bosque, para ir al lindero de las tierras de Boursonne, a fin de espiar a Catalina, siempre fiel a sus citas!

Catalina, que robando una o dos horas diarias a los trabajos de la casa iba a reunirse en un pequeño pabellón, situado en medio de un bosquecillo independiente del castillo de Boursonne, con su amado Isidoro, aquel feliz mortal, siempre más altivo, siempre más bello, cuando todos sufrían y se arrodillaban a su alrededor.

¡Cuántas angustias devoró el pobre Pitou, cuántas tristes reflexiones debió hacer sobre la desigualdad de los hombres en materia de felicidad!

¡Pitou, a quien buscaban las jóvenes de Haramont, de Taillefontaine y de Vivieres; él, que hubiera podido tener también sus citas en el bosque y que, en vez de pavonearse como un amante feliz, prefería llorar como un niño a quien han dado azotes, ante aquella puerta cerrada del pabellón del señor Isidoro!

Y era que Pitou amaba a Catalina, amábala apasionadamente, tanto más cuanto que la creía superior a él.

Ni siquiera reflexionaba que la joven había dado su corazón a otro, e Isidoro había dejado de ser objeto de sus celos. Isidoro era un señor, guapo, digno de ser amado; pero Catalina, hija del pueblo, no debía tal vez deshonrar a su familia o, por lo menos, no hubiera debido desesperar a Pitou.

Y era que, cuando reflexionaba, sus pensamientos eran para él puntas muy agudas que le laceraban cruelmente.

—¡Y bien! —decíase Pitou—. Catalina no ha tenido corazón, porque me ha dejado marchar, y después ni siquiera se dignó preguntar si me había muerto de hambre. ¿Qué diría el padre Billot si supiera que se abandona así a sus amigos y se descuidan de ese modo sus negocios? ¿Qué diría si supiera que, en vez de ir a vigilar el trabajo de los obreros, la administradora de la casa se ocupa en sus amores con el señor de Charny, un aristócrata? El padre Billot no diría nada: mataría a Catalina.

—Siempre es algo —pensaba Pitou— tener entre manos la facilidad de semejante, venganza.

Sí, pero también era muy hermoso no servirse de ella.

Sin embargo, Pitou había observado ya que las buenas acciones desconocidas no aprovechan a los que las hacen.

¿No sería posible conseguir que Catalina tuviese conocimiento de aquel noble proceder?

¡Oh! Nada era más fácil: bastaba acercarse a Catalina algún domingo durante el baile, y decirle como por casualidad una de esas terribles palabras que revelan a los culpables que se conoce su secreto.

Aunque no fuera más que ver sufrir un poco a la orgullosa joven, ¿no valía la pena hacerlo?

Mas para ir al baile era preciso presentarse de modo que se pudiera competir con el elegante caballero, y no era nada aceptable para un rival ponerse en parangón con un hombre tan apuesto como Charny.

Pitou, fértil en recursos, como todos aquellos que saben concentrar sus penas, halló un medio mejor que la conversación en el baile.

El pabellón donde tenían sus citas Catalina y el vizconde de Charny estaba rodeado de un espeso tallar contiguo al bosque de Villers-Cotterets.

Un simple foso indicaba el límite entre la propiedad del conde y la del particular.

Catalina, a quien llamaban a cada instante para los negocios de la granja en los pueblos inmediatos; Catalina, que para llegar a ellos debía atravesar necesariamente el bosque; Catalina, de la que nada se podía decir mientras estaba en él, no tenía que hacer más que franquear el foso para estar en el bosque de su amante.

Este punto se había elegido seguramente como el más ventajoso para refutar cualquier acusación.

El pabellón dominaba tan bien el tallar, que por las aberturas oblicuas, con vidrios de color, se podía distinguir todo cuanto pasaba cerca, y la salida de aquel pabellón se disimulaba tan perfectamente por la espesura, que una persona que saliese a caballo podía trasladarse en tres saltos al bosque, es decir, a un terreno neutral.

Pero Pitou había ido con tanta frecuencia día y noche: Pitou había estudiado tan bien el terreno, que conocía el sitio por donde Catalina llegaba, así como el cazador furtivo sabe por dónde ha de pasar la corza que quiere cazar al acecho.
Jamás Catalina penetraba en el bosque seguida de Isidoro: éste permanecía algún tiempo en el pabellón para observar si le sucedía algo al salir; después marchaba por el lado opuesto, y punto concluido.
El día que Pitou eligió para su demostración fue a emboscarse en el sitio por donde Catalina debía pasar; y trepó a un haya enorme, que dominaba con sus trescientos años el pabellón y el tallar.
No habría transcurrido una hora cuando vio pasar a Catalina; sujetó su caballo en un barranco del bosque, y de un solo salto, como un ciervo espantado, franqueó el toso y penetró en el tallar que conducía al pabellón.
Precisamente Catalina había pasado por debajo del árbol donde se hallaba oculto el joven.
Pitou no tuvo que hacer más que bajar de su rama y apoyarse en el tronco del árbol. Una vez así, sacó del bolsillo un libro, el *Perfecto Guardia Nacional*, y aparentó leer.
Al cabo de una hora llegó a oídos de Pitou el ruido de una puerta que se cierra y el roce de un vestido en el follaje; la cabeza de la joven apareció después fuera del ramaje, mirando con inquietud en torno suyo, para observar si podían verla. En aquel momento hallábase a diez pasos de Pitou.
Este último permanecía inmóvil, con su libro sobre las rodillas.
Pero ya no aparentaba leer, y miraba a Catalina con la intención de que la joven comprendiese que lo hacía expresamente.
Catalina dejó escapar un ligero grito ahogado al reconocer a Pitou, púsose pálida como si la muerte hubiese pasado junto a ella tocándola, y después de una breve vacilación, que se revelaba por el temblor de sus manos y la contracción de su seno, precipitóse en el bosque, y, encontrando su caballo, emprendió en él la fuga.
Pitou volvió a Haramont en parte feliz, aunque algo atemorizado, porque, apenas se hubo dado cuenta de lo que acababa de hacer, vio en aquel simple paso muchos detalles enojosos que no se le habían ocurrido en un principio.
El domingo siguiente era el señalado en Haramont para una solemnidad militar.
Bastante instruidos ya, o creyendo estarlo, los guardias nacionales del pueblo habían rogado a su comandante que los reuniese para practicar un ejercicio público.
Algunos pueblos vecinos, excitados por la emulación, y que habían hecho también estudios militares, debían enviar a Haramont sus guardias para establecer una especie de competencia con sus mayores en la carrera de las armas.
Una diputación de cada uno de estos pueblos se había entendido con el estado mayor de Pitou, y la capitaneaba un labrador, antiguo sargento.
El anuncio de tan magnífico espectáculo hizo acudir a muchos curiosos con su traje de fiesta, y el Campo de Marte de Haramont fue invadido desde la mañana por una multitud de mujeres jóvenes y de niños, a los cuales se agregaron más

lentamente, aunque no con menos interés, los padres y las madres de los campeones.

Lo primero que se hizo fue tomar un refrigerio sobre la hierba, muy frugal y reducido a frutas y galletas humedecidas con agua del manantial.

Poco después resonaron cuatro tambores en otras tantas direcciones diferentes, es decir, de Largny, de Vez, de Taillefontaine y de Viviers.

Haramont había llegado a ser un centro, y tenía sus cuatro puntos cardinales.

Un quinto tambor tocó ruidosamente, conduciendo fuera de Haramont a los treinta y tres guardias nacionales.

Entre los espectadores veíase una parte de la aristocracia y de la clase media de Villers-Cotterets, que había ido allí para reirse un poco, y además muchos labradores de las cercanías, que iban para ver.

Muy pronto llegaron en dos caballos, una junto a otra, Catalina y la madre Billot.

Era el momento en que la guardia nacional de Haramont desembocaba del pueblo al son de un pito y un tambor, mientras que su comandante, Pitou, montaba un gran caballo blanco, prestado por Maniquet, su teniente, a fin de que la imitación de París fuese más completa, y para que el general Lafayette estuviese representado *ad vivum* en Haramont.

Pitou, rebosando de orgullo y satisfacción, cabalgaba, espada en mano, en aquel gran caballo de doradas crines, y si en su aspecto no se notaba algo de elegante y aristocrático, por lo menos tenía un aire de robustez y valentía, agradable de ver.

Aquella entrada triunfal de Pitou y de sus hombres, es decir, de aquellos que habían dado el ejemplo a la provincia, fue acogida con alegres aclamaciones.

La guardia nacional de Haramont llevaba sombreros semejantes, adornados todos de la escarapela nacional, fusiles relucientes, y marchaba en dos filas con una igualdad muy satisfactoria.

Por eso cuando llegó al campo de maniobras se había conquistado ya todos los sufragios de la asamblea.

Pitou vio de reojo a Catalina y se sonrojó, mientras que ella palidecía.

Desde aquel momento la revista tuvo para él más interés que para todo el mundo.

Mandó hacer primeramente a sus soldados el ejercicio de fusil, y cada movimiento que ordenó fue ejecutado con tal precisión que al punto resonaron los aplausos.

Pero no sucedió lo mismo con los guardias nacionales de los otros pueblos, que se mostraron torpes y descompuestos. Los unos, medio armados y mal instruidos, se desmoralizaban ya por la comparación, exagerando los otros con orgullo lo que tan bien sabían la víspera.

Todos ellos no dieron más que resultados imperfectos.

Pero del ejercicio se debía pasar a la maniobra, y aquí era donde el sargento esperaba a su competidor Pitou.

Atendida su antigüedad, el sargento había obtenido el mando en jefe, y para él tratábase tan sólo de hacer maniobrar a los ciento setenta hombres del ejército general.

Pero no pudo conseguirlo.

Pitou, con su espada debajo del brazo y su fiel casco en la cabeza, miraba sonriendo como hombre superior.
Cuando, el sargento hubo visto las cabezas de sus columnas, que se perdían entre los árboles del bosque, mientras que la retaguardia tomaba el camino de Haramont, y al observar que los cuadros se dispersaban, confundiéndose unos con otros, en tanto que los jefes de fila se aturdían sin saber qué hacer, se oyó un murmullo de desaprobación para sus veinte soldados.
Entonces resonó un grito por la parte de Haramont.
—¡Pitou, Pitou, Pitou!
—¡Sí, sí, Pitou! —gritaron los hombres de los otros pueblos, furiosos al ver una inferioridad que atribuían caritativamente a sus instructores.
Pitou volvió a monta en su caballo blanco y, poniéndose al frente de sus hombres, los cuales colocó a la cabeza del ejército, dio la voz de mando con tal energía y una voz tan estentórea, que las encinas del bosque se estremecieron.
En el mismo instante, y como por milagro, las filas desordenadas se alinearon; los movimientos uniformes ejecutáronse con una precisión que no pudo perturbarse por el entusiasmo, y Pitou puso en práctica de una manera tan feliz las lecciones del padre Cloui's y la teoría del *Perfecto Guardia Nacional,* que obtuvo un éxito brillante.
El ejército, reunido y unánime, le nombró *imperator* en el campo de batalla.
Pitou se apeó, inundado de sudor y ebrio de orgullo, y al sentar el pie en tierra recibió las felicitaciones de los pueblos.
Pero al mismo tiempo buscaba entre la multitud las miradas de Catalina.
De repente, la voz de la joven resonó en su oído.
Pitou no había necesitado ir en busca de Catalina, sino que ésta venía a verle.
El triunfo era completo.
—¡Comó! — exclamó la joven con aire risueño, desmentido por la palidez de su rostro. — ¿No nos dice nada a nosotros el señor Ángel? ¿Tanto es vuestro orgullo porque sois un gran general?
—¡Oh! No—contestó Pitou—. ¡Buenos días, señorita!
Y, volviéndose hacia la madre Billot, añadió:
—Tengo el honor de saludaros, señora Billot.
Después, dirigiéndose de nuevo a Catalina, le dijo:
—Señorita, os engañáis: yo no soy un gran general, sino un pobre muchacho animado del deseo de servir a mi patria.
Esta frase fue transmitida por las oleadas de la multitud, y en medio de universales aclamaciones se declaró que era sublime.
—Ángel —dijo en voz baja Catalina— es preciso que os hable.
—¡Ah, ah! —pensó Pitou—. Ya estamos.
Y en voz alta contestó:
—A vuestras órdenes, señorita Catalina.
—Pues volved con nosotras a la granja.
—Está bien.

## LXIX

## LA MIEL Y EL ACÍBAR

Catalina se había arreglado de modo que pudiera quedar sola con Pitou, a pesar de la presencia de su madre.

La buena señora Billot había encontrado algunas complacientes compañeras que la habían seguido, sosteniendo la conversación, y Catalina, dejando su montura a una de ellas, volvió a pie por los bosques con Pitou, que se había sustraído a sus triunfos.

Esta especie de arreglos no extrañan a nadie en el campo, donde todos los secretos pierden su importancia a causa de la indulgencia que conceden unos a otros.

Pareció natural que Pitou tuviera que hablar con la señora Billot y su hija, y acaso no se echara de ver.

Aquel día, cada cual tenía su interés en el silencio y en la densidad de las sombras. Todo cuanto era gloria o dicha ocultábase bajo las encinas seculares en los países de bosque.

—Heme aquí, señorita Catalina —dijo Pitou cuando estuvieron solos.

—¿Por qué habéis estado ausente de la granja tanto tiempo? —preguntó Catalina—. No me parece bien, señor Pitou.

—Pero, señorita —replicó Pitou, admirado—, bien sabéis...

—No sé nada... Está mal hecho.

Pitou se mordió los labios: le repugnaba ver mentir a Catalina.

La joven lo echó de ver. Por otra parte, la mirada de Pitou era siempre franca y leal, y ahora la bajaba.

—Escuchad, señor Pitou: otra cosa tengo que deciros.

—¡Ah!

—El otro día, en el lugar donde me visteis...

—¿Dónde os he visto?

—¡Ah! Bien lo sabéis.

Catalina se ruborizó.

—¿Qué hacíais allí? —dijo.

—¿Me reconocisteis? —preguntó Pitou con un tono de dulce y melancólica reconvención.

—Al pronto no, pero después sí.

—Y ¿cómo es eso?

—Es que a veces se halla una distraída, anda y no fija la atención; pero después reflexiona.

—Seguramente.

Catalina guardó silencio, y Pitou también. Uno y otro tenían demasiadas cosas que pensar para hablar tan claro.

—En fin —repuso Catalina—, ¿no erais vos?

—Si, señorita.

—¿Qué hacíais allí? ¿Estabais escondido?

—¿Escondido? Nada de eso. ¿Por qué me había de esconder?
—¡Oh! ¡La curiosidad!...
—Señorita, yo no soy curioso.
Catalina golpeó el suelo con su pequeño pie, haciendo un ademán de impaciencia.
—Lo cierto es —repuso— que estabais allí, y que aquél no es sitio de los que acostumbráis frecuentar.
—Señorita, ya visteis que leía.
—¡Ah! Lo ignoraba.
—Puesto que me habéis visto, debéis saberlo.
—Os he visto, es verdad, pero vagamente. Y... ¿vos leíais?
—El *Perfecto Guardia Nacional.*
—¿Qué es eso?
—Un libro en el que aprendo la táctica para enseñarla después a mis hombres. Y para estudiar bien, ya sabéis, señorita, que es preciso aislarse.
—Esto es verdad; y en el lindero del bosque, nada os distrae.
—Absolutamente nada.
Siguióse otra pausa. La señora Billot y las comadres hablaban siempre.
—¿Estudiáis largo tiempo cuando vais al bosque? —preguntó Catalina.
—Algunas veces, días enteros, señorita.
—Entonces —exclamó la joven vivamente— haría largo tiempo que estabais allí. Es extraño que no os viera cuando llegué —dijo Catalina.
En esto mentía, y tan atrevidamente, que Pitou estuvo tentado de decírselo; pero se avergonzaba por ella; estaba enamorado, y de consiguiente era tímido, defectos a que debió su circunspección.
—Tal vez me durmiera —dijo Pitou—, lo cual sucede a veces cuando la imaginación trabaja mucho.
—Eso es, y, sin duda, durante vuestro sueño yo pasé al bosque para tomar la sombra, y llegué... llegué hasta las antiguas paredes del pabellón.
—¡Ah! —exclamó Pitou—. Del pabellón... ¿Qué pabellón es ése?
Catalina se ruborizó de nuevo. La pregunta le parecía demasiado afectada para creer que fuese sincera.
—El pabellón de Charny —repuso, aparentando también tranquilidad—. Allí es donde crece la mejor favacrasa del país.
—¡Hola!
—Me había quemado con lejía, y esas hojas son un buen remedio.
Ángel, el pobre, como si hubiera querido creer aquello, fijó una mirada en las manos de Catalina.
—No ha sido en las manos —dijo la joven vivamente—, sino en el pie.
—Y ¿encontrasteis lo que buscabais?
—Sí, ya no cojeo: mirad.
—Menos cojeaba aún —pensó Pitou— cuando la vi corriendo como una corza entre los brezos.
Catalina creyó que había triunfado, imaginándose que Pitou no había sabido ni visto nada.

Y, cediendo a un movimiento de alegría, movimiento poco digno de un alma tan hermosa, replicó:
—¿Conque el señor Pitou se burlaba de nosotras, estaba orgulloso de su nueva posición y tenía a menos hablar con los pobres aldeanos desde que es oficial?
Pitou se resintió: tan gran sacrificio como el suyo, aunque disimulado, exige casi siempre recompensa, y como Catalina, por el contrario, parecía reprender y hacerle burla, sin duda por comparación con Isidoro de Charny, todas las buenas disposiciones de Pitou se desvanecieron. El amor propio es una víbora dormida que nunca es prudente pisar, a menos de aplastarla con el pie.
—Señorita —replicó—, me parece que más que erais vos quien se burlaba de mí.
—¿Por qué?
—En primer lugar, me despedisteis de la granja rehusándome trabajo. ¡Oh! No le he dicho nada al señor Billot, a Dios gracias: tengo brazos y un corazón al servicio de mis necesidades.
—Os aseguro, señor Pitou...
—Basta, señorita: vos sois dueña de vuestras acciones, y podíais despedirme; pero ya que fuisteis al pabellón de Charny, y que yo estaba allí, y que me habéis visto, a vos correspondía hablarme, en vez de huir, como la que ha robado manzanas.
La víbora había mordido. Catalina cayó desde lo alto de su tranquilidad.
—¿Huir? —dijo—. ¿Yo huía?
—Como si se hubiese incendiado la granja, señorita; apenas había tenido yo tiempo para cerrar el libro, cuando ya habíais saltado sobre ese pobre *Cadet*, oculto entre el follaje, donde devoró toda la corteza de un fresno, por lo cual se perderá el árbol.
—¡Un árbol perdido! ¿Qué me decís, señor Pitou? —balbuceó Catalina, a quien abandonaba todo su aplomo.
—Es muy natural —continuó Pitou—. Mientras que vos buscabais la hierba, *Cadet* mordía la corteza del árbol, y en una hora el caballo devora mucho.
—¡En una hora! —exclamó Catalina.
—Es imposible, señorita, que un caballo despoje de tal modo un árbol como ése en menos tiempo. Debéis haber cogido hierba para tantas heridas como las que se infirieron en la plaza de la Bastilla: la favacrasa es una famosa planta para las cataplasmas.
Catalina, muy pálida y confundida, no supo qué decir.
Pitou se calló a su vez, pues había dicho bastante.
La madre Billot, detenida en una encrucijada, se disponía a despedirse de sus compañeras.
Pitou, que estaba en un suplicio, porque acababa de inferir una herida cuyo dolor sentía él mismo, balanceábase alternativamente sobre una y otra pierna, como el ave que quiere volar.
—Vamos, ¿qué dice el oficial? —gritó la señora Billot.
—Dice que se dispone a daros las buenas tardes —con testó Pitou.
—Aún no, quedaos un poco —dijo Catalina con acento casi desesperado.
—¡Pues buenas tardes! —dijo la madre Billot. ¿Vienes tú, Catalina?
—¡Oh! Decidme la verdad —murmuró la joven.

—¿Cuál, señorita?
—¿No sois mi amigo?
—¡Ay de mí! —exclamó el infeliz, que sin experiencia aún entraba en el amor por el peligroso camino de las confidencias, del que solamente los hábiles saben sacar partido en detrimento de su amor propio.
Pitou sintió que su secreto se le iba a escapar de los labios, comprendiendo también que la primera palabra de Catalina le pondría a merced de ella.
Pero también reconoció que si hablaba era hombre perdido, previniendo que moriría de pesar el día en que Catalina le anunciara lo que él no hacía más que sospechar.
Esta inquietud le hizo permanecer mudo como un romano.
Saludó a la señorita Catalina con un respeto que angustió el corazón de la joven, y después a la señora Billot con amable sonrisa, desapareciendo después en la espesura del bosque.
Catalina, a pesar suyo, dio un salto como para seguirle.
La madre Billot dijo a su hija:
—Ese muchacho tiene algo bueno; es listo y no le falta corazón.
Cuando estuvo solo, Pitou dio principio a un largo monólogo sobre el tema siguiente:
—¿Es eso lo que se llama amor? Es muy dulce en momentos dados; pero muy amargo en otros.
El pobre muchacho era tan cándido y tan bueno, que no reflexionaba que en el amor hay miel y acíbar, y que el señor Isidoro había guardado para sí la primera.
A partir de aquel momento, Catalina, que había sufrido horriblemente, concibió una especie de respetuoso temor hacia Pitou, temor que estaba muy lejos de experimentar algunos días antes respecto al inofensivo y grotesco personaje.
Cuando no se inspira amor, no desagrada inspirar un poco de temor, y Pitou, que ansiaba mucho tener dignidad personal, no se habría lisonjeado poco al descubrir este género de sentimiento en Catalina.
Pero como no era bastante fisiólogo para adivinar las ideas de una mujer a la legua y media de distancia, se contentó con llorar mucho, recordando una infinidad de canciones del pueblo, las más tristes y melancólicas que conocía.
Su ejército se habría desengañado mucho al ver a su general entregado a unas jeremiadas tan elegíacas.
Cuando Pitou hubo cantado, llorado y andado mucho, volvió a su casa, donde pudo ver que los idólatras de Haramont habían puesto centinela en su puerta para honrarle.
Pero el centinela no tenía el arma al brazo porque estaba ebrio y dormía sobre el banco de piedra con el fusil entre las piernas.
Pitou, asombrado, le despertó.
Entonces supo que sus treinta hombres habían organizado un festín en casa del padre Tellier, el Batel de Haramont; que doce de las comadres más entusiastas coronaban a los vencedores, y que se había reservado el puesto de honor al Turena que había batido al Conde del cantón vecino.
Pitou se había fatigado demasiado el corazón para que el estómago no se resintiese de ello. «Se ha extrañado —dice Chateaubriand— que contenga tantas

lágrimas el ojo de un rey; pero jamás se pudo medir el vacío que las lágrimas producen en el estómago de un adulto.»

Pitou, conducido por su centinela a la sala del festín, fue recibido con estrepitosas aclamaciones.

Saludó silenciosamente, sentóse del mismo modo, y con la calma que todos conocían atacó las tajadas de ternera y cuanto le dieron.

Esto duró todo el tiempo necesario para que su corazón se dilatara y su estómago se llenase.

# LXX

## DESENLACE IMPREVISTO

Un festín después de un pesar es un dolor más vivo o un consuelo absoluto.

Pitou echó de ver, al cabo de dos horas, que su pena no aumentaba.

Y se levantó cuando todos sus compañeros no podían moverse ya. Les dirigió un discurso sobre la sobriedad de los espartanos cuando todos estaban completamente borrachos; y después díjose que sería bueno ir a pasear cuando todos estaban roncando debajo de la mesa.

En cuanto a las muchachas de Haramont, debemos declarar en honor suyo que antes de los postres se habían escapado sin que su cabeza, ni sus piernas, ni su corazón hubiesen hablado significativamente.

Pitou, el valiente entre los valientes, no pudo menos de hacer algunas reflexiones. De todos aquellos amores, de todas aquellas beldades, de todas aquellas riquezas, nada le quedaba en el alma y en la memoria más que las últimas miradas y las últimas palabras de Catalina.

En la media tinta que oscurecía su pensamiento recordaba que varias veces la mano de la joven había tocado la suya, que sus hombros habían rozado familiarmente los de él, y que, hasta en los momentos de discusión, ciertas particularidades de Catalina le revelaron todas sus buenas dotes y sus bondades.

Entonces, arrepentido de haber tratado a la joven con dureza, buscaba a su alrededor, como hombre que se despierta.

Preguntaba a las sombras por qué había sido tan severo para una joven que era toda ella amor, dulzura y encantos, una joven que al principio de su vida podía muy bien haber soñado una quimera, un imposible. ¡Ay! ¿Quién no tiene la suya?

Pitou se preguntaba por qué él, una especie de oso, feo y pobre, había de inspirar amor a la más linda joven del país, cuando a su lado había un apuesto caballero, galán y enamorado, que hacía la corte a Catalina.

Pitou se lisonjeaba después de tener su mérito, y comparábase con la violeta, que exhala, discreta e invisiblemente, su agradable perfume.

En cuanto a la invisibilidad del perfume, no dejada de ser muy verdadera; pero aquél dependía del vino, aunque fuese de Haramont.

Pitou, así fortalecido por la filosofía contra las malas inclinaciones, se confesó que había observado una conducta inconveniente con aquella joven, o más bien, censurable.

Díjose que aquél era el medio para hacerse aborrecer; que habría calculado muy mal; y que, alucinada por el señor de Charny, Catalina tendría pretexto para no reconocer las brillantes cualidades de Pitou si éste revelaba mal carácter.

Era preciso, pues, dar a Catalina una prueba de que lo tenía bueno.

Pero ¿cómo?

Un Lovelace hubiera dicho: «Esa joven me engaña y se burla de mí: yo la engañaré, burlándome también de ella.»

Un Lovelace habría dicho: «La despreciaré, haciéndola avergonzarse de sus amores como poco decorosos».

«Le infundiré temor y la deshonraré, haciendo para ella espinoso el sendero que conduce a sus citas.»

Pero Pitou, aquel alma hermosa, caldeada por el vino y la felicidad, se dijo que haría que la joven se avergonzase de no haber amado a un mancebo como él.

Y además, preciso es confesarlo, las castas ideas de Pitou no podían admitir que la hermosa, la casta, la altiva Catalina, pudiera ser para el señor Isidoro de Charny más que una linda coqueta a quien hacían sonreír los encajes del noble, su calzón de ante y sus botas con espuelas.

Ahora bien: ¿qué le importaba a Pitou que Catalina se enamorase de los encajes y de las espuelas?

Algún día el señor Isidoro iría a la ciudad, se casaría con una condesa, sin acordarse ya de Catalina, y con ello acabaría la novela.

Todas estas reflexiones, dignas de un viejo, eran inspiradas por el vino a nuestro valeroso jefe de los guardias nacionales de Haramont.

Ahora bien: para probar a Catalina que era hombre de buen carácter, debía borrar en el ánimo de la joven el mal efecto de las malas palabras que había pronunciado.

Para esto era necesario ante todo ver a Catalina.

Las horas no existen para el hombre ebrio que no tiene reloj.

Pitou no lo tenía, y había salido de la casa embriagado como Baco o su muy amado hijo Tespis.

No recordaba que hacía más de tres horas que se había separado de Catalina, y que ésta no necesitaba más de una escasa para llegar a Pisseleux.

Y se lanzó por el bosque, cortando atrevidamente a través de los árboles, de modo que pudiese llegar a Pisseleux evitando los ángulos de los caminos abiertos.

Dejémosle entre los árboles, las espesuras y los zarzales, haciendo daño, con los pies y el palo en el bosque del duque de Orleans, el cual le devolvía los golpes con usura.

Volvamos a Catalina, que, por su parte, pensativa y desconsolada, volvía a la granja detrás de su madre.

A pocos pasos de la casa hay un pantano; a partir de éste, el camino se estrecha, y como dos caballos no pueden pasar de frente, el uno ha de ir en pos del otro.

La madre Billot pasó primero.

Catalina iba a seguirla, cuando oyó un ligero silbido, como de llamada.

Al volver la cabeza vio en la sombra el galón de una gorra que era la del lacayo de Isidoro.

Dejó a su madre continuar la marcha, lo cual hizo aquélla sin la menor inquietud, porque se hallaba a cien pasos de la granja.

El lacayo se acercó.

—Señorita —dijo—, el señor Isidoro necesita veros esta misma noche, y os ruega que le esperéis a las once en cualquier parte, donde os plazca.

—¡Dios mío! —exclamó Catalina—. ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia?

—Lo ignoro, señorita; pero esta tarde ha recibido de París una carta con sello negro. Hace ya una hora que espero aquí.

Las diez daban en la iglesia de Villers-Cotterets, y, unas tras otras, las horas pasaban a los aires, como conducidas en alas de bronce.
Catalina miró a su alrededor.
—Pues bien —dijo—; este sitio es sombrío y retirado: esperaré a vuestro amo aquí.
El lacayo volvió a montar a caballo y partió al galope. Catalina, temblorosa, entró en la granja detrás de su madre.
¿Qué tendría que anunciarle Isidoro a semejante hora, como no fuese una desgracia?
Una cita de amor reviste formas más risueñas. Pero la cuestión no estaba en esto.
Isidoro pedía una cita de noche, y poco importaba la hora ni el lugar, pues hubiera ido a esperarle en el cementerio de Villers-Cotterets a media noche.
Ni siquiera quiso reflexionar; abrazó a su madre y retiróse a su habitación como para acostarse.
La señora Billot, sin desconfianza, se acostó también. Por lo demás, aunque la pobre mujer hubiera concebido sospechas, ¿no era Catalina la dueña de la casa, según orden superior?
Cuando estuvo en su habitación, la joven, en vez de acostarse, esperó.
Oyó que daban las diez y media, y después las once menos cuarto.
A esta hora apagó su luz y bajó al comedor.
Las ventanas de éste daban al camino; abrió una de éstas y saltó ligeramente al otro lado.
Dejó la ventana abierta para poder entrar después, y contentóse con acercar uno de los postigos.
Después corrió, en medio de la oscuridad, al lugar indicado, y allí, con el corazón palpitante, las piernas temblorosas, una mano sobre su frente ardorosa y la otra sobre su seno, esperó.
Poco tuvo que aguardar, pues muy pronto oyó ruido de caballos que corrían.
Entonces dio un paso hacia adelante.
Isidoro se acercó a ella y el lacayo se quedó atrás.
Sin apearse, Isidoro alargó los brazos, levantó a Catalina sobre el estribo y la estrechó contra su pecho, diciéndole:
—Catalina, ayer mataron a mi hermano Jorge en Versalles, y mi hermano Oliverio me llama: es preciso que marche.
A estas palabras contestó una exclamación dolorosa, y Catalina estrechó a Charny convulsivamente entre sus brazos.
—¡Oh! —dijo—. Si han matado a vuestro hermano Jorge, también os matarán a vos.
—Catalina, suceda lo que quiera. Mi hermano mayor me espera: bien sabéis cuánto os amo.
—¡Ah! ¡Quedaos, quedaos! —exclamó la joven, que de las palabras de Isidoro no comprendió más que una cosa, y era que se marchaba.
—¡Pero el honor, Catalina, y mi hermano Jorge, y la venganza!
—¡Oh, desventurada de mí! —exclamó Catalina.
Y se dejó caer, rígida y palpitante, en los brazos del caballero.
Una lágrima, rodando por la mejilla de Isidoro, cayó sobre el cuello de la joven.

—¡Oh! ¡Lloráis! —exclamó Catalina—. Esto prueba que soy amada. ¡Gracias, gracias!
—¡Ah! Sí, sí, Catalina; pero mi hermano mayor me llama, y es preciso obedecer.
—Id, pues —dijo la joven—; ya no os detengo.
—El último beso, Catalina. —¡Adiós!
Y la joven, resignada, porque comprendía que ante aquella orden de su hermano nada impediría a Isidoro obedecer, se deslizó desde los brazos de su amante hasta el suelo.
Isidoro volvió los ojos, suspiró y vaciló un momento; pero, vencido por la orden irresistible que acababa de recibir, puso su caballo al galope, dirigiendo a Catalina el último adiós.
El lacayo le siguió a través de los campos.
Catalina quedó en tierra, en el mismo sitio donde había caído, obstruyendo con su cuerpo el angosto sendero.
Casi en el mismo instante se vio un hombre que venía por la parte de Villers-Cotterets; avanzaba a largos pasos en dirección a la granja, y en su rápida carrera tropezó contra el cuerpo inanimado que yacía en tierra.
El hombre, perdiendo el equilibrio, rodó por el suelo, y solamente al tocar el cuerpo reconoció que estaba inerte.
—¡Catalina! —exclamó—. ¡Catalina muerta!
Y profirió un grito terrible, que hizo aullar a los perros de la granja.
—¡Oh! —exclamó—. ¿Quién ha dado muerte a Catalina? Y, al decir esto, sentóse, pálido y tembloroso, colocando aquel cuerpo inanimado sobre sus rodillas.

**FIN**


editorial del cardo

